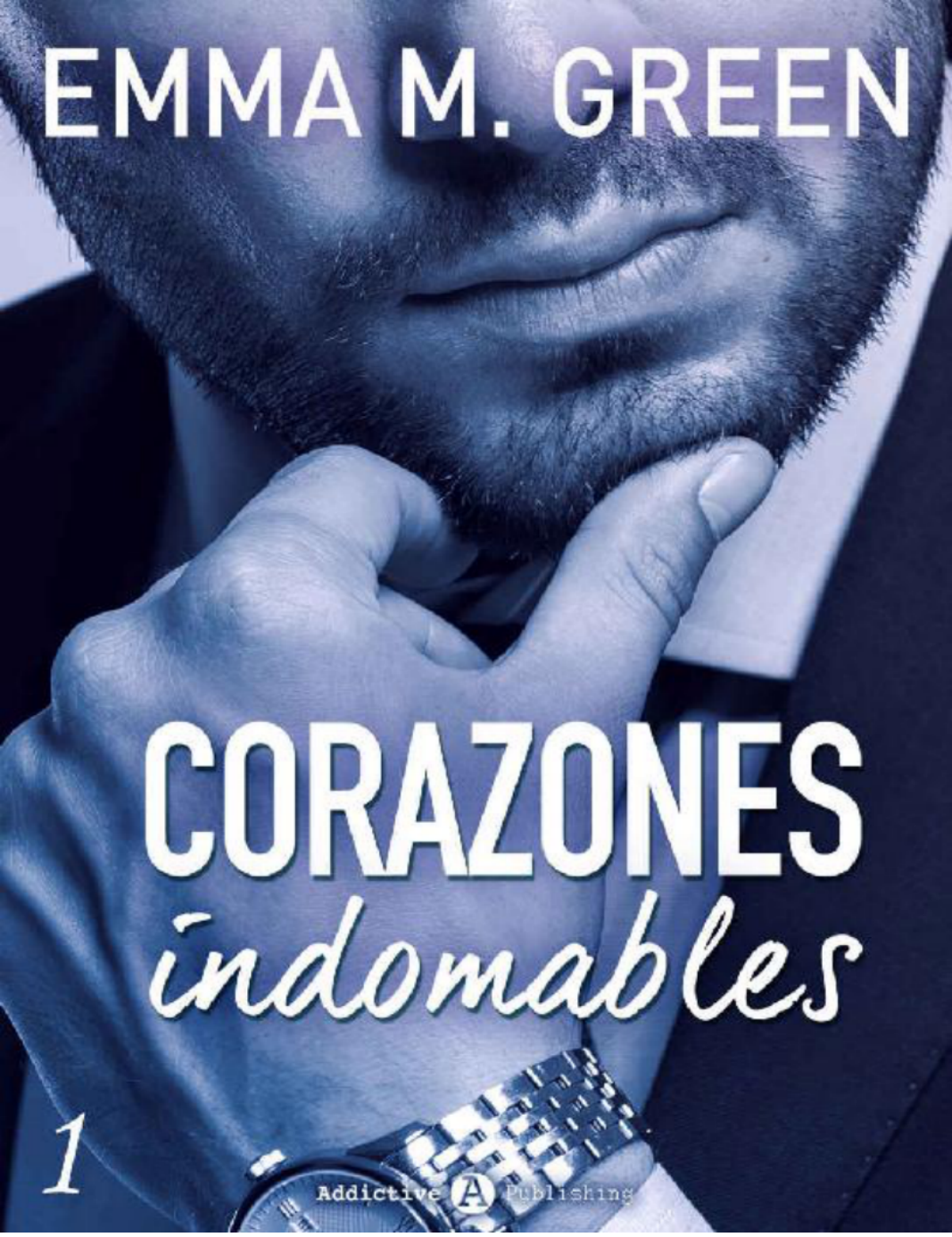
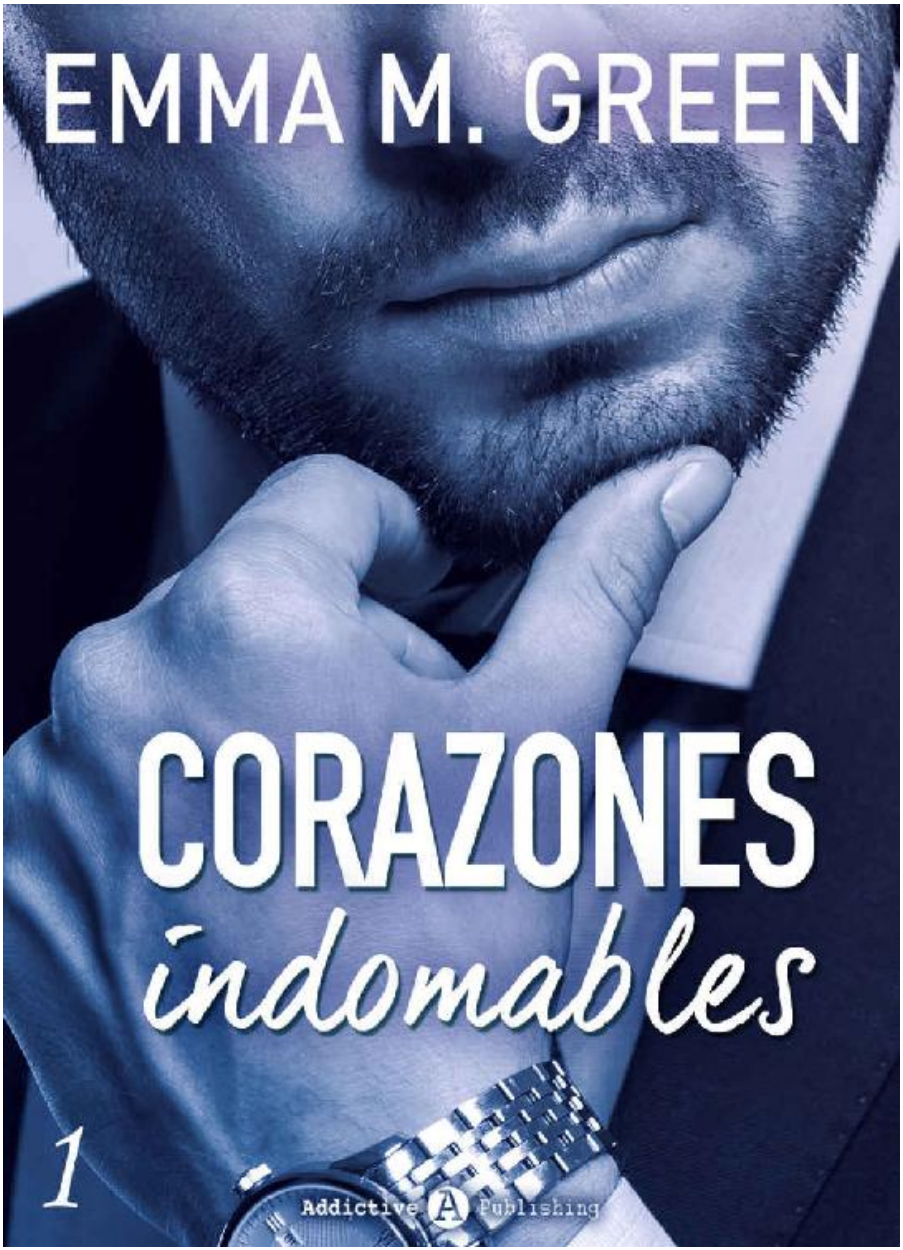
EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
1
Addictive Publishing


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
1
Addictive Publishing


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
1
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

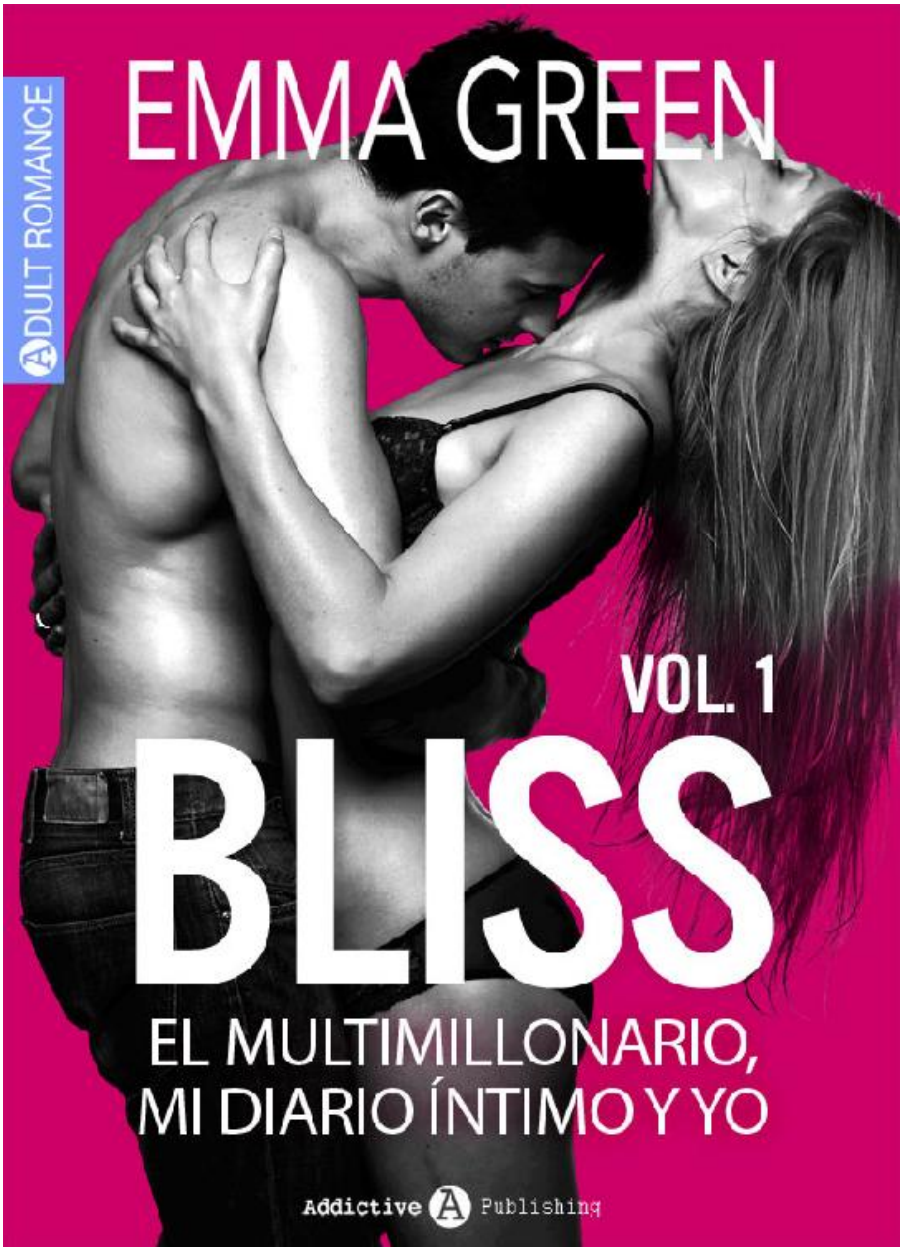
Juegos
insolentes
1
EMMA M. GREEN
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto… Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

Pulsa para conseguir un muestra gratis


ADULT ROMANCE
EMMA GREEN
VOL. 1
BLISS
EL MULTIMILLONARIO, MI DIARIO ÍNTIMO Y YO
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

Pulsa para conseguir un muestra gratis

Nina Marx

Pretty escort

1

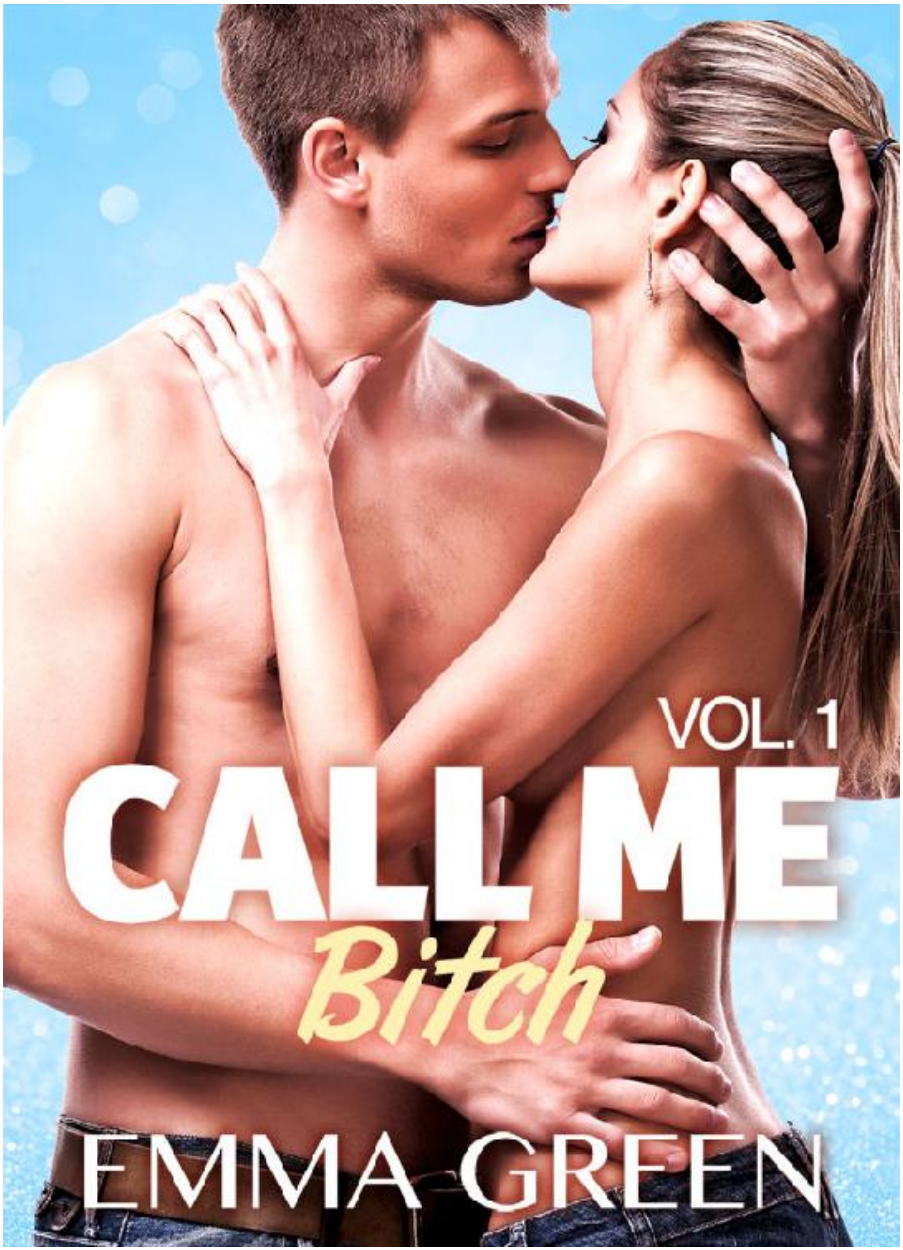
Addictive A Publishing

En la biblioteca:

Call me bitch

A Jude Montgomery, el irredimible dandi millonario, y a Joséphine Merlin, la guapa habladora de mal carácter, se les confía el cuidado de la pequeña Birdie: una princesa de tres años, cuyo adinerado padre, Emmett Rochester, se divierte de lo lindo en las Bermudas con su chica. ¿Será un lindo engaño montado para reunir al mejor amigo de uno y a la hermana gemela de la otra? Si solamente… Ponga en una residencia londinense a los peores niñeros del planeta y los mejores enemigos del mundo, agregue una horrible niña mimada y deje cocer a fuego lento durante dos semanas. ¿El plan más desastroso del universo o la receta para una pasión condimentada, con justo lo que se necesita de amor, odio, humor y deseo?

Pulsa para conseguir un muestra gratis


VOL. 1
CALL ME
Bitch
EMMA GREEN

En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño… aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo… o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán… aunque no quieran.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

ROSE M. BECKER

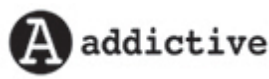
EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO

Addictive Publishing

Emma M. Green

Corazones indomables

Volumen 1



1. Completamente sola

Toda mi vida adulta la he pasado desapercibida. Ni brillante ni invisible, sólo ahí, en medio de los demás, ni mejor ni peor, sólo una chica ordinaria. *Girl next door*, dice la gente a quienes les gusta poner etiquetas (sólo para olvidar por un momento lo molesto de las suyas). Traté de destacarme durante mi infancia con mi don para la danza: internado de 8 años, escuela de ballet, de puntas sobre mis pies, estrellas en los ojos, orgullo en los de los demás, futuro próspero, tal vez... Y luego el fracaso. Gracias, adiós. De regreso a la casilla de salida, a mi vida mediocre: barrio promedio de Chicago, familia promedio (incluso un poco menos que eso), vida cotidiana banal (mejor dicho: mortal) y yo, una persona cualquiera, con una belleza clásica, tez gris como mi humor, look *casual*, cabello largo sin un verdadero peinado ni un color identificable. Esto duró de mis 16 a mis 23 años. Siete años de transparencia es mucho tiempo.

Pero el reflejo que me devuelve hoy el espejo retrovisor del interior de mi coche me hace sonreír. Este corte cuadrado y este rubio platinado son las mejores cosas que me han sucedido desde hace mucho tiempo. Desde hace dos años, de hecho. Cuando decidí dejar de ser transparente. Y aún sigo sin acostumbrarme.

- Hola guapa, -le digo a mi imagen como si tratara de conquistarla-. Estarías más bella si evitaras transpirar tu rímel. ¡Gracias a la canícula! El *waterproof* no es para los perros. ¡Bueno, brillante idea tener un maquillaje de panda! Y luego parecerías menos loca si no hablaras completamente sola en tu automóvil.

«Completamentesola», es tal vez mi segundo nombre en estos últimos tiempos. Pero me acostumbro a él sin reparos. Y me pregunto si no cometí un grave error al planear este *road trip* en pareja. Destierro mis dudas sacudiendo la cabeza. Luego improviso una mini cola de caballo para despejar mi nuca que me sofoca y trato de difuminar los rastros carbónicos bajo mis ojos con la yema de mis dedos. El sonido malintencionado de un claxon me retuerce el cerebro:

- ¡Oye rubia!, ¡¿avanzas o te estás retocando el maquillaje?! –me grita un conductor impaciente que se detiene a la altura de mi vidrio

abierto-.

- Eres un imbécil, iba a despejar el camino. Sólo necesitabas pedirlo con amabilidad. Pero creo que voy a quedarme aquí todavía un rato. ¡Lástima, calvo! –le lanzo con mi más bella sonrisa-.

Es totalmente falso: no iba a moverme, espero a alguien. Pero este imbécil se lo buscó. Cuando uno acumula tantos defectos como yo (ser mujer, además rubia, aparentar menos edad, conducir un cacharro podrido y vivir en New York City), se aprende rápidamente a defenderse. Soy el arquetipo de la chica que va a ser devorada por el primer imbécil que lo pretenda. Sólo que yo muerdo más fuerte.

Me miro de nuevo y gruño mostrando los dientes a mi reflejo. Súper impresionante.

De verdad tengo que dejar de decir «imbécil» todo el tiempo.

Me muerdo los labios y digo maldiciones en mi cabeza. Eso sí, porque a pesar de mi pequeña existencia tibia y sombría, tomé rápido la costumbre de apretar los dientes. Hasta hacerme daño. Y al mismo tiempo sonreír. A los 8 años, ya abandonaba a mi familia, con un hoyo en el estómago y los ojos empapados para entrar en la ópera. A los 10 años, estaba destinada a un futuro de bailarina estrella. Dotada, determinada, con una sonrisa siempre. Pero una fea herida en la rodilla decidió otra cosa. A los 16 años todo se detuvo. Entonces, a los 18 años, todo se derrumba, abandoné la escuela y dejé de nuevo a mis padres, para tener un nuevo inicio, con unos ojos secos que miraban fijamente hacia adelante. Un pequeño estudio, trabajitos, amigos raros, parejas sin interés... Un gran vacío. Pero siempre con una sonrisa en mis labios.

Me iba bien con esta pequeña existencia tranquila, sin sorpresas ni problemas, sin pasión ni decepciones. Muy normal, sin un verdadero sabor ni color, a mi imagen. Cuando cumplí 20 años, el destino quiso ser bueno conmigo: conocí al hombre de mi vida, un médico de urgencias que no me veía tan transparente. Yo era recepcionista en urgencias, mal pagada, insultada todo el día, nunca reconocida. Lo soportaba y sonreía falsamente, como de costumbre. El Dr. Preston Camden tenía todo para él. Y sin embargo, quiso casarse conmigo después de tres años de una felicidad insolente. Jamás entendí por qué. Por qué él, por qué yo, por qué todo esto. Pero tomé todo, probé todo, sentí todo, saboreé todo. Con él yo sonreía todo el tiempo. Sin forzarme a hacerlo. Sólo que al destino le gusta romper los huesos, los corazones, los sueños. Varias veces. A él también me lo arrebataron. Preston murió en un accidente automovilístico diez días después de

haberse casado conmigo. Eso fue hace dos años. Ah, y mis padres también murieron en ese lapso de tiempo.

- Buenos días, me llamo Solveig Stone, tengo 25 años, soy huérfana y viuda. Bonita forma de empezar a vivir, ¿no? ¿Todavía se preguntan por qué hablo conmigo misma?

- ¿Sigues contándole tu vida a tu amigo imaginario? –se burla de mí la morena que salta al lugar del pasajero-. ¡Siento haber llegado tarde!

- ¿Ali, sabes que está prohibido por ley dejar a los niños y a los perros bajo el sol abrasador en un auto? ¡Pude haber muerto por deshidratación cien veces en lo que te esperaba! ¡Me hablaba a mí misma para no desmayarme! «¡Soporta el calor, Sol, ya va a venir! ¡Quédate con nosotros, tú puedes! No, no te vas a morir. ¡Esta rubia platinada es demasiado bella para terminar empapada de sudor en una bolsa funeraria!»

Alicia suelta una carcajada después de mi monólogo, apenas sobre actuado.

- Ves demasiadas series de televisión, querida. Toma, para que me perdones.

Mi amiga hurga en su bolso y saca un sobre amarillo muy lleno y un pequeño pulverizador blanco con el que me rocía la cara. Lanzo enseguida un grito de bestia herida llevando las palmas de mis manos sobre las órbitas de mis ojos.

- ¡Ahhh, te confundiste con tu spray lacrimógeno! –grito lo más fuerte que puedo-.

- ¡Maldición, maldición, maldición, perdón! ¡¿Estás bien Sol?! –entra en pánico-. ¿Pero cómo pude haber hecho algo así? Espera, ni siquiera tengo...

- ¡Estoy bromeando! –la interrumpo riendo y enseñándole mis ojos intactos-. Sólo era para ver si merecías mi amistad. ¡Y mi apartamento!

- Estás completamente loca, desgraciada... –respira por fin Ali-. ¡Cómo te voy a extrañar!

- Dame el dinero antes de que te pongas a llorar y te deshidrates de verdad, -me burlo-.

- Hay un mes de renta adelantada, te enviaré el siguiente cuando haya recibido mi salario.

- Gracias. Si el dueño pregunta quién eres y en dónde estoy, dile que somos gemelas. Y que una de nosotras se pinta el cabello pero que prefieres no revelar quién...

Alicia se carcajea y toma una larga mecha de sus cabellos intensamente negros que empieza a peinar nerviosamente.

- ¿Estás segura de que quieres hacer esto, Solveig? Nueva York – Seattle, de una costa a la otra... ¿No podrías ir más cerca? Francamente, ¿cinco mil kilómetros en esta ruina que huele a chicle demasiado masticado?

- ¿Bromeas? –me indigno-. Compré un desodorante para auto completamente nuevo, perfume «rosa matinal». Espera, ¿o no era «frescura de cereza»? ¡El tipo de la gasolinera aceptó mirar los niveles de los líquidos y el estado del motor si le compraba un paquete de cinco desodorantes de auto! Además, encontré a la única chica de Nueva York que se ofreció como voluntaria para subarrendar mi estudio miserable y pagar por adelantado. ¡No podría estar mejor preparada!

- ¿No podrías solamente... tomar un avión? –sugiere mi amiga, divertida pero no muy tranquila-.

- No, necesito este *road trip*... –le explico poniéndome seria por unos segundos-. Necesito este nuevo comienzo, este sentimiento de libertad. De hecho, no había estado tan emocionada desde la escena candente de *Dirty Dancing*. Y podré hacer exactamente todo lo que quiero por primera vez en mi vida. Conducir, vaciar mi cabeza, cantar con más volumen que el radio, evadirme. Sólo espero que el tipo con el que voy a compartir el viaje no sea un grano en el culo, o un gran imbécil.

- Oye, podrás deshacerte de él con esto si rebasa los límites, -me propone amablemente Ali y me ofrece su pulverizador-.

- Siempre soñé con cegar a un tipo con agua de manantial, -confirmo-.

- Cuídate mucho, -me sonríe antes de abrazarme-.

- Cuida mi planta, quiero encontrarla tan seca como está ahora que me voy. Eso me da la impresión de ser más fuerte y más vital que los demás, -digo con ironía-.

- Lo eres, Sol. ¿Nos vemos en... dos meses?

- Algo así, -asiento-.

Alicia sale de mi montón de chatarra y digamos que es la canícula y el maquillaje de gran calidad lo que nos irrita los ojos a las dos. Pero no tengo el tiempo ni de sollozar ni siquiera de arrancar. El rostro escalofriante y la sonrisa voraz de Jack Nicholson del póster de *Shining* aparecen en la pantalla de mi teléfono portátil, acompañados por un timbre de película de terror: es mi banquero quien me llama (nos divertimos como podemos con los juguetes del siglo XXI). Normalmente, nunca le contesto. Ese tipo sólo me llama para venderme nuevos servicios, brillantes tarjetas bancarias e «inversiones

razonables que harían fructificar inteligentemente el dinero de su difunto esposo». Sólo que desde hace varios días no puedo retirar ni un dólar de mi abundante cuenta. Ni de la de Preston. Todo lo que quiero es una tarjeta que me de algunos billetes cuando introduzco el código correcto.

¡No es brujería, pobre imb...!

No, nada.

- Señorita Stone, buenos días.
- Sigo siendo la Señora Camden, -lo corrijo con una sonrisa exagerada en mi voz-. Usted sabe, no me arrancaron mi nombre de mujer casada al mismo tiempo que el corazón.
- Todas mis disculpas...

Pensándolo bien, sólo llevé el nombre de Camden unos diez días. Un corto período para acostumbrarme a él... Y no logro hacerme llamar de otra manera más que Solveig Stone desde que murió. Por que es mi nombre. Y por que llevar el suyo me recuerda todos los días que lo perdí.

- La llamaba sólo para hacer un balance de sus cuentas adjuntas, -prosigue el banquero frente a mi silencio-.
- Creo que hay como un problema.
- En efecto. Me enteré que los recursos de su marido así como los recursos comunes estaban congelados por el momento.
- ¿Congelados? ¿Pero por quién? ¡¿Y durante esta canícula?! ¿Usted se está burlando de mí?
- Desafortunadamente no. Parece que el abogado de la familia Camden pidió oficialmente que se bloquearan las cuentas y también que se suspendiera toda actividad bancaria mientras dure la investigación... Y esta petición fue legítimamente aceptada por nuestro banco. Provisionalmente, por supuesto, y hasta el final de la investigación que la concierne, señorita Stone... Camden.
- ¡Deténgase por un momento con sus palabras de doce sílabas y sus adverbios rebuscados! ¡Eso no lo hace a usted más inteligente! –berreo hacia mi teléfono portátil-. ¡¿Qué voy a hacer sin dinero?!
- Tiene usted su cuenta personal a disposición, evidentem... –se interrumpe el banquero-.
- ¡Súper, acaba usted de salvarme la vida, Jack!
- Me llamo George. George Williams... –aclara con una voz avergonzada-.
- No, usted se llama Jack Nicholson, ya lo decidí. ¡Y su sonrisa asesina de banquero inmisericorde me provoca asesinarlo, Jacky!

¿Cuánto tengo en mi cuenta? ¿Cien, ciento cincuenta dólares? ¿Suficiente para, digamos... dos días?

- Setenta y nueve dólares con treinta y ocho centavos exactamente, -me anuncia en voz baja-. Tuvimos que facturarle por desgracia los diferentes cargos por retiros improcedentes que hizo estos últimos días. Éstos le serán íntegramente reembolsados, por supuesto, cuando...

- Voy a colgar, Jack. Tan delicada, cordial y respetuosamente como me sea posible, ¿de acuerdo? Adiós...

Oprimo sobre el teléfono rojo y lanzo mi celular hacia el asiento trasero. La ira me sube a las narices y me dejo ser, casi con júbilo, la Solveig que mi familia política odiaba: espontánea, inmadura, a veces con demasiado entusiasmo, incapaz de pensar antes de hablar o de actuar. Mis puños pueriles golpean cien veces el volante y mi frente que arde oprime el claxon a intervalos regulares, para ponerle ritmo a esta mini crisis nerviosa. Esto no resuelve nada, pero cómo hace bien. Y seguramente hubiera hecho reír muchísimo a Preston y suspirar a mis padres. Y encolerizar a los suyos.

Sólo tenía eso: «un poco» de dinero con el que podía contar. Y me lo quitaron.

¿Por qué?

2. Un nuevo comienzo

Ya sabía que estaba en malos términos con los Camden, pero nunca hasta ese punto. Sí, ellos enterraron a su único hijo a una edad en la que debería darles nietos que consentir, echar a perder, mimar, sobreproteger. ¿Pero cómo se puede transformar su pena en semejante crueldad? Como si bloquearme los víveres pudiera revivirlo. U honrar su memoria. Ya he notado que la gente miserable tiene esa necesidad primaria de esparcir la desdicha alrededor de ellos, de hacer daño a los demás para consolarse un poco, para asegurarse de que hay alguien, en alguna parte, que sufre todavía un poco más.

El ser humano es realmente formidable. Y algunos lo son más que el resto.

De todas formas, mis suegros (o lo que queda de ellos) me odian desde el primer día. ¿Cómo su hijo querido, brillante y bien nacido pudo poner sus ojos en una chiquilla banal y sin futuro? Nunca pudieron aceptarlo.

Aunque también a mí me cuesta trabajo aceptarlo.

Yo tenía 20 años, él 33. Había que ver cómo las enfermeras y las pacientes se ruborizaban con la vista de este espécimen de traje bajo su bata blanca, siempre sonriente aunque tuviera sus lustrosos zapatos cubiertos de vómito, siempre bien peinado incluso cuando reanimaba con pasión a una viejecita que no lo pedía tanto. Alto, esbelto, con ojos color avellana de una dulzura infinita, con patas de gallo precoces sobre un rostro casi infantil, muy bien rasurado, con una voz fuerte y palabras siempre muy bien escogidas, Preston bien hubiera podido ser el doble del Dr. Carter en *Urgencias*. La mezcla perfecta de un razonable buen partido y de un ardiente seductor. Casi no me importaba el primero pero no me pude resistir al segundo.

- Y los dos me abandonaron... –murmuro al rememorarlo-.

Observando vagamente la animación que me ofrece la calle del

otro lado del parabrisas, me dejo caer sobre el reposacabezas. Una vaga tristeza me invade.

Siempre recordaré nuestro encuentro explosivo. Sólo tengo que cerrar los ojos para revivir esa escena como si estuviera ahí. En la tumultuosa recepción de urgencias, con demasiado calor. Yo, escondida bajo mi cabello demasiado largo, encadenada detrás de mi mostrador de vidrio, señalándole a alguien con el dedo el afiche que reza «Agredir al personal no hará que sea atendido con más prontitud.». Soy yo quien inventó y pegó ese eslogan estúpido e inservible. Del otro lado del vidrio había demasiados pacientes, apretados, no muy pacientes. Entre ellos un negro alto cada vez más molesto que sostenía su cabeza con una mano y con la otra golpeaba el acrílico irrompible. Es en ese momento que llegó el Dr. Camden que, aunque abrumado, se dio el tiempo de ir a mi lado para hacer retroceder al tipo que golpeaba mi espacio vital.

- Gracias pero soy lo suficientemente grande para defenderme sola, -refunfuñé-.

Acto seguido incorporé mi frágil metro sesenta frente a este médico que rozaba el metro noventa. Mi respuesta le pareció bastante divertida. Sonrió. Me derretí por dentro. Y me sentí obligada a continuar poniendo mala cara para mostrarle que no soy del tipo de chica que se sonroja o se intimida cuando un hombre corre en su auxilio. Por más alto que éste sea. Abandoné entonces mi pecera transparente y fui a plantarme justo en medio de los pacientes. Me subí a un asiento para parecer más alta (y más valiente) y grité:

- Los que tengan heridas pequeñas, dolor de muelas o tobillos torcidos, regresen a sus casas. No serán atendidos hasta mañana en la mañana y créanme, pasarán mejor la noche en sus camas que aquí. A menos que estén perdiendo sangre, mucha sangre, o que tengan un objeto no identificado hundido en un orificio que no haya sido previsto para tal efecto, váyanse. Su dolor de cabeza no les da derecho a provocar migraña en todos los demás gritando o golpeando la pared más cercana. Si deciden quedarse, sufran en silencio. Y si quieren tener la oportunidad de mostrarle una parte de su anatomía al Dr. Galancito que está detrás de mí, les agradeceré su paciencia. Todo el mundo en este hospital ya está haciendo una fila. Gracias por haberme escuchado y que tengan una excelente velada.

Bajo de mi estrado improvisado y me cruzo con unas miradas desconcertadas, algunas sonrisas y miradas divertidas también, y regreso a esconderme detrás de mi mostrador percatándome de que

esa era la primera vez en mi vida que hablaba en público, que alzaba el tono de mi voz y que repartía órdenes a alguien, que trataba de imponerme y que funcionara. Miré alejarse al negro-alto-provocador-de-migrañas boquiabierto, abriendo la puerta giratoria de una patada.

- Recuérdeme que tengo que casarme con usted y hacerle tres o cuatro hijos de paso, -me dijo el Dr. Camden cuando retomé mi asiento detrás del vidrio-. Podemos ir a beber una copa antes si usted quiere. O pasar directamente a la parte anatómica. Lo que usted prefiera.

Sonrió de nuevo, orgulloso de él mismo. Y esta vez lo imité, por que desde hacía una eternidad no me sentía tan orgullosa de mí misma. Tan importante. Algunas horas más tarde fuimos a tomar esa copa. Luego nos mostramos nuestras respectivas anatomías. Nos gustó y lo volvimos a hacer, varias veces. Las noches se volvieron semanas, meses. Y sin que aún pueda comprender ni el cómo ni el porqué, me convertí en la novia del Dr. Camden. Luego en su prometida. Y al final en su esposa. Nuestro matrimonio duró diez días, lo que es un poco corto para tener los cuatro hijos que me había prometido. Pero los tres años que pasé con él me dieron la impresión de que por fin existía. Siempre a su sombra, por supuesto, por que Preston era tan brillante, tan presente, tan fascinante. Pero nos amamos de verdad, a pesar de lo que dijeran los rumores en el hospital, las enfermeras celosas, sus padres intolerantes o sus banqueros suspicaces. Pese a nuestra diferencia de edades, de salario, de entorno, nos amábamos. Él alimentaba en mí la confianza, me aceptaba como era pero me motivaba a mejorar. Yo amaba su calidez, su carisma, su desparpajo, su optimismo, e incluso, su ego ligeramente desbordado. Adoraba sus ganas de complacer, de ser admirado, de querer seguir seduciéndome e impresionarme. Y su manera de comerse la vida, de querer siempre más a pesar de ya tener todo. Creo que él amaba en mí la simpleza, el que no me postrara a sus pies, la ligereza y la espontaneidad que su familia burguesa y reprimida no poseía, el ser más independiente que sus conquistas anteriores que sólo buscaban en él al perfecto marido. Es conmigo con quien decidió finalmente casarse. Yo no estaba a la altura de su familia, pero a Preston eso no le importaba. Entre más fuertes eran el desprecio y el rechazo de su familia, más se esforzaba él por imponerme. Era su manera de rebelarse después de 36 años. Él decía que yo era su «eterna crisis de adolescencia».

¡Dios, cómo me encantaba que me mintiera!

Mi finísimo rímel no soporta esta ola de nostalgia. Veo las lágrimas negras que corren sobre mi rostro deshecho por el retrovisor interior.

Mirarse llorar es el mejor antídoto para dejar de hacerlo. Me recompongo y me seco las lágrimas y luego trato de limpiarme las manos... Al mismo tiempo que insulto para mis adentros a quien no pensó en inventar, de entre todos los artilugios inútiles que puede poseer un auto en nuestros días, una caja de pañuelos que se rellenara sola de forma infinita. El timbre de mi teléfono celular resuena en la parte trasera y recuerdo que este aparato del diablo voló dentro del habitáculo del vehículo después de mi conversación con Jack el banquero. Me contorsiono para poder recuperar el teléfono, portador de malas noticias, a tientas en los asientos traseros.

- ¿Diga?
- Soy Patsy Camden.

¡Justo lo que decía! ¿Cómo podría una llamada de mi ex suegra traerme algo bueno?

Mi sangre se congela, mis músculos se crispan, aspiro largamente para poder contenerme y no gritarle por haberme dejado casi en la calle.

- Buenos días Patsy... –digo con una voz prudente-. ¿Cómo est...?
- ¿Puedo saber por qué su banquero, totalmente consternado, se comunica con el mío? Si usted tiene problemas de dinero, la única responsable es usted.
- Pensé que por lo menos empezaríamos por las fórmulas de cortesía habituales pero ya que prefiere pasar directamente al meollo del asunto... ¿No se mordió su propia lengua? ¡¿Se está usted burlando de mí?!
- ¡No sea altanera, Solveig! Preston odiaba eso...
- No me hable de lo que a Preston le gustaba o no, Patsy, ¡se sorprendería al saber en qué categoría la ponía Preston!
- ¡¿Cómo se atreve?! –se indigna del otro lado de la línea-.
- ¡Ya no soy la rubiecita insignificante que a usted tanto le gustaba intimidar! La muerte de su hijo me rompió el corazón pero también me dio la más grande sacudida de toda mi vida. ¡Se acabó! Ya no me dejo rebajar, aplastar, ningunear. ¡Y esta vez es usted quien tendrá que escucharme!
- ¡¿Qué le sucede, Solveig?! ¡Nada le permite hablarme con ese tono!
- ¿Ah, no? –digo irónicamente con una carcajada forzada-. ¿Ni siquiera el hecho de que haya congelado todas mis cuentas?
- ¡Las de mi hijo! –aclara con una voz pérfida-. ¡Se trata del dinero de Preston y usted lo sabe mejor que nadie!
- ¡Estábamos casados, le guste o no, Patsy! –replico-.

- Sí, y me sigo preguntando el porqué...

- ¿Puedo saber qué es lo que insinúa? –digo con un tono más bajo, con las palabras atoradas en la garganta-.

- Oh, no se haga la inocente, Solveig. Ustedes no tenían absolutamente nada en común. ¡Si no fue por su dinero que se casó con él, dígame por qué!

- Ya sé hasta qué punto le gusta entrometerse en los asuntos amorosos y sexuales de los demás, pero lo que había entre él y yo no le concierne en lo más mínimo, -le digo tratando de conservar mi aplomo-.

- Lo que me concierne, en cambio, es el seguro de vida que Preston había contratado y que la beneficiaba. Y el hecho de que mi hijo haya muerto diez días después de haberse casado con usted. ¡Diez días! Ni siquiera pudo fingir por un poco más de tiempo, ¿no es verdad? ¡Usted piensa engañar a todo el mundo pero nosotros sabemos lo que hizo, Solveig! Y mi marido y yo haremos cualquier cosa para probarlo.

- ¡¿Pero qué está diciendo?! –pregunto y comienzo a intuirlo-.

- Ignoro cómo lo hizo pero sé que usted se deshizo de él. Para quedarse con todo su dinero y poder rehacer su vida.

Es en ese momento que marco una pausa porque me está costando trabajo respirar. Porque lo que está diciendo es muy grave. Tan falso y tan hiriente.

- Usted lee demasiadas novelas policiacas, Patsy... –suspiro finalmente-.

- ¡No, usted hizo desaparecer a mi Preston y maquilló todo para que pareciera un accidente automovilístico! ¡De una manera o de otra, usted es la responsable de su muerte! ¿Cómo pudo haber sido tan inocente? Oh, mi hijo... Atrapado en las redes de una mujer tan interesada, dispuesta a cualquier cosa...

- ¡Creía que yo era una buena para nada! –la interrumpo-. ¡¿Y ahora me acusa de asesinato?!

- Yo no sé quién es usted, Solveig Stone, pero nunca creí su historia. Y haré todo para que la verdad salga a flote, puede estar muy segura de eso. Usted no tiene la menor idea de lo que una madre es capaz de hacer para vengar a su hijo. Lo único que me alegra es que mi Preston haya muerto antes de verla a usted con el su hijo en el vientre.

- Es suficiente, Patsy, está hablando de más, -balbuceo y siento que las lágrimas me suben a los ojos-.

- Russell y yo logramos reabrir la investigación y dirigirla hacia usted, y no nos detendremos. Todas las cuentas están congeladas hasta el juicio. Deje tranquilo a su pobre banquero... Créame, usted necesita más de un abogado, -silba mi suegra quien parece regodearse del otro

lado de la línea-.

- No sé porqué me casé con Preston, -me apresuro a agregar antes de que cuelgue-. ¡Pero seguramente no fue por su familia de imbéciles, reprimidos, sádicos y paranoicos!

Por toda respuesta a mi serie de insultos escucho el tono. Y me trago mis lágrimas y me felicito a mí misma por haber hablado, esta vez, sin pensar. Debí haberles dicho a los Camden lo que pensaba de ellos hace mucho tiempo. Y esas acusaciones ridículas podrían casi hacerme reír si no estuviera sin dinero por los siguientes dos meses. Y sin trabajo ya que renuncié para irme a la aventura al otro extremo del país. Y sin apartamento ya que se lo subarrendé a Ali. Y sin familia ya que mis padres y mi marido adorado están muertos.

¡Viva la vida! ¡Viva yo y mis grandes ideas!

- ¿Es mal momento? –me pregunta un tipo sobre la acera-.

Su voz profunda me sobresalta.

- Si quieres el lugar, aún no me voy, estoy esperando a alguien... –me justifico maquinalmente sin mirarlo-.
- Sí, a mí.
- ¿Perdón?

Esta vez, es su mirada oscura la que me estremece cuando por fin lo miro. Sus ojos negros, su intensidad y el hecho de que pertenecen al más bello rostro que haya visto jamás. Más viril, más animal, te mueres.

- Es a mí a quien esperas, -repite sin sonreír-.
- ¡Oh, el tipo con el que compartiré el viaje! Sí, por supuesto. Casi te había olvidado. Bueno, no me iba a ir sin ti. Lo siento, hablo demasiado. Y pienso después. Habitualmente hablo sola, así que, sólo me aturdo a mí misma. Pero me toman por una loca. Lo que no sucede contigo, ¿no es así? ¡Jaja! Bueno, hola...

Abro por fin la portezuela para salir del auto y dejar de ridiculizarme. Le ofrezco mi mano tratando de presentarme.

- Me llamo Solveig Stone, mi segundo nombre es «Completamentesola», edad 25 años y... no tengo la menor idea de por qué te estoy diciendo todo esto...
- Porque hablas demasiado y sin pensar. Acabas de decírmelo.

No hay ninguna expresión en su cara. Ninguna emoción en el

fondo de su mirada de ébano más allá de un extraño destello que me desconcierta. Sólo sus cejas fruncidas parecen querer decir algo. ¿Pero qué?

Mi pantalón de mezclilla clara se pega a mis piernas después de haber pasado una hora y dos llamadas insoportables bajo el calor en mi viejo Chevrolet estacionado. Siento la humedad neoyorkina insinuarse entre mi piel y mi top negro, al mismo tiempo que la incomodidad se impone entre nosotros. El desconocido y yo. Él se dignó apretar mi mano durante un cuarto de segundo antes de retirar la suya. Y no juzgó adecuado presentarse a su vez como lo hacen las personas normales cuando se conocen por primera vez. En todo caso, mi nombre, mi edad y mis bromitas tontas no parecen haber hecho ninguna mella. Ya veo el tipo de persona que es: insensible, intocable, inaccesible. Y... apuesto. No existe otra palabra.

Me he despedido de los hombres hace ya dos años, a la muerte de Preston. Pero aún sé reconocer a un tipo realmente guapo. No es mi tipo pero es apuesto. Del tipo moreno melancólico, con los cabellos cortos pero en desorden, la barba incipiente, la piel bronceada, la apariencia preocupada sobre unos rasgos perfectos, una hermosa boca carnosa y los brazos enteramente tatuados. Un look cool que le va muy bien: pantalón de mezclilla negra, camiseta blanca escotada, camisa de mezclilla arremangada. Este tipo parece tan sombrío, austero y torturado como mi marido era brillante, conversador y sonriente. Tan descuidado como Preston elegante, siempre bien rasurado, vestido y peinado. Menos alto pero mucho más musculoso. Una apariencia más viril pero menos distinguida.

Y no sé ni siquiera por qué los estoy comparando.

- Me llamo Dante, -agrega con su voz cavernosa pasándose una mano sobre la barba, como si esta minúscula información le hubiera lastimado la mandíbula-.

Una persona callada, ya veo... Al menos no tendremos que fingir que tenemos cosas que decirnos. No fue para tener compañía que busqué un compañero de viaje. Lo hice para compartir los gastos del viaje y los inconvenientes. Escogí un hombre por sólo dos razones: tener ayuda en caso de falla mecánica y no tener que detenerme a cada rato. Esos son dos clichés sexistas en una sola frase pero la mayoría de las chicas no saben cambiar un neumático, tienen ganas de hacer pipí a cada hora y se niegan a hacerlo a un lado de la carretera. Un hombre es sólo más práctico. Aunque éste parece ser todo un caso.

- ¿Lista? –me pregunta como si tuviera prisa por irse-.

- Sí, creo... –respondo, vacilante, poniéndome enseguida a reflexionar sobre el asunto-.

Su sola presencia me hace dudar. Mientras inspecciona mi Chevy entornando los ojos, yo hago lo mismo con él. Mochila de tela kaki sobre el hombro, botella de agua a la mitad en la mano, cámara fotográfica gigantesca colgada de su cuello. Podría pasar por un turista pero no parece inmutarse ni por el calor sofocante ni por el ruido, la muchedumbre o el tránsito típicamente neoyorkino. Tal vez porque sea del rumbo o tal vez porque lo conoce bien. De hecho podría ser todo al mismo tiempo. Estadounidense o italiano. Fotógrafo de moda o modelo. Aventurero de «mochilazo» o delincuente en plena fuga. Y no poder descifrarlo me molesta. Soy bastante buena para leer a la gente y, habitualmente, los hago reaccionar fácilmente. Su indiferencia es sospechosa. Más aún cuando ésta no parece ser artificial.

Poco importa, sólo estoy aquí por un único motivo: ir a Seattle, del otro lado de los Estados Unidos, para ir a confrontar al hombre que mató a mi marido. El conductor que lo arrancó de mí. El idiota que rompió al hombre de mi vida en mil pedazos al igual que mi corazón. Y quien ni siquiera tuvo la delicadeza de morir también. Este proceso es la única manera de obtener justicia para Preston. De honrar su memoria. Nada me lo devolverá pero alguien tiene que pagar, ser castigado. Ese día, tal vez, pueda permitirme vivir de nuevo. A ser menos... «Completamentesola».

- ¿Nos vamos? –insiste el desconocido que me saca de mis pensamientos, una vez que su inspección ha concluido-.

Sin esperar mi respuesta, abre la portezuela del lado del pasajero y lanza su mochila sobre el asiento posterior. Parece comprender que no habrá aire acondicionado ya que se quita su camisa de mezclilla y la lanza también, hecha bola, al fondo del auto. Noto que sus tatuajes abarcan la parte superior de sus brazos. Y me sorprendo preguntándome hasta dónde se detendrán. Qué otra parte de su cuerpo cubren. ¿Los hombros? ¿El torso? ¿La espalda? La portezuela se cierra. Dante está instalado. En mi auto.

- Te recuerdo las reglas para que las cosas estén claras, -digo al unirme a él al interior del auto-. Soy yo quien conduce, yo quien pone la música, yo quien decide las paradas, excepto en casos de extrema urgencia.

Me pongo el cinturón de seguridad esperando una reacción de su parte. Que no llega. Entonces continúo con mi monólogo, sólo para convencerme de que controlo la situación. Y de que este energúmeno no hará su voluntad hasta el otro lado de los Estados Unidos.

- Escalas obligatorias en Cleveland, Chicago y Minneapolis. Para empezar, después, ya veremos...

El guapo moreno observa a su alrededor como si yo no estuviera ahí, sin parecer escuchar lo que le digo. Tengo la costumbre de ser transparente. Sin embargo, normalmente no me siento tan ofendida. Y luego Dante asiente, en silencio, con un movimiento apenas visible de su mentón. Avaro en cuanto a palabras y movimientos.

- Y no lo indiqué en el anuncio, -trato de concluir-, pero no estoy en búsqueda ni de un amigo ni de un amante, mucho menos de un enamorado.

Esta última regla le hace girar la cabeza hacia mí. De repente, me mira. Fijamente con sus intensos ojos negros. Sigo sin saber cómo interpretarlo. Y creo ver casi una sonrisa que se esboza sobre su rostro oscuro. Una pequeña victoria. Y un curioso calor que se apodera de mí, desde mis entrañas.

- Todo muy claro, -se divierte-. ¿Ahora ya podemos irnos?

Mira de nuevo a través del parabrisas, como si yo no tuviera otra elección más que acceder y aceptar que la conversación ha terminado. Arranco. Ya tengo ganas de dar media vuelta. Demasiado tarde, parece que acabo de emprender un nuevo comienzo.

3. Completamente amordazado

- ¡Ey, Ricitos de Oro, estamos en medio de una carretera, no en el café de la esquina!

La hermosa provinciana (quien probablemente fue a probar suerte a Nueva York al abandonar su pueblo perdido en medio de ninguna parte) se sobresalta, jala la correa de su perro y desaparece con su amiga regordeta lanzando una risa estridente. Es el problema en esta ciudad. Es complicado entrar, difícil salir, imposible circular. Si ustedes quieren mi opinión , el *jaywalking* debería ser la primera causa de homicidios, por el rumbo. La gente se atraviesa en cualquier lado sin importar cómo, se detienen en el peor lugar para conversar, terminar su café, leer su periódico, sin ninguna preocupación por el mundo de los automovilistas que tratan de hallar un camino en esta ciudad de locos.

Por eso, merecerían una muerte cruel. O al menos un castigo. Algunas horas de *community service*. Una buena multa. Poco importa la sentencia mientras ésta sea eficaz y me dejen circular.

- Tiene suerte de haberse topado conmigo, -mascullo al pasar primero-. Otros se la hubieran comido viva.
- Las alegrías de Nueva York... –resume lacónicamente el moreno apuesto que me acompaña-.

Un taxi casi nos golpea en la siguiente esquina. Dante coloca instantáneamente su mano izquierda frente a mí, como para protegerme del golpe. Después de parar en seco, lo miro fijamente, un poco aturdida.

- Sólo fue un reflejo, -dice alzándose de hombros y recuperando su brazo tatuado-.

No debería, pero este gesto me provoca mariposas en el estómago. Una sensación que ya había olvidado... que me toma totalmente desprevenida. Y me dan ganas de maldecir. Sólo en mi cabeza. Un

vendedor ambulante de perros calientes atraviesa entonces frente al Chevrolet. Coloco mi frente sobre el volante, sin saber si reírme hasta las lágrimas o estallar en sollozos. De repente, la dulce voz de Sia me envuelve. Sin ya saber qué hacer conmigo, mi copiloto acaba de encender la radio (rompiendo una de mis preciosas reglas). Ya empezamos. Pero no se lo indico, prefiero levantar la cabeza para observarlo a hurtadillas.

Está guapísimo.

Francamente no muy conversador, es cierto. Ni sonriente. Pero guapísimo.

Sus ojos intensos no abandonan su ventanilla. Dante mira todo. Hacia todas partes. Sin mostrar signos de fatiga. Como si las calles atascadas, ruidosas y mugrientas de la Big Apple le fascinaran. El desconocido de mirada negra profunda desenfunda su cámara fotográfica, toma algunas imágenes, luego la coloca a sus pies.

- Es así como me apodero de las cosas, en lugar de robarlas, -murmura su ronca voz-. Tal vez deberías tratar de...

***

Evidentemente, me equivoqué tres veces en la salida entre Triborough Bridge, Harlem River y New Jersey. Evidentemente, no tomé la bifurcación y me encontré en carreteras de cuatro, cinco o seis vías, sin saber cómo dar media vuelta. Finalmente, Dante se dignó a interesarse en la situación (o simplemente me digné a confiar en su sentido de la orientación, claramente superior al mío) y entre los dos, logramos tomar la interestatal 80 en dirección a Cleveland.

Que, evidentemente, a las dos de la tarde está completamente saturada.

- ¿Me prestas tu cámara? –digo apretando los dientes-. Necesito absolutamente apoderarme de algo ahí...

Mi copiloto suelta un risa discreta, luego se ensombrece y vuelve a su contemplación. En dos horas de viaje conjunto, hemos tal vez intercambiado diez frases por mucho. Eso me molesta. Y más que eso, me molesta que me moleste. Pero es algo más fuerte que yo: *necesito* ocuparme en algo.

- ¿Qué es lo que observas? –le pregunto estudiando su perfil-.

Nariz fina y recta. Labios carnosos. Mirada viva bajo unas cejas preocupadas. Pestañas negras, largas y espesas. Piel color mate, sin el menor defecto. Nunca me había encontrado con alguien semejante. Y algo en lo más profundo de mí me incita a escarbar para tratar de conocerlo, de comprender a este hombre tan cautivante como avaro en palabras y contacto humano.

- La pareja en el auto que está a nuestra derecha ya no se habla, -acaba por responderme-. Él está inmóvil y en silencio. Es hermoso verlo.
- ¿Te interesas en la vida de todos los extraños que cruzas?
- No, -afirma Dante-. Sólo en las imágenes que envían.
- ¿No en las emociones que destilan?
- ¿Las emociones? ¿Y eso para qué? –replica antes de dejarse caer sobre el reposacabezas y cerrar los ojos-.

Circulo en silencio durante algunos kilómetros prohibiéndome mirar hacia su dirección. Me regalo algunas excepciones sobretodo cuando estamos detenidos. Al volver a arrancar, paso sobre un bache que hace que rechine todo el chasis del Chevy. Una mirada a la derecha y mi misterioso pasajero no abre los ojos, pero estira su cuello como si le doliera. Luego cruza sus brazos tatuados detrás de su cabeza, sólo para que yo admire lo musculosos que están.

- Bueno, -digo aclarándome la garganta-. No sé nada de ti, Dante...
- Exacto, -resopla sin siquiera abrir los ojos-.
- Podríamos conversar un poco más, mostrarnos para empezar a conocernos, ¿no lo crees?
- No, no creo.

Sus negros iris me miran fijamente por un instante, luego me abandonan. El tono de su voz no era nada agresivo pero sonaba determinado. Algo así como «puedes intentarlo si quieres, no obtendrás nada de mí».

Eso está bien, me encantan los retos. Ya no tengo miedo de nada. No tengo nada que perder. Y no dudo en atacarlo del lado de los sentimientos para obtener lo que deseo: una reacción. La que sea.

- Me llamo Solveig, tengo 25 años, soy viuda. Casi en bancarrota. Incluso mi planta me abandonó la semana pasada.

Bingo. El hombre a mi derecha se incorpora sobre su asiento. Está claramente perturbado. Tal vez siente un poco de compasión. Pero no

muestra nada. O casi...

- Lo siento.

Breve, claro, preciso. Sin sentimentalismos inútiles.

- No tienes por qué, -le sonrío-. Pero era una planta hermosa...

Una ínfima sonrisa se esboza sobre sus labios, luego se instala un silencio. Definitivamente es un hueso duro de roer.

- ¿Y...? –pregunto esperando a que él me confiese algo-.
- Ya sabes que soy fotógrafo. Que tengo orígenes italianos, de ahí mi nombre. Y que no soy un asesino serial. Y, bueno...

De nuevo se acomoda confortablemente sobre su asiento, cruza los brazos sobre su torso y cierra los ojos. Como si sus falsas revelaciones me fueran suficientes...

- Ese último punto todavía no está comprobado.
- ¿Perdón? –dice entornando los ojos hacia mí-.
- Nada me asegura que no eres un Ted Bundy, un Dennis Rader o un Gary Ridgway en potencia.
- Vaya que conoces de asesinos seriales... –dice, impresionado-.
- Eso no responde a mi pregunta.
- Todavía sigues viva, ¿no?
- Tal vez estés en fase de observación... –le hago notar-.
- Es verdad. Todavía no decido si usar una sierra eléctrica o ácido.
- ¿Puedo escoger? ¿O darte una tercera propuesta? –agrego riendo-.

Dante sube el volumen de la radio y retoma su posición, como para indicarme que la conversación ha terminado. En ese instante, las palabras se escapan de mi boca, sin que pueda detenerlas.

- Creo que algunos hombres sólo se hacen los interesantes para atraer más la atención...

¿De dónde sale esta estupidez? No tengo la menor idea. Y casi me odio por querer saber más de lo necesario. Por provocarlo de esta manera. Pero hay algo que me compele. Algo que me evade totalmente. Y no me gusta.

Él apaga la radio. Me mira fijamente por más tiempo que otras veces, me evalúa por un buen rato, luego baja a mis labios. Trago saliva con dificultad y me siento casi aliviada cuando desvía sus ojos

sobre la carretera.

- Si quisiera llamar la atención, sabría exactamente cómo hacerlo, -responde por fin con su voz grave-.
- Yo no quería... Quiero decir... Me expresé mal, -trato de disculparme-.
- No me gusta que me hagan tantas preguntas, es todo.
- Ahora lo sé.

Por dentro me ordeno no seguir con esta conversación, detenerme aquí, no hacer huir a la única persona lo suficientemente loca como para querer hacer este *road trip* conmigo. Pero de nuevo, mi lengua se desata de una forma incontrolable.

- Dante, ¿te das cuenta de que vamos a pasar varias semanas encerrados en este montón de chatarra?
- Sí.
- ¿Y?
- Y yo no tengo nada en contra del silencio.

Voltea de nuevo su cara hacia la ventanilla. Pero no lo suficientemente rápido para ocultar una sonrisa.

¿Qué es lo que escondes, hermoso moreno?

¿Y por qué quiero saberlo...?

***

Este *road trip* inició hace solamente tres horas, pero ya me enseñó algo: por mucho que los odiemos, los embotellamientos pueden ocasionar que conozcamos nuevas personas.

Ya hace más de una hora que avanzamos a vuelta de rueda, arrullando muy a mi pesar el sueño apacible de mi compañero de viaje. En la fila de al lado, en el Civic blanco que juega al gato y al ratón con mi Chevy, tres niñas rubias como el trigo se divierten haciéndome muecas desde el asiento trasero. A su madre le cuesta un poco de tiempo darse cuenta de ello y trata de reprenderlas con un dedo acusador apuntado hacia atrás, pero deja rápidamente de hacerlo al darse cuenta de que yo me comporto aún peor que sus hijas. Las muecas siempre han sido lo mío.

La señora Espantada se deja rebasar para alejar a su progenie de

mi nefasta influencia y me encuentro codo a codo con una pelirroja extravagante, que canta a grito pelado creyéndose Mariah Carey. Su ventanilla está entreabierta, la mía también, nuestras viejas carcachas no nos permiten cerrarlas completamente. Nuestras voces se acoplan por unos metros, hasta que mi copiloto de despierta y me pide refunfuñando que cambie de repertorio. Desafortunadamente para mí, los astros lo escuchan y mi compañera de *girlsband* toma una salida antes del final de *Always be my baby*.

- Ya no hay nadie que me acompañe... –murmuro para mí misma-.

Literalmente. Será como ir sola por la carretera. ¿De qué me sirve este viaje compartido?

El dulce rugido de un poderoso motor me hace voltear la cabeza. Al volante de una lujosa SUV, escondido detrás de sus anteojos de sol muy pretenciosos, un hombre de traje alardea al rebasarme varias veces. Siempre de la misma manera. Circulamos lado a lado evaluándonos (él más que yo, aunque soy yo quien entro en su juego) luego el orgulloso gana algunos metros, antes de no tener más opción que desacelerar y aparecer en mi retrovisor. Y esa sonrisa arrogante que me eriza la piel. Maldito imbécil.

Odio a los hombres que se creen todopoderosos. Y sin embargo, muy concienzudamente escogí un *macho protector* para acompañarme por la carretera. La ironía de la situación no me pasa desapercibida...

- Éste no se anda con misterios, -gruñe de repente la voz rocosa de Dante-. No hay ninguna duda: trata de llamar tu atención.

Mi copiloto ha notado al *imbécil* en cuestión. Y no parece gustarle más que a mí.

- Creo que por fin encontré al hombre de mi vida... –comento con una risa falsa mientras mi bello desconocido se estira-. ¿Hace demasiado calor o sólo yo lo siento?
- El aire acondicionado estaba claramente especificado en el anuncio, ¿no? –refunfuña manipulando los botones-.
- Dejó de funcionar ayer... –me disculpo a media voz-. De repente lo hace, no debería tardar en volver a funcionar.

El moreno misterioso no insiste más, me ofrece su botella de agua. Lo agradezco vagamente, bebo tres sorbos sorprendentemente frescos y se la regreso. Él también bebe y estúpidamente, la idea de que hayamos puesto nuestros labios sobre la misma botella me inquieta. Luego Dante se apodera de nuevo de su cámara y toma algunas fotos

del gordo pesado que regresa a la carga sobre su SUV. El hombre parece sorprendido por ser espiado de esa manera y decide levantar un poco el pie y perderse a la distancia.

- ¿Tu próxima víctima? –digo con ironía-.
- ¿No habíamos ya dejado claro que esa eres tú? –resopla el insolente-. ¿Entonces sierra eléctrica o ácido?
- No he decidido todavía. Tengo que decir que las dos me parecen muy atractivas...

El tránsito parece milagrosamente diluirse por algunos kilómetros, haciendo entrar un poco de aire al interior sofocante del Chevrolet. La velocidad me llena de energía, mil preguntas me atraviesan de nuevo la cabeza. Sobre todas una es la que me quema los labios.

- ¿Por qué Seattle?

Dante dirige hacia mí su mirada tan negra como intensa, luego la desvía. Le repito mi pregunta y él se parapeta en el silencio. Cuando la hago por tercera vez, éste se digna por fin a responderme, con desgano:

- ¿Por qué no?
- Respuesta un poco evasiva, incluso para alguien a quien no le gusta...
- Cultivo el misterio, ¿recuerdas? –replica sonriendo a lo lejos-.
- ¿Y si cultivaras un poco menos y hablaras un poco más? –propongo al tiempo que leo un anuncio luminoso que indica nuevos retrasos a dos kilómetros debido a un accidente-.

Maldigo esta inútil carretera, este inútil aire acondicionado que ya no funciona (y transforma mi top en toalla húmeda) y esta inútil curiosidad que me impide contentarme con su silencio.

- No me gusta hablar, Solveig. Tendrás que hacerte a la idea.
- Y yo no renuncio fácilmente, Dante. Tendrás que hacerte a la idea.

Hace tres horas y media, éramos unos perfectos desconocidos el uno para el otro. Seguramente lo hubiera evitado al cruzarnos en la calle, y de ahí nunca hubiera pasado. Pero el destino (o algún plan extraño) nos reunió en este auto y éste es el resultado.

El moreno misterioso y la rubia atrevida se desafían abiertamente, con una sonrisa en los labios solo por principio.

- No es así como funcionan las cosas. No puedes obligar a alguien a hablar, -insiste-.

- Olvida todas tus certezas, -replico con una sonrisa-. Nunca te habías encontrado en la carretera con un espécimen como yo...

- Es cierto. Pero sueñas si crees que voy a ceder.

- ¡Si pusieras un poco de tu parte, yo no me vería obligada a ser tan insoportable!

Frente a mi determinación suspira y pasa la mano sobre su barba incipiente , con un movimiento viril que ya le he visto hacer varias veces. Luego baja un poco más su ventanilla cuando el Chevy desacelera hasta detenerse. Me cuesta trabajo ignorar los músculos de su brazo tatuado que se contraen al tomar la manivela.

¿Hace ya cuánto tiempo que no acaricio la piel de un hombre?

- Parece que al confesarse uno logra hacer hablar a las personas... –lanzo para sacarme esta pregunta inconfesable de mi cabeza-.

- Nada te impide intentarlo, -reacciona indolentemente mi vecino alzando sus cuadrados hombros-. Pero no te garantizo nada.

Aprieto mis dedos alrededor del volante, ligeramente crispada por su falta de participación. Entonces improviso:

- Voy a Seattle por una cuestión familiar.
- ¿Por una «cuestión familiar»?
- Sí
- ¿Y soy yo quien es evasivo? –replica-.
- ¿No es una buena razón?
- Sí, seguramente. Pero es una razón bastante vaga.
- Sigue siendo una buena razón, -murmuro-.

El silencio que sigue es ligeramente incómodo. Él, quien parecía hasta ese momento por encima de todo, parece preocupado, molesto, fastidiado. No puedo evitar preguntarme por qué pero miro fijamente la carretera, esperando que algo se produzca. Cualquier cosa. Cualquier cosa que no sean sus cejas fruncidas. Después de haberse aclarado la voz, Dante termina por agregar:

- Es igual para mí.
- ¿Perdón?
- Seattle... –aclara-.
- ¿Sí?
- Es una razón familiar, -desliza con una sonrisa triste-.

Su cara de rasgos perfectos se voltea de nuevo hacia el paisaje y yo

le digo un *gracias*, reanudando el camino. No sé más sobre él. Pero dio un paso minúsculo hacia mí. Eso es un avance.

4. Romper el hielo

Catorce horas, en alguna parte de New Jersey.

Alcanzamos por fin los cincuenta kilómetros por hora, el tránsito sigue denso pero el Chevy ya no avanza a vuelta de rueda. Dante teclea en su teléfono, amurallado en su silencio. Enciendo la radio (*mi* radio), cambio de estaciones hasta detenerme en FM News.

«Usted nos concede veinte minutos de su tiempo, ¡nosotros le damos el mundo!».

Amenazas terroristas, crisis en el Parlamento, fusilamiento de una celebridad, un sistema de salud agonizante… Estoy a punto de cambiar de estación cuando el periodista pronuncia un nombre que me hace estremecer:

- ¡Finn McNeil sigue dando de qué hablar! –anuncia el presentador-.

En mi estómago se forma un nudo, la voz continúa con su monólogo.

- ¡El escritor de innumerables best-sellers abarrota de nuevo todas las librerías del país! Su última novela *Con la tinta de sus palabras*, aparecida hace solamente cuarenta y ocho horas, está casi agotada en todas partes.

Aprieto mis dedos alrededor del volante y miro la carretera como una autómata.

- En una reciente entrevista, Finn McNeil señaló que las primeras páginas de su novela fueron redactadas desde la celda en la que fue detenido durante varios días. Arrestado erróneamente hace dos años por su potencial implicación en un accidente carretero en el que hubo un muerto, el escritor multimillonario fue rápidamente exculpado y liberado. Una excelente noticia para su editor… y para todos los lectores aficionados a sus textos comprometidos y emocionantes.

Sed. Garganta seca.

- El proceso de este oscuro asunto tendrá lugar en algunos…

La voz se apaga. Dante, cuya presencia ya había casi olvidado, acaba de cortar bruscamente el sonido de la radio.

- Lo siento, ¿lo estabas escuchando? Tengo que hacer una llamada, -me explica cuando nuestras miradas se cruzan-.

Él lo ignora, pero su acto repentino acaba de evitarme una crisis de angustia. Durante treinta segundos apenas, mientras trato de recomponerme y concentrarme en seguir conduciendo, lo escucho intercambiar algunas banalidades con quien parece ser un colega, luego colgar.

- ¿Todo bien? –me pregunta dulcemente-.
- Sí… Sólo tengo sed. Mucha sed.

Su botella aterriza de nuevo entre mis labios, sin que vea en ello ningún inconveniente. Tengo una necesidad vital por beber. Por recuperar mi aliento. Cuando él se inclina para subir el volumen de la radio, lo disuado de no hacerlo.

- No me molestaría un poco de silencio, ¿a ti? –le sonrío de manera forzada-.

Se alza de hombros y lo veo de nuevo anonadado por el paisaje, del otro lado de la ventanilla.

¿Y yo? Siempre con las mismas imágenes que me atormentan…

– ¡Asesino! –grité ese día lanzándome sobre él… sobre Finn McNeil–. ¡Nos casamos hace diez días! ¿Cómo pudo hacerle eso a mi marido? ¡Él es toda mi vida! ¡Y usted lo mató! ¿Por qué? ¡¿Por qué a él?!

En ese momento, yo pensaba en el escritor culpable. Responsable de mi infelicidad. Poco importaba la mirada consternada de la chica que lo acompañaba, los odiaba a los dos, como una cuestión de principios. Estaba equivocada, no había sido su culpa, pero tenía una furiosa necesidad de odiar a alguien.

Fue en lo más profundo del pasillo de cuidados intensivos de Haborview Medical Center, hace dos años. Preston acababa de morir de un traumatismo craneal y tantas otras cosas. Llamas salían de mi garganta. Lágrimas como hojas de navajas laceraban mis ojos. Mi

cuerpo estaba habitado por una fuerza maléfica que se insinuaba dolorosamente en cada una de mis venas y subía hasta oprimir mi corazón. El mal que experimentaba era incalificable. Inhumano.

Y si se desvaneció desde ese entonces, nunca me abandonó.

***

La gasolinera está desierta, si no es por dos o tres conductores apurados que tragan un sándwich o un mal café antes de regresar a su vehículo. Dante prefirió quedarse afuera, buscando captar la luz o un instante fugaz, con su inseparable cámara fotográfica en la mano.

Alguien tendrá que explicarme en dónde se encuentra la belleza en este rincón infame.

Después de pasar rápidamente al baño, a la máquina de café y al expendedor de bebidas, abandono la miserable tienda mal climatizada y subo detrás del volante. Lo que aparentaba ser un café ya me lo he bebido y mi lata de refresco ya está abierta cuando el moreno de piel mate me alcanza. Entonces observo, cuando se aproxima, su andar despreocupado y viril, la complexión de sus hombros, el porte de su cabeza, sus brazos musculosos y su mano que desaparece en el bolsillo izquierdo de su pantalón de mezclilla. Sus cabellos cortos en desorden están húmedos, adivino que encontró alguna fuente de agua.

Mirar a otra parte. El indicador de gasolina está hasta el tope. Fascinante.

- Lo siento, ¿te hice esperar?
- No hay problema, tengo todo el tiempo del mundo, -replico encendiendo el motor-. ¿Coca o Sprite?
- Agua.
- ¿Qué tienes en contra de los refrescos?
- Nada. Prefiero el agua.
- Ah… Eres uno de ellos…
- ¿A qué te refieres? –dice en voz baja mirando el camino por el que voy a entrar-.
- Prefieres los cocteles sin alcohol. Las hamburguesas sin *cheese*. Prefieres las verduras al vapor en lugar de las papas fritas. La pechuga seca del pollo a los muslos más jugosos.
- No tengo nada en contra de los muslos jugosos, -dice con su voz grave… y tersa para morirse-.

Trago saliva con dificultad. Él agrega:

- Y de manera general, no tengo nada en contra de las cosas buenas. Pero cuando hace calor, me gusta siempre beber agua.

Cruzo mi mirada con la suya de un negro… intenso… inquietante. Me prohíbo contemplar su boca entreabierta… llena… tan atractiva. Desde Preston, nunca me había sentido tan tentada. Pero se me pasará, la atracción es algo efímero, superficial, idiota. Lanzo el Chevy hacia adelante. El asfalto desfila, siempre y constante. Con la misma intensidad gris y recta, sin gran atractivo. La radio nos entretiene durante una buena hora, el eterno debate levantando ámpula en el 9 3.9 FM: «¿Trump será el peor presidente que los Estados Unidos hayan tenido jamás?». Por primera vez, mi compañero de viaje y yo estamos en la misma sintonía.

El aire se vuelve un poco más respirable cuando nos acercamos a las dieciocho horas. Dante me propone ocupar mi lugar detrás del volante, me rehúso educadamente explicándole que la *bestia* no es fácil de dominar. Sonríe, malicioso, y me pregunta a qué bestia me refiero, me sonrojo apenas y le indico que ese es el sobrenombre del Chevrolet.

- La *bestia*, -repite sin mucha convicción-.
- ¿Tienes una mejor propuesta?
- El horno, -improvisa al tiempo que se estira-, O el rompe espaldas. ¿Todavía le sirven las suspensiones?
- Ya sabías en lo que te embarcabas, Dante, -respondo para defender a mi montón de chatarra-. Indiqué en el anuncio que mi auto no estaba viviendo su primera juventud…
- No tengo nada contra los vejestorios, -gruñe mientras se truena los huesos del cuello-. Pero visto el tiempo que vamos a pasar en esta carcacha, ya empiezo a inquietarme.
- Te acostumbrarás. ¡Al final de este viaje, te apuesto que buscarás a cualquier precio una réplica exacta de mi Chevy!
- Estás leyendo mis pensamientos. Ya me lo imagino…

El hombre más apuesto que he conocido en mi vida me mira fijamente, muy serio, antes de voltearse hacia la ventanilla. Juraría que lo vi acariciar mi boca con su mirada. Y que sus ojos brillaban con un destello… extraño.

Un partido de béisbol es retransmitido en directo en no sé qué estación, Dante deja ir su cabeza hacia atrás y escucha con los ojos a medio cerrar.

Solveig Stone. De nuevo sola en el mundo.

- Nuestra primera parada para la noche es en noventa kilómetros. Será necesario entretenerme un poco hasta allá. Es la ocasión para romper el hielo, ¿no?
- ¿Estaba estipulado en el contrato? –desconfía mi pasajero-.
- Sí, escrito en letras pequeñas y en itálicas, justo abajo, -invento-. Eso y que el deporte está prohibido en este automóvil…
- Definitivamente, compartir el auto contigo está… lleno de sorpresas.
- ¿Color preferido?

Su mueca me indica que no entendió muy bien a dónde quería llegar. Pero también que está divertido. O completamente desesperado.

- ¿Color preferido? –insisto-.
- Imagino que toda resistencia será inútil…
- Buena intuición, -sonrío y rebaso un Chevrolet todavía más viejo que el mío-.
- Los más oscuros.
- Original…
- En el ojo de un fotógrafo, es común.

Observo por un segundo sus tatuajes preguntándome lo que representan exactamente. Me sorprende, coloco de nuevo mis ojos sobre la carretera.

- ¿Sushi o maki?
- Sashimi.
- ¿Animal fetiche?
- Salvaje. Cualquiera.
- ¿Rubia o morena?
- Personal, -dice pasando la mano sobre su barba de dos días-.

Entorno los ojos, decidida a saber más de él… y animarlo.

- Primera vez, ¿un éxito o un fracaso?

Silencio. Cuando lo observo a escondidas, lo veo morderse la mejilla, como si vacilara, luego responde:

- ¿Y si yo te hago la misma pregunta, Solveig?
- Un completo fracaso.

Sorprendido por mi franqueza (y tal vez por mi falta de pudor),

sacude la cabeza soltando una risa ronca y sexy.

- Siguiente pregunta, -decreta-.
- ¿Alguna persona conocida en tu entorno?
- ¡Tus preguntas no tienen ningún sentido!
- Es eso lo que las hace pertinentes.
- Eres tú quien lo dice…
- Responde.
- ¿A qué te refieres con «conocidos»? –suspira pasándose una mano por la nuca-.
- Yo fui mesera. Y puedo decirte que Madonna es generosa con las propinas, mientras que Ryan Gosling es un tacaño.
- Gracias por la información, -suspira como si eso fuera una información vital-.
- Te toca…

Toma una gran bocanada de aire, sube una pierna para poder amarrarse las agujetas de su Converse derecho y luego masculla:

- Digamos que soy el amigo de un presentador de televisión y el hijo de un hombre de negocios quien dirige una marca muy conocida.
- ¡¿Y esperaste todo este tiempo para decírmelo?! –exclamo, emocionada por esta noticia… crucial-.
- Sí… Mejor me lo hubiera callado.

Los treinta minutos siguientes pasan a una velocidad exorbitante. Lo acoso con preguntas, pido pistas, lanzo propuestas al aire, pero nada logro: Dante no cede. Se encierra en su silencio, me da respuestas monosilábicas cuando le da la gana y sigue observando todo el tiempo el paisaje.

- No pareces el hijo de un tipo lleno de dinero. Con tu apariencia rebelde… y tus tatuajes, -digo agotando mis argumentos, para tratar de hacerlo empezar con las confesiones-.
- ¿Solveig?
- ¿Sí?
- ¿Dices eso para provocarme, esperando que empiece a hablar?
- Sí.
- Estás perdida, -sonríe el insolente que enciende de nuevo la radio-.

Pongo de repente mi mano sobre la suya, sin saber qué es lo que me pasa y sin dejar de ver la carretera. Su calor me irradia. Y este simple contacto me perturba más de lo que debería.

- Dante, si tienes los medios, ¿por qué estás recorriendo cinco mil kilómetros en este montón de chatarra con una perfecta desconocida?

Él aparta su mano, luego responde con toda la sencillez del mundo:

- Para cambiar de aires.

Conozco ese sentimiento…

***

El motel en el que planeamos pasar nuestra primera noche está solamente a unos cuantos kilómetros. Me duele la nuca. Las manos. Las pantorrillas. El Chevy rechina un poco por todas partes, como un viejo oxidado al final de su día de trabajo. A bordo de él es imposible circular más de tres o cuatrocientos kilómetros por día, no soportaría el esfuerzo. Dante está avisado. En un semáforo, tomo mi teléfono y descubro que Patsy me dejó tres nuevos mensajes.

Y me alegro con la idea de saber de qué nuevos crímenes me acusa.

- ¡Mataría por una *chimichanga*! –digo estacionando el auto en el condado de Luzerne, cerca de un mercadito-.
- Ya no estás en Nueva York, -me hace notar Dante, divertido y como queriendo decir que puedo seguir soñando-.

Lo ignoro y lo atravieso corriendo. Pan, cheddar, algunas frutas y dulces: estamos lejos de mi fantasía de una orgía de comida mexicana, pero tendré que contentarme con esto. Pago mis últimas compras con el dinero de la renta que me dio Alicia (y trato de calcular cuántos días me va a durar ese dinero). Cuando regreso al coche, Dante está recargado contra la carrocería del auto con una sonrisa de soslayo, con unos sándwiches en una mano y su cámara fotográfica en la otra. Entonces lo alcanzo, apunta el objetivo de su cámara hacia mí y me inmortaliza.

Curioso término cuando lo piensas…

- Hay que pagarle a la modelo, ¿no?
- Eres particularmente fotogénica, -comenta simplemente, sin escuchar mi broma-.
- ¿Es un cumplido?

- No. Sólo una afirmación.

O.K.. Pues si comprendo bien, esto le desollaría la boca de ser agradable…

5. Naturales

Debí haber desconfiado de esta promoción *Menos cincuenta porciento: ¡dos habitaciones por el precio de una!*. El motel en donde tuve el cuidado de reservar en línea la víspera parece aún más patético que lo que mostraban las fotos. La luz neón roja de la gran pancarta crepita y solo muestra una luz de cada dos, el estacionamiento parece casi un terreno baldío y la fachada del inmueble no infunde nada de confianza.

¿Alguien dijo Bates Motel?

Con mi bolsa de viaje que pesa una tonelada sobre el hombro, cierro el Chevy y ruego por encontrarlo intacto mañana por la mañana. Dante toma su mochila de tela kaki como si levantara una pluma y se dirige hacia el motel sin hacer comentarios. Ignoro si mi nerviosismo es la causa, pero hace de nuevo un calor sofocante. Abanicándome con una mano (técnica completamente inútil y contraproducente ya que el hecho de agitarme me acalora más), sigo a mi compañero de viaje. En el camino, paso la cabeza por encima de una valla de madera y descubro una pequeña piscina que, contrariamente a todo lo demás, parece más o menos limpia debido al olor a cloro que de ella emana.

Observo el agua turquesa con deseo, me pierdo en los reflejos del neón rojo sobre el azul de laguna, luego me doy cuenta de que mi hermoso moreno ha emprendido la huida. No tengo ganas de deambular sola, en este lugar. Me resigno a alcanzarlo al trote en el lúgubre edificio.

- Bienvenida al RedLight Motel, -masculla el viejo hombre detrás del mostrador-. ¿Es por algunas horas o para toda la noche?
- La noche. Dos cuartos. Tenemos una reservación, -replica Dante-.
- ¿A qué nombre?
- Stone, -digo poniendo mi bolsa sobre la alfombra mugrienta-.
- Stone... Stone... –repite el hotelero inclinándose sobre su pantalla de otro tiempo-. Ah sí, la promoción. La seis y la once.

- Necesitaríamos dos habitaciones contiguas, -aclara el moreno-.

Lo miro fijamente, con el corazón que late fuertemente. Su mirada apunta hacia el mostrador de la recepción, sin embargo sabe probablemente que lo observo. Y que estoy inmensamente agradecida de que se ocupe de mi seguridad. El viejo hombre sacude la cabeza, con un gesto profundamente cansado, y responde:

- Eso será más caro.
- Dante... –intervengo dulcemente para disuadirlo, aunque no me siento muy segura-.
- No importa. Lo pagaré, -dice el moreno-.
- ¡Lo compartiremos a mitades! –insisto-.
- No vamos a discutir horas por un puñado de dólares, -gruñe sacando la cartera de su bolsillo trasero-.

El viejo hombre se apodera de dos llaves y las ofrece a quien le entrega los billetes. ¿Yo? Yo asisto a la escena, sin saber a ciencia cierta si me siento conmovida o herida en mi amor propio. No me gusta que tomen decisiones en mi lugar.

- Ella tomará la once, -decreta mi salvador de ojos negros-. Yo la doce.
- Gracias, me imagino que...
- De nada, -murmura alzándose de hombros y tomando la dirección de la salida que lleva a los bungalós.

En fin, imagino que si realmente él fuera mi «salvador» cargaría mi bolsa...

***

La noche ha caído y la habitación que vigila la piscina mantiene sus promesas. Es decir, ninguna. El aire es poco y sofocante, el aire acondicionado es arcaico y ruidoso. La cama es grande pero rechina y es incómoda, cubierta por una tela verdosa ligeramente pegajosa. Me atrevo a tocarla con la punta de mis dedos, luego la colcha sale volando hacia el otro lado de la habitación. La blanca sábana lavada miles de veces con blanqueador me agrada más.

La pequeña televisión funciona, pero emite un silbido estridente cada vez que cambio de canal. Me dolían los ojos a causa del papel tapiz rustico iluminado por unos focos demasiado potentes, ahora me

duelen los oídos por culpa de la estruendosa tele.

En el baño hay paredes color rosa salmón, mosaicos azul noche, bañera de patas y un espejo fisurado: me río sin poder detenerme, agotada nerviosamente por este primer día de *road trip*. De repente, escucho un ruido curioso y me incita a regresar a la habitación para pegarme a la ventana. Alguien acaba de hundirse en la piscina iluminada. Un hombre. Su larga silueta nada bajo el agua luego sube a la superficie.

Cabellos negros, amplios hombros, piel mate y brazos tatuados.

Dante.

Dios, cómo hace calor.

- ¿Y por qué carajos olvidé empacar un maldito traje de baño?

Muerdo una manzana, me quito mis tenis blancos, desabotono mi pantalón de mezclilla... Todo esto sin dejar de mirarlo a través de mi ventana. El cuerpo humano tiene algo de diabólico y de inocente, de puramente estético, a tal punto que éste se vuelve hipnotizante. Sobre todo cuando está tan perfectamente dibujado y que puedo discernir cada una de sus líneas, de sus curvas, cada uno de sus abdominales a la distancia. Dante es una obra de arte... Un llamado a los sentidos. Su piel bronceada, mojada que se ofrece a mi mirada, destella en la noche. Sus músculos se tensan con cada movimiento. Sus tatuajes atraen irresistiblemente mi mirada, acentuando su lado *bad boy*, peligroso, prohibido. Debería voltearme. No lo hago.

Lo que explica por qué observo a mi compañero de viaje mordiendo tan fuerte mi manzana golden.

El enorme bloque que es el aire acondicionado y que está situado encima de mi puerta empieza a quejarse, como si lo torturaran a muerte. Y luego... nada. Ni un solo sonido. Nada de aire. Me apodero del control remoto, aprieto diez, veinte, treinta veces el botón de encendido pero el aparato se rehúsa a volver a funcionar.

¡Maldito motel inútil!

- Bueno. No tengo otra opción.

No soy particularmente púdica. Los años en la danza, vestidores y conjuntos que formaban una «segunda piel» me enseñaron a aceptar mi cuerpo tal como es y a no sentir la necesidad de protegerlo de la

mirada de los demás. Sin complejos (uno solo: mi cicatriz) y sin timidez inútil. Me quito mi pantalón de mezclilla, mi top, verifico que mis bragas negras y mi sostén de puntos están en su lugar y regreso al baño para enrollarme en una toalla. Sin darme el tiempo para pensarlo dos veces, tomo la llave número once y azoto la puerta detrás de mí. Bajo las escaleras, empujo la valla de madera, extiendo mi toalla sobre una tumbona perforada y salto al agua cubriéndome la nariz.

Sí, el detalle matador.

El agua está fresca, las sensaciones son deliciosas, embriagantes. Nado y doy vueltas bajo el agua hasta que mi cabeza da vueltas sola. Cuando vuelvo a la superficie, Dante está sentado en el borde de la piscina, con las palmas de sus manos planas sobre la piedra, sus piernas musculosas colgando dentro del agua y su mirada oscura apuntada hacia mí.

- No pude resistirme, -le sonrío, sin aliento por mi sesión de apnea-.
- ¿Tampoco sirve el aire acondicionado en la once?
- Te dejaré escoger el próximo motel... –articulo nadando hasta la orilla-.
- Tal vez iremos también a comprarte un verdadero traje de baño, -dice mirando sus rodillas-.

Las gotas de agua escurren sobre su piel ambarina. Sus tatuajes cobran vida en la noche y creo reconocer un ave y unas llamas sobre su bíceps izquierdo. ¿Un ave fénix? Cuando mi mirada sube a sus ojos, me doy cuenta que me mira atentamente, con las mandíbulas apretadas y frunciendo el ceño.

- ¿Un traje de baño? –retomo escondiendo mi escote con mis manos-. ¿Y para qué? ¿Qué te dice que esto que traigo puesto no es uno?
- Algunos años de experiencia en lencería femenina... –sonríe insolente-.

Lentamente, su largo cuerpo escultural se desliza de nuevo en el agua y parte en dirección opuesta. Me doy cuenta de que no pude contener una sonrisa con su último comentario, ni sentir algo extraño, y me odio por eso. La culpa me domina mientras salgo de la piscina y tomo mi toalla.

Coquetear, no lo había vuelto a hacer desde Preston. Estoy

olvidando mi promesa. Traicionar al único hombre que he amado y que ya no está aquí para pelear por mí. Mi corazón se estruja, la tristeza me invade. Sin una palabra, sin mirar atrás, regreso a la habitación once y paso veinte minutos bajo el débil chorro de una ducha fría. Dejando correr mis lágrimas.

***

Decidí domesticarlo. Volverme su amiga. Así, sin ambigüedad, sin incomodidad y sin coqueteo inapropiado entre el moreno melancólico y yo. Nuestras relaciones serían más naturales, nuestras conversaciones más ligeras. Nos quedan cuatro mil setecientos kilómetros por recorrer uno al lado del otro, en un transporte sin aire acondicionado ni suspensiones, entonces qué mejor que entendernos bien.

Golpeo a su puerta un poco antes de las veintiún horas sin saber cómo voy a ser recibida. Me abre, en pantalón de mezclilla entallado y una toalla sobre los hombros, y vacilo por un instante en dar media vuelta o pedirle un striptease completo. Dante me inspecciona de pies a cabeza con mis mini shorts, como para verificar que estoy entera, luego me indica que entre.

- Mi televisión no funciona y *El Silencio de los Inocentes* ya va a empezar... –balbuceo-.
- Deberías dormir, ¿no?
- Imposible. ¡Necesito mi dosis de Hannibal Lecter!
- ¿Eso es tu droga? ¿Las películas que dan miedo?
- ¿Te sorprende? –le sonrío-.
- Realmente no, de hecho...

Observo su habitación y descubro que está todavía peor que la mía. Su alfombra es naranja y sus paredes violetas. En cuanto a su aire acondicionado éste sólo sirve para arrojar aire caliente. Después de un largo suspiro, Dante me indica que me siente en donde quiera y desaparece en el baño. Me contengo para no seguirlo con los ojos y pongo mis viandas sobre su cama. Una bolsa de Circus Peanuts, una lata de Milk Duds y una botella de Cherry Coke, directamente comprados al distribuidor que se encuentra al lado de mi cuarto.

Sí, me gusta el azúcar, ¿alguien tiene algún problema con eso?

Preston trató de convertirme en un smoothie. Eso sólo agravó mi caso.

Me apodero de uno de los dos cojines, lo lanzo al borde de la cama y me extiendo con el vientre sobre ella frente a la televisión.

En el baño, el agua de la llave corre, pero me parece escuchar a Dante que habla en voz baja. Cuando extiendo la oreja ya no escucho más. La película empieza y me concentro en Clarice y mis botanas de cacahuate. El moreno misterioso reaparece al cabo de un cuarto de hora, con una camiseta negra.

- ¿Ya estás bien instalada? –dice con su voz grave al verme desparramada sobre su cama-.
- ¡Hay bastante espacio para los dos! –replico con una sonrisa golpeando sobre la sábana a mi lado-.

Sin juegos. Sin tentativas de coqueteo. Soy la inocencia personificada. Todo lo que quiero es domesticarlo. Pero el salvaje ignora mi invitación y se sienta sobre el sillón, muy cerca de la cama.

- Ni siquiera conozco tu apellido... –le digo repentinamente-.
- Si es para averiguar sobre mi padre, esto no te llevará a ninguna parte, -responde sin mirarme-. No llevamos el mismo apellido.
- Nada que ver. Tú eres quien me interesa, no tu famoso padre.

Muerdo una botana esperando que se decida a hablar. Un ángel pasa, seguido de un enésimo suspiro:

- Salinger. Mi nombre es Dante Salinger.
- Salinger, -repito-. Me suena.
- Me encanta que te guste, -masculla inclinándose hacia adelante para robarme un caramelo-.

Los minutos desfilan. Su mirada se queda fija en la televisión. La mía va y viene entre la pantalla y su rostro iluminado.

- ¿Dante? –susurro-.
- ¿Mmm?
- Te doy toda la lata si me revelas quién es tu padre.
- Cállate, mira la película o sal de mi cuarto, -gruñe el moreno melancólico mientras suelto una carcajada-.

Por más que he visto este thriller diez veces, que he tenido una relación simbiótica con Hannibal y fantaseado con ser una agente del FBI, me dejo sorprender y aterrorizar cada vez que la veo. De ahí mis gritos que deben despertar a todos los bungalós del perímetro... y molestar *ligeramente* a mi vecino de cuarto.

- ¡Tranquila, van a terminar por llamar a la policía!

- Lo siento, me cuesta un poco de trabajo contener mis emociones, siempre me lo han dicho. ¡¿Pero viste su expresión?! ¡¿Y viste lo que estaba comiendo?!

- ¿Por qué te sometes a esto si sufres de esta forma? –me pregunta Dante levantándose de su sillón-.

- No sé. Debe de haber un caníbal que vive en mí... –me río sola-.

- Maldición, no tengo por que soportar esta mierda, -murmura-.

Con un movimiento decidido, apaga la televisión y va a abrir la puerta. Lo miro, un poco asombrada para comprender lo que está maquinando.

- Buenas noches, Solveig.

- ¿Qué? ¡Pero la película no ha terminado!

- Buenas noches, Solveig, -insiste frunciendo el ceño-.

- ¡No había ningún toque de queda en el contrato! –respondo al levantarme-.

- No, pero aprecio mi vida. Tú eres quién conduce, necesitas dormir.

Lo fusilo por un instante con la mirada, luego me doy cuenta de que no está completamente equivocado. Además, ya casi no hay Circus Peanuts, tengo la voz quebrada por haber gritado tanto y me siento tan exhausta que si continúo, voy a dormirme en su cama. Y eso sería una *muy* mala idea.

- Si no me hubieras echado de tu cuarto, te hubiera dejado el final de los Milk Duds, -murmuro pasando frente a él-., Buenas noches, Salinger.

- Buenas noches... Clarice, -gruñe imitando la voz y el acento de Anthony Hopkins.

***

La noche fue corta. O, mejor dicho, agitada.

Primero, me dormí a pesar de los treinta grados, los resortes del colchón y el hombre del ave fénix acostado justo del otro lado de la pared. Es como si mi cuerpo estuviera despertándose, lentamente, a su contacto, después de dos años de atravesar el desierto. De hibernación. O de duelo, llámenlo como quieran.

Enseguida, Hannibal me persiguió en mi sueño, proponiéndome beber de su botella. En medio de la noche, la recámara número diez se convirtió en el campo de juego de una pareja, digamos... caliente. Muy caliente. Alrededor de las cinco de la mañana, mi televisión se encendió completamente sola, al mismo tiempo que el aire acondicionado. Sospecho que las dos máquinas diabólicas trabajan en una banda organizada. A las seis de la mañana, ya no pude más y me arrastré hasta el baño para estudiar los daños en el espejo.

Una ruina. Como mi rostro.

Después de una buena ducha, recargo mi teléfono y aprovecho para borrar los tres mensajes de Patsy Camden. No tengo ganas de preocuparme por eso hoy. Me reinstalo en la cama, cambio de canales hasta caer en uno de noticias y lo dejo sin realmente escucharlo. Cuando mi teléfono celular se pone a vibrar, mi sonrisa regresa.

¡Ali!

[Dime que ya estás
de regreso. ¡Y que dejaste las instrucciones
de tu lavadora en alguna parte!]

[Instrucciones, en el cajón de la cómoda de la entrada.
¡De regreso en dos meses!]

[¡Esto va a ser muy largo sin ti!]

[Tú tienes mi planta. Te autorizo para que la consientas.]

[Aún así, cuídate mucho...]

[Estoy bien acompañada, no corro ningún riesgo.]

Me alisto para abundar en los detalles cuando unos golpes retumban haciendo casi temblar las paredes. Voy y abro apenas la puerta, sólo mi cabeza se asoma.

- ¿Podemos ya largarnos de aquí? –casi me suplica Dante-. ¡No puedo estar más en este nido de ratas!
- ¡Sí! Bueno, dame el tiempo para vestirme...

Sus ojos bajan a lo largo de mi cuerpo y me desnudan con la mirada. La tarea es sencilla: sólo traigo puesto un top escotado y unas bragas.

- Ok, -se voltea la fiera, aclarándose la garganta-. Te espero en el coche.

- ¿Sigue en donde lo dejamos? –me inquieto repentinamente-.

- Sí. Ya hace más de una hora que lo vigilo…

- ¡Mi héroe! –exclamo lanzándome hacia adelante y fingiendo que me cuelgo a su cuello-.

No lo toco sin embargo retrocede como si la menor tentativa de contacto estuviera por principio prohibida. Me disculpo por mi movimiento un poco «espontáneo», él masculla algo que no distingo y se aleja.

Siete minutos más tarde, con nuestras bolsas en la cajuela y nuestros cuerpos exhaustos en el Chevy, abandonamos Luzerne para *siempre*. Al cabo de una pequeña media hora, nuestros estómagos gritan por el hambre y nos detenemos en un *diner* que se encuentra en la Interestatal 80.

Rita, como lo estipula su gafete, anota nuestra comanda y le dirige un guiño a Dante antes de regresar a la cocina con su mandil tan rosa como la sombra en sus ojos.

- Eso a la larga debe ser muy tedioso, ¿no?

- ¿Qué? –me pregunta el moreno bajando su taza de café-.

- El coqueteo, los guiños, las chicas que se esfuerzan demasiado para que las mires…

- No lo sé. ¿A ti te cansa? –revira su ronca voz, ligeramente burlona-.

- Eso no me sucede.

- ¿Bromeas?

- No.

- Solveig, todos los hombres que hemos cruzado te observan. ¡Ni siquiera él puede dejar de verte!

Me volteo y me topo con la mirada aturdida de un chiquillo que debe tener unos… nueve meses.

- Muy chistoso.

- En serio. Tú no te das cuenta pero no pasas desapercibida.

- Eso debe ser por que soy *extraordinariamente fotogénica*, -le sonrío al tiempo que recibo mi plato gigantesco de panqueques.

- Nunca dije *extraordinariamente*, -gruñe desviando la mirada-.

- No, pero lo pensaste.

- Falso.

- Come y deja de contradecirme, -mascullo mientras hago bizcos

sobre su tocino-.

Al final de la comida mientras rehago mi minúscula cola de caballo, Dante saca su cámara y me dispara varias veces. Un poco halagada, sobre todo molesta, no puedo evitar comentar:

- Son diez dólares.
- No acostumbro pagar.
- Entonces te propongo otra clase de compensación.
- Te escucho... –murmura entornando sus hermosos ojos negros-.
- Tu tocino. En mi plato.

Con la punta de los dedos, Dante se apodera de la última rebanada restante, la aproxima a mi plato y luego, con un movimiento brusco y calculado, lo mete en su boca. Y el provocador sonríe. Por fin.

- Te prefiero con el cabello suelto, -agrega una vez que ha tragado su tocino-.

Un poco desconcertada, lo interrogo con la mirada, pero no veo nada sospechoso. No quiere seducirme. O si ese fuera el caso, lo esconde endiabladamente bien. Entonces me abro a él, esperando que eso nos ayude a convertirnos en... «amigos».

- Mi marido me llamaba salvaje. Tenía el cabello largo, antes, y éste no era siempre muy... disciplinado. Por eso él lo prefería atado.
- Yo prefiero lo que es espontáneo, natural. No me gusta particularmente el orden, -sonríe dulcemente mi copiloto-.
- Mi rubio platinado no es completamente natural, pero todo el resto de mí lo es, -aclaro entonces-.
- Creo que lo noté, sí.

Mi cuerpo mojado, en ropa interior, en esa piscina... Él vio todo...

Mientras mis mejillas se transforman en un brasero, él le indica a Rita que cobre nuestra cuenta. Ésta última está ocupada en otra mesa pero la despacha rápido para poder atender a su bello desconocido. Completamente aturdida, la mesera de grandes atributos vuelve a la caja y trata de encontrar la cuenta correcta.

Los ojos de Dante se posan sobre mí, leen mi perplejidad, tal vez incluso la punta de deseo que trato de reprimir. Nuestras miradas quedan imantadas por largos segundos, hasta que el encanto se rompe... por mi nueva mejor amiga y su voz empalagosa.

- ¡Son veinticuatro dólares! ¡Más mi propina! –coquetea hacia mi

compañero de ruta-.

Dante le extiende tres billetes de diez y le indica que se quede con todo. Muerde una tostada ya tibia, la deja caer en su plato y luego se levanta estirando su camiseta gris. El desayuno ha terminado.

Y yo, me sorprendo encontrando todas esas pequeñas cosas anodinas que dice o hace de manera increíblemente sexy. Y ese misterio que se cierne alrededor de él increíblemente intrigante. Adivino que Dante esconde algo. Probablemente un pasado pesado, doloroso, que le pisa los talones. Uno no se refugia en el silencio por nada. Y a pesar de esta maldita curiosidad que me corroe, no escarbo más para no presionarlo. Todavía no.

- Si alguna vez vuelve por aquí... –murmura Rita escribiendo su número de teléfono sobre la nota-. Llámeme.

Me obligo a reír y evito sentir cualquier cosa cuando veo al moreno deslizar el papel en su bolsillo. Luego lanzarlo a la basura cuando se encuentra a una distancia prudente de la mesera ninfómana.

- ¿Por qué tomaste la nota si la ibas a tirar? –pregunto sonriendo por dentro-.
- No me gusta humillar a las personas.

Lo sigo hasta el auto, me siento detrás del volante, arranco el motor y no puedo evitar agregar:

- No quisiera decirlo, pero su escote no tenía nada de natural...

Mi copiloto oscuro y misterioso me regala un gruñido pintado de sonrisa, antes de voltear hacia la ventanilla para amurallarse en el silencio.

6. Espíritu de contradicción

Back on the road. Seguimos sobre la interestatal 80 en dirección a Cleveland. Quedan un poco menos de seiscientos kilómetros, mi Chevy no podrá recorrerlos sin duda desde aquí al fin de semana. Lo que implica una nueva parada, un nuevo motel. Y tal vez nuevas habitaciones sin aire acondicionado, una nueva piscina desierta. Le ruego a los dioses de la tensión sexual que nada de esto se repita. Es ridículo. Sólo es mi cuerpo que ha estado dormido desde hace dos años y que parece que quiere despertar. Sólo son reacciones primarias, espontáneas. No tengo la costumbre de controlarme. Tendré que pensar en empezar a hacerlo.

Y a atarme los cabellos.

Durante una hora, atravesamos los paisajes monótonos de Pensilvania en silencio. Una vía de un solo sentido, otra en el sentido inverso, unos bosques más o menos tupidos y campos más o menos secos de un lado y del otro. Pocos autos me rebasan de vez en cuando. Nada muy interesante. Perfecto para pensar. Mi mente deambula entre Ali y mi planta (*¿le estará yendo bien después de nuestros últimos mensajes de texto? ¿le seguirá yendo mal?*. Entre mi banquero y el sobre de papel craft que contiene mis ahorros (*que adelgazan, todo lo contrario a mí*). Entre Patsy y Russell Camden (*¿de hecho, a quién de los dos odio más?*). Entre Preston y mis amantes precedentes. Pocos hombres han entrado en mi vida, puedo contarlos con los dedos de una mano. Y ninguno, aparte de mi marido, me ha dejado un recuerdo imperecedero. A lo mucho, unas anécdotas graciosas (que no lo eran al momento de suceder). Davy y su manía de doblar su pantalón cuidadosamente sobre el respaldo de una silla antes de «pasar a la acción». Adam que no se quitaba nunca sus anteojos, ni siquiera en la cama, y que los tenía en la punta de su nariz cuando se afanaba encima de mí. Mitch y su bosque de pelos oscuros en la espalda, lo que me obligaba a preguntarme frecuentemente si traía puesto un suéter o no. Sonrío con esos recuerdos. Después de todo, yo era una chica cualquiera, no muy extraña, mis novios tenían también el derecho de tener sus defectos. Yo debía aburrirlos tanto como ellos me

hacían reír. Escucho mi carcajada que resuena en el auto antes siquiera de darme cuenta.

- ¿Ahora te ríes sola? –gruñe mi pasajero a quien debí despertar-.
- Ya te dije que era mi segundo nombre, Completamentesola. Está cool, ¿no? –le sonrío-.
- En todo caso no estás completamente sola en tu cabeza, -comenta enfurruñándose-.
- Dante, sé sincero conmigo, ¿qué es lo que prefieres en la vida? ¿Fruncir el ceño o dormir?

Me río de nuevo, muy orgullosa de mi pregunta. El moreno ni siquiera esboza una sonrisa.

- No duermo, estoy pensando.
- Ah, esa es la razón de tu ceño fruncido cuando duermes.
- Ya te dije que yo no... Olvídalo, -suspira dándose cuenta de que cayó en la trampa-.

Se pasa los dedos por la barbilla, luego por las mandíbulas, haciendo crujir su barba de tres días. Lo miro hacerlo tal vez por demasiado tiempo antes de recordar mirar la carretera.

- La arruga del león, ¿la conoces? –retomo-.
- No.
- Vas a tener una arruga entre los ojos si sigues haciendo ese gesto.
- ¿Y?
- Y no sé si algunas chicas te han dicho que es sexy esta apariencia preocupada y esas cejas que tratan de tocarse, pero en realidad no lo es.

Está bien, es sexy. ¿Pero los hombres no saben que siempre hay que entender lo contrario de lo que decimos?

Lo miro otra vez esperando su reacción pero a Dante parece no importarle si a mí me parece sexy o no. Me mira fijamente con sus ojos negros enigmáticos, luego relaja sus cejas, por puro espíritu de contradicción. Me cuesta trabajo abandonar su mirada que casi es un desafío.

- ¡Solveig, delante de ti! –grita su ronca voz-.

Un idiota que nos rebasa y que retoma nuestro carril intempestivamente.

- ¡Maldito imbécil! ¡Imbécil, imbécil, imbécil! –grito al mismo

ritmo de mi corazón-.

- Todo está bien, -trata de calmarme mi copiloto-.

- ¡Pudo habernos matado!

- No lo hizo...

- ¡No, pero es un tipo como el que mató a mi marido! ¿Y todo por qué? ¿Para llegar cinco minutos más temprano? ¿Para probar que es el mejor? ¿Que tiene el auto más potente? ¿El par más grande de...?

- Entiendo, -me interrumpe-.

- El conductor que provocó la muerte de Preston estaba borracho. ¿Ya te lo había dicho? ¡Otro tipo que se creyó más fuerte que los demás, más fuerte que el alcohol! –me altero-. ¿Cómo pueden ser tan estúpidos los hombres? ¡Son tan estúpidos! ¡Todo el tiempo queriendo demostrar cosas!

Larga pausa. Un gran cuerpo que se tensa, a mi derecha. Y luego...

- Estoy de acuerdo, -concluye con una voz cavernosa-.

Por primera vez no me contradice. Su respuesta me sorprende y su timbre profundo para en seco mi arrebato. No es solamente una persona callada. Aparentemente también sabe cómo hacer callar a los demás. Y ni siquiera sé si eso me gusta o no. Durante varios kilómetros, mira de nuevo por la ventanilla, con las cejas más contrariadas que nunca. Aprovecho el silencio para calmar mis nervios, concentrarme en mi conducción y pensar antes de hablar. Por primera vez. Pero no puedo evitar continuar.

- No estaba realmente hablando de ti, hace rato. Sólo de los hombres en general. Pero sé que no todos son así.

- No necesitas justificarte, -trata de detenerme-.

- Es sólo que... Entre mi padre y mi hermano, no tuve muy buenos ejemplos. Y tampoco elegí a los mejores hombres. A excepción de Preston, evidentemente.

- Evidentemente, -repite con un tono monótono-.

- No quiero que creas que soy una de esas feministas extremas que odian a los hombres sólo por que algunos las lastimaron.

- No creo nada.

- Sólo quiero aclarar que no tengo nada en contra del género masculino. Ni contra ti.

- Muy bien.

- Bueno, sólo cuando das respuestas monosilábicas y yo hablo por mucho tiempo. Eso no está muy bien equilibrado. Y la falta de equilibrio me altera. Al cabo de un momento, siempre caemos en eso.

- Dos sílabas.

- ¿Qué?

- Hay dos sílabas en «muy bien». No es una palabra monosilábica, -me explica sin sonreír pero con una especie de insolencia juguetona en la voz-.

- ¡Wow! Acabas de articular dos frases seguidas, ¿estás seguro de que estás bien? Dante, mírame. ¿Cuántos dedos ves?

Cruzo dos dedos que agito bajo su nariz para hacer aún peor la cosa y me pongo a hacer bizcos cuando voltea hacia mí. Esta vez, él realmente sonríe.

Este tipo tal vez esté dotado para hacer callar a los conversadores... Pero yo tengo mi propio don para animar a los seres humanos menos sonrientes.

- ¿No querrías sostener el volante y mirar la carretera, Solveig?

- Buena idea, copiloto.

Tratando de ignorar el efecto que me provoca esa sonrisa conquistada, me concentro en la autopista que desfila y aprieto el volante con tanta fuerza que mis falanges pierden su color.

- Preston era un buen conductor, -digo sin pensar-. Quiero decir, sé que era muy atento. Que ese accidente no pudo haber sido su culpa. Todos podemos cometer errores, por supuesto. Pero él era el tipo de hombre que se involucraba en todo lo que hacía. Para destacar. Ya fuera como médico, para asar una carne o para conducir, él hacía las cosas bien. Nunca hubiera corrido el riesgo de rebasar si no hubiera estado seguro de tener el tiempo. Jamás hubiera bebido antes de tomar el volante. Y él decía siempre que yo conducía sin cuidado. Pero eso lo divertía. Y era su forma de protegerme.

- No debía dejarte conducir muy frecuentemente, -comenta mi pasajero-.

- No, -digo sonriendo-. Con él, yo me dejaba llevar...

- Ya veo. No como ahora.

- Perderlo me hizo cambiar. Hacerme cargo de mí misma. Ahora sólo tengo un objetivo: que ese juicio demuestre que Preston Camden era un gran tipo. Y que murió por nada.

- Entiendo, -asiente después de un pesado silencio-.

- Tus orejas son mejores que tu boca.

- ¿Perdón?

- No eres muy bueno para conversar pero sabes escuchar.

- Tal vez. De hecho, ya escuché demasiado. Es mejor que yo... piense, -dice antes de echar su cabeza hacia atrás, de cruzar las manos detrás de su cráneo y cerrar los ojos-.

- Duerme bien, -me burlo-.

Y una pequeña mueca divertida se dibuja sobre sus labios plenos que parecen luchar para no sonreír demasiado fuerte.

Rectifico enseguida en mi cabeza: su boca es mucho mejor que sus orejas y muchas otras cosas. Es incluso tal vez lo más bello que tiene.

***

Después de otra hora de camino de nuevo en silencio, el Chevy decide hacer uso también de la palabra. Emite sonidos variados, a veces silbidos o sonidos más rocosos, sonidos líquidos o metálicos, y mis pocos conocimientos en automóviles no me ayudan a descifrar sus gritos de dolor. Y eso me da muy mala espina.

- Creo que debemos tener una pequeña conversación tú y yo, -le anuncio a mi vehículo deteniéndolo lentamente sobre la cuneta de tierra-.

Dante no parece ni siquiera darse cuenta de que ya no avanzamos. Lo abandono dormido (o pensativo) sobre su asiento de pasajero y salgo de mi carcacha para ir a abrir el cofre. Caliente. Mi padre no me transmitió grandes valores ni lecciones de vida, pero me acuerdo de las bases de la mecánica que trató de inculcarme cuando tenía 17 o 18 años.

– Es tan simple como decir buenos días, Sol: motor que se sobrecalienta es igual a un problema en el radiador. Problema de radiador igual a falta de líquido anticongelante. ¡No esperes hasta que la lucecita se encienda para verificar los niveles! No soy yo quién irá a buscarte cuando hayas estropeado tu motor en medio de la nada.

El aprendizaje por la amenaza. No es muy moderno. Y francamente tampoco eficaz.

Salgo en busca del gran tapón del radiador y me quemo al rozarlo apenas. Otras «amenazas» de mi padre regresan enseguida a mi memoria:

– ¡No soy yo quién te llevará al hospital si tus quemaduras son del tercer grado! Tendrás que llorar en las faldas de tu madre. ¡Siempre se deja que el motor se enfríe antes de tocar algo! El líquido anticongelante que hierve puede explotarte en la cara como una olla exprés, ¿entiendes?

Es imposible recordar cuánto tiempo es necesario esperar.

Aprovecho para ir a buscar unos trapos, mi bote de líquido anticongelante y el embudo que se encuentra en la cajuela de la *bestia*. No poco orgullosa de mi súper preparación, regreso hacia el cofre bailando algo del estilo *Lago de los Cisnes*. Este espectáculo al borde de la autopista parece gustarle a mi fotógrafo pasajero que ya no duerme: pasa justo el torso a través de la ventanilla abierta y me ametralla. Dejo enseguida de bailar. Y chupo la yema de mi pulgar adolorido como una chiquilla que se hubiera portado mal.

- ¿Te lastimaste? –inquiere Dante saliendo al fin del auto-.
- No, -miento a medias-.
- Muy bien, entonces ¿puedo dejarte?

Como de costumbre, el moreno melancólico no espera mi respuesta. Se aleja unas decenas de metros y se pone a fotografiar lo que le rodea. Miro en la misma dirección que él y sigo sin ver el interés de esos paisajes. Entonces lo miro a él. Por defecto. Cuando se pasa tanto tiempo sentado en un auto al lado de alguien, fácilmente se olvida su tamaño, la anchura de sus hombros, el desenfado de su andar. Y no se ve más que raramente el otro lado de la moneda en lo que se refiere a su cuerpo. El reverso. Bueno, yo me entiendo. Hermoso trasero musculoso, es todo lo que hay que notar. Y lo he hecho. Pasemos a otra cosa.

Mientras espero, no sé qué es lo que haces aquí, Dante Salinger. Ni lo que escondes.

Unos veinte minutos después, el calor y la deshidratación me hacen ver mil traseros de todos colores. Se diría que «pasemos a otra cosa» no funcionó muy bien. Ya es tiempo de que me ocupe de ese radiador. Y que haga bajar la temperatura de todo el mundo.

- Escúchame bien, montón de chatarra, me prometiste llevarme a Seattle y vas a cumplir tu promesa. Entre mis padres, Preston, mi planta y tú, ¿cuál es su manía de abandonarme todo el tiempo? Bebe esto, circula en silencio y te prometo no engañarte con un Toyota, -digo llenándolo de líquido anticongelante-.
- ¿Ya nos podemos ir? –me pregunta el fotógrafo de regreso entre nosotros-. ¿O todavía tienes algún ultimátum que lanzarle a tu auto?
- No entiendes nada, -replico cerrando el cofre-, son palabras de amor...

Luego, acaricio lascivamente la carrocería de mi Chevy para hacer sonreír al aguafiestas, quien prefiere esconderse detrás de su mano al frotar su frente. Poco importa, sus ojos negros sonrieron por él.

Unos treinta kilómetros más tarde, mi automóvil querido se rebela y los ruidos aparecen de nuevo. Me veo forzada a detenerme otra vez, preguntándome qué recuerdos paternos van a surgir ahora para sacarme del embrollo.

- Este es el momento en el que *nunca* debes hacer comentarios sobre mis aptitudes mecánicas y mi maestría en decir ultimátum amorosos, -advierto al apagar el motor-.

Dante se contenta con mirarme desde su asiento de pasajero, ligeramente divertido y hace un movimiento como si sellara sus labios carnosos y bien cerrados. Luego me sigue al exterior, sin duda para fotografiar no sé qué campo ya seco.

- No vaciles en ametrallar. Creo que no fotografiaste unas ramitas secas y muertas hace rato, -me burlo con la esperanza de que me deje sola para pensar-.
- ¿Puedo mirar? ¿O también existe una regla que me impide ayudarte?
- Haré una excepción esta vez, -acepto enseguida, aliviada-.

Después de algunos minutos manipulando un montón de piezas cuyo nombre y función ignoro, Dante tiene las manos negras de grasa y la piel brillante por el sudor sobre la nuca y los brazos. Inclinado bajo el cofre abierto, él se seca la frente con el reverso de la mano y se deja un rastro oscuro sobre la sien. Lo miro de soslayo para no parecer que estoy disfrutando del espectáculo. Pero me parece que hace calor, realmente mucho calor. La canícula de Nueva York no es nada al lado de este pedazo de autopista de Pensilvania. Y termino por decir, espontáneamente:

- Sólo por estar segura, ¿realmente estás tratando de reparar el auto o sólo parecer un cliché?
- ¿Mmm? –masculla con el ceño fruncido-.
- Si, ya sabes, el cliché del hombre que ayuda al borde de la carretera, transpirando y musculoso, que parece conocer de mecánica...
- ¿Prefieres que me detenga? –me desafía para hacerme callar-.
- No, no, te lo suplico. Mientras sigas mimando a mi Chevy.
- No es gran cosa, creo que debería funcionar hasta...
- ¡No me digas que te vas a quitar tu camiseta también! –lo interrumpo para continuar con mi idea-.

Y me hago reír a mí misma con la idea de incomodarlo. Entonces, Dante se incorpora, planta su mirada negra en la mía, se limpia

concienzudamente las manos sobre su playera gris oscuro... Y se la quita. Pura y llanamente.

- Tú y tu espíritu de contradicción, -le digo para no dejarme impresionar-.
- Tú y tu manía de comentar todo... –responde sin dejar de mirarme-.

No encuentro nada más qué decir. Sin embargo habría mucho para escribir un discurso sobre ese torso masculino tan bello. Sobre los iris negros en los que no se puede leer nada. Sobre las reacciones inesperadas de algunos hombres. Y sobre las oleadas de calor de las mujeres imposibles de reprimir. Una vez más, el mismo efecto: Dante me pone increíblemente nerviosa. Me sube la temperatura. Me marea. Me llena de deseos. Un montón de cosas inconfesables.

Recuerdo las reglas para mí misma: no busco ni un amigo ni un enamorado. Ni un amante...

***

El provocador se puso una camiseta limpia y retoma su posición preferida sobre el asiento del pasajero: piernas extendidas y brazos cruzados. Según los momentos, oscila entre párpados cerrados y ojos fijos en la ventanilla, observando no sé qué de apasionante. Trago kilómetros escuchando la radio para evitar pensar. Y al obligarme a mirar siempre frente a mí la seguridad se incrementa. Deben quedar un poco menos de dos horas antes de llegar a Cleveland, comienzo a decirme que el Chevrolet podría lograrlo. Me atrevo incluso a esperar que Dante no me pida detenerme para comer o satisfacer otras necesidades primarias. Este tipo no parece necesitar nada ni a nadie.

- Ve más lento... –me ordena repentinamente su voz grave, pero con un tono más dulce-.
- ¿Qué?
- Detente, por favor.
- ¿Por qué?
- Hay una chica allá.
- Dante, no puedes esperar dos horas más para poder ir a ver a una...
- ¡Es una chiquilla! –me interrumpe acercando sus cejas indignadas-. Está pidiendo un ride. Y no va a encontrar otro vehículo más que el nuestro en este rincón perdido.

- ¡Hablas mucho cuando quieres! –le sonrío y empiezo a frenar-.

- Me hubiera gustado que alguien se hubiera detenido por mí hace tiempo, es todo, -dice alzándose de hombros-.

- ¿Te escapaste de casa siendo adolescente? Eso te va muy bien.

- Parece temerosa... –me ignora-.

- Ni siquiera quiero imaginar quien podría detenerse... –asiento y detengo el Chevrolet un poco después de la adolescente y su pulgar levantado-.

La veo correr en mi retrovisor y luego se introduce en el auto balbuceando un «gracias». No creo que tenga más de 14 o 15 años. Tiene los cabellos negros como el ébano y un fleco demasiado largo que se come la mitad de su rostro. Cuando me volteo para saludarla, noto un anillo en cada fosa nasal, una pulsera de clavos alrededor de su muñeca y una superposición de ropa negra que deben estar matándola por el calor. Si tuviéramos una sola cosa en común esa sería el rímel corrido que le oscurece los ojos con un negro de carbón.

- Hola, ¿cómo estás? –trato de portarme agradable-. ¿Cómo te llamas? ¿Qué edad tienes? ¿Y a dónde te diriges? ¿No eres un poco joven para viajar completamente sola? Tu estilo es gótico, ¿no es así?

- Lo siento, -interviene Dante-, ella hace demasiadas preguntas, sólo trata de ser agradable.

- Mientras que él, ni siquiera lo intenta, -agrego, ofendida-.

- ¿Qué podemos hacer por ti? –lo intenta a su manera-.

- Nada, sólo circular, -responde la morena en voz baja-.

- No podemos hacer eso, querida. Si te escapaste de casa, es necesario...

- Muy bien, vámonos, -me contradice mi copiloto, decididamente muy irritante-.

Con una mirada, me convence para arrancar y de tenerle confianza en este asunto. No tengo la menor idea de lo que me ha hecho aceptar.

Sin pronunciar una palabra más, Dante ofrece una botella de agua a nuestra nueva pasajera, quien acepta. Luego la deja llorar largamente. Cuando sus lágrimas se agotan, él logra hacerla tragar una de mis barras de chocolate, todo eso en el silencio más absoluto. Me siento al mismo tiempo incómoda por esta presencia extraña y llena de compasión por esta adolescente triste a morir. Pero sobre todo llena de admiración por los talentos de mi vecino que no imaginaba preocupado por los demás, fino psicólogo, capaz de ser el salvador de una joven gótica que se escapa de casa y que no tiene ganas de ser salvada.

- ¿Saben lo que le hace falta a un auto? –digo dulcemente para relajar la atmósfera-.

- ¿Un botón *mute*? –propone Dante con una mirada divertida hacia la chiquilla-.

- ¿Estás bromeando? En nuestros días, los autos más lujosos tienen asientos calefactables, difusores de perfume, televisiones en los reposacabezas e incluso mini bares... ¡Pero no tienen pañuelos! ¡Sólo un rollo de toallas de papel en algún lado! Eso le evitaría a algunas personas limpiarse sobre sus camisetas y a otras estar maquilladas como pandas. ¿No les parece?

Ninguna reacción en el habitáculo. Voy a empezar a sentirme seriamente boicoteada. Trato una última broma antes de tirar la toalla.

- ¡Imaginen qué tan fácilmente podrían hacerme callar con todos esos pañuelos metidos en la boca!

La gótica se carcajea en la parte trasera y mi copiloto se digna sonreír con los ojos. Son fuegos artificiales en mi corazón pero evito todo baile de alegría o expresión demasiado vistosa de mi satisfacción. Es duro. Después de algunos kilómetros un poco más relajados y un poco menos silenciosos, Dante logra hacer hablar a nuestra nueva pasajera. Ella dice llamarse Hell (lo dudo pero no digo nada), tener 14 años (justo lo que creí) y ya no poder soportar las miradas de doscientos habitantes de su pueblo frente a su look tan original (eso si puedo creerlo).

No comentar nada es una verdadera tortura. Afortunadamente para mí, los kilómetros siguientes sirven a una áspera y ruidosa negociación para determinar el desenlace de este viaje de tres. Yo quería dejar a Hell en la comisaría más próxima, me hicieron comprender que eso era impensable. Ella esperaba proseguir el camino con nosotros, Dante y yo nos rehusamos de común acuerdo (demasiado raro, debo señalar). El moreno melancólico proponía dejarla en casa de una amiga, les recordé entonces que era ilegal no regresar a una menor que se había escapado de su casa a su familia. Acordamos por un pequeño desvío hacia la casa de sus abuelos, que ella odia un poco menos que a su «loca madre que no comprende nada».

Cleveland me parece ahora muy lejos. Pero tengo el sentimiento del deber cumplido cuando dejamos a Hell, sana y salva, con su abuelo quien le ofrece gentilmente su viejo pañuelo de tela para que se limpie los ojos. En lugar de eso, ella lo agita largamente para

decirnos adiós hasta que el auto sale de su campo de visión . En el interior, el ambiente es extrañamente tranquilo, diferente.

- Siento mucho la desviación, -suelta mi vecino cuando tomamos la autopista 80 -.
- No hay problema, el Chevy parece soportarlo.
- ¿Tú también? –me pregunta con una mirada más dulce que de costumbre-.
- Sí... Creí que iba a morir por no poder hablar.
- Lo vi, -se divierte-.
- ¿Cómo supiste acercarte a ella?
- Ella me hizo pensar en mi hermanita, Calliopé. Nuestra infancia no siempre fue...

Dante se interrumpe y frunce gravemente el ceño, contrariado por haber hablado demasiado. Mira fijamente el camino pasándose la mano sobre su barba, retoma su apariencia oscura y preocupada, se encierra en su burbuja inaccesible. Tal vez nunca sepa el final de esa frase. Pero esta vez, no trato de insistir. Hoy, tal vez aprendí a callarme. Y observándolo, escuchándolo, creo haber conocido más de él de lo que se hubiera podido imaginar.

7. Saltos de ciervo

Llegamos a Ohio.

Cleveland está todavía a ciento veinte kilómetros cuando el día comienza a desfallecer. La idea era llegar a la «ciudad bosque» esta noche, pero nuestra pequeña pasajera con ojos de panda modificó ligeramente nuestro itinerario, la canícula de septiembre sigue haciendo estragos y el Chevy ya no puede más. Los ruidos sospechosos empiezan bajo el cofre y bajo mis pedales.

- La *bestia* no va a tardar en abandonarnos...
- Lo sé, me estoy ocupando del plan B, -me informa el moreno a mi derecha-.

En un rápido uso de su teléfono, Dante nos encuentra un motel digno de ese nombre en Youngstown, la ciudad más cercana de donde nos encontramos. Bueno, «digno de ese nombre» según él, yo no tengo ninguna prueba.

- ¿Puedo ver fotos?
- Estás conduciendo.
- ¿Entonces la respuesta es que no?
- Has entendido bien.

Refunfuño mirando fijamente a la carretera.

- ¿Estás seguro de que al menos tendremos aire acondicionado? Transpiro por lugares... indecentes.
- Seguro, -resopla-. Y ahórrame los detalles.
- ¿Y en habitaciones contiguas?
- También.
- ¿El hotel tiene restaurante?
- Ya son demasiadas preguntas, Solveig...

El salvaje me indica cómo llegar a buen puerto, viendo las indicaciones en su teléfono. Desvía una llamada cuando éste se pone a

vibrar, pero parece de repente preocupado. Definitivamente, este hombre tiene una relación extraña con su teléfono portátil.

- ¿Algún problema? –pregunto dulcemente-.
- No.

No insisto, aunque esto me mate. Después de algunos minutos, acomodo el Chevrolet en el estacionamiento del Motel 6. Neón blanco que funciona a las mil maravillas, hermosa fachada de tabique, números de las habitaciones muy legibles, puertas azules pintadas recientemente: estoy agradablemente sorprendida.

- Muy bien, un punto para ti, Salinger... –sonrío tomando mi bolsa de la cajuela-.

Esta vez, el tatuado la toma de mis manos y la echa sobre su espalda, antes de agregar la suya.

- Gracias...
- No hay de qué, es sólo que no quiero esperar 60 minutos.

Mientras troto detrás de él para llegar a la recepción, no puedo evitar torturarlo un poco más. Después de todo, soy como soy.

- ¡Pero dime, estás de un humor encantador esta noche! –digo sosteniéndole la puerta para que entre al edificio-.

Su ceño se frunce, luego una sonrisa maligna se dibuja en sus labios. Quitándome el aliento, Dante se inclina lentamente sobre mí, muy cerca de mi oreja (respiro muy a mi pesar su aroma fresco y viril) y susurra:

- Sigue así y no tendrás aire acondicion...
- ¿Ah sí? ¿Y cómo harás eso?
- Dormirás en tu caja.

Y me planta ahí, penetrando al hotel y dejando que la puerta se cierre sobre mí.

Ay. Y hablas de un caballero servicial.

- ¡Buenas noches, sean bienvenidos! –nos recibe una rubia bonita detrás de un mostrador en el que los folletos están perfectamente alineados-. ¿Cómo están esta noche?
- Muy bien, si no fuera por mi copiloto que me da dolores de cabeza, -le sonríe el bastardo antes de dictarle el número de la

reservación-.

¿Desde hace cuánto que sonríe?

¿Qué le ve a ésta?

habitaciones cuatro y cinco. Esta vez, escojo la mía, la que tiene mi número de la suerte: el cinco. Dante baja mi bolsa frente a mi puerta, luego se va rápidamente después de haberme dado una cita en una hora para ir a comer algo. No digo que no, me muero de hambre. Pero para empezar, se impone una ducha de cuarenta y cinco minutos. Y una inspección general…

Por cuarenta dólares y pico, la habitación está excepcionalmente limpia, espaciosa y de buen gusto. Desde la falsa duela del suelo, los blancos muros, la cabecera naranja que combina con los cojines, las mesas de noche y las cortinas. Milagro: al aire acondicionado funciona, la televisión igual. Una puerta da directamente a la habitación de al lado e imagino a Dante desvistiénd…

¡Detente!

Mi baño es pequeño pero funcional, la regadera es nueva y el chorro de agua es… ¡poderoso! Me desvisto en un santiamén y voy a relajarme bajo el agua tibia durante una eternidad.

Esa noche, me maquillo frente a un espejo inmaculado, me peino como puedo (mi cabello corto y cuadrado suelto, ligeramente ondulado) y me pongo un vestido azul noche y unas sandalias camello. Nada muy sofisticado, pero este atuendo me hace resaltar. Ali es generalmente la primera en decírmelo.

«¡Cintura de avispa. Piernas estiladas. Tetas presentes. Trasero infernal!»

Al fin lista, me ubico frente al cuarto de al lado y espero pacientemente. Dos minutos apenas. Dante sale de su guarida, vestido todo de negro. Tiene buena apariencia, huele bien, sus tatuajes parecen deslizarse sobre su piel bronceada. Peligro…

- ¡Qué estúpida! ¡Olvidé las llaves del auto! –exclamo lista para dar media vuelta-.
- No es necesario. Vamos caminando.

Curiosa por saber a dónde me lleva, me contengo para no interrogarlo. Eso no lo pondrá de buen humor. Y en este instante, el

salvaje parece sorprendentemente... ligero.

- Te está costando trabajo, ¿no? –dice con una sonrisa de soslayo, tomando la primera calle a la derecha-.
- ¿A qué te refieres?
- A mantenerte callada.
- Encantador... –resoplo acelerando el paso-.

Atravieso sin esperarlo, me alcanza a las carreras después de haber dejado pasar un vehículo.

- ¡Solveig, no corras, no quise ofenderte!
- Pues lo hiciste.
- Lo siento. Tú y yo sólo somos... diferentes.
- En las antípodas, querrás decir, -gruño-.
- Eso nos promete por lo menos una cosa...
- ¿Qué?
- No nos vamos a aburrir en las próximas semanas...

Pronunció esta frase con su ronca voz y sin sonreír, pero vi pasar un destello de alegría en su mirada. Y es estúpido, muy estúpido, terriblemente estúpido, pero eso me llena el corazón.

***

Dante acaba de aniquilar su hamburguesa... luego la mitad de la mía. Yo acabé con su ensalada de repollo, mientras que nuestras papas fritas ni siquiera tuvieron el tiempo de decir «uf».

El Big Joe's es manejado por una pequeña mujer que no se privó de poner a mi moreno melancólico justo enfrente de su bar... para poder admirarlo mejor. La música country es un poco fatigante, la decoración un poco kitch y las mesas un poco torcidas, pero el lugar tiene su encanto. Algunas parejas vinieron a cenar, algunos grupos de amigos beben sus tragos, brindan o discuten antes de reír. Y además están los eternos asiduos del bar, cuatro hombres de entre 40 y 70 años instalados directamente en la barra, quienes levantan el dedo cada diez o veinte minutos para pedir «otro trago, Christy».

- ¿Un trago? –me propone repentinamente Dante. No volvemos a la carretera antes de mañana...

Asiento con la cabeza y ordeno mientras él se levanta:

- ¡Un pedazo de pastel de queso y un gin tonic!

Mi cómplice se ríe, luego va hasta el bar y agrega un «whiskey en las rocas» a la lista. Christy se hunde en sus ojos, luego le susurra algo en el oído. Los dedos de mis pies se crispan. ¡Ay, es un calambre, calambre!

- Ya no hay pastel de queso, pero hay una rebanada de *cherry pie*, -me anuncia poniéndola frente a mí así como nuestras dos bebidas-.
- ¿Es eso lo que Christy te susurró al oído? Tienes un toque, de hecho...

Dante entorna los ojos al observarme, luego le da un trago a su bebida ambarina.

- Me dijo muy sutilmente que tiene una habitación, en el mismo piso...

El calambre ha regresado. Pero ya no al nivel de los dedos de mis pies.

- ¡Oh! Ella nos quiere alojar gratuitamente esta noche, -exclamo con una voz teatral y ridícula-. ¡Es realmente muy generosa!
- Solveig, detrás de ti, -murmura Dante entre dientes-.
- ¿Qué?
- Detrás de ti...

Me volteo y cruzo la mirada de dos jóvenes que voltean rápidamente. Muchachos bastante guapos, seguramente deportistas y coleccionistas de porristas. Deben tener unos 18 años y justo suficiente dinero ahorrado para pagarse una hamburguesa.

Dicho esto... yo estoy igual.

- Ya ligaste, -sonríe extrañamente mi compañero de viaje-. Ellos te observan desde que llegaron. La pelota está en tu cancha.

El alcohol me sube un poco a la cabeza y me encanta. La segunda ronda es por mi cuenta. Ordeno lo mismo (sin el postre esta vez), ignoro las miradas malintencionadas de la cantinera que piensa probablemente que Dante es mi pareja y regreso a nuestra mesa con las manos cargadas de tragos.

- Te pedí uno doble, -digo entregándole su whiskey-.
- ¿Para que no te remuerda la consciencia?
- Bueno, está bien. «Nos» pedí dobles, -confieso riendo-.

Me vuelvo a sentar, remojo mis labios en mi bebida y observo que los muchachos ya no son los únicos que me miran. Dante no deja de hacerlo con una sonrisa estúpida en los labios.

- Fuiste bailarina, -suelta repentinamente-.
- ¿Es una pregunta?
- No.

Bebe un sorbo y separa los brazos detrás de él, sobre el banquillo. Se pone cómodo. A mí me cuesta trabajo respirar. No solamente por que tengo muchísimo calor sólo por verlo, sino por que el tema que acaba de tocar es... sensible.

¬- ¿Eres médium además de ser encantador? ¡Buen pedigrí! –comento sonriéndole falsamente-.

- Ya ni siquiera te das cuenta cuando bailas.
- ¿Bailé?
- Al ir a pedir nuestras bebidas, -asiente-. Unos pasitos sensuales. Eran muy bonitos.
- Cualquiera puede hacer unos «pasitos sensuales y muy bonitos», -replico con una voz aburrida-. Eso no hace de mí una bailarina estrella.

Mi bebida baja tan rápidamente como una gota de sudor a lo largo de mi columna vertebral. Por primera vez, soy yo quien se encuentra incómoda. No me gusta el giro que está tomando esta conversación.

- Eres ágil. Tu cuerpo es fino pero musculoso. Todos tus movimientos son graciosos.
- Bravo, Sherlock, -suspiro-.
- No soy médium, sólo observador.
- Olvido que son aquellos que hablan poco los que saben más...
- No me gustan los atajos, -se ensombrece-.
- ¿Entonces es esa tu técnica? ¿Observarme en silencio hasta saber todo de mí, en lugar de comunicarte como un ser humano? Si me hicieras preguntas te las respondería, ¿lo sabes?
- ¿Solveig?
- ¿Sí?
- ¿Fuiste bailarina?
- Sí.

Él ha ganado, lo sé. El insolente sonríe ligeramente, sus ojos descienden sobre mis labios, luego bajan bruscamente. Dante pasa la mano sobre su incipiente barba, termina su bebida y la baja

estrepitosamente.

- ¿Estás lista para irnos?
- No he terminado mi bebida.
- Entonces muéstrame lo que sabes hacer.
- ¿Perdón?
- Baila para mí.
- No.
- Por favor.
- ¿Y yo qué gano?

Suspira, luego piensa, con su ceño fruncido y sus ojos oscuros.

- Un servicio. Lo que quieras.

Ahora es mi turno de ponderar. Esta oferta es tentadora. Y podría resultar muy útil...

- ¿Y podría hacer uso de ese servicio cuando quiera?
- Sí.
- ¿Realmente puede ser cualquier cosa?
- Nada ilegal, -gruñe-. Ni sexual.

Suelto una carcajada, él añade una sonrisa, luego me levanto. Con el fondo sonoro de *Cotton Eye Joe*, frente a los ojos azorados de los asiduos del bar y de Christy y su top demasiado apretado de encaje, efectúo unos pasos de danza clásica. Me echo a volar, no pienso. Sobre esta pieza de country completamente desfasada, enlazo un balancé, un arabesco, un chassé, algunos saltos de ciervo... luego un gran jeté. Una especie de gran écart, ejecutado en los aires. La figura es impresionante, lo sé. Y me alimento de las miradas de admiración.

Hace tanto tiempo...

Mis muslos sufren un poco, mi rodilla me da unos tirones, debería haber calentado, pero culpo por eso al alcohol. Y al hermoso macho tatuado que me mira fijamente de manera extraña.

Y más intensamente que nunca.

- Dime hermosa, ¿podrías hacer lo mismo pero en privado? –me pregunta de repente el Borracho Número Uno-.
- ¡Sí! ¡Y sin ese vestidito! –se burla el Borracho Número Dos-.

En un suspiro, Dante está detrás de mí, con sus manos puestas sobre mis caderas para llevarme hacia la salida.

- Ven, vámonos de aquí Tutu, -me susurra el moreno melancólico al oído-.

Escalofríos.

***

El camino de regreso me parece extrañamente largo. Seguramente por que obligo a mi salvador a desviarse sólo por el placer de escucharlo protestar. Y sentir sus manos, a veces, llevarme al camino correcto. No estoy ebria, no en este punto, pero no estoy lejos. Atravieso una calle sin ninguna atención, sin fijarme, él gruñe tomándome por la muñeca para obligarme a correr.

- La próxima vez, te confiscaré tu identificación y únicamente podrás beber refrescos...
- Me debes un servicio, moreno guapo, -me río sola al repetirlo-.
- No esta noche, -dice-. Esta noche regresas, te vas a la cama y te duermes.

Un poco enfriada por su humor, lo sigo, renunciando a hacer un último desvío. De cualquier manera, me duele la rodilla, así que este hermoso césped que parece tan suave tendrá que esperar. Un timbre suena, me cuesta algunos segundos entender que éste emana de mi bolso de mano.

- No deberías contestar estando en tu estado... –me aconseja el súper héroe de traje negro que me escolta hasta el estacionamiento del Motel 6 y que luego va a su cuarto-.

El espíritu de contradicción me obliga, oprimo el botón verde sin preocuparme del *«Número desconocido»* que aparece en la pantalla. Error de principiante.

- ¡Bueno, aquí Solveig! –digo con una voz alegre-.
- Veo que su luto ya no la pone triste, señorita Stone.

Mis piernas ya no logran moverse, mi sangre se congela y mi corazón se encoje. Esta voz rígida, ese tono de desprecio, ese carisma que destruye con unas solas palabras. Russell Camden.

Mi ex-suegro. Mi peor pesadilla.

- Y el dolor lo vuelve tan cruel como siempre, -respondo con una

voz apagada-.

- Usted se deshace de nuestro hijo orquestando su asesinato… –gruñe-. ¿Y después se atreve a faltarle el respeto a mi esposa? ¿Y a quejarse por ya no tener acceso a la fortuna de Preston? ¡Es usted una manipuladora, Solveig! ¡Una perra! ¡Una viuda negra! ¡Usted merece la pena de muerte!

- Ahora voy a colgar…

- La haré pagar. Caro. ¡Muy caro! No tan caro como nosotros ya que, en su mediocre existencia, usted no tiene a nadie a quien yo pudiera quitarle la vida, pero caro. Dígale adiós a su alegría de vivir, Solveig. Ésta, muy pronto, no será más que un vago recuerdo. Patsy y yo vamos…

Alejo mi teléfono celular de mi oreja y cuelgo con los ojos llenos de lágrimas. Encuentro la llave de mi cuarto, corro hasta la puerta, me encierro y me lanzo sobre el mini bar. Una botellita de vodka se vacía. Otra de ron, pero me detengo a la mitad. Es malo, me quema la garganta, pero me siento viva. Mis próximas víctimas: una bolsa de M&M's, algunos Pringles y una mini botella de Jack Daniel's. Agotada, nauseabunda, me dejo ir contra la pared, sentándome en el suelo.

Es un cliché. Odio los clichés. Pero no encuentro nada mejor que hacer. Y con toda franqueza, la tierra gira tan rápidamente para que pueda pensar en otra cosa.

Debí haberme quedado dormida ya que alrededor de la medianoche unos brazos firmes y sólidos me ponen sobre la cama. Al principio me sobresalto, suelto un grito enseguida, luego me aferro al hombre de negro. Dante.

- Golpeé varias veces a tu puerta para saber si estabas bien pero no respondías. Entonces entré por la puerta común.

- Estoy bien, -le sonrío, entonada por el alcohol-. En la cima…

- ¿Qué pasó aquí? –murmura-. ¿Por qué todos esos cadáveres de mini botellas cubren el suelo?

- Es una larga historia.

- Odio las largas historias, -suspira cubriendo mis piernas desnudas con la cobija-. Bebe.

Me ofrece una botella de agua, la rechazo.

- Bebe te digo, eso evitará que mañana tengas una resaca, -me ordena-. ¡Y también evitará que nos quedemos varados en este pueblucho marginado!

- Encantador, acto II, -murmuro-.

Bebo algunos sorbos, hasta que mi estómago me indica que estoy a dos dedos de devolver una parte de su contenido. Mensaje recibido.

- Ya no toques nada, -me susurra el moreno-. Duerme. Estoy al lado si te sientes mal...

- Muy bien, jefe... –me río, casi dormida-.

- No soy ni tu jefe, ni tu ángel guardián, ni tu padre, -masculla al alejarse-.

- Me parece bien, yo no tengo nada de eso, -continúo divagando-. Ni patrón, ni guardaespaldas, ni marido, ni padre, ni madre. La nada...

Me parece que detiene su camino, como si mi última réplica lo hubiera conmovido, luego se va azotando la puerta detrás de él. Es eso o es el alcohol el que me hace creer que se preocupa *un poquito* por mí.

¡En tus sueños, Tutu!

8. Bragas amarillas y pantalón de mezclilla negra

Dormí cinco horas de corrido. Es el despertador el que me lo indica y es bastante raro para que yo me sorprenda. Desde que Preston murió, el sueño es mi enemigo. Se hace caprichoso, cambiante, fugaz. Aprendí a vivir con eso. Pero en dos años, nunca me desperté soñando en el cuerpo de otro. En sus amplios hombros, sus brazos tatuados, su piel ambarina y sus manos varoniles. Nunca he fantaseado que otro me toque. No así.

Con la cabeza adolorida pero sin los efectos del alcohol, me dirijo al baño y me remojo la cara. Varias veces. Me lavo los dientes y regreso a acostarme.

No tengo sueño.

Con los ojos bien abiertos mirando el techo, hago unos saltos de ciervo mentalmente. No funciona. Entonces juego en mis adentros a *Verdad o Reto*. La partida dura unos cuantos segundos apenas. De repente, me encuentro de pie, determinada a cambiar algo en mi vida. Tengo que avanzar. Liberarme. Sólo por esta vez.

Entonces tomo la puerta que comunica los dos cuartos y me encuentro en el de la fantasía hecha hombre. ¿Ya dije que Dante no es mi tipo? Desde que conozco su tipo, cambié de opinión. Bueno, mi cuerpo lo decidió así.

En la semipenumbra, distingo su cuerpo recostado a través de la gran cama. Está todavía vestido de negro, exactamente como hace rato. Su cabeza está volteada hacia mí, iluminada por el haz de luz del baño que dejó prendida.

¿Miedo a los monstruos, Salinger?

Me acerco de puntillas, descalza, sobre la duela fría. Sé que no debería estar ahí, que estoy a punto de cometer un enorme error, pero

avanzo sin detenerme. Me siento en la orilla de la cama, cerquita de él y me recuesto para acurrucarme contra su gran cuerpo dormido. Huele tan bien. Y su aliento cálido y regular me cosquillea el rostro.

Había olvidado lo bueno que es sentirse protegida.

De repente, su silueta inmensa se levanta, salta de la cama y se coloca encima de mí con un gesto amenazante.

- ¡¿Qué es lo que...?! ¿Qué? ¿Solveig?

Temblorosa, me levanto también y trato de justificar mi presencia:

- El insomnio. Lo siento. No quería espantarte. ¡Puedes guardar tus puños!

Dante baja los ojos sobre sus manos y se da cuenta de que están apretadas, listas para golpear. Él las relaja, las pasa rápidamente por sus cabello cortos y gruñe:

- ¿Qué diablos haces aquí?
- ¿Por qué sigues completamente vestido?
- ¡Maldición, responde a mi pregunta!
- Primero tú.

Dándose cuenta de que soy más terca que él, el moreno melancólico suspira, luego explica:

- Quería estar listo. En caso de que tuvieses algún problema.
- Dante...
- Está bien, no vale la pena exagerar. No abandono a una persona que está en dificultades, es todo.
- Entonces déjame quedarme.
- ¿Qué?
- Yo... Lo necesito... No quiero estar sola.

Me acerco a él, a su cuerpo en tensión, a su piel ardiente, a su aliento corto y me pongo en la punta de mis pies para que nuestras bocas se rocen.

- ¿No te vas a arrepentir? –susurra contra mis labios-.
- No.
- Qué bueno. Por que muero de ganas desde que me subí a tu auto.

Justo después de esta confesión, Dante me besa suavemente, luego baja hacia mi cuello, para regresar después a mis labios. Su boca es

cálida, carnosa, vertiginosa. Esta vez, su lengua se abre paso y me invade, mientras que sus manos acarician la curva de mis caderas. Gimo entre sus labios y olvido todo.

Ya no pienso. Ya no tengo miedo. Ya no me siento mal. Su cuerpo en mi cuerpo, es todo lo que deseo.

De pie en medio de esta habitación, frente a este hombre cautivante, intrigante, irresistiblemente atractivo, me doy cuenta de una cosa: no estoy segura de que «Completamentesola» me vaya tan bien como mi segundo nombre. Lo que pasa es que lo llevo pegado a la piel desde hace demasiado tiempo. Y tengo la impresión de que se alista a desaparecer al mismo tiempo que mi ropa se desliza sobre mi cuerpo. Lentamente. Sin dolor ni remordimientos.

En el segundo en el que me doy cuenta de lo que estoy haciendo, de lo que estoy sintiendo, pienso en Preston. Por que Dante será el primer hombre después de él. El único. ¿Es eso malo? ¿Prohibido? ¿Debería sentirme culpable? No lo sé. No tengo ganas de responder a estas preguntas. No ahora. Y el guapo moreno me toma en sus brazos, me aprieta. Como para traerme de vuelta a la tierra, Aquí, con él. Con nadie más que con él.

Los dedos masculinos se insinúan bajo los tirantes de mi vestido. Pero no los bajan todavía. En su lugar, se pasean sobre mis hombros, bajan a lo largo de mis brazos dejando un escalofrío detrás de ellos. Luego suben en sentido inverso, para expandir el calor ahí en donde me dieron frío. Esos dedos, al final de esos brazos sólidos y cubiertos por tatuajes, nunca los hubiera imaginado tan tiernos, tan pacientes. Éstos siguen el contorno del escote de mi vestido, sortean mis senos, vuelven a empezar, como si quisieran adivinar su forma, su redondez. Mis pezones, ni siquiera rozados, se endurecen bajo la tela azul noche. Ellos también reclaman sus caricias. Pero los dedos empecinados prosiguen su camino. Creo que saben perfectamente a dónde van. Incluso si se niegan a dejarme adivinar. Los dos dedos índices derivan sobre mis flancos, uno de cada lado, perfectamente sincronizados. Siento su roce a lo largo de mis costados, de mis caderas, de mis muslos. Sé que mi vestido terminará ponto. Tiemblo con la idea de este nuevo contacto piel con piel. La yema cálida y suave de sus dedos alcanza mis piernas desnudas. Y suben bajo la tela. Esas caricias, todavía tan inocentes, me electrizan como a una adolescente. Cierro los ojos para saborearlas mejor. Hace tanto tiempo...

- Puedes detenerme, Solveig.

Había tanto deseo como bondad en esta voz profunda, perfectamente tranquila. Reabro mis párpados para hundirme en esos ojos negros imposibles de aprehender. Y probarles que sé lo que hago. Lo que quiero. Los iris misteriosos parecen sorprendentemente dulces, bajo esas cejas atormentadas. Este hombre es todo a la vez, solitario y altruista, intenso y benevolente, ardiente y admirable de sangre fría.

- No te detengas, -me escucho responderle-. Ya no tengo ganas de estar sola. No esta noche. No contigo.

Es él quien me da ganas de romper mi soledad. Él, el solitario. Él que parece saber bien lo que siento. Mi cuerpo abandonado. Mi cama vacía y fría. Mis noches compartidas con un fantasma desde hace unos meses tan largos. Dante comprende todo esto. Entonces una flama nueva ilumina su mirada oscura. Y los dedos continúan su lenta y sinuosa ruta bajo mi vestido. Alcanzan la tela de mis bragas, se infiltran bajo el resorte, de cada lado de mis caderas... Y se van, juguetones e insolentes. Suben siguiendo las curvas de mi talle hasta el nacimiento de mis senos. Los pulgares se unen a los índices para verificar lo que ellos creen haber comprendido. No tengo sostén. La canícula. La costumbre de la vestimenta de las bailarinas. Las ganas de sentirme libre. Y un montón de otras razones todavía. Ni siquiera sé por qué, con quién me justifico. No había calculado nada, buscado nada. Y nunca pensé que me gustaría tanto lo que encontré.

Dante me arrulla con la mirada rozando mis senos desnudos. Parece divertido por mi libertad. Tal vez atraído también. Y decidido a aprovecharse. A escondidas bajo la tela azul, la palma de sus manos rozan mis pezones que sobreactúan. Se tensan, crepitan, se encienden y me hacen gemir muy a mi pesar. Adivino en el moreno tenebroso al amante dotado que debe conocer perfectamente la frontera entre el placer y el dolor. Entre mimar y abrasar. Satisfacer y hacer languidecer.

Mi vestido flota alrededor de mi cuerpo, levantado muy alto, dejando que el aire acondicionado de la habitación refresque mis muslos incendiados por el deseo. Muero de ganas de que me arranque la ropa. Sólo quedan dos prendas y podría hacerlo. Casi demasiado fácil. Entonces, mi amante de una noche abandona mis senos, deja mi vestido caer sobre mi piel y pone sus manos viriles a cada lado de mi cara. Me besa de nuevo. Como si quisiera recomenzar desde cero. Pero más loco, más fuerte, más fogoso.

Lo dejo saborearme, mezclar sus labios con los míos, acariciar mi lengua con la suya. La sensualidad de ese beso me haría casi

sonrojarme. Mientras que su incipiente barba enrojece e hincha mi boca. Placer y dolor, siempre.

- Me encanta... –murmuro contra sus labios carnosos, entreabiertos que parecen tener hambre de mí-.

Dos años sin sentir nada. Me doy cuenta hasta qué punto esto me ha faltado. Hasta qué punto la piel de un hombre, su aliento, su deseo me transportan y me hacen vivir de nuevo, después de mi eterna soledad. Es casi como una primera vez.

- Deja de pensar, Solveig, -me ordena más que aconsejarme-.

Y su mano se desliza en mi pelo, lo empuña y me obliga a mirarlo directo a los ojos.

- Vuelve conmigo, -resopla sobre mi boca, con un tono más bajo-.
- Aquí y ahora, -asiento poniendo mi frente sobre la suya-.

Me pega contra el muro frío, me besa otra vez como si la vida le fuera en ello. Como si yo fuera la mujer más deseable del mundo. Como si él contuviera su pasión desde hace demasiado tiempo.

Desde el primer día, aparentemente...

Nuestras narices y nuestros labios se rozan. Respiro su aire, una vez. Dos veces. Tres veces. Me hundo en su mirada profunda. Acurruco mi cuerpo un poco más cerca del suyo. Me dejo embriagar por el aroma de su cuello, la textura de su piel, el ritmo lento y fuerte de su corazón. En la habitación número cuatro de este motel de Youngstown, el tiempo se detiene. Mi mente también. Ya no es realmente de noche. Tampoco de día. Estamos suspendidos entre el crepúsculo y el alba. Yo también, me he apagado. Ya no hablo. Me contento con sentir, vibrar, actuar. Dejo que mis sentidos me guíen. Mi piel hipersensible está cubierta de escalofríos, estoy perturbada por todas estas sensaciones inéditas. Su barba incipiente bajo mis dedos. Su lengua en mi cuello. Su calor contra mi cuerpo trémulo. Hacía ya tanto tiempo... Y ni siquiera estoy segura de ya haber sentido esto con algún otro. Ignoro hasta dónde mi desconocido va a llevarme. Pero ardo por descubrirlo. Ya no tengo miedo. Sin duda el efecto Dante Salinger.

Frente a mí, una fantasía se hace hombre. Su complexión me impresiona. Su altura también. Y a pesar de la amplitud de sus hombros, el grosor de sus bíceps, su presencia imponente, no tiene nada de brusco. Parece conocer perfectamente la diferencia entre

fuerza y violencia, fogosidad y desmesura. Con esta idea, mi deseo se multiplica y el hueco entre mis piernas se inflama. Lo devoro con la mirada, como una poseída. Encuentro gracia en sus movimientos viriles, dulzura en sus caricias sin embargo urgentes, una ligereza sexy en su manera de plantarse frente a mí, suave pero seguro de sí mismo. Una mezcla perfecta entre determinación y desparpajo, animalidad y dominio de sí. Este sex-appeal desbordante es completamente nuevo para mí. No estoy segura de estar a la altura. Y sin embargo, tengo la sorprendente impresión de que su sensualidad es contagiosa. Que me vuelve más seductora, más salvaje, más intrépida como sin duda nunca lo había sido. Y definitivamente más viva que en estos últimos dos años...

Entonces relanzo las hostilidades y deshago los botones de su camisa negra. Mis dedos febriles y apurados descubren la piel bronceada y sin defectos de su torso perfecto. Deslizo sobre su piel la caricia, el mimo, tratando de no gemir. Este contacto me había hecho tanta falta. Este torso de dios griego, ya tuve el gusto de admirarlo dos veces. En la piscina del primer motel. A la orilla de la carretera cuando mi copiloto jugó a ser el mecánico sexy. Y cada vez evité escudriñarlo. Me prohibí tocarlo. Mi venganza es esta noche dejando correr mis manos sobre sus abdominales delineados, mi boca sobre sus pectorales musculosos y sus tetillas oscuras. Dante emite un gruñido y termina por quitarse la camisa él mismo. ¿Tal vez no es tan paciente como quiere hacerlo creer, después de todo?

- Desvísteme, -susurro a su oído antes de pasarle mi lengua-.
- ¿Es una orden? –se divierte desafiándome con el ceño fruncido-.
- Todavía no ha nacido quien me hará callar, -agrego con una voz juguetona-.
- Me parece bien. Ya que esta vez tengo ganas de escucharte gritar.

Apenas tengo el tiempo de estremecerme y ya Dante hace deslizar los tirantes de mi vestido. Jala hasta que la tela azul cae sobre el piso. Sus ojos negros y brillantes devoran con la mirada mi cuerpo casi desnudo. Debería seguramente sentirme avergonzada, sentirme incómoda por estar expuesta de esta forma después de todo este tiempo que pasé en una burbuja. Pero el hombre enfrente de mí, su belleza salvaje, su mirada brillante, su sonrisa de soslayo me dan mucha confianza. Ganas. De él.

Mi desnudez parece gustarle. Así como la lencería que tengo puesta. Había olvidado que tenía unas bragas de encaje amarillo intenso. Y en la casi penumbra del cuarto las encuentro perfectas. Increíblemente diferentes y, por esta razón, muy bellas. Mi piel pálida,

mi pelo platinado y mi lencería dorada. Su tez bronceada, sus cabellos oscuros, su fénix negro y su ropa negra. La luz y la obscuridad. Sin que ninguno de nosotros dos desentone con el otro. El perfecto equilibrio. Jamás tuve tantas ganas de mezclarme con él.

Una sonrisa se esboza en la esquina de sus labios. Detonamos.

Me fundo en su boca para besarlo vorazmente y me lanzo sobre el cinturón de su pantalón negro. Deshago la hebilla. Comienzo a hacer saltar los botones. Pero el bello tenebroso tiene otra idea en la cabeza. Me toma por debajo de las nalgas y me levanta, cruza mis piernas alrededor de su talle. Y me lleva a la cama. Me siento minúscula entre sus brazos musculosos. Graciosa como la bailarina que él había adivinado. Es él quien me da alas. En este instante, es Dante quien me vuelve libre, audaz.

Y yo me siento por fin libre al sentir todas estas cosas que juzgaba prohibidas desde que mi vida se había esfumado.

Mientras me recuesta sobre el firme colchón de sábanas blancas en desorden, me quedo aferrada a su cuerpo como una liana. Pego mis senos desnudos y firmes contra su torso. Acaricio sus piernas con mis pies. Deslizo mis bragas húmedas sobre su vientre. Por primera vez, siento el bulto que deforma su pantalón. Su dureza me marea. Como un amante experto, oprime su erección entre mis piernas. Esos roces divinos me hacen soltar largos gemidos. ¿Acaso algún hombre me dio tanto placer sólo con rozarme? No estoy segura. ¿Acaso un cuerpo masculino ha suscitado más deseo en mí? Nunca, es un hecho.

Ávida de él, hundo mi mano en su pantalón entreabierto para acariciar su sexo, sobre el bóxer. Marco una pausa, mi mano está tan llena. Lo toco otra vez para asegurarme que mis dedos no me engañan. Su tamaño haría estremecer a la más experimentada de nosotras. Y yo no soy esa. ¿Y si este amante fuera simplemente demasiado para mí? ¿Demasiado apuesto, demasiado poderoso, demasiado salvaje?

Pero este es el momento que elije el guapo salvaje para volverse tierno y sensual. Suspendido por encima de mí, besa mi piel por todas partes, amasa mi seno que parece tan perfecto para su mano, atiza mi pezón con la punta de su lengua, acaricia mi muslo que está en su cadera. Todo mi cuerpo arde. Incluso el aire acondicionado no logra apagar mi fiebre. Sólo conozco un medio para mitigarla.

Pongo mis manos sobre las nalgas de Dante, encuentro la billetera

en su bolsillo trasero, la saco y la agito frente a él.

- Dime que tienes un condón aquí adentro...
- Tal vez, -dice arrancándomela de las manos, como si hubiera profanado su intimidad-.

Lamento haberlo molestado. No quiero estropearlo todo. Yo y mi maldita espontaneidad...

- Tengo ganas de ti, -declaro en voz baja para justificarme-. De tu cuerpo inquietante, de tus grandes músculos, de tu ronca voz y tus miradas intensas, de todo pero no de tus misterios. Por favor...
- Tengo uno, -responde simplemente, con su voz grave-.
- Bueno...
- En tu auto, eres tal vez tú quien da las órdenes, Solveig Stone. Pero no en este cuarto, -me anuncia con un tono viril indiscutible-.

Me callo, arrasada por su intensidad, el sex-appeal que emana de todos los poros de su piel bronceada. Entonces mi amante de un día se incorpora, se quita su pantalón y su bóxer con una naturalidad desconcertante, sonríe de soslayo cuando me sorprende observándolo, con una mirada golosa sin duda, impaciente. Definitivamente no sé esconder mis emociones. No estoy segura de querer hacerlo. Su torso esculpido, el laberinto hipnótico de sus tatuajes oscuros, casi incomprensibles, la V de sus abdominales que baja hacia sus caderas, como si el camino estuviera señalizado, la perfección de su sexo, grueso, orgullosamente erguido, todo en él es seductor. Embriagante. Desconcertante.

El hombre del fénix va a plantarse de nuevo entre mis piernas, sus ojos brillantes barren mi cuerpo casi desnudo. Termina de desvestirme haciendo deslizar lentamente mis bragas amarillas por mis piernas. Y va a posar sus manos a cada lado de mi cara. Me domina y me gusta. Me desea y me encanta. Pero sobre todo, me posee. Y me vuelve loca.

La languidez se mezcla a la urgencia y Dante entra en mí con un empuje lento y profundo. Como una ola ardiente que me invade. Lo hace de nuevo, un poco más lejos cada vez. Pido más, un poco más fuerte cada vez. Poco a poco, se vuelve fogoso, atiza el incendio que él mismo ha provocado en el hueco de mi vientre. Mis gritos se escuchan, más profundos, más salvajes. Sus asaltos se hacen más rápidos, más encendidos. Y me pierdo. Su piel choca contra la mía. Me entrego. Toma posesión de mi cuerpo. Vuelo. Me aferro a él mientras también despega conmigo. Nuestros sexos embonan y se fusionan como si estuvieran hechos exactamente para eso.

El cuarto número cuatro de este motel banal ve nuestros cuerpos unirse, en la madrugada. Y dudo que haya visto un espectáculo más bello, más tórrido, más sensual. Una danza carnal nunca igualada y sin embargo tan natural. Una fusión entre la luz y la oscuridad. Entre misterio y espontaneidad.

En este instante, fuera del mundo y fuera de tiempo, Dante Salinger ya no es mi compañero de viaje, mi copiloto avaro en gestos y palabras, el tipo extraño que tendré que soportar durante todo este *road trip*, es ahora el hombre que me hace gozar. Y callar.

El hombre que me hace sentir menos sola.

9. Sobre la carretera

No sé si Dante dormía realmente o si fingía, pero abandoné su cuarto caminando sobre mis puntas al momento en el que el sol comenzaba a inundar las ventanas. Completamente desorientada, atravesé la puerta de nuestras habitaciones contiguas y entré directamente al baño. Abrí la regadera. Con mi vestido azul en mis brazos, apretándolo contra mi cuerpo, tomé una ducha, sin preocuparme de la temperatura.

Mi cuerpo todavía hervía por sus manos, por su boca, por su virilidad.

Y por esta culpa.

***

Si Russell Camden supiera... Dibujando en mi cabeza el organigrama de las causas y las consecuencias de los eventos de la noche anterior, me doy cuenta de que el psicópata que a la sazón es mi ex-suegro se sitúa justo en medio del esquema. Es a causa de su despreciable llamada que me puse en este estado deplorable. Que Dante se portó como un caballero. Que me desperté en la madrugada con el deseo irreprimible de acurrucarme en los brazos de alguien. Los suyos.

El resto, lo conocemos...

- ¡7 h45, nos vamos!

Mi voz se quiere autoritaria, comprometida, mientras golpeo la puerta número cuatro. No la que comunica nuestros cuartos, no, la otra, la del exterior, que establece *claramente* las fronteras. Decidí hacerme la dura hoy. Preferir la acción a las lamentaciones. No dejar que mi atracción por él y nuestra pequeña locura me desvíe de mi

trayectoria. Este *road trip* lo hago por Preston. Para honrar su memoria. Vengar su muerte. Únicamente por él.

Y el hombre de los ojos negros, de la piel ardiente y del fénix tatuado no me hará cambiar de opinión.

Su cara bronceada aparece en la entrada de la puerta. Con la mandíbula crispada, el ceño fruncido, sus cabellos en desorden y una mirada de fuego: la fiera se esfuerza por inundarme de su sex-appeal pero no se digna abrir más la puerta. Parece pasablemente irritado por mi escándalo y suspira al mirarme aquí, con la bolsa en mi hombro, lista para partir.

- Maldición, creí que el FBI estaba en mi puerta...
- No. Sólo yo.
- Ya veo, -gruñe-. ¿Ya estás lista para irnos?
- Sí. Te espero en el Chevy.

Doy un paso en dirección al estacionamiento, el moreno melancólico me detiene atrapándome por el brazo.

- Solveig, ¿no crees que deberíamos aclarar algunas cosas? –me pregunta su voz ronca, impregnada de una dulzura particular-.
- No hay nada que aclarar, Dante. Lo hicimos y no hablamos más de ello. ¿Ok?

Un brillo inhabitual atraviesa sus ojos entornados, adivino que duda, que me evalúa. Se pregunta probablemente si es en serio o no. Las chicas deben querer siempre más de él. Debe derretir a todas. Volverlas adictas. No es mi caso. Yo no soy una de *«esas chicas»*.

- Si me lo permites... –retumba de repente-.

Desconfianza de mi lado.

- No, no te lo permito, -respondo-.
- Tutu...
- No me llames así, *Fénix*.
- ¿Insumisa? –se divierte con mi réplica-.
- Tampoco.
- ¿Insoportable?
- Mucho menos...

Pausa. Él y yo nos evaluamos con la mirada.

- Tengo algo que te pertenece, creo que lo olvidaste bajo mi

almohada... –murmura finalmente devorándome con la mirada-.

- Aparte de mi orgullo, no sé que pueda ser. ¿Mi razón tal vez? ¿Mi buen juicio?

- No. Tus braguitas. Están en el bolsillo trasero de mi pantalón de mezclilla...

Todo se va a la borda. Su aplomo está apunto de vencerme. Su belleza a apunto de hacerme flaquear. Estudio mis opciones. Abofetearlo: imposible. Besarlo hasta perder el aliento: prohibido. Entonces me tenso un poco más, lo fusilo con la mirada y salgo en busca de mi único aliado. Mi auto tan abollado e imperfecto como yo.

***

Ya no hay gasolina. Mientras que Dante se ocupa de alimentar a la *bestia* con carburante, yo tomo mi segundo café de autopista. Cleveland sólo está a treinta kilómetros y nosotros circulamos en un silencio ligeramente opresivo. Él miraba fijamente su teléfono, yo el asfalto. La radio hubiera podido salvarnos, al menos distraernos, pero el rechinido había regresado.

Eso también debí haberlo especificado en mi anuncio...

Desde la vitrina de la estación de servicio, puedo ver a mi compañero de viaje limpiar el parabrisas de mi montón de chatarra. Los músculos de sus brazos tatuados se mueven bajo su piel con cada movimiento. Y me siento aún más culpable por encontrarlo tan apuesto, tan oscuro, magnético. Trato de no pensar. Hago todo lo posible por reprimir las imágenes de la noche anterior. Me odio por tantas cosas. Por haber disfrutado tanto su piel. Disfrutado que fuese Dante quien me tocara. Disfrutado tanto ser otra persona por lo menos una hora.

Le compro un café expreso (es así como le gusta), un waffle empapado (no había nada mejor en el estante) y lo alcanzo con un paso decidido. Probablemente Cleveland nos cambie las ideas, entonces apurémonos en llegar.

- Gracias por el café, -murmura Dante dos kilómetros más tarde, con el rostro volteado hacia el paisaje-.

- De nada. El waffle es también para ti.

- ¿Lo compartimos?

Su pregunta era anodina, no tenía ningún doble sentido, ni sugerencia, pero mi corazón se acelera. Se contrae. Pienso en lo que compartimos la noche anterior... Y me odio todavía más, pero sin llegar a lamentar mi «paso a la acción». Resultado: me odio de nuevo pero un poco más.

- Deja de pensarlo tanto Solveig, es sólo un waffle... –dice antes de morderlo-.
- No quiero, gracias, -suspiro-.
- Eso había pensado.

Sólo quedan veintiséis kilómetros... ¡Avanza, estúpida carcacha!

La ciudad ubicada sobre la orilla sur del lago Érié se materializa por fin frente a nuestros ojos. Entre ciudad industrial y templo del Art Déco, Cleveland es una ciudad fascinante. Es la tercera vez que la visito. La primera, fue por un ballet, hace ya diez años. La segunda, una parada antes de ir a enterrar a mi madre a Chicago, para pasar a buscar a mi hermano que vive ahí. Jonas, el hombre fantasma que no he visto desde ese día. Hace ya cuatro años.

Y que espero encontrar hoy.

- Tengo que ver a alguien, -explico someramente al acercarme al Gateway District, en donde vive el único miembro de mi familia que todavía está en este mundo-.
- Lo sospechaba. ¿Te tomará mucho tiempo?
- No lo sé...
- ¿Necesitas que te acompañe?
- Si sigues jugando a ser un guardaespaldas, tendré que pagarte, Fénix. Y no tengo los medios...

Sonríe fugazmente hasta que lanzo un gruñido al darme cuenta de lo que acabo de decir.

- No hablaba de esta noche... Tú... Yo...
- Lo sé, relájate.
- Bueno, voy a ver a mi hermano que no he visto desde hace un tiempo. No somos muy cercanos...
- Toma tu tiempo, tengo con qué hacerme compañía, -dice mi copiloto tomando su cámara fotográfica-.
- ¡Deberías ir a darte una vuelta al Rock and Roll Hall of Fame! ¡Y deambular sobre el Waterfront! Ah, y al Coventry Village, parece que es...
- No necesito un guía, gracias. ¿Me dejas aquí?

Freno y me orillo.

- ¿En dónde nos vemos? ¿Cómo? –le pregunto con una voz un poco estridente-.
- ¡No tengas miedo! Tienes mi número, ¿no?
- ¡Si, soy una tonta! –gesticulo-.

Me dirige un movimiento de cabeza y se va. Mi moreno misterioso se aleja con su andar desenfadado y sexy, sin voltearse. Ni una sola vez. En mi cabeza, Completamentesola se despierta.

Me apodero de mi teléfono, llamo a Jonas y me responde (para variar) su máquina:

- ¡Hola hermano! Este es el octavo mensaje que te dejo en una semana. No he olvidado tu dirección... En fin, si no te has cambiado. Estaré en tu casa en unos diez minutos. ¡Espero que estés tan contento como yo por volver a verme! Y que es para no estropear el momento que no respondes a mis llamadas... ¡Bueno, besos Jo!

La ironía: una de esas cosas raras que compartimos él y yo. O que compartíamos al menos.

La fachada del edificio es grisácea, el cubo de la escalera es miserable y la pintura de su puerta en mal estado. El timbre no funciona, entonces golpeo la madera, cada vez más fuerte. Victoria. La puerta la abre mi hermano, en una camiseta blanca percudida por el tiempo y una bermuda beige demasiado grande. Los mismos trapos desde hace quince años, la misma piocha, el mismo remolino en su cabeza: un adolescente mal consigo mismo en el cuerpo de un hombre. Definitivamente no ha cambiado.

- ¿Sol? –se sorprende al reconocerme-.
- Eres tan amable al responder a mis llamadas... –declaro con una sonrisa forzada al entrar a su apartamento-.
- Ya no tengo teléfono celular. Me asaltaron al salir de la lavandería la semana pasada...
- ¿Y si te compraras una lavadora?
- ¿Y si me dieras el dinero para ello? –sonríe el rubio antes de abrazarme torpemente-.

No lo rechazo pero no me siento cómoda. Sigo a mi hermano hasta lo que parece ser una sala, me siento en el sofá y acepto la cerveza que me ofrece.

- Cuatro años, -le sonrío tristemente. Hace ya cuatro años que no

veo tu fea cara...

- ¿En el entierro de papá? –ríe-.
- De mamá, -lo corrijo-.
- Más, menos seis meses, yo tenía...
- ¿Te parece gracioso?
- ¡Somos huérfanos Sol, no vamos a ponernos a llorar por eso!

Brinda conmigo golpeando nuestras botellas, luego mira sus pies desnudos.

- Te he extrañado. Ya sabes cómo soy, no doy noticias mías ni busco las de los demás... Pero eso no quiere decir que no sienta nada.
- Lo sé, -me dulcifico-.
- Podríamos tratar de reparar todo eso...
- ¿Cómo?
- Hablándonos más...
- Jo... Te llamo todos los meses, nunca respondes, -suspiro-.
- Yo podría cambiar. Tengo ganas de cambiar.

Esta cantinela ya la he escuchado miles de veces. Jonas siempre fue así. Elusivo, luego desbordando amor. Luego huyendo de nuevo. Solitario por naturaleza. Como todos nosotros en esta (difunta) familia.

- ¿Cómo estás? –le pregunto-. Y quiero la verdad.
- ¡Pues así como me ves, vivo en el paraíso! –ironiza-. No tengo un trabajo estable. De mujeres, mejor ni hablemos...
- Mi marido murió hace dos años, -digo con la voz temblorosa-.
- Solveig...
- Te escribí. Te llamé. Nunca me respondiste. Ni para mi boda, ni para sus funerales.
- Voy a cambiar... –me promete con lágrimas en los ojos-.

Se levanta de su sillón y se sienta cerquita de mí, sobre el sofá.

- Hermanita, aquí estoy. Ya no te voy a abandonar.
- Sólo una llamada al mes. No es mucho pedir, ¿o sí? –lloro-.
- No. E iré a verte a Nueva York. Sólo que tendrás que pagarme mi boleto.

Y ahí vamos. Mis sollozos se transforman en carcajada. Es el efecto Jonas Stone.

***

Una llamada, un lugar para vernos y estamos circulando de nuevo. Siguiente etapa: Chicago. La ciudad de mi infancia. Muchos recuerdos que no necesariamente tengo ganas de recordar. Sin que yo me lo confiese realmente, el encuentro con mi hermano me perturbó un poco. Estoy contenta por estar en paz con él. Pero siendo honestos, este acercamiento no durará mucho. Y sé demasiado bien por qué huí de todo esto.

Y es sobre la carretera que me siento mejor: libre. Sola, pero libre. Y realmente no tan sola...

Piso el acelerador. La velocidad me embriaga. Hoy hace un poco menos de calor, sin embargo dejé mi ventanilla abierta. Tenía ganas de sentir el viento en mi cuello. Mi cabello suelto golpea y vuela por todas partes. El aire que hace brotar mis lágrimas sobre mis sienes, sin tristeza. No siento nada en particular. Sólo son las ganas de conducir. Hubiera podido tomarme el tiempo para tomar la carretera de la costa, a lo largo del lago Érié. La vista es bonita y conozco a alguien a quien le hubiera gustado sin duda fotografiar las aguas grises, las piedras de un café deslavado, todas esas cosas opacas y muertas que le interesan tanto.

Un placer para mí.

Mi copiloto tendrá que contentarse con la chica transparente a su lado. Escogí la interestatal 90 y conduzco en silencio sobre las cuatro vías rectilíneas y sin encanto. No sentir nada realmente hace muchísimo bien.

- ¿Todo está bien? –inquiere el moreno a mi derecha-.
- ¿De verdad? –pregunto sorprendida-.
- ¿Qué?
- ¿De verdad eres tú quien inicia una conversación ahora?

Me río mientras él frunce el ceño.

- No haces preguntas, no cuentas nada, no haces comentarios de relleno... No es tu estado normal, es todo, -explica alzándose de hombros-.
- No finjas que me conoces, Salinger, -le advierto-.
- No finjas que te resistes, Stone. Sé que mueres de ganas por contarme todo.
- ¡Finalmente, creo que me gustaba más cuando no hablabas! –continúo provocándolo-.
- Como quieras.

Echa su cabeza hacia atrás, extiende sus piernas frente a él, cruza los brazos sobre su torso y cierra los ojos. Su posición preferida. Esa que dice «prohibido acercarse». Esa en la que finge reflexionar, para no ser molestado. Y es suficiente con que se aleje de mí, con que se encierre en su burbuja oscura para que me den ganas de entrar en ella.

- No había visto a mi hermano desde hace cuatro años, -lanzo para atraerlo-.

Ninguna reacción.

- La última vez, fue en el entierro de mi madre.

Nada.

- Y la vez anterior, en el de mi padre. El año anterior.

Por lo que se ve, no es suficientemente interesante para él. Pierdo a mis dos padres en un lapso de seis meses cuando tenía apenas un poco más de veinte años y eso no lo conmueve.

- Antes de eso, ya habíamos roto los lazos, Jonas y yo. Cuando yo tenía 18 años y me fui de la casa de mis padres, él tenía 23. Él vivía en el garaje sin ninguna intención de irse de ahí. Sin trabajo, sin novia. Su única ocupación era dejarse crecer esa piocha ridícula que sigue trayendo. Amo a mi hermano pero creo que nunca cambiará.
- La gente hace lo que quiere, -masculla por fin el melancólico-.

¿Es *eso* lo que lo hace reaccionar?

- Entonces tiene el derecho de desperdiciar su vida, ¿no es así? ¿Sin ni siquiera intentarlo?
- Si eso es lo que quiere, -dice su ronca voz mientras alza un hombro-.
- Únicamente estuve rodeada de fracasados, -le cuento-. No malas personas, no. Sólo gente sin visión. Sin objetivos. Sin locura. Mis padres no eran malos, simplemente un poco hoscos. Ellos no se interesaban mucho en mí, ni en nada en particular. Hice todo por salir de esa mediocridad. El internado a los 8 años. La escuela de danza hasta los 16. Con esfuerzo, con horas y horas de entrenamiento, de sufrimiento. No viví mi infancia, sacrifiqué todo... y fallé. Pero me levanté, me recuperé. Me sentía vacía, acabada. Aún así terminé la prepa y me fui. Me hice cargo de mí misma, trabajé, me pagué un apartamento. A los 18 años, ya era independiente, no esperaba ayuda de nadie, que nadie me mantuviera. Llevaba mi pequeña vida, simple, dura, pero lo hacía lo mejor que podía.

- Si quieres una medalla por tu valor, pídesela a Obama, a mí no.
- ¿Por qué eres tan duro? –resoplo, herida-.
- Lo siento, -se corrige Dante pasando una mano sobre su barba-. ¿Y eso te hacía feliz?
- No lo sé. Sólo... no infeliz.
- Eso ya es algo, -confirma con un tono más bajo y con sus ojos atentos hacia la ventanilla.

Yo me concentro en el camino, estiro mis muñecas adoloridas haciendo molinillos, giro la cabeza en todos los sentidos y me trueno la espalda, antes de recordar la razón de todas mis contracturas. Hace mucho tiempo que mi cuerpo no había rebasado sus límites. Recostada. Con otro cuerpo desencadenado. Me duele todo pero me siento increíblemente ligera por dentro. Como liberada. No sé si esto es normal. Bueno o malo. Seguramente malo.

Hablar. Entablar una conversación para no pensar. Reír para evitar llorar. Con mi voz alegre, al límite de la provocación, corro el riesgo:

- Si te lo pido de una forma *híper* amable, ¿me hablarías de tu infancia, Salinger?
- No. Bien jugado.
- ¿Y si te lo pido en italiano?
- Puedes intentarlo.
- Muy bien, este... Bueno... *Buongiorno… Come stai?* Y... ¡es todo lo que sé decir!
- Justo lo que pensaba, -se burla amablemente-.
- ¿Y si hago todas las preguntas y tú sólo respondes con un sí o un no?
- ¿Estamos obligados a jugar este juego, Solveig? ¿No quieres mejor contar todos los autos rojos que pasen?
- ¿Tienes hermanos y hermanas? Por supuesto, aparte de Calliopé, -pregunto, ignorando sus sarcasmos-.

Su mirada cambió cuando pronuncié el nombre de su hermana. Como si fuera algo... doloroso.

- Siguiente tema.
- Parece que no me conoces... –replico, decidida a saber más-.

Aprieta los dientes, entorna los ojos, frunce el ceño. El mismo Dante Salinger.

- ¿Conoces el concepto «ocúpate de tus asuntos»? –resopla molesto-.

- No mucho.
- Nunca es demasiado tarde para aprender, -dice mirando fijamente el camino-.

Lo ignoro olímpicamente y no suelto nada.

- Hermanos o hermanas aparte de Cal...
- Sí, concede finalmente, apretando los dientes-.
- ¿Hermano o hermana?
- Hermano. ¿Satisfecha? ¿Estás contenta? ¿Y no se suponía que sólo debo contestar «sí» o «no»?
- ¡Ese juego apesta, acabo de cambiar las reglas! –decreto-. ¿Y son muy cercanos?
- Sí... y no, -murmura el hombre de los ojos negros-.
- ¡Realmente eres malo conversando!
- Nunca indicaste que buscabas una dama de compañía en tu anuncio para compartir el viaje...
- ¡Por lo menos ya sé que tienes una hermanita gótica con ojos de panda! –digo ignorando de nuevo al cínico-.
- No es lo que dije.
- Claro que sí. ¡Hell te la recordaba! –continúo con mi ataque-.
- Ya me cansaste, Solveig... –resopla cruzando sus manos detrás de sus cabellos cortos en desorden-.

No debo recordar que pasé mis dedos entre ellos. No debo mirar su fénix que me observa. Sus músculos que me cargaron. Su piel que se fundió con la mía, mezclando lo claro con lo oscuro.

- ¿Sabes cómo se llama mi madre? –lanzo para interrumpir el flujo de mis pensamientos-.
- No. Y no voy a divertirme adivinando.
- ¡Sharon! –exclamo con una carcajada, como si fuera el mejor chiste del año-.
- ¿Y? –pregunta entornando los ojos-.
- ¡Ella se llama Sharon! Bueno, se llamaba. ¿Te acuerdas de mi apellido? ¡Vamos, haz un pequeño esfuerzo, Aguafiestas!
- ¿Sharon... Stone?

Sonríe un poco al mirar que me río como una loca.

- ¡Yo también soy la hija de una celebridad!
- No olvides conducir, Starlette.
- Bueno, mi madre no tenía realmente el mismo físico. Le faltaban algunos dientes de un lado. Pero ella era rubia y se cortaba el cabello corto para tratar de parecerse a ella. Mi padre se burlaba diciendo que

aún faltaba mucho trabajo. Tengo que decir que ella no era realmente del tipo coqueta, no se cuidaba más de lo que cuidaba a sus hijos, de hecho...

Ya no río de verdad. Como sucede cada vez que los recuerdos se agolpan.

- ¿Cómo murió? –relanza Dante como para ayudarme-.

- Tontamente. Se cayó de una escalera, la única vez en su vida en la que trató de reparar algo. La casa se caía en ruinas . Pero mi hermano no hacía nada por ayudarla.

- ¿Y tu padre?

- Se había ido desde hacia ya algún tiempo. Se divorciaron cuando yo tenía 12 o 13 años.

- Qué mejor.

- ¿Perdón?

- Qué mejor para ellos, si eso era lo que querían, -explica el moreno-. La mayor parte de las parejas no lo hacen y se quedan juntos aunque sufran. Nunca he entendido eso.

- ¿Tus padres?

- Sí. Siguen casados después de... treinta y dos años, creo.

- Eso me parece muy bello.

- No sé quién de los dos odia más al otro, -dice con un tono amargo-.

- Ah. ¿Y tu...?

- ¿De qué murió tu padre? –me interrumpe para cambiar de tema-.

- Nunca supimos realmente. Mi madre no quiso pagar la autopsia. Lo encontramos dormido, con la nariz en su Big Mac, frente a la televisión que seguía encendida. Tal vez un ataque cardíaco, visto el estado desastroso de sus arterias y su amor por la comida rápida. O tal vez sólo se asfixió con su hamburguesa. Se llamaba Ronald. Sí, como Ronald McDonald. Tenemos una cosa con los nombres en la familia, siempre nos traen mala suerte, creo.

- Entonces, ¿por qué Solveig?

- Mis padres creían que eso quería decir «sol» en francés. Pero es un nombre nórdico. Significa «querella en la casa» en noruego o algo parecido.

- ¡Qué mala suerte!, -comenta sencillamente-.

- De cualquier forma, todo el mundo me llama Sol.

- Yo prefiero Tutu, -se divierte lanzándome una de sus miradas provocativas-.

Es curioso como al burlarse de mí se enciende enseguida una luz en sus ojos negros. Es raro. Esa noche también brillaban pero con una flama diferente.

- Bueno, ¿todavía sigo sin tener el derecho de saber el nombre de tu famoso padre?

- Sí.

- ¡Espera, sólo necesito buscar a italianos célebres! –me emociono un poco-.

- Ni lo intentes, Sol.

- ¿DiCaprio? ¡No, demasiado joven! ¿Madonna? No, le faltarían testículos.

- Eres realmente muy mala con las adivinanzas... –se burla con su barba-.

- ¡Ya sé! ¡Robert de Niro! Eso explicaría tu cara malhumorada... «You fuck my wife?» -lo intento con una ceja levantada y una voz masculina-.

- ¡Eres peor imitadora! –se ríe abiertamente esta vez-.

- Bueno, ¡entonces Al Pacino, seguramente es él!

- Jamás dije que fuese actor.

- Oh sí, entonces marca de lujo... ¿Gucci? ¡No, los otros! ¿Dolce o Gabbana?

- Ellos son gay, ¿no?

- ¡Cómo puedes tener tan poca imaginación, Salinger!

- ¡Cierra la boca y conduce, Sol!

Trato de darle un golpe a ciegas pero él esquiva el contacto. Vuelvo a poner mi mano sobre el volante, sin poder evitar preguntarme si tocaré algún día de nuevo esa piel.

La respuesta es no.

«Ya está, no se hable más.» Son mis propias palabras.

- Entonces naciste con una cucharita de plata en la boca, ¿no es así? –retomo la plática, para aprovecharme del Dante que se abre un poco-.

- Si quieres, -concede-.

- ¿Y era divertido?

- No realmente.

Siento que se cierra de nuevo. Y eso me cosquillea la cabeza. Por todas partes. Todo este misterio empieza a cansarme.

- ¿Por qué? –intento en voz baja-.

- Tener todo... eso no te hace más feliz que lo que has vivido, es todo.

- El dinero ayuda un poco, ¿no?

- No siempre.

Trato de provocarlo, sólo un poco.

- Entonces qué, ¿viviste una infancia desgraciada con tu famoso padre, con tu madre seguramente sublime, tu hermano y tu hermanita gótica? ¿Todos encerrados en su hermosa prisión dorada?
- El dinero, la condición social, el renombre no tienen nada que ver con la felicidad, -dice gravemente-.
- Ya veo.
- También mi familia estaba lejos de ser perfecta, -concluye para que deje de interrogarlo-.

Se repliega en su concha irrompible, con el ceño fruncido y los labios cerrados, con su hermoso rostro oscuro y atormentado. El tema parece doloroso, respeto su silencio. Por una vez. Sigo hablando pero prácticamente para mí misma. Viendo fijamente la carretera y viendo de nuevo mi pasado desfilar frente a mis ojos.

- Cuando tuve que dejar de bailar, creí que mi vida ya nunca más tendría sentido. Que iba a seguir viviendo a medias, como mis padres, sin pasión por nada ni nadie, esperando que llegara la muerte. Que jamás volvería a sentir ese fuego sagrado que vivía en mí cuando bailaba. Conocer a Preston cambió todo. Yo estaba vacía, apagada, un poco muerta en mis adentros: él me llenó con todas sus risas, sus grandes discursos, me regresó el gusto por la vida. Era el tipo de hombre expansivo. Tú no podías ser infeliz al lado de Preston Camden. A él le encantaba brillar pero era a mí a quien iluminaba, ¿ves? Era extraordinariamente generoso. Le gustaba tanto la vida que era contagioso. No quiero decir que fuera mi salvador, pero... creo que a veces, es suficiente con que alguien apriete el interruptor en tu lugar cuando tú ves todo oscuro. ¿Qué es lo que piensas de esta increíble metáfora?

Me burlo de mí misma y sonrío volteando hacia el moreno melancólico. Él me mira largamente. Tengo que abandonar sus ojos oscuros para mirar el camino. Regreso a ellos. Los encuentro dulces, diferentes, tal vez mis palabras lo conmovieron. Una luz extraña habita de repente en su mirada. Indescifrable. Dante entreabre sus labios carnosos y parece vacilar.

- Yo...

Se detiene. Aspira profundamente mordiéndose el labio inferior. Y continúa:

- Y mierda...

Con las manos en sus cabellos, la palma de su mano sobre su barba incipiente. Con sus tics sexys pero nerviosos. Mi copiloto parece perdido. Al borde del abismo. E ignoro por qué pero tengo un muy mal presentimiento. De repente, siento como si un hierro al rojo vivo me quemara la piel: Dante toma su decisión. De esas que hacen daño. Tiemblo, me preparo para lo peor. Sin saber qué. Me aferro tal vez demasiado fuerte al volante, por instinto. La sobrevivencia me conoce bien.

- Solveig… –dice su voz grave y solemne-. Voy a Seattle por la misma razón que tú… Voy al juicio. Soy el hermano de Andrea. El hombre que mató a tu marido.

Aplasto el freno. Dejo de respirar. Frente a mis ojos, el vacío total.

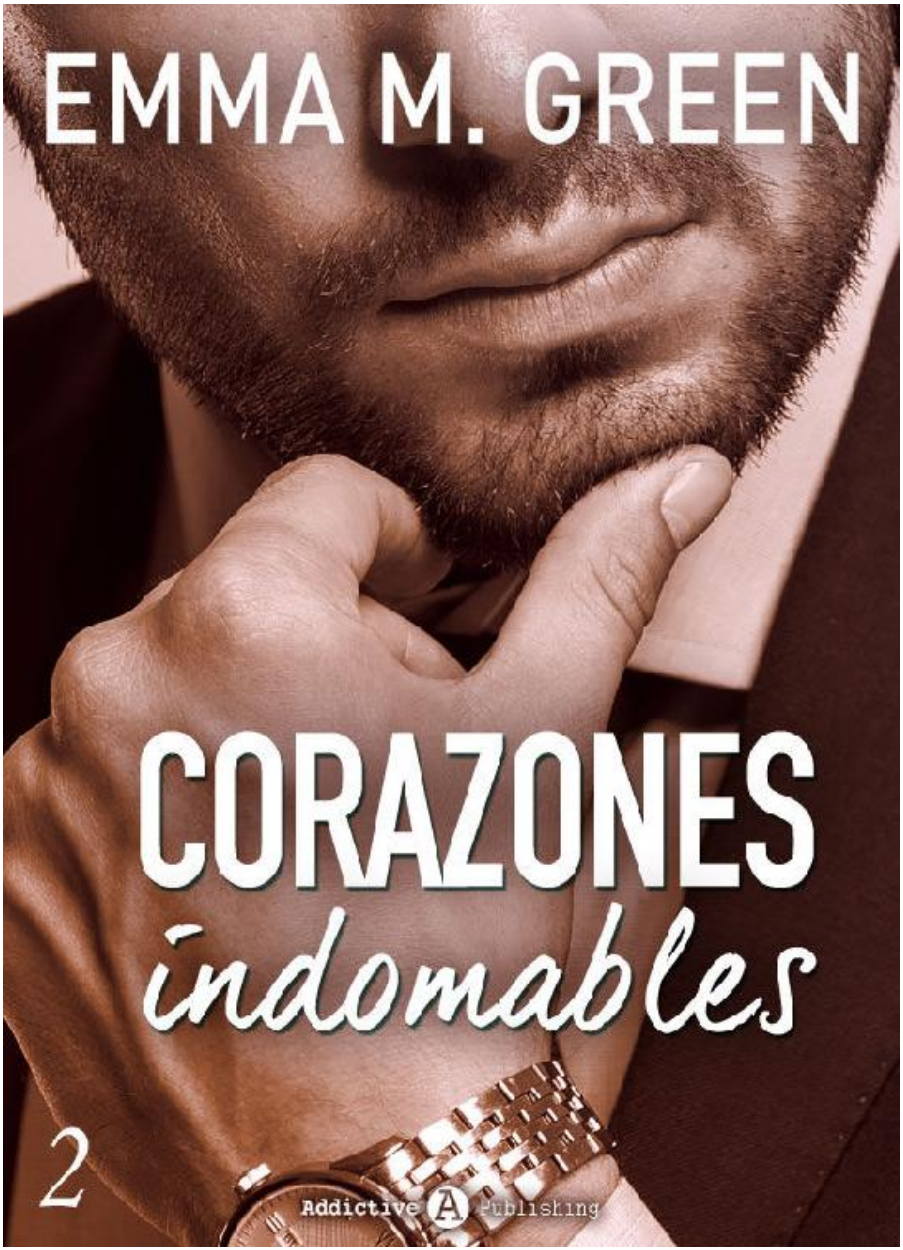
Continuará…
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Corazones indomables - Vol. 2

Después de haber enviudado con tan solo 25 años, Solveig decide dejar lo poco que le queda para recorrer los Estados Unidos de este a oeste al volante de su montón de fierro viejo. El objetivo del viaje: el juicio del chofer ebrio que le arrancó al hombre de su vida. Pero antes de eso, la rubia explosiva debe compartir gran parte del camino con Dante, un espécimen que es tan sombrío y atormentado como ella es atrevida y radiante.

El único problema es que al apuesto tatuado y misterioso no le gusta que le digan qué hacer. A solas durante cinco mil kilómetros, ¿cómo podrán estas dos almas tan opuestas y estos corazones insumisos compartir el camino? ¿Y hasta dónde los llevará este road trip?


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
2
Addictive Publishing

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

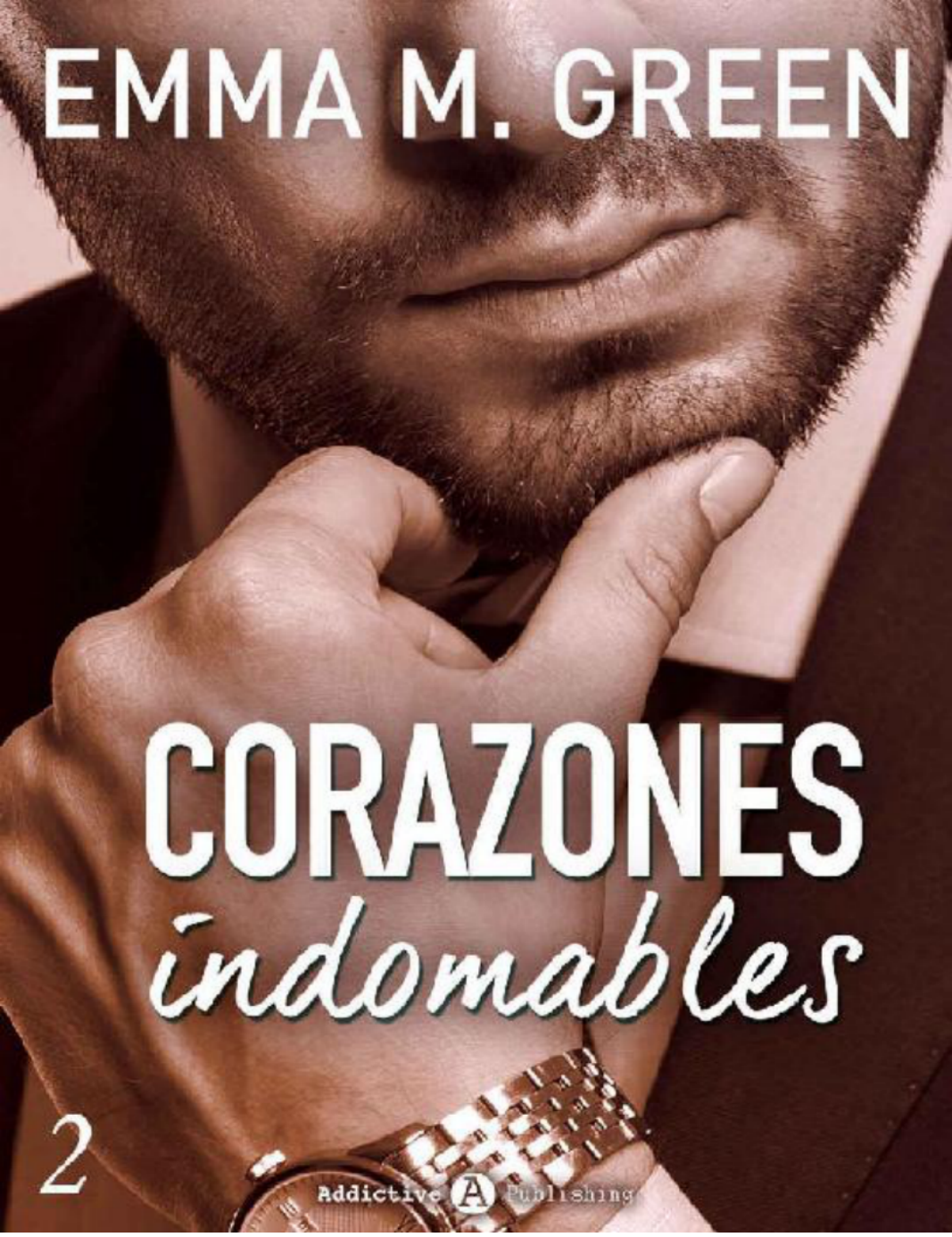
Pulsa para conseguir un muestra gratis

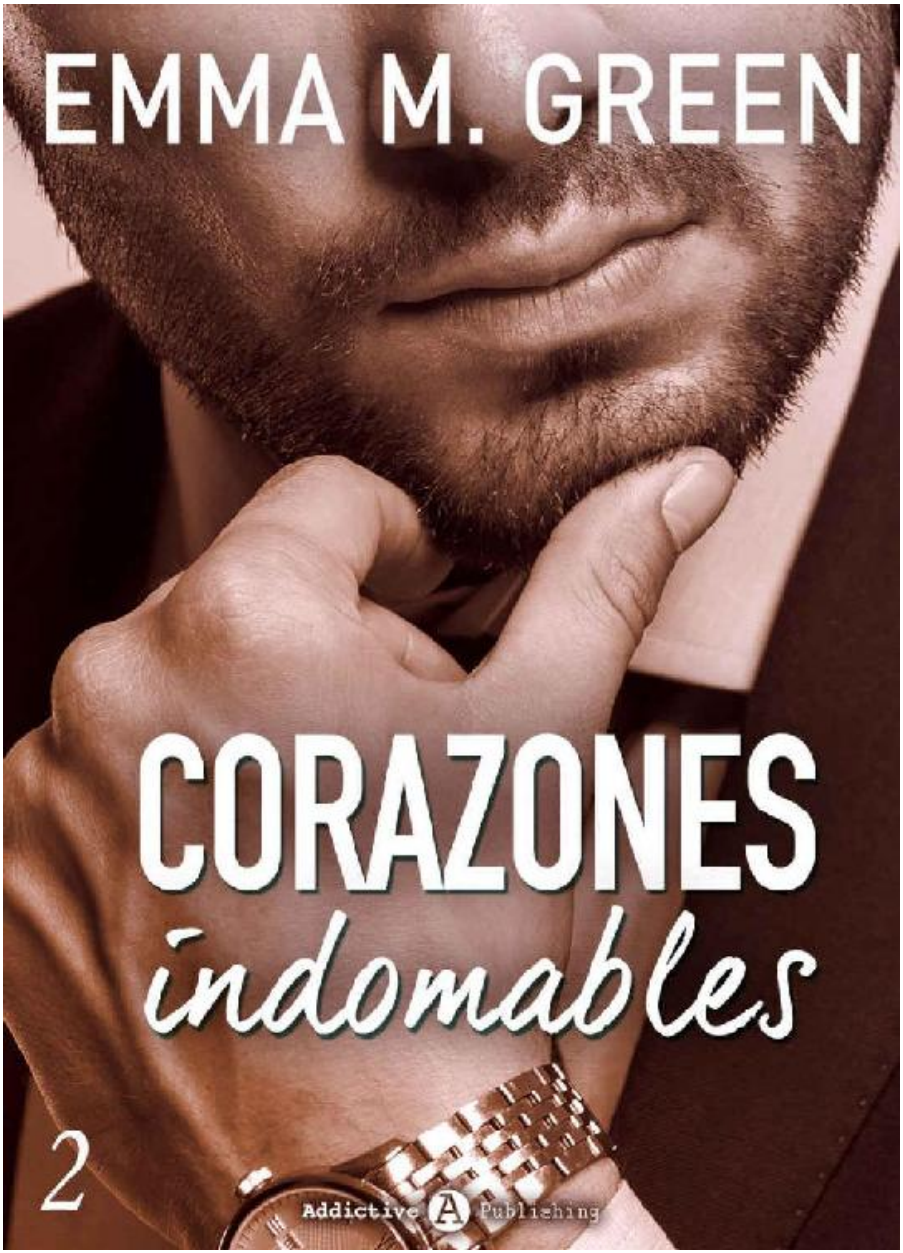
© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris

April 2017

ISBN 9791025737132

ZDAN_001


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
2
Addictive Publishing


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
2
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

Juegos
insolentes
1
EMMA M. GREEN
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

Pulsa para conseguir un muestra gratis

Nina Marx

Pretty escort

1

Addictive A Publishing

En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño… aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo… o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán… aunque no quieran.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

ROSE M. BECKER

EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO

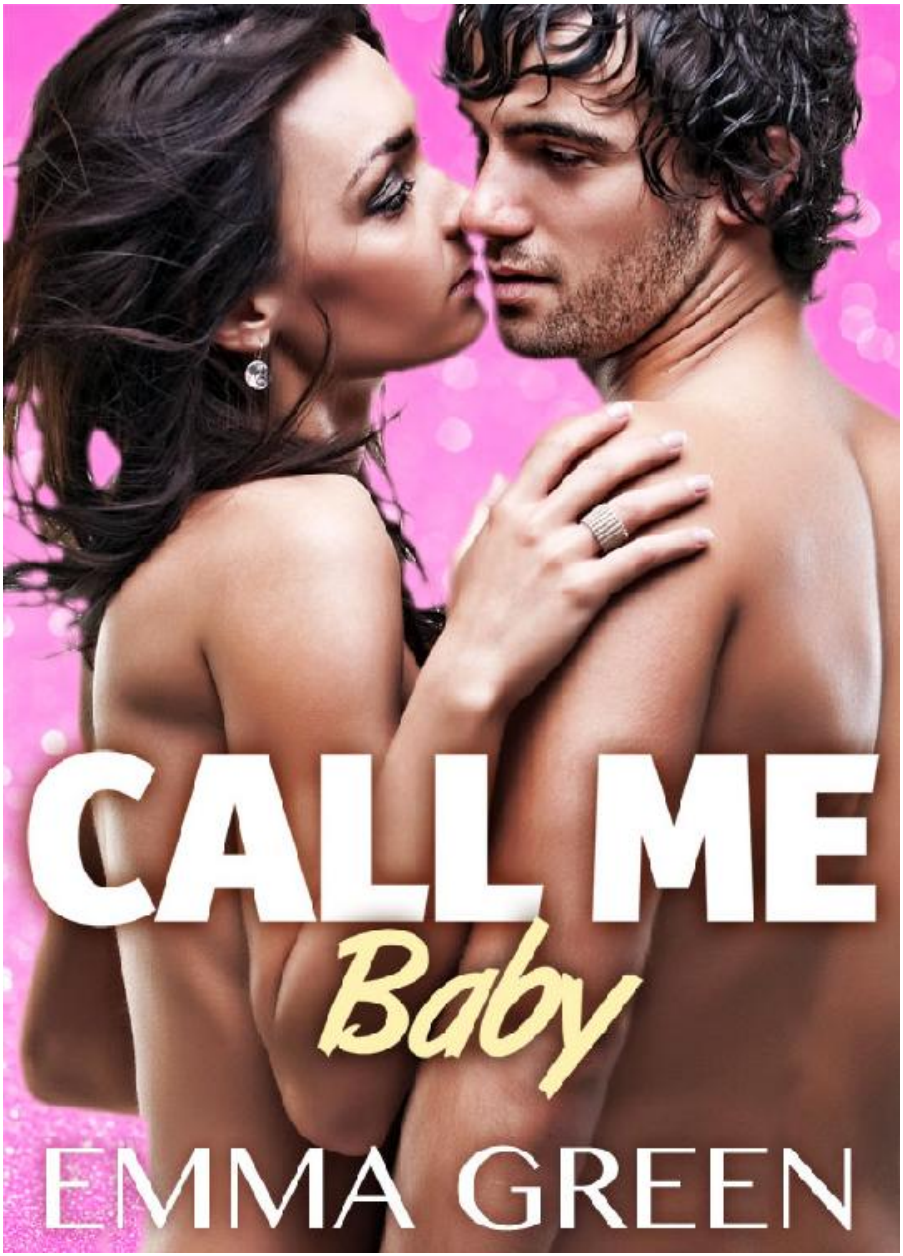
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Call me Baby - Volumen 1

¡Emma Green golpea de nuevo! ***”Multimillonario busca niñera.”*** Al llegar a Londres con su hermana gemela, Sidonie esperaba cualquier cosa menos convertirse en la niñera de Birdie, la pequeña hija caprichosa del riquísimo Emmett Rochester. La joven francesa acaba de perder a su madre, su nuevo jefe llora a su mujer, desaparecida dos años antes en un violento incendio. Maltrechos por la vida, estos dos corazones marchitos se han endurecido. Su credo: para ya no sufrir más, es suficiente con no sentir nada. Pero entre ellos la atracción es fatal y la cohabitación se anuncia… explosiva. Objetivo número uno: no ser el primero en ceder. Objetivo número dos: no enamorarse. ¿Cuál de los dos flaqueará primero?

Pulsa para conseguir un muestra gratis

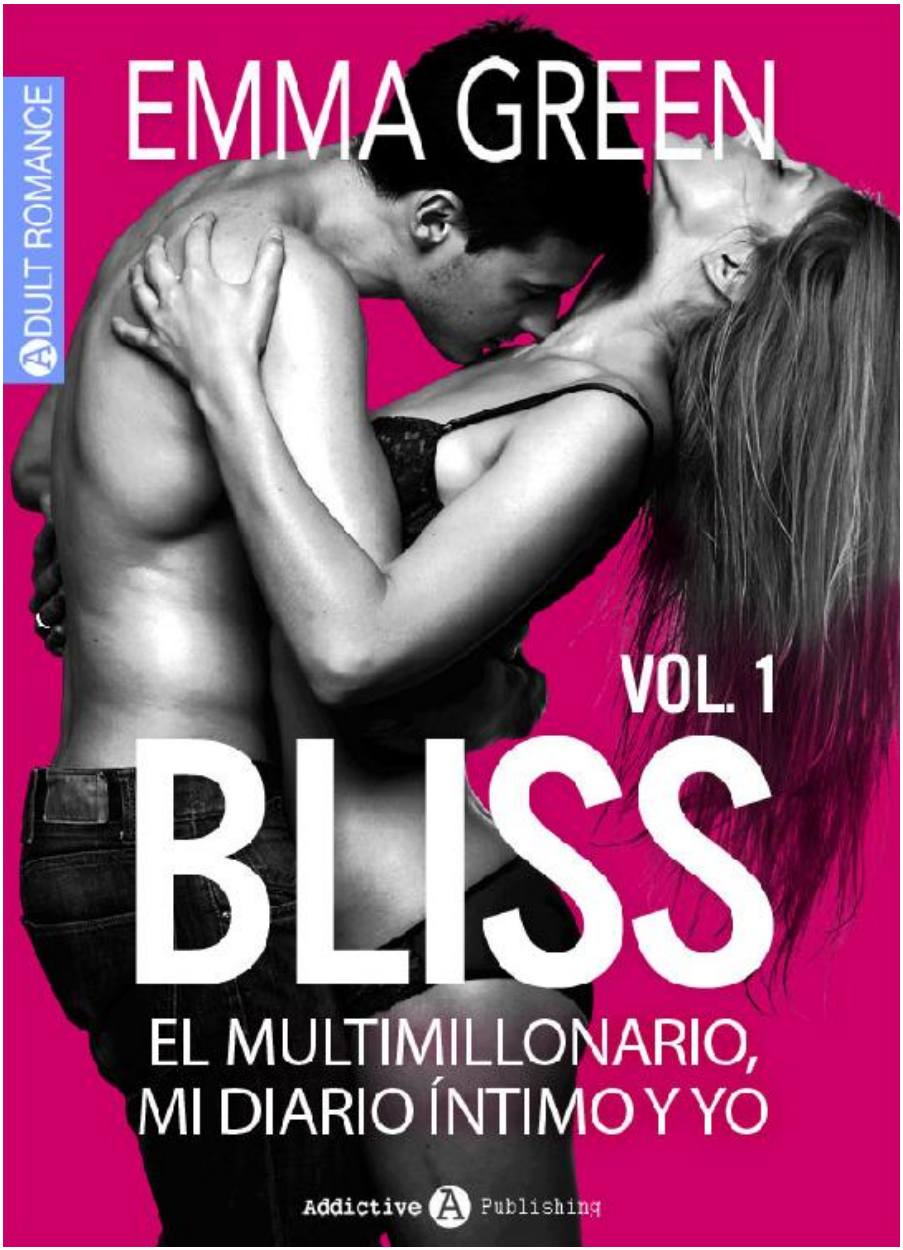

CALL ME
Baby
EMMA GREEN

En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto… Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

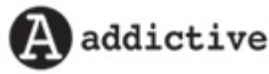
Pulsa para conseguir un muestra gratis


ADULT ROMANCE
EMMA GREEN
VOL. 1
BLISS
EL MULTIMILLONARIO, MI DIARIO ÍNTIMO Y YO
Addictive Publishing

Emma M. Green

Corazones indomables

Volumen 2



1. Maldito karma

Sobre la autopista 90 hacia Chicago, mi vida se derrumba de nuevo.

«Voy de camino al juicio. Sigo al hermano de Andrea. El hombre que mató a mi marido.»

Estas tres frases resuenan en mi mente mientras que freno en seco. Las llantas de Chris rechinan sobre el asfalto. Huele a caucho quemado cuando por fin logro detenerme en el acotamiento. Mantengo los brazos tensos y las manos aferradas al volante. Estoy hiperventilando. Veo estrellas. Incapaz de hablar o de mirarlo, solamente intento recordar cómo se respira.

– Solveig, cálmate... - dice suavemente la voz grave a mi lado.
– …

Estoy sudando frío.

– ¿Cómo te sientes?
– …

Creo que estoy teniendo una crisis de pánico. O de nervios.

– ¿Estás bien?
– …

O una parálisis. Algo así.

– Sol…
– ¡No me hables!

Ah, mi voz ya regresó.

– OK, OK.
– Cállate, Dante.
– Lo lamento...

– ¡Que te calles!
– ¿Estás bien?
– ¡No tienes derecho de preguntarme eso!

Creo que me estoy recuperando poco a poco.

– ¿Quieres...?
– ¡No me hables! - lo interrumpo en seco gritando más fuerte de lo que quisiera.

No soporto escucharlo. Saber que está al lado de mí. El simple hecho de que respire me da escalofríos. Toda la piel me duele. No logro pensar ni moverme. Ni siquiera puedo pasar saliva. Sin decir una sola palabra, el castaño a mi derecha me ofrece una botella de agua destapada. Odio esta atención. Pero debo admitir que efectivamente muero de sed.

Cedo y tomo varios tragos dejando que el agua fresca corra a lo largo de mi mentón y mi cuello. Esta sensación me tranquiliza un poco. Al igual que la calma y el aplomo de sus gestos cuando recupera lentamente la botella, la vuelve a tapar, la coloca entre sus pies y luego aprieta el botón que desabrocha mi cinturón de seguridad. Me siento un poco menos oprimida. Aun cuando deteste que sea él quien me ayude y me alivie.

– Es irónico... - resoplo por fin.
– ¿Qué?
– Que estés cuidando a la misma a la que acabas de clavarle un puñal por la espalda.
– Solveig, yo…
– ¿Tú qué? - lo interrumpo de nuevo. - ¿En verdad le vas a buscar una explicación a esto? ¿O te vas a seguir conformando con fruncir el ceño apretando la mordida y mirando hacia la ventana? ¿Por cuánto tiempo más pensabas jugar al castaño misterioso, Dante?

Mi voz se quiebra cuando volteo hacia él. Mis ojos se llenan de lágrimas cuando voltean hacia su mirada obscura. Verlo me lastima más. No soporto que me parezca tan apuesto, con su camiseta negra y su expresión de gravedad en el rostro. Muero de calor. Salgo del auto y azoto la portezuela con todas mis fuerzas.

– Ya no soportaba mentirte. Tenía que decírtelo... - suelta saliendo también.
– No me sigas.

Doy algunos pasos en la carretera. No se ve ni un auto en el

horizonte. Solo campos morenos y secos. Alguna que otra granja aquí y allá, en medio de la nada. El aire sigue fresco a esta hora de la madrugada. Pero todavía no logro que baje mi presión ni mi temperatura. El otro rebelde no me escucha. Solo guarda su distancia caminando detrás de mí. Doy media vuelta y me planto frente a él.

– ¿Eres un psicópata? ¿Por qué me buscaste? ¿Por qué te embarcaste en este *road trip* conmigo? Pudiste haber saltado en tu jet de hijo de papi y atravesar el país en menos de seis horas. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¡El juicio es en dos meses!

A medida que mis preguntas estallan, intento poner un orden en mis ideas. Pero nada funciona.

– Fue pura coincidencia - responde simplemente el castaño.
– Demasiado fácil.
– Es la verdad.
– No te creo.
– Solveig…
– Necesitarás más palabras que esas, Salinger.

Él se pasa una mano por la barba y luego por el cabello. Sus tatuajes se marcan bajo sus músculos tensos. Dante deja de verme a los ojos para mirar al infinito. Como si las respuestas se encontraran en alguna parte de esos paisajes de Ohio.

– Este *road trip* era para cambiar de aire. Ver algo diferente. Lo necesitaba. Imagino que no hay muchas personas tan locas como tú y yo para ir de Nueva York a Seattle en auto. Pero no sabía que serías tú. No sé nada de esta historia, solo que mi hermano está metido en apuros. No estoy acostumbrado a meterme en los asuntos de los demás. No te mentí. Solo... no dije nada. No soy un psicópata, ni un *serial killer*. Lo lamento... Que tú seas tú... Que yo sea yo. Te prometo que no estaba planeado.

Al pronunciar estas cuatro últimas palabras, regresa a clavar su mirada negra en mis ojos húmedos. Y algo inexplicable en su voz, en su mirada, me obliga a creerle.

Maldito karma que lo puso en mi camino. Literalmente.

– ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Cuándo te enteraste de quién era yo?
– En Pensilvania. El segundo día. Cuando estuvimos a punto de chocar y perdiste la cabeza. Cuando hablaste de Preston, del conductor ebrio que chocó con ustedes. Cuando dijiste que todos los hombres eran unos idiotas. Y que yo estaba de acuerdo contigo.

Mi corazón se estruja. Preston. Dante. Su hermano. Todo se mezcla en mi cabeza. Mi padre, muerto. Mi hermano, incapacitado para toda la vida. Mi marido, que solo lo fue durante diez días. Mi suegro que piensa que lo maté. Ese borracho que me lo quitó. Y ese desconocido, que realmente ya no lo es, y que acaba de transformarlo todo. ¿Por qué los hombres tienen tanto poder sobre mí? ¿Por qué me causan tantos problemas? ¿Tantas penas? ¿Tantos dilemas? ¿Por qué el mundo es tan pequeño... y tan cruel?

Vuelvo a caminar a un lado de la carretera, en el sentido inverso, solo para hacer algo. Me cruzo con mi copiloto y lo empujo de la punta del hombro. Tengo ganas de hacerle daño. No tengo la fuerza suficiente.

– Debiste haberte ido de inmediato, Dante. No decirme nada. Largarte antes de que yo... de que nosotros...

– Ya sé - dice en voz baja.

– ¡Me acosté contigo! - exclamo de pronto, como un reproche a mí misma.

– Ya sé, no quería...

– ¡¿No querías qué, mierda?!

– Seducirte . Hacerte eso. Intenté evitarlo.

– ¡No lo intentaste! - le reprocho esta vez.

Dante cruza las manos detrás de su cabeza y mira el cielo gris, pesado, tan bajo que parece como si nos fuera a caer encima. Bajo su ceño extremadamente fruncido, sus pupilas se obscurecen todavía más. Con la mente atormentada, incapaz de concentrarme, me pregunto si hay algún color que sea más obscuro que el negro.

– Fui yo quien vino a buscarte. Esa noche - agrego en voz baja, como si me disculpara. - Fui yo quien vino a refugiarse entre tus brazos.

– Debí haberte dicho que no. Rechazarte. No pude... - suspira. - Tienes razón... Desde el principio... Todos somos unos idiotas.

El peso del cielo cae sobre mí esta vez. Me siento hastiada, vacía, agotada, mis piernas apenas si soportan mi propio peso. Me siento antes de caerme. Pongo las nalgas sobre la tierra. Me pongo a triturar la hierba seca a mi lado. Intento seleccionar las miles de preguntas que me asaltan. Pensar antes de hablar.

– ¿Él es quien no deja de llamarte?

– ¿Hmm?

– Tu hermano.

– Sí - confiesa después de un silencio. - Casi todos los días a la misma hora. Desde la prisión.
– ¿Por qué no contestas?
– No frente a ti.
– ¿Pero hablas con él a veces? Cuando no estoy aquí.
– Sí.
– Eso es injusto - resoplo con tristeza. - Hace dos años que no escucho la voz de Preston...
– Ya sé.

Dante cruza los brazos sobre su camiseta negra. Luego se recarga contra el auto, cruzando una pierna tensa sobre la otra.

– ¿Qué te dice? - insisto.
– Que arruinó todo. La vida de alguien. La suya. Las nuestras.
– ¿Es un hombre malo?
– No.
– Yo creo que sí.
– Solo un tonto.
– Como tantos - suspiro.
– Sí…
– Si supieras cuánto lo odio.
– Yo también.

Elevo la mirada hacia el castaño tenebroso. Creo haber oído que su voz se quebraba un poco. Su caparazón se fisuró. Me doy cuenta de que hace dos años, ese accidente arruinó más vidas de las que creía. No solamente la de Preston. La mía. Las de los Camden. Hay otra familia destrozada al otro lado. Tal vez otra esposa que se encuentra sola. Otra madre que perdió a uno de sus hijos. Unos hermanos que sufren a su manera. No sé por qué hasta ahora estoy sintiendo empatía. Creo que a veces es bueno olvidarse un poco para sufrir menos. Y eso es justo lo que haré.

Un auto pasa y hace volar mi cabello, sacando a Dante de su burbuja.

– Voy a caminar - anuncia enderezándose. - Encontraré una forma de regresar.

Lo miro abrir la portezuela del pasajero detrás de él, agacharse para tomar su maleta del asiento trasero, ponerse la correa de su cámara, recuperar su botella de agua. Llevarse poco a poco a sus pertenencias. Dejar mi Chevy. Mi mundo. No quiero que me abandone a mitad de la carretera. No de nuevo. No quiero estar sola otra vez.

– No puedo continuar mi camino si te vas - le digo sin pensarlo, con una voz que no reconozco.

Como si fuera la de alguien más.

Me pongo de pie frotándome las nalgas para sacudir la tierra de mi pantalón. Él se voltea hacia mí y me mira.

– Necesito tus conocimientos de mecánica - agrego. - Y tu dinero para la gasolina.
– Solveig, no tienes que...
– Y tus grandes brazos por si el recepcionista del próximo motel no me da confianza - insisto interrumpiéndolo.
– Ya veo…
– Y necesito a alguien que me recuerde que debo ver el camino.
– Creo que puedo hacer eso.
– Y que me dé algo de tomar de vez en cuando.
– Soy el más rápido en el mundo para abrir botellas - confirma.
– Y no podría dormir si no tengo un guardaespaldas en la habitación contigua.
– También puedo hacer eso - asiente entrecerrando los ojos.
– Solo cerraremos la puerta que comunique ambas piezas, ¿de acuerdo?
– Por supuesto.

Me detengo ahí. Me cuesta trabajo sostener su mirada que me envuelve, intensa y a la vez tierna. Grave y benévola. No logro descifrar lo que está pensando. Si realmente quiere este *road trip* o no. Si cree que somos capaces de soportarnos, encerrados en un montón de metal casi inservible, con un aire acondicionado y una radio caprichosos, ahora que sabemos quiénes somos.

¿Y qué es lo que creo yo? ¿Qué quiero, en el fondo? Ya es hora de que me lo pregunte seriamente. Y no es sino hasta este momento que me doy cuenta de que todas las razones que acabo de enumerar no eran para convencerlo a él de quedarse, sino a mí misma de que no estoy cometiendo una estupidez enorme. Invitando a mi auto y a mi vida al hermano del hombre que mató a mi marido. Después de todo, yo no soy responsable de los errores de Jonas. Dante no tiene por qué pagar por los crímenes de aquel cuyo nombre no puedo pronunciar. Andrea.

Soy yo quien decide. Solo yo. Lo que es justo y lo que no. Y decido que esto no es una traición. Que a Preston no le molestaría que piense en mí misma, por una vez. En cuanto a Dante... Solo tendré que

mantenerme alejada de sus brazos.

– En serio - agrego para concluir. - Necesito un compañero de camino.

– OK.

– Y nada más.

– Ya entendí.

– Entonces estamos de acuerdo.

– Otra vez, Solveig...

– ¿Otra vez qué?

– Estás repitiendo lo mismo.

– Claro que no.

– Hablas demasiado.

– ¿De qué me hablas?

– Bueno, ¿nos vamos?

– ¡Soy yo quien te está esperando a ti!

– No lo creo... - dice lanzando su maleta kaki al asiento trasero, con una pequeña sonrisa apenas disimulada.

– Ya me estás haciendo enojar - gruño instalándome detrás del volante. - No olvides que esto sigue siendo un poco nuevo para mí... Que todavía tienes que pasar pruebas.

– Ya sé. Arranca y vámonos.

– ¡Arrancaré solo porque quiero! - me rebelo encendiendo el motor.

– ¡Espera!

– ¡¿Ahora qué?!

– Escucha - dice apagando el motor.

– ¡Deja de contradecirme! - gruño un poco más fuerte.

– Shh - dice, cubriendo mi boca con su mano. - ¡Te digo que escuches!

Él para la oreja, frunce el ceño, mira por la ventanilla y luego se inclina sobre mí para ver a través de la mía. Reprimo un escalofrío. Su mano deja mis labios y pone un dedo sobre los suyos para indicarme que me calle. Luego baja mi ventanilla lentamente. Trato de evitar mirar su bíceps contrayéndose. Descifrar sus tatuajes que bailan frente a mis ojos. Escuchar su respiración calmada y regular. Me prohíbo a mí misma observar el tono de la piel bronceada en su cuello. Aprenderme de memoria los rasgos de su rostro perfecto.

Maldito sex appeal.

Mi cuerpo me traiciona despertándose ante el menor estímulo visual, olfatorio, táctil...

– ¡Ya entendimos, los cinco sentidos! - susurro para mis adentros.
– ¿Qué?
– No, nada. Estoy hablando sola.
– ¡Eso ya lo había comprendido! - exclama en voz baja.
– ¿Que estoy loca?
– ¡Tú no, el perro!
– ¿Qué perro? Estás delirando, Fénix... - gruño.
– No hagas ningún movimiento brusco. Y por favor, cállate.

Dante sale cuidadosamente del auto, camina con indolencia pero con una seguridad perfecta, rodea mi Chevy, atraviesa el camino y se sumerge un poco entre la maleza seca.

– ¡Si te atropellan o te ataca un jabalí salvaje, no te pienso salvar! - lo amenazo cuando se aleja.

Luego el castaño tenebroso reaparece, con un jabalí flacucho entre los brazos. De hecho, parece más un labrador negro. Pero aun así.

– Esa *cosa* no se va a subir a mi auto - declaro por la ventana.
– ¡Está solita!
– ¡¿Además es mujer?!
– Creo que está herida, ven a ayudarme.

Lo obedezco suspirando. Dante coloca delicadamente a la bestia en el piso y esta emite un chillido que le estrujaría el corazón a cualquiera, hasta a una chica que prefiere los ficus muertos a las mascotas vivas.

– Tienes que sostenerle la pata delantera.
– Lamentablemente, no puedo tocarla... Mi religión me lo prohíbe - improviso.
– ¡Sol, contrólate! Solo en lo que voy a buscar un pedazo de madera.

El amigo de los animales toma mi mano y la pone bajo la pata de la bestia, que efectivamente me parece no poder mantenerse sola pegada al resto del cuerpo. Tengo ganas de vomitar.

– Mira a otra parte - dice empujando suavemente mi rostro hacia un lado.

En verdad va a tener que dejar de tocarme todo el tiempo...

Mientras que él se va a buscar su madera, examino a la perra que levanta la cabeza hacia mí como para asegurarse de que soy tan

amable como el otro humano. Le sonrío. Sin mucho ánimo. Sus ojos negros reflejan una tristeza infinita. Sus orejas asimétricas, una recta y la otra rota, caen hacia un lado. No sabría decir si su pelo es largo o corto. En cualquier caso está sucio. Y despeinado. ¿Estos animales no deberían al menos ser suaves para que uno quiera acariciarlos?

La perra reposa su cabeza sobre la orilla de la carretera lanzando un suspiro ronco. Puedo ver sus costillas bajo su pelaje hirsuto. Y sus largas patas descarnadas no parecen lo suficientemente sólidas como para aguantar su peso. Ni siquiera las tres que no están rotas. Debe llevar mucho tiempo sin comer nada.

– Esto debería bastar - anuncia el hombre salvaje regresando hacia nosotros. - ¿Crees que vaya a aguantar?

– Creo que sí... Pero yo, no sé.

– ¿Por qué?

– ¿No hueles? Apesta a bacalao - refunfuño respirando por la boca.

– ¿Qué?

– ¡Pero echado a perder desde hace mucho!

– Le voy a hacer una férula - decide Dante ignorándome totalmente.

– ¿No quieres operarla a corazón abierto en medio del camino? Para que podamos salir en los periódicos.

– Me voy a quitar la camiseta, pero no es lo que crees - dice con una sonrisa.

– Hazlo... - suspiro decepcionada.

– Tengo otras en mi maleta.

– Está bien, no pasa nada.

– Puedes mirar hacia otro lado si prefieres - me provoca un poco más.

– Ten cuidado, Salinger. Todavía puedo cambiar de opinión, subir a mi auto y dejarlos morir de hambre a ambos.

– Si eso quieres. Nos veremos en la próxima gasolinera cuando se estropee tu auto y estés sedienta y en la ruina.

– ¡Buena, ampútala y termina con esto! Huele demasiado a bacalao.

Muy a mi pesar, acaricio suavemente la cabeza del animal. El aprendiz de veterinario se desnuda el torso y fija la rama envolviendo la pata rota de la perra con su camiseta negra. La acaricio cada vez que emite un nuevo chillido. Dante le habla con su voz grave y calmada. Intenta hacerla comer y tomar, en vano. Luego me pide que haga un cuenco con mis manos para que ella pueda tomar agua.

– ¿Por qué los perros no saben tomar de una botella? - gruño

obedeciendo.

– ¿Por qué a las mujeres no les gusta ensuciarse las manos?

– Eso es sexista.

– Es cierto - concede con una nueva sonrisa exasperante.

– ¿Y eso es todo?

– Sí. Ayúdame a acomodarla sobre el asiento trasero.

– Ni pensarlo. Esa *cosa* no irá con nosotros. Compré un aromatizante para que el auto oliera a cereza fresca y rocío matinal. Si hubiera querido el aroma «bacalao», lo hubiera comprado.

Dante se ríe y eso eleva sus pectorales demasiado musculosos como para ignorarlos. Dos minutos de negociación más tarde, la perra está recostada sobre su camisa de mezclilla (y de paso sobre el asiento de mi Chevrolet).

Sí, terminé por ceder. No, no era solamente para que se volviera a vestir.

Yo también tengo un corazón.

Esa bola de pelos me ganó con su simple mirada…

Conduzco con la cabeza inclinada hacia mi ventana abierta mientras que el salvador a mi derecha busca una clínica veterinaria o un refugio para animales en su smartphone.

Gracias a Dios, se volvió a poner una camiseta.

– ¿Vamos a levantar todo lo que nos encontremos a la orilla de la carretera? - pregunto maquinalmente.

– Tal vez.

– Eso no formaba parte del plan inicial - le recuerdo.

– Creo que el plan quedó atrás desde hace mucho.

– Hmm. Cierto - respondo con una voz triste.

– No estaba hablando de *eso*. Lo siento.

– No te preocupes - respondo con un movimiento de la mano. - Puedo entender lo de Hell. Te recordaba a tu hermana menor, movió tu instinto protector... ¡¿Pero ese perro?!

– Es una larga historia - intenta eludir.

– ¿Puedo escucharla?

– No.

– ¡Dejé que ese bastardo apestoso me lamiera el interior de las manos solo porque me lo pediste!

– OK… - cede. - Mi padre hizo lo mismo que el imbécil que haya dejado a ese pobre animal en medio de la nada. Íbamos de vacaciones.

Yo tenía 12 años. Nuestro perro le estorbaba. Aun cuando fue él quien nos lo regaló. Lo dejó a media carretera. Yo era demasiado joven, demasiado débil. demasiado miedoso para rebelarme. Llevo dieciséis años preguntándome qué fue de él. Si alguien lo ayudó.

OK. Ahora no tengo nada que agregar. Aparte de que me siento ligeramente estúpida...

Gracias, karma.

2. Bacalao y durazno

Un gran cielo azul, asfalto desgastado, campos de maíz, pequeñas chozas y granjas abandonadas.

Continuamos por alrededor de diez kilómetros, hasta un pueblo llamado Bloomingville. En un alto, mi castaño tenebroso baja la ventanilla y pregunta a los transeúntes dónde podremos encontrar una veterinaria abierta (al parecer, el refugio que había encontrado en Internet se convirtió en un terreno baldío). El primer tipo que se digna a responderle a Dante no tiene ni idea y continúa con su camino. El segundo, un cuarentón de traje, me lanza un guiño libidinoso en lugar de contestarle a mi copiloto... bajo su propio riesgo, ya que recibe un dedo de honor de mi parte y una mirada asesina del robusto pasajero sentado a mi derecha. Finalmente, una dama encorvada se acerca al Chevy y acepta ayudarnos.

– ¡El doctor Barkley cuida muy bien a mi Sweetie! Ya verán que es encantador. Lo encontrarán en la gran avenida.

– ¿Cuál? - pregunto ingenuamente.

– Estamos en Bloomingville, querida, solo hay una... - gruñe mi copiloto.

– ¿Dónde está su pequeña maravilla? - nos interroga la dama de la esquina con curiosidad.

Dante y yo nos volteamos al mismo tiempo, para hacerle entender que es el bulto que se encuentra sobre el asiento trasero (y que seguramente el espectáculo no la decepcionará). Recostado a lo largo, el animal duerme con un ojo abierto, inundando la cabina con sus ronquidos y su olor fétido.

– ¿Ah sí? Se ve bien... Bueno... ¿Cómo lo digo? ¿Qué raza es? - pregunta, claramente disgustada por no estar frente a un perro fino con peinado y manicure, como seguramente está el suyo.

– «Lo encontramos en la orilla del camino»: ¡Dudo que sea de una raza muy fina! ¿De casualidad no querrá adoptarlo? - respondo sonriendo falsamente. - ¡Sería un gran compañero para Sweetie!

– Tengo que irme, me están esperando. ¡Pero buena suerte! - chilla la anciana antes de alejarse trotando.

Río mientras que el hombre con ojos negros me observa en silencio.

– ¿Algún comentario, Salinger?
– No, no realmente.
– ¿«No» o «no realmente»? No es lo mismo...

El castaño se aclara la garganta y después murmura, observando el paisaje.

– Ya te encariñaste, Sol...
– ¿Qué? - respondo sintiendo mis mejillas sonrojándose. - ¿De qué hablas? ¿Con quién?
– Con el perro que acaba de soltar un gas...

Mi corazón se desacelera, retomo el control.

– Claro que no. ¡Solo quiero deshacerme de él!
– Seguro - responde con una sonrisa insolente. - Acabas de defender su honor mandando a la anciana al diablo, ¿crees que no me di cuenta?
– Bueno, ¿y si mejor buscamos la famosa avenida? - gruño cruzando la calle. - El semáforo está en verde desde hace cinco minutos, ¿qué seguimos haciendo aquí?

A mi derecha escucho risas. Detrás de mí, ronquidos y flatulencias. Me veo tentada a salir corriendo del auto. Solo que no es lo que quiero *realmente*. La culpa es del fénix misterioso y sexy que me arruina la vida.

No he olvidado su «mentira», pero de alguna forma, lo entiendo. Y con eso basta.

***

– Esta pequeña realmente necesita muchos cuidados - suspira el veterinario calvo sacando el termómetro del trasero de la perra.
– ¿Estará bien? - le pregunta preocupado mi compañero de viaje.
– Aparte de la pata fracturada, su estado general no es tan malo. Es joven, acaba de entrar a la edad adulta, probablemente es por eso que está reaccionando tan bien. ¡Pero unos días más sin raciones

suficientes de comida y agua, y no aguantaba! Hicieron una buena acción...

El veterinario, quien aceptó recibirnos de urgencia al constatar el estado del perro y ver su férula improvisada, coloca su estetoscopio para escuchar el corazón. Dante rasca la cabeza del animal que tiembla sin control sobre la mesa de revisión, mientras que yo permanezco a distancia. El lugar es más opulento, lleno de fotos de perros y gatos en todas las paredes, y debo confesar que Sweetie no se equivocaba: el Doctor Barkley inspira confianza. Finalmente, Bloomingville tiene su encanto. Y su utilidad.

Quitándose los lentes, el doctor piensa en voz alta:

– Necesita que la rehidraten. Empezaremos con una perfusión. Luego le enyesaremos la pata. Después, las vacunas, el tratamiento anti parásitos y el...
– Haga todo lo que sea necesario - lo interrumpe Dante.

Barkley lo mira por un instante, agradablemente sorprendido por el compromiso del hombre sombrío con tatuajes, y luego se siente obligado a precisar:

– Es un rescate, así que acepto hacerme cargo de la mitad de los gastos, pero no del total. No hago excepciones...
– No se preocupe por eso - responde el castaño con su voz ronca. - Cúrela.
– Y si pudiera encontrarle una familia... - agrego acercándome. - Alguien de confianza.
– Ah. ¿No se la pueden quedar?

Me siento repentinamente culpable. Es algo tonto. Y cuando los ojos de Dante se clavan en los míos, llenos de ese brillo extraño, es todavía peor.

– No. Los perros y los *road trips* no se llevan bien - responde finalmente en mi lugar.
– Entiendo. Haré un par de llamadas.

La puerta se cierra detrás de él y me encuentro sola con mi *dark stranger*. Dante no me dirige la palabra. Él baja al perro de la mesa de revisión hablándole dulcemente. Una linda pelirroja entre de pronto, nos saluda y deja un plato lleno de croquetas frente a la bestia flacucha que se para en tres patas. Ella se lanza sobre la comida chillando de felicidad. La asistente de Barkley se escabulle.

Solos nuevamente. Sus pupilas negras, su silueta indolentemente recargada a la pared, sus manos en los bolsillos y... yo. Es demasiado apuesto. Tan salvaje que me hace estremecer.

– ¿Me odias? - murmuro.
– ¿Por?
– No lo sé. ¿Por abandonarla?
– Es un perro, Tutu. No nuestra hija ilegítima.

Casi sonríe, pero su voz sigue siendo dura.

– No puede ir en la carretera con nosotros. Al menos no cuatro mil kilómetros...
– Ya sé.
– Pero no se la dejaremos a cualquiera. Encontraremos a la persona adecuada.
– Espero que sí - dice volteando hacia el animal que se atiborra.

Lo imito y mis ojos encuentran sus costillas marcadas, sus patas tan altas y finas, su pelo escaso. No me gustan mucho los perros. Y el olor de este en especial no le ayuda. Pero tengo un corazón a pesar de mi profundo rechazo al bacalao.

– Al menos este viaje habrá salvado a alguien...

Dante sonríe mirando al suelo y luego se pasa la mano por la barba naciente. Observo sus músculos contrayéndose, su vena saltando, cerca de su puño, su reloj brillante.

– Cuando creo que empiezo a conocerte, veo que me equivoco - suelta el castaño observándome. - Eres un verdadero misterio, Tutu...

Conmocionada, doy media vuelta sobre la punta de los pies, para darle una buena razón de llamarme «Tutu». Nuestras miradas se imantan durante varios segundos. La tensión aumenta. Muero de ganas de besarlo. Y luego el perro suelta un enorme eructo, a nuestros pies. Y nuestra burbuja estalla.

– Maldito perro - sonríe el que hace apenas un instante me hacía estremecer.
– ¿Ella también te hace pensar en Calliopé? - pregunto de pronto, riendo.
– Ten cuidado con lo que dices, Stone... - murmura Dante.
– Creo que se parece a ti - agrego. - Algo en sus ojos negros y falsamente duros, su pelo en desorden y su forma de aparentar que no le duele. ¡Los gruñidos que emite también! Es completamente

Salinger.

– ¿Estás bromeando? Con sus largas patas gráciles, camina como una bailarina. Y siempre está chillando. ¡Es idéntica a ti!

La puerta del consultorio se abre en medio de nuestras elucubraciones y el Doctor Barkley nos anuncia que encontró un refugio para nuestra protegida. Al parecer, una viuda rica ya ha recibido a una docena de animales y no le importaría tener uno más.

– El único problema... - nos confiesa el veterinario, incómodo - es que tendrán que llevarlo hasta Chicago.

– Exactamente ahí vamos - respondo. - Deberíamos llegar en dos o tres días.

– Es extraño cuando la vida se acomoda tan perfectamente... - concluye sonriendo ampliamente.

Su sonrisa se vuelve todavía más amplia una hora más tarde, cuando Dante llena el cheque gigante para él. Con la dirección de la familia huésped en el bolsillo, siete kilos de croquetas, un plato de plástico, un collar horrible, una correa que hace juego y una canasta para perros extremadamente cara en la cajuela, regresamos al camino en busca de un hotel.

– En vista de todo lo que la *cosa* acaba de comer, evitaremos conducir demasiado... - resumo bajando la ventanilla.

– Eso me parece muy razonable - asiente mi copiloto sacando su teléfono para encontrar una dirección.

– ¿Dante?

– ¿Sí?

– ¿Recuerdas los tres criterios esenciales?

– Aire acondicionado, habitaciones contiguas y restaurante - recita suspirando.

– Falta uno más...

– ¿Cuál?

– «Aceptamos perros».

El castaño sexy suelta una pequeña risa, luego me susurra un *«bien jugado»* al oído rozando mi brazo. Me estremezco. Él regresa de inmediato su mano a su teléfono, con el ceño fruncido, como si se arrepintiera de este gesto espontáneo.

– Tenemos que ponerle un nombre - comento.

– ¿Hmm? - me pregunta distraídamente mi vecino, concentrado en su pantalla.

– La perra. Estaremos con ella tres días, necesitará un nombre.

Silencio a mi derecha.

– ¿Interestatal? - propongo riendo sola. - Fue ahí donde la encontramos...

El castaño me fusila con la mirada y luego regresa a su pantalla. Supongo que eso es un no.

– ¿Corazón? Porque necesita mucho, mucho amor - digo con ironía.

Mi copiloto ignora totalmente mis sarcasmos.

– ¡Ya sé! - exclamo. - ¡Chevy! ¡En homenaje al auto que la recogió de la orilla de la carretera!

Después de algunos segundos (interminables) de silencio, Dante se decide a responder por fin. Con una sola palabra:

– Bacalao.
– ¡¿Perdón?!
– Bacalao - sonríe mirando el camino. - Me parece algo evidente.

Sí, bueno, cuando uno lo piensa, este perro huele antes de que uno lo vea…

***

El Bloom Motel está francamente perdido en medio de la nada, pero parece limpio y tiene un restaurante abierto las veinticuatro horas. No necesitaba más para convencerme de pasar ahí la noche. Dante, Bacalao y las croquetas entran a su habitación y yo a la mía. Me preparo un baño mientras examino el menú y luego me introduzco en el agua espumosa, con mi teléfono en la mano.

Por más que sea ermitaña y no tenga amigos, extraño a Alicia. A veces.

[¿Cómo está mi ficus? ¿Y mi inquilina?]

[Probablemente mejor que tú. ¿Todavía no te han asesinado salvajemente en la carretera?]

[No. O si no sería mi fantasma el que te habla.]

[«Uuuuuh».]

[Eres un pésimo fantasma, Ali.]

[¡Retira lo que acabas de decir o no encontrarás vivo a tu ficus!]

[OK lo retiro. Y ahora tengo un perro.
Bueno, durante los próximos tres días.]

Le envío una foto de Bacalao. Una en la que no se ve tanto su delgadez, pero sí mucho sus colmillos.

[¿Él es Dante? Tiene bonitos dientes...]

Río sola, luego le envío la única foto que tengo del castaño apuesto.

[No, es él.]

[Seguro. Y yo soy Ellen DeGeneres.]

[No, YO soy Ellen DeGeneres.
Esa mujer es un genio. Pero estamos desvariando.]

[Y efectivamente es Dante el de la foto. Mi copiloto.
Lo juro por mi ficus.]

[¿En serio?]

[En serio.]

[¿Y cómo logras concentrarte en el camino?]

[Es un desafío a cada minuto.
A veces estoy a punto de morir.]

[Solveig, cuídate.]

[Sí mamá.]

[Y envíame al menos una foto de él cada día.
El bienestar de tu ficus depende de ello...]

Río, lanzo mi teléfono sobre el mosaico y deslizo hasta que el agua me cubre la cabeza. Qué delicioso es.

Solo tengo tiempo de lavarme el cabello, dejar la bañera y secarme (con el rasposo tapete de baño que utilicé como toalla) antes que los golpes resuenen en mi puerta. En ropa interior, cubierta con mi alfombra diminuta, entreabro y me encuentro frente a un Dante recién bañado, cambiado y rasurado. Jamás había visto su rostro al desnudo. Creo que es todavía más bello, aun cuando me encanta el aspecto rudo que le da su barba de algunos días. De hecho, soy incapaz de elegir. Entonces me concentro en el resto del espectáculo: un pantalón obscuro ceñido al cuerpo y una camiseta clara con cuello en V que deja ver un poco de su piel bronceada. Sobre su brazo, el fénix está más obscuro, más vivo y más sexy que nunca.

Siento punzadas en todo el cuerpo.

– Iré al restaurante - dice con su voz ronca, escapando de mi mirada. - ¿Quieres algo?
– ¿Y Bacalao?
– Profundamente dormida.
– Dame tres minutos, ¡te acompaño!
– Dos.

La sonrisa que marca sus labios carnosos está hecha para provocarme, estoy segura. Con los ojos ligeramente entrecerrados, espera a que responda verbalmente. No hago nada, pero sin cerrar la puerta, dejo caer mi «toalla», tomo mi pantalón junto con la primera blusa que encuentre y me visto frente a su mirada sorprendida. No veo por qué yo deba ser la única que lo devora con los ojos. Un par de sandalias más tarde, cierro la puerta detrás de mí, rozándolo de paso.

– Uno - murmuro, sintiéndolo estremecer.

Una vez que llegamos al lugar, observamos la gran habitación casi vacía. Me acerco al mostrador y estudio distraídamente la carta. La tensión producida por mi pequeño *show* todavía no ha desaparecido y Dante no se me acerca a menos de tres metros.

El salvaje está de regreso...

Finalmente, decide ordenar un hot dog, frituras y una gaseosa. Yo opto por una ensalada y una malteada de Oreo. Detrás de su mostrador, el hombre con gorra nos dice que vayamos a sentarnos mientras está listo. Mi castaño tenebroso no se hace del rogar y se acomoda cerca del acuario que decora la pared del fondo.

– Nunca he comprendido por qué la gente tiene peces - declaro acompañándolo. - No hay ninguna interacción. Ningún contacto.

Nada.

– A ti que tanto te gusta el contacto con los animales... - se burla.

– ¿Ahora también te has convertido en un ferviente defensor de los peces rojos en vías de extinción?

– Es cruel verlos ahí encerrados - comenta observándolos. - Y a la vez cautivante.

– Te arrepientes de haber olvidado tu cámara en tu habitación, ¿cierto?

– Me conoces demasiado bien... - gruñe.

El mesero nos trae nuestra orden y yo me lanzo sobre mi malteada.

– Creo que podemos considerarlo una adicción - comenta el castaño.

– ¿Mi amor por el azúcar? - agrego riendo.

– A estas alturas, ya no es amor...

Él muerde una fritura mirándome fijamente, juguetón. No me dejo desestabilizar y continúo tomando mi bebida con una pajilla. Este gesto es lo suficientemente explícito.

– ¿Y tú, cuál es tu adicción? - le pregunto.

– La fotografía.

– No, eso es una profesión.

– Solamente la mitad.

– ¿Cómo?

– Tengo dos trabajos. Fotógrafo y director adjunto de la empresa familiar.

– ¿Cuál empresa?

– Si te lo digo, sabrás quién es mi padre.

Silencio. Me sumerjo en sus ojos negros y él no se mueve ni un centímetro.

– Dante, ¿quién es tu padre?

Él parece dudar por un instante, casi listo para confesar, pero sus ojos se cierran, sus pestañas se juntan y su voz se endurece de nuevo:

– No necesitas saberlo.

Su inmenso cuerpo se levanta con una gracia sorprendente, me hace una señal con la cabeza y se va llevándose su hot dog.

– Hasta mañana, Tutu - me dice antes de salir de mi campo de visión.

***

Doce horas (de las cuales pasé casi seis dormida) más tarde, me desperté asustada por los ladridos estruendosos de un perro. Totalmente entorpecida, me tardo demasiado tiempo en comprender que se trata de Bacalao. Y que esta se encuentra justo detrás de la puerta que comunica ambas habitaciones (cerrada con doble seguro anoche).

Molesta por todo el alboroto, salgo de la cama, me arrastro hasta la puerta y la abro. Al parecer, Dante hizo lo mismo hace poco, ya que la puerta se abre como por arte de magia (o más bien, bajo los golpes de las patas, del yeso y de las nalgas del perro histérico).

– ¡Ah! ¡Bacalao! ¡Acuéstate! - exclamo con una voz adormecida.

Fracaso. La bestia agita la cola con todas sus fuerzas y me salta encima para alcanzar mi rostro, el cual lame con gusto. Alertado por mis gritos, Dante viene a rescatarme y atrapa al perro del collar. Sus ojos bajan enseguida hacia mi cuerpo... y me doy cuenta de que sigo mostrando una falta evidente e irrefutable de pudor.

Camiseta corta y shorty.

Rosa, el shorty…

Minúscula, la camiseta...

– Nos vamos en una hora - le digo antes de cerrar la puerta... en las narices tanto del perro como del hombre fénix.

Sus ojos. Su intensidad. Su negrura. Jamás me acostumbraré a ellos.

***

Algo cambió desde ayer. Algo crucial. Casi vital. Ya no huele a bacalao ni a sanitario en el auto. Me doy cuenta hasta después de haber conducido algunos kilómetros.

– ¿Soy yo o huele a durazno? - exclamo.

Me volteo hacia Dante, ninguna reacción fuera de alzar los

hombros. Mi mirada regresa al camino, pero el olor afrutado me llena de nuevo la nariz. Vistazo hacia el asiento trasero. Bingo.

– ¿Y soy yo, o Bacalao tiene el pelo brillante? - continúo, con una sonrisa retorcida.
– Probablemente seas tú... - gruñe mi pasajero.
– ¿En verdad? ¿Fue el Espíritu Santo quien bañó al perro? ¿Quien lo lavó con un shampoo que huele a durazno?

El tatuado suspira pero no responde. Como si eso bastara para hacerme callar...

– ¡Es muy lindo! - agrego con una voz irritante. - El rebelde sin causa que lava a su perrito...
– Ya entendí, está bien - murmura.
– ¿También le tejiste un abriguito?
– Que ya basta.
– ¿Y le limaste las uñas?
– Solveig…

Entre más amenazante se vuelve su voz, más ganas tengo de seguirlo molestando.

– ¿Le limpiaste bien las orejas?
– ¿Te quieres callar?

Río, el cruza los brazo para señalarme que la conversación ha terminado. Guardo silencio durante algunos segundos, para dejarlo descansar un poco. Pero solo por algunos segundos.

– ¿Y le lavaste los dientes?
– ¡Mierda, Solveig!

3. Vida de perros

Cuarto día de este *road trip* insensato, desordenado, sin pies ni cabeza. Siento como si fuera desde hace meses que me crucé en el camino del hombre fénix. Y que respiro el aliento venenoso de ese perro.

– El pelo fue un buen comienzo - digo, cubriéndome la nariz. - Pero hablo en serio sobre los dientes. ¿En verdad no podías hacer nada?

– Nada. Aparte de ignorarlo. Si no piensas en eso, terminarás por olvidarlo.

Mi *dark stranger* no tiene muchas ganas de conversar. Él baja un poco más el vidrio y respira el aire exterior. Admiro por un instante su perfil sin barba. Sus rasgos perfectos. Su piel ambarina que parece tan suave.

– Ignorarlo... Ignorarlo...

Pero ya no sé qué es lo que debo de *ignorar* exactamente: si a mi copiloto obscuro y sexy o a la bola apestosa en el asiento trasero. Decido concentrarme en el perro. O más bien, acostumbrarme a su «dulce aroma». Pero entre más lo intento, más siento que el animal (dormido y totalmente inerte) apesta y me llena de su olor.

De pronto, tengo una idea genial.

Freno, me acomodo en el acotamiento del camino después de mirar al retrovisor y me inclino hacia Dante para hurgar en la guantera.

– Espacio personal - lo escucho gruñir cuando apenas si lo toco.

– ¡Qué encantador compañero de viaje eres! - comento sonriendo falsamente antes de voltearme hacia Bacalao.

En mi mano, un puñado de dulces de menta.

– El azúcar es mala para los perros - me detiene mi copiloto tomando suavemente mi puño. - Y la menta también.

– La peste es mala para los humanos normales - refunfuño intentando recuperar mi brazo.

No me suelta y me observa con su mirada intensa.

– ¿No soy un humano normal? - lanza alzando una ceja.

– Parece ser que no... - murmuro.

– Solveig… - dice con una sonrisa disimulada.

– ¿Qué?

– Pero eso ya lo pudiste verificar - murmura. - De la cabeza a los pies.

Esta vez, no me dejo. Le arranco mi puño gruñendo, lanzo las mentas por la ventana y hago rechinar las llantas arrancando.

– Ya no íbamos a hablar de *eso* - le recuerdo con una voz ácida.

– OK. Ya no podemos hablar de nada entonces. Me parece bien.

El tenebroso toma su cámara, aprieta un botón y comienza a tomar fotos. Durante unos treinta minutos, ya no lo escucho. Sola con mi espíritu, enciendo la radio, cambio las estaciones hasta encontrar una canción agradable y me concentro en el camino canturreando. Cuando Michael Jackson comienza a cantar, subo el volumen. Y canto con más fuerza.

– «Billie Jean is not my lover ! She's just a girl who claims that I am the one, but the kid is not my… »

De pronto, Bacalao se despierta asustada sobre el asiento trasero y comienza a vocalizar también. Sorprendida (por no decir aterrada), muevo bruscamente el volante y estoy a punto de chocar. Dante reacciona, endereza el volante por mí y le silba al perro para callarlo.

– ¡Mierda, nos ibas a matar a todos con tus tonterías! - exclama cuando retomo el control del vehículo. - Nadie más va a cantar, ¿entendido?

Me observa, como si me estuviera acusando de algo, y luego voltea a hacer lo mismo con el perro. Como si un animal pudiera comprender algo. Bueno, ella se acuesta como si estuviera apenada. Y chilla algo que pareciera ser un «lo siento».

Este road trip me está transformando en una visionaria...

Pongo las noticias, es lo más prudente. Aprieto varios botones porque siento que prendí la calefacción. Es eso, o el hecho de que Dante acaba de tomarse media botella de agua... y me sorprendí a mí misma envidiando a la botella.

Un letrero nos indica que Chicago se encuentra ahora a trescientos kilómetros. Podemos recorrerlos en un día, si la *bestia* coopera con nosotros. Finalmente encontré la forma de ignorar los olores que emanan de nuestro pasajero canino: dulces de menta. En *mi* boca.

Un ruido familiar me hace desviar la mirada del camino, solo por un instante. Dante acaba de fotografiarme. Luego se voltea hacia Bacalao y hace lo mismo. Tal vez la pregunta sea torpe, casi brusca, pero esta sale de mis labios:

– ¿Por qué te gusta fotografiar banalidades?

Voltea hacia mí y marca una pausa antes de responder:

– ¿Con «banalidades» te refieres a ella o a ti?
– No lo sé - respondo con una sonrisa alzando los hombros. - Ambas. Los paisajes siempre son los mismos. Asfalto y hierba seca. ¿No preferirías tomar fotos de súper modelos, obras de arte o lugares hermosos? Cosas que sí tengan valor...

El hombre tatuado se pone la mano sobre la barba desaparecida y responde con una voz grave y viril:

– Capturo todo, Tutu.
– ¿Cómo?
– Personas importantes, objetos excepcionales, chicas perdidas, perros abandonados, paisajes fuera de lo común... Todo atrae mi atención. Lo bello y lo no tan bello.
– Yo no estoy perdida - me escucho resoplar.

Una sonrisa tensa, casi triste, atraviesa sus labios y luego se voltea de nuevo hacia su ventanilla.

– La «banalidad», como tú la llamas, debe ser captada en el momento exacto, ser dominada para convertirla en arte - concluye.

No respondo nada. Me encierro en mi silencio, pensando en lo que dijo de mí. «Perdida». Eso me lastima. ¿En verdad me ve así? Después de algunos kilómetros, mi perturbación parece más evidente, ya que mi copiloto intenta obligarme a hablar por primera vez.

– Tutu…
– No me llames así, lo odio.
– Mentirosa - sonríe con insolencia.

Me muerdo las mejillas para ignorarlo, hago todo lo posible para no responder, pero es más fuerte que yo. Tengo que entrar en su maldito juego...

– ¿Y tú qué sabes? - gruño. - ¡No me conoces! ¡No sabes nada de mí! Aparte de que estoy *perdida*…
– ¡No estaba hablando de ti, Sol!
– Seguro...
– ¡Qué testaruda eres! - gruñe.
– ¡¿Entonces de quién hablabas?!
– ¿Ojos de panda te dice algo?
– Hell… - murmuro, repentinamente avergonzada.
– Hell - confirma.

No necesito disculparme, aclarar que él tenía razón y que yo me equivocaba. A Dante no le importa nada de eso. Me lanza un dulce, intercambiamos una sonrisa y el debate se termina.

Eso me gusta en él. Es un buen ganador. Pocas personas poseen esa cualidad. Y ese cuerpo de dios grie...

¡Estás desvariando, Tutu!

Nos detenemos cien kilómetros más adelante, para que Bacalao pueda estirar sus tres patas, vaciar la vejiga y atiborrarse de croquetas. Es hora de la comida, así que aprovecho para abastecerme de azúcar (y tomo un café negro con un paquete de frituras para mi copiloto).

Al verme salir de la tienda, el perro se abalanza sobre mí como si lo hubiera dejado durante dos semanas y me tira todo el café sobre la camiseta blanca. Grito, más de sorpresa que de dolor, pero grito. En dos o tres movimientos, Dante está sobre mí, alejando al perro, retirándome la camiseta y rodeándome con sus brazos para proteger mi semi desnudez.

Tengo que revisar... Listo. Sí me puse un sostén, gracias a Dios.

– Entra al auto, Solveig - me resopla la autoritaria voz abriendo la portezuela. - Iré a buscar tu bolso.
«Solveig». Siento que solo me llama así cuando la situación es grave. Y que realmente se preocupa por mí. Intento ignorar las mariposas que revolotean en mi vientre. Escucho el cofre abrirse y

luego azotarse. El castaño deja el bolso a mi lado, sobre el asiento trasero y me dice:

– Puedes cambiarte, yo te cubro.

De espaldas a mí, le ordena a Bacalao que se ponga «alerta» y vigile los alrededores. Con una sonrisa ingenua en los labios, me quito el short y me pongo la primera prenda que encuentro. Un vestido verde pálido, corto y ligero, perfecto para el calor que hace en el auto.

Cuando salgo del Chevy, Dante me inspecciona de los pies a la cabeza con una sonrisa en los labios.

– Bien jugado Bacalao - bromea, hablándole al perro. - Valió la pena...

Siento que esta frase se le escapa. Río para que no se arrepienta, para demostrarle que sigo teniendo un sentido del humor a pesar de todo. Divertida por su mirada lujuriosa sobre mí, llego a darle una pequeña palmada en la nuca, pero él detiene mi gesto lanzándome una mirada sombría... y aterrorizante.

– Nada de violencia. Nunca.

Nunca lo había visto, escuchado o sentido tan intenso. Completamente desorientada, recupero mi mano disculpándome como niña chiquita y me acomodo detrás del volante. Escucho el cofre azotarse de nuevo (mi bolso regresó a su lugar) y al perro subir al asiento trasero. Acto seguido, mi copiloto se sienta en la parte delantera y me hace una señal con la cabeza para indicarme que puedo arrancar.

Recorremos los siguientes cien kilómetros en un silencio absoluto. Cuando una gota de sudor se desliza por mi sien y el vestido se me pega al cuerpo, trituro de nuevo esos malditos botones.

– Maldita calefacción - suspiro. - Afuera hace veinticinco grados, eso es lo último que necesitamos...

– Tendremos que detenernos.

Esa voz. Solamente llevo una hora sin escucharla, y sin embargo resuena en mí como si la escuchara por primera vez.

– No, podemos llegar a Chicago - respondo recobrando el ánimo.

– Hace cuarenta grados, Sol. Es vital que un mecánico haga algo antes que todos muramos de deshidratación.

– Pero me va a salir demasiado caro... - gimo pensando en mi

preciado sobre que adelgaza a una velocidad inusitada.

Dejo la Interestatal 90 en la salida siguiente y entro en un pueblo perdido llamado New Carlisle. Paso un estadio de football americano (que es una religión por aquí), un fast-food y encuentro un pequeño taller que no se ve muy bien. Sin más opción, me estaciono enfrente y contemplo la fachada grisácea donde cuelgan algunas letras mal colocadas.

– Dylan Motors - descifro.

Estoy... escéptica. Muero de calor, pero todavía no lo suficiente como para dejar mi posesión más preciada en manos de cualquiera.

Pero no soy la única en el auto. Bacalao jadea tanto que su lengua cuelga como un trozo de carne vencida. Su respiración agitada parece imitar el ruido de una vieja motoneta intentando arrancar. En cuanto a Dante... no dice nada. El señor Lunático sufre en silencio, pasándose regularmente el antebrazo tatuado por la frente y sacando la cabeza por la ventanilla.

– Chevy, vas a tener que ser valiente... - suspiro dando un golpecillo sobre el volante.

Mi vecino es el primero en salir del auto, tronando su gran esqueleto y sobándose la espalda antes de llegar hasta el taller. Un hombrecillo barrigón lo ve, camina hasta él y le estrecha la mano después de secarse el sudor con una tela negra. Ambos hombres hablan durante algunos minutos, los veo mirando a mi «Preciosa» y se ponen de acuerdo.

No dejo de mirar a Dante cuando regresa hacia el auto caminando con indolencia, una mano en el bolsillo y otra sobre la nuca (probablemente tensa por los kilómetros recorridos).

– El jefe está de acuerdo en ocuparse del auto - me informa inclinándose por la ventanilla abierta, con ambas manos sobre el techo del auto. - Al parecer, uno de sus chicos conoce bien este modelo, así que no debería tardar mucho.

– ¿Hablaron de dinero? - pregunto obligándome a ver algo que no sean sus bíceps tensos.

– No te preocupes por eso.

– Dante, es mi auto. Yo debo pagar su reparación. No pienso negociar eso.

Salgo del auto, le abro a Bacalao que ya está chillando de miedo

de que la dejemos y le lleno una gran bandeja de agua. Cuando me enderezo, me cruzo con la mirada tenebrosa que se desvía inmediatamente. Y me doy cuenta de que cuando me agacho el vestido se me sube mucho. Demasiado.

– Iré a visitar el deshuesadero, para tomar algunas fotos - me anuncia Dante aclarándose la garganta. - No estaré muy lejos si me necesitas..

– ¿Una carcasa de auto te parece algo bello? ¿Aluminio comprimido? ¿Neumáticos viejos?

– Todo es bello, Sol. Solo tienes que aprender a mirarlo.

Después de esto, mi compañero de ruta me abandona y me deja a solas con un perro necesitado de cariño. Genial. Llevo a la bestia a un pequeño cuadrado de césped en la sombra y me siento con ella. Es demasiada felicidad de golpe para Bacalao, quien lo toma como una invitación y se acuesta sobre mí, intentando meterse entre mis piernas cruzadas.

Las garras de perro sobre la piel desnuda duelen.

– Qué bella imagen - me asusta de pronto una voz nasal.

Empujo al perro, me levanto jalándome el vestido y voy hacia el hombre que está trabajando en mi Chevy.

– La calefacción se encendió sola - explico brevemente. - ¿Puede apagarla?

– Mi nombre es Hank. Y no hay nada que no pueda hacer, linda.

El hombre de unos cuarenta años no me inspira confianza. Es muy alto, muy delgado, tiene la piel demasiado pálida, el cabello muy escaso y grasoso, y los ojos enrojecidos. Sobre su antebrazo noto una gran cicatriz, como una antigua marca de un cuchillazo que intentó detener. Secándose las palmas sobre su delantal blanco asqueroso, me sonríe extrañamente. Sus ojos pasan de los míos a... mi boca... mi pecho... mis piernas desnudas. Poco le falta para pedirme que me voltee para inspeccionar mi trasero.

– ¿Está recorriendo el camino sola? Eso no es muy prudente... - me sonríe poniéndome incómoda.

– El auto. Eso es lo único que debe preocuparle.

Mi tono firme y definitivo parece sorprenderle.

– Voy a tener que arreglar algo directamente en el aire

acondicionado - dice rascándose la cabeza. - Con eso debería bastar.

– ¿Piensa «arreglar» o «repararlo»?

– ¿Reparar? - se burla. - Linda, tu auto ya está en las últimas. Con ese modelo, de plano habría que cambiar todo el equipo de calefacción. Y no es nada fácil conseguir uno nuevo...

Dirigiéndose a mí, observa mis senos y después mis muslos. ¿Quién dice que un hombre no es capaz de hacer dos cosas a la vez? Entre más lo hace, más me enfurece la mirada lúbrica del tipo. Echo un vistazo hacia la caja pero no veo a Dante en ninguna parte.

– Mi nombre no es «linda» - termino por refunfuñar. - Y haga lo necesario, pero hágalo rápido.

– Me vas a tener que hablar de otro modo más amable si quieres que te ayude...

– Le estoy pagando, eso debería bastar - respondo con una voz cortante.

Doy un paso hacia atrás para alejarme del hombre que cada vez me parece más amenazante, pero este tiene el brazo muy largo y logra detenerme tomándome del mío. De pronto, un gruñido sordo y poderoso me asusta antes de que tenga tiempo de gritar. Bacalao acaba de interponerse entre nosotros con una mirada loca, el pelo erizado y todos los colmillos fuera. A pesar de su yeso, el animal da miedo. Y el mecánico me suelta.

– ¡Hay que mandar a dormir a ese animal! - silba el tipo asqueroso retrocediendo. - Mira que con mis herramientas podría enseñarle quién es el que manda aquí...

Una rabia ensordecedora y ciega crece en mí ante la idea de que la toque o la hiera. Entonces me echo hacia adelante, le lanzo un enorme rodillazo a la entrepierna y corro hacia el auto junto con Bacalao. El hombre está doblado en dos, me insulta, me promete que «me matará a mí también». Le muestro mi usual dedo medio y arranco en reversa, tocando el claxon como loca para alertar a mi copiloto.

Nunca había visto a Dante correr tan rápido. Su ceño fruncirse tanto. Abro su portezuela de inmediato, él salta al auto y grita:

– ¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Fue ese hombre? ¿Te tocó? ¡Mierda, lo voy a matar!

Presa de una risa loca (seguramente la adrenalina), acelero a fondo para no darle tiempo de bajar y saldar las cuentas con Hank y el único testículo que le queda.

– Solveig, ¿me puedes explicar qué fue lo que pasó?

– Solo tendremos que encontrar otro taller, Dante. Todo está bien…

– ¿Segura?

– Segura.

De alguna forma, estoy orgullosa. Orgullosa de no haber necesitado a un hombre para que me sacara del apuro. Mirando a Bacalao en el retrovisor, le lanzo un guiño y le prometo en mi mente que jamás volveré a criticar su aliento, su pelo hirsuto o sus chillidos intempestivos.

Dante tenía razón. Me estoy encariñando…

Maldita vida.

***

– Bueno, Chicago ya será mañana - suspiro acariciando la cabeza del perro. - Ganaste una noche más con nosotros, Bacalao.

Nos detenemos en el pueblo siguiente para arreglar el problema de la calefacción. Pero no tendremos el Chevy de vuelta antes del día siguiente. Era eso o morir de calor.

– Eres afortunada de que un verdadero mecánico haya aceptado reparar tu carcacha - dice Dante dejando su vaso de soda.

– Sí… Y sin dejarme en la ruina - sonrío aliviada.

– Ya te dije que…

– Y ya te respondí que no - lo interrumpo.

La mesera del restaurante nos trae nuestra comida. Spaghetti para el italiano y pollo rostizado para mí. Y para el perro, a quien alimento directamente en el hocico.

– ¿Ya me vas a contar lo que sucedió? - se burla el castaño con el fénix.

– Esta perra debería llamarse *SuperBacalao*.

La bestia se traga un gran pedazo de pollo y luego me lanza una mirada suplicante para obtener otro. Dante nos observa detrás de sus largas pestañas, de su mirada tierna e intensa a la vez.

– No me dirás nada, ¿cierto? - adivina.

– No.
– ¿Entre más insista, menos sabré? - murmura.
– Afirmativo.
– ¿Intentas demostrarme que las personas que intentan ser misteriosas son patéticas?
– Exactamente.
– ¿Entonces reconoces que eres patética? - sonríe el insolente.
– Sí. Pero solo porque es necesario.

Ríe suavemente y ataca su pasta sin dejar de mirarme. No revelo nada, juego a la indiferente, pero casi hasta me da mareo. Y me doy cuenta de lo mucho que me gusta que me mire, que intente comprenderme, descifrarme, conocerme.

Peligro...

– El hombre se puso pesado. Muy pesado. Intentó sobrepasarse como un animal. Te asustaste, el perro lo sintió y te protegió.

Acaba de lanzar esta frase como si fuera la evidencia misma.

– ¿Acerté? - insiste.
– Me enojas.

Dante suelta una pequeña risa ronca, contagiosa y luego cambia de parecer. Nuevamente sombrío, empuja su plato y gruñe:

– Mierda, debí haberle roto los dientes a ese bastardo...

«Nada de violencia». Al parecer eso solo aplica para mí...

4. El arabesco

Chicago. La ciudad donde crecí antes de exiliarme en la academia de ballet. La ciudad donde enterré a mis padres. La ciudad de la que huí a los 18 años. La ciudad a la cual no puedo evitar regresar, a pesar de que ya nada me ata a ella. Chicago es mi hogar, buenos y malos recuerdos. Mi corazón siempre se estruja cuando vengo. Y me alegra poder pasar dos días aquí, libre para divagar y poder meditar sola, o casi. Sin tener que conducir. Sin tener que preguntarme qué es lo que me espera al otro lado de este *road trip*. Y lo que estoy haciendo aquí, con Dante a mi lado.

– Aquí es donde se separan nuestros caminos - le digo solemnemente deteniendo el Chevy.

– ¿Qué? - me pregunta dulcemente el castaño a mi derecha, frunciendo el ceño.

– Creo que ambos necesitamos un descanso... - insisto con un tono serio.

– No entiendo... - murmura frotándose la barba que apenas comienza a crecer de nuevo.

– ¡Estoy bromeando! - suelto con una carcajada. - Adoro las frases hechas.

– Ah. Y yo adoro tus bromas - gruñe de regreso.

– Bueno, toma a tu Bacalao y tu mal humor, y váyanse de aquí, ¡tengo cosas divertidas que hacer!

– ¡Con gusto! - gruñe de nuevo mi copiloto tomando su cámara y su maleta de la cajuela.

– Dante - agrego, tomando su antebrazo para retenerlo. - Dos días pueden ser muy largos o muy cortos... Pero no tienes que quebrarte la cabeza, nos volveremos a ver, ¿sabes?

Mi boca continúa bromeando pero mi mano puesta sobre su piel cálida y tatuada siente cosas que no son nada divertidas. Él la mira y yo la retiro.

– No estoy seguro de regresar - murmura para seguirme el juego.

– Suspenso… - digo con un aire misterioso.

– ¿Necesitas un hotel o no?

– No, esta es mi casa. Dormiré con una amiga.

– OK - responde sobriamente (aun cuando siento que está un poco decepcionado).

– ¿Y tú?

– No te preocupes por eso. Yo también tengo gente que visitar.

– Súper - concluyo con una voz jovial.

¿Una mujer?

Sí, sin duda una mujer. Seguramente ese es su punto en contra. Los hombres como Dante siempre tienen una «amiga» que los espera en cada ciudad donde algún día se quedaron. Una chica que pone su vida en pausa cada que él les hace esa famosa llamada. «Estoy por aquí, ¿nos podemos ver?». Una chica que corre a la ducha para rasurarse las piernas, que cambia las sábanas solo para él y que hace como si lo recibiera indolentemente, con un lápiz en el pelo falsamente despeinado, como diciendo «no te esperaba». Ya he sido esa chica antes. Y no puedo evitar odiar un poco a esa chica que recibirá a Dante esta noche.

Bacalao, cuento contigo para ladrar como loca en el mejor momento, lamerle la cara a la chica para que apeste toda la noche y darle un golpe con tu yeso a Dante para que no pueda hacer nada.

– Se divierten - lanzo despreocupada.

Tienen que salir de aquí. Tengo que dejar de pensar en las partes íntimas de ese hombre que es ahora mi compañero de camino. Y nada más. Ese es nuestro trato. Tengo que dejar de tocar su antebrazo. Tiene que dejar de mirarme así. Y de preocuparse por mí y la noche que pasé sin él. Estos «adioses» que se eternizan son perfectamente ridículos. Estos dos días sin él me van a hacer mucho bien.

***

Después de dos horas de recorrer la ciudad sin rumbo fijo, toco el timbre en casa de Phoebe, una amiga de infancia que no he visto desde hace años. Íbamos en la misma escuela. Dejamos Chicago juntas. Hasta llegamos a compartir un pequeño apartamento cuando recién llegamos a Nueva York. Pero nos alejamos un poco cuando ella entró en la universidad de Columbia, mientras que yo preferí ponerme a trabajar para ganarme la vida. Nunca dejamos de escribirnos o

llamarnos dos o tres veces al año. Y no puedo creer que haya regresado a vivir aquí.

La deportista alta me recibe con un abrazo tan brutal como cálido. No ha cambiado nada. Bueno sí, tal vez está un poco más alta y musculosa.

– Phoebe Sloan, ¿cuándo vas a dejar de inflarte?
– Cuando Solveig Stone por fin mida más de un metro sesenta.

Nos abrazamos nuevamente riendo.

– ¡Entra! Ese color de cabello te queda muy bien.
– Basta, estoy segura de que lo odias.
– No - se defiende. - Es muy... rubio.
– Se llama «platino». ¡Veo que tú sigues pensando lo mismo sobre tu look y la moda! - me burlo.

Phoebe lleva puesto un pantalón blanco brillante y una sudadera vino con los colores de la universidad de Chicago. Sobre su vientre se dibuja un fénix blanco con las alas desplegadas, el cual me quedo observando fijamente.

El karma no deja de enviarme señales todo el tiempo.

– Por supuesto - confirma la deportista. - Hasta estoy pensando en tatuarme a Phil el Fénix en el muslo. Es la mascota de la facultad.
– ¿Ah sí? Creo que deberías pensarlo un poco mejor...

Y yo debería dejar de pensar en cierto fénix negro sobre una piel ambarina...

La mirada benevolente de mi amiga me ayuda a regresar a la tierra. Le repito lo mucho que me alegra volver a verla, ella me dice lo mismo y reímos como niñas pequeñas. Luego me invita a pasar a su sala repleta de trofeos, me explica modestamente que no todos son recientes, me siento sobre un cómodo sillón y la escucho contarme sus últimos logros deportivos. Phoebe es divertida. Simple. Franca y leal. Me hace mucho bien.

– Entonces, ¿por qué dejaste Nueva York, Phoebs? - le pregunto finalmente. - Nunca lo entendí, creí que te gustaba mucho.
– Oh, pedí que me transfirieran a la universidad de Chicago hace dos años. El equipo de natación es mejor aquí... Y hay menos problemas que en Columbia.
– ¿Problemas? ¿Muy graves?

– Más o menos... Estudiantes acostándose con profesores, novias siendo infieles o deseando a los chicos de otras, destrozándose, traicionándose... No es muy mi estilo. Estaba atrapada en medio de todo eso, así que preferí alejarme.

– No entiendo cómo puedes seguir estudiando. Ya tenemos 25 años, ¿no estás harta?

– ¿Bromeas? Tengo una beca, me pagan por nadar y remar más rápido que los demás - anuncia orgullosamente la rubia inflando un bíceps.

– Ah, sí es cierto, el remo en el lago Michigan durante la madrugada toda la temporada... ¿Entonces sigues igual de masoquista?

– No hay por qué cambiar de equipo si gana - bromea besando su sudadera con los colores de la ciudad.

Y el fénix me salta nuevamente a la vista...

Pensar. En. Otra. Cosa.

– ¿Y todavía no hay lugar para un hombre entre tu sudadera y tus brazos musculosos? - pregunto.

– ¡Curiosa! ¡Haces demasiadas preguntas pero no me cuentas nada! - gruñe Phoebe.

Y eso también me hace pensar en alguien.

Pensar. En. Otra. Cosa. Con. Más. Fuerza.

– Es porque no hay mucho que contar - la eludo. - ¿Entonces?

– Él rema más rápido que yo. Es bombero. Mi padre lo adora. Y no le importa en lo absoluto que compartamos el mismo guardarropa. Creo que es el indicado - me confiesa sonrojándose.

– ¡¿En serio?! ¡Estoy tan contenta por ti, Phoebs!

– Sí. Tendré que presentártelo. Se llama Dan.

Dan... Dante...

¡No sé cómo evitarlo! ¡Aun cuando no pienso en él, su imagen regresa a mi mente!

– ¿Todo bien, Sol?

– Sí, estoy en la luna, perdón.

– Lo siento... ¿Estabas pensando en tu esposo?

– No, no, para nada. Bueno, sí. Es complicado.

– Nunca me quisiste contar lo que sucedió... Aparte del accidente de auto.

– ¡No vamos a arruinar este bello rencuentro! - le sonrío con tristeza.

Mi amiga de infancia me confiesa que encontró al «indicado». El hombre de su vida. Y no es en Preston que pienso. De repente, me odio terriblemente a mí misma por no haber pensado en él. Y odio todavía más al otro castaño tenebroso por haber tomado su lugar, en mi auto, en mi mente, en mi vida. Aun cuando sale de esta.

Dos días sin él. Es todo lo que necesito para aclarar mis ideas.

– Debes estar agotada después de ese viaje tan largo - retoma Phoebe con una mueca de tristeza. - ¿Quieres una cerveza? ¿Un café?

– Seguro.

– ¿Un boleto de avión a Seattle? - propone de paso.

– No necesito dinero, Phoebs - miento a medias.

– No me baño en oro, pero sabes que puedes pedirme si lo necesitas - agrega de todas formas.

– No es por eso que vine a verte. Estoy contenta de haber hecho una pausa en mi *road trip* y haber aterrizado aquí. Puedo contar a mis amigos con una sola mano, y de por sí ya te agradezco mucho que me hayas hospedado.

– ¡Ya verás que tengo el mejor sofá-cama de la ciudad! - me anuncia con una palmada en el hombro que me mueve toda. - ¡Y Dan hace unas hamburguesas que te van a encantar!

– Genial. ¿Y también hace férulas? Porque creo que me acabas de romper la clavícula.

Férula... Bacalao... Dante...

¡Ya deja de asociar ideas!

– De hecho, queríamos ir a ver una exposición mañana. Se llama «Cuerpos de mujeres» o algo así. ¡Son fotos de deportistas en plena acción, se ve interesante! ¿Quieres venir con nosotros?

– ¿Por qué no? Ignoraba que a Phoebe Sloan le interesaran las actividades culturales - me burlo gentilmente.

– ¡Oye, debajo de toda esta masa muscular tengo una sensibilidad artística! Bromeo. Es solo porque las chicas del cuartel de Dan fueron fotografiadas para la exposición. Los bomberos solo van para verlas. Lo acompaño para vigilar que no babee demasiado por sus colegas femeninas.

– ¡Así que enamorada *y* celosa!

– Sí, creo que me estoy convirtiendo en toda una chica normal. ¡Detenme cuando veas que empiezo a pintarme las uñas de los pies!

– Claro.

Seguimos riendo como adolescentes y contándonos nuestras vidas de adultas durante casi toda la tarde. Con ayuda de la cerveza, hablo un poco de la muerte brutal de Preston, mis dos años de soledad, el juicio, mis suegros que me quitaron la pensión y mi futuro más que incierto. Omito toda la parte del auto compartido, coqueteo, copiloto sexy y pequeño error en un motel de Ohio. Adorno demasiado mis encuentros en el camino, a la chica que acompañé hasta su casa, sola, esa perra que salvé de la agonía, aun cuando me destrozara el olfato, de nuevo sola. No sé por qué me encuentro mintiéndole a una de mis amigas más antiguas. Ignoro por qué me empeño tanto en meterme en la piel de esa chica con nombre ridículo, Solveig SiempreSola Stone.

Tal vez para extrañarlo un poco menos.

Me levanto para deambular por el apartamento de Phoebe y cambiar de ideas. Medallas y copas bien alineadas a lo alto de una repisa. Decenas de pares de tenis cuidadosamente acomodados en sus cajas, sin tapa. Colección de gorras colgadas de clavos, en la entrada. Fotos enmarcadas sobre una pequeña consola.

– ¿Es Dan? - pregunto agitando la foto de un rubio alto rodeando con su brazo los hombros de nadadora de Phoebe.

– Me veo tonta, ¿no?

– No, solo enamorada - rectifico sonriendo. - ¡Su casco de bombero te queda de maravilla!

– ¡OK, voy a tirar esa estúpida foto!

– ¿Y estos quiénes son? - pregunto con un gran esfuerzo mental. - Siento como si los conociera...

Observo a la castaña linda con cabello ondulado sosteniendo a una pequeña niña asiática entre sus brazos. Tiene una pluma tatuada en la muñeca. ¿Por qué me parece conocida?

– Es Thelma - me informa Phoebe. - Una amiga de Nueva York. Ella es la que se acostó con el profesor cuando estaba en Columbia. Solo que terminaron por casarse y adoptar una niña juntos. Afortunadamente, todo salió bien al final para ellos. Hay historias así, nada puede detenerlos... ¡De hecho, soy la madrina de la niña! ¿No te parece hermosa?

– Adorable - asiento, pensativa.

– A Thelma debes conocerla por el nombre de Louise November - continúa. - Escribe novelas. Y él es toda una estrella, Finn McNeil, el escritor. También es presentador en la televisión. ¿No lo ubicas?

Apuesto, con lentes negros...

– Ya sé quién es - la interrumpo.

Y me cuesta un poco de trabajo respirar.

– Lo siento, tengo que ir a entrenar. Estás en tu casa. Y no me esperes para cenar. ¡Hasta la noche, Sol!

Phoebe deja su apartamento corriendo y me encuentro sola en su casa, con la mirada todavía clavada en la foto. No los conozco porque sean famosos. Me encontré a esta pareja en persona, hace dos años en el hospital de Seattle. La noche en que Preston murió. Acusé a ese tipo de haber matado a mi marido. Lo llamé asesino. Intenté golpearlo pero me lo impidió y me tomó entre sus brazos. Luego vi cómo lo arrestaban. Y eso me alivió por un minuto. Pero solamente era su auto, él no estaba conduciendo y no tenía nada que ver con el accidente. Hasta después lo supe.

No los conozco, y sin embargo me han marcado. Recuerdo bien la impresión que tuve esa noche. Mi matrimonio acababa de destrozarse y había entre ellos un amor que era más que evidente. La castaña gritó cuando los policías se llevaron a su marido. Los envidié, porque seguían apoyándose el uno al otro. Y los odié, por el simple hecho de amarse tanto, mientras que yo acababa de perder al hombre de mi vida. Su vida en pareja apenas comenzaba y la mía acababa de terminar en seco.

Una nueva onda de calor me invade. Sin pensarlo más, marco el número de los Camden en mi celular. Necesito hablar con ellos. Que sepan la verdad.

– ¿Russell? Hola, habla Solveig.

– ¿Cómo es que tienes el valor de llamarnos?

– Solamente quería...

– ¡¿No nos has torturado suficiente ya?! - silba mi suegro antes de soltar el aparato.

– ¡¿También me lo quieres matar a él?! - escupe por su parte mi suegra tomando el relevo.

– Patsy, solo quería decirles...

– ¡No quiero escuchar nada de ti! - me interrumpe fríamente.

– ¡Lo amaba! - grito para que me escuche. - ¡Amaba a su hijo, mi marido, Patsy! Era todo lo que tenía. Preston era el amor de mi vida.

La vieja arpía se calla por un instante, como sorprendida. La imito, sin aliento. Paralizada por mi propia confesión. Y retomo, con más

suavidad.

– Jamás haría eso de lo que me acusan. Podría parecerlos demasiado joven para él, no lo suficientemente buena para ustedes, blanda, transparente, interesada o lo que quieran, pero sí que había amor entre nosotros. Era sincera. Y extraño a Preston terriblemente, todos los días desde hace dos años. Sin él ya no tengo nada...

– No voy a desbloquear las cuentas, Solveig - murmura la mujer entre dientes.

– ¡Maldita sea Patsy, estoy hablando de amor, no de dinero!

– Sé muy bien lo que estás haciendo. Y no me dejaré engañar... ¡No tendrás ni un centavo de nosotros!

– ¡Yo también trabajaba! - grito para defenderme. - Me ganaba la vida, a pesar de que él tenía suficiente para los dos. No tenía que hacerlo, Preston me decía que no lo hiciera, ¡pero yo quería trabajar! ¡Ese dinero en nuestras cuentas también es mío! ¡Siempre fui independiente! ¡Desde que tenía 18 años! Jamás he dependido de nadie, ni de mis padres, ni de un hombre. ¡Y no voy a empezar a serlo ahora!

– ¡Entonces arréglatelas sola y deja de llamarnos! - me ordena la voz estridente de Patsy justo antes de colgar.

Lanzo mi teléfono al sofá llena de rabia. Luego corro a buscarlo para verificar que no le haya pasado nada. No es el mejor momento para tener que comprar uno nuevo. Me trago mis lágrimas y me recuesto sobre los cojines, decepcionada. Me acuesto boca abajo y le escribo un mail a mi abogado. Alguien tendrá que ayudarme.

Alguien que no sea Dante.

Me pongo a pensar en el hombre del fénix. En lo que debe estar haciendo. En las personas que debe estar viendo. En los otros aparte de mí que disfrutan en este momento de su voz profunda, sus pequeñas sonrisas escasas, ganadas con esfuerzo, su mirada obscura y preciosa, capaz de embellecer todo lo que pasa frente a sus ojos. Jamás hubiera imaginado que mi copiloto insoportable pudiera hacerme tanta falta. Y que me doliera tanto estar sola.

Decido dejar el apartamento de Phoebe para tomar aire. Divago por las colonias que conozco. Me compro porquerías dulces para comer algo. Paso frente a la escuela donde arrastraba mi aburrimiento y mi mediocridad. Me detengo por un momento frente al patio donde danzaba sola todos los recreos, en lugar de jugar con los demás. Vuelvo a ver aquel banco sobre el cual me sostenía, soñando que era una barra de danza clásica en la cual hacía mis repeticiones hasta el

cansancio. Luego regreso a ver la casa de mi infancia, habitada por otra familia promedio, banal, sin duda igual de ordinaria que la mía. Voy a la tumba de mis padres, para repetirles que no les reprocho nada. Que mi existencia un poco sosa, un poco tibia, seguramente forjó mi carácter de acero de hoy en día. Y que yo también los amé, aunque no lo dijera muy seguido.

Me autorizo a dejar correr algunas lágrimas. Porque a veces, uno tiene el derecho de ser débil.

Una llamada de mi abogado me saca de mi nostalgia y me informa que no puede hacer nada acerca de las cuentas congeladas. Al parecer, será así hasta el juicio. Pienso en pedirle a Ali un adelanto de la siguiente renta. Apelar a la generosidad de mi hermano. Aceptar la oferta de Phoebe. Pero me abstengo. Que ya no tenga nada no quiere decir que deba tomar de los que no tienen gran cosa. Ya encontraré una solución.

***

Después de una buena noche en ese sofá-cama que cumplió con todas las expectativas, un nuevo día de recorrer las calles de Chicago, un rencuentro con el famoso Dan y más horas de conversación con Phoebe, llegamos a la exposición en la noche.

Obviamente me preguntaba si distinguiría el bello rostro de Dante entre la multitud. Si me cruzara con su mirada sombría y su fénix. Y me decepcioné terriblemente al constatar que no.

¿Qué? Un fotógrafo en una exposición fotográfica... Era algo lógico. Racional. ¡No era nada personal!

El lugar está abarrotado, al punto que apenas si se distinguen las inmensas fotos en las paredes. Huele a perfume de lujo y a dinero. Según el hombre con el traje de tres piezas que me acaba de empujar, el inmueble en el cual se sitúa la galería de arte es patrimonio de la humanidad. En el Gold Coast Historic District, la colonia más distinguida de Chicago, no sería una excepción.

¿Y a mí eso qué me importa?

– Phoebs, ¿qué estamos haciendo aquí?
– ¡Canapés! - me susurra mi amiga corriendo hacia la comida.

Dan y sus dos compañeros bomberos corren a saludar a sus colegas, y yo busco el bar con la mirada.

– Voy a tomar una copa. ¿Quieres una?
– ¡No puedo, tengo entrenamiento en la madrugada! - me explica la deportista.

Nuestros caminos se separan aquí y atravieso la multitud para acercarme a mi objetivo: la copa de champagne llena hasta el borde que me espera. De pronto, una mirada me llega, me llama, me detiene en seco. La que viene desde la pared central. La de una bailarina a medio arabesco.

La foto me llena los ojos de lágrimas. La joven debe tener unos quince años. Esta me recuerda lo que yo era antes. Lo que soñaba ser. Justo antes de que todo se detuviera. Su mirada de orgullo me atraviesa, su gracia me conmueve. El fotógrafo supo cómo captar todo perfectamente: la ligereza del cuerpo, la suavidad del aire, la profundidad del alma. Estoy subyugada.

Paso las siguientes horas mirando atentamente cada una de las imágenes, una tras otra. Quince en total. Tengo que empujar personas con los codos para acceder a las fotos, entre los cuerpos que brindan, hablan de política, del capital, la moda y el clima, presumen y olvidan las obras de arte que les rodean.

Me conmuevo de nuevo frente a una nadadora saliendo de una piscina. Sobre su rostro en blanco y negro, se mezclan y se confunden las lágrimas y las gotas de agua. Un poco más lejos, una mujer de edad avanzada le sonríe el objetivo, a media sesión de tai-chi sobre el césped de Central Park. Con su leotardo demasiado flojo y su short demasiado grande, ella se ve tan grácil, tan frágil, en una posición imposible de mantener. Pero en su mirada uno puede leer toda la determinación del mundo.

Las mujeres bombero posan simulando esfuerzo, la jugadora de basketball fue tomada en su impulso, suspendida en el aire, la corredora dominical, cada retrato me conmueve a su manera. Y vuelvo a pensar en el discurso de Dante: la belleza está en todas partes, solo basta con reconocerla y atraparla. Regreso a colocarme frente a la primera foto. La de la bailarina. Esa pude haber sido yo, sobre ese papel brillante, si la vida así lo hubiera querido.

Pero ese no fue el caso.

Un mesero pasa cerca de mí, tomo una nueva copa y la vacío de un

trago. Busco a Phoebe con la mirada, la encuentro en compañía de Dan y de toda su banda. No tengo ganas de socializar. Siempresola regresa al servicio.

Choca contra su torso al dar media vuelta para dirigirme a la salida. Un torso, un olor, una presencia que conozco muy bien. El resultado de cinco días encerrados. Y de nuestra atracción salvaje.

Dante.

En un traje negro que no le conocía. Que lo hace verse apuesto, delicado, exageradamente elegante, pero sin quitarle nada de su sex appeal rebelde, viril, casi animal.

– ¿Te gusta, Tutu? - me sonríe el castaño tenebroso, pareciendo menos sorprendido que yo.
– Mucho - resoplo, sin nada mejor que decir.

Estoy por preguntarle si me extrañó tanto como yo a él, pero gracias a Dios, un tipo con el cabello gris nos interrumpe.

– Todo es simplemente magnífico - le dice con la mano extendida.

Mi *dark stranger* acepta el cumplido, le estrecha la mano y le agradece educadamente. No estoy segura de entender. Él parece ser otro, esta noche. Luego es una mujer quien se acerca y después un grupo entero... Cada vez más personas llegan, nos rodean rápidamente y me doy cuenta de que todos quieren hablar con Dante.

Con el fotógrafo que supo cómo capturar la belleza de todos esos cuerpos de mujeres.

– No soy muy rápida para entender las cosas, ¿cierto? - lanzo hacia él.
– Podría decirse - se burla el insolente ignorando a todos los que intentan acapararlo.

Intercambiamos una sonrisa, en medio del alboroto. Luego Dante me hace una señal hacia la foto de la bailarina en medio del arabesco.

– Si la quieres... Es tuya.

Si tan solo supiera lo que quiero, Fénix…

5. Código Lazzari

– No me habías dicho que fueras tan conocido.

– No me lo preguntaste.

– ¡Al menos me hubieras dicho de esta exposición, me la pude haber perdido! - insisto.

– Te repito: no me preguntaste - responde Dante con una sonrisa.

– Qué extraño es el destino, ¿no? Primero el viaje juntos. Después la exposición. ¿Y ahora qué?

– No tengo idea - murmura.

El semáforo pasa a verde, acelero suavemente e intento concentrarme en el camino. No dormí bien el sofá de Phoebe. Pensé demasiado. Principalmente en él. En sus fotos. En sus ojos negros. En sus tatuajes obscuros. En su boca carnosa. En todo lo demás que podría estar escondiéndome. Y después dejé a mi amiga, hace cerca de una hora, agradeciéndole su hospitalidad, tocando su bíceps (le gusta que hagan eso) y prometiéndole que esto no era un «adiós» sino solo un «¡hasta luego!».

A pesar de que llevo poco tiempo conduciendo de nuevo, un olor atroz se expande en toda la cabina. Maldito perro. Abro la ventana echando pestes y Dante suelta una risa gutural que me aterroriza.

Solo porque es atrozmente sexy.

– La vas a extrañar - resuene su voz grave.

– Claro que no.

– Admítelo, Tutu.

– Mi asiento trasero grita *auxilio* desde hace tres días, ¿no lo escuchas?

– Estás loca, por fin tiene alguna utilidad...

Silencio en el Chevy. Me doy cuenta de que no se equivoca. Y sin embargo, me obstino.

– Aun así, ya no puedo soportar ese olor.

– Treinta minutos - suspira. - En treinta minutos, dejaremos a Bacalao en casa de la señora y salimos hacia Minneapolis.

Silencio nuevamente. Dejar Chicago a las 9 de la mañana sin duda no fue la mejor idea. No solamente todas las calles están tapadas, sino que los conductores también.

– ¡Bola de idiotas! - grito cuando nadie se digna a respetar las prioridades.
– ¿No dormiste bien con tu amiga? - se preocupa mi copiloto.
– ¿Por qué?
– Porque te ves *ligeramente* alterada.
– Para nada. Me gusta que tengan educación vial, eso es todo.
– Ah… las reglas - responde sonriendo.
– ¿Qué? ¿Qué tienes contra las reglas? ¿Me vas a decir que ahora eres un anarquista?

El tatuado alza los hombros en su camisa negra, se truena la nuca y responde finalmente:

– Aprecio mi libertad. No me gusta estar atado.
– Algunas reglas están hechas para protegernos - comento.
– Y otras para quebrarnos - resopla antes de encender la radio.

Mensaje recibido. El silencio es necesario. Me contengo de hacerle mil preguntas, mejor escucho el flash informativo, me contengo también de insultar a dos o tres idiotas finalmente tomo la Lake Shore Drive que nos hará salir más rápido de la ciudad. Disfruto el espectáculo a través del parabrisas: el camino a lo largo del río atraviesa inmensos pastizales con vista al lago y los rascacielos.

Voy a extrañar Chicago. Pero eso no será lo único...

– No será lo mismo sin ella - confieso en un murmuro. - Sin Bacalao. El asiento me va a parecer vacío...

Nuestras miradas se cruzan. La sonrisa de Dante me llena de escalofríos. La ternura en sus ojos me desestabiliza. Pero la obscuridad regresa, como cada vez que se da cuenta de que llegó demasiado lejos, que se está abriendo demasiado. Una vez más, el hombre del fénix se cierra perdiéndose en el paisaje.

Yo miro al animal en el retrovisor. Y el corazón se me estruja un poco.

***

Wanda Deeter es un amor. La bondad personificada. La dulzura encarnada.

Ella nos abre las rejas de su mansión soltando un grito de alegría en el intercomunicador y luego nos recibe en el patio de su bella residencia como si fuéramos ángeles enviados por el cielo. La viuda millonaria se lanza primero sobre Bacalao, la besa, la acaricia, la mima antes de abrazarnos a nosotros. Río a carcajadas y Dante parece un poco tenso.

Después damos un recorrido por el parque y descubrimos a todos los protegidos de este lujoso refugio. Siete perros de todas las razas y tamaños. Cinco gatos. Algunos roedores, pájaros y reptiles, todos abandonados por sus antiguos dueños. Dante habla poco, toma algunas fotos, camina con su habitual indolencia, tal vez con pesar. Observo a Bacalao, quien cojea con sus tres patas sobre el césped recién cortado y parece más feliz que nunca. La bestia parece estar ya enamorada de una especie de monstruo baboso con ojos saltones.

– Él se llama Fénix - nos explica Wanda. - Porque fue herido en un incendio pero se recuperó. Bueno, creo que tal vez quedó con algunas secuelas, pero sigue siendo un buen animal.

Ella le acaricia la cabeza mientras que Bacalao le olfatea el trasero y yo me doblo en dos por la risa. Dante, por su parte, se conforma con lanzarme una mueca exasperada. Y luego nuestro «hijo ilegítimo» le salta encima y su sonrisa regresa. Él lo acaricia suavemente resoplándole algunas palabras que no escucho. Su pequeño secreto.

¿Celosa de un perro? ¿Yo?

La mañana termina y a Dante y a mí nos cuesta trabajo partir. Pero la hora fatídica llega, acompañada de su triste despedida.

– Adiós, SuperBacalao - le susurro a la perra, de cuclillas sobre el césped.
– Tendrá una gran vida aquí - me consuela la voz grave, algunos pasos detrás de mí.
– ¡Les daré noticias cada semana! - agrega su nueva dueña.

Dante y yo nos miramos por un instante, conmovidos pero lúcidos. En sus ojos puedo leer las mismas emociones que yo siento. Ambos sabemos que el lugar de Bacalao está aquí. No en la parte trasera de

un viejo Chevy en sus últimas, acompañada de una chica perdida y de un chico torturado.

Una linda familia.

Retomamos el camino sin mirar atrás. Sin atrevernos a hacer la pregunta que nos quema en los labios: «¿hicimos bien?». Y sin hacer notar que el olor ha desaparecido.

Bueno, casi. Todavía queda un poco, incrustado en los asientos.

Los kilómetros pasan lentamente. Dejo los suburbios chic de Chicago y me acerco a la incorporación a la interestatal 90. Ya no tengo mucha gasolina. Y además, tengo unas ganas atroces de un café. De un enorme café. Y del muffin que normalmente lo acompaña. Enorme también. Interrogo a mi compañero de camino, quien alza los hombros como diciendo «no me importa, Stone, haz lo que te plazca». Entonces me detengo, tomamos dos cafés, dos muffins y un libro que estaba cerca de la caja: *La guía del buen humor*.

Le doy su café a Dante, su dulce y su regalo. Él lee el título del libro, entrecierra sus bellos ojos negros y... lo lanza al asiento trasero.

– El buen humor será otro día, Tutu... - gruñe.
– Ciertamente es más fácil que estar enojados y no hablar - lo imito, encendiendo el motor.

Miro el marcador y me sorprendo:

– ¿No lo llenaste?
– Sí.
– El marcador dice lo contrario.
– El marcador no sirve, como todo lo demás en este maldito auto... - suspira abriendo su portezuela.

Dante va a inspeccionar la parte trasera del vehículo en busca del problema y regresa para inclinarse sobre su ventana, pareciendo exasperado.

– Ahora tiene una fuga. ¡Esta maldita carcacha me va a volver loco!

El castaño tenebroso se va hacia el auto servicio y yo salgo del Chevrolet para seguirlo corriendo. ¡No pienso dejarlo que hable mal de mi Precioso con cualquiera, y mucho menos en mi ausencia!

Cuando lo alcanzo, ya está en plena conversación con el cajero.

– Sí, hay un taller bueno cerca de Kenilworth, a unos kilómetros de aquí - escucho al chico de la gorra decir. - Basta con regresar a...
– Conozco Kenilworth, gracias por la información - responde Dante antes de irse.

Regreso al Chevy. Detrás del volante. Me abrocho el cinturón. Estoy lista para seguir las instrucciones del hombre de negro.

– Siento que vamos a tener que hacer una parada técnica - suspira.
– ¿Kenilworth es lindo?
– ¿Por qué me preguntas eso?
– Acabas de decir que lo conoces. Y ya que vamos a dejar el coche, tendremos que dormir ahí, ¿no?

Dante me mira con suspicacia y luego saca el teléfono de su bolsillo trasero levantándose de su asiento. Es demasiado... imponente. Viril. Entero. Paso la cabeza por la ventana, intentando respirar aire fresco.

– Ya encontraré algún hotel - declara.
– ¿Conoces a alguien que viva allí?

Un presentimiento.

– ¿Podrías concentrarte en el camino? - responde ignorando mi pregunta.
– Depende... ¿Piensas responderme?
– Solveig…
– Dante…

El rebelde se muerde el labio, se pasa la mano por el cabello y luego confiesa:

– Mi familia tiene una casa ahí.
– ¡Perfecto! - exclamo. - ¡No tendremos que pagar hotel!
– ¿Y quién te dijo que estabas invitada? - gruñe.
– ¡Me debes un favor!
– ¿Qué?
– ¡Claro que sí! - sonrío, dándome cuenta de que tengo la partida ganada. - ¡Bailé para ti en el bar cerca de Cleveland! A cambio, te comprometiste a...
– Sí me acuerdo - me detiene.
– ¿Y?
– Y te pagaré el hotel que quieras esta noche. Un palacio, si

quieres.

– No.

– ¿Cómo que no?

– Eso no es lo que quiero.

Dante se voltea hacia su ventanilla, sopesa los pros y los contras, se debate por dentro y termina por lanzar su veredicto con una voz ronca:

– Nunca hay nadie en esa casa, así que no veo ningún problema.

Suelto un grito de victoria y me fusila con la mirada.

– Que quede claro, Stone: no vas a husmear nada. No vas a jugar a la detective. Y no harás *una sola* pregunta. ¿Entendido?

– ¡Sí, Fénix! - río acelerando.

***

Detrás del impresionante portón de hierro forjado se encuentra el paraíso. En cualquier caso, el de un agente inmobiliario.

Los inmensos jardines perfectamente cuidados y llenos de flores son lo primero que noto. Al centro, un lindo camino que lleva a una mansión antigua, del tamaño de una pequeña ciudad. Entre más se tambalea el Chevy con el empedrado, más se entreabre mi boca. Dirijo la mirada hacia el suntuoso edificio de ladrillo, con varias alas y dependencias. Me siento en una película. En un sueño. No, más que eso.

– Mierda - murmuro. - Aterricé directamente en un cuento de hadas. Y tú eres el príncipe.

A mi derecha, Dante suspira, sacude la cabeza y pone su mano sobre la manija de su portezuela. Muere por salir del auto ya. Y por ya no tener que escucharme. Me estaciono en el lugar que me indica, bajo un gran árbol cerca de la entrada de la mansión. Apago el motor. Él sale, va a abrir el cofre y yo lo observo desde el retrovisor poniéndose una maleta en cada hombro y llegar hasta la escalera. Todavía en shock por este lugar irreal, no me puedo ni mover. Estoy atrapada en mi asiento.

– Stone, ¿vas a dormir en tu horrible carcacha o me vas a seguir? - me gruñe.

Adrenalina. Azoto la portezuela detrás de mí y llego hasta él inhalando profundamente. Mi alegría le desespera, pero ya se acostumbró, no le queda de otra. Dante toca el timbre, admiro los vitrales antiguos que la decoran y de pronto me doy cuenta de algo.

– ¿No me dijiste que no habría nadie?
– Nadie de mi familia - precisa mirando la puerta.

Un hombre de unos cincuenta años nos abre de pronto, con una sonrisa amable en los labios. A juzgar por su atuendo dominguero y sus guantes blancos, puedo adivinar que se trata de un... ¿Cómo se les llama?

¡¿Un mayordomo?!

– ¡Sr. Lazzari, bienvenido!
– Es Salinger, Silvio. Ya lo sabes.

Lazzari…

El pingüino me saluda con un gesto de la cabeza y se aparta para darnos paso. Todo hierve dentro de mí. El malestar me acecha.

– ¿Le preparo una habitación? - pregunta el empleado doméstico mientras yo me esfuerzo por mantenerme de pie.
– Dos, por favor.
– También le pediré al cocinero que haga la cena.
– Gracias.

El hombre se aleja tomando las escaleras de mármol que llevan al piso superior. Dante se voltea hacia mí, ansioso por leer mis impresiones en mi rostro. En menos de un segundo, estallo:

– ¿Lazzari? ¡¿LAZZARI?!
– Ya tienes tu respuesta.
– ¡¿Vittorio Lazzari es tu padre?!

Él simplemente asiente y, con una mirada sombría, deja las maletas sobre el piso. Lentamente, estira su espalda lanzando gruñidos. Mientras tanto, yo estoy aterrizando. O planeando. Ya ni sé.

– Fue un Lazzari quien mató a mi marido... - resoplo. -*Andrea L.*.- Ahora entiendo por qué su nombre entero jamás fue revelado. Ni siquiera a mí, su primera víctima...

Con una voz extrañamente suave y a la vez amarga, Dante

confirma.

– Vitto «El Todo-Poderoso» hizo todo lo posible para mantener el anonimato de su hijo. Para no manchar la marca Lazzari…

Digiero esta información, lentamente, en silencio. Luego decido guardarla en un rincón de mi mente.

– El imperio Lazzari… ¿eres… tú? - pregunto.
– No, es *el* - precisa el rebelde con una voz sombría.

Los Lazzari son los reyes inigualables del universo de lujo y más precisamente de la moda. Desde lo más básico hasta la alta costura. Desde las grandes tiendas hasta los más prestigiados desfiles alrededor del mundo. Vittorio Lazzari es conocido más que nada por su fortuna, su marca, su éxito, pero también por ser un buen hombre, altruista, respetable. Por sus donaciones a la caridad, su compromiso y su devoción por algunas nobles causas.

Y sin embargo, sentí que nunca ha sido un buen padre para Dante... Todo lo contrario.

– Todos tenemos dos caras, ¿cierto? - murmuro hacia el apuesto castaño.
– Sí, digamos que sí.

Su sonrisa triste me conmueve, puedo leer el agradecimiento en su mirada, casi una complicidad, pero el salvaje me deja para ir a hacer una llamada en la pieza de al lado. Después de apenas algunos segundos, su bello rostro reaparece, con el ceño fruncido.

– No toques *nada*. Mira con los ojos, no con las manos. Y no hables con nadie.

***

Adornos elegantes, chimeneas, madera tallada, tapices lujosos, obras originales de grandes pintores. Todo esto me recuerda a las salidas escolares, cuando era niña, que me hacían sumergirme en otro mundo. Subía en un autobús, me instalaba al fondo, lo más lejos posible de la maestra y de los niños maravillados o lame botas. Y esperaba llegar al destino con un nudo en el estómago. No me gustaba que los cambios me afectaran. Confrontarme a la cruel realidad de que existía algo más que yo no conocía. Algo mejor. A menudo un castillo.

Un edificio exorbitante. O un museo. Algo que valiera la pena ser visto, contrario a mi vida banal. De clase media.

Aquí, la riqueza convive con la riqueza, todo son materias nobles, muebles preciosos, decoración cuidadosa. Paseo mi mirada por lo que parece ser un gran salón, luego un vestíbulo, otra con candelabros brillantes, una biblioteca con obres cubiertas de adornos de oro. Todo es tan bello, tan opulento. Es casi demasiado.

Siento una ligera opresión. Y recuerdo lo que me explicó Dante un día. Que todo esto no te hace feliz. Que a veces te asfixia.

– ¿Ya recorriste todo?

Me sobresalto. Su mirada es intensa, como siempre. Pero una ligera sonrisa se dibuja sobre sus labios y me obliga a responderle de la misma manera.

– Es extraño... - murmuro estudiando el techo.
– ¿Qué?
– Esta residencia... Su energía...
– Olvida la energía. Todo eso son estupideces.

Sin darme oportunidad de responder, el castaño tenebroso me hace una señal para que lo siga hasta el gran pasillo y regresamos a la entrada.

– Dante, ¿a dónde vamos?
– El mecánico está por llegar. Vamos a ver a la *bestia*.

Encuentro mi Chevy en el mismo estado que hace una hora, bajo un majestuoso árbol, y no puedo evitar reír. Es irónico, este montón de fierro oxidado, horrible, inservible en medio de toda esta opulencia.

– El choque de dos mundos - me confirma Dante recargándose en el auto.
– Para ti soy una plebeya…
– ¿Qué?

Mi voz fue más dura y más agria de lo necesario. La suya más grave de lo normal.

– Yo soy este auto. Tú eres... todo esto - digo mirando a mi alrededor.
– Solveig, en siete días ya me has parecido penosa, loca, agobiante.

Pero jamás tonta.

Su frase fue cortante, sus palabras precisas como las balas de un fusil. Y sin embargo, a juzgar por su actitud atormentada, fui yo quien lo hirió.

– No era contra ti - respondo. - Pero es la verdad. Tú y yo...
– Tú y yo tomaremos el camino hasta Seattle, punto final - gruñe. - Y ahí termina todo.

Contengo las lágrimas, demasiado orgullosa para contradecirlo o demostrarle que me hizo daño también. Un ruido de motor se acerca, su mirada ardiente me deja para dirigirse hacia la grúa roja que avanza hacia nosotros. Hago lo mismo. Y siento mi rabia aumentar.

– ¿Qué van a hacer con eso? ¡Si crees que los voy a dejar llevarse mi Chevy estás loco, Salinger!
– Tranquila, viene a *repararla*, no a secuestrarla.

El amenazante motor se detiene a dos metros de mi auto. Me coloco entre ambos con los brazos cruzados y me niego a moverme. Sí, una mujer de un metro sesenta puede oponer resistencia.

– ¡Ya estoy harta de que tú decidas todo! - gruño hacia el tatuado.
– Solveig, deja de pelear y...
– ¡Dije que NO! - respondo agresivamente mirando al mecánico acercarse.
– ¡Ya basta! - silba Dante plantándose frente a mí, con su rostro a algunos centímetros del mío. ¡Si quieres que me siga lastimando el trasero por tres mil quinientos kilómetros más en este montón de fierro viejo, tenemos que hacer algo! ¡O lo reparamos o lo incendio!

Lo desafío con la mirada, yo la pequeña pueblerina y él el gran príncipe. El tiempo parece detenerse en nuestro pseudo cuento de hadas, los pájaros dejan de cantar y el viento de correr. Sus ojos negros se adentran cada vez más en los míos. Y luego, cedo. No por él, sino por mí. Porque esta guerra de egos es inútil. Y hay algo que se esconde detrás de ella...

Sonrío, desvío mi mirada y le lanzo mis llaves al mecánico.

– Tienes luz verde, Fénix - le murmuro al castaño. - Siempre y cuando lo cuides como se debe...

Él continúa devorándome con la mirada, pasa saliva, se muerde el labio. Estoy segura de que tuve un efecto en él. Y me encanta esta

idea.

– Creí entender que había una piscina por aquí.

Él asiente. Yo sonrío ampliamente. Y probablemente estamos pensando lo mismo…

Sigo sin tener traje de baño.

6. Una casa de locos

Recorro la propiedad en busca de la famosa piscina que vi a través de un ventanal durante mi visita. Una vez que llego atrás de la residencia, la veo, ligeramente en desnivel, y corro hacia ella intentando ser discreta. No tengo traje de baño ni toalla (y mucho menos pregunté si podía meterme), pero no puedo resistir más. Atravieso la gran terraza de piedras blancas de puntillas. Luego tengo que bajar tres escalones más entre dos columnas bajas con gárgolas de piedra, cuyas bocas están abiertas en grande y que deben servir de fuente cuando funcionan. Estas me hacen pensar en Bacalao y el corazón se me estruja. Parecen unos guardias de seguridad vigilando que nadie entre a la piscina y me siento incómoda. Las miro alternadamente. Ellas me regresan la mirada, pareciendo enojadas.

– ¡Voltéense que me voy a desvestir! - les lanzo.

Me quito los tenis, la blusa amarilla, mis shorts de mezclilla y abandono todo en un rincón cerca de los escalones.

– Sí, voy a nadar en ropa interior. Y sí, me voy a tapar la nariz cuando salte. No me juzguen, ¿OK?

Es muy importante hablar con la arquitectura cuando uno no conoce el lugar. Y cuando este tiene forma de animales tenebrosos. Y le pertenece a una familia de millonarios italianos. Me acerco a la orilla, meto la punta de mi pie para verificar que no vaya a morir de hidrocución, y me asusto cuando una de las gárgolas me responde:

– ¡Tienes que mojarte primero la nuca!

La voz femenina y ligeramente quebrada suelta una gran carcajada cuando busco a su dueña, enloquecida. En un punto ciego de la piscina, descubro a una castaña riendo, recostada sobre un camastro en la sombra. Esta se retira las enormes gafas de sol que le comen el rostro y veo sus lindos ojos almendra, con un maquillaje de *smoky eyes* perfecto. Miles de frases me atraviesan la mente para excusarme,

justificar mi presencia aquí o solo parecer educada, pero esto es lo que decide salir:

– ¿Existe el maquillaje tan resistente al agua?

En mi voz hay una mezcla tanto de admiración como de ingenuidad.

– Le hablas a las gárgolas y haces preguntas esenciales. ¡Estás completamente loca y me encanta! - responde sonriendo de nuevo. - ¿Quién eres?

– Solveig. Es escandinavo. Pero no quiere decir «sol», contrario a lo que creían mis padres. Creo que es «pelea en la casa», o algo así. Pero todo el mundo me llama Sol. O Tutu a veces. Lo siento, hablo demasiado cuando estoy incómoda. ¿Y tú eres Calliopé...?

– ¡Muy bien! - sonríe haciéndome la V de la victoria con dos dedos.

Al parecer es tan elocuente como su hermano. Pero por lo menos sonríe más que él.

– ¿No quieres saber cómo lo sé? - agrego.

– Dante nunca trae a ninguna chica aquí... pero no veo otra explicación.

– Muy bien - la imito tímidamente.

– Si quieres, puedo prestarte un traje de baño. No me decidía por uno de los dos.

La linda castaña me ofrece un montón de tela blanca y me estremezco al descubrir lo que trae puesto: un traje negro de una pieza que parece de ser de cuero y que revela por completo sus flancos para formar solamente una minúscula banda de tela vertical entre la parte de arriba y la de abajo. O es una pieza de alta costura, o la hermana de Dante tiene tendencias sadomasoquistas muy fuertes.

– Puedes cambiarte en la *pool house* que está ahí. O frente a mí, no me importa. Solo ten cuidado porque las gárgolas son unas pervertidas y les gusta mirar.

Calliopé suelta una carcajada ruidosa y luego se acomoda las gigantescas gafas negras antes de acostarse de nuevo. Continúo observándola mientras me cambio discretamente en un rincón. Su peinado es tan excéntrico como su traje de baño: cabello negro reunido en un moño sobre la cima de su cabeza, un espeso flequillo que se detiene sobre su frente con un estilo retro, y todo sobre unas cejas muy pobladas que contrastan con la fineza y feminidad de sus

rasgos.

Definitivamente en esta familia tienen algo con las cejas.

Ella tiene la piel más clara que Dante. Pero la misma boca carnosa. Y si bien parece ser más social y voluble que él, pude ver la misma gravedad en su mirada sombría.

– Cuerpo musculoso... Muy sutil... Nada púdica... ¿Eres una actriz? - me pregunta la voz divertida.

– No, solo una bailarina go-go retirada - respondo sin pensarlo.

– ¡Eres muy divertida! Eso me sorprendería, no tuviste tantos problemas con el traje.

– Mierda, ¡¿esto es una red de pescar o un traje de baño?! - me exaspero, con el brazo atrapado entre los tirantes demasiado apretados.

La castaña se sube las gafas encima de su flequillo y se levanta para venir a ayudarme, con una inmensa sonrisa en los labios. Con gestos gráciles, pacientes y delicados (que extrañamente me recuerdan a alguien), ella separa sobre mi vientre las finas bandas de tela que se expanden como un sol desde la parte baja del traje hacia el sostén diminuto.

– Esta será la tendencia el próximo verano - me explica.

– ¿Quieres decir para la *fashion week* de los pollos rostizados bien atados? - pregunto.

– Exactamente. ¡Los polleros de París y Milán se los van a pelear! - suelta con una risa ronca y contagiosa.

– Estaba bromeando - comento en este momento. - Dante no me paga... Bueno, a veces paga la gasolina y el hotel... ¡Pero no es lo que crees! Solo estamos haciendo un *road trip*. No soy su *escort*. Tampoco bailo para él. Bueno, sí ha pasado pero... eso no cuenta. Fue una broma, con música country, en un bar... En fin, creo que estoy divagando.

– No sé qué hay entre ustedes dos, pero suena divertido. ¡¿Puedo acompañarlos?!

– ¡Sí, recibimos a cualquiera en el camino! No que seas cualquie... ¡Bueno, ahógame con tu cosa de cuero, realmente tengo que callarme!

Ella ríe y me doy cuenta de que hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómoda con una desconocida. Normalmente no socializo tan fácilmente. Extraño a Ali. No tengo tantas amigas y me gustan ligeras, divertidas y si es posible, tan locas como yo. Esta chica me hace mucho bien, solo riendo, siendo ella misma y aceptándome tal y como

soy. Pero su tenebroso hermano aparece en ese momento, parado sobre el escalón más alto de la terraza. Él se ha cambiado la camisa negra por una camiseta gris claro. Pero eso no evita que el ambiente se ensombrezca de golpe. Su mirada obscura se clava con dureza en su hermana y en mí, en nuestras sonrisas de complicidad y nuestra cercanía física.

Lo que más odia...

– ¡Hola hermanito! - exclama la castaña excéntrica. - ¿Te unes a nosotras? Queremos montar un grupo de bailarinas go-go de country disfrazadas de pollo rostizado. ¡Con tu actitud tan amable puedes ser el pollero si quieres!

– Callie, ¿puedo hablar contigo?

– ¡¿Qué?! Entre los tres podemos ser como los Village People, ¿no? Andy podría ser el prisionero con un atuendo súper sexy...

– Calliopé - gruñe el castaño para hacerla callar.

Y sus pupilas se abaten sobre mí, con una mezcla de rabia, compasión y desolación. En este instante me doy cuenta de que ahora simpatizo con toda la hermandad. «Andy». Por supuesto es Andrea, el conductor ebrio que arruinó mi vida. Escuchar este sobrenombre fraternal hace que lo deteste aun más. Me trago la rabia, las lágrimas e intento mantener las apariencias. Ya cedí ante el hermano mayor. Y ahora estoy convirtiendo a la hermana pequeña en mi nueva mejor amiga. ¿Cuándo terminará todo esto?

– Lo siento, creo que la *pool party* se terminó - me dice Calliopé con una mueca.

Ella acompaña a su hermano en los escalones y los escucho murmurar algo en italiano. Tal vez para que no les entienda. Tal vez porque es la lengua que les sale natural en momentos de crisis. Imagino a Dante explicándole quién soy yo. Por qué estoy ahí. Y todo lo que yo no debo de saber. O tal vez porque le está mintiendo sobre mi identidad y nuestra relación. ¿Para proteger a quién? ¿A sí mismo? ¿A mí? ¿A Andrea? ¿A todo el clan Lazzari?

Esta confusión me da mareo. Dudo si debo ir a refugiarme en la *pool house*, volverme a vestir de inmediato y regresar por donde vine. Pero Calliopé se va. Y Dante se acerca a mí, con el rostro serio y una mano acariciando el fénix tatuado sobre su brazo opuesto.

– No sabía que mi hermana estaría aquí - se disculpa a medias.

– Me imagino.

– Ella puede ser un poco...

– Genial.

– Especial - dice al mismo tiempo que yo.

– Es perfecta - rectifico. - Divertida, cálida, directa, un poco loca... Todo lo que me gusta.

– Todo lo contrario a mí, ¿cierto?

– No… Tú también estás loco a tu manera.

– Sí, creo que caíste en una casa de locos - concluye con un suspiro lleno de sentido, sentándose sobre el escalón más bajo.

– Ustedes son desgastantes... Tengo ganas de odiarlos... Y es todo lo contrario - confieso en voz baja.

Dante pone los codos sobre sus rodillas separadas, se pasa ambas manos por el cabello castaño y se detiene sobre su nuca. Luego levanta la mirada hacia mí, hacia mi traje de baño enrejado, mi cuerpo demasiado desnudo. La intensidad de su mirada me desnuda un poco más. Y la tensión que puedo leer en su ceño fruncido me desarma todavía más. Mi *dark stranger* no sabe más que yo qué es lo que debe hacer, desear, sentir o pensar.

Entonces, solo para que todo pare, me pongo a correr, me tapo la nariz y doy el gran salto. Me quedo un momento bajo el agua, con los ojos cerrados, el cuerpo ligero y la mente completamente en blanco. Cuando vuelvo a salir, lanzo un grito de alegría. O de rabia. O un poco de ambas a la vez. Ya no tengo ganas de pensar, de sufrir. Solo de nadar y olvidar todo.

Floto por un instante de espaldas, veo a Dante levantarse, subir los escalones de la terraza y alejarse con su andar indolente. Luego voltea hacia mí. Me sonríe con simpleza, ternura y sinceridad. Como si no pudiera evitarlo. Y vuelve a irse, mientras que mi corazón se llena de una extraña felicidad.

***

Después de nadar, decidí tomar una siesta bajo el sol. Luego regresé a la habitación de huéspedes, le envié un mail a mi abogado, mensajes a Alicia, tuve una conversación con la contestadora de mi hermano y otra con mi banquero apenado al que ni siquiera insulté. Pasé dos horas en el lujoso baño probando los productos de lujo puestos a disposición de los invitados. Me puse una bata todavía más suave que las de los hoteles a los que Preston me llevaba. Rara vez. Escuché a Dante hablando solo, a lo lejos, antes de darme cuenta de

que hablaba por teléfono. Y decidí que no quería saber quién estaba al otro lado de la línea. Me peiné, vestí y maquillé como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Sin preguntarme para quién lo hacía. Y salí de mi burbuja de comodidad para deambular por esta inmensa mansión en busca de una cocina. De un refrigerador. O de un mayordomo capaz de ayudar a mi vientre que grita de hambre.

Intento seguir el delicioso aroma a comida pero mejor sigo las voces que escucho. Encuentro todo reunido detrás de una pesada puerta, en un ambiente ecléctico y una cocina tan grande como mi apartamento. Un hombre con uniforme de cocinero le da a probar una salsa roja a una Calliopé que gime de felicidad, sentada sobre la encimera. El pingüino de hace rato cuenta con grandes gestos una historia que parece cautivar a Dante, recargado contra un refrigerador americano, sonriente con los brazos cruzados sobre el torso. Todo en un italiano estruendoso del cual evidentemente no comprendo nada.

– ¡Entra, la cena está lista! - me invita la hermana. - ¡Estaba por ir a buscarte!

– No te hagas la tímida, Tutu - me provoca el hermano.

– Tendrán que explicarme el origen de ese sobrenombre tan lindo - ríe la castaña.

– Por supuesto que no lo haremos - le responde su hermano.

Extrañamente, siento que estoy de más en esta escena tan festiva y claramente familiar. Mi copiloto lo percibe y toma el control de las cosas.

– Toma asiento. ¿Recuerdas a Silvio? Y él es Luigi, hace los mejores *bucatini all'amatriciana*.

– Papá decía que ese era un platillo de pobres, no soportaba que los pidiéramos - cuenta Calliopé con una sonrisa.

– ¿Vino? - me propone Dante ofreciéndome una copa.

Asiento, él se acerca a mí para llenarla con un líquido rojo obscuro y se sienta sobre la silla cercana a la mía. La camisa negra está de regreso sobre el torso musculoso del castaño tenebroso. Está arremangada y su hermana me sorprende observando demasiado de cerca los tatuajes que marcan sus antebrazos puestos sobre la mesa. Muero de ganas de recorrerlos con mis dedos, de sentir su piel suave y cálida que tanto extraño. Me obligo a mirar hacia otro lado.

– ¿Cómo se conocieron? - pregunta simplemente.

– Por el destino - responde él esporádicamente.

– Lo recogí a orillas de la carretera, mientras fotografiaba perros

errantes, ramas muertas y chicas perdidas - digo con ironía.

– Típico de mi hermano - se burla ella.

– Y tú también tienes una pasión tan... ¿apasionante? - la interrogo.

– Dibujo y coloreo todo el día. De vez en cuando, creo prendas que nadie quiere ponerse. Seis meses más tarde, les ponen una etiqueta de Lazzari encima, con una modelo esquelética usándolas, Dante les toma fotos y se venden a precios exorbitantes.

– Y papá está contento - gruñe el castaño suspirando.

– ¿Ustedes no? - me sorprendo.

– Yo no me quejo - dice ella alzando los hombros. - Hago lo que amo. No heredé los genes torturados de los machos de esta familia. Y debo ser la única mujer en el mundo a quien mi padre más o menos respeta. Más le vale, le produzco mucho dinero. Pero algún día crearé mi propia marca. Cuando alguien tenga la gran idea o solo el valor de echar abajo la casa Lazzari.

– Callie… - gruñe el mayor.

– ¿Qué, no es eso lo que todos queremos? - ríe levantando su copa.

– Solveig no necesita saberlo - decreta él mirándome con sus ojos negros.

Siento que el tema es pesado y profundamente doloroso. Llevo días intentando descifrar sus misterios, pero no quiero obligarlo a hablar. Aprovecharme de su hermana sin filtro para entrar a su intimidad. En lugar de contradecir al hombre del fénix, me pongo de su lado, por primera vez.

– Eso no me concierne - confirmo en voz baja.

– Y sin embargo, tengo la impresión de que tiene formas de hacerte hablar... - resopla Calliopé divertida.

Luego se pone de pie, toma dos trapos para agarrar la olla de pasta con ambas manos y lanza con felicidad:

– ¿Vienen, chicos? ¡Vamos a comer frente a la tele como cuando papá no estaba! Y llenar su moqueta de salsa de tomate.

La excéntrica mujer deja la cocina riendo, llevándose a Silvio, Luigi y la cena con ella.

– ¿Qué fue eso? - pregunto perpleja.

– Una manera muy sutil de dejarnos solos - sonríe Dante. - A la Calliopé Lazzari.

– ¿Por qué tú tienes otro apellido?

– Salinger es el de mi madre. Me gusta.

– Y odias el de tu padre. O más bien a tu padre.

– Tal vez - concede.

– Eso me interesa, ¿sabes? - digo suavemente, poniendo mis dedos sobre su antebrazo.

– Sí, lo sé.

– Pero no estás obligado a...

– Gracias por no insistir hace rato. Frente a ella - agrega un poco más bajo.

– Puedo ser molesta. Pero nunca cruel.

– Eso también lo sé...

– Gracias por dejarme venir aquí - murmuro acariciando su piel con la punta del meñique.

– Deja de tocarme, Sol... - pronuncia su voz grave con un tono demasiado dulce.

– ¿Por qué? - pregunto mientras él mira mi mano sobre su brazo.

– Porque me veré obligado a besarte.

Él levanta el rostro y clava su mirada intensa sobre mi boca. Es la amenaza más peligrosa y más dulce que haya escuchado en toda mi vida. Dudo un segundo si debo dejarlo. Si debo abandonarme ante el deseo que crepita en todo mi cuerpo. Y retiro mi mano.

– Tal vez no deberíamos quedarnos aquí - farfullo antes de levantarme.

Todavía sentado, Dante atrapa mi puño para impedirme dejar la habitación. Me volteo y me suelta. Luego vacía de un trago su copa de vino.

– Estallé cuando tenía 15 años. Me peleé con mi padre y me fugué, para no tener que enfrentarlo. No es del tipo de hombres que perdonan. Entonces me encontré en la calle. Durante tres años, no hice más que estupideces, conocí gente que no me convenía y sobrevivía de la peor manera. Robé autos. Estafé gente. Consumí drogas, un poco. Y también las vendí, bastantes. Me volví tatuador, mecánico, ladrón, traficante, dependiendo si era de día o de noche... Hacía lo que fuera pero intentaba no perderme. No volverme completamente loco.

Mi piel se estremece. Él se pasa la mano por su barba de varios días. Se levanta, me trae mi copa casi vacía y la llena de nuevo. Tengo unas ganas insoportables de tomarlo entre mis brazos, de besar su rostro duro y cerrado, de hacerlo que deje de fruncir el ceño. En lugar de eso, retrocedo y me acomodo sobre la encimera donde Calliopé estaba sentada. Dante se recarga en la pared frente a mí y continúa

con su relato, mientras mira sus zapatos.

– Un día, le robé una cámara a un turista en el metro. No valía nada, así que no logré venderla. Entonces aprendí a utilizarla. Y mi vida cambió de la noche a la mañana. Me apasioné por la luz, el cielo, los paisajes urbanos, los rostros de la gente. Intenté encontrar la belleza en todo eso.

Él levanta la mirada hacia mí. Me ahogo en su negro intenso. Si supiera lo bello que es, a través de su dolor y su sinceridad. Para no lanzarme sobre él, mejor tomo mi copa. Le doy un trago a mi vino tinto mientras me quedo colgada de su mirada sombría que regresa hacia el vacío, a sus labios carnosos que se entreabren de nuevo, a su voz profunda que me hace estremecer.

– Dejé las drogas, empecé a ahorrar en lo que robaba para revelar mis fotos. Y a venderlas en la calle, en vez de tonterías. Un galerista me halló. Algunos meses más tarde, estaba haciendo mi primera exposición. Funcionó bien, gané dinero, pude retomar el buen camino, rentar un nuevo apartamento. Restituí todo lo que había robado en medida de lo posible. Tenía 19 años, creo que mi vida realmente comenzó en ese momento.

Termina su copa y la deja sobre la mesa más cercana. El hombre con los ojos tan negros como su pasado me parece repentinamente tan vulnerable, tan humano, tan desnudo que mi corazón se estruja. Que mis pies me llevan hasta él. Y que mis labios se sueldan con los suyos. Me lo permite, primero sin tocarme. Sin siquiera responder a mi beso. Presiono mi cuerpo contra el suyo. Tiemblo ante este contacto. Me paro sobre la punta de los pies, deslizo mis manos sobre su rostro triste, beso sus ojos cerrados, pongo mi frente contra la suya.

De pronto, Dante cubre mis manos con las suyas y me fusila con sus pupilas negras. En ellas leo ese deseo viril y animal que tanto amo. Que debió haber intentado reprimir. Que ahora explota. Me besa lánguidamente y me abraza con fuerza. No queda ni un milímetro de distancia entre nuestros cuerpos. Tampoco regla alguna.

– Solveig… Sabes que no deberíamos - susurra en mi oído.

Su aliento cálido, su voz grave, mi nombre entre sus labios, su cercanía me transportan. Lejos. A otro mundo. Un mundo en el cual ya no tengo pasado, barreras ni culpa. Mi mente se llena de las imágenes de su cuerpo desnudo, tenso, jadeante, en acción. En mí. Flash-backs tan vivos, tan eróticos, que me hacen gemir. Me es imposible

deshacerme de esos recuerdos ardientes, bloquearlos por mucho tiempo.

El fénix y yo nos damos vueltas e una danza lenta y sensual, en esta gran cocina donde nuestros corazones insumisos laten frenéticamente.

Y se baten en duelo.

– Cállate - suspiro al fin contra su boca entreabierta. - ¡No te detengas, Dante! Continúa. Ven a buscarme...

Dejo caer uno de los finos tirantes de mi vestido blanco y él devora mi hombro desnudo con la mirada. Segundo tirante, ahora mira mi escote. Frente a su mirada tan obscura como intensa, mis pezones se endurecen y mis muslos se despiertan. Divinas punzadas. El efecto Dante Salinger. Pero el tenebroso intenta una vez más, a pesar de mi deseo evidente, hacerme entrar en razón:

– Aún estás a tiempo de...

Y entonces me doy cuenta de lo mucho que el tatuado, rebelde y callado hombre me respeta. De lo mucho que lo deseo. A pesar de su maldita ropa que me impide el paso, deslizo mi mano sobre su torso, lascivamente. Esta roza enseguida su cintura, sigue la curvatura de sus nalgas firmes y redondas... y roza su bulto desde ahora tan orgulloso, tan incitante.

– Mierda… Tutu… Eres dura para negociar - gruñe el macho entre dientes.
– ¡Bésame más, Dante! - lo provoco hundiéndome en su mirada salvaje. - ¡Tócame!
– Sol - gruñe aplacándome repentinamente contra la pared fresca. - No quiero...
– ¿Qué?

No puedo creerlo. Su mirada inflamada, su voz apagada, su cuerpo entero me dicen todo lo contario.

– Nada que no seas tú - sonríe insolentemente antes de derretirse sobre mi boca.

Muerdo su labio inferior, pulposo, carnoso, para castigarlo por hacerme esperar tanto. Él gruñe entre mis labios y luego me besa con pasión. Su lengua se mezcla con la mía, me arranca un grito ronco y bestial y deslizo mi mano entre su cabello para aferrarme a algo.

Ligera... pérdida... de equilibrio.

El salvaje ya no intenta disuadirme. No más. Toma iniciativas que aumentan mi ritmo cardiaco como si estuviera en una montaña rusa.

Sin cinturón de seguridad. Ninguno. Ninguna red de seguridad. Nada que me atrape.

Y de alguna forma, eso me excita todavía más. Luego me mordisquea sensualmente el labio. Me acaricia delicadamente el pecho a través del vestido. Se detiene sobre mis pezones. Me estremezco. Entonces se aventura bajo la tela, más abajo, para encontrarse con mis bragas escotadas. Cosquillear mi clítoris. Gimo. Jadeo. Me derrito. Lo animo levantando una pierna y pegándola detrás de él.

Lo... deseo... tanto...

Su gruñido no deja lugar a dudas: tengo su aprobación.

Sin romper nuestro beso, el hombre erecto aplaca su gran cuerpo un poco más cerca del mío, para que sus intenciones sean más evidentes. Pero no más honorables. Mucho mejor. Suspiro al sentir cada partícula de mi cuerpo despertándose ante su contacto, gruño de deseo y... de pronto me doy cuenta de dónde nos encontramos.

– Dante… - resoplo separándome de sus labios.
– ¿Hmm?
– ¿Y si mejor nos vamos a un lugar menos... público?

Un brillo atraviesa sus pupilas obscuras, luego sus labios se estiran en una sonrisa de niño travieso.

– ¿Qué? ¿Solveig Stone ahora es tímida?
– No soy especialmente púdica, pero tampoco estoy acostumbrada a compartir *todo* con desconocidos.
– ¿Y conmigo si quieres compartir *todo*? - pregunta repentinamente, con un tono más grave.
– Tú no eres un desconocido.
– Pero no aquí... - murmura en mi cuello.
– No, aquí no.

El hombre del fénix me da un beso en los labios, me regresa mi muslo depravado que se había escapado para fijarse detrás de sus nalgas y toma mi mano. Con las piernas temblando un poco, lo sigo fuera de la cocina riendo, por el gran pasillo que lleva hasta la escalera de mármol. En el tercer escalón, él se voltea hacia mí, me

hace callar besándome salvajemente y luego continúa llevándome con él. Nos dirigimos hacia el primer piso. ¡No, el segundo! Otro pasillo. Todo recto. A la izquierda. Me quedo sin aliento. Puertas y más puertas. Esta mansión no tiene fin.

– Esta es la recámara de visitas, la tuya... - me dice, seguro de sí mismo. - Pero esta noche vendrás a la mía.

Finalmente, Dante da una patada a una puerta que ya está entreabierta y me hace una señal para que entre. Obedezco, impaciente, excitada e insumisa. Apenas admiro la habitación con ventanas triples, el mobiliario antiguo, la cama con dosel. No miro nada que no sea *él*. Su torso esculpido, sus brazos musculosos, sus tatuajes que me embrujan cuando cierra la puerta y se quita la camisa, con un brillo de desafío en la mirada.

– Te toca, Tutu - me dice mirando mi vestido.

A un metro de distancia el uno del otro, nos comemos con la mirada, con la cabeza llena de ideas salaces. ¿Está esperando a que me quite el vestido? No. Lo que deslizo por mis piernas hasta que desaparece es mis calzones húmedos. Los músculos del hombre se estremecen. La sonrisa que me ofrece parece ligeramente crispada. Más... hambrienta.

Sus zapatos vuelan al otro lado de la habitación. Me quito el brazalete. Sus pantalones ya no son más que un montón de tela sobre el parqué masivo. Me quito los tacones, consciente de que lo estoy volviendo loco. Su bóxer negro pasa a la historia. Me cuesta trabajo pasar saliva, me sofoco un poco al redescubrir su virilidad. Su sexo inmenso y tenso me señala como su próxima presa. No tengo más opción: mi vestido cae. Y apenas si tengo tiempo de patearlo antes que mi amante esté sobre mí, me levante y me coloque sobre la cama de la Bella... jadeante.

– Quiero saber todo de tu cuerpo... - murmura el hombre que me domina con su tamaño.

Retrocedo sobre el colchón, me recuesto abriendo los brazos y separo las piernas para presentarme mejor a él. Ofrecerme entera. Él entrecierra los ojos por algunos segundos, disfrutando la vista y luego inhala profundamente. Llega hasta mí lentamente, con su gran cuerpo musculoso moviéndose con gracia y virilidad. Me derrito. Quiero sentirlo en mí. Es urgente.

Y él también lo siente, ya que se hunde en mí. Primero se detiene

en mi cicatriz. El único complejo físico que tengo. Dante la acaricia, se apodera de ella, la besa, como para ayudarme a sanar de mi pasado. Bajo sus dedos, bajo su lengua, este pequeño bulto de carne me parece un poco menos detestable. Ahora el hombre se coloca entre mis piernas. Roza mi feminidad, le sopla, la acaricia con la punta de los labios, luego rodea mi clítoris con la boca y lo aspira como si fuera un caramelo. Comienzo a sacudirme, suspiro, gimo palabras sin ningún sentido, me aferro a sus hombros antes de perder mis dedos entre su cabello despeinado.

Hacía... tanto tiempo... que no me besaban... ahí...

– Aaah. Tu lengua es diabólica - gimo mientras se introduce en mí.

Dante me devora con energía. Mis labios se inflaman con un deseo salvaje, embriagante, ondulo bajo sus caricias, me retuerzo, me arqueo. Sus manos se colocan sobre mis caderas y me contienen. El fénix toma el poder. Mi feminidad se abre, se expande, le lanza una llamada de auxilio. Necesito más. Más fuerte. Más dentro. Entonces mi amante remonta de los abismos, besa mi ombligo, lame mis pezones, los estimula, pasa la lengua por mi hombro, mordisquea mi piel fina y regresa a buscar mi boca.

Saboreo sus labios y descubro que eso me encanta.

Nuestro beso se vuelve más profundo, mis palmas recorren la piel del tenebroso, mis uñas se clavan en su espalda, mis dedos acarician su parte posterior. Cada músculo se tensa a mi paso. Un poder casi inhumano emana de todo su cuerpo... Un poder que muero por sentir crecer y estallar en mí.

– Dante… - susurro, presa de mi propio deseo. - ¡Ahora!
– La paciencia no es lo tuyo...
– ¡La sumisión tampoco! - gruño logrando voltearnos a ambos.

La adrenalina, la excitación, el deseo: imagino que estos multiplican mis fuerzas, mi saña, mi voluntad. Me instalo a horcajadas encima del hombre del fénix y le lanzo una mirada que no deja lugar a dudas. Lo quiero. Inmediatamente. Y me doy cuenta de que nunca he sido tan temeraria frente a un hombre listo para poseerme.

Tomo su sexo, lo acaricio de arriba a abajo apreciando su longitud, su dureza, su receptividad. Bajo mi mirada, bajo mi cuerpo febril, Dante se muerde el labio, se arquea, echa la cabeza hacia atrás y luego intenta enderezarse para besarme. Se lo impido. La sonrisa y la mirada que me lanza me llenan de escalofríos.

Jamás me había parecido tan bello. Tan salvaje. Tan insumiso también.

Dante me señala el cajón del buró y me hace comprender que lo abra. Obedezco y descubro con alivio la presencia de una caja de condones. Jamás juego con fuego. Pero tampoco imaginaba abstenerme de él. De su cuerpo. Del mío.

Presionada, busco uno en la caja y abro el paquete con los dientes, lo que hace reír a mi amante. Ondulo contra su erección y ya no ríe más. Deslizo el preservativo a lo largo de su sexo y vuelvo a acariciarlo. Escalofríos de anticipación.

Él gruñe. Se tensa bajo mi mano. Crece.

– ¿Me quieres matar? - murmura el macho a mi merced.

OK. Ya es hora.

Me hundo lentamente en él, suspiro de felicidad y comienzo una danza lasciva, una especie de salsa embriagante, mezclada con un tango erótico, tanto rápido y poderoso como lento y delicado. Mis movimientos entrecortados lo vuelven loco, suelta gruñidos sexy sin dejar de contemplarme. La cabeza me da vueltas, su sexo golpea contra mi carne, me arqueo para recibirlo mejor. Su mirada, su expresión, su intensidad, su cuerpo tenso: todo es sublime en él.

Me inclino hacia el frente, lo beso lánguidamente mientras que él me da un poderoso golpe con la cadera. Gimo y vuelve a comenzar. Lo beso con pasión, intermitentemente, respiramos cada vez más fuerte, jadeamos cada vez más rápido. Sus manos se colocan sobre mis senos, los sopesan, los acarician, los maltratan, y eso me encanta.

De pronto, mis puños están aprisionados, mi espalda se encuentra aplacada al colchón y el apuesto hombre está tatuado en mí. Dante me penetra de nuevo y me toma con fuerza. Su pasión me arranca gritos más o menos agudos, mi cuerpo se llena de escalofríos. Tengo calor, muchísimo calor. Una bola de fuego nace en mi espalda y en mi vientre bajo.

Me siento despegar, poco a poco, hacia los límites del placer.

– Quédate conmigo - me murmura mi amante. - Un poco más...

Entonces resisto, a pesar de que mi cuerpo estaba a punto de rendirse. Miro al fénix obscuro que mientras que él me posee como

nunca había sido poseída. Siento como si estuviera a punto de volar. Saboreo cada asalto sensual, cada uno de sus prodigiosos golpes con la cadera, recordando lo largo que fue mi camino en el desierto antes de él.

De pronto, dejo la tierra con un gemido ronco. Dante me acompaña. Le pone un punto final a nuestro encuentro majestuoso y me acompaña hasta el séptimo cielo.

Un cielo sin nubes. Lleno de estrellas.

Lleno de tutus esponjados y de fénix relucientes.

7. Así son las cosas

Me dormí entre sus brazos. Como si fuera lo más natural del mundo.

Dormí demasiado. En la habitación de Dante. Ya no estaba en la cama que compartimos cuando me levanté. Entonces me fui a la habitación de huéspedes, justo al lado, de puntillas. Observé mi reflejo en el espejo del baño, temiendo detestar esta imagen, pero me parecí... bella. Bella por la culpa. Bella como una está después de una noche de amor que se ha llevado todo. Mi cabello voluminoso está tiernamente despeinado. Mis rasgos están relajados, tranquilos. Mi boca está hinchada de tanto besar. Mis ojos brillantes siguen maravillados. Como si mi alma estuviera un poco más plena. Creo que nunca me había sentido tan... mujer. Culpable pero casi orgullosa de mi tórrido error. Casi animada por el hecho de haberlo cometido.

Entonces tomé una larga ducha, para intentar volver a ser la misma de antes. Solveig Siempresola Stone. Pero el agua ardiente no bastó para aliviar mi cuerpo que sigue adolorido por todas sus locuras. Cambié de estrategia, pero el agua fresca no ha logrado borrar el ardiente recuerdo de Dante. Después me puse la ropa más simple que encontré en mi maleta: unos pantalones de mezclilla *boy-friend* que subí hasta los tobillos, una blusa azul cielo, ni siquiera ceñida y mis tenis viejos. Luego bajé a la cocina de la mansión esperando que Dante se estuviera escondiendo igual que yo. Y que Calliopé no estuviera ahí.

– Entra, Tutu- se burla ella ruidosamente al verme en el marco de la puerta. - ¿Pasaste de la danza clásica al breakdance durante la noche?

Ella observa mi look *casual*, un poco masculino, y debo parecerle grotesca a esta estilista tan sofisticada. No deben ser más de las ocho de la mañana y su moño abombado se yergue ya orgullosamente sobre la punta de su cabeza, su flequillo espeso cae perfectamente en medio de su frente y sus ojos están maquillados como un panda futurista lleno de glamour - si es que algo así pudiera existir.

– Hola - farfullo. - ¿Hay café?

– Ahí - responde mostrándome la cafetera italiana. - ¡Parece ser que eres menos divertida por las mañanas!

La linda castaña lleva puesto un vestido que me fatiga nada más de verlo: la parte de arriba no tiene más que un solo tirante y largas rayas rosas y blancas, la de abajo forma un falda asimétrica, con una impresión de grandes flores rojas. Me parece que nada combina con nada, pero yo qué voy a saber.

– Tu mirada no está acostumbrada a las cosas que no deberían ir juntas - me explica ofreciéndome una taza. - Pero me encanta. Y en el fondo, creo que a ti también...

Mueve ligeramente la cadera y me lanza una sonrisa de complicidad que me hace comprender que está hablando de lo mío con Dante. Sutilmente. O no tanto. Sonrío, cerrando los ojos. Calliopé regresa a inclinarse sobre la encimera, yo dudo si salir de la cocina con mi taza llena pero no sería muy educado de mi parte. Entonces me siento sobre la misma silla que anoche. De pronto me encuentro de frente con una taza medio llena frente a una silla vacía.

Él está aquí. O estaba aquí. Y mi corazón se acelera.

– Los arrepentimientos no sirven de nada, solo te hacen sufrir el doble - suelta la hermana menor con su voz quebrada.

– Ese no es un problema... Soy capaz de sufrir mil veces - respondo con un suspiro.

– ¡Ah no! ¡No vas a empezar con eso tú también! ¿Esto es un hotel de aguafiestas o qué?

– Creo que es nuestra especialidad.

– ¿Solveig? - dice tocándome el hombro con la punta del pie.

– ¿Hmm?

– Mira a quién imito.

Y Calliopé cruza los brazos sobre el pecho, frunce el ceño, me observa con intensidad y luego se pasa la mano por el mentón imberbe y femenino. No puedo evitar reír.

– Sí se parecen - declaro.

– Mierda, ese imbécil hizo llorar a mamá. ¡Ni siquiera sé por qué tomo sus llamadas! - gruñe la voz de Dante justo cuando entra en la cocina.

No es sino hasta después de cerrar la puerta que me ve. Sus ojos negros se cruzan con los míos y de inmediato huyen. Luego regresan.

A mi boca. Vuelven a irse, observan el celular que tiene en la mano y que luego desaparece en su bolsillo. Como para hacer olvidar lo que acaba de decir.

– Hey - gruñe hacia mí.
– Hola - respondo maquinalmente.
– ¡Ja ja ja! - ríe la castaña mirándonos uno tras otro. - Muy bueno su rencuentro. Para que fuera más creíble, pudieron haber añadido «Hola, no te veo desde anoche, ¿dormiste bien?»
– Basta, Callie... - la interrumpe él secamente. - Ocúpate de tus propios asuntos, con eso tienes suficiente.
– No - resopla ella peinándose el flequillo con los dedos. - Yo no tengo asuntos amorosos. Jamás los tendré.

Percibo un dolor en estas palabras.

– Y debes tomar sus llamadas porque Andy sigue siendo tu hermano menor, aunque esté en prisión - responde con una voz temblorosa. - ¡Y sigues siendo un hermano mayor protector, aun cuando haga tonterías imperdonables! Y mamá llora todo el tiempo, de todas formas...

«Andy». De nuevo él. Respira. Bloquea el dolor. Mira hacia el frente. Inhala.

El castaño tenebroso me observa por un instante, pareciendo triste, y luego su mirada implacable se clava en su hermana.

– Basta, por favor - le lanza con una voz grave pero dulce, plantándose frente a ella, sobre la encimera.
– OK, OK… Cambiemos de tema.
– El mecánico dijo que traería el auto en diez minutos - me informa Dante sin atreverse todavía a mirarme.
– Genial - respondo sin mucho entusiasmo.
– ¡Tampoco tenemos que pasar a temas tan poco interesantes! - se indigna Calliopé. - No sé qué es lo que ustedes piensan, pero hicimos bien en pedirle a Silvio que preparara dos habitaciones, ¿no?

Y comienza a reír, muy orgullosa de sí misma. Dante pega su mano entera sobre el rostro de su hermana, con tanta firmeza como suavidad, y suelta:

– Te callas o te vas.

Ella ríe más fuerte, ahogada contra la palma de su hermano, y siento que ambos conocen este gesto de memoria. Que él la ataca sin

hacerle daño, que ella hace como si no pudiera separarse, como cuando eran niños. Nunca he tenido este tipo de complicidad con Jonas. Nuestras peleas siempre han sido muy reales. Y escasas. La mayoría del tiempo, preferíamos ignorarnos.

– Solveig - vuelve a lanzar la castaña quitando la mano de su hermano - ¿también a ti te toma así la cabeza cuando...?

Dante la interrumpe de nuevo tapándole la boca con la mano. Luego la levanta de la encimera, la lanza sobre su hombro y la lleva fuera de la cocina, con una ligera sonrisa irreprimible sobre los labios.

– Ya vuelvo - me resopla de paso.

Estas dos simples palabras me hacen estremecer. Porque tenían el sabor de sus besos de ayer. El sonido ronco y suave de sus murmullos. Estos recuerdos me hacen sonrojar. Miro al hombre del fénix alejarse en el pasillo con su andar indolente y su hermana riendo al hombro. Y les sonrío sin que me vean.

Hace apenas tres minutos, tenía ganas de llorar...

Cuando regresa, Dante agregó una camisa de mezclilla a su camiseta blanca escotada. Con sus pantalones negros ceñidos, lleva el mismo atuendo que traía el día que nos conocimos en Nueva York. Hace ocho días. Y mil quinientos kilómetros.

¿Por qué siento como si fuera hace diez años?

– ¿Quieres comer algo? - me propone abriendo una alacena.
– No.
– Tenemos cosas dulces.
– No, gracias.
– Necesitas tu dosis...
– No, no tengo hambre.
– OK… ¿Quieres hablar de eso? - pregunta recargándose sobre la pared más lejana a mí, con los brazos cruzados.
– No.
– ¿Segura?
– Sí.
– ¿Acaso estamos jugando al juego de respuestas de sí y no y se te olvidó avisarme? - intenta hacerme sonreír.
– Si quieres.
– No, no quiero, Solveig. Normalmente soy yo quien no habla. Si tú tomas mi lugar, me veré obligado a tomar el tuyo.
– Es molesto no tener ninguna respuesta, ¿no? - resoplo con un

tono amargo poniendo mi taza vacía en el fregadero.

Debo parecer triste, perdida, confundida, por la manera en que Dante me mira. Con sus ojos negros llenos de ternura. Él entrecierra un poco los párpados antes de murmurar:

– Si no, basta con no hacer preguntas.
– No sé hacer eso.

Nos miramos de nuevo, por mucho tiempo, con intensidad, pero es una mirada imposible de descifrar. Ni siquiera sé si me arrepiento de anoche. Este nuevo incumplimiento de contrato. El que yo misma establecí. Pero odio terriblemente haber cedido de nuevo. Caí ante su encanto sobrenatural, su sex appeal poderoso. Anoche, creo que nada podría haberme detenido. Esta mañana, hago todo para escapar de él. Pero este jueguito no puede durar por siempre. Él no se merece esto. Yo tampoco. Y mi corazón no aguantará tanto.

Desvío la mirada y me pongo a lavar los trastes, como si lavar esta taza fuera a borrar algo.

– No hagas eso - dice suavemente pasando su brazo encima del mío para cerrar el grifo.
– Lo necesito - farfullo.

Entonces vuelve a abrir el agua. Su piel roza la mía. Sus suspiro acaricia mi mejilla. Mis lágrimas corren en silencio, al mismo tiempo que el agua entra en la taza. Pero estas son más ardientes todavía.

Cuando termino de lavar llorando, él me sigue mirando. Con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada y la mordida apretada. Sus pupilas negras están llenas de ternura. Y de una especie de impotencia también. O de resignación tal vez. Es imposible saber qué siente. Siento que simplemente ha decidido no pensar en eso. Me encantaría tener su aplomo, su carácter. Me encantaría poder hacer como si nada pasara.

Y sobre todo, me encantaría no tener tantas ganas de volver a comenzar.

– ¿Nos ocupamos de la *bestia*? - sugiere levantando una ceja.
– Es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo - confirmo.

Él se esconde para sonreír y toma la delantera con indolencia. Sin quererlo, yo también sonrío.

***

Mi Chevy amado está de regreso bajo el gran árbol, frente a la residencia. Me parece que está más limpio, menos viejo, y eso no me gusta. El mecánico de ayer está aquí también, frotando una mancha inexistente con un trapo sobre el capó.

– No tiene por qué esmerarse tanto - murmuro para mis adentros. - No a todo el mundo le gustan las caricias...

El castaño tenebroso tose de una forma extraña, a mi lado.

– Más le vale que no haya lavado la parte trasera con cloro sin mi permiso - susurro de nuevo.

– Relájate, Tutu, ningún auto ha sido maltratado durante la noche.

– Pude arreglar el problema con la calefacción - anuncia el mecánico orgulloso. - Pero créanme, ese es el problema menos grave. Reparé lo que pude, pero soy mecánico, no un mago. Este auto jamás llegará a Seattle, es todo lo que puedo decirles.

– Genial - comenta Dante con ironía.

– ¡No le creo! - me ofusco.

– Tengo algunas joyas de segunda mano que les puedo vender en el taller, si les interesa.

– Ni siquiera lo pienses - le advierto de inmediato a mi acompañante.

– Nos conformaremos con esta carcacha - se rinde antes de pagarle al mecánico. - Gracias por hacerlo tan rápido.

Mientras que Dante lanza nuestras maletas en la cajuela, corro detrás de él prometiendo que se lo voy a rembolsar, explicándole que estoy un poco corta de dinero en este momento, pero que no pienso ser una mantenida durante los próximos meses.

Cerca de la puerta de la mansión, Calliopé me interrumpe riendo:

– Solo tienes que bailar para él, Tutu, ¡con eso puedes pagarlo!

– Cállate, Callie - le lanza su hermano desde lejos.

Luego va a darle un abrazo y me quedo distante para darles un poco de intimidad. Una vez que termina su conversación, me despido de la castaña con un gesto de la mano.

– Me dio gusto conocerte - me grita.

– A mí también, me siento un poco menos loca a tu lado - bromeo.

– ¡Lo mismo digo! Espero que nos volvamos a ver.

– Yo creo que sí... - digo con más suavidad pensando en el juicio que podría reunirnos.

– ¿Nos vamos? - me presiona Dante abriéndome la portezuela.

– ¡Adió, Village People! - concluye Calliopé, casi triste. - ¡Diviértanse sin mí! ¡No olviden que solo se vive una vez! ¡Y ayuden a todos los que están perdidos al lado del camino, todavía nos faltan tres miembros para el grupo! ¡Empezaré a hacer los disfraces!

Río subiendo al auto, Dante me acompaña en el asiento del copiloto y enciende él mismo el motor.

– ¡Arranca antes de que se suba al auto! Puedo soportar a una mujer. Pero dos, va más allá de todas mis fuerzas.

– Pobrecito bebé - ironizo.

– No me llames así - gruñe. - ¿Y por qué sonríes?

– Estoy contenta... Y sigue oliendo a bacalao.

– Mierda, nunca te voy a entender - suspira antes de echar la cabeza hacia atrás.

Un poco más tranquila, tomo la carretera que nos hará dejar Illinois para atravesar Wisconsin. Andamos en silencio, durante más de una hora. Dante regresa a su posición delantera y hace como si meditara, con las piernas extendidas, los brazos cruzados y los ojos cerrados. Al pasar Milwaukee, se endereza refunfuñando y aprieta todos los botones del tablero del Chevy.

– Mierda, está empezando otra vez...

Se quita la camisa de mezclilla, la hace bola y la lanza sobre el asiento trasero. Yo también empezaba a morir de calor, pero no me atrevía a decirlo. Creo que el problema de la calefacción está de regreso.

– ¡Sabía que ese mecánico era un fraude!

– Él no es el problema, Sol, ¡es tu maldito auto!

– ¡No hables así de él! - susurro cubriendo la salida del aire como si le tapara los oídos.

– Bueno, muy mal por ti - dice antes de contorsionarse en la cabina.

– ¿Qué diablos estás...?

Dante se desabrocha el cinturón de seguridad y se quita la camiseta para hacerla volar a la parte trasera. Vuelve a abrocharse el cinturón sobre su torso desnudo y debo luchar con todas mis fuerzas para concentrarme en el camino. Mantengo los puños apretados sobre

el volante. Los párpados bien abiertos. Me prohíbo pestañear, me muerdo las mejillas y miro al frente. Su piel mate, sus tatuajes negros y sus músculos marcados se obstinan en danzar en la esquina derecha de mi campo de visión.

– ¡Eso va totalmente contra las reglas! - termino por refunfuñar.

– Es culpa tuya.

– ¡Puedes tener calor y mantener la ropa puesta, como todo el mundo!

– No. Tú puedes tener un aire acondicionado normal. O dejarme comprar otro auto.

– Uno no abandona una *bestia* a orillas del camino. ¡Jamás! Fuiste tú quien me enseñó eso.

– ¡Cuando está muerta, sí!

– ¿Qué? - me indigno con la boca abierta. - Retira lo que dijiste.

– No.

– ¡Sí!

– Es la verdad, tu Chevy está perdido.

– ¡Esa no es razón para desnudarte frente a él! - gruño con más fuerza.

– ¡Hago lo que quiero! - se molesta.

– ¿Y si yo condujera desnuda también, te parecería normal?

– Eso me parecería... sexy.

Sus gruñidos de rabia se transforman en una carcajada ronca, contagiosa. Se ve todavía más apuesto cuando sus rasgos se relajan, su boca carnosa se estira y sus ojos negros risueños iluminan su rostro serio. Miro al camino. Para dejar de derretirme. Pero no puedo evitar reír con él.

Cuando el silencio regresa al auto sobrecalentado, se vuelve pesado. Y dura demasiado tiempo. Busco algo que decir, pero Dante es el primero en intervenir.

– No deberías pensar tanto.

– ¿Ah no?

– Ni culparte.

– Es fácil decirlo... - murmuro.

– Te estás lastimando sin necesidad. Cuando yo lo único que quiero es... hacerte bien - resopla con un tono más bajo.

– ¿Qué?

– Se podría decir... no sé - vacila. - Que estoy a tu servicio. Cuando lo necesites.

– ¿Ahora tú eres el *go-go dancer*? - pregunto perpleja. - ¿Eres fotógrafo, mecánico, veterinario y hasta gigoló?

– No, solo soy tu compañero de camino. Y puedo acompañarte... como quieras. Cuando quieras. Si quieres.

Me sonrojo ante esta propuesta perfectamente indecente. Él me sonríe y no respondo nada. Mis pensamientos se acumulan. Mentiría si dijera que no estoy interesada. Pero mi corazón se estruja estúpidamente al comprender los términos tácitos de este nuevo contrato. Para el hombre fénix, no es más que sexo.

Y eso tampoco sé hacerlo...

– Dante - digo apretando tanto el volante que me lastimo las manos. Tú y yo... simplemente no podemos. Así son las cosas.
– Así son las cosas - repite, casi ausente.

Y sus ojos negros y rígidos se pierden al otro lado, a través de su ventana abierta. Sus brazos musculosos y tatuados se cruzan de nuevo sobre su torso desnudo. La burbuja volvió a cerrarse. Sin duda es mejor así.

Continuamos por el camino en medio de un calor asfixiante y un silencio interminable. Luego el timbre del teléfono nos asusta a ambos.

– Tengo que detenerme, es mi abogado - anuncio observando mi pantalla desde lejos.
– Sigue conduciendo - gruñe mi copiloto.

Contesto y pego el teléfono a mi oído. Odio que me den órdenes, pero debo tomar esta llamada y no tengo tiempo de discutir. Su mano permanece en el aire, cerca de mi rostro mientras la piel fina y sedosa de su brazo ardiente roza la de mi hombro desnudo. Hirviente. Recibo una pequeña descarga de electricidad estática. Él también la siente. Y pierdo el hilo de lo que debo hacer o decir.

– ¿Diga, diga? ¿Hay alguien? - escucho a lo lejos.
– ¡Sí, aquí estoy! Hola, licenciado.
– Solveig, tengo algo no muy agradable que decirte.
– No es lo que necesito el día de hoy - respondo cansada.
– Bueno, saqué los estados de sus cuentas comunes, para ver si podía evitar la prohibición bancaria.
– Y supongo que no... - adivino.
– No, pero descubrí otra cosa. Esto puede lastimarte pero ten en mente que será muy útil para el juicio.
– Lo escucho - me impaciento, nerviosa.
– Tu marido…
– ¿Sí?

– Preston mantenía al menos a otras dos mujeres. - Tenía amantes, Solveig. Lo lamento.

Un hoyo se forma en mi corazón. Y el aire que entra en el auto logra darme frío. A pesar de la calefacción, la canícula y el ardiente hombre a mi lado. Me siento traicionada, abandonada, vacía. No entiendo nada. Una nueva descarga se produce. Pero esta vez, yo soy la única que siente el shock.

«Siempresola», de nuevo. Así son las cosas.

Hasta los muertos se ríen de mí.

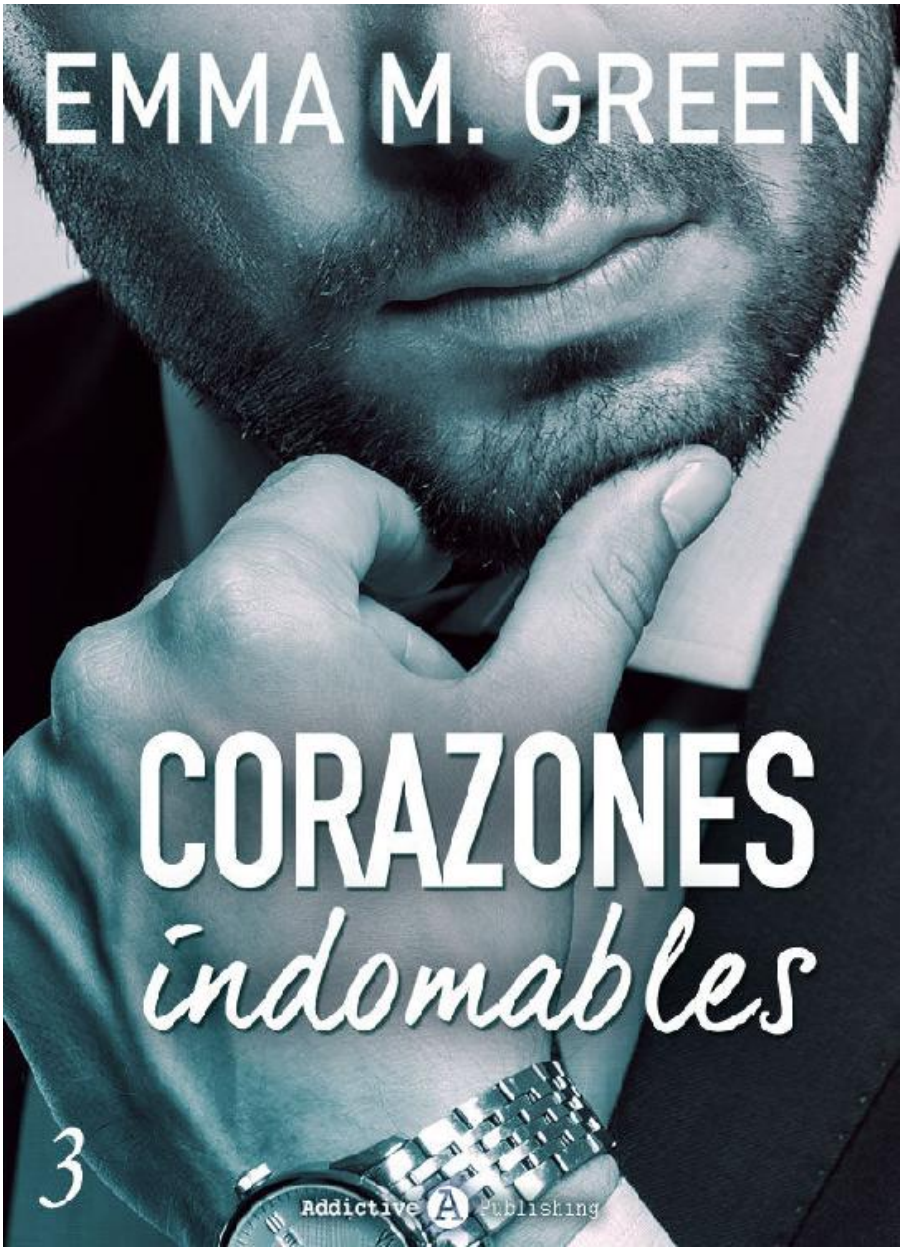
Continuará…
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Corazones indomables - Vol. 3

Después de haber enviudado con tan solo 25 años, Solveig decide dejar lo poco que le queda para recorrer los Estados Unidos de este a oeste al volante de su montón de fierro viejo. El objetivo del viaje: el juicio del chofer ebrio que le arrancó al hombre de su vida. Pero antes de eso, la rubia explosiva debe compartir gran parte del camino con Dante, un espécimen que es tan sombrío y atormentado como ella es atrevida y radiante.

El único problema es que al apuesto tatuado y misterioso no le gusta que le digan qué hacer. A solas durante cinco mil kilómetros, ¿cómo podrán estas dos almas tan opuestas y estos corazones insumisos compartir el camino? ¿Y hasta dónde los llevará este road trip?


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
3
Addictive Publishing

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

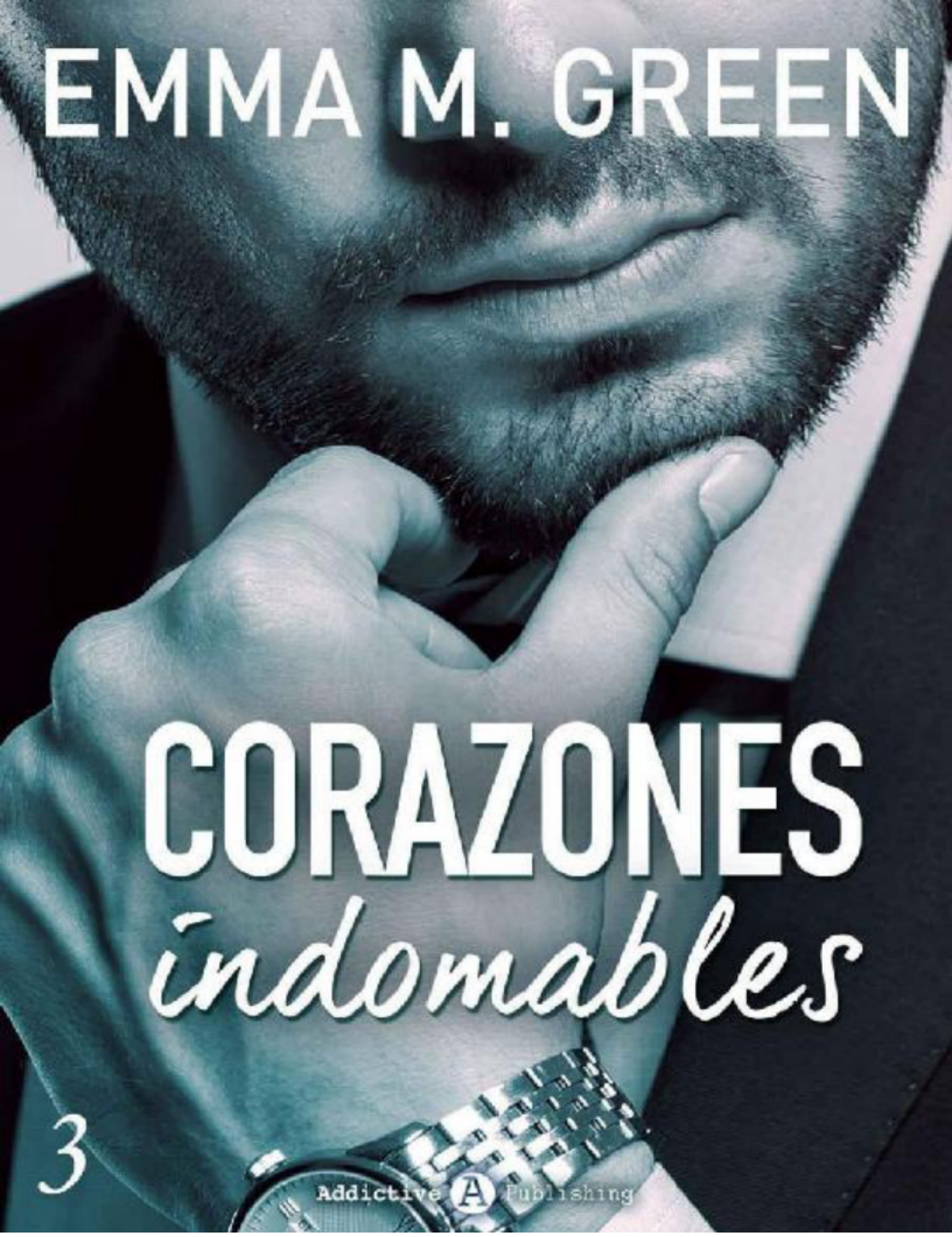
Pulsa para conseguir un muestra gratis

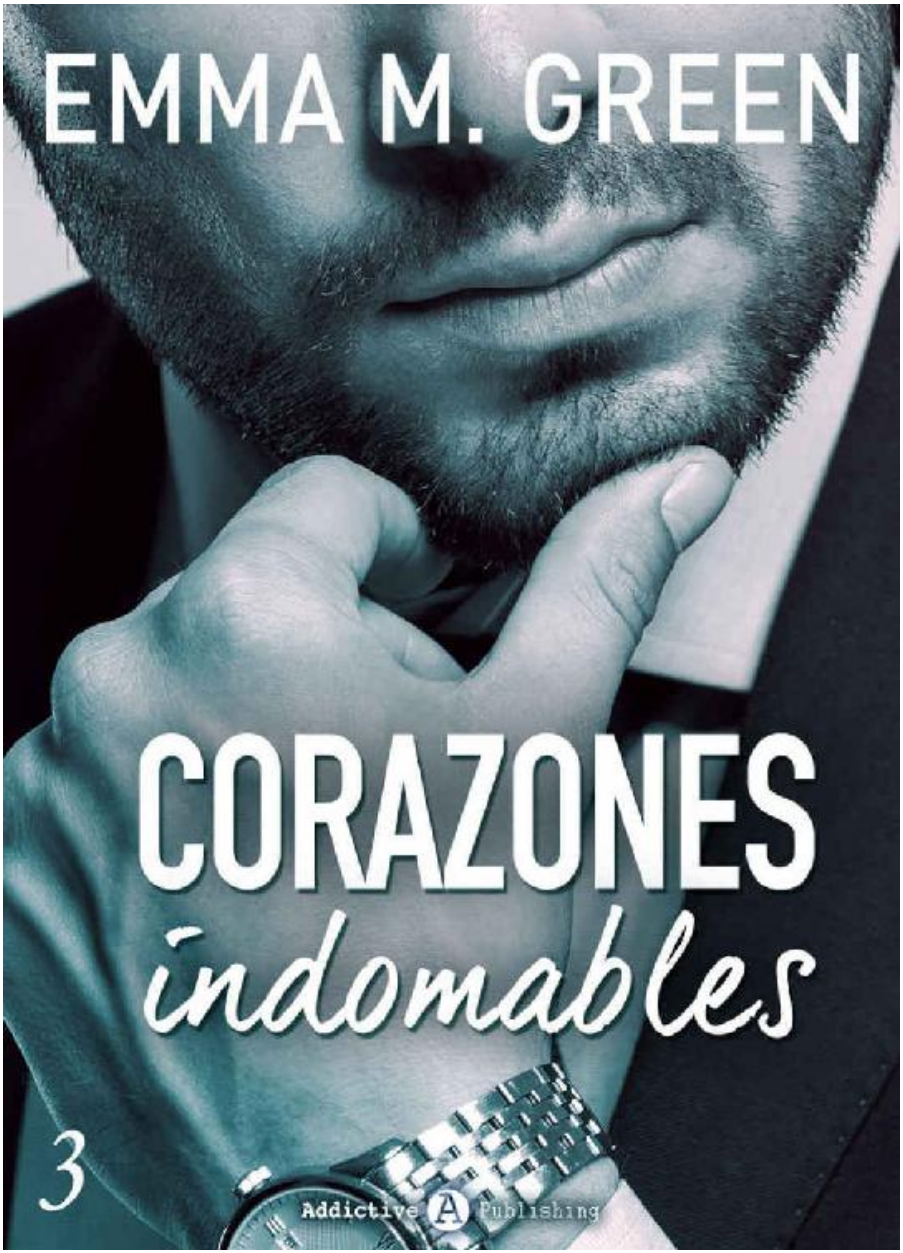
© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris

April 2017

ISBN 9791025737149

ZDAN_002


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
3
Addictive Publishing


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
3
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

Juegos
insolentes
1
EMMA M. GREEN
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

Pulsa para conseguir un muestra gratis

Nina Marx

Pretty escort

1

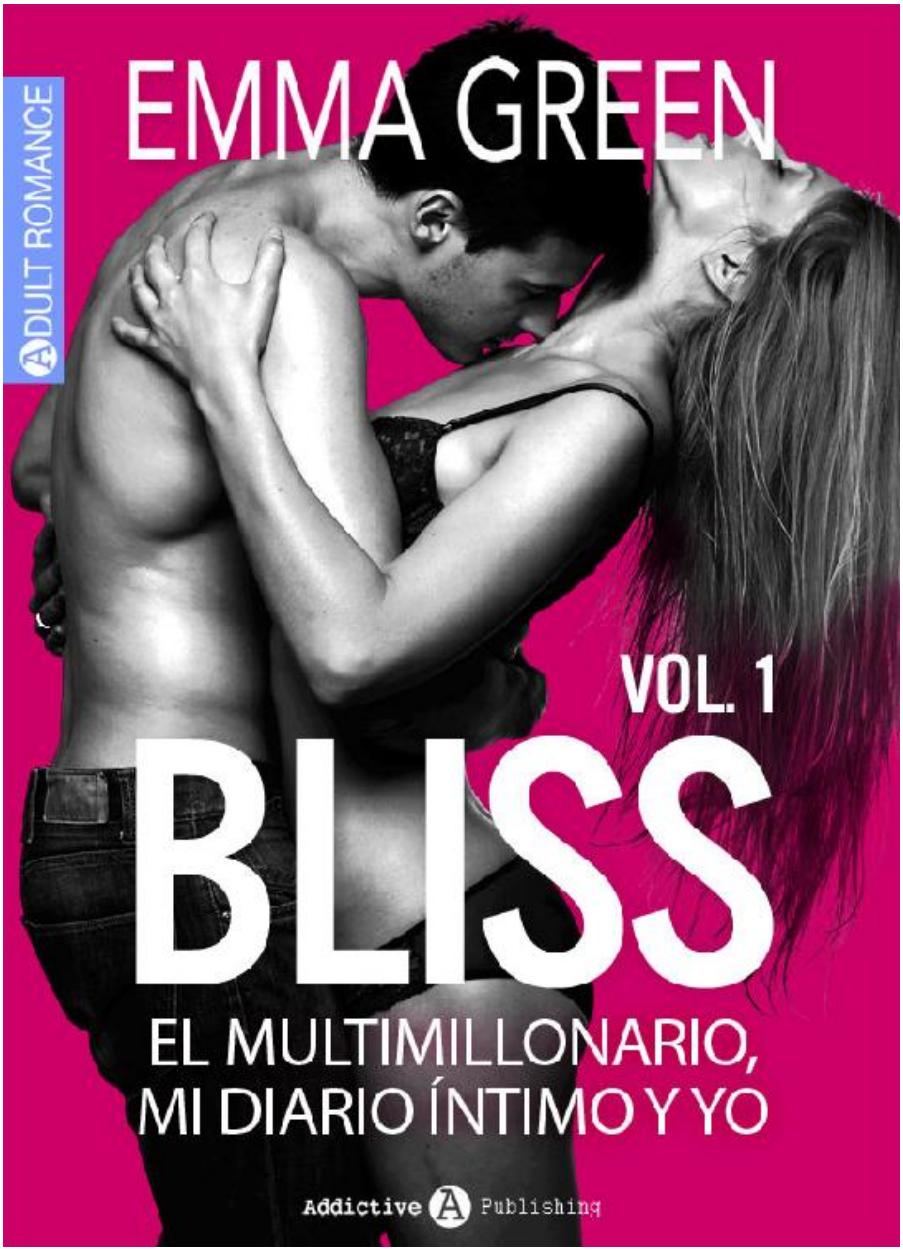
Addictive A Publishing

En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto… Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

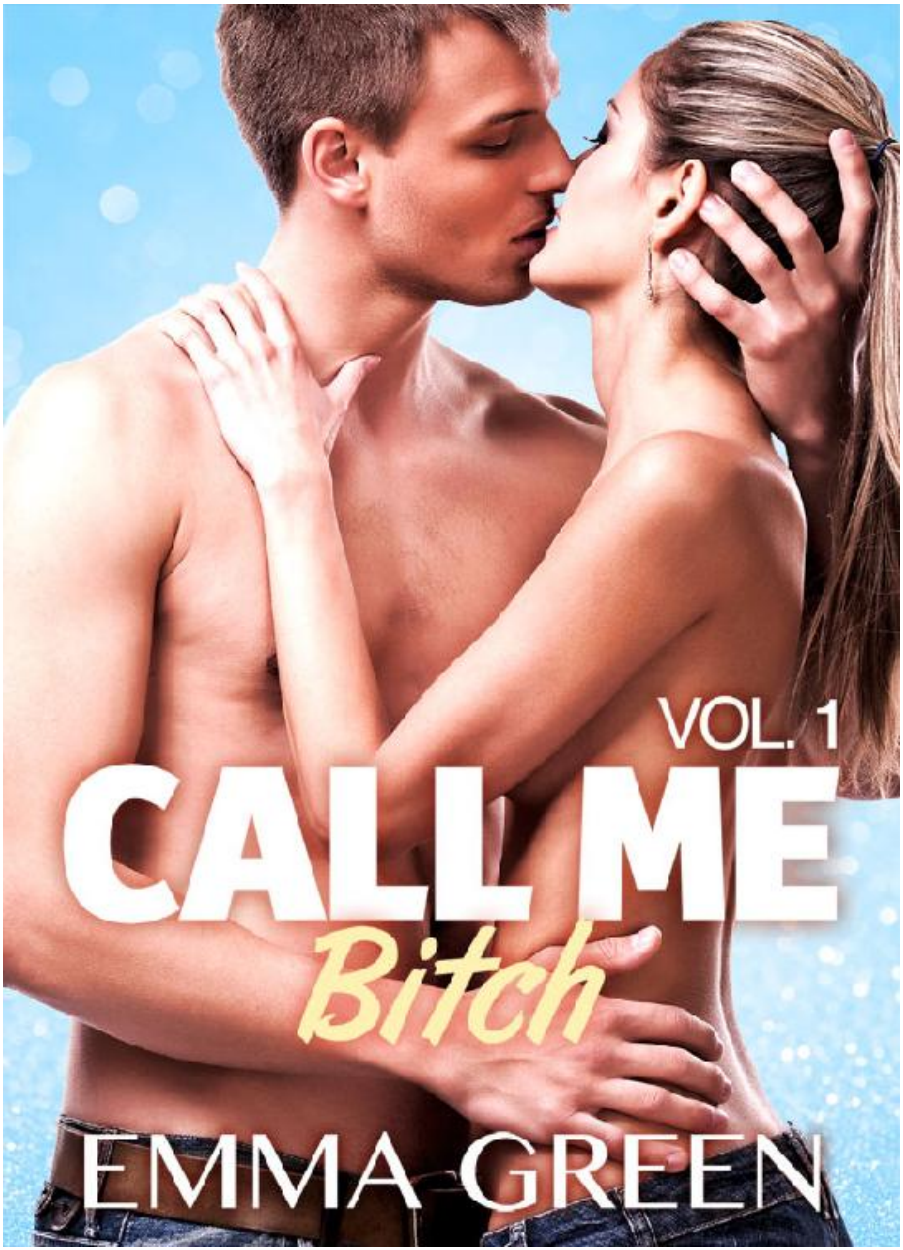

ADULT ROMANCE
EMMA GREEN
VOL. 1
BLISS
EL MULTIMILLONARIO, MI DIARIO ÍNTIMO Y YO
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Call me bitch

A Jude Montgomery, el irredimible dandi millonario, y a Joséphine Merlin, la guapa habladora de mal carácter, se les confía el cuidado de la pequeña Birdie: una princesa de tres años, cuyo adinerado padre, Emmett Rochester, se divierte de lo lindo en las Bermudas con su chica. ¿Será un lindo engaño montado para reunir al mejor amigo de uno y a la hermana gemela de la otra? Si solamente… Ponga en una residencia londinense a los peores niñeros del planeta y los mejores enemigos del mundo, agregue una horrible niña mimada y deje cocer a fuego lento durante dos semanas. ¿El plan más desastroso del universo o la receta para una pasión condimentada, con justo lo que se necesita de amor, odio, humor y deseo?

Pulsa para conseguir un muestra gratis


VOL. 1
CALL ME
Bitch
EMMA GREEN

En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño… aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo… o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán… aunque no quieran.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

ROSE M. BECKER

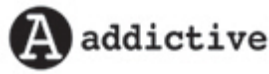
EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO

Addictive Publishing

Emma M. Green

Corazones indomables

Volumen 3



1. Asimilar

Dos días. Llevo dos días dándole vueltas en mi mente a esas dos terribles frases. Junto con los millones de preguntas que van de la mano.

«Preston mantenía a al menos dos mujeres más. Tenía amantes.»

Elegí a esta abogada por una razón, además de que sus tarifas eran un poco menos exorbitantes que las demás: es directa. Jamás ha intentado maquillar las cosas. Nunca me ha hablado de forma condescendiente, ni me ha tratado como una niña pequeña, tonta o frágil que no puede manejar la situación. Annette Ewing acaba de demostrarme una vez más que tomé la decisión correcta. Que su franqueza es total. Que las mujeres tienen un valor que a menudo le hace falta a los hombres. Ella me dijo la verdad directamente. Me arrancó la etiqueta de viuda, como quitándome una bandita demasiado rápido, sin avisar, para después pegarme la de mujer engañada.

En este momento, no sé cuál de las dos duele más.

De por sí, una amante me hubiera parecido impensable. Pero dos. Al menos dos. O más. ¿Y quiénes? Ni siquiera pensé en preguntarle los nombres a mi abogada. ¿Acaso las conozco? Preston se la pasaba en el hospital. Seguramente esas mujeres eran sus colegas. O más bien las mías, ya que las «mantenía». Chicas como yo, no muy ricas y que se impresionan fácilmente. Enfermeras con las que me cruzaba todos los días. Recepcionistas. Tal vez pacientes que conoció en urgencias. Por supuesto que era seductor, muy elocuente. Pero los habladores son los peores, ¿no? Claro que se dio cuenta de que sus padres tenían razón y que yo no era suficiente para él, pero aun así me eligió, ¿no? ¿Para qué casarse con una mujer si amaba a varias? ¿También amaba a las otras? ¿O solo se conformaba con sentirse bien un rato en la sala de descanso, después de una guardia demasiado larga, una noche demasiado dura, una muerte más? Ya le estoy buscando excusas. Tal vez las llevaba a cenar, antes o después. Las seducía con palabras de

amor. ¿Las hacía reír? Seguramente. ¿Las hacía sentir importantes? Más bellas, más seductoras de lo que eran. Conozco bien ese sentimiento. ¿Acaso mi marido le decía a las otras mujeres que ellas eran las únicas? ¿Acaso me amaba a mí? ¿Más que a las otras o menos?

Y finalmente, ¿por qué esto no me sorprende tanto?

Me trago todas mis preguntas junto con mis lágrimas y sigo manejando. Como desde hace dos días. Sin hablar. El primer día, conduje casi seis días seguidos. De no ser porque mi copiloto me obligó, no me hubiera detenido. No tenía la fuerza para ir a un motel, acostarme en una cama, encontrarme sola y obligarme a pensar. Entonces él aceptó que durmiéramos en el auto por unas horas. Y regresamos al camino. A la velocidad de caracol del Chevy que cada vez tiene más problemas, avanzamos un día más a través de Wisconsin. Por la Interestatal 90 y luego la 94. Desde antier, tengo esa necesidad de que la vida avance, que el paisaje desfile detrás de mi ventana, que las horas pasen, que las verdades se queden tras de mí, ahí donde fueron pronunciados. Que el mundo no deje de girar. Que mi existencia no se quede detenida en esa revelación que mandó todo al diablo. Mi matrimonio. Mi título de viuda devastada. Y las migajas de confianza que tenía en mí.

¿Confiar en los hombre? Ni pensarlo.

El hombre a mi derecha ha sabido respetar mi burbuja, mi silencio, mi espacio vital. Desde hace dos días, Dante se conforma con preguntarme si estoy bien, con su voz grave, perfectamente dosificada, y su tono sedoso que no me molesta. Acepta mis movimientos de cabeza y pestañeos como respuesta. Logramos comunicarnos, casi sin una palabra. A veces enciende la radio. Siento que cambia de estación cada vez que es necesario, justo en el segundo en que quiere hacerlo. Ante cada canción de amor. Ante cada reporte de noticias que habla de muertos en la carretera, de parejas que se separan u hospitales repletos. Definitivamente, ese hombre tan callado sabe bien cómo escuchar. De vez en cuando me ofrece una botella de agua destapada, de la cual bebo y luego se la regreso. Me ofrece una barra de chocolate mordida, con el papel todavía puesto para que no se derrita entre mis dedos. Cuando terminé de comer, él recogió el empaque de mi mano sin que tuviera que pedírselo. Estos pequeños detalles me dan ganas de llorar. Pero también es lo único que me ha ayudado a seguir adelante. A no frenar, estacionarme en el acotamiento, salir a vomitar y tirarme a llorar en el piso.

¿Por qué tengo tanta necesidad de que alguien se ocupe de mí?

La noche anterior, cuando el viento se volvió fresco y yo seguía manejando, el tatuado se retiró la camisa para cubrir mi piel de gallina. Olía a él, pero ni modo. Eso me recordó los sacos que Preston me ponía sobre los hombros, pero ni modo. Ni siquiera me había dado cuenta del frío que tenía. Así que metí las manos en las mangas, reí como tonta cuando me di cuenta de lo grandes que me quedaban, los recuerdos fluyeron y mis risas nerviosas se convirtieron en lágrimas de amargura. Dante replegó con cuidado las mangas sobre mis antebrazos, mientras que yo conducía con la otra mano, y eso me hizo mucho bien. Lo suficiente para arreglar el problema.

Al menos uno de tantos.

Y después, todos los demás regresaron de golpe. Los problemas de dinero, de familia, del corazón. Las dos frases cayeron nuevamente sobre mí como una bofetada, como un golpe contundente. *Al menos otras dos mujeres. Amantes.* En ese momento, tuve un deseo repentino e irreprimible de llamar a los Camden. De contarles el tipo de hombre que es su adorado hijo. Era. Lo que hacía con nuestro dinero al que yo ya no tengo ningún derecho. Podría haber demandado a mis ex suegros para que me regresaran todo lo que su perfecto Preston se había gastado en sus otras mujeres. Decirles que ahora sí tenían una buena razón para pensar que mandé a asesinar al hombre que me engañaba. Pero Dante tomó mi puño con suavidad. Recuperó el celular que apretaba entre mis dedos que temblaban de rabia. Volvió a colocar mi mano sobre el volante. Y su voz ronca y calmada decretó:

– No en caliente, no así.

Tenía razón. Seguí conduciendo, mirando hacia el frente. Sintiendo mi piel estremeciéndose donde la había tocado. Escuchando mi pulso golpeando, justo ahí, bajo mi puño. Y visualizando mi sangre huyendo de mi corazón, a toda velocidad, como si supiera que ya no había nada más por hacer. Por salvar.

Entonces intento acelerar más, para olvidar, para huir yo también. Pero el pedal se resiste bajo mi pie. El motor no puede más. Lo sé desde hace kilómetros. No me atrevo a admitirlo. La *bestia* avanza cada vez más lento y mi copiloto no me hace ninguna pregunta. «¿Por qué no conduces? ¿Por qué ríes llorando? ¿Qué fue lo que te puso en ese estado? ¿Por qué golpeas el volante?» Eso es lo que me debería preguntar, si fuera una persona normal. Entonces golpeo con el doble de fuerza el maldito claxon que emite un sonido ridículo, como el

juguete desgastado de un perro.

– Si quieres, desquítate conmigo - dice con una voz pausada deteniendo mi acceso de violencia.

– ¡Deja de ser tan amable, Dante! - le grito en respuesta. - ¡Hazme un favor y sé un idiota como todos los hombres! ¡Deja de tocarme, de ayudarme, de consolarme! ¡Ya te dije que tú y yo no tenemos ningún derecho!

Mezclo todo, grito, golpeo, lloro y mi Chevy se rinde al mismo tiempo que yo.

***

Eso fue anoche. Era tarde y estaba cansada. Dejé que Dante tomara el control de las cosas. Que llamara a una grúa. Que encontrara un motel. Que casi me cargara hasta la habitación. Por así decirlo. Solo había una habitación. Ni rechisté. Me recosté sobre una cama, completamente vestida. El Fénix se sentó sobre la otra, de espaldas a mí, lejos. Y debo haberme dormido sin siquiera tener tiempo de pensar en ello.

Trece horas más tarde, me desperté en un estado de enajenación, como si estuviera entre las nubes. Ese sueño profundo y reparador me hizo mucho bien. Pero ya no sé ni dónde estoy, qué día es, ni dónde está mi compañero. O mi Chevy querido. De pie frente a la ventana de la habitación, ya no lo veo en el estacionamiento del motel.

Sin embargo, fue ahí donde la grúa lo dejó anoche. Eso lo recuerdo perfectamente. En el mismo lugar ahora está estacionada una SUV flamante, nueva, enorme, viril, con una pintura metálica gris obscuro en la cual el sol se refleja tanto que me deslumbra.

– ¿Qué es eso? - comienzo a pensar en voz alta, en pánico. - ¿De dónde salió? ¿Por qué está aquí? ¿Dónde está la *bestia*? ¿Me estoy volviendo loca o qué? Claro que estoy hablando sola, ya que estoy... ¡¿Dante?! ¿Estás aquí?

Sigo teniendo puesta mi camisa de mezclilla demasiado grande que me llega más abajo de los shorts, como si no llevara nada abajo. Verifico a toda velocidad. Sigo teniendo toda mi ropa. Incluyendo la interior. Resoplo. Me dirijo hacia el baño donde creo escuchar ruido de agua.

– Fénix, ¿eres tú atrás de esa cortina? ¡Dime que eres tú o grito! ¿Quién está tomando una ducha en *mi* habitación de motel?

– Está bien, Tutu, cálmate, soy yo.

– Quiero una prueba.

– No, no lo creo.

– ¡Muéstrame algo que conozca!

– ¿En serio me acabas de pedir eso? - se ríe su voz grave y divertida.

– ¡Tus tatuajes o lo que sea!

Dante saca un brazo de atrás de la cortina. Reconozco al fénix negro sobre su piel mojada y enjabonada. Es demasiado bello. Desvío la mirada. Le hablo a mi reflejo en el espejo.

– ¿Dónde está mi Chevy?

– No pude salvarlo, lo siento.

– ¡¿Estás bromeando?!

– Es un milagro que haya aguantado casi dos semanas.

– ¡Dante, sal de esa ducha para que pueda hacerte daño!

– Te juro que el mecánico intentó todo. Pero gané algunos dólares para ti con las piezas.

– ¡¿Deshuesaste mi auto?!

– Yo no, él. El dinero está en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Miro las prendas obscuras echas bola sobre el mosaico verde del baño. Obviamente no voy a meter la mano entre sus jeans y sus bóxers negros. El agua sigue corriendo, a mis espaldas, e intento no imaginarme al bello tatuado detrás de la cortina. Frotándose los músculos, enjuagando su piel bronceada, pasándose las manos por el cabello empapado, masajeándose la nuca y sus amplios hombros bajo el poderoso chorro. El vapor cubre poco a poco el gran espejo y ya no puedo verme. Podría irme. En lugar de eso, me volteo y le hablo a la silueta invisible bajo la ducha.

– ¿Qué es ese horror que está estacionado en su lugar?

– Un auto que sí funciona.

– Que *tú* pagaste - gruño.

– No es un regalo, Sol. Me la compré a mí mismo. Así será mi auto, mis reglas - agrega con un tono de provocación en la voz.

– ¡Estás soñando, Salinger! ¡Este es mi *road trip*!

– Está bien, Tutu, te dejaré conducir.

– ¡Deja de llamarme así!

– Pero con una condición...

– ¿Qué? ¡Claro que no...!

– Solamente si miras el camino. Y nada más.

Este es el momento que Dante elige para cerrar el agua y salir de la ducha. Desnudo. Terriblemente desnudo. Lo miro, obligatoriamente. Me callo, evidentemente. Y el bastardo sonríe, naturalmente. Empapado, brillante, orgulloso de sí mismo, sexy a morir.

– ¿Necesitas que te tranquilicen? - me pregunta el insolente sin deshacerse de su sonrisa horripilante.

Le lanzo una toalla a la cara y me voy corriendo, mientras que él se seca el cabello. Azoto la puerta del baño y me siento de nuevo sobre la cama. Perdí mi Chevy. Mi lengua. Un poco de mi orgullo. Llevo puesta su maldita camisa de mezclilla que transpira su aroma. Tengo las retinas traumatizadas por ese espectáculo lleno de sex appeal y de virilidad. Y ni siquiera pensé en reclamarle por eso.

***

Tomé un buen desayuno mientras que él terminaba de prepararse. Después pasé una hora en el baño, para hacerlo esperar. Imaginándome. Llenándose de rabia. Luego le regresé su camisa y recuperé mi dinero. Lo metí en mi sobre kraft delgaducho, con todo lo que me quedaba de ahorros, dándome cuenta de que esos casi setecientos dólares no me iban a salvar la vida. Deberían rendir al menos hasta que Ali me dé la renta siguiente.

Cambiamos de lugares y regresamos al camino. Me siento inútil y ociosa en el asiento del copiloto. Él está detrás del volante, un poco menos enojado que antes. Lo miro con el rabillo conduciendo, con esa forma que tiene de vivir, indolente y a la vez concentrado. Sus ojos negros clavados en el camino, sus ceño fruncido, su brazo derecho tenso sobre el volante y el izquierdo replegado contra la ventanilla, con su mano paseándose sobre su barba, su mentón, sus mejillas, sus sienes, su cuello. Y luego vuelve a comenzar. Como un tic que me tranquiliza. Como si se acariciara solo porque nadie más lo hace. O al menos eso es lo que parece.

Pero no me importa, sigo sin querer hablarle.

– Pudiste haberme dejado despedirme - refunfuño.
– ¿De Bacalao? ¿Sigues con eso? - me pregunta perplejo.
– ¡De mi auto! Cuando me duermo, está ahí. ¡Me despierto y ha desaparecido!
– Tienes un serio problema de abandono, Solveig...

– ¡Y tú te acaricias a ti mismo! - respondo enojada.

El castaño tenebroso cesa su gesto repetitivo y termina por sonreír, como si se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Luego desacelera y detiene la SUV sobre el acotamiento. Se desabrocha el cinturón y voltea para observarme con sus bellos ojos obscuros y entrecerrados.

– Anda, conduce.
– ¿Qué?
– Vas a tomar el volante, para despejarte. Para pasar a otra cosa.
– ¡Jamás! No sabría cómo...
– Estos autos de lujo se manejan casi solos. No tienes nada que temer.
– ¿Y si arruino tu juguete nuevo?
– No me importa, Sol, no es más que una lámina.
– Olvidaba que el dinero no tiene ningún valor para ti... - resoplo con más maldad de la que quisiera.
– No sé qué fue lo que te dijo tu abogado el otro día. Y puedes desquitarte conmigo, si eso te hace sentir mejor. Pero estoy pagando las culpas de alguien más. Espero que lo sepas. No es a mí a quien odias realmente.
– No… - confieso después de un largo silencio. - No te odio. Excepto cuando te desnudas frente a mí.
– Lo lamento por eso - dice con una ligera sonrisa retorcida. - Sé bien que querías mucho a tu Chevrolet... pero yo no soy así. No me importan las cosas materiales. Las posesiones. Siempre viví con todo lo que necesitaba. Y después con nada. Al final, eso no cambia nada.

Me callo nuevamente frente a la profundidad de su mirada, de su voz y de sus palabras, Lo maldigo por tener la razón una vez más. Me maldigo a mí misma porque me parece muy conmovedor, justo e inteligente. Por admirarlo un poco más de lo que debería. Por encariñarme con él, muy a mi pesar. Entonces bromeo, como acostumbro, para evitar tener que pensar en lo que digo.

– Podríamos aunque sea decirle unas palabras de despedida a mi Chevy...
– ¡Mierda, eres más obstinada de lo que creía! - se burla Dante dejar su cabeza hacia el frente.
– ¡Te escucho! - insisto.
– ¡Adiós, montón de fierro viejo, te quisimos mucho! - declara sobriamente.
– Apestabas, te sobrecalentabas, pero nos diste todo lo que tenías... - continúo.
– Excepto el aire acondicionado - murmura el castaño.

– Gracias por habernos traído hasta aquí... - vuelvo a comenzar con un ligero codazo hacia el tatuado.

– Y por haber recibido a Bacalao en tu asiento trasero.

– Y a una fugitiva con ojos de panda...

– Y creo que la *bestia* preferiría que hasta ahí dejáramos su elogio fúnebre - me interrumpe Dante. - Respetemos eso.

– Sé muy bien que te estás burlando de mí, pero lo aceptaré por esta vez - decido.

– Amén - concluye antes de salir de la SUV.

Cambio de lugar al interior del auto mientras que mi copiloto da una vuelta al exterior. Él se acomoda a mi derecha, arregla mi asiento, los retrovisores, acciona el limpiaparabrisas sin querer, lo detiene y enciende el motor en mi lugar.

– ¡No empieces a jugar al macho y a querer hacer todo por mí! - lo regaño.

– ¡OK! - responde levantando las manos al aire. - Confío en ti.

– Mentiroso...

– Puedes hacerle todos los daños que quieras al vehículo. Pero no a nosotros... Bueno, si quieres... No es que quiera darte órdenes...

– ¡Deja de ser tan sarcástico!

– Arranca, Tutu - suspira.

– ¡Y deja de llamarme así!

– Deja de pedirme que deje de hacer cosas y maneja, te lo suplico.

Su paciencia se atenúa y su voz grave se vuelve más densa. Me lleno de valor y me lanzo a la autopista casi desierta, hacia Minneapolis, con más miedo que nada. La SUV llega casi sola a una velocidad de avión, no creo que esté manejando tan rápido, sin esfuerzo ni ruidos extraños en el motor. Dante activa el aire acondicionado que refresca mi frente agradablemente. Luego enciende la radio que no emite ninguna interferencia. Luego toma su cámara y comienza a fotografiarme.

– ¿Qué es lo que estás inmortalizando?

– Tu aire absorto - se burla.

– ¡Estás loco!

– Veo que ya amas a esta nueva *bestia*.

– ¡Te prohíbo que hagas comparaciones! - me rebelo.

Dante ríe para sus adentros y deja la cámara entre sus pies.

– ¡Mira, no huele a nada! - exclamo.

– No puedo mirar un olor, Tutu. Mucho menos una ausencia de

olor.

– ¡Para ser artista, te falta mucha imaginación!

– ¿Desde cuándo la aguafiestas eres tú? - gruñe.

– Desde que conduzco un auto nuevo. Sin olores. Sin sorpresas.

– Como debería de ser.

– ¡Lo siento pero no tiene alma! - sigo refunfuñando.

– Así no tendrás que taparle los oídos cuando quieras decir horrores de él - se burla mi copiloto.

– Confiesa que le falta encanto.

– Es cómodo - me contradice alzando los hombros.

– Sí, pero es casi demasiado fácil, ¿no te parece?

– Es práctico, nada más - intenta concluir.

– Creo que nos vamos a aburrir...

– ¿Contigo? Nunca - me dice con una sonrisa.

– No veo por qué dices eso.

Pero yo también sonrío, sin poder evitarlo.

– Te hacía falta, ¿verdad?

– ¿Qué?

– Que hablara demasiado.

– Ni aunque me torturaran confesaría algo así.

– Aun así... lo siento por estos últimos días - respondo en voz baja. - Debieron parecerte largos. Y horribles.

– No tienes que disculparte, Sol.

– Acabo de hacerlo.

– OK - acepta simplemente.

– ¿Por qué no me preguntas qué pasó?

– Porque tú misma lo dijiste, tengo más talento para escuchar que para hablar.

– ¿Y…?

– Y estaba esperando a que estuvieras lista. Necesitabas tiempo para asimilarlo.

– Tal vez - admito perturbada.

Clavo la mirada en el asfalto que corre bajo las llantas. Contengo las lágrimas que intentan fluir de nuevo. Dejo que la SUV silenciosa me arrulle.

– ¿Quién te lastimó, Solveig? - me pregunta suavemente Dante después de un momento.

– Mi abogada me informó... que mi marido me engañaba.

Suspira con pesar.

– Pobre idiota - suelta.

Y es como si mi corazón se hiciera un poco más ligero.

2. El Lago de los Cisnes

Llevo dos horas manejando y debo reconocer que este nuevo medio de transporte es... simpático. Los asientos son suaves y firmes a la vez. Dentro de la cabina que me parece inmensa, no hace mucho calor ni mucho frío. El aroma ambiental es fresco y puro. No hay ningún ruido sospechoso, solo un sistema de audio de última generación y un GPS que habla con una voz suave y tranquilizadora.

– Odio este auto - gruño de nuevo, para mantener las apariencias.

– Tu Chevy está en un lugar mejor ahora - me comenta el impertinente a mi izquierda, absteniéndose de sonreír y nuevamente instalado detrás del volante.

– Cuando pienso que lo abandonaste...

– ¡Por última vez, Sol, era una vieja carcacha inservible!

– No tengo muchas cosas. Muchos amigos. Mi auto casi era «alguien» para mí - confieso, casi exagerando.

Silencio.

– Ya era hora, Tutu - murmura Dante con una voz casi penosa.

Suspiro.

– Lo sé.

Minneapolis ya no está tan lejos, pero a este ritmo, no llegaremos antes de que anochezca. Dante ya se ha detenido tres veces para contestar llamadas «importantes». Le propuse conducir de nuevo para que pudiera arreglar sus asuntos mientras continuábamos en el camino y se negó. Insistí. Me ignoró.

Encantador.

Cuarta parada inesperada, esta vez en una estación de autoservicio, en la frontera entre Wisconsin y Minnesota. Dante se aleja con indolencia lanzando varios «sí» y «no» en voz baja para luego desaparecer de mi campo de visión. Obviamente, mi mente se pone a

divagar. Él y yo nos hemos prometido nada, ni exclusividad ni fidelidad, estoy perfectamente consciente de eso. Y yo fui la primera en insistir en que no hubiera nada entre nosotros. «No tenemos derecho» a nada de eso. Pero no puedo evitar preguntarme...

¿Hay alguna mujer que lo espere en algún lugar?

¿Morena? ¿Pelirroja? ¿Italiana? ¿Más joven? ¿Con mejor cuerpo? ¿Más experimentada? ¿Una fotógrafa como él? ¿Una modelo? ¿O una exitosa *businesswoman*?

Todo lo que yo no soy...

Intento relajarme con una café. Primero pruebo con un capuchino clásico. Sabe a pipí de gato. Aprieto el botón de «café largo con sabor a vainilla». Asqueroso. Termino por tomar un café negro, corto y poderoso para mi chofer, y un paquete de dulces y una soda para mí. De regreso a la casilla de salida.

Solo que Dante todavía no está de vuelta cuando regreso al cómodo cuero de la SUV. Me tomo su café de un trago para vengarme. Hago una mueca y muerdo un Twizzlers. Nada como un regaliz rojo lleno de productos químicos para aclararse la mente. Cuando mi castaño tenebroso reaparece, con una expresión atormentada, tengo la boca demasiado llena para hablar.

Mejor así, no tengo nada agradable que decirle.

– ¿Hubo un accidente? - me pregunta Dante descubriendo la taza de café vacía.
– No. Te tardaste demasiado en regresar así que me lo tomé.

Silencio incómodo. Mi copiloto se estira, hace chasquear su nuca y luego pone las manos sobre el volante. Algo le molesta, pero no sé qué es. Y no tiene nada que ver con el café.

– Lamento haberte hecho esperar - murmura arrancando de nuevo.

***

Los kilómetros pasan y muero por hablar. Miro hacia mi izquierda, esperando que Dante se decida a explicarme esas misteriosas llamadas, cuando él también termine de asimilar. Pero ningún sonido sale de sus labios. Ni una sola palabra.

– ¿Tu amante está bien? - pregunto de repente, con una voz seguramente demasiado agresiva y aguda.

El hombre del fénix se sorprende. Deja de ver el camino varias veces seguidas para mirarme y luego responde con una voz grave:

– ¿De verdad te interesa?

Desestabilizada, no sé qué responder y me conformo con alzar los hombros. Mi gesto es un poco cobarde, nada inteligente, pero es todo lo que se me ocurre.

– Tal como pensaba - gruñe el rebelde.
– Tu encantador humor está de regreso por lo que veo... - silbo. - Puedes agradecerle de mi parte a la responsable de eso.
– Basta Solveig - me dice amenazante.
– No.
– ¡Te digo que basta!
– ¡Y yo te digo que NO!

El castaño tenebroso aprieta un poco más el volante y agrega, con su mirada obscura perdida en el asfalto:

– Creí que lo nuestro era solo para pasar el tiempo. Ya sabes, que «no teníamos derecho».

Esas fueron mis palabras exactas, no puedo negarlo. Salieron de mi propia boca, hace algunos días. Y sin embargo, duelen. Mucho.

Dante Salinger. El Fénix. Ese desconocido que ya no lo es. Ese amante de un día. De dos noches. Tengo tantas ganas de algo más con él. Pero no tengo derecho de desear eso. Mucho menos de obtenerlo. Y para convencerme a mí misma, me obligo a volver a pensar en lo que nos impide amarnos.

Su hermano mató a mi marido.

Fin de la discusión. Definitivamente.

– Lamento haber pedido demasiado - murmuro antes de quedarme callada.

***

Mi copiloto, nuevamente callado y distante, dejó la interestatal hace casi una hora para tomar pequeños caminos en medio del campo que alargan demasiado nuestro itinerario. Se detiene frecuentemente para tomar fotos de los lagos, ríos y praderas de Minnesota. Todo lo que me apasiona.

Aprovecho estas paradas para llamar a Ali (quien me comunica con mi ficus), pedirle noticias a mi abogada (que sigue sin endulzarme las cosas) y detenerme en un supermercado para comprar un par de prendas y productos de belleza (gracias mi difunto Chevy).

Día 11 de mi road trip: compré un desodorante y un lote de rastrillos.

Sí, no tengamos miedo de decirlo: mi vida es todo lo que soñé.

Él continúa tomando sus fotos. Sin soltar ni una sola palabra.

***

El día está a punto de terminar cuando por fin llegamos a Minneapolis, la ciudad más grande de Minnesota. Ya moría por llegar ahí, regresar al mundo urbano, los edificios, el tráfico, la contaminación, el caos, olvidar un poco la América profunda, sus lagos tranquilos, sus ríos abundantes, sus praderas demasiado verdes. Y por descubrir el segundo *mall* más grande del mundo.

Una debe asumir su superficialidad.

Le doy la dirección de nuestro motel a mi chofer tatuado, pero él sigue haciendo lo que quiere. Le pido que tome la siguiente a la derecha y decide irse a la izquierda, pasa bajo un túnel, atraviesa un puente, casi se pasa un alto para detenerse frente a un gran edificio antiguo de ladrillos y ventanales.

Grabado con una escritura fina, encima de la entrada puedo leer... *ÓPERA*.

– ¿Qué estamos haciendo aquí? - le pregunto al castaño.
– Vamos a cambiar de aires - murmura el hombre sombrío a mi izquierda. - Y tú vas a hacer las paces con tu pasado.

Su última frase fue más dulce y más prudente que la anterior. El auto arranca de nuevo y continúa por algunos metros, hasta la entrada de un gran estacionamiento.

– ¿Mi pasado? ¿Vamos a ver un ballet?

Dante asiente y de pronto me cuesta trabajo respirar. Estoy preocupada, emocionada, ansiosa, aterrada, fragilizada... Un poco de todo al mismo tiempo. Mi copiloto se estaciona y apaga el motor.

– Todo estará bien, Sol...
– Un ballet… - murmuro.
– Puedes hacerlo.
– ¿Seguro?
– Seguro.

Finalmente intercambiamos una mirada y puedo leer una gran ternura en la suya.

– Todavía podemos dar media vuelta.
– No. Quiero... intentarlo.
– Decidida -sonríe. - Como me gusta.

Un agradable calor me atraviesa el vientre al escuchar estas palabras, mientras que el fénix desvía la mirada.

– Solo hay un problema - me doy cuenta de repente.
– ¿Cuál?
– Nuestra ropa. ¡No podemos ir a la ópera así!

Yo llevo unos jeans blancos y camiseta gris, mientras que el tatuado está todo vestido de negro. Casual, pero nada elegante para la ocasión, en lo absoluto.

– Mira en la cajuela... - me sonríe el Sr. Pienso-en-todo. - Tenemos prisa: tienes cinco minutos para cambiarte.

Un magnífico vestido blanco de satín, largo y vaporoso se esconde dentro, junto con un traje chic. No tengo idea cuánto tiempo llevan ahí. Ni cómo aparecieron. Y no me importa. Río, casi olvidando lo mucho que temo el instante que viene a continuación.

«Puedes hacerlo.»

***

Frente a la fachada de la ópera, dudo por un instante. Entonces Dante me toma de la mano y no me deja opción: es ahora o nunca.

Inhalo profundamente y lo sigo, saludo al acomodador mientras me entero de que nos espera una palco privado, en las tribunas altas, frente al escenario.

Conozco estos lugares. Son los más exclusivos y más caros de todos. Los que me hacían soñar cuando era niña, pero que jamás podía pagar.

– ¡Dante, vas demasiado rápido!

Él me sonríe, con un gesto de felicidad, muy orgulloso de su sorpresa. Lo sigo en las escaleras recubiertas de terciopelo rojo, subiendo mi vestido largo e indisciplinado con una mano. Mi mente está obnubilada por dos elementos fascinantes: su cuerpo sublime en ese traje de diseñador mientras sube los escalones a toda velocidad... y lo que me espera. Volver a ver un ballet por primera vez desde mi ruptura repentina, violenta y forzada con la danza. Mi castaño tenebroso abre la puerta de nuestro palco con las paredes obscuras llenas de decoraciones doradas, para después invitarme a entrar. Lo rozo al pasar y me siento sobre uno de los dos únicos sillones.

Escalofríos.

Justo a tiempo. Algunas notas de música clásica, vibrantes y profundas resuenan y la inmensa cortina se abre. Mi corazón late a mil por hora mientras que Dante se sienta a mi lado. Ya no sé si estoy llena de esperanza o completamente desesperada.

El primer acto comienza y me da apnea. Observo la sutileza de los cuerpos en movimiento, la coordinación exacta, la sincronización de las figuras. Ya he danzado este ballet. Decenas de veces. He sido el cisne blanco. El negro. Me he puesto esos trajes y le he dado vida a esos personajes. La danza era mi lenguaje, mi técnica irreprochable era mi armadura, y mi cuerpo mi instrumento más preciado, mi forma de expresión más bella. Me elevaba. Me hacía vivir. Le daba un sentido a mi existencia.

Rememoro todo eso sin dejar nunca de ver el escenario. Las lágrimas fluyen y ya no las contengo. Las dejo correr por mis mejillas como el agua corre por las plumas de la mujer-ave.

– Cuéntame la historia - me murmura de pronto Dante al oído, colocando suavemente su mano sobre la mía.

Puedo adivinar que está intentando comprender mi dolor, y sobre todo apaciguarlo. Entonces me obligo a responderle. A contarle la

extraordinaria, conmovedora y atemporal historia de amor que se desarrolla admirablemente frente a nuestros ojos:

– Él es el príncipe Siegfried. Cuando cumple dieciocho años, su madre le anuncia que al día siguiente tendrá que elegir una esposa en el gran baile de su cumpleaños. Pero Siegfried es un romántico, rebelde e insumiso.

– Como nosotros... - sonríe el apuesto castaño mirando mis labios.

– Enojado, sale por la noche a los alrededores del castillo con una ballesta que le acaban de regalar - continúo, ignorando los escalofríos que me provoca. Es entonces que ve a lo lejos, cerca del lago, un montón de cisnes. ¡Está por dispararles pero detiene de pronto su gesto! Frente a él se encuentra una magnífica mujer vestida con plumas blancas...

– Ya veo... - resopla el hombre del fénix acariciando mi vestido con la mirada.

– Ella le cuenta su historia: se llama Odette...

– Prefiero Tutu. O Sol.

– ¿Piensas dejarme terminar? - pregunto riendo en voz baja.

Dante asiente, con una sonrisa de niño travieso sobre los labios. Es demasiado bello.

–Así que decía... Odette fue hechizada por el terrible brujo Von Rothbart.

– ¿Von qué?

– Rothbart - repito un poco más fuerte para cubrir la música.

– OK. Continúa.

– Siegfried se enamora con locura de la bella criatura, cisne de día y mujer de noche. Para liberarla de su maldición, tiene que casarse con ella. Jura que lo hará...

– Solo que nunca es tan simple.

– Nunca - confirmo. - Al día siguiente, en el baile, Von Rothbart lleva a Odile, el cisne negro, que se parece a Odette par confundirlo. Siegfried se casa con ella y no se da cuenta de su error sino hasta que la verdadera Odette llega...

– Mierda. ¿Y luego?

– Y si pones atención, sabrás lo que sucede después.

– ¡Tutu! ¡No me hagas eso!

– Cállate. Escucha. Mira. Déjate llevar.

Segundo acto. Todo me conmueve. La orquesta sinfónica es magistral. Los bailarines, que luchan contra todo lo que les retiene y nos cuentan su historia sublime, desgarradora. El hombre a mi derecha, concentrado, misterioso y entero, que intenta curar una de

mis heridas trayéndome aquí.

Tercer acto. El príncipe se equivoca de cisne durante la fiesta en el palacio. Mis pensamientos se van a Preston y luego a Dante. ¿Yo también me habré equivocado? Y luego la historia me atrapa por fin. Totalmente. En cuerpo y alma. Me olvido de todo y ya no soy solo una espectadora. Ya ni siquiera la piel suave de Dante contra la mía logra arrancarme de mi contemplación.

– Eres muy bella cuando vibras, Tutu - murmura su voz grave contra mi cuello.

Último acto. El príncipe gana su combate contra el mal y el cisne blanco regresa a su forma humana. Las lágrimas llenan mi ojos, pero ya no son de tristeza. Me doy cuenta de que renuncié. La danza forma parte de mi pasado, al fin hice las paces con eso.

La cortina se cierra ante los interminables aplausos y después el público se levanta bajo nuestros pies. En las alturas, solos en el mundo, Dante y yo nos quedamos en silencio, sentados el uno contra el otro, con nuestras maños en contacto desde hace más de dos horas. Él no intentó quitar la suya. Yo no intenté rechazarla.

– Gracias - murmuro volteándome hacia él.
– Siempre es bueno liberar tensiones, ¿no? - me sonríe suavemente.
– No te imaginas cuánto...

Su mirada intensa y luminosa me atraviesa, juraría que está a punto de decir algo, pero el misterioso hombre se controla justo a tiempo. Ríe un instante para sus adentros, como si se reprochara ser un idiota, y luego se levanta.

– Muero de hambre, Tutu. ¡Podría comerme un cisne entero!
– Muy chistoso...

Tomo la mano que me ofrece y dejamos el palco sin voltear, con la mente llena de bellos arabescos, saltos y cuerpos emotivos.

Dante se retira la chaqueta en el camino y se desanuda la corbata para sentirse libre de nuevo. Una vez que salimos, echo un vistazo tras de mí y frente a la gran ópera de Minneapolis, la emoción me gana de nuevo.

– Sabes, Dante...
– ¿Qué?

Se detiene para mirarme, lleno de curiosidad.

– Estás cambiando muchas cosas en mi vida.

Solté esas palabras como si fueran una bomba. Sin pensarlo, sin intentar protegerme. El castaño tenebroso me escudriña intensamente, con gravedad, esperando la continuación. Me lanzo de nuevo:

– Todo esto me sobrepasa...
– A mí también me sobrepasa.

Esa voz grave, esos ojos negros, esa mordida apretada, esa animalidad. Todo me hace estremecer.

– Antes estaba en contra de los sentimientos - resoplo de nuevo.
– Yo también.
– Son peligrosos.
– Ya sé.
– ¿Entonces qué hacemos?
– Haremos lo que tú quieras.
– No - gruño.

Él frunce el ceño, se pasa la mano por la barba de tres días y responde:

– ¿No qué?
– Eso es demasiado fácil. No haremos lo que *yo* quiera.
– ¿Entonces qué hacemos? - sonríe el insolente.
– Tú dime.

El hombre suspira, divertido y a la vez exasperado con esta conversación.

– Eres muy testaruda, Tutu.
– Y tú quieres decidir todo por mí.
– ¡Te estoy proponiendo hacer lo que *tú* quieras!
– Y me niego.
– Entonces no hacemos nada en absoluto.

Nuestras miradas se imantan, se desafían y sus ojos descienden hacia todo mi cuerpo. Me siento repentinamente ridícula en este vestido de satín tan caro y cruzo los brazos sobre el pecho.

– Deja de esconderte - me resopla el castaño.
– Deja de mirarme - respondo temblando.
– No puedo.

– ¿Por qué?
– Porque eres... adictiva.
– ¿Adictiva? - repito.

Mi corazón late demasiado rápido de repente. Tengo demasiadas ganas de besarlo.

– Me vuelves loco, Solveig - murmura el hombre del fénix.
– ¿Cómo loco?
– No juegues a eso - gruñe.
– ¡No estoy jugando!

Él me observa y termina por creerme.

– Sabes muy bien que todo estuvo perdido desde el inicio - agrega suspirando. - Tú y yo... La atracción era demasiado fuerte.
– ¿Para ti solo es eso? ¿Atracción?
– Es mucho más que eso - responde sobriamente. - Pero intento olvidarlo. Luchar contra mí mismo. Para protegerte.
– ¿De qué?
– De mí, Solveig. No soy lo que necesitas.
– Eso debo decidirlo yo... - resoplo.

Nuestro propio ballet comienza. Nuestras piernas nos llevan hacia el frente y nuestros cuerpos caen el uno contra el otro con una suave violencia. Sus labios carnosos se entreabren para recibir a los míos y su lengua se invita adentro, arrancándome un gemido sordo. Dante me abraza, con mi pecho golpeando contra su torso. Puedo sentir su pasión, su deseo, mientras que lo beso hasta perder el aliento.

Un joven pasa cerca de nosotros y lanza un silbido. Río entre los labios de mi amante, quien me sigue besando apasionadamente. De pronto, lo deseo con urgencia. Rompo nuestro beso, tomo su mano y lo guío corriendo hasta el estacionamiento subterráneo.

En el ascensor, deslizo mis manos bajo su camisa y respiro su aroma. Él gruñe y me mordisquea la oreja. Me derrito. Me besa ferozmente y me aplaca contra el espejo frío. Suelto un grito y luego río contra su boca.

– Te ríes por todo... - pronuncia con su voz ronca.
– ¿Y eso te molesta?
– No. Eso es lo que te hace tan viva, tan bella... - murmura. - Cuando vibras. Cuando ríes. Cuando disfrutas.

Las puertas metálicas se abren, tomo su mano poderosa y lo llevo

conmigo hasta la SUV. El vehículo se abre solo (los milagros de la tecnología) y jalo a mi amante hacia el asiento trasero, listo para enfrentarse a lo que viene.

Lo deseo. Lo necesito. Tengo sed de él.

Su corbata es mi primera víctima. Los botones de su camisa sufren también. Y mientras mis labios se pierden sobre su piel, siento a mi tenebroso tensándose. Y no en el lugar que debería.

– Solveig…

Solo es mi nombre, pero percibo algo que parece angustia en su voz. Entonces me detengo de inmediato.

– Hay algo que debes saber - me dice el castaño.
– …
– Algo crucial.
– …
– Que podría arruinarlo todo - termina de decir Dante dejando mi mirada.

3. Habitación *sencilla*

– Dante, ¿qué sucede?

Puedo sentir su profunda incomodidad, su respiración acelerándose. El hombre del fénix se deja caer contra el asiento de la SUV, como si rindiera las armas. Luego se pasa la mano por la barba naciente, suspira, sacude ligeramente la cabeza. Comienzo a preocuparme seriamente.

– Puedes decirme todo - le resoplo en voz baja.

Sus pupilas negras se clavan en las mías con una intensidad que me desconcierta. Pero resisto. Sostengo su mirada, sin importar que me dé mareo.

– ¿Segura? - me pregunta con su voz ronca.
– Segura.

El castaño tenebroso se lanza al fin, con una voz tan grave que me estremezco:

– Todas esas llamadas del día de hoy... Acabo de enterarme... Por Andrea. Y sus abogados.

Me deja de ver y hace una pausa. Por unos cuantos segundos que parecen una tortura para mí.

– No te detengas, por piedad - respondo temblando. - Continúa.
– Voy a tener que testificar, Sol... - murmura.
– ¿Qué?
– En el juicio... Tendré que pasar al estrado. Y defenderlo.

Veo estrellas. El shock, la rabia y la pena fluyen en mí al mismo tiempo... Mi cerebro no logra concentrarse.

– Tú... ¿Qué? - insisto.
– No tengo opción. Es mi hermano. Se lo debo...

– ¡¿*Se lo debes* ?!
– Solveig…
– ¡Él mató a mi marido! - estallo de pronto.
– Eso no lo he olvidado.
– ¡Terminó con su vida! ¡Arruinó la mía! ¿Así que sabes por dónde puedes meterte tu lealtad y tu sentido del deber? - sollozo.

Estoy por abrir mi portezuela para escaparme de este maldito auto, pero Dante toma mis muñecas y me lo impide.

– Eso me mata, Solveig - gruñe reteniéndome. - Me revuelve por dentro. Estoy dividido entre él y tú. ¿Me entiendes?

Es tan intenso, tan salvaje, tan bello. Pero también es impío. Para mí, para mi pena, mi carga. Entre su hermano y yo, sé muy bien a quién elegirá.

– ¡Suéltame y sal de aquí! - grito de pronto. - ¡Sal de mi vida! ¡No deberías de haber entrado en ella desde un principio! ¡Largo!
– No hagas eso... - resopla liberándome. - Tutu, por favor.

Tutu. La palabra que desencadena todo. Obstinada, furiosa, cegada por la rabia, dejo el asiento trasero con mi ridículo vestido de satín y me acomodo detrás del volante.

– Te he dicho que salgas - gruño fríamente viéndolo en el retrovisor.

Lo veo dudar por un instante y después obedecer. El castaño de camisa blanca arremangada sobre sus brazos tatuados y pantalones de traje abandona el vehículo... y a mí, de paso.

Pero algo no está bien. O dos cosas, para ser más precisa.

Uno: su partida debería haberme tranquilizado... y es todo lo contrario. Dos: no tengo la llave para encender esta maldita SUV. El hombre recargado contra la pared, a algunos metros, es el dueño de este vehículo del mal. Y el único poseedor de la llave.

La impotencia termina conmigo. Me relajo. Una lágrima corre por mi mejilla, seguida por mil más. Recargo la cabeza sobre el volante de cuerpo y dejo salir un poco de la tristeza que me ahoga. Me siento traicionada. Una vez más.

Preston… Y ahora Dante...

Me arrepiento de haberme dejado seducir. Por mi difunto esposo, para empezar: un mentiroso profesional, un actor genial, por quien lloré noches enteras sin saber que yo no era más que un número para él. Pero sobre todo por el salvaje. El tenebroso. Aquel que está *prohibido* para mí. Pensé que Dante era diferente. Que no me manipularía como los demás, que no me abandonaría ante el primer obstáculo. Me equivoqué. Para lograr su cometido, no dudará en dejarme a medio camino. Por así decirlo.

Y sin embargo, hay algo que me impide odiarlo...

Los minutos pasan, recupero lentamente el ánimo y veo con un poco más de claridad. Dante espera a distancia, sin intentar imponerse jamás. Aprecio eso de él. Además de tantas otras cosas que no debería apreciar.

Pero no olvido el resto. O mejor dicho, lo esencial. El hecho de que en ese tribunal seremos adversarios. No habrá dos ganadores. Será él o yo.

– ¿Tienes la llave? - le pregunto de repente, entreabriendo mi portezuela.
– La tengo - confirma simplemente.

Salgo del auto y llego hasta él, con la mano extendida.

– ¿Me la das?
– No.

Su mirada es sombría. Intensa. Tenaz.

– Dante… - gruño.
– Ya te di tiempo de asimilar las cosas. Sube al auto, Solveig - me ordena con una voz calmada y autoritaria. - Al asiento de copiloto. Ahora mismo.
– ¿Y ahora debo obedecerte? - silbo.
– No estás en condiciones de manejar. Haz lo que te digo.
– Ni soñarlo, Salinger.

De repente, el hombre del fénix deja su pared y se acerca a mí con indolencia. Muy cerca. A algunos centímetros de mi rostro.

– Si no subes a ese auto, me veré obligado a llevarte a la fuerza - susurra.
– Gritaré.
– No me importa.

– Lucharé.
– Eso no me impedirá protegerte.
– ¿Protegerme? - repito con una voz ácida. - ¿De ti?
– No. Conmigo.
– ¿Estás bromeando?
– ¿Vienes o no? - murmura cada vez más sombrío.
– No.
– OK. No me dejas opción.

Mi vestido de gala y yo aterrizamos patéticamente sobre su hombro amplio. Me desgañito, lo amenazo con lo peor, agito las piernas y los brazos... y termino sobre el asiento del copiloto, tal como él lo deseaba.

– ¡Vuelve a hacer eso y dile adiós a tu virilidad! - fulmino cuando enciende el motor.
– Lo recordaré.

Tres palabras, eso es todo lo que el salvaje puede responderme. La SUV se dirige hacia la salida y deja el estacionamiento en algunos minutos. Enfurruñada, pegada contra mi ventanilla, observo Minneapolis *by night*. Sus luces, sus calles casi desiertas, sus fachadas de ladrillo.

– ¡Basta! - grito de pronto.

Dante frena y suelta un gruñido sordo.

– Mierda Solveig, ¿nos quieres matar?
– ¡First Hotel! - exclamo señalando con el dedo un inmueble. - Ahí nos vamos a detener.
– ¿Qué? ¡Ni siquiera sabes si queda una habitación disponible!
– Dos.
– Dos habitaciones, perdón - suspira.
– Quiero salir de este auto. Estaciónate, iremos allí.
– Parece caro, Tutu...
– ¡Te he dicho que dejes de llamarme con ese apodo tan estúpido!

Dejo el auto cuando mi piloto ni siquiera ha terminado de estacionarse, me tropiezo con el vestido de gala y suelto toda una serie de groserías que hacen reír a un transeúnte. Espero impaciente, luego recupero mi bolso de la cajuela y corro hacia la entrada del hotel. Sin esperar a Dante…

Quien tenía razón. Me va a costar un riñón.

Hay ladrillos, cuero, mobiliario de estilo industrial y fuentes de luz atenuada por todas partes. Una mesa de billar a mi derecha, un bar lounge a mi izquierda, un fondo sonoro de jazz tranquilizante y un recepcionista hipster que me recibe guiñándome el ojo.

– Sabía que conocería un ángel uno de estos días... - me sonríe el hombre con ojos verdes y un «man bun».

– No se deje engañar por el vestido, ella no tiene nada de angelical. Más bien es un demonio - responde la voz cortante del Fénix, quien acaba de llegar hasta mí.

El hipster calma sus ardores al ver la mordida tensa de mi protector y regresa a lo que estaba haciendo.

– ¿Una habitación, imagino?

– Dos -respondo.

– ¿Tienen habitaciones dobles? - interviene Dante. - ¿Con dos camas?

– Por supuesto, permítame un minuto... - responde el recepcionista mirando su pantalla plana.

– No se moleste. Quiero una sencilla - objeto.

El hipster está muy confundido. Reitero claramente mi petición y después pienso en preguntar las tarifas de las habitaciones.

– Ciento veintinueve dólares por una sencilla, ciento cuarenta y nueve por un doble.

– Ah sí... Bueno...

– Por cuatro estrellas y la cercanía a la ópera es lo menos - me sonríe el hombre con moño.

– No importa el precio. Dos sencillas. Una al lado de la otra - gruñe Dante.

– ¿Con desayuno?

– ¿Nos da las llaves por favor?

Me contengo de reír al escuchar la voz exasperada de mi compañero de viaje y ver la mirada un poco preocupada de su interlocutor. Cuando quiere, Dante puede dar miedo.

¿Acaso estás celoso, Fénix?

Habitación quince. Tomo mi maleta y me dirijo al pasillo de la planta baja. Dante, quien obtuvo la número dieciséis, me sigue de cerca. Imposible perderlo. Sus piernas son más largas. Su maleta más ligera. Intento ignorar su presencia a mis espaldas y me apresuro. Cuando por fin entro en mi habitación y cierro rápidamente la puerta

detrás de mí, escucho su voz grave murmurando, al otro lado.

– Mi puerta permanecerá abierta toda la noche, Tutu. Por si necesitas algo...

Todas sus atenciones me conmueven. No estoy acostumbrada a que me cuiden. Nunca nadie lo ha hecho así. Me veo tentada a ceder, a dejar de lado lo único que nos impide amarnos. Pero no puedo.

– Necesito que no testifiques en ese juicio - murmuro por mi parte, hacia la puerta. - Necesito que no estés en mi contra.

– Podrías pedirme un millón de cosas, las haría todas, solo por ti. Pero eso no puedo... - suspira el tenebroso antes de alejarse.

Escucho sus pasos, una puerta que se abre y después se cierra. No me está mintiendo. Efectivamente su dolor es real.

Y eso también me duele...

***

Estiro minuciosamente el vestido de gala sobre la cama inmaculada y recorro mi habitación en ropa interior. Y sobre la punta de los pies: eso me relaja. Por fin respiro, liberada del satín y de todo lo que este representa. La cama es inmensa pero no ocupa ni una décima parte de la habitación. Mis ojos se pasean por la única pared de ladrillo y las demás, sobriamente blancas, decoradas con cuadros gráficos, negros, grises, minimalistas y de moda. Una gran ventana de nueve cuadros y con parteluces cromados da hacia la gran avenida. Me acerco a ella, observo la calmada calle, me pierdo un instante en mi contemplación y luego regreso a la tierra.

Tomo una ducha. O un baño. Lavar mi cuerpo y mi mente de este día tan agotador... tan abrumador. Es lo mejor. Por fin descifro lo que siento. Ese malestar que me agobia desde la revelación de Dante. Me siento debilitada. Pequeña. Frente al clan Lazzari, «Siempresola» no tiene ninguna oportunidad de salir victoriosa. Definitivamente no tengo las armas.

Tontamente, creí que el Fénix podría protegerme hasta el final. Fui muy ingenua. Fuera de lugar. Ese privilegio es de su familia. ¿Yo? Yo ya no tengo a nadie.

Me deslizo en la bañera soltando un grito bestial. Lo que retenía

por dentro acaba de salir. Y el agua está demasiado caliente. Durante lo que parece una eternidad, me dejo llevar por un suave estupor, mi mente flota en este baño demasiado lujoso para mí.

Vuelvo a pensar en un detalle.

«Se lo debo.»

¿Qué quiso decir Dante con eso? ¿Qué deuda tiene con su hermano? El conductor irresponsable que había tomado y que trituró a mi marido.

La rabia crece en mí. Puedo sentirla correr por mis venas, ganar terreno. Necesito hablar de esto con alguien. Necesito que me escuchen. No que me tengan lástima, sino que simplemente me comprendan. Salgo del baño, llego hasta la cómoda empapando todo a mi paso, abro mi maleta, la vacío a medias lanzando todo al piso, tomo mi teléfono y regreso a sumergirme bajo el agua que se ha entibiado.

Selecciono el número de Alicia, espero diez tonos y mi llamada pasa al buzón de voz. Vuelvo a intentarlo, tres veces. Nada. Verifico la hora: la manecilla está casi sobre las once, lo cual significa que ya casi es medianoche en Nueva York. Alicia tiene insomnio igual que yo. O está de fiesta, depende. Pero algo es seguro: jamás está dormida a estas horas.

Renuncio y cambio de estrategia. Me da un poco de pena llamarla tan tarde, porque francamente no lleva el mismo ritmo de vida que yo, pero marco el número de Phoebe. Su franqueza y sus grandes brazos sabrán tranquilizarme a distancia.

Dos tonos y contesta. Ni uno más.

– ¿Diga? - me responde su voz preocupada. - ¿Sol, estás bien?
– ¿Te desperté?
– No, no... - miente (terriblemente mal).
– Debí esperar hasta mañana, pero...
– Cuéntame.
– ¿Qué?
– Tu voz... Ya entendí. Aquí estoy. Dime qué problema hay - insiste mi amiga.

Inhalo profundamente, miro los dedos de mis pies saliendo del agua y me lanzo.

– Te mentí. No estoy viajando sola. Tengo un copiloto desde el principio.
– Ah.
– ¿Te enojaste?
– No.
– Se llama Dante. Él es... No sé cómo es. Pero él y yo... ¿me explico?
– Ah.
– Varias veces. Ese hombre es una droga. Pero dulce. ¡Muy dulce!
– OK.
– El problema es que... Bueno, es complicado.
– ¿Solveig?
– ¿Sí?
– ¿Tienes miedo de que te juzgue?
– Un poco... resoplo.

Mi amiga de infancia ríe suavemente, se truena algo, seguramente los dedos y después retoma:

– Si hay alguien a quien admiro es a ti, Sol. Te juro que puedes contarme todo.

Inhalo de nuevo. Exhalo. Y salto al vacío:

– Es el hermano del conductor asesino - confieso al fin.
– ¿Qué? ¿Quién?
– Dante. Mi… copiloto. Su hermano estaba al volante del auto que mató a Preston.

Phoebe se queda muda por un instante. Continúo.

– Nos encontramos por casualidad, publiqué un anuncio en un sitio para compartir auto y... listo.
– OK.
– Y me acosté con él, ¿ves?
– Ya veo...
– Y comienzo a tener sentimientos por él.
– OK.
– Y él será testigo en el juicio. A favor de su hermano. Para ayudarlo.
– OK…
– Contra mí - murmuro con tristeza.

Al otro lado de la línea, mi amiga medita. Piensa muy bien sus palabras, seguramente para no herirme. Phoebe me va a decir que

estoy cometiendo una estupidez enorme. Que debo huir. Dejar a Dante de inmediato e irme sola a Seattle. Como debí haber hecho desde el inicio...

– ¿Lo amas? - me pregunta de manera abrupta.

Tan típico de Phoebe Sloan.

– No lo sé. Ya no sé qué quiere decir eso. Digamos que... no me es indiferente.

– Entonces deja el pasado en paz - me aconseja. - Hagan un pacto entre los dos: este juicio no va a afectar su historia. Será difícil, doloroso, hasta violento, pero tal vez saldrán más fuertes de esto.

– Y libres - agrego en voz baja.

– Sí.

– ¿Quién eres? - río nerviosa. - ¡Regrésame a mi Phoebe! ¡La que me da sermones! La que me impide cometer idioteces. ¡Ceder ante el hombre que no debería amar!

– Los arrepentimientos son lo más cruel que existe, Solveig. Es muy difícil encontrar el amor una vez. Y ahora dos...

– ¿Te dije que también me enteré de que Preston me engañaba? - respondo con amargura.

Phoebe la pragmática, la racional, la anti romántica ya no existe. Ella suspira y termina por concluir:

– ¿Entonces? ¡Ya no lo dudes! ¡Cuídate, pero no te abstengas de nada! Tal vez Dante sea tu futuro. Y tal vez no se encontraron juntos en ese auto por casualidad...

– ¿Crees en el destino? - le pregunto.

– No. No creo en nada. Pero pienso que todo es posible.

4. ¿Sola o mal acompañada?

Medianoche. Estoy sola. En la habitación sencilla que quería. Y acabo de arruinarme, por puro orgullo. Por una estúpida habitación de hotel demasiado grande y demasiado bella para mí. Muy lejos de aquel que debería hacerme compañía cuando lo deseo. O necesito. De todas formas, sigo sin hablar con él. O al menos eso creo.

Me recuesto en la cama inmensa, preguntándome cuántos cabrían aquí si se alinearan bien. Mínimo cuatro. Cinco si se aprietan. Mi mente, como cada vez que está demasiado saturada y atormentada, se pone a divagar para olvidar, a pensar en todo excepto lo esencial. Si tuviera que elegir a cuatro compañeros de cama, ¿a quién elegiría? Benjamin Millepied, el sexy bailarín y coreógrafo francés con su barba de rebelde, aun cuando decidió casarse con Natalie Portman y no conmigo. Gene Kelly, aunque seguramente no olería muy bien, ya que murió hace veinte años. Patrick Swayze, pero transpiraba demasiado para mi gusto. Y finalmente Pharrell Williams, con su piel de bebé que nunca suda y que podría cantarme «Happy» toda la noche.

– ¡Qué cansado sería eso! - suspiro volteándome para recostarme boca abajo.

– ¿Y por qué elegir bailarines si es para permanecer recostados en una cama? - me pregunto a mí misma.

– Porque parece ser que los buenos bailarines son buenos amantes también...

– ¡¿Pero desde cuándo tengo ganas de acostarme con Gene Kelly y sus pantalones subidos hasta las axilas?!

– ¡Denme una cubeta que voy a vomitar!

– ¡Gene, déjame tranquila y regresa a cantar bajo la lluvia con tus zapatillas de tap! - continúo riendo sola.

– ¡Y maldita sea, bájate de ese farol que te vas a lastimar!

– ¡Quiero a Dante Salinger en mi cama! - gimo antes de hundir la cabeza en la cobija.

Me enderezo de inmediato para comprobar que nadie me haya escuchado. No, sigo sola en esta maldita habitación.

– No es mi culpa - susurro mirando el techo como si me disculpara con Dios. - Ya sé que creaste a los hombres a tu imagen y semejanza... ¿pero no podías haber hecho a este un poco menos perfecto?

El Fénix lo tiene todo. La barba sexy de Benjamin, la piel suave de Pharrel, la gracia y la elegancia de Gene, los músculos y la sensualidad de Patrick. Todo. Y muchas cosas más.

– ¡Tengo que dejar de pensar en él! - decido, tomando mi celular.

Reviso mis mensajes... Nada. Mis llamadas... Tampoco. ¿Mis mails? Solo uno nuevo, proveniente de mi abogado. Las doce de la noche con diez minutos un sábado (1 :1 0 para ella), y esa adicta al trabajo sigue en labores. Esta vez, no hay ningún documento ilegible con un lenguaje incomprensible. Nada de algún caso por armar, alguna investigación en curso, pruebas por reunir ni documentos que llenar. Solo una nota amable, de una mujer a otra.

De: Annette Ewing
Para: Solveig Stone Camden
Asunto:

Hola Solveig,
¿Cómo has estado desde nuestra última llamada? Comprendo que hayas colgado súbitamente, no te preocupes. Llámame si necesitas hablar de lo que sea. Espero que no estés sola en estos momentos. Aunque a veces es mejor así.
Annette

¿Ya mencioné que adoro a esta mujer? Frases cortas, palabras simples, mensajes directos. Comprensión, para ponerme cómoda. Una solidaridad femenina, sin querer jugar a mi mejor amiga. Nada de sentimentalismos inútiles. Tengo que llamarla.

– ¿Diga?
– Buenas noches, Licenciada.
– Oh, Solveig. ¡Llámame Annette, siempre te lo tengo que pedir!
– ¿No la molesto... Annette? Es tarde - murmuro.
– ¡Oh, por supuesto que no! ¡Yo misma te acabo de escribir!
– ¿Cómo le hace para tener siempre tan buen ánimo aunque sea tan tarde?
– Oh, nunca duermo - ríe con un tono agudo.

De hecho, su voz es más chirriante que jovial. Nada agradable para ser

honesta.

– Los asuntos son complicados, ¿cierto? - vuelvo a lanzar, pensativa.

– ¿Perdón?

– Los asuntos en los mails... Nunca sé qué poner.

– ¡Oh, ni me digas! Lo pensé mucho, pero entre «hola», «noticias» y «no hay ningún problema», todo me parecía ridículo. Preferí no escribir nada.

– Deberíamos crear una propuesta para simplemente eliminar la casilla de asunto - propongo.

– ¡Oh, estoy de acuerdo contigo! - responde riendo de nuevo.

¿Por qué comienza todas sus frases con «oh»? Como si la vida entera no fuera más que sorpresas y exclamaciones. Debió haber estudiado teatro en vez de derecho. Y seguramente por eso es tan buena abogada.

– ¡Perfecto! La contrataré como abogada en mi lucha contra el asunto... cuando hayamos terminado con este combate - bromeo.

– ¡Cuenta conmigo!

– No tiene que llamarme Stone Camden, ¿sabe?

– Oh, también tuve mis dudas en eso... Lo siento. Parecías quererlo así cuando nos conocimos.

– Eso fue antes de enterarme de que no solo tenía un marido muerto, sino también infiel - respondo con ironía.

– Oh, comprendo. Espero no haber sido muy abrupta cuando te di la noticia el otro día.

– No, estuvo perfecta. ¿Quiere casarse conmigo, Annette?

– ¡Ja ja ja!

Un «oh», está bien. Pero tres «ja»…

Aparto el celular de mi oído para evitar su risa chillona como un gis sobre un pizarrón negro.

– ¡No te convendría vivir con una vieja como yo! ¡Es imposible vivir conmigo, tengo costumbres terribles y una risa insoportable! - anuncia con una voz tan jovial como siempre.

– ¿No le gustaría cambiar? - pregunto con una mueca. - Quiero decir, de vida...

Y sí, de risa también...

– No, estoy casada con mi trabajo, de todas formas.

– ¿Uno se acostumbra a la soledad? - pregunto con un suspiro.

– Después de un tiempo, sí. ¡Y estar sola siempre es mejor a estar

en un matrimonio fallido! Pero ya encontrarás a alguien, Solveig.

¿Alguien que mienta todo el tiempo y que no salga de mis pensamientos? Ya lo hice.

¿Alguien que no es para mí? ¡Listo!

¿Alguien tatuado, tenebroso y atormentado? Gracias, pero no gracias.

Bueno, tal vez por una noche. ¿Pero para toda la vida...?

– ¿Annette? - vuelvo a hablar intentando sacar a Dante de mi mente.

– ¿Sí?

– Las dos amantes de Preston... ¿sabe quiénes eran?

– Oh… De hecho eran tres. Encontré una más.

– Wow - resoplo con una voz ahogada. - Creo que mejor debería dejar de buscar.

– Lo lamento. ¿Quieres los nombres?

– Creo que sí...

– Ann Patterson.

– Mierda. ¡Su colega en urgencias, con la que siempre se iba a seminarios!

– Oh… - se conforma con responder.

– ¡Ella también estaba casada! Y siempre estaban trabajando, ¿cómo podían?

– No te atormentes, Solveig. ¿Continúo?

– Adelante...

– Meredith Butler - sigue enumerando mi abogada.

– Esa no me sorprende. Una enfermera con moral dispersa, que se creía en *Grey's Anatomy* solo porque tenía nombre de serie...

– ¿Te doy el último nombre? - me interrumpe.

– ¡Si es un hombre, no respondo! - intento bromear.

– Tonya Reed.

– ¡No es posible! ¡Siempre decía que era su amiga de la infancia! ¡Hija de amigos de sus padres! ¡La hospedamos varias semanas! Una mulata tan linda que yo siempre le repetía a Preston que comprendía si se sentía tentado... ¡Me juró que no era su estilo!

– Solveig, te estás lastimando.

– ¡Tonya! repito sin creerlo. - ¿Cree que hayan hecho algo bajo mi techo? ¿Mientras que yo estaba allí? ¡Voy a matarla!

– Oh, evita decir ese tipo de cosas durante el juicio... - me recuerda ella.

– Annette, tengo que colgar. Gracias por la conversación nocturna.

– No hay problema. Buenas noches. ¡Y no llames a los Camden!

Mierda. Eso es exactamente lo que iba a hacer.

Estoy furiosa. Salgo de esta cama demasiado grande. Doy vueltas en esta habitación de hotel lanzando chispas. Vuelvo a pensar en la sublime Tonya dando vueltas por nuestro apartamento neoyorkino. Sin ponerse más que una camiseta para dormir. A quien le presté mi pijama de cuadros más linda para dormir... ¡y que nunca se la puso! ¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Tan ciega? ¿Cómo pudo Preston mentirme a ese grado? ¿Cómo pueden los hombres mirarse al espejo con todo lo que esconden? ¿Y por qué intento ponerlos a todos en la misma categoría, excepto a uno, siempre el mismo, que sigue saliéndose con la cabeza en alto y la mirada llena de orgullo? ¿Por qué tengo tanta necesidad de que ese hombre me tome entre sus brazos, me resguarde y evite que cometa estupideces?

Olvido mis ganas de despertar a Russell y Patsy a mitad de la noche, lanzo mi teléfono hacia la cama demasiado grande, salgo de la habitación y me voy a caminar por el pasillo, con los pies descalzos sobre la moqueta. Me pego a la puerta siguiente, la dieciséis. No se escucha ni un ruido. ¿Dante la habrá dejado abierta para mí? Necesito aclarar las cosas. La perilla cede. Sin pensarlo más, entro silenciosamente en esta habitación sencilla que está prohibida para mí. Su cama también es inmensa. Pero menos vacía que la mía, ocupada por el hombre del fénix, recostado de lado. Solamente la lámpara del buró está encendida. Una luz dorada, tenue, que vuelve su piel desnuda todavía más sedosa y bronceada. Ignoro si el tatuado ha notado mi presencia. No se mueve. No abre los ojos para clavarlos en mí. No entreabre los labios carnosos para lanzarme una de sus frases asesinas, con su voz grave y autoritaria. Así que tomo eso como una invitación. Contengo la respiración y levanto suavemente la sábana blanca que lo cubre. Descubro su torso desnudo que me da mareo, su bóxer negro que hace latir mi corazón más rápido. Y me deslizo en de espaldas a Dante. Me pego a su cuerpo caliente, poderoso y tranquilo. Pego mi espalda a su vientre. Mi piel a su piel.

Casi de inmediato, mi rabia se tranquiliza. Mi pulso se desacelera. Recupero un poco el aire. En una languidez infinita, Dante sube las piernas y las pone bajo mis muslos. Poco a poco, me envuelve con su calor, con su presencia. Su brazo tatuado se mueve lentamente también, para venir a rodearme. Me enrosco un poco más, abandonándome en este delicado capullo protector. Me sumerjo en esta sensación de que nada grave me puede pasar. Me acurruco contra este hombre a quien le pedí que no me mimara. Que no me tocara más. Ignoro cuánto tiempo dura este abrazo tan tierno, hermoso y conmovedor, como si cada uno de nuestros gestos estuvieran en

cámara lenta. Reina un silencio tal, que cada soplo del Fénix sobre mi cuello me parece increíblemente erótico e indecente, y cada ruido de sábana que se arruga me parece gritar.

«Sal de ahí. No te quedes. No hagas esto.» - me grita la voz de la razón en mi interior.

«Permítete este instante de felicidad, te lo mereces, piensa en ti por una vez.» - me susurra la voz dulce de mi corazón.

«Esto no es bueno para el juicio... Ese hombre está en tu contra, no a tu favor. Estás mejor sola... » - me recuerda mi abogada.

«¡Cuídate, pero no te prohíbas nada!» - me aconseja Phoebe.

– ¿Desde cuándo piensas antes de actuar, Tutu? - murmura una voz ronca y suave en mi nuca.

Esa frase sí la escuché en la vida real. No estaba en mi cabeza. Mi corazón se detiene de nuevo. Me volteo en esta gran cama, entre sus brazos, para estar de cara al castaño tenebroso. Sus ojos negros me miran intensamente, su ceño fruncido roza mi frente, su respiración se mezcla con la mía, su suavidad me invade, su encanto me contamina, su boca enloquecida me llama. Y lo beso. Este beso lánguido y lento me llena de calor, de deseo y felicidad, como una oleada deliciosa y peligrosa, la cual podría llevarme demasiado lejos. Dante no fuerza nada. Me mantiene contra sí pero no me aprieta. Me envuelve pero no me encierra. Me acaricia, inocentemente, pero se toma su tiempo. Está a la escucha, como siempre. De mi lenguaje secreto. Adivina mi cuerpo y mi corazón. Y retrocedo, llena de miedo, impactada por su sutilidad, su manera de comprenderme, de respetarme. Huyo, incapaz de hablar. Me deslizo fuera de esta cama, de esta habitación sencilla que debe permanecer así. Corro como una idiota, como una criminal a media persecución y voy a encerrarme en la mía.

– ¿Qué es lo que estoy haciendo? - me lamento en voz alta. - Ese hombre no puede ser mi válvula de escape. No puedo lanzarme sobre él cada vez que me siento sola, triste o traicionada. No puedo ir con él por las noches, cada vez que me duele para que me consuele. No puedo vengarme con él cada vez que me arrepienta de haber elegido tan mal un marido. No puedo intentar olvidar a todos los hombres que me han decepcionado lanzándome a los brazos de otro. No puedo curar mis heridas con orgasmos. No soy ese tipo de chica. Tampoco de las que creen en el gran amor después de haberlo perdido. No soy tan tonta. No, no puedo enamorarme de él. No debo hacerlo.

– ¿Es demasiado tarde?
– Sí, tal vez. ¿Y?
– ¿Lo amas?
– ¡No! Bueno, tal vez un poco.
– Amar y estar enamorada no es lo mismo.
– Sí.
– No, es diferente.
– ¿Con quién hablas?
– ¡Con quien yo quiera!
– ¡Mierda, cada vez estoy más loca! Y completamente perdida. Tal vez enamorada, pero perdida.
– Si puedo hablar sola, también puedo dormir sola, ¿no?
– ¡Ve a acostarte!

Me dejo caer sobre la cama, de espaldas, con los brazos abiertos. Reboto sobre el colchón y mi celular abandonado allí salta al mismo tiempo que yo. Lo tomo con ambas manos y lo levanto hacia el techo, con los brazos extendidos. Tengo varios mensajes de Ali esperándome.

[Lamento no haber contestado tus llamadas.]
[Estaba en la discoteca.]
[¡No tiene nada de malo, es sábado en la noche!]
[¡Tenemos 25 años, carajo! No quiero
terminar como tú, hablando con mi ficus...]
[Lo siento, era broma.
Creo que estoy ebria.]
[No me juzgues, Sol. Ya regresé a casa.
Mi falda no era tan corta.
Y no bebí tanto. Besé
a un tipo en el baño que olía a cacahuate.
El tipo. No el baño. Ese olía
a otra cosa. Pero no necesitas saberlo.]
[Bueno, imagino que tu insomnio ya terminó. Ni modo.
Solo me queda ir a pedirle perdón
a tu ficus por haberlo abandonado.]

[¡Aquí estoy, no me he dormido!]
[Y estoy segura de que mi ficus te perdona.]
[No te juzgo, Ali, yo estuve a punto
de hacer una idiotez gigante.]

[¿Cuando dices «a punto» es lo que me imagino?]

[¡Realmente estás borracha!]

[Calro qeu no. Y no mi clupa qeu las lertas
quieran cabmiar de odren!]

[Qué risa me das.]

[¡También te extraño, Sol!]

[¿Tú sí crees que realmente estemos mejor solos
que mal acompañados? Dime la verdad.]

[Para algunos, primero tenemos
que encontrar compañía para empezar...]

[Preston me engañaba. Al parecer
con todo el hospital. Y tal vez todo Nueva York.]

Siento que el día de hoy he contado esta historia unas cien veces. Tal vez debería dejar de desahogarme tanto.

[Lo siento. ¡Qué imbécil!]

[¿Me prometes que tú no eras una de esas?]

[¡Jamás en la vida! Te lo juro con saliva.]

[Ali, ¿acabas de escupir en mi apartamento?]

[Sí... Pero hacía mucho que
no regaba tu ficus. Él se ve contento.]

[Me acosté con mi copiloto.]

También esa historia la he contado demasiado. ¿Por qué de repente tengo tantas ganas de hablar de mis problemas con todo el mundo?

[¡Tienes una técnica muy buena
para cambiar de tema!]

[Él me llevó a ver un ballet
esta noche. Bueno, anoche.]

[¡Genial! Parece que sabe
muy bien cómo tratarte.]

[Pero aun así, nos acostamos
y no debimos haberlo hecho.]

[¿Por qué?]

Creo que esa parte de la historia mejor la voy a guardar para mí. No es mi favorita. Y mi corazón destruido tiene derecho a un poco de descanso.

[Ha pasado dos veces. Casi tres.]

[No quieres responderme, OK.
¿Y estuvo bien?]

[Demasiado bien...]

[¡Qué suerte! ¿Están juntos?]

[No realmente...]

[Pero te encantaría.]

[No lo sé...]

[¿Te estás enamorando?]

[…]

[Sí, hay demasiados puntos suspensivos
como para que no estés enamorada.]

…

5. Una danza más

Después de dos semanas de *road trip*, el paisaje cambia por fin. El ambiente también. Minnesota cambia por Dakota. Dakota por Montana. Más de 1500 kilómetros recorridos en tres días, durante los cuales el Fénix y yo hemos hablado... lo estrictamente necesario.

Dos extraños en la misma SUV.

Dante ha conducido tanto como yo y pude dormir, contemplar el paisaje, revivir nuestro primer beso robado y nuestro encuentro fallido mil y una veces en mi mente. Él no ha intentado hacerme hablar, ha respetado mi silencio... probablemente pensando que es tan raro como preciado. Cuando yo estaba al volante, el salvaje «meditó», escribió mails en su teléfono, tomó algunas llamadas profesionales y fotografió todo lo que pudo, con sus ojos de lince capturando el instante como nadie.

Me contuve de contemplarlo de forma demasiado flagrante. Su ceño fruncido por la concentración, su mandíbula cuadrada (y rasurada), sus músculos marcados, sus tatuajes obscuros que me hipnotizan. Los ojos en el camino. En el asfalto.

Tres días pueden parecer terriblemente largos.

***

La SUV avanza con dificultad por los caminos mal pavimentados, llenos de hoyos. Caigo en un enésimo bache y el tenebroso gruñe en el asiento del copiloto. Desde que dejamos el National Forest Motel esta mañana, tomamos atajos, a petición del fotógrafo. Intenté rebelarme pero no funcionó.

En total, dijimos casi diez palabras durante ese apasionado diálogo.

– ¿No podemos regresar a la autopista? - refunfuñé.
– Mañana.
– Pero…
– Mañana - insistió mi copiloto, antes de desenvainar su cámara para inmortalizar un pelícano.

Extraño mi Chevy. Y a Bacalao. Y ni hablar de mi ficus. Llevo dos horas conduciendo sin ningún objetivo más que servirle de chofer a un artista tiránico. Nos detenemos cada dos kilómetros y conduzco ya sea demasiado rápido o demasiado lento. Cuando pierdo la paciencia y lo mando al diablo, el insolente sonríe y me toma una foto. A media mueca, en la máxima expresión de mi fealdad.

Muchas gracias.

Me relajo poco a poco y logro disfrutar lo que me rodea. En nuestro camino, cruzamos grandes lagos, vastas planicies, alguno que otro humano y mandas de ganado curiosas. También atravesamos ciudades fantasma, nacidas por la fiebre del oro y rápidamente abandonadas después. Nos detenemos en un merendero casi desierto, de no ser por algunos vaqueros con toda la indumentaria. Sombreros, pantalones con flequillos, botas camperas y todo. Dante devora unas albóndigas de bisonte y yo me deleito con un pescado fresco.

– ¿Tienes ganas de cambiar de look? - pregunto riendo sola al ver a Dante fotografiando a uno de los *Lone Ranger*.
– ¿Ya nos hablamos de nuevo?

Él deja su cámara sobre la mesa y me observa con sus ojos negros. Su expresión es imposible de descifrar.

– Es lo que acabo de hacer, ¿no?
– ¿Por qué ahora? - insiste.
– Porque me salió natural.

Dante medita por algunos segundos y luego asiente. Su mirada me abandona y se centra de nuevo en la fauna local. Tomo venganza con mi *cherry pie*.

¿Por qué este hombre me provoca esas malditas mariposas en el vientre? ¿Por qué su mirada me acecha, como si fuera la primera vez? ¿Por qué soy incapaz de dejar de desearlo?

De dejar de amarlo…

Idiota. Idiota. Demasiado idiota. Maldito idiota.

***

– Dante, ¿qué es este camino? ¿A dónde vamos?

A pesar de que el sol me está cegando a medias, puedo ver que mi copiloto, quien retomó el volante después de nuestra comida, sabe perfectamente a dónde ir.

– ¿Conoces Great Falls? - me pregunta.
– No. Bueno, solo de nombre. Es una ciudad a orillas del río Missouri. Y si bien recuerdo, la visitan los ovnis.
– Eso no es cierto - gruñe con su voz ronca. - Odio todas esas estupideces de los extraterrestres.
– ¿Hay algo que no odies, Dante Salinger?

Él deja de ver el camino y me mira por un instante.

– A ti. Cuando no hablas para no decir nada.
– Muy divertido - refunfuño.

Seguimos en silencio por algunos segundos, hasta que mi curiosidad vuelve a tomar el control.

– ¿Y entonces? ¿Great Falls?
– Pasé ahí todos mis veranos cuando era niño. Bueno, la mayoría.
– ¿En familia?

El apuesto castaño asiente con gravedad. Y por fin me explica qué estamos haciendo allí:

– Te estoy llevando al rancho Lazzari. No está muy lejos. Pasaremos la noche allí.
– ¿Un rancho? - exclamo. - ¿Hay caballos?
– Ya no.
– ¿Vacas?
– Tampoco.
– ¿Conejos...?
– Solveig… - suspira.

Lo observo de nuevo mientras se pone las gafas de sol con una mano, sin soltar el volante con la otra. Es... insolentemente bello.

– Entonces no veo por qué se llama rancho - respondo.
– Porque algún día lo fue. Después mi padre lo transformó en... casa de vacaciones.

– Nunca me hablas de tu madre.
– ¿Perdón?
– Siempre dices «mi padre», como si tu madre nunca formara parte de la historia. Como si no existiera.
– Sí existe - responde sombríamente.
– De acuerdo - murmuro.
– En verdad - insiste.
– Te creo.
– No, estás dudando.
– ¿Ahora me lees la mente?

Él se pone a la defensiva, con el ceño fruncido y el cuerpo tenso.

– Dante, te creo... - repito con dulzura.
– Mi madre es dulce. Discreta. Pacifista. Existe. Mi madre es la luz.
– ¿Como la que mantienes encendida cuando duermes?

Mi pregunta lo toma por sorpresa. Dante frena bruscamente, cierra los ojos por un instante y vuelve a encender el motor después de haber inhalado profundamente. Puedo ver que toqué un tema demasiado sensible. Una herida muy profunda. Muy secreta. Y a pesar de que me siento mal por hacerlo sufrir, por haber invocado a esos demonios que lo atormentan, no puedo evitar investigar más.

– Dante… - continúo.
– Solveig, basta.
– ¿De qué tienes miedo? - resoplo.
– Por favor... - me dice casi suplicando.
– ¿De los monstruos?

Acelera.

– Los monstruos no existen - responde su voz grave, poderosa y firme. - Fueron creados por el imaginario colectivo para justificar la crueldad, los crímenes y las ignominias de todos. Los monstruos son los hombres. Como tú y como yo.
– Pero…
– Así que mejor deja de remover todo eso - me ordena el salvaje. - Ya no me hagas más preguntas. Piensa en otra cosa, cuenta los árboles o piensa para tus adentros si es necesario. Llegamos en cinco minutos.

Me callo, un poco impactada por o que acabo de escuchar. *«Los monstruos son los hombres. Como tú y como yo.»*. Sus palabras fueron cortantes. Su voz amarga. Su respiración casi laboriosa.

– Tú no eres un monstruo - concluyo. - Y tampoco creo que yo lo

sea. Entonces los monstruos son los demás.

Ninguna sonrisa se dibuja sobre sus labios, solo un resplandor extraño ilumina su mirada. Y los latidos de mi corazón se aceleran.

***

Pasamos las rejas de la propiedad exactamente cinco minutos más tarde.

Ni un minuto más ni menos. Lo verifiqué con la hora mostrada en el tablero de la máquina del mal: necesitaba ocuparme en algo.

Frente a nosotros, un largo camino de tierra, perfectamente cuidado, delimitado a ambos lados por un seto verde tan alto como un jugador de la NBA. Estoy en trance. La idea de saber más acerca de mi castaño tenebroso, su pasado y su infancia; de descubrir dónde creció y cómo, todo me emociona. Muero de impaciencia por sumergirme un poco más en su vida. El vehículo avanza por esta versión de Montana de una alfombra roja y finalmente desemboca en un gran patio pavimentado.

Frente a mis ojos que ya no saben ni hacia dónde mirar, tres suntuosos edificios, rústicos y modernos a la vez. Dante apaga el motor y me da un recorrido desde el asiento del conductor, pero en versión acelerada.

El hombre-pájaro no malgasta sus palabras.

– El gran edificio rojo de en medio...
– Querrás decir el palacio, el castillo, el...

Me interrumpe con una simple mirada. Glacial.

– Esa es la casa principal - retoma. - Está compuesta de diecisiete habitaciones y da hacia el río Missouri, en la parte trasera. Nosotros vamos a dormir en el tercer piso, donde la vista es más espectacular.
– Siento que me voy a perder en este nuevo laberinto - murmuro asombrada.
– Es posible. El edificio pequeño a la derecha es...
– ¿Pequeño? - lo interrumpo. - ¡¿*«Pequeño»*?!
– OK. El edificio a la derecha eran las caballerizas. Las convirtieron en una piscina cerrada, baño turco, sauna y todas esas cosas.
– ¡OK, allá voy! - exclamo, lista para abrir mi portezuela.

– ¡No he terminado! - me detiene el Fénix con su voz autoritaria.

Me cruzo con su mirada y descubro que no está bromeando para nada con sus propias reglas. No tengo más opción que escucharlo, pero por dentro mi cuerpo se revuelve:

– El edificio a la izquierda, más excéntrico, es la casa de los guardias.
– ¿Los guardias? ¿Ahí viven? ¿Es una broma? ¿Ellos también son millonarios?
– Son amigos de mi pa... de mis padres - corrige. - Vitto sabe ser *muy* generoso cuando quiere. O cuando le conviene. En fin, a menudo vienen aquí para echarle un vistazo a la propiedad, pero no creo que estén ahora mismo: las cortinas están cerradas.

Esta vez, la visita interactiva ha terminado definitivamente. Dante sale de su SUV de un salto y abre la cajuela. Llego hasta él dando saltos para desentumirme las piernas.

– ¡¿No está Calliopé?! - pregunto.
– Ella nunca viene por aquí.
– ¿Por qué?
– Porque así es.
– ¿Esa es tu última palabra, Fénix? - lo provoco.
– Sí - gruñe lanzando ambas maletas sobre su espalda. - Ven, sígueme y cállate.

Me dejo guiar por el tatuado hasta la puerta principal, sintiendo el sol sobre mis hombros. De pronto, Dante se planta frente a mí y clava su mirada en la mía.

– Regreso en un minuto. La alarma va a sonar pero no te asustes, Tutu. ¿Entendido?
– ¿Cómo? ¿Por qué no entras por aquí? - pregunto ingenuamente señalando la puerta.
– No tengo la llave - sonríe el insolente. - Pero sé muy bien cómo entrar…

Respondo su sonrisa y comento:

– Apresúrate, Fénix. Y si tus tonterías me mandan a la prisión, te haré pagarlo con tu vida...
– Brrrr - se burla haciendo como si temblara.

Dos minutos más tarde, escucho el ruido de un vidrio rompiéndose y luego la alarma estridente, pero no tengo suficiente tiempo para

preocuparme. Antes de poder recitar mi plegaria pagana, esta se calla. La puerta se abre frente a mí y me encuentro con mi tenebroso apretando el puño. Puedo distinguir una gota de sangre entre sus dedos.

– ¡¿Estás herido?! - exclamo mientras que el rebelde se inclina hacia adelante para recuperar nuestras maletas.
– No es nada.
– ¡Suelta eso y muéstrame!
– No, vámonos.
– ¡Dante!

Él suspira y me extiende su mano herida.

– Solo es un pequeño corte - confirmo. - No es nada grave.
– ¿Ya estás más tranquila?
– Sí.
– ¿Te preocupaste por mí, Tutu? - pregunta con una sonrisa.
– Necesito a mi copiloto hasta el final, es todo... - gruño.

Intercambiamos una larga mirada, llena de sentido por ambas partes y luego subimos hasta el último piso en silencio.

Sé que él sabe.

Y él sabe que yo sé.

En el camino, me muerdo las mejillas y evito producir el menor ruido al descubrir el lugar. Los increíbles vitrales que llenan de color las ventanas de tres metros de alto, la doble escalera que lleva a los pisos superiores, las puertas esculpidas, las obras únicas en las paredes, la duela antigua que rechina bajo nuestros pies. Es suntuoso. Vasto. No. Inmenso. Pero esto no parece una casa de vacaciones.

– Esta es tu habitación - me indica la embriagante voz de Dante.

Entro en la pieza con paredes de color rosa pálido y mobiliario blanco. No son mis colores favoritos, pero en conjunto se ve lindo, femenino, sin llegar a ser kitsch o de mal gusto. La luz entra por la gran ventana doble situada cerca de la ventana doble situada cerca de la cama e ilumina un gran tapiz sobre el cual ha sido bordada la sigla de la marca «Lazzari». Una L y una Z entrelazadas.

– Estaré al lado - me informa mi acompañante. - Voy a tomar una ducha y a hacer unas llamadas.
– OK…

– ¿Estarás bien?
– Sí…
– ¿Tutu?
– ¿Cómo es posible que todo esto no te afectara?
– ¿«Todo esto»?
– El dinero. El lujo. La abundancia. Debiste haberte convertido en una persona insoportable, un snob narcisista.
– No sabes todo de mí... - sonríe con tristeza.

Él quisiera dejar mi habitación y yo quisiera poder escaparme de él. Para evitar hundirme más. Peor un hilo invisible nos detiene. Una mirada que se vuelve eterna.

– Al menos sé una cosa.
– ¿Qué?
– Rompiste una ventana para hacernos entrar aquí.

Su risa grave, cálida y contagios me envuelve, pero solo por un instante. Un momento después, mi Fénix ya se ha ido.

Me derrumbo sobre la gran cama rosa y blanco de princesa preguntándome si esta habitación le pertenecía a Calliopé antes. Pienso en la linda castaña, con su ropa tan elegante como ella, en sus bromas irresistibles, en su mirada a veces triste. Mi teléfono vibra, lo saco de mi bolsillo trasero y veo aparecer en la pantalla *El Diablo en persona* . Alias Russell Camden. Mi suegro.

No gracias.

En vez de eso, llamo a Phoebe y le dejo un mensaje, para tranquilizarla y demostrarle que he recuperado todas mis facultades intelectuales y emocionales.

– ¡Hola Phoebs! Gracias por lo del otro día. Ya sabes, la llamada a mitad de la noche. En fin, todo está bien. Bueno, nada está bien, pero lo estará. Ya sabes qué quiero decir... ¿Te di las gracias? Sí. Está bien. ¿Conoces Montana? Es lindo, deberías traer a tu novio. ¿Por qué te estoy diciendo todo esto? Ah sí: estoy bien, no te preocupes.

Cuelgo antes de pasar al tema siguiente y hundirme un poco más. Es increíble la capacidad que tengo de dejar un mensaje corto, preciso, sensato, que va directo al grano. Creo que mi cerebro es defectuoso. Siempre toma un millón de caminos empinados en lugar de tomar la vía más simple y directa. ¿Eso es una enfermedad?

Corro a relajarme bajo la ducha e intento ignorar las L y las Z

presentes en todas partes del baño gigante: sobre las toallas, las batas, los jabones, los frascos de gel de baño, de shampoo y hasta en la llave de la ducha.

Pregunta: ¿Vitto estará exagerando?

Envuelta en una suave bata que huele a almendras dulces, regreso a mi habitación. Verlo sentado sobre mi cama, de espaldas a mí me sorprende. Luego me preocupo. Avanzo hacia él a grandes pasos observándolo. Dante se sostiene la cabeza entre las manos. Su cabello brillante está mojado y despeinado. Su camiseta negra está arremangada hasta arriba sobre sus brazos musculosos, dejando ver sus bíceps tatuados.

El verlo me corta el aliento... y me atormenta terriblemente.

– ¿Dante? - murmuro.

Él se voltea hacia mí y nuestras miradas chocan.

– Necesito saber qué es lo que quieres, Solveig. Lo que esperas de mí... - gruñe su voz.

Sorprendida, con el corazón latiendo a toda velocidad, dejo pasar varios segundos antes de responder con una voz febril:

– ¿Por qué me preguntas eso? ¿Es por lo de la otra noche, en Minneapolis? No quería...
– Porque este juego está empezando a cansarme - suspira levantándose.

Su cuerpo se despliega, como en cámara lenta y luego viene a anclarse en el piso. El encuentro frente a frente puede comenzar ahora. Apenas un metro nos separa.

– ¿Qué juego?
– Acéptalo, Tutu... - resopla suavemente.
– ¿Pero qué quieres que acepte?
– Qué testaruda eres...
– Al parecer.
– Acepta lo que sientes - murmura.

Sus ojos negros se clavan con más profundidad en los míos y me estremezco. Mi garganta se cierra y me cuesta trabajo respirar.

– ¿Pero para qué? - susurro. - ¿Para sufrir de nuevo? ¿Para darlo

todo, perderlo todo y encontrarme sin nada?

El hombre más bello que haya conocido me observa sin decir nada. En su mirada y en cada una de sus expresiones, puedo leer compasión, ternura, pero también un poco de rabia.

– Puedes tomar el avión para terminar el camino sin mí, si quieres... - declara volteándose. - El boleto está sobre la cama. Junto con un poco de dinero.

Luego camina hasta la ventana, observa el exterior y se recarga contra la pared rosa. El contraste con su ropa negra, su tatuaje y su virilidad no se me escapa. Y me perturba. Por fin miro hacia la cama, descubro el boleto de avión y los billetes verdes. Hay al menos mil dólares.

Y me enfurezco.

– ¿Eso es lo que quieres? - exclamo de pronto. - ¿Deshacerte de mí?
– No. ¡Quiero que elijas! - ladra con una voz poderosa.
– ¡¿Elegir qué?!
– Mirar hacia el frente... ¡o hacia atrás!

Su rabia me contaminó. De pronto, lo odio. Atrozmente. Por imponerme este ultimátum. Por ponerme contra la pared. Por no comprender mis dudas, mis vacilaciones y mis temores.

– ¡Cada día que paso contigo me siento culpable! - suelto de pronto. - ¿Entiendes eso?
– Entonces toma ese boleto - dice con su voz ronca, ligeramente suave. - Y déjame.

En su mirada puedo ver una mezcla de desafío y de dolor. Mi corazón intenta a toda costa salirse de mi pecho por lo fuerte que late. Por él. Por el rebelde, el atormentado, el insumiso.

«Déjame.»

Una palabra. Una simple palabra. Que me revuelve, me repugna y me lastima.

– ¿Dejarte? - murmuro. - No puedo.
– ¿Por qué?
– Lo sabes muy bien.
– Dilo.

– ¡NO!

Me lanzo como una furia sobre la cama, tomo el boleto, el dinero y se lo doy como si me quemaran los dedos.

– ¡Toma esto, no lo quiero! ¡Puedes quedarte con tu dinero! ¡Puede ser que esté aterrada por lo que siento por ti, Dante, pero eso no me convierte en una obra de caridad!

De pronto, él toma mis puños, su impulso me lleva y su cuerpo me aplaca contra la pared. Y después, sus labios están sobre mí. Se abren paso y su lengua se invita adentro. Gimo contra su boca, me abandono a sus manos que se encuentran en todas partes. En mi cabello, mi cuello, bajo mi bata. Dante me besa con una pasión inaudita, me aprieta contra sí, me aprisiona con su calor, con su deseo y luego... me abandona.

La puerta se azota detrás de él y sigo sintiendo la mordida de su boca sobre la mía.

6. En cascada

Me hubiera gustado poder ir a caminar por esas interminables planicies de Great Falls. Correr al río Missouri y respirar su aire fresco. Bailar hasta perder el aliento y dejarme caer sobre el césped. Pero está lloviendo a cántaros. Eso es algo raro en Montana durante esta época. Cuando llegamos, a principios de la tarde, hacía más de veinte grados y el hermoso sol de septiembre inundaba el rancho. Creí que el tiempo influía en nuestro humor. No al revés.

Después de esa acalorada conversación, bajo tensión (y casi culminada con un infarto) con el Fénix, necesito un poco de soledad. Meditar en calma y vaciar mi mente. Mi vida nunca ha sido un largo y tranquilo río, pero esta vez, definitivamente es una cascada. Desencadenada, violenta e interminable. En mi cabeza, las tensiones se acumulan y los problemas aumentan. El juicio que se aproxima, inminentemente. Las amantes de Preston que se multiplican al infinito. Las mentiras del Fénix. Su ultimátum. Mi deseo por él, que solamente crece. Y sobre todo mis sentimientos, que cuanto más trato de ahogarlos, más emergen.

Entonces abandoné mi bata y me puse ropa cómoda. Un pantalón de mezclilla blanco y una sudadera larga de lana gris cuyas mangas me cubren las manos. Con este atuendo que me tranquiliza, recorro el laberinto de los pasillos, bajo al segundo piso y luego al primero. Todo parece inhabitado. Visito cada pieza del rancho, como si mis respuestas pudieran encontrarse en alguna parte, al fondo a la izquierda, escondidas en un obscuro rincón. Enciendo la luz, esperando ver más claro. Escucho el ruido de la lluvia que golpea contra todos los ventanales. Que lava todo allá afuera. Sabiendo perfectamente que no podrá borrar nada por dentro. Me impregno un poco de la vida de los Lazzari, en esta enésima «casa de vacaciones». Me pregunto cómo habrá sido vivir en medio de todo esto lujo, espacio y facilidades. Y por qué Dante odio tanto eso.

Al fondo de un pasillo, tan lejos de las piezas principales que no estoy segura de poder regresar, encuentro una puerta cerrada con

llave. Es extraño, sabiendo que todas las demás estaban abiertas. Esto basta para atraer mi curiosidad. Sobre todo porque mi mente atormentada necesita una distracción, otra cosa a la cual darle vueltas sin parar.

Cuando una tiene un vacío, necesita llenarlo con otra cosa, ¿no?

Tengo que forzar un poco la puerta, que podría estar atorada con algo. Pero se resiste. Me pongo de cuclillas para mirar por el hoyo de la cerradura: obscuridad total. Río sola pensando en lo fisgona que debo verme. Creo que no soy la persona más discreta. Pero soy tan obstinada como curiosa, intento imaginarme lo que se encuentra detrás de esa puerta cerrada. Y ese detalle que me acecha todavía: la obscuridad... Todas las piezas del rancho dan hacia el exterior. A pesar de que el tiempo es gris y pesado, la luz sería suficiente para iluminar el interior. ¿Acaso la habitación no tendrá una ventana? ¿O habrán cerrado las cortinas para hundirla en la obscuridad? Sería una detective muy mala. Pero por lo menos soy muy tenaz, ese es un punto a mi favor.

Salgo en busca de la llave como si eso tuviera alguna importancia. Nunca retrocedo ante un desafío, por más vano que este sea. Cuando uno ama tanto ganar, tiene que encontrar la ocasión para jugar. Y en los juegos de Dante, siempre termino perdiendo. Ahora es mi oportunidad de vengarme. Entonces regreso a hurgar discretamente en las piezas contiguas, en los cajones de los escritorios, las cajas llenas de cosas inútiles y en los muebles sin ninguna función alineados a lo largo de las paredes del pasillo.

– Cuando uno cierra una puerta, se lleva la llave... - me susurro a mí misma, para obligarme a renunciar.

Sin embargo continúo paseando la vista por todas partes, por si acaso la llave me salta a la vista en el último momento. Uno siempre encuentra cuando deja de buscar.

– O más bien... deja la llave cerca, para no tener que buscarla en el fondo de su bolso que dejó en la entrada, a tres kilómetros de allí... - agrego, pensando en voz alta.

Y continúo con mi grotesca búsqueda del tesoro, como si no tuviera nada más importante que hacer. Como arreglar mis problemas. Tomar decisiones. Ser un adulto. Cuando uno no ha tenido suficiente tiempo para ser un niño, creo que sigue siéndolo por demasiado tiempo. Veo un cuadro colgado en la pared cerca de la puerta cerrada.

Algo tan feo que no podría haber sido colgado ahí por gusto. No sé nada de arte pero esa cosa tiene que esconder algo. Paso mis dedos alrededor del marco, arriba, a los lados. Tengo miedo de clavarme una astilla. Cuando me rompí la rodilla ni siquiera lloré, pero me asustan las heridas pequeñas. Bajo el borde inferior del maldito marco dorado, mis dedos rozan un objeto frío. Y sacan de ahí una vieja llave de metal negro, un poco desgastada.

En silencio, la agito en mi puño victorioso como si hubiera ganado una prueba de *Survivor* e improviso una danza de la victoria con un twist endiablado.

Sí, damas y caballeros, estudié ballet. No, eso no es muy evidente en este momento. Pero tienen que mirar más allá de sus narices.

Modero mi entusiasmo preguntándome qué diría Dante si me hallara bailando al fondo de un pasillo del rancho y explorando con curiosidad a pesar de que me pidió expresamente que no lo hiciera. Y mi mente torcida se pregunta también si podría tragarme la llave sin arriesgarme a una oclusión intestinal.

Paso por alto estos encantadores pensamientos escatológicos y me acerco a la puerta cerrada, sobre la punta de los pies. Mi corazón late un poco más rápido. Mis problemas personales se han ido muy lejos y me convertí en la heroína del juego. La detective perseverante y astuta a la cabeza de una investigación complicada. La actriz un poco tonta de una película de terror a la cual el espectador le resopla «no, no entres ahí, no vayas sola». La chica curiosa y temeraria incapaz de resistirse a la tentación de la aventura.

Deslizo la llave dentro de la cerradura sintiendo como si estuviera haciendo algo malo, muy malo, pero sin poder detenerme. Mientras abro la puerta, intento imaginarme qué se podría encontrar dentro de esta cueva tan protegida: todos los objetos de valor de la familia Lazzari. El taller de creación de la marca y sus últimas piezas inéditas. Un cuarto obscuro para revelar las fotos secretas de Dante, con botellas de líquido revelador y una bombilla de luz roja en el techo. Nada me sorprendería. Tal vez una alarma estridente resuene en todo el rancho justo en el instante en que la puerta se abra por completo. O el FBI llegará en helicóptero y me tirará al piso para detener mi búsqueda ilegal.

Creo que el haber crecido solo desarrolló demasiado mi imaginación.

Termino de girar la llave. Bajo la manija. Paso saliva con dificultad

y contengo el aliento al empujar la puerta con el pie. La luz del pasillo es lo único que ilumina esta pieza obscura. Esperaba todo... menos esto. Un aire pesado, irrespirable que apesta a encerrado. Un colchón individual en el piso, con un hoyo en medio y manchas amarillas por todas partes. Viejos peluches rasposos y acabados, como si los hubieran apretado demasiado. Círculos en el suelo, como marcas secas de frascos. Una ventana clausurada al fondo, con tres barras de metal deteniendo una tela negra opaca. Un enorme clavo en la pared a la derecha, de la cual cuelga un espeso cinturón de cuero. Glacial. Esta vez, ya no se trata de un juego. Estoy de regreso en la tierra y mi mente intenta encontrarle una explicación a todo esto. Alguna razón. Un nombre a esta pieza infame. «Sala de tortura» es lo único que se me ocurre.

Las náuseas me invaden. No puedo entrar ni retroceder. Como un llamado al vacío, esta espantosa habitación, donde todo me da asco, me acecha. Entreabro un poco más la puerta con la punta del pie, encuentro un interruptor y lo bajo. La luz es tenue, el foco del techo se tambalea como si hubiera sido colocado y removido cien veces. Descubro lo que me todavía me espera sobre la pared de la izquierda. Lo peor que podría haber. A poco más de un metro de altura, el yeso está dañado en algunas partes. Como rasgado por uñas. Hay hoyos provocados por unos puños llenos de rabia. Un poco más arriba, inscripciones febriles, inclinadas, más o menos borradas. Con una escritura de niño. Solo puedo descifrar fragmentos. «Mi padre» en un rojo deslavado. Me estremezco. «Ayuda», «te odio», «demasiado mal», «no es mi culpa», «ya verás», «nunca más», en negro. Tiemblo. Y las lágrimas se acumulan en mis ojos cuando, en medio de estas palabras terribles, se encuentran nombres que conozco muy bien. Dante. Andrea. Calliopé.

Entiendo sin entender. Mi cerebro se niega a admitirlo. Pero mi corazón los compadece. Mi cuerpo se tensa como si recibiera todos los golpes. Todo en esta pieza emana sufrimiento, maltrato, perversidad. Crímenes indescriptibles. Castigos que uno no pensaría posibles antes de leerlos en el periódico o en los programas de televisión sensacionalistas.

Me es imposible imaginar a Dante como víctima. Ese hombre tan fuerte, tan protector, tan seguro. Hay algo intocable en su mirada. Invencible en sus poderosos músculos. Y aun así.

¿De dónde viene tu renacimiento, mi Fénix?

¿Qué cicatrices invisibles esconden tus obscuros tatuajes?

¿Qué terribles gritos te han vuelto tan mudo?

¿Qué inmundos recuerdos te impiden dormir en la obscuridad?

¿Qué gestos crueles han convertido la violencia en algo intolerable para ti?

¿Qué tipo de infancia insoportable te hizo preferir las calles en tu adolescencia?

¿Qué heridas te volvieron tan duro?

¿Qué padre tan innoble hizo de ti un hombre tan dulce?

Con las mejillas llenas de lágrimas, apago la luz, cierro la puerta, deslizo de nuevo la llave bajo el cuadro y huyo corriendo por el pasillo. Cierro los ojos con fuerza, esperando poder borrar esas imágenes. Me golpeo con las paredes, con el marco de una puerta, vuelvo a abrir los párpados y me dirijo a la escalera doble para llegar hasta Dante. A su calabozo, a lo alto. En el piso donde parece sentirse bien, más o menos libre. Casi sin demonios.

No puedo permanecer lejos de él por más tiempo.

Corro a toda velocidad una vez que llego al tercer piso. Paso frente a mi habitación rosa y blanca, donde nos peleamos. Que ahora está vacía de él. Continúo hasta su habitación. Y encuentro al Fénix de espaldas, frente a su ventanal. Con un pantalón de mezclilla y una sudadera negra con mangas largas, pegada al cuerpo y ambas manos cruzadas detrás de la cabeza, parece subyugado por la lluvia que cae sobre el río.

Me lanzo contra él. Acomodo mi frente entre sus omóplatos. Enredo mis brazos alrededor de su cintura. Repliego mis manos sobre sus pectorales. Siento su corazón latir bajo mi palma. Y el mío golpeando en su espalda. Dante no se pelea. Desliza sus antebrazos sobre los míos, su piel me calienta. Entrelaza nuestros dedos y su ternura me tranquiliza.

No habla de nuestro último combate, ni de nuestro último beso. Mejor así.

– ¿Qué te sucede, Tutu? - me pregunta su voz ronca y calmada.

Podría mentirle para protegerme. Para que no se enoje. Pero también para protegerlo a él, para no despertar sus demonios

dormidos. Sí, uno puede sin duda mentir por amor, lo comprendo en este instante. Pero yo no sé hacerlo.

– Vi... lo del primer piso... - farfullo.
– ¿Qué viste? - pregunta tensándose un poco.
– La habitación secreta... Encontré la llave... Entré... Perdón.

Me hundo más en su sudadera, entre los músculos de su espalda que se contraen un poco más.

– Eres imposible - suspira después de un largo silencio.
– Tú eres increíble - respondo en voz baja. - Ser como tú, después de haber soportado todo eso...
– Solveig… - dice su voz ahogada.
– No tienes que hablar de eso. Solo quiero que sepas cuánto te admiro. Cuánto yo...
– No tuve ningún valor - me interrumpe con dureza. - Lo dejé hacerlo. A mí y a mis hermanos... Y terminé por huir.
– Porque tienes un instinto de supervivencia más fuerte que los demás - intento tranquilizarlo con suavidad.
– Tal vez.
– Porque necesitas luz.
– Sin duda.
– Cualquier otro hubiera sido aplastado. Se hubiera vuelto violento, amargado, incapaz de amar.
– En cierta forma soy todo eso - responde como una confesión. - Un poco destruido, un poco condenado, un poco incapaz de todo.

Sus palabras me hieren y su voz apagada me incita a abrazarlo, sin querer soltarlo jamás. Rodeo su cuerpo sólido, inmóvil, y me hago un lugar entre él y el ventanal.

– Eres todo menos eso, Dante. Estás lleno de misterio, de heridas. Eres un montón de cosas más que todavía no conozco. Pero lo que me das es amor y dulzura. A tu manera.

Rozo con la punta de la nariz la piel sedosa a lo alto de sus pectorales, justo en el nacimiento de la V de su sudadera. Respiro su aroma que tanto amo. Lo escucho respirar con dificultad. Lo escucho luchar por dentro.

– Somos lo que hacemos - murmuro. - Y tú haces mucho por mí.

Arriba, sobre mi cabeza, observo su rostro grave sobre el cual se dibuja una minúscula sonrisa, casi invisible. Y nunca había visto una sonrisa tan triste en toda mi vida.

– Esto es lo que soy - resopla entre mi cabello. - Nací con una cuchara de plata en la boca. Pero al otro lado de la cuchara había un látigo.

– Oh, Dante, ¿qué fue lo que les hizo? - pregunto con ternura.

Siento sus brazos envolviéndome. Como si necesitara aferrarse a algo, a alguien, antes de entregarse.

– Mi padre es un hombre respetable. Es temido en el mundo de los negocios. Todo el mundo lo aprecia. Ha logrado dar una imagen impecable de sí mismo. Un tipo genial, encantador, símbolo de éxito y generosidad. Pero en privado...

– ¿Sí? - susurro.

– Vitto es un monstruo. Es más violento y perverso de lo que podrías imaginar jamás. Trató a sus hijos como esclavos. A su mujer como un objeto.

– ¿Por qué? - pregunto temblando.

– Por gusto. Para controlar todo y a todos. Nos encerraba, nos golpeaba, nos humillaba. Nos privaba del sueño, de la comida, de la luz. Nos ponía a unos contra los otros. Nos aislaba. Luego nos reagrupaba y nos hacía responsables de lo que le hacía sufrir a los demás. Y nos obligaba a disculparnos por lo que lo habíamos obligado a hacer.

– ¿Cómo es eso posible? - balbuceo incrédula.

– Es un enfermo. Es capaz de todo. A la única que no tocaba era a Calliopé. Pero a veces la violencia psicológica es peor...

– ¿No podían huir?

– Mi madre lo intentó varias veces, llevándonos con ella. Pero él siempre nos atrapaba.

Su voz rocosa se apaga de nuevo. Imagino os recuerdos que afloran, las huidas a mitad de la noche, los planes al vuelo, los fracasos... Y los regresos a la casa, todavía más dolorosos. El poder de ese hombre sobre su familia. Su mujer y sus propios hijos. La sangre de su sangre. Me duele de solo pensarlo. Pongo suavemente mis manos sobre las mejillas rasuradas de Dante. Me parece tan vulnerable sin su barba, tan inocente. Sus ojos negros, perdidos en el río, están tan húmedos y deprimidos como el tiempo.

– Hiciste lo que pudiste - agrego, sintiendo la culpa ahogándolo.

– No. Solo espere hasta tener suficiente edad para enfrentarlo, la suficiente fuerza para hacerle daño. A los 15 años, me rebelé contra mi padre, nos peleamos y me fui. Él no intentó detenerme. Los abandoné a todos. Para salvarme a mí mismo.

Niega con la cabeza, huye de mi mirada y mis caricias, aprieta la mordida un poco más y me abraza con más fuerza.

– Te encontraste en la calle, Dante. Solo. Eras un niño. ¡Eso debió requerir mucho valor! Fuerza de voluntad. Y ganas de vivir. No puedes sentirte culpable por no salvar al mundo a los 15 años.

– No quiero que me tengas lástima - dice repentinamente alejando más sus ojos obscuros.

– Uno no puede tener lástima de quien ama - respondo espontáneamente.

Entonces su mirada de ébano se clava en la mía. Y toca mi alma.

– ¿De quien qué? - intenta hacerme repetir, con sus bellos ojos entrecerrados.

– Uno solo puede intentar quitarles un poco de su dolor - continúo, ignorándolo.

– Yo también te amo.

Y esta última confesión se abre paso hasta mi corazón con un millón de emociones. En cascada.

Pego mis labios a los suyos como para proteger esas tres palabras preciosas. Para encerrarlas en un beso inolvidable. Estas ya están grabadas en mí, pero quiero saber a qué saben, a qué huelen, conocer su fuerza. Dante me besa como solo él sabe hacerlo, con una perfecta mezcla entre ternura y pasión. Recorro la cálida e imberbe piel de su rostro con mis manos. Deslizo mis dedos por su cuello, su nuca, su cabello corto y sedoso. Por primera vez, todo es suavidad en este hombre. Su sudadera fina que marca sus músculos. Sus mejillas sin barba. Sus labios carnosos que no me queman al besarme. Sus gestos tan delicados.

Él me abraza un poco más fuerte y echo la cabeza hacia atrás. Solo debo abandonarme entre sus brazos. Él me sostiene. Su beso se vuelve más apasionado. Su emoción se transforma en deseo. Puedo sentirlo en la tensión de su cuerpo. En su forma de cerrar los ojos. De poner las manos sobre mí, como si necesitara que le pertenezca aquí y ahora.

Me enderezo, jalo su sudadera y deslizo mis manos bajo la tela stretch. Acaricio sus abdominales marcados, sus amplios pectorales, la suavidad de su piel de terciopelo. Él toma mis nalgas y me aprisiona. Se terminó la hora de las confidencias. Logré hacer hablar a Dante. Se entregó. Luego me hizo callar, con su más sincera y hermosa declaración. Ahora, es el lenguaje de su cuerpo quien toma el relevo.

Las palabras ya no son necesarias para decirnos cosas tan evidentes. Nuestras manos se buscan. Nuestras bocas se encuentran. Nuestras piernas se mezclan. Nuestras pieles se imantan.

De pronto, el Fénix me voltea entre sus poderosos brazos. Ya no lo veo. Presiona su cuerpo contra mi espalda. Sus manos están por todas partes sobre mí. Sus mangas subidas revelan sus antebrazos tatuados. Acaricia mis senos a través de mi sudadera. Desciende y aplaca la palma entre mis muslos. La costura de mi pantalón se presiona contra mi clítoris que se inflama. Gimo mientras el rostro de mi amante se hunde en mi cuello, besa la fina piel desde mi oreja hasta mi garganta, la lame y la mordisquea. Jala mi sudadera para desnudar mi hombro y devorarlo sin demora. Más abajo, el fuego se enciende y ondulo casi a mi pesar contra su mano dura, suave, divina. Que se va.

Suspiro. Muero de calor dentro de esta sudadera demasiado grande, espesa y estorbosa. Mi amante la hace desaparecer con un solo movimiento despeinándome, electrizando mi piel y enviando el pedazo de lana hasta el otro lado de la habitación. De inmediato, sus manos están sobre mis senos. Mis pezones se endurecen y parecen querer atravesar la lycra blanca de mi sostén. Los dedos de Dante siguen lentamente la orilla de encaje transparente que forma una especie de corazón sobre mi pecho y luego olvida su delicadeza y mi lencería, para tomar furiosamente mis senos. Por sorpresa. Gimo con fuerza. Incapaz de saber su prefiero su suavidad o su ardor. Sus dientes atacan mis tirantes, los cuales hace golpear sobre mi piel para después deslizarlos a lo largo de mis hombros.

Cada vez que creo que está en alguna parte y que se quedará allí, cambia de opinión. De dirección. De método de tortura. Sus caricias a ciegas me parecen tener un erotismo inaudito. De repente, sus manos hacen ceder los botones de mi pantalón blanco y se abren camino hacia mi intimidad. El salvaje no espera una invitación para entrar. Se mete bajo mis bragas y desliza un dedo entre mis labios. Su índice experto sube y baja a lo largo de mi clítoris encendido. Mientras que el resto de su mano acaricia todo mi sexo. Me siento a su merced. Capaz de venirme aquí y ahora.

Pero la mano loca se hunde. Más adentro en mi lencería. Y ese endemoniado dedo entra en mí arrancándome un largo grito.

– Te extrañé... adentro - murmuro sin aliento.

Dante gruñe de placer cerca de mi oído. Se queda fijo en mi feminidad.

– No me digas esas cosas - suelta su voz ronca, casi animal.

Y su dedo vuelve a salir para hundirse de nuevo en mí, más adentro, más fuerte. Suspiro y gimo, mordiéndome los labios.

– Te sigo extrañando - lo provoco en voz baja.

Y mi amante, a quien herí en el orgullo, me da el castigo que merezco. Ya no es un dedo sino dos los que golpean en mi sexo empapado, ávido, ardiente. Esta vez en un grito lo que se escapa de mi garganta. Y el Fénix muy orgulloso de sí me responde, desafiante:

– ¿Y ahora?

Echo la cabeza hacia atrás mientras que sus caricias me hacen querer morir de placer. Reclamo un beso y él me lo da lleno de pasión. Nuestros labios se encuentran y nuestras lenguas se mezclan. Casi ni respiro de lo delicioso, fuerte y verdadero que este es. El amor que se mezcla con el sexo me conmociona.

Afuera, la lluvia azota. Adentro, yo también me vuelvo agua. Dante deja de besarme y me aplaca contra el ventanal. El frío muerde mi piel ardiente. La vista hacia el lago Missouri es impactante. Pero me encantaría voltear y ver el otro lado de la decoración. El espectáculo que se lleva acabo atrás de mí. El hombre de negro que me desea, me acaricia, que juega con mis nervios y mis sentidos. El castaño tenebroso que se transforma en bestia salvaje. Con un golpe de la cadera, intento dar media vuelta empujando el vidrio pero su cuerpo implacable me lo impide.

– Todavía no, Tutu... - gruñe su voz grave. - Más tarde bailarás. Por ahora, voy a desvestirte. Completamente. Y hacerte gozar. Completamente...

Me estremezco ante este programa indecente. Cedo ante su autoridad natural. Me derrito frente a su desbordante sex appeal. Dante desliza sus pulgares dentro de mi pantalón abierto y lo hace correr por mis piernas. Se pone de cuclillas frente a mí, hace pasar mis tobillos y sube paseando su lengua por todo mi muslo. El otro muere de celos. Su lengua húmeda y cálida sigue su camino alrededor de mi nalga moldeada para detenerse en mi cadera. Y muerde mi carne desnuda y blanca, hasta hacerme lanzar un grito. Mezcla de dolor y de placer.

El salvaje sigue con su descenso, con sus pulgares metidos en la lycra de mis bragas. Las desliza hacia abajo y marca con su lengua el

camino de regreso sobre mi otro muslo y mi otra nalga, ahora desnuda. Mi piel se eriza. Y el fuego sigue ardiendo dentro de mí. Cierro los ojos para disfrutar mejor de esta sutil sensación, de sus caricias mojadas, de estas lentas y arrasadoras olas de sensualidad. Dante se toma su tiempo. Me hace languidecer y gemir. Y cumple con delicia sus promesas.

El salvaje se levanta de nuevo y desabrocha mi sostén con los dientes. Siento el broche ceder. La tela blanca caer. Y mi desnudez aparecer frente a los ojos de todos, frente a este inmenso ventanal. Pero no hay nadie a lo lejos. Ni una casa alrededor del rancho. Ni un auto en el camino, a orillas de la propiedad. Ni un alma para molestarnos. Y el río está demasiado ocupado corriendo a toda velocidad hacia las cascadas de Great Falls. Como mi sangre que huye de mi corazón desencadenado para correr por mis venas palpitantes e inflamadas. Todo mi cuerpo está sobrecargado, tenso, a la espera. Todos mis sentidos en alerta. Toda mi desnudez expuesta.

– Completamente desnuda - resoplo Dante, provocativo. - Pero queda otra parte del contrato...

El castaño se endereza por completo y creo percibir una risa ronca en respuesta a mi audacia. Entonces toma mi cabello corto y lo jala suavemente para acercar mi rostro al suyo.

– Ligeramente insolente... - gruñe de cerca.

Y pone su mano sobre mi mejilla.

– Más bien impaciente... - continúa con su voz viril.

Y roza mi boca con su pulgar.

– Y demasiado insumisa - concluye con los ojos brillantes.

Deslizo mis labios alrededor de su pulgar, lentamente, con mi mirada clavada en la suya. Succiono su dedo, lo lamo, mordisqueo su yema y lo trago entero. Gestos inequívocos. Que lo hacen entrecerrar los ojos y soltar un gruñido bestial.

Luego el Fénix retoma su mano y me controla. Se quita la sudadera con un gesto sutil y desesperado que le despeina el cabello. Me toma por la cadera y pega su torso desnudo a mi espalda. Siento la suavidad de su piel contra la mía. La dureza de sus músculos tensos contra mi cuerpo frágil. Su erección aprisionada dentro de su pantalón y presionada contra mis nalgas. Y me arqueo un poco para provocarlo

más. Pero Dante no se preocupa por él ni de su placer, solamente del mío.

Su mano toma mi seno para masajearlo, sopesarlo y amasarlo. Su otra mano regresa a mi entrepierna empapada. Sus dedos, a lo alto, atizan mi pezón. Los otros, abajo, cosquillean mi clítoris. Los movimientos circulares me hacen tensar, endurecerme, inflamarme. Las caricias simultáneas me dan mareo. Sus tatuajes obscuros danzan sobre mi piel clara, encendida. Mis suspiros se transforman poco a poco en gritos. Las flechas de deseo me atraviesan de lado a lado. Las olas de placer suben y bajan, para llevarme todavía más alto y más lejos en el vértigo. Los dos dedos demoniacos de hace rato se adentran de nuevo en mi carne, sin avisar. Recibo este ardor con delicia. Dejo a mi amante invisible visitarme, tocarme, trascenderme. Me penetra más fuerte y su palma experta frota mi sexo entero. Pierdo la cabeza y ya no sé ni dónde estoy o por qué estoy gritando. Todo mi cuerpo se tensa, vibra entre sus manos. Y el apuesto castaño me hace llegar al orgasmo, como lo prometió, entre ese ventanal, helado y él, ardiente. Mi orgasmo me lleva mientras que él me sostiene. Siento que ya no toco el piso. Que ya no soy yo misma. Que dejé a Dante tomar el control de mi cuerpo.

Y quisiera que así fuera siempre.

Temblando todavía, febril, jadeante, me volteo entre sus brazos para acurrucarme contra él. Esta vez, me lo permite. Me acomodo en su cuello, lo respiro, lo suficiente para reponerme de mis emociones. Como si su aroma, su aura y su carisma protector fueron los mejores remedios al torbellino de sensaciones que él mismo ha creado en mí. El Fénix, verdugo y a la vez cuidador. Es todo al mismo tiempo. El tenebroso, intenso y atormentado, al borde de las lágrimas hasta hace poco. El hombre tierno y delicado, que acaricia suavemente mi cabello, mi nuca, mis hombros, en este instante, tranquilizando mi pulso enloquecido, aliviando mi respiración entrecortada. Y el amante en bruto, contenido bajo su armadura, que vigila de cerca, sin haber tenido suficiente de mí todavía.

De pronto, el placer que había ahogado y adormecido para darle vuelo al mío me salta a la vista. Leo su apetito en la intensidad de sus ojos negros. Su impaciencia en su ceño fruncido y su mandíbula contraída. A pesar del control en sus gestos suaves y sensuales. Siento que el animal solo está esperando que lo despierten.

Me lanzo sobre la hebilla de su cinturón, el botón de su pantalón y el cierre que se resiste. Hundo mis manos en su bóxer extremadamente

tenso. Tomo su sexo duro y largo, que me impresiona como si lo descubriera por vez primera. Lo acaricio lentamente y rozo mi boca con la de su dueño.

– También a él lo extrañé - resoplo con una sonrisa insolente.
– Él a ti también - responde el salvaje, divertido.

Y luego ya no ríe. Desliza la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y saca su cartera para tomar un preservativo dorado. El Fénix siempre está preparado. Sabe ir directo al objetivo, cuando la necesidad es palpable. Se lo arranco de las manos y abro el empaque, ocupándome del resto. Bajo su pantalón y su bóxer por sus piernas musculosas. Ahora me encuentro frente a frente con su intimidad, orgullosamente erguida. Vacilo un segundo en degustarla pero hay algo más urgente, más imperioso, más evidente.

Entonces me pongo de pie, con todas mis fuerzas y me lanzo contra el cuerpo de mi amante. Me aferro a sus amplios hombros, anudo mis piernas alrededor de su cintura. Dante entrecierra los ojos como tanto me gusta, sorprendido de mi iniciativa, pero no tanto. Se apodera de mis muslos. Me aplaca contra el vidrio fresco que me golpea de nuevo. Sigue lloviendo igual de fuerte a mis espaldas, al otro lado. Pero no lo suficiente para apagar el incendio que hay aquí.

El tatuado me sostiene firmemente y clava su mirada obscura en la mía. Siento que me ha llegado la hora. Que su paciencia ya tuvo suficiente.

Su sexo roza mis nalgas más abajo. Al siguiente segundo, está dentro de mí. Hasta el fondo. Su golpe con la cadera me corta el aliento. Y se queda albergado en mi feminidad que arde. Como para saborear esta sensación inaudita que a mí también me sorprende. Quisiera que se quedara allí por toda la eternidad. Pero muero de ganas de que salga para que vuelva a entrar. Titubeo pero él no. Dante se retira y me penetra de nuevo, un poco más fuerte y más adentro. Pierdo la cabeza. Me aferro a su cabello, le araño la espalda, clavo mis talones en sus nalgas abombadas mientras que él me percute de nuevo. Nuestros cuerpos se encuentran y nuestras frentes descansan la una en la otra. Nuestras bocas se encuentran a veces y se dejan. Mis senos son aplastados por su torso mientras que hunde sus dedos en mis muslos. Nuestros sexos se fusionan y nuestras pieles resuenan al encontrarse. Él acelera el ritmo, me toma, me deja, me hace saltar sobre su virilidad que me atraviesa. Me colma como nadie. Separa mis muslos un poco más para ganar terreno. Se hunde en mis profundidades, ahí donde ningún hombre había ido antes. Él suspira,

gruñe, refunfuña. Yo resoplo, gimo, grito. Y nuestros orgasmos explotan como si fuéramos uno solo.

El insumiso y la insumisa reunidos.

Por fin.

7. De la sombra a la luz

Ligera. Libre. Viva. La lista podría continuar hasta el infinito.

Eso es lo que siento al despertarme entre sus brazos esta mañana. Es imposible saber qué hora es y eso me encanta. Pongo mis labios sobre el fénix grabado sobre su piel, mi tenebroso abre un ojo negro y luego el otro. Frunce el ceño y luego lo levanta. Río suavemente, una sonrisa insolente se dibuja en las comisuras de sus labios y puedo adivinar que su lista es tan larga como la mía. Las sombras de la noche anterior ya no están presentes.

– Buenos días Sol... - murmura estirándose.

Esa voz ronca... un poco quebrada. Y ese inmenso cuerpo escultural... terriblemente desnudo.

– Hola Fénix - susurro besando su cuello.
– Sabía que ese tatuaje haría caer a todas las chicas... - resopla abrazándome.
– Soy la única - gruño pellizcándolo.

Él gime y aprisiona mis manos para impedirme hacerlo de nuevo.

– ¿Qué?
– Quiero ser la única, Dante - insisto.
– Tú *eres* la única, Tutu.
– Porque no me gusta compartir - afirmo.
– No te pido que lo hagas.
– Mientras eso esté claro entre nosotros...
– Más claro ni el agua - sonríe.

Me da un tierno beso en los labios y luego me susurra al oído:

– Y si crees que dejaré que alguien te ponga una sola mano encima... Estás loca, Tutu. Y eso ha sido desde el primer día.
– ¿Tan posesivo eres, Salinger?
– Me perteneces - resuena su viril voz. - No puede ser de otra

manera.

Nuestros ojos se encuentran en ese instante. Los suyos brillan de intensidad.

– No le pertenezco a nadie - respondo acariciando su mejilla. - Soy una insumisa.
– Y yo un insumiso. Y sin embargo, cuando uno ama tiene que pertenecerle a alguien...
– «Cuando uno ama» - repito, sintiendo mi corazón bailando en mi pecho.

Sus brazos de hierro me envuelven, su boca encuentra el camino hacia mi cuerpo y me embriago de su olor, de su piel, de ese deseo que nos sobrepasa, nos transporta.

Ahora estoy segura de algo: le pertenezco.

***

Me volví a dormir, agotada por su insaciabilidad... y la mía. Cuando me despierto por segunda vez el día de hoy, ya es casi mediodía. Y ya nadie comparte mi cama. Su cama. Bueno, ya está claro. Estoy sola. Siempresola.

Sobre la almohada que huele a él, se encuentra una nota.

«El café te espera. Y yo también.»

Beso como estúpida al montón de plumas, me pongo de pie de un salto, y me pongo la primera prenda que encuentro en el piso, su sudadera negra y fina que se convierte en un vestido corto. Con nada abajo. Corro hacia las escaleras. En mi apuro, pierdo un escalón y estoy a punto de sufrir una catástrofe. Alcanzo a detenerme de la pared, pero mi corazón late a toda velocidad. Pude haberme roto algo. La rodilla. La otra, la que no ha tenido nada que ver con clavos, placas ni tornillos.

Calma tus ardores, Solveig. O terminarás en pedacitos...

Eso es lo que me dice la voz (insoportable, sabia y que siempre me está dando lecciones) de la razón, en mi mente. Y no está hablando de mi rodilla, sino del tenebroso hacia el cual me estoy precipitando de nuevo.

¡Vive más rápido, con más fuerza, deja tus dudas, tus temores y tu culpa atrás!

Esa es la voz que decido escuchar. La que viene del corazón. La rebelde, la temeraria, la insumisa.

– Te tardaste mucho... - me recibe la voz de terciopelo cuando por fin entro en la cocina cromada.
– Me dejaste muy cansada - le lanzo a mi amante, aceptando la taza de café que me ofrece.

Recargado contra la encimera, me observa con su mirada intensa y hambrienta. Lo contemplo, con esas malditas mariposas batiendo las alas en mi vientre. Dante tomó una ducha, reconozco su olor a cítricos y menta. Contrariamente a mí, él ya se vistió: pantalón negro y camiseta gris, sobrio pero eficaz.

– ¿Pancakes o waffles? - me pregunta el tatuado.
– ¡Ambos! ¡Con huevos! ¡Tocino! ¡Y un litro de jarabe de maple!
– Claro que sí...

Él saca un montón de cacerolas y sartenes, abre el refrigerador y saca una tonelada de comida. Emocionada, me acerco con un movimiento sensual, me elevo sobre mis brazos y me siento directamente sobre la encimera, cerca de él.

– No tan cerca - dice con una sonrisa descubriéndome allí.
– ¿Porque el fuego quema? - me burlo.
– Sí, algo así.
– Ya sé, estuve jugando con fuego toda la noche...

Él suelta una ligera risa gutural pasándose la mano por el cabello, me lanza una mirada de soslayo y luego regresa a su concentración.

– ¿Fuiste de compras? - me doy cuenta de pronto. - ¿De dónde salió toda esa comida?
– Llamé a nuestro proveedor habitual - me explica rompiendo unos huevos. - Lo entrega en una hora.
– Qué práctico es ser rico...
– A veces ayuda - confirma.

Algo más que ignoraba de él: Dante Salinger es un verdadero chef de cinco estrellas. Los pancakes están muy suaves, los waffles crujientes, combinados con frutas frescas, el tocino dorado y los huevos en su punto me arrancan algunos gemidos incontrolables. Devoro mi plato frente a sus ojos divertidos. Cuando el inconsciente

me roba mi último pedazo de tocino, gruño y agito mi tenedor:

– Puedo matar por menos que eso...
– ¡Tranquila, me rindo! - suelta levantando las manos.
– Estoy segura de que nunca habías visto a una mujer que le gustara tanto comer. No picar. No darle una mordida a un espárrago y dejar el pan de lado. No, *comer*.
– ¿Ya conociste a mi hermana?
– ¿Calliopé? ¿Es como yo?
– Digamos que no come, devora - explica tiernamente. - Todo. La vida en general. Debo decir que le falta mucho para ponerse al corriente...

Estoy por investigar más, por hacer las preguntas difíciles, delicadas, pero el rostro luminoso y tranquilo del Fénix me hace cambiar de opinión. Su alegría de vivir me calienta el corazón esta mañana. Entonces prefiero no sumergirlo en las tinieblas.

– ¿Me llevas a ver el río? - propongo de pronto.
– Si quieres...
– ¡Sí quiero! - exclamo dejando mi silla.
– Es agua, Tutu. Nada más que agua. No hay nada de qué emocionarse... - se burla tomando su cámara.

Al poner los pies afuera, descubro que el sol ha regresado y que el aire es cálido, casi pesado. Me ahogo un poco en mi sudadera-vestido pero aun así salto hasta la ribera reverdeciente del Missouri, a tan solo unas decenas de metros de la fachada trasera del rancho. Dante me sigue, soltando algunos suspiros, entrecortados por su risa sexy.

Creo que lo desespero tanto como le divierto. Y eso me gusta.

Al llegar a la orilla del río, me quito esa prenda obscura que se me pega a la piel y me volteo, completamente desnuda hacia el hombre-pájaro que me fotografía.

– ¿Nadie puede vernos aquí? - pregunto.
– Nadie.
– ¿Estás pensando lo mismo que yo, Fénix? - agrego con una voz falsamente dramática.
– Tenemos una piscina, Tutu.
– ¡No, quiero enfrentarme a la naturaleza!
– Pero la corriente es fuerte - responde.
– ¡Deja tu cámara y ven conmigo, Dante!

Su mirada obscura se clava en la mía... y se ilumina. Su gran

cuerpo musculoso se agita frente a mis ojos, para desvestirse. Una vez que se queda en bóxer gris, Dante vacila un segundo y se lo quita también. Mi apuesto insumiso llega hasta mí, tomándome la mano.

– No me sueltes. Ni un solo segundo, ¿entendido?

Le sonrío, asiento y ambos saltamos con las manos y los corazones entrelazados al agua... helada. Grito como una bestia y él ríe como jamás lo había escuchado reír. Entonces yo también río, desgañitándome e insultando al mundo entero. La corriente intenta llevarme, pero mi amante me retiene sin soltarme.

Eso que la gente pasa toda una vida buscando... Tengo la extraña sensación de haberlo encontrado.

– ¡Ya no siento mis pies! - grito de pronto, presa del pánico.

Dante se ríe más y luego me iza sobre la ribera. Sale del agua y me envuelve en sus brazos. Después desliza su sudadera alrededor de mis hombros. Yo sigo castañeando los dientes y soltando insultos mientras tomamos el camino de regreso al rancho. Mis piernas están entumidas por el frío, me cuesta trabajo caminar. El salvaje se da cuenta de ello, me levanta del piso y me lleva acelerando el paso.

Él cambia de planes en el último momento. En vez de dejarme en la entrada de la casa, Dante toma la tangente y nos lleva hacia la antigua caballeriza. Radical cambio de decoración: bienvenidos al spa Lazzari. El aroma a azahar y aceites esenciales me cosquillean la nariz. Pero francamente no tengo tiempo para maravillarme ya que, sin preguntar mi opinión, el bastardo me lanza al jacuzzi.

– ¡Podrías avisarme, me tragué toda el agua! - toso hacia él.
– No tuve opción, Tutu, te estabas poniendo azul...

Debo reconocer que el agua tibia me está haciendo bien. Dante entra por su parte a la pequeña piscina, salta al lado de mí con un gesto sutil y grácil y acciona un botón. Rápidamente el agua se pone caliente... muy caliente... ardiente. Mis miembros recobran la vida y suspiro de bienestar, frente a los brillantes ojos de mi castaño tenebroso.

– Dante… Gracias por haberme salvado la vida...
– Cuando quieras. Valió la pena, rara vez había reído tanto - responde sonriendo con insolencia.

***

Tal vez deberíamos regresar, pero las tentaciones son demasiadas aquí.

Mientras que me apoltrono en la sala frente a un viejo thriller que pasa en la televisión, Dante me prepara un platillo italiano a base de pasta fresca, berenjena y parmesano. Lo degustamos acurrucados el uno contra el otro sobre el gran sillón, como una vieja pareja que sigue igual de enamorada a pesar de las décadas juntos. Tengo una extraña sensación.

Para rejuvenecer unos cuantos años, terminamos medio desnudos, imbricados y sudando, sobre el mismo sillón.

El teléfono de Dante suena y nos saca de nuestro suave estupor. Mi tenebroso contesta, con la voz ligeramente enronquecida por nuestra última actividad, me susurra que Wanda Deeter está al otro lado de la línea y acciona el altavoz.

– ¡Wanda! - exclamo. - ¿Cómo está nuestro Bacalao?

– ¡Oh, de maravilla! - me tranquiliza la anciana desde Chicago. - ¡Qué amor de perro!

– ¿Y su pata? - pregunta Dante.

– ¡Sigue enyesada, pero ya se está recuperando!

– Excelente - sonríe mi amante. - Creo que no podía esperar nada mejor que la vida que le ofreces.

– ¿Y el gran Fénix? - pregunto recordando al monstruo con los ojos saltones. - ¿Sigue enamorado? ¿No está intentando montarla con demasiada energía?

– Oh, trata y trata - ríe la anciana. - Ya sabes cómo son los hombres...

– Sí. Sobre todo los hombres-pájaro... - respondo mirando a mi vecino.

Él me fusila con la mirada y luego mira hacia sus pies conteniendo la risa.

– ¿Perdón? - reacciona el millonario, un poco perdido.

– No, nada - me interrumpe Dante. - A veces a Solveig se le va la mente. Pero gracias por darnos noticias, Wanda. Y por cuidar a nuestra pequeña protegida. Tuvo un comienzo de vida caótico, pero gracias a ti, olvidará todo.

Pienso en nuestra linda perra robusta, corriendo en ese gran campo, con la cola al viento y el hocico abierto, casi como si sonriera. Y mi corazón se estruja. Incluso cuando pienso en su fétido aliento.

– La extraño - le resoplo a Dante.
– *Ambos* la extrañamos - le repite a la Srita. Deeter, pareciendo conmovido también.

La amante de los animales nos promete seguir en contacto y luego cuelga anunciándonos que es la hora del gimnasio. No la suya. La de los perros.

– Está completamente loca - sonríe el tenebroso. - Y es completamente genial.
– ¿Lo dijiste en serio? - le pregunto.
– ¿Qué cosa?
– ¿Que gracias al amor, uno puede olvidarlo todo?

Sus bellos ojos negros se entrecierran, pero su rostro permanece sereno, marcado por una gran suavidad.

– No lo sé... - resopla. - Nunca lo he intentado. Pero quiero creerlo. Debo creerlo.
– Podría intentarlo contigo, si quieres - le digo al oído.
– Sí. Hagámoslo.

Me abandono entre sus brazos musculosos, tatuados, tan poderosos y protectores. Y vuelvo a pensar en todo lo que ha sufrido.

– ¿Dante?
– ¿Sí?
– No sé si estás listo para hablar...
– ¿De mi infancia?
– Sí.

Su gran cuerpo se tensa ligeramente, pero su voz cálida me anima.

– Está bien.
– ¿Por qué nunca lo denunciaste? A tu padre - murmuro. - Alguien pudo haberlos protegido...
– Porque tenía a todo el resto de mi familia como rehenes... y lo sigue haciendo. Es así como nos encierra en el silencio: manteniendo a su próxima víctima bajo el brazo.
– En este momento es...
– Mi madre - resopla su voz.

Me cuesta trabajo pasar saliva. Lo veo distante, esquivando mi mirada. Mi pena. Mi dolor. Ya tiene suficiente con lo suyo.

– Desde todo este tiempo... ¿Por qué la pieza se quedó intacta?
– ¿La sala de tortura? - gruñe evocándola.
– Sí. Quiero decir... Ya no sirve, ¿o sí?
– No, desde hace varios años. Pero para mi padre, probablemente tiene buenos recuerdos, se niega a que sean borrados. Debe sentirse todopoderoso al volver a ver las huellas de nuestro sufrimiento. Y es una forma de recordarnos quién es el amo en esta casa. Y en todas las demás...
– ¡Pero también es peligroso para él! Pudo haber desaparecido todas esas pruebas para protegerse...
– Eso demuestra lo tonto que es. Y lo protegido que se siente. Vitto está convencido de que nada le sucederá nunca.

Esta idea me da náuseas. El verdugo debe pagar. A un niño no se le toca. Ni a las personas que uno debería amar, proteger. Ni siquiera a las que uno odia. Detesto a ese hombre que tanto daño le hizo a quien amo.

– Podría tomarle una foto a la pieza. Y enseñársela a...
– No, Solveig. No harás nada de eso.

Su tono fue firme. Acaricio con ternura la mejilla de Dante y él todavía no logra mirarme de frente. Se repliega, como cada vez que habla de su pasado.

– Hay otra cosa que no comprendo - admito de pronto.

Él suspira, se pasa la mano por la barba naciente y asiente.

– ¿Por qué trabajar para él? Te escapaste, eres libre, ¿por qué infligirte eso?
– ¡Porque mi madre, Calliopé y Andrea singuen prisioneros! Y porque llevo años intentando hacerlo caer. Y para eso, necesito vigilarlo de cerca.
– ¿Cómo?
– Es una historia muy larga y complicada...
– Tengo todo el tiempo, Dante.

Por fin sus ojos se clavan en los míos. Su obscuridad en mi luz.

– ¿Recuerdas que a los 15 años me fui?
– Sí.
– Hice todo para cuidar a mis hermanos, para permanecer en

contacto, protegerlos a distancia, pero fue complicado. Mi padre ya no los maltrataba físicamente, mi partida lo había calmado un poco. En cuanto a mi madre, no podía hacer nada. Ella era demasiado cercana a Vitto para que yo pudiera actuar. La trataba como a un perro.

– Qué horror... - resoplo.

– A los 25 años, regresé porque un día me habló llorando. Estaba sangrando. Yo ya me había reformado un poco, era fotógrafo, tenía dinero, éxito, libertad... Tenía algunos problemas, pero en general me iba bien.

– Solo que uno no ignora una llamada de auxilio de su madre... - adivino.

– Exacto. Entonces busqué a mi padre, para decirle que regresaría. Vitto se dignó a «abrirme los brazos» - gruñe el Fénix. - Pero solo si aceptaba mis responsabilidades: entregarme en cuerpo y alma a la empresa familiar.

Entonces, Dante suelta una risa obscura, torturada.

– Ese era el precio a pagar por volver a verlos, ¿comprendes? Así que acepté. Me convertí en el fotógrafo oficial de la marca y director adjunto.

– ¿Y tu madre?

– La cuidé tanto como pude, me comporté para no hacer enojar a Vitto. Nunca intenté provocarlo, porque en cuanto algo le enfadaba, se desquitaba con ella. La última vez que lo vi golpearla, hace dos años, llamé a la policía. Mi madre me arrancó el teléfono de las manos y me prohibió hablar con quien fuera.

– ¿Qué?

– Comprendí que ella era demasiado orgullosa. Que le avergonzaba. Y que nunca podría hacerlo pagar por toda esa violencia. Tenía que encontrar algo más.

– ¡Pero hay que detenerlo! - grito. - ¡De una vez por todas!

– Estaba a punto de hacerlo, Sol... - murmura el tenebroso.

– ¿Qué? ¿Cómo?

Dante se levanta y da algunos pasos, hasta la ventana que da hacia el Missouri. Coloca su frente contra el vidrio, con sus largas palmas sobre las persianas y continúa con su relato:

– Llevo años espiando a mi padre. Descubrí que malversaba fondos, hacía fraudes, explotaba menores, producía en China y no en Italia como pretendía, timaba a un montón de gente... y muchas cosas más. Tengo todas las pruebas necesarias, y hasta de sobra, para mandarlo a la cárcel de por vida.

– ¡¿Y qué estás esperando?!

Él da media vuelta, me clava su mirada intensa y luego se voltea de nuevo hacia el cielo.

– Iba a contactar al FBI el día en que... Andrea... Preston...
– Ah.
– Desde ese día, me vi obligado a esperar.
– Porque Andrea necesita a tu padre para salir - adivino con amargura. - Vitto tiene la influencia necesaria para evitarle lo peor...
– Es atroz, lo sé. Y no debería decirte todo esto - resopla el tatuado. - Pero es mi hermano. Y ha sufrido tanto...

En shock, aturdida, agotada, dividida entre mis sentimientos por él y mi desaprobación de todo esto, me levanto y estoy por salir de la pieza.

– Necesito estar sola un poco - le murmuro.
– No te he dicho todo, Solveig..

Inhalo. Dudo en alejarme, pero me quedo. Con los pies clavados al suelo que está por derrumbarse abajo de mí.

– Yo estaba en el auto - afirma la voz ronca.

En el auto…

El suelo se abre ahora sí. Me hundo en él. Y mi respiración se bloquea.

– Estaba en el asiento del copiloto.

Las estrellas desfilan frente a mis ojos.

– Nadie lo sabe, Andrea me suplicó que me fuera. Para que no me hundiera con él. Yo no tenía nada, ni un rasguño cuando huí antes de que llegara la policía. Era necesario. Tenía que proteger a mi madre y a mi hermana.

Su voz se apaga y la mía se eleva.

– Tú lo dejaste conducir... Ebrio...
– Solveig…
– Y viste a mi marido morir.

Continuará...
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

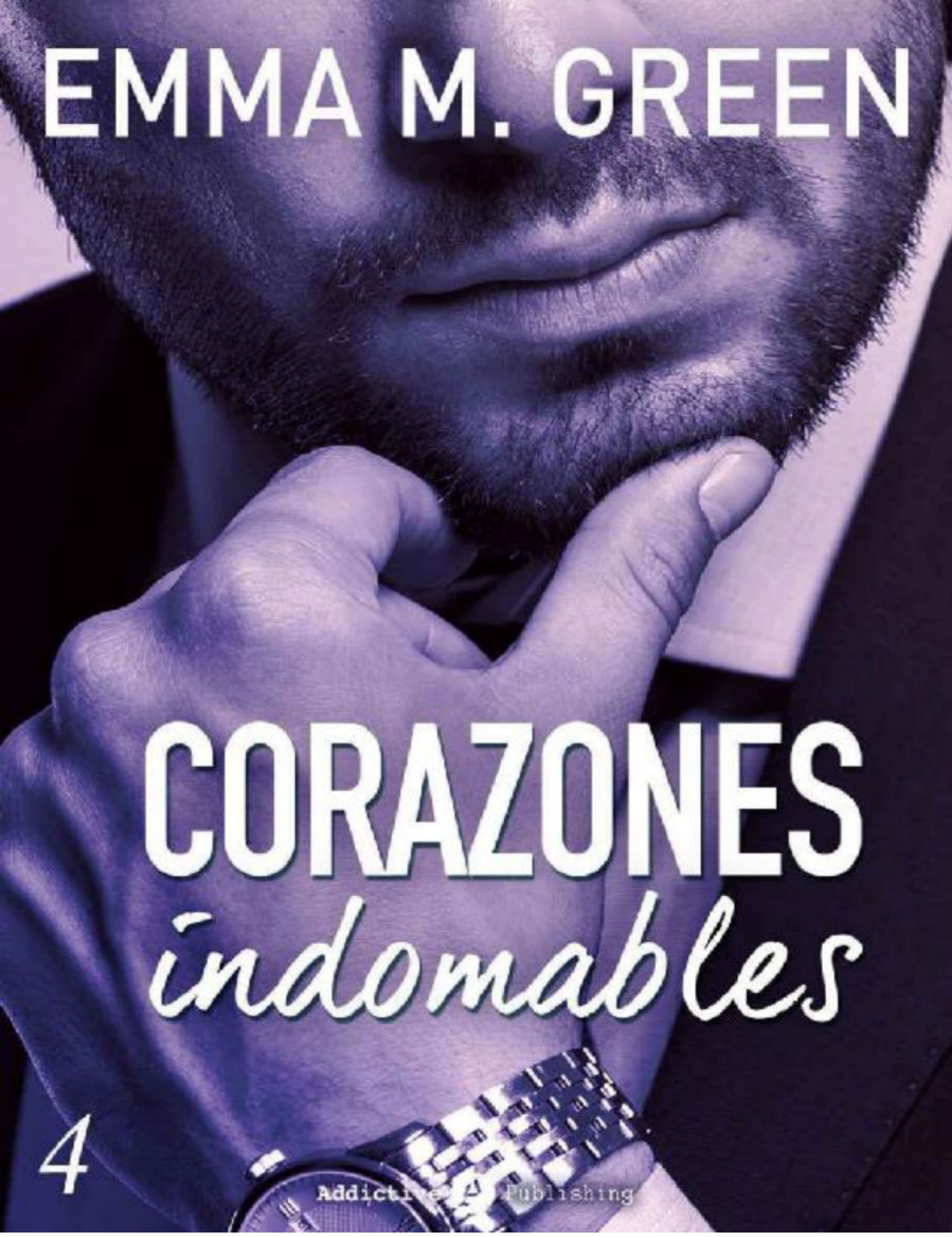
Pulsa para conseguir un muestra gratis

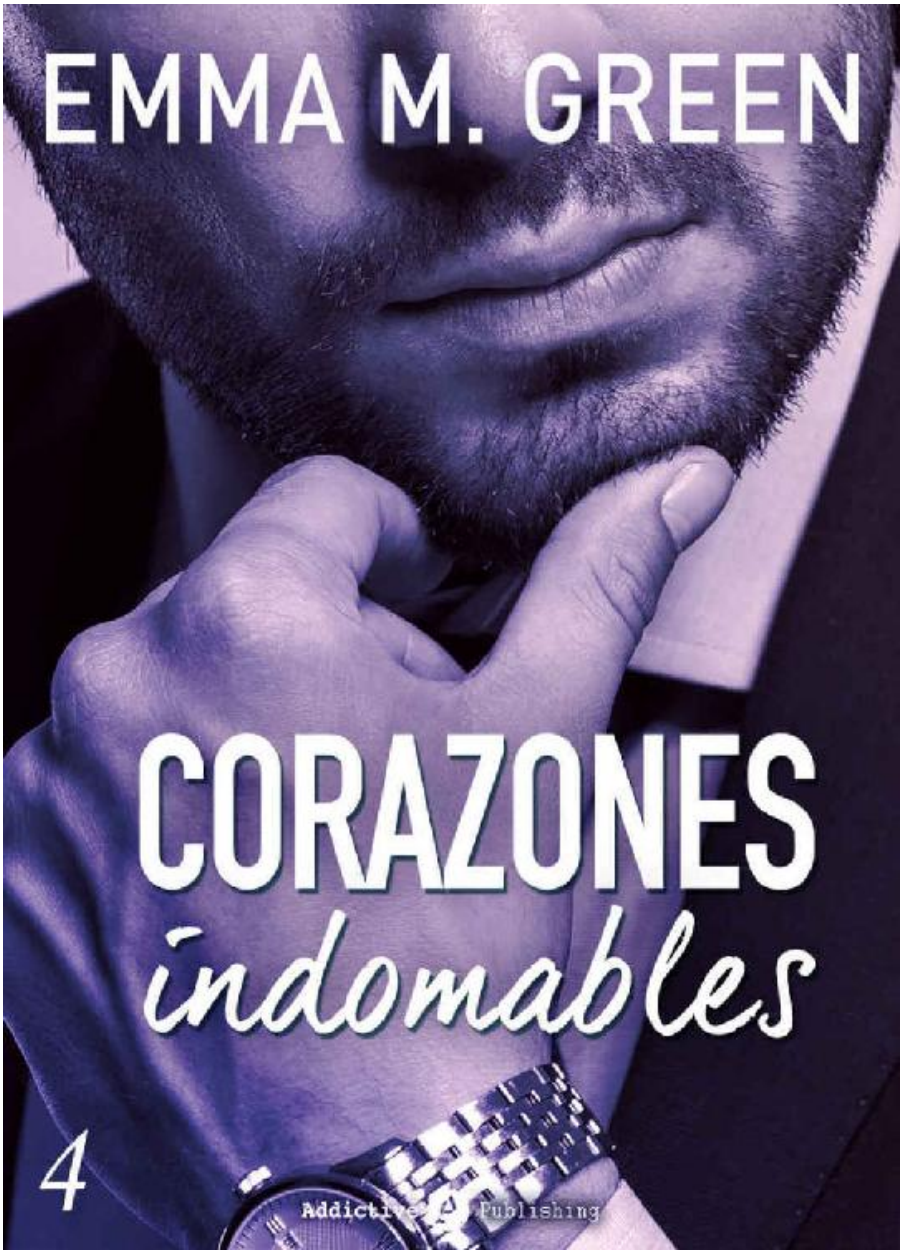
© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris

April 2017

ISBN 9791025737156

ZDAN 003


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
4
Addictive Publishing

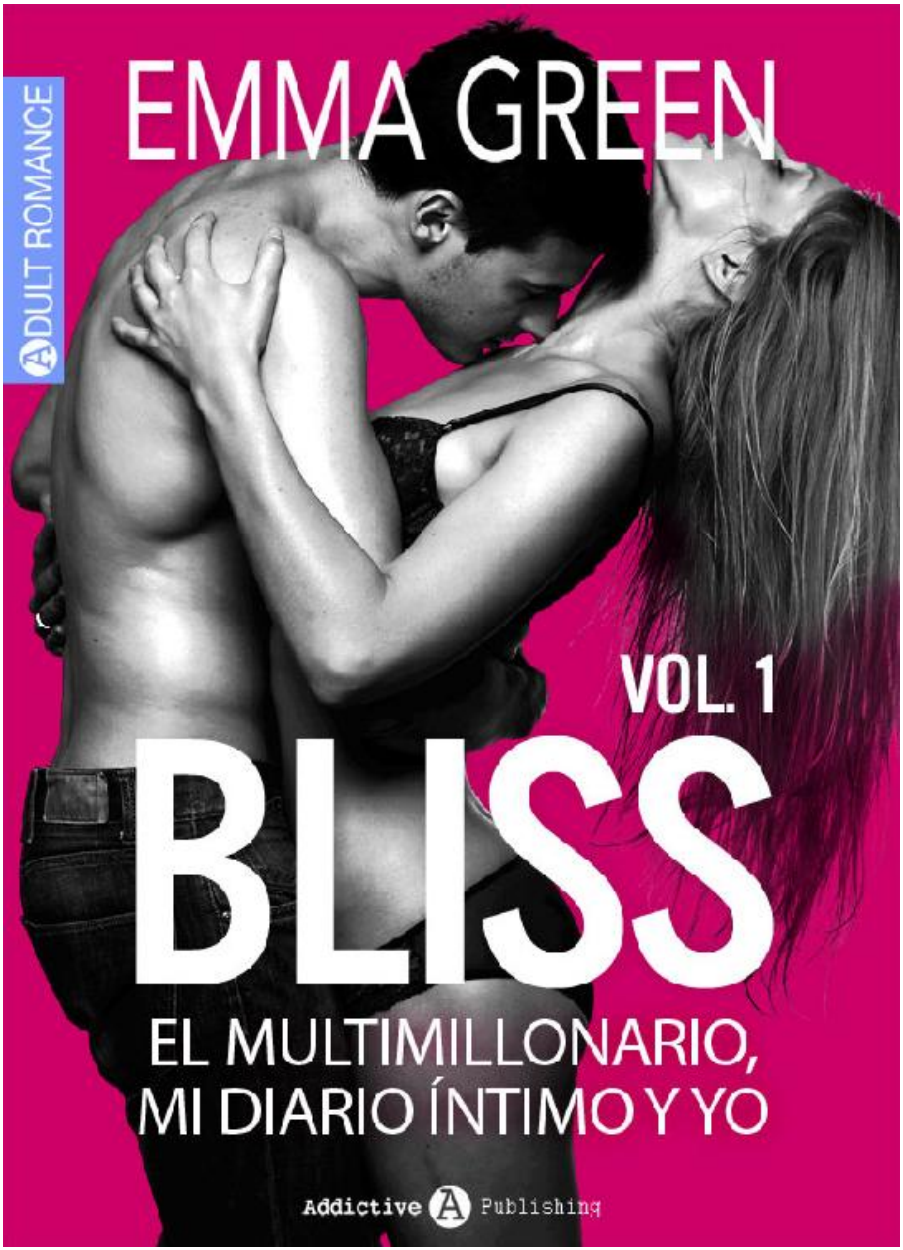

EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
4
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto… Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

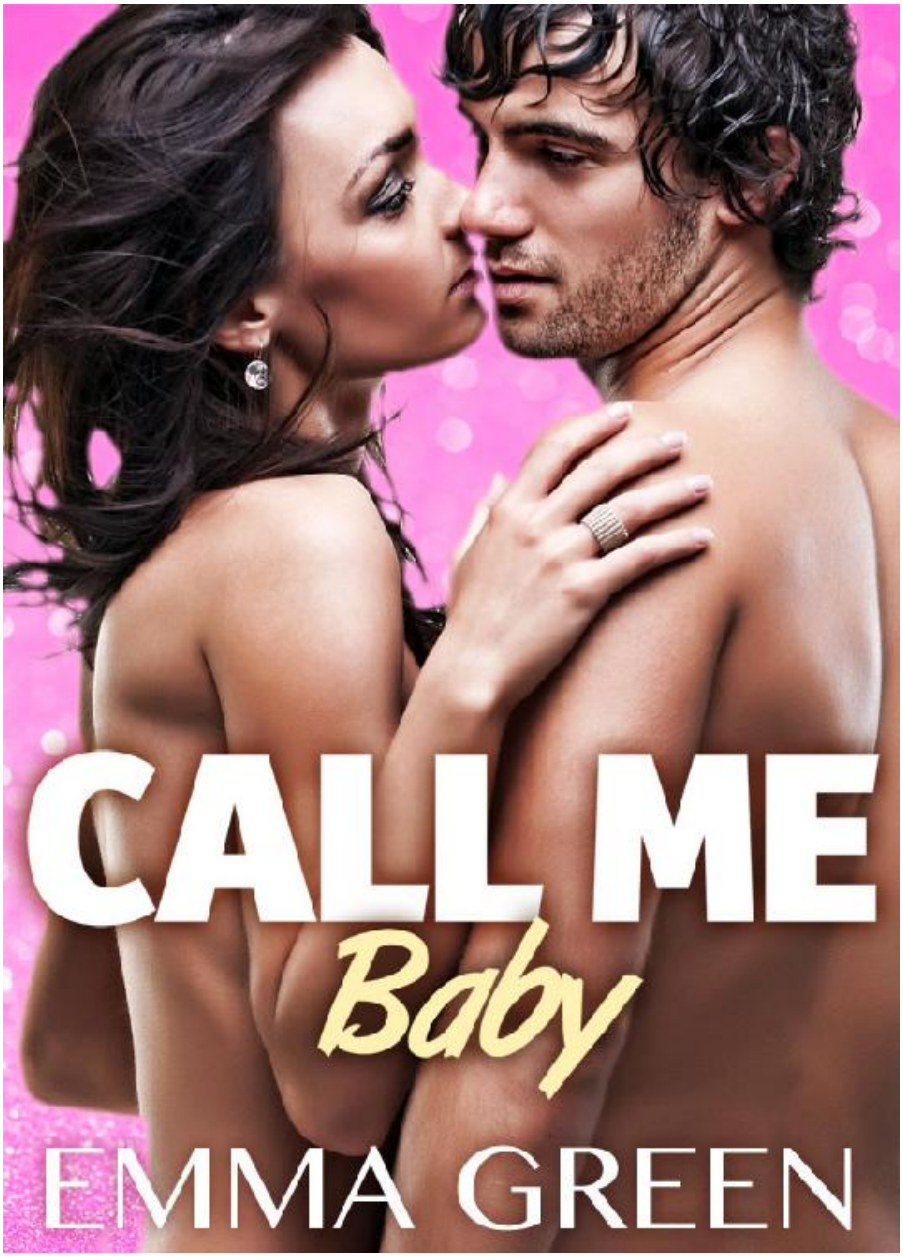

ADULT ROMANCE
EMMA GREEN
VOL. 1
BLISS
EL MULTIMILLONARIO, MI DIARIO ÍNTIMO Y YO
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Call me Baby - Volumen 1

¡Emma Green golpea de nuevo! ***”Multimillonario busca niñera.”*** Al llegar a Londres con su hermana gemela, Sidonie esperaba cualquier cosa menos convertirse en la niñera de Birdie, la pequeña hija caprichosa del riquísimo Emmett Rochester. La joven francesa acaba de perder a su madre, su nuevo jefe llora a su mujer, desaparecida dos años antes en un violento incendio. Maltrechos por la vida, estos dos corazones marchitos se han endurecido. Su credo: para ya no sufrir más, es suficiente con no sentir nada. Pero entre ellos la atracción es fatal y la cohabitación se anuncia… explosiva. Objetivo número uno: no ser el primero en ceder. Objetivo número dos: no enamorarse. ¿Cuál de los dos flaqueará primero?

Pulsa para conseguir un muestra gratis


CALL ME
Baby
EMMA GREEN

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

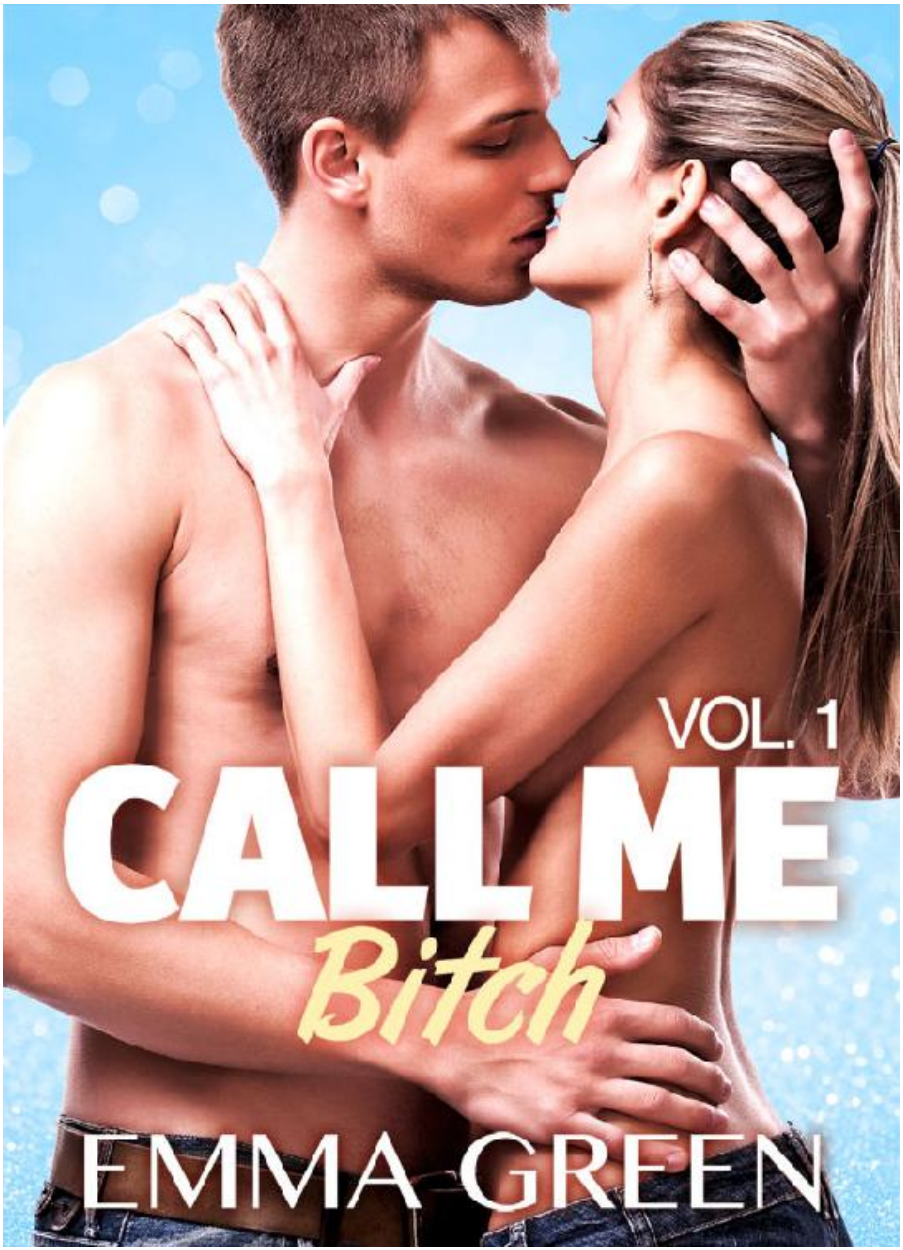
Juegos
insolentes
1
EMMA M. GREEN
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Call me bitch

A Jude Montgomery, el irredimible dandi millonario, y a Joséphine Merlin, la guapa habladora de mal carácter, se les confía el cuidado de la pequeña Birdie: una princesa de tres años, cuyo adinerado padre, Emmett Rochester, se divierte de lo lindo en las Bermudas con su chica. ¿Será un lindo engaño montado para reunir al mejor amigo de uno y a la hermana gemela de la otra? Si solamente… Ponga en una residencia londinense a los peores niñeros del planeta y los mejores enemigos del mundo, agregue una horrible niña mimada y deje cocer a fuego lento durante dos semanas. ¿El plan más desastroso del universo o la receta para una pasión condimentada, con justo lo que se necesita de amor, odio, humor y deseo?

Pulsa para conseguir un muestra gratis


VOL. 1
CALL ME
Bitch
EMMA GREEN

En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño… aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo… o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán… aunque no quieran.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

ROSE M. BECKER

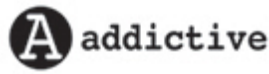
EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO

Addictive Publishing

Emma M. Green

Corazones indomables

Volumen 4



1. Con o sin él

Él estaba en el auto. Dejó que su hermano condujera. Vio a mi marido morir. Estas noticias se entrechocan al infinito en mi mente, que se niega a creerlo. «Necesito estar sola», le repetí antes de irme. El Fénix no dijo nada. ¿Me hubiera gustado que me detuviera? No estoy segura. ¿Que al menos lo intentara? Tal vez. Pero no lo hizo. Y ni siquiera quiero pensar en la razón. Mientras bajo las escaleras, corro por los interminables pasillos del rancho, encuentro las llaves de la SUV en la entrada, atravieso el gran patio en medio de la obscuridad, y comienzo a conducir. Sola. Sin aliento. En este auto de lujo que casi me robé, dejo la suntuosa propiedad de los Lazzari y llego hasta la Interstate 15 , que le pertenece a todo el mundo. A mí también un poco. Conduzco por varios minutos de noche. Sola. Sacudida. Lo suficientemente estúpida como para accionar los limpiaparabrisas cuando no hay ni una gota de lluvia. Solo un torrente de lágrimas frente a mis ojos.

Sigo conduciendo sin saber si acabo de regresar al camino sin él. Podría continuar así hasta Seattle. Estoy segura de que Dante me dejaría hacerlo. No me llamaría. Ni siquiera intentaría alcanzarme. Estima demasiado su libertad. No pediría explicaciones ni su auto de lujo de regreso. Desaparecería de mi vida igual que llegó. Sin avisar, de puntillas. Con su andar indolente y sexy que me hipnotizó hace más de dos semanas.

Entre más lo veo alejándose, menos puedo decidirme a irme. A conducir rápido, para dejarlo tras de mí. Lejos. Ignoro por cuánto tiempo conduzco pero siento como si frenara. La SUV comienza a dar vueltas. Pierdo el control antes de siquiera darme cuenta de ello. Doy un giro de 180 grados, me encuentro en contrasentido sobre el camino y recibo el impacto de frente. Siento el choque con una violencia inaudita. Ya no soy más que una muñeca de trapo en medio de un torbellino. Siento como si pudiera escuchar todos mis huesos rompiéndose, sentir todos mis órganos explotando y mi sangre derramándose. Pero no veo mi vida pasar ¿Eso es una buena señal? Me dejo atrapar, me abandono, me aferro más, no grito, espero el

final. Impotente, resignada. Después de una decena de vueltas de campana a una velocidad increíble, el auto se inmoviliza. Sobre el techo. Ahora que todo el ensordecedor estrépito de la lámina ha cesado, ya no estoy segura de escuchar correctamente. ¿Estoy herida? ¿Paralizada? ¿Tal vez muerta? No siento dolor ni emociones. Un gran vacío. Suavemente, muevo los dedos de los pies. Las manos. Giro la cabeza hacia un lado. Sin siquiera pensarlo, salgo de la SUV por una de las ventanas rotas. La noche está muy obscura. Solo los faros que siguen encendidos iluminan esta escena de terror. Fierro, llantas y vidrios por todas partes. Cosas esparcidas. Pedazos de vida y pedazos de humano. Es insoportable. Avanzo, lentamente, sin darme cuenta de que estoy caminando, sintiendo las lágrimas y la sangre mezclarse sobre mi rostro. Otro auto destrozado yace más lejos, como un animal muerto recostado sobre el acotamiento. Me acerco más, gritándome en silencio a mí misma que no vaya. El ruido de unos pasos me hace voltear la cabeza. La nuca me duele horriblemente. Percibo una silueta corriendo. Creo. Pensé que venía hacia mí pero se aleja. Y desaparece al fondo de la noche. Regreso al montón de lámina triturada y caigo de rodillas frente a lo impensable. Lo que no se puede ni mirar. El hombre que salió disparado a través del parabrisas para venir a derrumbarse aquí, con su bello rostro ensangrentado y sus ojos obscuros tan vacíos...

– Preston - grito con una voz neutra.

Pero mi boca no produce ningún sonido. Dejo estallar mi impotencia en medio de la noche, frente a la muerte. Y me despierto sobresaltada. Me enderezo sobre la cama como un resorte. Me llevo las manos temblorosas al rostro: no hay lágrimas ni sangre. Solo el sudor frío de una pesadilla terrible. Corro hacia el baño, enciendo la luz amarilla y me observo frente al espejo. Jadeo, con el cabello despeinado y los ojos desorbitados. Me froto las mejillas, me salpico agua fresca, intento recobrar el aliento y el sentido de realidad. Estoy bien. No vi a mi marido morir. No vi a Dante huir. No estaba allí. Inventé todo. Lo recreé. Lo volví a vivir. Por lo que veo a mi alrededor, eso es lo que puedo comprender.

Conduje hasta Wolf Creek anoche. «El arroyo del lobo» me pareció un nombre interesante para una ciudad. Suena a una mezcla entre cuento de hadas y película de terror. Intenté regresar al camino, sola, pero no podía alejarme de Dante, de su rancho, de su pasado tormentoso y de su última confesión. Debí haber huido de él pero me detuve en el primer *Bed & Breakfast* que encontré. Una anciana en la recepción me dio la llave de una habitación en el primer piso, con un llavero en forma de gato hecho bola. Extremadamente kitsch. Ya era

muy de noche así que me derrumbé sobre la cama y me caí en un sueño profundo.

Regreso a la pequeña habitación del con mobiliario antiguo. La cabecera rústica de madera naranja. La cómoda que hace juego, cubierta por un mantel bordado que cae a cada lado. Figuritas de gatos sentados, o jugando de espaldas, terroríficamente inmóviles. Una especie de ensaladera de vidrio que ya no es transparente llena de popurrí... que se pudrió desde hace mucho tiempo. Y cortinas de las que no puedo ni hablar. Rojas, verdes, amarillas, con una mezcla indescriptible de hojas y animales salvajes. Todo es viejo, pero al menos está limpio. Hay lugares que no tienen encanto ni alma. En cambio, este tiene algo cálido en su decoración. Alguien puso todo su corazón en esta decoración. Para que sus huéspedes se sintieran «como en casa». Martha, la solterona que ama a los gatos. De alguna forma, me identifico con ella. Este *Bed & Breakfast* es a los hoteles lo que mi Chevy era al mundo automovilístico. Una maravilla. Una reliquia. Una fealdad incomprendida.

Me recuesto de nuevo sobre la cama pero me niego a cerrar los ojos. No quiero volver a ver el accidente, la lámina, el rostro ensangrentado de mi marido muerto. A Dante dejando el lugar como un cobarde, aunque tuviera las mejores razones del mundo. Después de haber dejado que su hermano ebrio chocara a toda velocidad contra el auto de un tipo que no tenía la culpa de nada. ¿Cuántas malas decisiones fueron necesarias para destrozar tantas vidas? ¿Dos, tres? Eso es todo lo que se necesita. Una copa de más. Un hermano menor a quien no le niegan nada. Un acelerador apretado con demasiada fuerza. Un semáforo en amarillo que uno cree poder pasar. Una huida, decidida en algunas décimas de segundo, para limitar los daños, porque uno sigue creyendo que puede salvar el mundo, que debe cargarlo sobre los hombros.

La culpabilidad me sigue carcomiendo, me estruja el corazón y me impide respirar. Cada vez que le hombre Fénix me hace una nueva revelación sórdida intento excusarlo. Cada vez que la razón me grita que huya de él, me aferro un poco más. Cada vez que debería detestarlo, me odio a mí misma por amarlo tanto.

Me quedo extendida sobre la cama, observando la ventana y las cortinas multicolor, evitando dormir y tener pesadillas, esperando que sea de día al otro lado. En estos finales del mes de septiembre, el sol sigue saliendo tarde. Espero pacientemente a que emerja, calculo la diferencia de horario entre Montana y Cleveland, donde vive mi hermano. Aquí son las seis de la mañana, por lo tanto para él son las

ocho. Lo llamo. Estoy segura de que Jonas no contestará, pero necesito escuchar una voz familiar. La de su contestadora me bastará. La de alguien que no sabe nada ni me preguntará nada. Ali y Phoebe sabrán por mi voz que algo me pasa. Me llenarán de preguntas, de consejos. Serán muy amables, pero no quiero que sean amables conmigo. Ahora mismo no puedo. Y tampoco puedo ir a hablar decentemente con la pobre Martha.

– ¿Diga? - murmura una voz adormecida.
– ¡Mierda, qué tonta! ¡Jo!
– ¿Me llamas solo para decirme groserías? - farfulla.
– ¡No, perdón, no creí que fueras a contestar!
– ¿Entonces me llamaste esperando que no respondiera?
– ¡¿Pero por qué lo hiciste?! - lo regaño a medias.
– Porque cuando alguien me llama tan temprano, es porque hay algún problema.
– Tampoco es *tan* temprano... - agrego para disculparme.
– O que alguien murió.
– ¡Yo no!
– Me alegra. No me gustaría tener que organizar un tercer entierro.
– Fui yo quien hizo todo para el de papá y mamá...
– Es cierto - admite. - Pero aun así fue difícil.
– Seguro...
– ¿Tenías algo que decirme, Sol?
– Lo siento, no preparé nada.
– Sé que no he sido un buen hermano mayor... Pero te dije que lo intentaría, ¿no? Que cambiaría. Y eso es lo que estoy intentando, ¿ves? Contesté. Tú tienes que hacer la otra mitad.
– Gracias...
– No me agradezcas, hermanita. Háblame.
– No estoy segura de que te interese...
– Si es algo relacionado con baseball o sexo, seguro que sí - lanza al otro lado de la línea.

Imagino a mi hermano en su casa, con una camiseta blanca amarillenta y un calzón viejo, como cada noche desde hace veinte años, con su remolino rubio en la punta de la cabeza, como cada mañana durante el mismo tiempo. Y sus dos únicos pasatiempos, el deporte y las chicas. A sus más de 30 años, no tiene experiencia con ninguno de los dos. Se conforma con mirar. No sé nada de él, pero conozco a Jonas perfecto. E incluso sin verlo, ese cretino me enternece.

– Hice un *touchdown* con un chico del equipo contrario - improviso.

– ¡Esa frase no tiene ningún sentido! - responde.

– Eso creí.

– ¿Podrías explicarla, Sol? Olvida el baseball.

– Sí, está bien... Conocí a un tipo que está implicado en la muerte de mi marido. Bueno, mi ex marido. El que está muerto. Pero no me volví a casar, ¿eh? Eso no es lo que quiero decir.

– Son las ocho de la mañana, tienes que ayudarme un poco...

– Lo siento, te estoy confundiendo. Es solo que este tipo, Dante, tiene un efecto terrible en mí. Sin importar que esté ligado a la familia con la cual debería pelear. No físicamente, ¿eh? Todavía no me he involucrado en peleas callejeras. Me refiero a pelear en juicio. Por Preston. Bueno, creo que cada vez está quedando menos claro, ¿no?

– OK, estabas en una dulcería... Te dijeron «¡Puedes probarlos todos menos este porque pica!» Y ese es exactamente el que te metiste a la boca, a escondidas.

– No diría que «me lo metí a la boca», pero tu metáfora es correcta... - confieso, incómoda.

– Lo prohibido siempre es lo mejor, ¿y qué es lo que quieres hacer al respecto? - me pregunta mi hermano con un tono resignado. Sucede lo mismo con la pornografía, puedes mirar todo lo que quieras en Internet, pero siempre vas a buscar lo más...

– ¡Jo! ¡Por favor! - digo en voz alta para cubrir sus palabras.

– Ah, ¿demasiadas confesiones?

– No estoy muy segura de que estemos listos para ese tipo de llamadas entre hermanos - digo con una mueca.

– Sí... Supongo que nos faltará entrenamiento.

– Seguro... ¿Lo intentamos la próxima vez?

– Mejor esperamos un poco más, Sol, por favor.

– Lo pensaré.

– Buena suerte con tu dulce picante.

– ¡Gracias! Buena suerte con... lo que quieras.

– No veo porno *todo el tiempo* , me comenta.

– ¡Adiós, Jonas!

– ¡OK, bye!

Cuelgo y reprimo una risa contra mi teléfono. No quería desahogarme. Ni por un segundo creí que tuviéramos esa conversación improbable, tan temprano por la mañana. Pero contra toda expectativa, me hizo mucho bien. Y me doy cuenta de que nada en mi vida ha sido normal jamás. Ni mi familia. Ni mi infancia. Mucho menos mi vida de adulto, mi matrimonio, mis dramas, ese *road trip*.

Toda mi historia es lo que pica.

Y el sabor de mi dulce favorito me viene a la mente. Sí, cruje, me

sorprende, despierta todos mis sentidos. Pero no es solo eso. Me calienta, me tranquiliza, como el sabor del azúcar cuando uno dejó de comerla por mucho tiempo. Es un poco amargo, desconocido, como la cerveza o el café las primeras veces que uno los bebe, para sentirse adulto. Es un poco difícil encontrarles el gusto. Pero sabemos que pronto no podremos dejarlos.

Entonces me siento en la orilla de la cama, con las piernas colgando, tecleo sobre mi teléfono y le envío un mensaje a Dante, sin pensarlo ni leerlo dos veces.

[No me he ido. No realmente.
Todavía no. No te preocupes por mí.]

[Demasiado tarde.]

[Necesito tomar un descanso.]

[Lo sé.]

[¿Qué haces?]

[Te estoy esperando.]

[No sé si voy a regresar.]

[Te entiendo.]

[Necesito que dejes de mentirme.]

[No estoy mintiendo, me callo.
Las palabras no salen. Pero contigo
me estoy curando. O eso intento.]

[¿Tienes algo más que decirme?]

[No, eso era la última vez.]

[Sí, tienes muchas más cosas.]

[¿Como qué?]

[Así no.]

[Dante…]

[Regresa, Tutu.]

[No lo sé.]

[Suspiré. ¿Eso cuenta como decir algo?]

[No.]

[Ahora estoy callada pero frunzo el ceño. Eso dice muchas cosas, ¿no?]

[No siempre.]

[Sé que odias eso.]

[¿Qué?]

[Mi ceño fruncido.
Mi mandíbula apretada.
Mis silencios.]

[No hay nada que odie de ti.]

[Lamentablemente para mí.]

[¿Entonces puedo esperarte un poco más?]

[De todas formas no tienes auto.
Es el alma de mi Chevy vengándose de tu abandono. Estás perdido en un rancho en medio de Montana.
Ni siquiera los guardias están ahí.
No puedes ir a ninguna parte sin mí.]

[Sé muy bien lo que es ser prisionero.]

[Perdón, no me refería a eso...]

[No tienes que disculparte.]

[Y no tienes ni idea de hasta dónde puedo caminar.]

[Sí lo sé.]

[Y sabes todas las demás cosas que
estoy dispuesto a hacer. Por ti.]

[¿Te pondrías un tutu por mí?]

[Acabo de pedirle a Calliopé que me haga
uno a la medida.]

[¿Te meterías a nadar
desnudo al Missouri?]

[Todos los días, si es necesario.]

[¿Volverías meter vacas
y caballos en ese rancho?]

[Considéralo hecho.]

[¿Comerías barras de chocolate
hasta el final de tus días?]

[Fácilmente.]

[¿Eso quiere decir que piensas estar
conmigo hasta el final de tus días?]

[No me hagas decir lo que... ya dije.]

[Ahora estoy callada, pero sonrío.]

[¡Te lo prohíbo!]

[Demasiado tarde.]

[Dante, si regreso,
¿me vas a hablar del accidente?
¿Sin esconderme nada?]

[Te lo prometo.]

[No creo que debamos.]

[Lo sé.]

[Te escucho suspirar desde aquí.]

[Sí...]

En esos puntos suspensivos se encuentran todos los ceños fruncidos de mundo. Todas las confesiones de impotencia. Los suspiros de dolor contenido. El orgullo tragado. Y la melancolía confesada. Esa que conozco muy bien. No debería hablar con él... y ahora estamos intercambiando más de cincuenta mensajes en cuestión de unos cuantos minutos. Debería alejarme... y no puedo evitar buscarlo. Ni siquiera debería ser capaz de sonreír... y soy yo quien está bromeando ahora. No debería darle ninguna oportunidad, dejarle aunque sea una minúscula puerta abierta... y estoy prácticamente tendiéndole los brazos.

Solo porque muero de ganas de encontrarme entre los suyos.

Dante no me preguntó dónde estaba. Como si quisiera respetar la distancia que le impuse. Podría habérselo dicho, pero tampoco lo hice. Sin duda por miedo a que viniera por mí. Y que no pudiera resistirme a él. Todavía no he decidido qué voy a hacer. Me dejo caer hacia atrás sobre la cama y el sueño me atrapa de nuevo.

2. El lado bueno de la montaña

Dormí al menos seis horas. Cuando desperté, las cortinas horribles y los gatos inmóviles seguían ahí. No soñé nada. O más bien, mi cerebro tuvo la buena idea de no recordarlo. Entro al baño para darme una ducha tibia y sin presión. La toalla áspera me raspa la piel, algunos hilos cuelgan de cada extremo, pero huele a limpio. En la habitación, los olores a carne y café parecen entrar por debajo de la puerta. Llego hasta la planta baja. En el comedor común, todo de madera, con vigas y revestimientos sobre las paredes, Martha está sentada a la mesa con su único cliente, frente a los restos del desayuno. Ellos parecen estar mitigando su soledad con una silenciosa partida de cartas. Huyo, con una sonrisa tensa y una pequeña señal con la mano, antes de que me inviten a repartir en su siguiente juego.

La pequeña aldea de Wolf Creek no tiene nada de cuento de hadas. Realmente tampoco es una película de terror, sino más bien refleja la banalidad mortal de un pueblo pequeño de Montana, atrapado entre las montañas y la carretera. Una vieja estación de servicio, una oficina postal desierta, una linda iglesia, sin duda mucho más frecuentada, algunos ranchos y un bar donde está indicado «Saloon – Diner – Café – Juegos – Música». Nada más que eso. Todo eso para las únicas tres pick-ups que están estacionadas allí. Comer, beber, bailar, jugar. ¿En verdad eso basta para llenar una vida?

Mi paseo se termina al mismo tiempo que mi pregunta existencial. No es momento para pensar demasiado. Ni para deprimirse demasiado. Llego al *Bed & Breakfast* con la firme intención de irme, pero sin haber decidido todavía a dónde.

– ¡Todavía puedo servirle el desayuno! - me resopla Martha cuando entro sobre la punta de los pies.

– Oh no, es muy amable, pero ya es la una de la tarde y no quiero molestarla.

– Howie se ha ido, solo estamos usted y yo.

– Pero está recogiendo...

– ¿Cuánto lleva sin comer? - me interrumpe. - Parece ser alguien

que necesita queso y salchichas.

– No sé cómo debo tomar eso... - murmuro para mis adentros.

– Ya sé lo que es - suspira. - ¡Ustedes los jóvenes se despiertan tarde, no quieren desayunar y luego todo les sale mal!

Mirándola de cerca, y a pesar de sus labios finos y firmes, no estoy segura de que Martha tenga mucho más de cuarenta años. O ya se siente vieja, o cree que soy una adolescente.

– Es por eso que no tuve hijos - me explica con una sonrisa triste.

O más bien porque no encontraste a nadie con quién tenerlos, pienso respondiendo a su sonrisa. ¿O porque dejaste pasar tu oportunidad, como yo en este momento? ¿Y preferiste huir del único tipo tan loco como tú para soportarte y esperarte?

No, yo no soy Martha. Y ella no es yo.

– Toma asiento, ya regreso.

La solterona se va, arrastrando los pies, y cada uno de sus pasos se desliza ruidosamente sobre la duela rugosa a la que no le vendría mal una encerada. Algunos minutos más tarde, regresa con una taza de café humeante y un plato lleno de salchichas, queso, papas y huevos. Todo está bañado en grasa pero devoro esa comida reconfortante antes de siquiera darme cuenta del hambre que tenía. Martha me mira comer sin ninguna discreción. Al principio me desestabiliza, pero termina por sentarse frente a mí, como una abuela que quiere asegurarse de que tengo el estómago lleno. Y de alguna forma, esto también sacia mi corazón. Podría darme un poco de miedo, pero me gustan las personas que hacen lo que quieren, sin preocuparse realmente por las convenciones sociales. Una vez que ya casi terminé, ella señala con el mentón una papa que olvidé y un pedazo de salchicha que dejé voluntariamente, pero que me siento obligada a comer. No es sino hasta ese momento que aleja mi plato vacío, pasa un trapo por la mesa de madera y saca su juego de cartas del interior de su blusa.

¿Qué tipo de mujer se guarda cosas en el sostén?

– No sé jugar póker ni bridge - intento bromear.

– Es un juego de tarot.

– En ese caso, no le aconsejo jugar contra mí, he ganado varios torneos en Montana - digo para presumir.

– Tira una carta - me ordena Martha después de esparcir el juego frente a mí en un perfecto abanico a la inversa.

– Oh no, no me gustan ese tipo de cosas... - respondo empujando de todas formas una carta con el dedo.

– Tu gran amor está cerca de aquí.

– Martha, estoy segura de que eso le dices a todos tus clientes...

– Otra carta.

Lo hago, sin saber por qué. La cuarentona con los labios apretados voltea una nueva carta que muestra un sol que surge detrás de una montaña.

– Está muy cerca. No puedes dejarlo escapar. ¡Otra!

Ella me da las órdenes secamente y normalmente eso me molestaría. Pero saco otra carta, y siento mi corazón latiendo.

– Había otro hombre antes... ¡Otra más!

– Obviamente, siempre hay un hombre antes de otro, eso es demasiado fácil.

– Ooh, esto no me gusta...

– ¿Qué?

– Aquí está la muerte...

– Todas las personas tienen a alguien muerto, ¡así terminan los viejos!

– No, un hombre joven murió. Brutalmente... Lejos... Muchas mentiras.

– ¡¿Puedes dejar de lanzar palabras al aire así?!

– Y otro hombre. Muy cerca. Que está vivo. Apuesto, muy apuesto. Muy castaño. Tu gran amor...

– Queso, salchichas, muchas salchichas, patatas, ¡muy buenas! - le respondo.

– No tienes que creerlo, las cartas hablan solas. Saca cinco.

– Martha… - suspiro, obedeciendo de todas formas.

– Es muy simple. Está la noche, de este lado de la montaña, que simboliza la muerte, el duelo, el hombre que hay que olvidar. Demasiados problemas. Y está la luz, al otro lado, un futuro radiante para ti y el hombre castaño. Con un gran pájaro negro sobre sus cabezas, que los cuidará a ambos. Ustedes tendrán que elegir de qué lado de la montaña quieren estar. Eso es todo lo que puedo decirte.

La solterona guarda su juego de tarot con tanta destreza como lo acomodó frente a mí. Este regresa a su lugar cerca de su corazón, como si nunca hubiera existido, nunca hubiera reflejado mi vida sobre esa mesa de madera. Martha recoge mi plato y mis tazas vacías para irse refunfuñando y arrastrando sus pantuflas sobre la duela.

El Fénix negro tatuado sobre el brazo de Dante llega a volar en mi vientre abriendo las alas en grande, suaves y a la vez devastadoras.

– ¿Puedo quedarme una noche más? - le pregunto a Martha antes de que desaparezca.
– Como quieras - me responde volteándose, con una sonrisa sobre los labios.

***

Paso el resto de este día surrealista hablando con Martha, escuchándola contarme su amor por los gatos, los falsos, de figuritas, porque ha perdido demasiados reales y su corazón no puede aguantar más. Howie pasa a verla de nuevo y me doy cuenta de que la solterona no está tan sola. Tal vez ni siquiera sea tan solterona. Los dejo a solas con sus cartas para ir a pasear nuevamente bajo el sol. Del mejor lado de la montaña. Vuelvo a pensar en mi culpabilidad y ya no la encuentro pesando sobre mis hombros, estrujando mi corazón. Es como si se hubiera ido.

Preston era mi marido, sí. Dante es el hermano de quien lo mató. Sí, también. ¿Pero yo qué tengo que ver con eso? ¿Qué malas decisiones tomé yo? Ninguna. Mis padres están muertos. Mis suegros me odiaban. Mi marido me engañaba. Tal vez me iba a dejar por otra. Andrea tomó mucho, se creyó más fuerte que nada. Todos esos errores, todos esos fracasos y abandonos no deberían decidir por mí. Todavía puedo confiar en la suerte. Impedirle que se ensañe. Lo que está en juego es mi vida, aquí y ahora. Mi futuro. No el de mi marido muerto o de su memoria. No el de un estúpido conductor borracho. Puedo tomarme una noche más para decidir qué quiero hacer con mi vida. La sombra o la luz. El pasado o el futuro. La muerte o el amor.

Creo que no será una decisión muy difícil.

Después de una noche más sin pesadillas, bajo al comedor para regresarle la llave (y el llavero en forma de gato acostado) a Martha. A cambio recibo un delicioso desayuno. No dejo ni una sola papa, ni un pedazo de salchicha, ni una gota de grasa en el plato. Antes de irme, le pregunto a mi vidente favorita si puede leerme las cartas una última vez, solo para estar segura. Ella se niega.

– Ya hablaron - me dice a través de sus labios que sonríen.

Entonces, vuelvo a acomodarme detrás del volante de la SUV, con el estómago lleno y el corazón contento. Una llamada en mi teléfono me impide arrancar. Dudo si mejor ignorar a mi abogada, no quiero arruinar este día. Pero contesto.

– Solveig, buenos días.
– Annette, puedo escuchar tu voz de malas noticias...
– Lamento nunca tener ninguna buena.
– ¿Me recuerdas por qué te pago?
– No me has pagado nada desde hace tiempo - me recuerda amablemente - pero ese es otro tema. Vamos a ganar este juicio y te aseguro que tendrás suficiente para pagara mis honorarios - se emociona mi abogada al otro lado de la línea.
– Te escucho - respondo, preparándome para lo peor.
– Una de las amantes de Preston, Meredith Butler…
– Sí, la enfermera...
– Ella estaba embarazada al momento del accidente. El niño tiene casi dos años ahora. Dice que es hijo de tu marido. Y está pidiendo toda la herencia.
– Maldita sea... - digo soltando un gemido y un suspiro.
– Como tú digas.

Todo me regresa a él. Dante. La vidente, la abogada, cada día y cada nueva revelación me empujan con un poco más de fuerza hacia sus brazos. Esta vez, enciendo el motor. Y nada podrá detenerme. Ni una onza de duda o de culpa. Sin siquiera haber colgado, lanzo mi teléfono hacia el asiento del copiloto y piso el acelerador. Me dirijo hacia Great Falls. El rancho. El hombre del fénix.

El lado bueno de la montaña

Mágicamente, todo cambia. Huí de este rancho hace dos días, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón hecho pedazos. Esta mañana, mientras estaciono la SUV frente a las inmensas fachadas rojas, siento una emoción extraña. Una mezcla entre alivio e impaciencia. Y esperanza.

Preston tuvo un hijo a mis espaldas. No conmigo. Con otra. No tengo ninguna razón para sentirme culpable.

No le avisé a Dante que regresaría. Él tampoco hizo mucho esfuerzo para encontrarme. Los hoteles, moteles y *B&B* no son muchos por aquí, pudo haberme localizado fácilmente, y sin embargo no lo hizo.

El Fénix es paciente. Prudente. Respetuoso. Comprendió que necesitaba tiempo.

El aroma a café fresco me cosquillea la nariz cuando entro al edificio principal. Me dirijo maquinalmente a la cocina, con las manos hundidas en los bolsillos de mis shorts de mezclilla. Es algo tonto, pero la idea de volver a ver al castaño tenebroso me parece algo extraña.

Lo extrañé. Y a pesar de todo lo que me ha enseñado, todo lo que me ha escondido, lo amo un poco más que cuando lo dejé. Esto me parece evidente cuando lo veo, obscuro y luminoso a la vez, frente al ventanal mirando al río, con una taza humeante en la mano. Mis ojos rozan por un instante su silueta de atleta, su piel ambarina, sus tatuajes negros. Y murmuro:

– Fénix…
– Tutu.

Su voz ronca resonó hasta mi corazón. Pero él no se sorprende en lo más mínimo, sabía que yo estaba ahí. Una segunda taza está colocada cerca de la cafetera. Con dos terrones de azúcar. Eso atiza mi curiosidad... eso, y el hecho de que no se voltee para verme.

– ¿Me escuchaste llegar? - continúo, mirándolo.

Esta vez, Dante da media vuelta y me hace el honor de mirarme de frente. Una sonrisa retorcida se dibuja sobre sus labios carnosos.

– No - responde.
– ¿Entonces cómo sabías que estaba aquí? - insisto.
– Algún día tenías que regresar.
– ¿Y?
– Y Martha es una chismosa.

Cierro los ojos, contengo una sonrisa y hago correr el líquido negro en mi taza. Instantáneamente, el azúcar se disuelve. Igual que yo frente al tenebroso.

Maldita debilidad.

– ¿Entonces así de fácil me «rastreaste»? - le pregunto al hombre-pájaro.

El insolente sonríe al escuchar el término *ligeramente* exagerado.

– ¿Quieres decir, con mi fusil, mi antorcha y mi jauría?
– En serio.
– No hay tantos hoteles por aquí, Tutu.
– ¿Sabías dónde estaba desde el principio?

Él asiente y luego viene a recargarse en la encimera, cerca de mí.

– No quería imponerme... - murmura. - Solo quería verificar que estuvieras segura.
– Martha me las pagará - digo en voz baja (sin pensarlo).

Un silencio cómodo se instala. Ambos nos llevamos nuestras tazas a los labios, en un movimiento perfectamente sincronizado.

– ¿Quieres regresar al camino? - pregunta el castaño. - Podemos irnos cuando quieras...
– Necesito abastecerme.
– ¿De gasolina? ¿De dulces? ¿De qué? - sonríe mirando sus zapatos.
– De aire.

Frunce el ceño. Qué hermoso se ve este hombre cuando está atormentado.

– Solveig, si quieres que volvamos a hablar, yo...
– El aire de Great Falls - lo detengo. - El aire de aquí es todo lo que necesito. Es perfecto para olvidar todo.

Con su mano libre, se acaricia la barba naciente y luego la pasa por su cabello despeinado.

– ¿Entonces nos quedamos?
– Nos quedamos - confirmo subiendo de un brinco a la encimera.

Él me mira hacerlo, con un resplandor de dulzura en la mirada.

– No estaba seguro de que regresarías - me confiesa con una voz más grave.
– Yo tampoco estaba segura de regresar.
– ¿Qué fue lo que te hizo decidirlo?

Sus pupilas negras me observan con esa intensidad que siempre logra conmocionarme. Me pierdo en ellas por un instante y luego regreso a la superficie.

– Mis sentimientos por ti - confieso. - Y un maldito niño de dos

años.

– ¿Qué?

– Larga historia.

– Tenemos tiempo...

Dudo por un instante en contarle, pero cambio de tema radicalmente.

– ¡Tengo mucha hambre!

Bajo de mi trono y corro hacia el refrigerador. Saco una tonelada de ingredientes y empiezo a preparar un desayuno gigantesco. Pero esta vez dulce. El de Martha fue generoso, grasoso, perfecto para saciarme... pero salado. Necesito mi dosis de azúcar. Sin decir más, sin obligarme a hablar, Dante viene a ayudarme. Su gran cuerpo tatuado roza el mío varias veces, su perfume me envuelve, su cercanía se me sube a la cabeza y, rápidamente, ya no aguanto más.

Su boca pertenece a la mía. Sus labios se entreabren cuando los beso. Solo por un segundo.

– ¿Qué fue eso? - resopla después de ese beso robado.

– Solo quería verificar algo - digo regresando a mi masa de pancakes.

– ¿Y qué es lo que querías verificar?

– Que siguieras teniendo el mismo sabor.

Un sabor a dulce picante.

El salvaje se muerde el labio mirando mi boca, luego gruñe cortando un melón en dos.

– Vuelve a hacerlo una sola vez, Tutu... Una sola, y no respondo...

– ¿Me estás amenazando? - murmuro sintiendo mi piel estremeciéndose.

– No, era una promesa.

La tentación es inmensa. Pero el Fénix y yo logramos permanecer vestidos hasta el final. Probar esos pancakes con jarabe sin caer en la tentación. A pesar de nuestras miradas que se buscan, se imantan y se provocan sin cesar.

Esta vez es seguro. Jamás podré volver a dejarlo.

3. Al aire libre

Toda la mañana no hice más que satisfacer mis deseos, para no pensar. Recorrí la biblioteca, paseé por la ribera soleada del Missouri, me relajé en la piscina mientras que Dante trabajaba. Al principio intenté espiarlo, pero las llamadas que hacía eran mortalmente aburridas. Solo hablaba de cifras, de dinero, de inversiones y rendimiento. No entendí nada. Ni me interesaba. Entonces le robé su cámara y me puse a inmortalizar un montón de cosas. Árboles torcidos y enlazados. Hormigas formadas en fila india. La superficie azulada del río. Los dedos de mis pies en el agua.

En total, creo haber pensado en ese niño un millón de veces. Lamentablemente, fue una misión fallida.

– ¿Estás aburrida, Tutu? - me asusta el Fénix acompañándome afuera.
– El agua está menos fría hoy.
– ¿Regresamos?
– ¡Jamás!

Él se ríe y se agacha para probar la temperatura. Su mano entra al agua y se queda allí por algunos segundos. Cuando el tenebroso se endereza, se la pasa por el cabello mirando su cámara colgada de mi cuello.

– ¿Descubriré algún tesoro cuando revele esas fotos?
– Probablemente no. Pero si vendes alguna, tendrás que pagarme regalías. No vas a hacer dinero a costa mía, Salinger...

Sin reaccionar ante mi broma, él entrecierra los ojos y me pregunta:

– ¿Te gusta?
– ¿Qué? ¿Tomar fotos?
– Sí.
– Me parece... reconfortante - pienso en voz alta.

– A mí también - dice sonriendo. - Cuando uno contempla el mundo detrás de una lente, se convierte en espectador, se separa y pone distancia.

– Uno está protegido - me doy cuenta.

Puedo leer todo a la vez en sus bellos ojos obscuros. Determinación, dolor, pasión. Y al fin comprendo por qué a Dante le gusta tanto capturar el mundo por medio de la fotografía.

– También se descubren las cosas con más precisión - agrega. - Nos da una mirada nueva. Podemos ver la belleza donde antes no la veíamos. Y el mundo adquiere un nuevo sentido...

Durante varios segundos, el chapoteo del agua nos envuelve y nos quedamos inmóviles, lado a lado en esta ribera tranquila. Luego la mano de Dante se desliza por la mía, su piel suave se instala sobre mi palma y la aprieto suavemente. Ahora somos uno solo.

Él y yo, frente a la adversidad. El pasado. Las penas. El destino que se había ensañado pero al cual por fin nos enfrentamos.

Juntos somos más fuertes.

Y luego sus brazos me aprisionan de repente y grito, convencida de que me va a lanzar al agua. Pero el rebelde no lo hace. Recupera con cuidado su cámara, se ríe y regresa al rancho sin voltear. Pero lanzando con una voz hechizante:

– ¡Tenemos una cita frente a la casa en tres minutos! Deja los tutús en la maleta y ponte unos jeans, Sol.

– ¡*Sol-veig*! ¡Me llamo Solveig!

– Qué lindo nombre - me dice, caminando hacia atrás.

– ¡Entonces utilízalo!

– ¡OK, Sol!

***

La curiosidad tiene esa ventaja: me hace ser puntual. Llego frente a la puerta dos minutos antes de la hora convenida y espero a que el salvaje aparezca. Me puse un gran sweater, unos jeans y botines. Soy sensible al frío, así que cuando alguien me dice que me cubra, no dudo en hacerlo. Solo que en este instante, me estoy sofocando. Todavía no llega Dante. Me quito la sudadera, me jalo la blusa que es demasiado corta y me subo el dobladillo del pantalón hasta las

rodillas.

– Toda una modelo, Stone - suspiro al ver mi apariencia.
– Parece pescadora *y además* habla sola - suelta el castaño al pasar frente a mí.

Él también lleva unos jeans y... botas camperas. Hubiera jurado que esos zapatos no podrían verse sexy en ningún hombre. Me equivoqué. Algunos metros más lejos, mi vaquero me hace una señal para que lo siga y me pongo a trotar detrás de él.

– ¿Vamos a un rodeo?
– No.
– ¿Entonces vamos a ver ponis?
– Tampoco.
– ¡Ya sé! ¡Vamos a un festival de música country!

Esta vez, el hombre con camisa negra se voltea hacia mí y gruñe:

– ¿Ya me miraste bien, Solveig?

Río mientras suspira y acelera el paso. Atravesamos un gran prado, un pequeño camino, tomamos un sendero de tierra y llegamos a una bella cantera de arena blanca rodeada de una valla de madera clara. Al interior, dos caballos ya ensillados esperan pacientemente en la sombra.

– ¡Ponis! - grito saltando.
– Son mustangos - me corrige el tenebroso.
– ¡Qué lindos son, tienen manchas como las vacas!

Mi vaquero pone los ojos en blanco y luego me ordena:

– Acércate a ellos suavemente, son muy nerviosos. Y jamás te les pongas detrás.
– Los entiendo, a nadie le gusta que le estén viendo el trasero. ¡Sobre todo cuando no te conocen bien!
– Me fatigas... - resopla el castaño.

Río de nuevo y me acerco al primer caballo, un poco más pequeño que el segundo.

– ¡Brilla! - me emociono.
– El tuyo se llama Light, es palomino y tiene un pelaje casi dorado - me explica Dante.
– ¡El tuyo tiene manchas! ¿Se llama Spot?

– Él «pie» negro y blanco. Y su nombre es Darko.

Acaricio los ollares de ambas bestias. Light y Darko. Las dos facetas de mi Fénix.

– Dante, ¿de quién son estos caballos?
– Míos.

Abro los ojos como platos.

– ¿Quién se ocupa de ellos? - pregunto de nuevo.
– Jack Shelton, el etólogo del lugar. To le pago y él los cuida.

Ya fue suficiente conversación. Eso es lo que me da a entender el vaquero señalando mis piernas con la mirada. Y tomando un casco negro que estaba puesto sobre la valla. Entonces me acomodo el pantalón, me pongo el casco refunfuñando y él pasa detrás de mí. Sin avisarme, toma una de mis piernas para doblarla en dos.

– ¡Ahh! ¡No sabía que este era un deporte de combate!
– Tranquila - murmura. - ¿Tu rodilla está bien?
– Sí…
– Entonces a la cuenta de tres, te impulsas con tu pierna libre y te ayudo a subir.
– OK…
– Uno… Dos…

No ha dicho «tres» pero ya tomé vuelo. Y aterrizo sobre una gran silla de cuero marrón, colocada sobre la espalda de mi poni dorado. Dante fija mis dos pies en los estribos, me explica que debo bajar los talones y sentarme derecha. Después desliza las riendas en mis manos y me explica rápidamente cómo jalarlas para dar vuelta a la derecha, a la izquierda y detener al animal.

Quien justamente da un paso hacia un lado. Lanzo un grito.

– ¡Tutu! - gruñe el tenebroso. - ¡No estás en peligro, deja de gritar!

En un segundo, el hombre está sobre su inmenso caballo manchado y le indica que camine lento. Light le sigue el paso sin presiones, llevándome con él.

– ¿Y tu casco? - le pregunto a Dante.
– No lo necesito. Sé cabalgar desde antes de caminar.
– Así que yo soy la única que parece un champiñón, ¿cierto?
– Exactamente.

Después de unos quince minutos en la cantera, le muestro a Dante que domino más o menos mi cabalgadura. Logro girar a la izquierda y a la derecha, además de detenerme.

Casi sin gritar. Y todo eso después del tercer o cuarto intento... Nadie es perfecto. Y me parece que Light es un poco testarudo.

– Tutu, ya te dije que dejes de hablarle, ¡no te entiende! - se burla Dante. - ¡Utiliza tus talones y tus riendas!

Puede ser que mi instructor se ría pero no se burla. Es paciente, atento y muy buen maestro. Así que no rechisto y hago lo que me pide.

Como una alumna bien portada que está enamorada de su profesor...

Por fin dejamos la cantera y tomamos un camino a la sombra de unos grandes árboles. Atravesamos un pequeño río. Luego uno más grande, el cual creo que le parece demasiado fresco a Light. Aprieto las piernas, él se rinde y avanzamos de nuevo. Bordeamos un prado verde y descubrimos un lindo valle lleno de flores. Desde aquí, el paisaje de Montana me parece desconcertante. La naturaleza es dominante. Y muy poderosa. Y lleno mis pulmones de aire.

Darko está nervioso, frena en seco varias veces, se levanta sobre sus miembros posteriores, reclama velocidad pero Dante está perfectamente cómodo sobre su semental. No deja de lanzarme miradas, vigila la posición de mis pies, la longitud de mis riendas, lo ajustado de mi silla. No para enseñarme o criticarme como lo haría Preston, él no es así. No, solo para ver que esté segura.

– ¿Lista para empezar a trotar? - me pregunta el Fénix.

Hago como si dudara. Luego le lanzo la sonrisa más insolente. Aprieto los talones, doy dos chasquidos con la lengua y Light sale de su letargo. El palomino, ahora espabilado, comienza a acelerar. Mejor dicho, a galopar. Sus zancadas se alargan poco a poco y termina por despegar del césped verde sin preocuparnos por el mundo que nos rodea.

Ni del grito ronco del Fénix, detrás de nosotros. Seguido de su risa que me aturde.

Light es increíblemente rápido, ligero, libre. De pie sobre mis estribos, saboreo la embriaguez de la velocidad, el viento infiltrándose bajo mi ropa y el ruido de los cascos sobre la tierra firme. Escucho a

Darko acercándose, justo detrás de nosotros, y después galopando a nuestro lado. Mi mirada se cruza con la de Dante, intensa, luminosa, y luego descubro su amplia sonrisa. Un guiño más tarde, el vaquero me rebasa, llevado por su mustango negro y blanco.

Seguimos galopando así por varios kilómetros, hasta que nuestros caballos comienzan a desacelerar, fatigados por el esfuerzo. Dante me hace una señal con la mano, vuelve a trotar y lo imito, llegando a su altura. Ahora avanzamos al mismo paso, uno al lado del otro. Light y Darko resoplan a través de sus ollares, mientras que el tenebroso me observa con insistencia.

– Tutu, ¿no habrás olvidado decirme algo? - pregunta.
– ¿Qué cosa...? - respondo sonriendo con inocencia.
– No lo sé, ¿*«Dante, es inútil que me enseñes a montar, porque soy toda una experta... »*?
– Ah…

Alzo los hombros y pestañeo, él se ríe sacudiendo la cabeza.

– Dante…
– ¿Hmm?
– Es inútil que me enseñes a montar...
– Está bien, Tutu, caí en tu juego.

El vaquero obscuro y a la vez divertido (solo él sabe como hacer ambas cosas) detiene repentinamente a Darko y salta del caballo cerca de un río. Lo imito, con un poco menos de habilidad, y ambos atamos a nuestros animales, dejándoles la libertad de tomar y pacer a voluntad.

– Muero de sed - me doy cuenta de pronto al quitarme el casco.
– Tengo justo lo que necesitas.

Dante desamarra las dos cinchas de los caballos y saca una botella de agua fresca, dos manzanas y una barra de chocolate del bolsillo de su silla. Me hace una señal para seguirlo hasta el pie del gran pino y se sienta, recargándose contra el gran tronco. Tomo la fruta que me lanza, la botella que me ofrece y me derrumbo en el suelo, agotada por esta carrera enloquecida.

– Esto es exactamente lo que necesitaba... Esto y un Snickers.

Él me lanza el dulce y le sonrío.

– ¿Dónde aprendiste a galopar así? - me pregunta el vaquero

cruzando los brazos tatuados detrás de la nuca.

– Preston - resoplo. - Jugaba polo. Y tuve que adaptarme.

– Ya veo… - responde el tenebroso mirando sus botas.

– No me gustaba el deporte en sí. Solo la velocidad.

– Eso ya lo vi.

El salvaje sonríe antes de morder su manzana.

– ¿Te molesta que hable de él? - murmuro de pronto. - De Preston…

– Digamos que no es de mis temas favoritos - bromea Dante.

Su mirada se clava en el río y sigue el camino del agua. Lo contemplo, su perfil perfecto, su piel suave y bronceada, sus ojos vivos, y luego desvío la mirada. Mi caballo está haciendo del «número dos» cerca de allí, y río nerviosamente.

– La distracción perfecta, bien jugado Light - confirma la voz ronca a mi derecha.

Me dejo caer hacia atrás y me recargo en el tronco también. Ahora nuestros brazos se tocan. Y dejo mis dedos correr por su tatuaje obscuro.

– Cuando hablas de Preston, no puedo más que volver a pensar en todo eso... - resopla de pronto. - En el accidente. En mi hermano menor tras las rejas. En el daño que causó. Que causamos.

– ¿Cómo que *causamos*?

– Yo estaba en el auto, Solveig.

– Lo sé.

– Lo dejé conducir.

Me tomo un tiempo para inhalar profundamente, luego respondo, segura de mí misma:

– Tú no estabas al volante. Es lo único que importa.

Dante replica con dureza:

– Me siento culpable. Y me carcome por dentro.

– ¡Entonces basta! - afirmo. - Deja de cargar el mundo sobre los hombros, ¡acepta que no puedes estar salvando al mundo todo el tiempo! ¡Las personas a las que amas hacen estupideces, eso no te convierte automáticamente en el responsable!

– ¿Eso es lo que piensas de mí?

– Sí.

– …
– ¿Me equivoco?
– No lo sé…

Él suspira y luego mira mi mano puesta sobre su antebrazo.

– Cuéntame, Dante. Lo que sucedió esa noche.
– ¿Estás segura? Sabes que no debería…
– Dante. Me lo prometiste.

Él asiente en silencio y nos sumergimos juntos en el pasado. En el trágico episodio que marcó una parte de nuestras vidas.

– Se suponía que Andrea vendría conmigo al restaurante, ambos estábamos en Seattle por trabajo. Y venía tarde, como siempre. Yo había ido con el auto de Finn porque el mío estaba descompuesto, tenía un *photo shoot* importante más temprano ese día, así que mi amigo había aceptado ayudarme. Mientras esperaba a mi hermano, pedí una copa, y luego una segunda. Maté el tiempo así, durante casi dos horas. Había tomado tres copas cuando por fin llegó. Peleamos, cenamos rápidamente y él no tomó nada porque tenía resaca. Era casi medianoche cuando dejamos el restaurante.

Siento que el momento clave se acerca. Y me muerdo las mejillas para darme valor.

– Claramente no estaba en estado de conducir - retoma la voz grave. - Andrea sí. O al menos eso es lo que creía.

Esta última frase se escucha llena de un millón de arrepentimientos que se mezclan con el ligero sonido del agua.

– Entonces tomó el volante del auto de Finn. Sin decirme que había tomado antes de venir a verme. El semáforo estaba en amarillo, casi en rojo… Y aun así pasó.

Me aferro como puedo, trato de evitar visualizar la escena, revivir mi pesadilla, pero aun así lo hago.

– Y el auto de McNeil chocó contra el de Preston.

Yo no estuve allí. Y sin embargo lo veo todo.

– Y Finn McNeil se involucró junto con ustedes, sin siquiera saberlo… - recuerdo.
– Sí… Él era inocente pero junto con Thelma sufrió muchísimo por

todo esto. Ella lo creyó muerto. Y él se encontró en la cárcel. Todo por culpa de...

– Tu hermano - intervengo. - ¡Por culpa de Andrea! ¡Tú no tienes nada que ver con esto!

– Cometí un error que le salió muy caro a todo el mundo. En primer lugar a ti, Sol.

Su mirada brillante se clava en la mía y la sostengo. Yo también soy una insumisa. Una combatiente. Debilitada tal vez. Pero vencida, jamás.

– Te estás lastimando, Dante. ¿No crees que ya sufriste suficiente?

– Lo abandoné cuando tenía 15 años - comenta. - Él no tenía más que 14 . Lo dejé en manos de nuestro padre psicópata. Así que desde que me reuní con él nuevamente, me acostumbré a disculparle todo, ¿me entiendes? A pasarle todo. Incluso esto...

– Es injusto - murmuro. - Y no creo que le ayude.

Sus manos se aplacan sobre sus sienes y su voz ronca resuena:

– Yo tampoco lo creo.

Un largo silencio pasa. Percibo el chasquido de las alas de algunos pájaros, el ruido de los caballos al masticar, el río cantando incansablemente.

Y me doy cuenta de que la vida continúa. Que no me voy a dejar vencer por la culpa. Que ya no quiero seguir con esta situación. Que estoy por llegar al punto sin retorno. Que tengo que tomar una decisión.

Dante lo dijo antes que yo: uno solo debe elegir si va a mirar hacia atrás o hacia adelante.

Entonces pienso en voz alta, con los ojos clavados en el cielo llenos de determinación.

– Me niego a verme dividida entre el hombre que me traicionó y el que amo aunque no tenga derecho a hacerlo.

Mi voz fue pausada. Clara. Decidida. A mi derecha, Dante se endereza para escucharme mejor.

– Quiero que el círculo infernal se detenga - agrega.

Lo miro entrecerrar sus ojos negros. Su belleza salvaje me arranca

un gruñido.

– Quiero empezar desde cero.

El salvaje no logra descifrar mi mensaje. No lo culpo: ni yo misma estoy segura de comprender lo que quise decir.

– ¡Mejor aun! - exclamo. - ¡Lo que quiero es regresar al pasado y conocerte a ti en vez de a Preston!

Mi castaño tenebroso me sonríe con tristeza. Su mirada desciende hacia mi boca y luego se clava nuevamente en el meandro de mis ojos.

– Siempre has sido tú, Dante. Desde un principio...

Ahogo mi murmuro entre sus labios. Me aferro a él, a su fuerza, a su pasión, confío en su obscuridad, en su luz, lo beso como loca, deslizo mi lengua dentro de su boca, gimo contra él, lo escucho gruñir hasta que mis manos se inmiscuyen bajo su camisa negra, suspirar cuando se recuesta sobre mí.

Lo deseo. En medio de la naturaleza. Medio desvestida, le ofrezco todo, mi cuerpo, mi alma, mi aire, y él lo toma entero.

Lo toma todo.

4. El lenguaje del cielo

El violento ruido del trueno nos despierta. Me aferro al cuerpo viril contra el cual estoy acurrucada, me tardo algunos segundos en darme cuenta de dónde me encuentro, con quién y cómo estoy vestida. Una camiseta como bufanda y unos jeans de espinilleras.

Hace apenas una hora el cielo estaba despejado, pero ahora es de un color gris amenazante. Y a juzgar por los relámpagos que lo atraviesan, mi castaño y yo no vamos a tardar en recibir una ducha forzada. Vistiéndome con rapidez, deduzco que los elementos intentan hacernos pagar por nuestro último encuentro. Que sin embargo fue una oda, una elegía, un vibrante homenaje a la naturaleza.

Mi boca, mi piel y mis caderas lo recuerdan bien...

– ¡Mierda! - grita bruscamente Dante poniéndose de pie.

Mientras me estiro bajo mi árbol para recobrar el conocimiento, el vaquero ya está corriendo hasta el río. De camino, se tropieza a medias por culpa de sus jeans abiertos que le caen sobre las caderas y suelta un mar de groserías como me gustan. Luego llega hasta su objetivo. Da media vuelta lanzando su mirada ardiente por todas partes. Y al fin comprendo.

– Pero... Qué... ¡Mierda! ¡Aaaah! ¿Dónde están los caballos? - me doy cuenta en voz alta.
– El relámpago los hizo huir - gruñe el Fénix llegando hasta mí.
– ¡Tenemos que encontrarlos!
– Esos mustangos prácticamente tienen un GPS integrado, saben muy bien hacia dónde ir para regresar a las caballerizas. Seguramente ya están a medio camino.

Se pasa la mano por la barba naciente y sacude la cabeza de frustración.

– Hmm, ¿Dante?

– ¿Sí?
– ¿Y nosotros?
– ¿Nosotros qué?
– ¿Cómo vamos a regresar?
– Caminando, Tutu.
– Ja ja, muy divertido.

Su ceño se frunce y sus pupilas negras se clavan en las mías de una forma que me hace saber que no está bromeando en lo absoluto.

– ¿No podemos llamar a nadie para que nos rescate? - insisto.
– No me traje un teléfono - responde alzando los hombros. - Y de todas formas, no es como que haya señal por aquí...
– ¡Y yo que creí que serías mi salvador! ¿No te basta con silbar para que aparezca un unicornio rosa?

Río imaginándonos montados en la espalda de una criatura voladora, sobre todo mi *dark stranger* con su atuendo de vaquero, y luego vuelvo a refunfuñar.

– ¿Regresar a pie? ¡Pero tardaremos tres días! - exclamo.
– Yo diría que unas dos horas y media. Pero tenemos que apresurarnos para evitar caminar de noche.
– No hay animales peligrosos por aquí, ¿o sí? - me preocupo. - ¿Leones montañeses, coyotes u otras fieras con colmillos puntiagudos?

Dante me ignora soberbiamente reuniendo nuestras cosas. Luego abandona nuestro árbol y corre hacia el río. Para él, ya comenzó el maratón.

– ¡No me has respondido! - gruño algunos metros detrás de él.
– Porque no creo que te guste mi respuesta, Tutu... - dice caminando hacia atrás.
– ¿Entonces un animal nos va a devorar?
– Todo es posible.
– Dante Salinger, yo…

Otro relámpago. Más violento que los anteriores. Me sobresalto y llego hasta él saltando.

– No vamos a tardar en ser alcanzados por un rayo - me informa el vaquero escudriñando el cielo. - Y créeme, no sabes lo que es la lluvia si no has estado en Montana.

Ahora sí.

Apenas caminamos veinte minutos antes que el cielo nos caiga encima. Una lluvia torrencial, tal como lo había prometido. Fresca, que ahoga mi sed, pero me hace temblar rápidamente.

– Debí traer una sudadera grande... - suspiro trotando frente al Fénix.
– No camines tan rápido Sol, guarda las fuerzas.
– ¡Tengo frío!
– Lo sé - suspira. - Debí haber sido más prudente... Amarrar mejor los caballos. Traerte ropa caliente. Lo lamento...
– ¡Ah no!
– «Ah no», ¿qué?
– ¡Ahora no vas a decir que todo es tu culpa!

Detrás de mí, el Fénix suelta una risa gutural, viril, sexy y luego llega hasta a mí dando tres grandes pasos. Sus brazos rodean mi cintura, sus labios se pegan a los míos y nos besamos bajo una lluvia torrencial, entre las montañas de Montana, con el agua del cielo mezclándose con la pasión húmeda de nuestros besos. Dante me lleva enseguida a un refugio, bajo un árbol, y se quita la camisa empapada. La exprime frente a mis ojos, marcando cada músculo de su torso sublimemente diseñado y luego la amarra alrededor de mis hombros.

– ¡No! - me rebelo.
– Sí.
– ¡Ni pensarlo!
– No es negociable - gruñe.
– ¡Si mueres de frío, estaré sola en estas montañas, incapaz de regresar!
– Un coyote se ocupará de ti, no te preocupes - ríe el tatuado.

El debate «¿Quién merece esta camisa?» dura varios minutos más, hasta que la lluvia se detiene.

– Apresúrate, Tutu. Tenemos que avanzar lo más que podamos antes de que empiece a llover otra vez.
– Me duelen los pies.
– ¿Tan pronto? Creí que eras más resistente.
– Yo también - murmuro.

El Fénix no desacelera y hago todo lo que puedo para no frenarlo. Llego hasta él, ignorando mi cansancio, mis piernas mucho menos poderosas que las suyas... Después de todo, el dolor físico es algo a lo que me he acostumbrado y he llegado a aceptar estos últimos años. Ninguna bailarina podría decir lo contrario.

La mente lo recuerda por siempre, pero el cuerpo lo olvida. Y se vuelve a hacer frágil, imprevisible, defectuoso.

– Te cargaré si es necesario - suelta Dante ofreciéndome la mano. - Pero te voy a regresar sana y salva.

El cielo es clemente. Recorremos más de la mitad del camino en un poco menos de tiempo de lo que teníamos previsto y el calor me gana de nuevo. Ha pasado una hora y sigo de pie, a veces me tropiezo con alguna raíz o alguna piedra pero los vigorosos brazos del tenebroso siempre están ahí para atraparme. Dante me recupera en cuanto mi cuerpo me falla. O mi rodilla cede.

«Es el fin. Ya no podrás volver a danzar, Solveig. Tampoco correr por mucho tiempo. Olvida esas noches de locura llenas de danza, el deporte en general, las excursiones. Tu rodilla no te lo permitirá.»

Esa es la pesada sentencia que el cirujano me había dictado, después de pasar seis horas en el quirófano, encendiendo la mecha que terminaría con todos mis sueños. El especialista me explicó lo dañadas que estaban mis articulaciones. Antes de concluir:

«Es un milagro que puedas caminar.»

– ¿Tutu?

La voz ronca de Dante me regresa a la realidad. Aterrizo de nuevo en esta inmensa pradera verde que, de pronto, me parece muy hostil.

– ¿Hmm?
– ¿Sigues aquí? - me sonríe con dulzura.
– Sí.
– ¿Quieres hacer una pausa?
– No. Sigamos.
– ¿Estás segura?

Asiento con la cabeza y acelero el paso.

– Solveig…
– ¿Qué?
– Estás cojeando.
– Claro que no.
– Tutu…

Tiene razón. Mi rodilla lleva varios kilómetros haciéndome sufrir. Atrozmente. Pero aprieto la mordida y me aferro, como me enseñaron

a hacer.

– ¡Continuemos! - respondo con una voz grave.

Recorremos un kilómetro más. Luego dos. En realidad, no tengo una idea precisa de las distancias, pero me hace bien inventarlas, para no sentir que estamos dando vueltas en el mismo lugar.

La lluvia cae de nuevo, a caudales. Esta azota contra nuestros fatigados cuerpos, sobre el terreno blando, volviendo el suelo más inestable y la hierba resbalosa. Me empecino en mantener el mismo ritmo, en no dejarme dirigir por una naturaleza caprichosa y unas piernas débiles, pero Dante decide otra cosa. Su mano aprisiona mi puño y me lleva de nuevo bajo un árbol. No lucho. Ya no tengo fuerzas.

– Descansa tu rodilla, siéntate aquí.
– ¡El suelo está empapado!
– No aquí - afirma señalándome con el mentón un lugar milagrosamente seco.

Me siento, llena de felicidad, él me imita y me sube el pantalón por la pierna lastimada. Hago un movimiento para apartarla, pero su mirada se clava en la mía y me doy cuenta de que no tengo nada que esconderle.

– ¿Que puedo hacer? - me pregunta el hombre con el ceño fruncido. - ¿Para aliviarte?
– Masajearme muy suavemente, así, alrededor de la cicatriza... - respondo mostrándole el movimiento.

Durante varios minutos, Dante hace todo lo posible para ayudarme, mientras que o me relajo escuchando la lluvia caer. Sus manos son prudentes, hábiles, expertas, y ahuyentan un poco el dolor. Lo miro, al hombre que amo, y me doy cuenta de que no deja de apretar la mordida.

– Dante… Nada de esto es tu culpa.

Acaricio su mejilla empapada con la punta de los dedos y él inclina la cabeza para venir al encuentro de mi palma.

– No soporto que sufras - murmura su voz grave.
– No puedes hacer nada por mi rodilla - le resoplo tiernamente con una sonrisa. - Pero me diste una nueva perspectiva de la vida. Me estás curando, Dante. Y quisiera hacer lo mismo por ti...

En sus ojos obscuros veo una inmensa ternura. Pero siempre manchada por la misma obscuridad. Esa obscuridad que juré hacer desaparecer algún día.

La lluvia cesa y sus brazos de hierro me ayudan a levantarme. Caminamos varios kilómetros más, a veces tomados de la mano, o del brazo, o uno de los dos caminando hacia atrás para ver de frente al otro, y finalmente llegamos al famoso sendero que lleva al rancho.

– Solo treinta minutos más, Tutu.
– Chocolateeee... - lanzo con una voz de adicta en recuperación.
– ¿Qué? - se burla el tatuado.
– Estoy pensando en el chocolate que me espera. ¿Tú no?

Él piensa por un instante y luego gruñe con deseo:

– Una ducha ardiente.
– Nada mal - asiento.
– Y un sillón suave...
– Chocolate… Ducha… Sillón... - canturreo con mi voz de drogada.

Estoy agotada. Dante también, probablemente, pero no lo demuestra. No tiene ni una señal de fatiga. De cansancio. Nada. Mi rodilla cede de nuevo, el salvaje se da cuenta de ello pero evita comentar. Pido una última pausa, él me masajea de nuevo, pero la noche está por caer.

Entonces el Fénix se levanta y me extiende los brazos.

– Cinco minutos más - le pido. - Mi rodilla todavía no está lista...

El tenebroso insiste, me levanto como puedo. De pronto, su gran silueta se coloca a mis espaldas y Dante dobla las rodillas para acercarse al suelo. No entiendo de inmediato lo que está planeando.

– ¿Problemas digestivos? - pregunto riendo como tonta.
– Cállate y sube - dice su voz profunda.
– ¿Qué?
– Sube a mi espalda, Sol. Es la única solución.
– ¡Soy demasiado pesada!
– Sube.
– ¡Desayuné dos veces el día de hoy!
– El desayuno es la comida más importante del día.
– Dante, te voy a romper la columna...
– ¡Es de titanio! ¡Te digo que subas!

Ya no está riendo. En lo absoluto. Entonces obedezco, porque mi rodilla ya no puede más. Y porque la verdad me divierte un poco usar a Dante Salinger como poni.

Me divierte mucho.

Llegamos al patio del rancho menos de veinte minutos más tarde. Al principio reí, pero después me callé. Dante sufrió todo el camino, llevándome a cuestas, pero caminó a toda velocidad, zigzagueando entre las gotas. El cielo no lo perdonó, los relámpagos nos acompañaron hasta el final, pero lo logró. El hombre-pájaro venció a los elementos.

Frente al gran portón, mi Fénix se baja de nuevo, para permitirme bajar. Le agradezco a mi manera, deslizando mis labios hambrientos sobre su boca, mis manos por su cabello. él responde a mi beso furtivamente, con su lengua, y luego me ordena que entre a la casa.

– ¿A dónde vas? - le pregunto.
– A verificar que los caballos hayan regresado bien.

Su cuerpo se aleja de mí, pero lo retengo firmemente.

– ¿Conoces los teléfonos? - resoplo. - Tú tienes uno, ¿no? Y Jack también...
– ¡El chocolate te espera! - me lanza el insolente. - ¡No tengo mucho!
– Tú te quedas *conmigo* Salinger, ¿entendido? - lo amenazo.

Su sonrisa de niño travieso se estira, se pasa la mano por el cabello mojado y mi corazón se estruja. ¿O más bien es algo más abajo lo que se despierta? Mucho más abajo.

– La joven tiene razón, Sr. Salinger. Será mejor que se quede allá.

Suelto un grito estridente, Dante se coloca bruscamente entre el hombre con traje negro y yo. Entro en pánico, imaginando lo peor. Y cuando descubro la presencia de un segundo intruso, más pequeño pero igual de amenazante, mi voz se vuelve histérica. Incontrolable.

– ¿Fueron enviados por los Camden? - le pregunto a ambos desconocidos.
– Solveig, cálmate - murmura Dante.
– ¿Son mercenarios?
– Solveig.
– ¿Están aquí para matarme? ¿Para hacerme desaparecer?

– Solveig…

– ¿O solo son espías? Van a contarles todo, ¿cierto? ¿Y van a usar todo esto en mi contra durante el juicio?

– ¡SOLVEIG!

Dante nunca grita, pero acaba de hacerlo. Sacudiéndome suavemente pero con firmeza. No para hacerme daño, sino para sacarme de mi trance de paranoia. Era justo lo que necesitaba para dejar de inventar teorías de conspiración.

Me volteo hacia el castaño, lo interrogo con la mirada. Y me doy cuenta de que conozco a estos hombres. Que el hecho de que estén aquí no tiene nada que ver conmigo.

Ligera incomodidad. Muy ligera…

– Jensen, Clark, ¿qué están haciendo aquí? - gruñe Dante hacia ellos.

– No contestaban nuestras llamadas - le responde el primero.

– Teníamos que contactarlos - agrega el segundo.

– No tienen nada que hacer aquí - contesta la voz ronca de mi amante. - Se están entrometiendo en mi vida privada.

Los dos pingüinos se miran por un instante, un poco dudosos, y asienten después de ponerse de acuerdo en silencio.

– No teníamos opción - lanza el alto.

– Deberíamos regresar adentro, para tener más privacidad… - propone su acólito.

Dante se planta frente a la puerta de entrada, con los brazos cruzados sobre el torso.

– No lo creo - responde implacable. - Van a dar media vuelta. Van a regresar a su auto. Y van a dejar el lugar de inmediato.

– No recorrimos todos esos kilómetros para nada… - gruñe el pequeño.

– Lamentablemente sí - suelta el Fénix.

Intento descifrar lo que está sucediendo frente a mis ojos, pero me falta toda la información necesaria.

– ¿Dante?

– ¿Hmm?

– ¿Puedes explicarme?

Sin cambiar de posición, sin dejar de ver a sus adversarios, el tenebroso responde con gravedad:

– Ross Jensen y Peter Clark, si gustan presentarse.
– Somos agentes del FBI, Señorita Stone.
– ¿Saben mi nombre? - resoplo sorprendida.
– Saben todo, porque me rastrearon hasta aquí - silba Dante. - Gracias a mis cuentas bancarias, me imagino. O mis llamadas telefónicas.
– Ambas - reconoce Jensen.
– ¿Me han estado espiando? - pregunta el castaño con una voz de ultratumba.
– No, eso sería ilegal - farfulla Clark.

El castaño suspira, mira al cielo haciendo tronar su cuello y concluye este encantador encuentro con un resumen cortante:

– No tengo nada que decirles acerca de las actividades de mi padre. Les dije que pondría todo eso en stand-by. Que aunque eso no le gustara a ustedes o a sus superiores, tendrían que esperar. ¡Soy yo quien pone las reglas! Ahora, largo de aquí.
– Entre más tiempo espere para cooperar, a él le será más fácil...
– Nada. No tiene ni idea de lo que estamos tramando contra él - responde el tatuado. - La salida es por allí.

Ambos agentes suspiran, luego me hacen, uno después del otro, una breve señal con la cabeza.

– Llámenos. En cuanto esté listo - dice Jensen antes de dejarnos.

Sin esperar, empujo la puerta y entro en la casa, llevándome el brazo tenso de Dante conmigo... y el resto de su cuerpo, que lo sigue contra su voluntad.

– ¡Chocolate! - le recuerdo jalándolo hasta la cocina.
– ¡Ducha ardiente! - gruñe levantándome bruscamente del suelo.

El cielo se ensañó con nosotros, el FBI nos cae encima, pero eso no es nada comparado con el agua que cae sobre nuestros cuerpos lánguidos. Dante me besa, me aprisiona, me acaricia, me posee. Una y otra vez.

Y el cielo puede irse muy lejos...

5. *Clung*

9 :42 a.m. Abro los ojos y recuerdo nuestra epopeya de la mañana. Todo esos kilómetros recorridos a pie, bajo una lluvia torrencial, a la merced de leones y coyotes. Doblo una pierna bajo la cobija, extiendo un brazo hasta la almohada de Dante, me duele todo.

Y él ya no está allí.

Me doy vuelta bostezando sobre le suave colchón y encuentro una nota sobre el cojín que sigue oliendo a su perfume. Esto ya es una tradición entre el Fénix y yo. Como Pulgarcito y sus piedras. Pero mucho menos deprimente.

Los caballos regresaron bien a la caballeriza.
Tu rodilla no está inflamada, ya la revisé.
El café te espera abajo.
Y SOLO UN desayuno.
Mi columna retorcida se fue a nadar para enderezarse.
D.

Un poco perpleja, un poco necesitada de palabras de amor, doy vuelta al papel blanco y descubro una última inscripción:

¿Ya te dije lo bella que te ves dormida?

Río en voz baja, salgo con pereza de la cama, me pongo una de sus inmensas camisetas y tomo mi teléfono antes de dejar la habitación. Una vez que llego a las escaleras, siento mi celular vibrando en mi mano. Le echo una vistazo a la pantalla: el nombre de mi hermano aparece.

Imposible.

– ¿Cuánto necesitas, Jonas? - pregunto al contestar.
– Todo lo que tengas... - dice su voz un poco amorfa.
– El problema es que no tengo mucho.
– Mierda. Bueno, llamaré a mi otra hermana.

– ¿Cuál? - respondo, riéndome de su buen humor.

– La que está loca. Y la que no piensa que solo le hablo porque necesito dinero.

El tonto casi logra hacerme sentir culpable. Solo que se le olvida que, desde que somos niños, nunca le ha molestado pedirme algunos billetes o servirse directamente de mi billetera cuando no se los daba. Él mismo llegó a vender algunas de mis joyas o de mi ropa para ganar algunos dólares.

El hermano mayor con el que todas las chicas sueñan...

– ¿Todo bien? - vuelvo a preguntar, con más seriedad.

– Sí. ¿Y tú? ¿Todo bien con tu dulce picante? Puedes contarme todo, creo que te haría bien hablar con alguien.

– ¿Por eso me llamas? ¿Para pedirme noticias?

– Sí. Soy un hombre nuevo. En fin, un hermano nuevo.

– O más bien tienes un tumor cerebral. Parece ser que eso puede transformar a un psicópata en un cordero. O al contrario...

– Qué linda comparación.

– ¿Una pequeña embolia tal vez? ¿No te duele la cabeza? ¿Vértigo?

– Sol, solo estoy intentando apoyarte.

Su tono ha logrado conmoverme. Mi sarcasmo desaparece y decido darle el beneficio de la duda. Sin embargo, Jonas ya me ha manipulado varias veces antes.

– Ya veo...

– Es difícil, ¿no? - suelta su voz triste.

– ¿Qué?

– Confiar en mí - resopla, un poco apenado.

– No. Bueno, sí... ¿Puedo ser realmente honesta?

– Siempre lo has sido, Sol. *Brutalmente* honesta.

– Lo siento...

– No te preocupes. Me lo merecía.

– Solo me da miedo que esto no dure, Jo. Que vuelvas a perder el interés en mi y que ya no tenga noticias tuyas durante tres años.

– Eso sería horrible - me confirma.

– Tú eres mi única familia, Jo. Tan patético como suena...

– Y tú la mía.

– Muy buena deducción.

– Imbécil.

– Idiota.

– Tonta.

– Cretino.

Después de este intercambio de halagos, un largo silencio, y puedo adivinar que él sonríe tanto como yo al otro lado de la línea.

– ¿Sol?
– ¿Sí?
– ¿Tan *loser* soy?
– No. Bueno, depende. Solo un poco. No siempre.
– Ya no quiero ser un *loser*. Ya no quiero decepcionarte. Quiero cambiar, en verdad. Tú lo lograste. Después de tu operación, la danza, tu sueño, todo se esfumó. Y nuestros padres no te apoyaron mucho, no les importaba tanto, igual que todo lo demás. Pudiste haber terminado mal, ya no encontrarle sentido a tu vida, como yo. Pero luchaste.
– No me tomes como ejemplo, por favor - murmuro. - Soy una viuda, sin empleo fijo, perdida y enamorada del hombre que va a atestiguar contra Preston... Contra mí.

Jonas suelta un silbido, como si dijera que mi vida es un verdadero desastre, y luego agrega:

– Sí, pero yo estaré ahí. En el juicio. Voy a ir. No estarás sola, Sol.

«No estarás sola».

Extrañamente, eso suena mal. voy con Dante justo después de haber colgado con mi hermano. El Fénix cambió su piscina olímpica por la estufa y desayunamos juntos... sentados sobre el mismo taburete.

Tal vez deberíamos pensar en consultar a alguien.

Un fisioterapeuta llega enseguida a tocar la puerta y mi tenebroso me informa que está aquí para ocuparse de mi rodilla. Al inicio de la sesión, Dante me toma una foto, con mi permiso. Inmortaliza mi cuerpo mutilado entre las manos sanadoras. Todavía no estoy muy cómoda con mi cicatriz, pero su mirada intensa y acogedora me tranquiliza. El Fénix desaparece para hacer unas llamadas, dejándome sola con el médico. Que es casi como un mago.

La consulta me agotó. Me duermo al mediodía, entre los brazos de Dante, sobre el suave sillón de la sala, y no me despierto sino hasta que ya es de noche. El Fénix ya no está. Solo escucho ruido de cacerolas en la cocina.

Llego hasta él, caminando de puntillas, lo sorprendo sacando la

carne del horno y le digo, con una voz suave:

– ¡Muero de hambre, vaquero!

Dante se voltea, clava su mirada luminosa en la mía y ríe de esa forma que me desarma.

– ¿Dormiste bien, Tutu?
– Como Bacalao en el asiento trasero de mi Chevy.

Él se ríe y me ofrece una copa de vino tinto. Lo miro cocinar durante una hora. Y la siguiente hora degusto su festín. Lo escucho hablarme de Italia una vez más. Y le lanzo la única frase que conozco en su lengua materna:

– *Ti amo*, Dante.

Un fuego se enciende en sus pupilas intensas. Y su bella boca me responde, en voz baja, pero con fuerza:

– *Ti amo*, Sol.

***

Disfruto lo largo de este día de otoño que se estira, recostada sobre la inmensa reposera del sillón, con una copa de vino en la mano, conversando con Ali y Phoebe por medio de mensajes de texto. Mi ficus sigue teniendo problemas, pero la vida continúa.

Mi bello tatuado se instaló justo a mi lado, sentado en la orilla del cojón, con las piernas separadas, la camisa arremangada, los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Frente a él, sobre la mesa baja, un espeso archivo que parece contrariarlo. Podría pasar horas estudiando (a escondidas) al hombre que amo bajo todos los ángulos. Su perfil perfecto, su ceño fruncido y sus pestañas tan delicadas, la línea recta de su nariz y la carnosidad de su boca, la virilidad de su mandíbula angulosa y la sensualidad de sus labios. Pero mi celular emite el suave sonido de un mail nuevo. Tan suave como la barba de tres días de Dante sobre mi rostro. Como el pelo áspero y mal cuidado de Bacalao. Suave como el ruido del relámpago cuando ya estás dormida entre los brazos de tu amado. Tal vez tan suave como el rostro de Patsy Camden.

O sea, nada dulce.

– «Diling», el ruido que hace la desgracia cuando toca a tu puerta - digo en voz alta con ironía.

– ¿Hmm? - murmura mi castaño sin levantar la mirada.

– No, de hecho creo que el ruido que hace la desgracia más bien es «cling».

– ¿Estás hablando sola o yo debería participar en tu conversación?

– A menos que sea «clung»… - digo, todavía pensando en voz alta. - Sí, creo que la desgracia tiene más cara de hacer «clung» cuando se presenta en tu puerta.

– Sol, lee tu mail. Si es el señor Clung que llegó sin haber sido invitado, le cerrare la puerta en la cara. Al parecer, es una costumbre suya últimamente…

– Mi héroe... - me burlo con una voz de admiración poniendo una mano sobre su brazo musculoso.

Él sonríe. Yo no, al descubrir el mail de mi abogada.

De: Annette Ewing
Para: Solveig Stone
Asunto: Todavía no

Hola Solveig,
Sé que tienes tanto insomnio como yo pero ya es más de la una de la mañana en Nueva York, y no sé exactamente qué huso horario estás en tu viaje. Sea como sea, preferí no llamarte esta vez.

Interrumpo mi lectura aquí para voltearme hacia el hombre ocupado.

– ¿Sabes por qué me encanta esta mujer? Porque basta con que le diga las cosas una sola vez para que las recuerde. Le pedí que no me llamara Camden y *pum*, mi apellido desapareció. Hago una broma de cómo nunca sé qué poner de asunto y *pum*, ella hace otra broma más graciosa. Si tú no quieres casarte conmigo, creo que se lo pediré a ella.

– ¿Es una velada con el tema «onomatopeyas»? - me pregunta con los ojos entrecerrados.

– Qué buena estrategia, desviar el tema para no enfrentar la bomba que acabo de soltar.

– Y *bum* - susurra para provocarme.

– *Grrrrr* - respondo mostrándole los dientes.

– Solveig Stone, no te voy a pedir matrimonio aquí y ahora, y tampoco te vas a casar con tu abogada.

Se echa para atrás para darme un beso. Pero no cualquier beso. Uno de esos que te vuelve capaz de aceptar todo. U olvidar todo.

– De acuerdo... - farfullo, todavía aturdida por el roce de sus labios sobre los míos. - Regresaré al Sr. Clung.
– No la saludes de mi parte - gruñe Dante regresando a su carpeta.

De: Annette Ewing
Para: Solveig Stone
Asunto: Todavía no

…
Tenía una duda sobre las declaraciones de Meredith Butler. Cualquier amante podría inventar que tuvo a un heredero para reclamar la herencia de Preston. Tendremos que esperar a que el juez ordene una prueba de ADN para confirmarlo, pero pedí una foto del niño para llevar la delantera. Te la mando como dato adjunto para ver qué opinas. Tú conoces mejor que yo el rostro de tu marido, pero a mí el parecido me es evidente. No te sientas obligada a verla si te parece demasiado difícil. Pero creí que deberías saberlo.
Cuídate.
Annette

Lanzo un largo y pesado suspiro antes de abrir la foto.

– ¿Qué? ¿Le pediste la mano y aceptó? - retoma el castaño.
– Oh mierda…

Al escuchar mi tono impactado, él cierra su carpeta haciendo sonar el folder de cartón y se recarga cerca de mí, con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

– ¿Qué sucede, Tutu?
– Es él... - murmuro mirando mi celular.

Una minúscula versión de Preston invade mi pantalla. Los mismos ojos color nuez, dulces y risueños. La misma sonrisa inmensa, de una oreja a la otra, pero con dos mejillas gigantes alrededor. Mi garganta se cierra un poco.

– ¿Quién es? - insiste Dante.
– El heredero...
– ¿De quién?

– El hijo de mi marido muerto...
– Ah.
– … y de su amante que quiero matar.
– Ya veo.

Un antebrazo tatuado se acerca a mi rostro, una mano bronceada se pone a acariciar mi cabello suelto y un mentón picante deja un beso sobre mi sien.

– Ese niño realmente se ve como un Clung - anuncia la voz grave y muy cercana a mi oído.
– A mí también me parece - murmuro con una pequeña sonrisa triste.

Y me volteo para esconder mis ojos húmedos en el cuello más suave que conozco. Me acurruco contra él en silencio, respiro su olor, me alimento de su fuerza tranquila, lo suficiente para calmar mi rabia y mi tristeza.

– *Psst*, ¿no quieres ensayar para hacerme un hijo? - le pregunto en voz baja.
– ¡Et *blam*! - lanza Dante poniendo su mano sobre mi cadera.
– ¿Qué fue eso?
– Yo, azotándole la puerta en la cara a la desgracia.

El Fénix me sonríe hasta derretirme el corazón. Me recuesta sobre el sillón antes de extenderse sobre mí. Y me besa apasionadamente, con un beso que me hace olvidar todo.

6. El ruido de la desgracia yéndose

Entrelazados así, debimos haber celebrado la partida de la desgracia hasta cerca de las tres de la mañana... Esta estancia en Montana parece haber inspirado mucho a mi vaquero tatuado. El despertador indica que son más de las siete pero siento como si hubiera dormido solo diez minutos cuando Dante salta fuera de la cama.

– Solveig, vístete - me ordena su voz ronca.

A través de mis ojos entrecerrados, lo veo ponerse unos jeans y una camiseta negra. No es sino hasta este momento que percibo el ruido que parece venir de la planta baja.

– ¡¿Otra vez el FBI?! - comienzo a entrar en pánico.
– Peor.
– ¿Jensen, Lois y Clark y todo eso?
– No, acabo de decírtelo.
– ¿Entonces quién?
– Puedo reconocer sus pasos con los ojos cerrados - gruñe Dante frotándose vigorosamente la barba de pocos días.
– ¿No quieres decirme quién es?
– Es el verdadero sonido de la desgracia llegando. Vístete, Sol. Ahora.

Obedezco percibiendo la urgencia en su forma de fruncir el ceño y la gravedad de su voz. Y los pasos acercándose.

El castaño corre hacia el baño contiguo, se moja el rostro, se cepilla los dientes en cuatro segundos, se pasa las manos mojados por el cabello en desorden y termina por tronarse el cuello. Si no tuviera miedo de lo que va a suceder, me parecería terriblemente apuesto, fuerte, de una masculinidad a prueba de todo. Lo acompaño al baño, me refresco también y me hago una cola de caballo rápida. Dante pone su larga mano sobre mi nuca y me resopla:

– Prométeme que o te vas a asustar, y que me vas a dejar hablar.

– Hay dos cosas imposibles en una sola frase - respondo temblando.

– Haz un esfuerzo, Tutu. Y no intentes defenderme, por favor.

Me da un beso en la mejilla y corre de nuevo a la habitación. Lo sigo corriendo, con la rodilla adolorida recordándome nuestro paseo forzado de antier.

– ¡Dante Lazzari! - grita una voz fuerte con un acento italiano exagerado.

La puerta se abre estrepitosamente como si alguien acabara de patearla. Un hombre aparece en el marco, con un traje gris claro y una sonrisa amarga.

– Me sigo apellidando Salinger - gruñe Dante plantándose frente a él, a una buena distancia.

– ¿Es así como recibes a tu padre en su propia casa? - sonríe nuevamente el hombre con una voz sin acento.

Su padre…

Él abre los brazos con un gesto teatral y sonríe con más falsedad todavía cuando me percibe.

Ya lo odio.

– Ya veo que tenemos compañía...

De un vistazo, intento determinar el parecido entre mi castaño con belleza natural y ese tipo que parece estar disfrazado. Un demonio irascible con un traje de ángel perfectamente en control de sí mismo. El cabello castaño demasiado largo, peinado hacia atrás con demasiado gel para controlar las ondulaciones. Sin lograrlo muy bien. Debe tener unos sesenta años y juraría que se tiñe el pelo para ocultar sus canas. Tampoco está muy bien logrado. Lo que Dante heredó de él es la estatura imponente. La misma mirada sombría, de un negro tan profundo que no se puede distinguir la pupila del iris. Ojos duros, en los cuales no puede leerse nada.

Si estos realmente son el espejo del alma, la suya está ausente desde hace mucho tiempo.

– Podemos ir a hablar a otra parte - propone Dante con una voz firme.

– ¿Para qué? Estamos bien aquí, en tu antigua habitación.

El padre Lazzari sonríe de nuevo y entra en la habitación, antes de desabotonarse el chaleco, sentarse sobre la cama deshecha y extender los brazos detrás de sí. Imposible ser más perverso.

– ¿No nos vas a presentar? - pregunta Vito con una falsa inocencia.
– No.
– A mi hijo siempre le gustó jugar al rebelde... - me susurra con una mirada de complicidad que me da escalofríos.
– No creo que esté jugando a nada - respondo espontáneamente.

Luego me muerdo las mejillas al sentir la mirada dura de Dante sobre mí.

– Ya nos íbamos - le anuncia el tenebroso a su padre comenzando a reunir nuestras cosas.
– Huir también, siempre le ha encantado... - comenta Vitto con ironía y un tono pérfido.

Mi tatuado se inmoviliza y siento mi sangre congelarse. No intercambiaron ningún golpe. Pero en el aire reina una violencia y una tensión maliciosa listas para estallar. Dándole la espalda a su padre, Dante clava sus ojos obscuros en los míos y me obliga a no decir nada. Comprendo miles de cosas en esa mirada. Se supone que yo no sé nada. Y no debo traicionarlo. Por primera vez en mi vida, realmente debo callarme.

– Me sorprende que te hayas ido de vacaciones sin decirle a nadie - vuelve a decir el viejo.
– Terminé con todo el trabajo antes de irme - responde simplemente el hijo.
– Tienes tantos buenos recuerdos de aquí que no puedes evitar regresar - agrega con una mueca sobreactuando la emoción.

Y las náuseas me ganan. Inhalo profundamente, lo más silenciosamente posible, para evitar intervenir. Dante sigue lanzando sus cosas a la maleta, con la mordida apretada y todos sus músculos contraídos.

– Te ves muy ocupado, hijo, creo que será mejor que me presente yo mismo con tu amiga... Vittorio Lazzari - se presenta oficialmente levantándose de la cama para extenderme la mano.

Con un nudo en el vientre, pienso rápido para no hacer o decir una estupidez. Este hombre es el enemigo. No debe saber quién soy. Y

preferiría caminar tres días seguidos bajo la lluvia antes que estrechar su mano. Pero tampoco debe imaginarse que le tengo miedo, por cualquier razón. Así que farfullo un «hola» educado y me pongo a recoger mi ropa para tener algo que hacer. En el peor de los casos, pasaré por alguna nueva conquista descerebrada de su hijo mayor.

Vito mima una reverencia teatral y un besamanos en el aire hacia el lugar donde ya no estoy. El tipo es un donjuán que no está acostumbrado a que se le resistan. Y que no puede imaginarse ni por un segundo que sea algo voluntario de mi parte. Sigue sonriéndome, tan meloso como Dante tenso.

– Como es una *casa familiar* , aquí no importa que tu familia se invite, ¿cierto? - pregunta el padre provocando al hijo.

– Haz lo que quieras... como siempre - suelta Dante sin mirarlo.

– Tú en cambio, tienes responsabilidades, obligaciones. Y cuando uno es hombre, debe cumplirlas.

Puedo sentir las frases silbando como si fueran balas pasando por mis oídos. Mi castaño suspende sus gestos y cruza los brazos sobre el torso. Con sus ojos clavados en los de su padre, replica.

– Y viniste aquí a enseñarme cómo ser un hombre, ¿cierto?

El padre Lazzari emite una risa silenciosa frente a esta pregunta retórica, mira por un instante sus mocasines que deben valer una fortuna, probablemente admirando su reflejo que adora y luego se acerca un poco más a Dante.

– Vine a pedirte que dejes de esconderte aquí como el niño testarudo que eres. Y que hagas el trabajo por el cual te pago.

Pienso en salir corriendo de esta pieza con aire irrespirable. En llamar a la policía de inmediato para que vengan a detener a este monstruo cruel. Pero me quedo allí, inmóvil, para apoyar en silencio al hombre que amo y al que intentan derrotar.

– Sé que nunca has soportado que sea libre - responde calmadamente Dante, sin perder los estribos. - Y que tienes esa maldita necesidad visceral y malsana de controlar todo. Pero a mí no puedes. Sé que eso te vuelve loco. Pero regresaré a trabajar cuando yo decida.

Entonces el padre Lazzari se aleja, como si supiera que esta justa verbal estaba perdida de antemano. Que no podría controlarse más. Que iba a decir demasiado, a mostrarse demasiado frente a mí. Que

terminaría por hacer un gesto de más, uno que estuviera reservado para la sala de torturas en el piso de arriba. Uno de esos que nadie ha visto, de no ser por sus cuatro víctimas. Ese gesto que traicionaría su imagen de hombre de negocios respetado. Se acomoda su disfraz de ángel y se dirige hacia mí, con los puños hundidos en los bolsillos.

– Los italianos son de sangre caliente, ¿cierto? - ríe con demasiada fuerza para convencerme de que todo está bien.

– Eso parece - digo tontamente antes de controlarme. - Depende de cada hombre.

– ¿Cómo te gustan los hombres a ti? ¿Machos? ¿O tiernos como corderos?

Si está tratando de ser encantador, no está logrando nada. Y está revolviéndome el estómago. Si es una forma de poner a Dante en su lugar, creo que funciona un poco mejor.

– Déjala a ella fuera de esto - lo amenaza mi tenebroso.

– Posesivo, protector... - comenta Vitto con un tono burlón.

– ¿Ya terminaste, podemos irnos? - le pregunta Dante empezando a cansarse.

– Solo dime una cosa, hijo... Mientras tú estás aquí jugando al galán, ¿quién está protegiendo a tu madre y a tu hermana?

Esta última pregunta le llega como un golpe bajo a mi Fénix. Lo veo apretar la mordida, digerirlo, reunir todas sus fuerzas para no ceder. Y volverse violento también. Mi corazón comprimido intenta salirse de mi pecho. Puedo leer en la mirada del padre todo el placer que le provoca tiranizar a su hijo mayor, el que se le escapó. Entonces comprendo todas las humillaciones de las que es capaz. Su manera de dividir para vencer, utilizando los medios más perversos. Este tipo es un sádico. Un loco de atar. Alguien debería encerrarlo.

Dante se traga su rabia, cierra su maleta y toma mi mano, la cual aprieta con más fuerza que nunca. Yo también tomo mi maleta llena y me voy con él. Ambos bajamos a toda velocidad las escaleras de los tres pisos para dejar el rancho como dos salvajes huyendo de la tormenta. Miro de vez en cuando atrás de mí pero Vittorio Lazzari no nos está siguiendo. Por su parte, mi tenebroso no mira hacia atrás. Lanza la maleta a la SUV, me abre la portezuela del copiloto y luego viene a instalarse de un salto detrás del volante.

– ¿No te molesta si conduzco? - pregunta como si eso fuera importante.

Él no espera mi respuesta y arranca, con sus ojos negros de rabia clavados en el parabrisas. Su rostro es duro, cerrado. Su expresión más atormentada que nunca. Lo dejo en su burbuja de silencio, la que necesita para calmarse. Me callo y me conformo con poner una mano sobre su muslo. Solo para que sepa que estoy aquí, por si necesita hablar. Dante desliza su palma ardiente sobre mi piel helada y sigue andando. Sin una palabra.

Dejamos Great Falls, sus montañas y sus cascadas para retomar el camino hacia el Oeste. Un puente de cuatro vías nos permite atravesar el río Missouri. Le digo adiós en mi mente, con pesar. Le agradezco por todos esos recuerdos preciosos que me llevo. Su viento. Conducimos una hora más a través de Montana. E intento impregnarme de esos paisajes salvajes que voy a extrañar. Secretamente, también me despido de Light y Darko, los caballos rebeldes que nos hicieron vivir un momento encantador. Y luego de Martha, la solterona con mil gatos que leyó en su tarot un futuro radiante para mí. En mi mente, le deseo que sea feliz con Howie, que ella también elija el lado bueno de la montaña, y limpio una lágrima estúpida que corre por mi mejilla, antes de que Dante la vea. No puedo contra esto. Este *road trip* y conocer a tanta gente me volvió sentimental. Excepto al tipo con el cabello pintado y la sonrisa falsa, pero no permitiré que arruine nada de esto. No estará presente en mis recuerdos o en nuestro futuro.

Regreso lentamente mi mano al pantalón de Dante para entrelazar mis dedos con los suyos. Este es el momento que él elige para romper el silencio.

– ¿Puedes sacar mi celular de mi bolsillo?
– Claro que puedo... - digo insinuándome bajo la tela tensa.

Mientras conduce, mi chofer levanta un poco las nalgas de su asiento para facilitarme la tarea.

– Oh perdón, ese no era tu teléfono - me disculpo para hacerlo sonreír.

Lo logro. Mi corazón se hincha al ver a mi castaño un poco menos tenebroso. Un poco más luminoso.

– Busca a Jensen en mis contactos.
– Lástima - suspiro - me hubiera gustado llamar a Lois y Clark.
– Solo es Clark, Tutu. Y no es Superman, solo es un tipo del FBI.
– OK, me voy a concentrar.

– Llámalo. Y activa el altavoz. Por favor... - agrega en un tono más bajo.

– No necesitas ser educado conmigo, Dante. Ni pedirme permiso para conducir tu propio auto. Se bien que tú no eres él. No eres un macho ni un tirano. Que nunca me tratarás como él lo hizo.

– OK… - dice después de un largo silencio. - Gracias.

Voltea hacia mí para ofrecerme su mirada brillante, casi frágil, irreconocible. Mi corazón estalla, esta vez por verlo tan sincero, tan tierno, tan desnudo frente a mí.

– Deja de mirarme así, o si no, lo único que el FBI escuchará serán mis gritos cuando me lance sobre ti.

– Me agrada tu amenaza - confirma con una sonrisa.

– Aquí Jensen, escucho - suena de repente el altavoz del teléfono.

– Aquí Salinger - se anuncia Dante inundando con su voz toda la cabina.

– ¿Algo nuevo?

– Podría decirse. Quiero arrinconar a mi padre. Habrá que dar un golpe fuerte y contundente. Espero que tengan todo listo.

– Solo esperamos tu luz verde.

– Les daré todas las pruebas que tengo en cuanto acabe el juicio.

– De acuerdo.

– Gracias, Jensen. Lamento lo de antier.

– Sí, claro - suspira el agente, aparentemente cansado. - Ambos queremos los mismo, Salinger. No importa cómo lo logremos.

– Lo lograremos.

Mi salvaje asiente varias veces, seguro de sí mismo, decidido, y me hace una señal para que cuelgue. Entramos al Flathead National Forest que se extiende entre las Montañas Rocosas. Un suave aroma a pino y naturaleza salvaje flota por nuestras ventanillas entreabiertas. Después Dante frena súbitamente en la carretera desierta. Y se orilla.

– ¿Escuchas? - me pregunta de repente.

– ¿Qué?

– El silencio…

– Sí - respondo sonriendo sin entender.

– Es el ruido que hace la desgracia cuando se va... Y la felicidad cuando regresa.

El Fénix me lanza una de sus sonrisas devastadoras que hacen latir mi corazón mucho más fuerte.

– ¿Es por eso que te detuviste? ¿Para escuchar el silencio?

– No. Para escuchar tus gritos. ¿No se suponía que ibas a lanzarte sobre mí gritando? - resopla el insolente entrecerrando los ojos.

Conozco bien a este tipo de hombre. Juguetón, provocativo, loco de deseo y de amor.

Nos desafiamos con la mirada, ambos demasiado orgullosos y testarudos como para ceder. Sus pupilas negras están llenas de un deseo obscuro, animal y ya sé que voy a terminar cediendo. Que yo seré la única en rendirse. Pero prolongo el instante, solo porque Dante es muy hermoso. Muy intenso. Y jamás me canso de mirarlo.

– Bésame, Solveig. Hazme olvidar.

Basta con una sola frase, pronunciada con su voz de terciopelo, ronca y sensual, para que me sumerja. Para que aterrice sobre sus rodillas. Entre su torso, su calor, su virilidad y el volante de la SUV. Nuestras lenguas se mezclan ya, nuestras manos se toma, nuestros cuerpos se rebelan de la manera más bella.

Insumisa, una y otra vez.

Escalofríos.

Suspiros.

Su lengua es cálida. Suave. Imperiosa.

Mientras que nuestro beso se eterniza, se profundiza, que mi piel se inflama, que el interior de mis muslos hormiguea, ondulo de placer contra el hombre que desliza sus manos bajo mi blusa azul marino. Dante llega hasta mis senos libres, los sopesa, los envuelve con sus palmas audaces y se endurece contra mí. Se endurece mucho.

– ¿No llevas sostén? - gruñe el Fénix.
– No tuve tiempo de ponérmelo - resoplo, sintiéndolo pellizcando uno de mis pezones.

El beso continúa. Más impaciente y más animal todavía. La temperatura en este auto es de mil grados. El tenebroso me saborea, me succiona, me mordisquea los labios, mientras martiriza deliciosamente mis senos llenos de deseo. Sentada a horcajadas sobre él, con las piernas separadas, me consumo. Tanto arriba como abajo, siento un millón de cosas. De emociones. De sensaciones.

Indecentes.

Prohibidas.

– No deberíamos estar haciendo esto aquí, Dante - suspiro frotándome contra él. - Alguien podría descubrirnos, debe haber guardias por todas partes.

– Hay que vivir peligrosamente, Tutu... - sonríe el insolente. - ¿Nunca te enseñaron eso?

– Nadie me enseño nada - susurro contra su boca.

– Y eso es exactamente lo que me vuelve loco de ti.

Lo contemplo por un instante, sin dejar de hacer mi lánguida danza del vientre contra él.

– ¿*Esto* es lo que quieres, Dante?

Mi voz fue provocadora, sexy. Mis ojos bajan hacia su bulto y luego regresan a hundirse en su mirada ardiente.

– Tú eres lo que quiero - gruñe mi amante.

Ondulo con más fuerza, frotando su sexo aprisionado cada vez más fuerte.

– Dime lo que quieres, Dante. *Todo* lo que quieres.

Una sonrisa de niño travieso se dibuja en su boca entreabierta.

– Quiero que me saborees, Solveig.

Su frase hace nacer un millón de escalofríos entre mis piernas.

– Quiero que te arrodilles y que tomes entero entre tus labios - continúa su voz profunda.

Cada roce me arranca un gemido ahora. Mi intimidad está empapada, su erección se tensa al extremo.

– Y quiero que te acaricies al mismo tiempo - murmura el hombre de los ojos negros.

Nuestras miradas permanecen imantadas durante varios segundos y luego la tensión se vuelve demasiado fuerte. Demasiado apetitosa. Desabotono mis shorts y luego su pantalón. Abro mi cierre y luego el suyo. Todo sin jamás dejar de ver sus pupilas en las cuales arde el fuego.

Lo libero por fin. Tomo su sexo con mi mano. Lo hago correr por

mi palma. Él se estremece y yo me derrito. Con un gesto ágil, Dante acciona una palanca y el asiento retrocede al máximo. Ahora tengo suficiente lugar para deslizarme hasta el suelo. Lentamente, con su virilidad en la mano, desciendo. Me arrodillo lentamente, con cuidado para no romper el momento, y él me sonríe.

Saborea su pequeña victoria.

Y yo también.

– ¿Tú no lo deseas tanto como yo? - murmura su voz sexy.
– No me arrodillo tan fácilmente...

Y con estas bellas palabras, saboreo por fin el fruto prohibido. Lo beso, lo succiono con la punta de los labios y luego con la punta de la lengua. Dante se tensa contra el cuero de su asiento y suspira mi nombre varias veces. Sabe bien. Deslizo una mano bajo mis bragas húmedas, me acaricio y me pongo a lamer con más fervor. Primero cosquilleo su glande rosa y luego recorro toda su longitud con la punta de mi lengua. Su piel es suave, llena de nervios, tensa. Su sexo es inmenso, ardiente, delicioso.

Comienzo a gemir. Porque me encanta lo que está haciendo. Y porque mis dedos juegan con mi clítoris.

El Fénix suelta más gruñidos cuando lo tomo totalmente con la boca. Cuando rozo sus testículos. Él me acaricia suavemente el cabello, deshace mi cola de caballo, yo lo devoro y me toco con más intensidad cada vez. Gimo, jadeo, y avanzo sobre su virilidad, recorriendo cada centímetro.

– Tutu… Mierda… Es tan delicioso…

El salvaje cruza los brazos detrás de la cabeza, como para inmovilizarse, evitar intervenir, tomar el control de las cosas - por así decirlo. Bajo su camiseta negra, puedo ver su torso escultural, su piel mentolada, sus músculos marcados.

Y lo saboreo con gusto, un poco más excitada por lo que veo.

Mis idas y venidas se vuelven más rápidas, más profundas. Mis labios se deslizan sobre él, mi lengua cálida y aventurera sube y baja sobre su sexo. No logro tomarlo por completo, pero lo intento. Dante gruñe, suspira, me cubre con su mirada negra. Yo me sigo acariciando, introduzco un dedo en mí. Luego dos.

Contra mi mano, siento mi feminidad palpitando, impaciente.

Y él también.

– Vuelve a subir - me ordena de pronto.

Sacudo la cabeza, continúo con mis caricias bucales, decidida a llevarlo hasta el límite.

– Te digo que vengas aquí - sonríe divertido por mi intento de rebelión.

Aprieto un poco más los labios alrededor de su sexo, lo lamo, lo succiono con un poco más de insistencia, como si alguien estuviera intentando quitarme un caramelo y yo me aferrara a él hasta el final. Su voz gruñe, Dante farfulla algo y separa lentamente los brazos. Y después, en apenas un segundo, me levanta del suelo y aterrizo sobre el asiento del copiloto. Su gran cuerpo me acompaña, se contorsiona y se aplaca contra mí. Esta acrobática posición me hace sonreír. Le doy un beso en el cuello, mi amante mueve otra palanca, el asiento se recuesta y al fin estoy a su merced.

Mi mano derecha sigue en mis bragas.

– ¿Estás intentando volverme loco? - resopla mi amante, mirándome acariciarme.

En sus ojos veo un deseo animal. Salvaje. Que jamás me canso de contemplar.

– Parece funcionar... - suspiro de placer.

Dante pasa al ataque. Sus grandes manos se colocan a cada lado de mi short y lo jalan sin miramientos, llevándose mis tenis de paso. Lo mismo le sucede a mi top, que sale volando hasta el asiento trasero. Dante se pasa la camiseta sobre la cabeza y se desnuda rápidamente frente a mis ojos lujuriosos. No me pierdo nada del espectáculo. Ni una migaja. Ni un tatuaje. Ni un abdominal.

Al final, mis bragas escotadas son lo único que sobreviven a su golpe de locura.

– Este pedazo de tela me está provocando - gruñe acercándose. - Le voy a mostrar quién manda...

Dante me mordisquea a través del algodón. Grito. De sorpresa. De

placer. El Fénix besa mi intimidad, se ensaña con mis muslos, con mi sexo, mi piel fina y ultrasensible. El fuego se propaga en mí, de mis caderas hasta mi nuca.

Luego mis bragas desaparecen también.

– Creo que ya entendió... - resoplo.
– Eres *tú* quien va a entender, Tutu.

Esa amenaza no fue en vano. Dante desliza bruscamente su lengua entre mis labios. Los de abajo. Los que se inflan de deseo por él. Los que ya no pueden con la espera.

Grito y él aplaca su palma sobre mi boca. Me lame, me cosquillea, me roza, me aspira. Separo las piernas al máximo, me arqueo contra su boca aventurera, me acaricio los senos, murmuro mil y una cosas inconfesables mientras que él hace lo que quiere de mí.

Todo lo que desea.

Mis uñas se clavan en su espalda, él gruñe pero continúa estimulando mi clítoris, penetrando mi intimidad. Esta divina sesión de tortura dura una eternidad, pero no lo suficiente para mi gusto.

– ¿Tienes miedo de que nos sorprendan? - murmura finalmente, subiendo hasta mi oído. - ¿Quieres que me detenga?
– No… - resoplo, obnubilada por el fuego que ha despertado en mí.
– ¿Segura? - ronronea su voz cálida.
– ¡Dante!
– ¿Qué?
– ¡Hazme el amor!

Su sonrisa maquiavélica se expande en su sublime rostro. Por un instante, pienso en abofetearlo, luego recuerdo lo mala que es esta idea. Entonces lo provoco. Me retuerzo debajo de él. Me agito. Hago lo posible para rozar su sexo tenso, listo para entrar en acción.

Su sonrisa se borra, su mirada se ensombrece, él se endereza sobre sus rodillas, se levanta y escucho el ruido de un empaque que se abre. Dante siempre tiene lo necesario. Lo prevé todo. Nunca le falta nada.

Solo yo, a veces.

Le robo el preservativo jalándolo hacia mí, lo beso bruscamente, él ríe con insolencia entre mis labios. A tientas, encuentro su sexo y lo cubro. Gime con una voz ronca. Rompo nuestro beso, lo miro a los

ojos y le murmuro:

– Ven. Tómame. Toma todo.

Mis deseos son órdenes. Dante entra en mí instantáneamente. Profundamente. Sin miramientos. Me penetra con pasión, con fuerza, sin dejar de mirarme. Entreabro la boca, lista para gemir, para gritar, pero él la cubre con sus besos ávidos. Insaciables. Igual que su virilidad que va y viene, hacia atrás y adelante. Me aferro a su cuello, él saborea mi piel, clava sus dientes en mi hombro, respira mi olor.

Me pierdo en él y se ahoga en mí.

– Más... - suspiro. - Dante... No te detengas.

La oleada me lleva cada vez más lejos. Murmuro contra su boca, lo beso, lo muerdo, le suplico.

Él atrapa mis caderas, me penetra más fuerte, más profundo y me sofoco. Clavo mis uñas en su piel, me arqueo para recibirlo mejor y él se hunde una y otra vez en mí, como un sublime Fénix renaciendo de las cenizas.

Mi vientre se contrae, aprieto las piernas detrás de él, para animarlo, guiarlo, aprisionarlo. Para que me pertenezca, que no se me escape nunca, que sea todo mío.

Como yo soy toda suya.

Nunca nadie me había hecho sentir esto. Y estoy segura de que nunca nadie podrá hacerlo. Su cuerpo fue creado, diseñado, esculpido solo para mí. Para unirse al mío.

– ¿A dónde te fuiste, Tutu? - gruñe el macho poseyéndome.

Gimo bajo un nuevo asalto.

– Regresa.

Esta última palabra, la resopló en mi oído. Y los escalofríos me invaden.

Gimo más fuerte, jadeo, busco recobrar la respiración, pero mi amante no me lo permite. Dante me penetra como un diablo, está cerca del orgasmo. Nuestros cuerpos golpean el uno contra el otro, se desliza en mí, me llena, sin darme descanso.

Esto me encanta. Cuando mi mente deja mi cuerpo. Cuando ya nada más cuenta, solo él dentro de mí.

– Ya… casi… llego… - gimo bajo su piel tatuada.

Dante se estremece y me besa apasionadamente, su lengua se encuentra con la mía, la enreda con su deseo. El tenebroso me taladra manteniéndome prisionera entre sus brazos musculosos. Me aferro a su cabello. A su melena rebelde. Y despego con suavidad.

El orgasmo. Por fin. Devastador. Salvador. Todo la vez.

Mi Fénix me acompaña en un mismo suspiro. Su grito ronco me destroza por dentro. Y luego nuestros cuerpos se inmovilizan. El silencio regresa. Sus labios suaves, perezosos me dan un beso ardiente en la boca. Y un «te amo» que creo escuchar, sin estar realmente segura.

Dante se recuesta a un lado, yo lo imito y me refugio en su piel. Nos abrazamos sobre el asiento de cuero de este auto, para convertirnos en un solo ser.

Un mismo cuerpo.

Un mismo corazón.

7. La definición de la felicidad

«Estado de satisfacción completa, estable y duradera.»

Discúlpenme, pero esa es la peor definición que puede tener la felicidad. Todas esas palabras son mortalmente aburridas. No reflejan para nada lo que es la felicidad. Si acaso las personas del diccionario aceptan cambiarla, yo propondría: «Cuerpo lleno de amor, justo después del éxtasis, andando en auto, con las ventanas abiertas y el cabello al viento, al lado del humano más profundo y único que jamás haya sido visto, dejando mi mano perderse en su nuca y jugar con su cabello. Todo esto en una autopista desierta entre montañas y bosques, dándoles la sensación de estar solos en el mundo, invencibles, más vivos que nunca.» Bueno, es un poco larga. Pero cada detalle tiene su importancia. No importa la duración o la estabilidad de la historia. En este preciso instante, ninguna mujer en la tierra es más feliz que yo. El rostro me duele de tanto sonreír. Las lágrimas de emoción vuelan hacia mis sienes. Y mi corazón golpea a toda velocidad como si él también supiera que nunca va a latir tan fuerte como en este instante. Intento grabar estos segundos de plenitud en mi memoria pero siento que ya se me están escapando, que jamás podré revivirlos tan vibrante como lo son realmente. Así que los intento saborear, aquí y ahora. Sin pensar en el antes ni el después.

– Quiero hacerme un tatuaje - lanzo sin pensarlo.
– Mala idea - se burla el castaño.
– ¡¿Ya te viste?! - me rebelo gritando más fuerte que el viento.

Dante sube nuestras ventanillas y enciende el aire acondicionado para poder escucharnos dentro de la SUV. Observo sus musculosos brazos ennegrecidos por los diseños y me decido.

– Quiero un fénix.
– Los tatuajes deben representar algo para ti - me regaña su voz grave. - Decir algo de tu vida, de tu historia, de tu personalidad.
– ¡Sí pero no me puedo tatuar una barra de chocolate!

El hombre-pájaro ríe de nuevo.

– ¿Mi Chevy? - propongo emocionada. - ¡Dibujado enorme sobre la espalda, con todas sus cosas cromadas brillando!

– Eso no sería muy fiel a la realidad... - se burla mi copiloto.

– Entonces el retrato de Bacalao. Como esas chicas *badass* que tienen un lobo sobre el hombro.

– No cuentes conmigo para desvestirte después de eso... - responde Dante con una mueca de disgusto.

– Bueno, me voy a tatuar «agua» sobre una nalga y «fiestas» sobre la otra, ¡así será un mensaje para ti!

– Me gusta demasiado tu piel como para que la cubras con cualquier cosa - gruñe clavando su mirada brillante sobre mi escote.

– No pensarías lo mismo si fuera chantilly.

– Pues... - responde alzando los hombros.

– ¿Chocolate?

– Tampoco.

– OK, ni para qué insisto, me envolveré en una rebanada de tocino gigante solo para ti.

– Avísame antes, para preparar mi cámara.

Nuestras sonrisas un poco tontas se encuentran y nuestros ojos regresan al asfalto, como si les costara trabajo creer en tanto amor, tanta felicidad y tanta simpleza. No están acostumbrados. Entonces nuestros cerebros torturados empiezan a retomar el control, lo sé bien. Eso es lo que siempre hacen en silencio. El suyo regresa sin duda a su última conversación con su padre, se preocupa por su madre y su hermana. El mío vagabundea entre Nueva York donde dejé toda mi vida, mi apartamento, mis escasos amigos, Ali... y Seattle donde pronto me reuniré con mis peores enemigos. Russell y Patsy Camden, esos devastados padres dispuestos a todos para terminar con su tristeza. Vittorio Lazzari, ese monstruo inhumano. Annette Ewing, mi abogada casi igual de loca que yo. Andrea, a quien creía odiar, pero por quien casi llego a sentir empatía. Aun cuando se merezca ser castigado de todas formas. Vuelvo a pensar también en Preston, en su muerte brutal. En ese entonces, hubiera dado todo por tomar su lugar, por morir antes que vivir sin él. Hoy, sé bien que sin su muerte, Dante jamás hubiera entrado en mi vida. Es una paradoja terrible. Una muerte y dos familias destrozadas a cambio del gran amor: un terrible precio a pagar.

– ¿Cuántos kilómetros faltan para Seattle? - pregunto para evitar pensar.

– Un poco más de mil.

– A una velocidad normal, cuánto tiempo tardaría tu bólido?

– Unas diez horas.

Su rostro está cerrado, su ceño fruncido y su voz es dura. Suspiro, sintiendo la plenitud dejándome.

– ¿Qué quieres hacer, Tutu? - me pregunta, intentando tranquilizarme con su gran mano sobre mi muslo.
– Prolongar... Quiero prolongar esto. Que nunca termine.
– Ya sé.
– ¿Y por qué tendría que terminar? ¿Qué es lo que nos obliga a frenar cuando lleguemos a Seattle? ¿Por qué no continuar con nuestro camino? ¡Solo tenemos que seguir sin voltear hacia atrás!
– Después está el océano. Es el fin de la costa, el final del camino. Si no nos detenemos, caeremos.

Su voz ronca y profunda pronuncio estas palabras como si fueran la peor de las sentencias. Implacable. Ineludible.

– Tengo ganas de decir groserías - respondo. - Muchas. Muy fuerte.
– Adelante.

Dante baja mi ventanilla apretando un botón cerca de su volante. El viento entra en la SUV, hace volar mi cabello y llorar mis ojos. Jalo mi cinturón de seguridad, saco la cabeza entera y me pongo a gritar todas las groserías que conozco. Las peores, las más vulgares. Incluso invento algunas nuevas, hasta cansarme. Luego dejo que el aire puro y embriagante me llene la boca, los pulmones y el corazón. Y regreso a mi lugar en el asiento del copiloto. Con los labios cerrados, la mente vacía y mi ventanilla arriba.

– ¿Te sientes mejor? - me pregunta el Fénix.
– Un poco.
– ¿Ya no quieres hacerte un tatuaje?
– No. El juicio es en una semana. Quiero que esta sea la más bella de nuestra vida. Quiero que tomes el camino más largo, todas las desviaciones prohibidas. Que nos detengamos en los moteles más feos y los convirtamos en palacios. Que nademos en piscinas asquerosas y creamos que estamos en un jacuzzi. Que hagamos el amor en todos los lugares posibles. Que recojamos a todas las personas que están en la orilla del camino y los hagamos un poco felices. Que les demos un poco de lo que nosotros tenemos. De tu fuerza y mi locura. Quiero que vivamos sin pensar. Quiero que detengamos el tiempo y nos amemos con la fuerza suficiente para borrar todo el resto, el pasado, el futuro, y todas las desgracias que todavía no nos suceden. Quiero que la felicidad gane, aunque sea por una semana. ¿Crees que podamos hacer

eso? - le digo casi suplicando, con los ojos llenos de lágrimas.
– No.
– Dante…
– Pero como no podemos, al menos lo vamos a intentar.

Mi insumiso acelera más, con una sublime sonrisa en los labios, y nuestros auto se transforma en una alfombra mágica, en un unicornio rosa, un poderoso fénix, capaz de llevarnos a cualquier lado. De desplazar las montañas que nos rodean.

***

El primer día, dejamos el camino para adentrarnos en el bosque hasta detenernos en la reserva india de los Flathead. Un lugar salvaje y preservado, fuera del tiempo y espacio, exactamente como lo soñábamos. Nadamos en un río transparente al pie de las Montañas Rocosas. Subimos a caballo, pero sin silla, y grito tanto de placer como de dolor. Dante se deja tatuar por un amable amerindio, cuya cabeza no me parece tan plana... y quien termina por explicarme que son los que miran las cabezas de los otros demasiado de cerca quienes terminan con la cabeza aplanada. Encantador.

El segundo día, regresamos al camino para atravesar Montana y llegar a Idaho. Decidimos hacer una escala en el Lago Pend Oreille y le pregunto temblando a mi copiloto si mis lóbulos corren algún riesgo. Wikipedia nos informa que solo es la forma del lago visto desde el cielo lo que le vale su nombre poético. Sobre el agua tranquila y fresca, descubro la alegría que produce el *paddle*, hasta que a Dante le parece más interesante salpicarme con su remo luego de desequilibrarme para verme caer al agua. Me vengo, pidiéndole un paseo por el sublime puente peatonal que atraviesa el lago y termino esta caminata sobre su espalda después de haberme quejado durante todo el primer kilómetro. Terminamos por atrincherarnos en un lindo bungaló sobre una playa de guijarros que da hacia el lago. Y vemos un atardecer espectacular que convertiría hasta al hombre más duro en un romántico.

Los días continúan y no se parecen, al igual que los paisajes que evolucionan a medida que los kilómetros pasan, que atravesamos ciudades, nos detenemos improvisadamente y los lugares paradisiacos protegen nuestro amor, durante una hora o una noche. De un desayuno en cama a una comida en una terraza, de un picnic en el auto a un cuerpo a cuerpo apasionado en medio de la naturaleza en

vez de cena. Vivimos de amor y agua fresca, además de unas cuantas rebanadas de tocino y barras de chocolate. Nos alimentamos el uno del otro, construyendo recuerdos indelebles. Que no borran nada de las heridas del pasado, de las angustias del futuro, pero calman nuestros corazones pesados o lastimados, según el día. La felicidad cambia de definición cada minuto, según lo que estoy viviendo con mi Fénix con miradas y sonrisas devastadoras. El *dark stranger* ya no lo es más: cada vez es menos obscuro y menos desconocido. Domestico a ese salvaje, que me da apoyo a cambio. Lo amo como jamás creí poder amar... y creo que él a mí también.

Cuando la naturaleza se cambia por paisajes urbanos del estado de Washington, el antepenúltimo día, Dante pasa Seattle sin detenerse y acelera.

– ¿Qué es lo que...? - le pregunto temblando.

– Es el final de la costa, el fin del camino... pero eso no quiere decir que debamos dejar de avanzar.

– No vas a hundirnos en el océano para ahogarnos como amantes malditos que decidieron morir juntos en vez de tener que vivir separados, ¿o sí?

– Ves demasiadas películas románticas, Tutu - se burla.

– Y siento que tú crees que estás en una película de acción donde el auto despega en la carretera que no está terminada, como si pudiera caer sin problemas, al otro lado, sin siquiera saber dónde está.

– Eso es exactamente lo que vamos a hacer - me informa mi copiloto, perfectamente seguro de sí mismo. - Nos quedan dos días y una noche. No los vamos a desperdiciar aquí.

– ¡¿Entonces a dónde vamos?! - comienzo a emocionarme.

– Vamos a seguir siendo insumisos, un poco locos. A amarnos hasta el final.

Dante me mira y sonríe. Lanzo gritos de emoción saltando sobre el asiento del copiloto. Luego deja la Interestatal 90 para subir hacia el norte. Tres horas de camino y un paseo en ferry más tarde, nos encontramos en San Juan Island, en un extremo de los Estados Unidos, la última isla del último archipiélago americano antes de la frontera con Canadá.

En este pequeño paraíso en medio del Océano Pacífico, el tiempo se queda suspendido un poco más. Caminamos en silencio a lo largo del pequeño y encantador puente, entrelazando nuestros dedos e imaginando que nada podrá separarlos. Nos equivocamos. Nos besamos y nos abrazamos cada vez que nos detenemos para admirar un vista impresionante, una cabaña de pescadores, un bosque de

pinos, una montaña iluminada por el sol a lo lejos. Nos tomamos fotos el uno al otro, a veces juntos, miles de fotos, inmortalizamos nuestro amor como si eso fuera necesario para nunca olvidarlo. Nos divertimos dando vueltas en una cama inmensa, siendo uno solo, tal y como sabemos hacerlo. Fusionamos nuestros cuerpos y nuestras almas, como si fuera la última vez. Antes de volver a comenzar, como un ritual de buena suerte.

Dante me abandona durante una hora, con un nudo en el vientre y esta soledad que no soporto desde que él llegó. Pero regresa con dos sorpresas: una bailarina con cabello platinado tatuada en los pocos centímetros que todavía tiene vírgenes, al interior de su bíceps. «En un lugar donde pueda verlo, donde pueda besarla cada vez que quiera, aun cuando yo ya no esté», me explica con su voz ahogada. Me trago mis lágrimas. El segundo regalo es para mí, un pendiente de oro, como una pequeña placa militar, sobre la cual aparece un fénix con las alas desplegadas. Al otro lado, otra inscripción grabada en tres líneas:

Para Tutu,
mi Sol,
mi Insumisa.

Mis lágrimas corren sin que pueda contenerlas. Las palabras, por su parte, se niegan a salir. Ni los gracias ni los «te amo» que quisiera gritarle. Mi castaño tenebroso abrocha la larga y delicada cadena de oro alrededor de mi cuello y yo aprieto el pendiente contra mi corazón mientras me abraza. Y ya no sé quién abraza a quién o qué, solo que todos apretamos fuerte.

***

Al día siguiente, el último día, regresamos al camino por última vez. Seguimos sin hablar. Hay adioses que es mejor callar. Nos conformamos con intercambiar miradas, suspiros, silencios y algunas sonrisas. Como al principio, cuando no sabíamos qué decirnos. Conducimos hasta Seattle, sin detenernos. El teléfono de Dante no deja de vibrar. No lo contesta.

Esta última semana, ha recibido y he hecho llamadas cada vez más frecuentes. Jamás ha contestado frente a mí. Siempre se ha alejado para hablar con sus interlocutores misteriosos. Lo imaginé todo. Su padre amenazándolo. Su madre haciendo como si todo estuviera bien y espera hasta colgar para poder llorar. Andrea llamándolo desde la

prisión. Calliopé bromeando para intentar distraer a su hermano. Y los abogados de la familia Lazzari preparando su defensa. Todas esas personas que serán mis adversarios en el juicio. Que sin duda mandarán al diablo mi historia de amor.

Ya no sé muy bien si realmente quiero ganarlo. ¿Para qué? ¿Para convencer a los Camden de que no mandé a asesinar a su hijo para cobrar el dinero del seguro de vida? No me importa. Esos pobres locos no saben ni lo que dicen. ¿Para vengar la memoria de Preston y encerrar a ese conductor ebrio por el resto de su vida? ¿De qué serviría? Yo no soy nadie para juzgar los errores de nadie ni los castigos que merecen. ¿Pelear contra amantes igual de solas y abandonadas que yo, para obtener la herencia a la que tengo derecho? Sin duda tendría la sensación de estar robándole a alguien. ¿Cobrar «daños e intereses» por el «daño sufrido», como lo espera mi abogada? Esa jerga de pronto me parece grotesca y ese dinero irrisorio frente a los corazones rotos de todas esas personas. El mío, el de Russell y Patsy, de (casi) toda la familia Lazzari. El de Dante que nunca sanará por completo. La justicia puede ser cortante, castigar, decidir quién es culpable y quién inocente, bueno o malo, pero no cambiará nada del sufrimiento, de los rencores, los arrepentimientos ni los dolores. Le dará penas a algunos, dólares a otros, pero nada parecido al amor o a la felicidad.

¿Necesitamos algo más para seguir viviendo?

La SUV se detiene cerca del tribunal. Cerca del hotel donde seguramente todos nos hospedaremos. La hora de las despedidas ha llegado, mi corazón se comprime y ya no puedo respirar. Salgo del auto para respirar aire fresco. Mi castaño tenebroso sale también, da la vuelta y me acompaña de mi lado.

– Todo estará bien - me resopla.

– Dijimos que sin más mentiras - respondo con una sonrisa triste.

– No sé qué vaya a pasar, Solveig. Lo único que sé es que este *road trip* es lo más bello que he vivido, lo más verdadero. Nunca he sido bueno para la felicidad, desde que nací. Pero por primera vez, algo se le parecía.

Su voz grave y su mirada profunda, tan intensa, tan sincera, me dan escalofríos.

– Mañana, en el juicio... - comienzo a farfullar. - Nadie debe saber lo nuestro.

– Lo sé.

– No me avergüenzo de ti, Dante. De lo que siento, de lo que hicimos. Es solo que...

– Lo sé.

– La gente pensará otra cosa, hablará... Lo usarán contra mí... Contra ustedes.

– Sé todo eso. No te preocupes - dice acariciando mi mejilla.

– Tengo miedo de no poder esconderlo. No soy bueno haciendo eso.

– Eres mejor de lo que creías.

– Si esta es la última vez que puedo decírtelo... Te amo - murmuro con un sollozo atravesado.

– Escúchame, Solveig - agrega rodeando mi rostro con sus manos. - No necesitamos decir estas cosas. Las sabemos bien. Solo tenemos que mirarnos. Eso es lo que haremos mañana, y durante todo el juicio. Solo tendré que mirar mi brazo para saber que estás allí. Y tú no tendrás más que sentir tu pendiente contra tu corazón para escuchar todas las palabras que no estaré diciendo.

– De acuerdo... - murmuro muy a mi pesar, intentando creerlo.

– Prefiero que estén grabadas allí y no en tu piel clara - sonríe mi tenebroso jugando con mi placa de oro. - Tú eres la luz, Solveig Stone, déjame a mí el papel de la obscuridad.

– No necesito un tatuaje para tenerte en la piel, Dante Salinger.

Nuestras bocas se unen, nuestros cuerpos chocan, nuestras lágrimas se mezclan y nuestros corazones insumisos golpean el uno contra el otro, en secreto.

Cuando vuelvo a abrir los párpados, un puñal me atraviesa, un estremecimiento lúgubre me recorre la columna. Y entro en pánico, por dentro, al descubrir que Patsy y Russell Camden se encuentran allí, frente a mí. Justo al otro lado de la calle. Con sus pequeños ojos tristes y llenos de reproches clavados en mi felicidad.

En mi peor y más bello secreto.

Revelado.

Estoy... perdida.

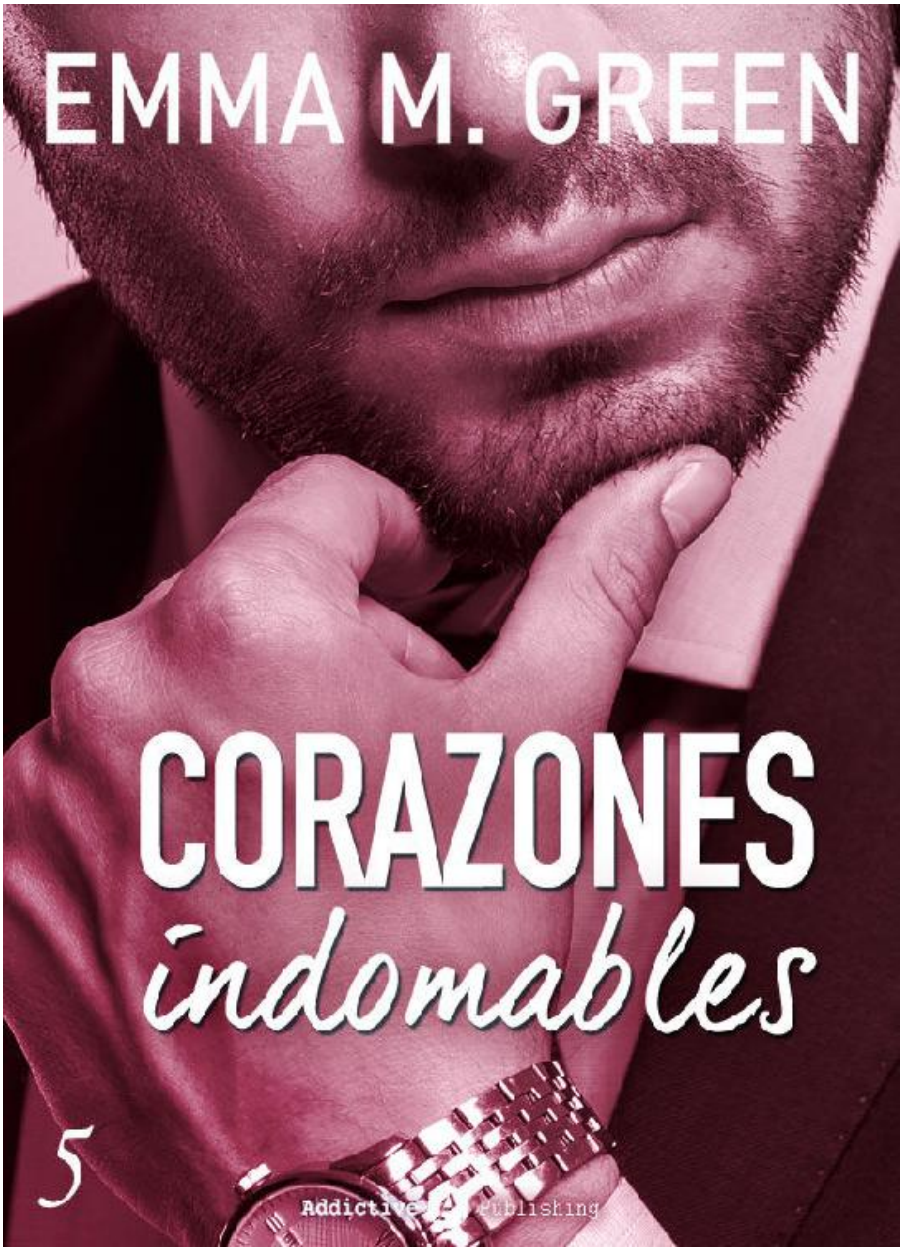
Continuará...
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Corazones indomables - Vol. 5

Después de haber enviudado con tan solo 25 años, Solveig decide dejar lo poco que le queda para recorrer los Estados Unidos de este a oeste al volante de su montón de fierro viejo. El objetivo del viaje: el juicio del chofer ebrio que le arrancó al hombre de su vida. Pero antes de eso, la rubia explosiva debe compartir gran parte del camino con Dante, un espécimen que es tan sombrío y atormentado como ella es atrevida y radiante.

El único problema es que al apuesto tatuado y misterioso no le gusta que le digan qué hacer. A solas durante cinco mil kilómetros, ¿cómo podrán estas dos almas tan opuestas y estos corazones insumisos compartir el camino? ¿Y hasta dónde los llevará este road trip?


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
5
Addictive Publishing

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

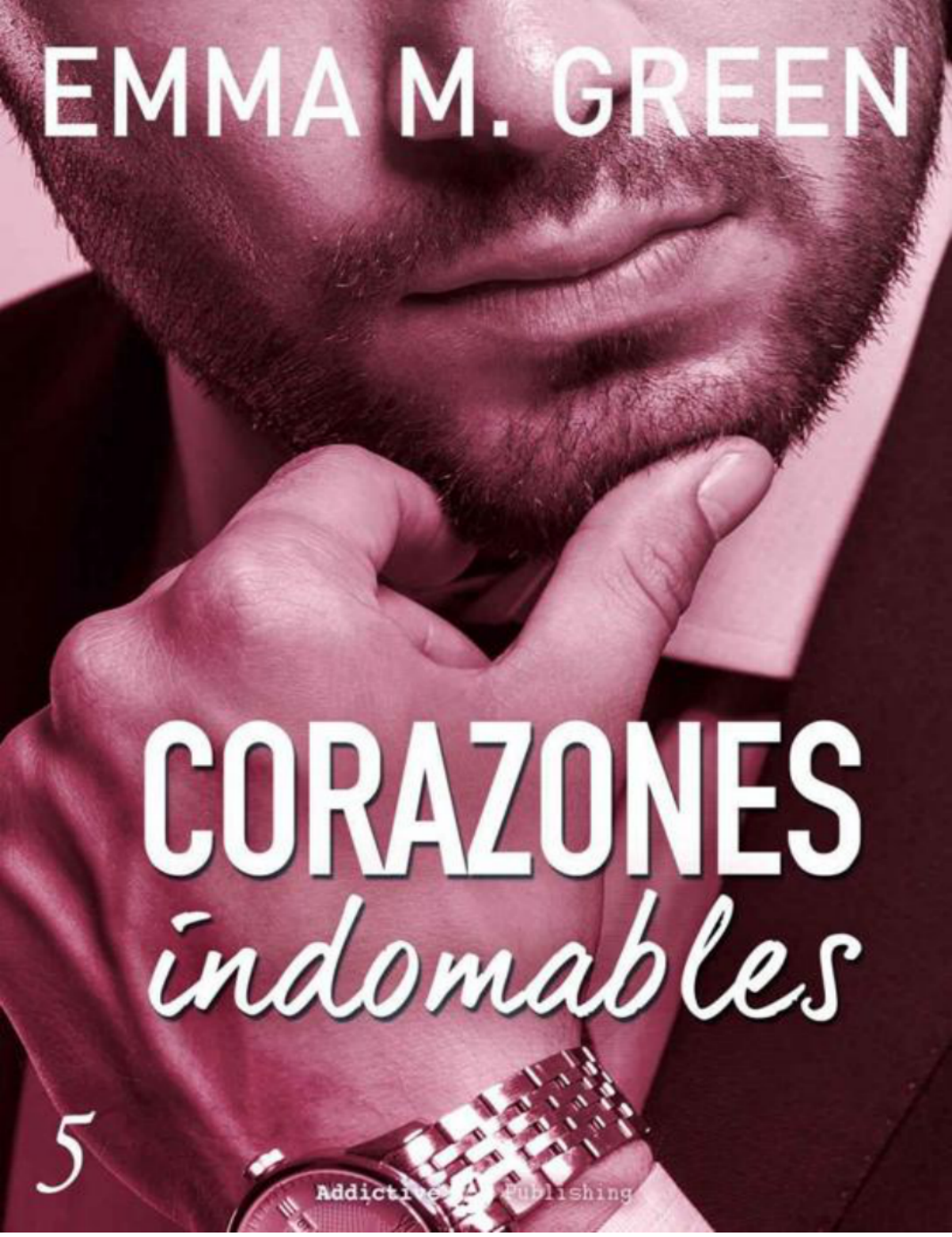
Pulsa para conseguir un muestra gratis

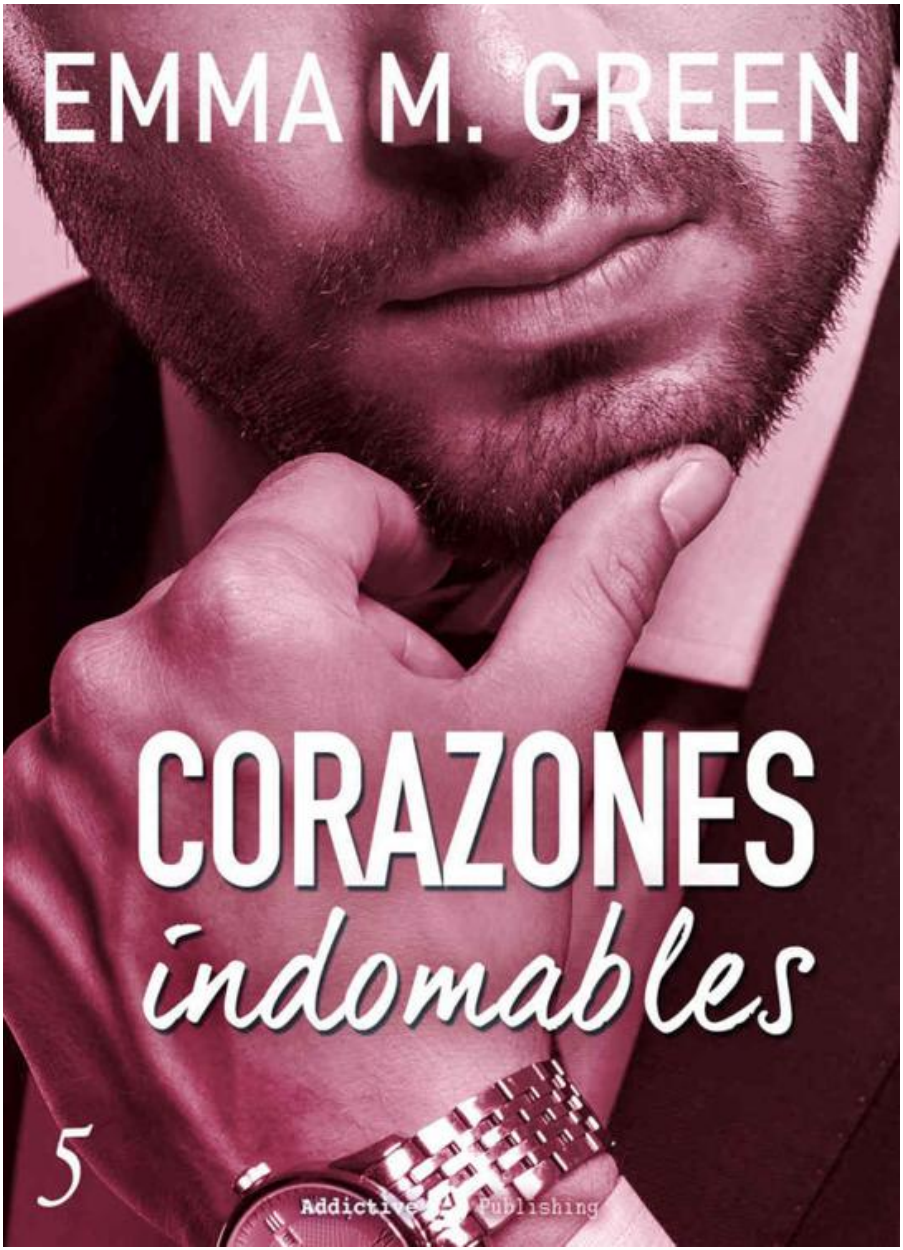
© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris

May 2017

ISBN 9791025737637

ZDAN 004


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
5
Addictive Publishing


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
5
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

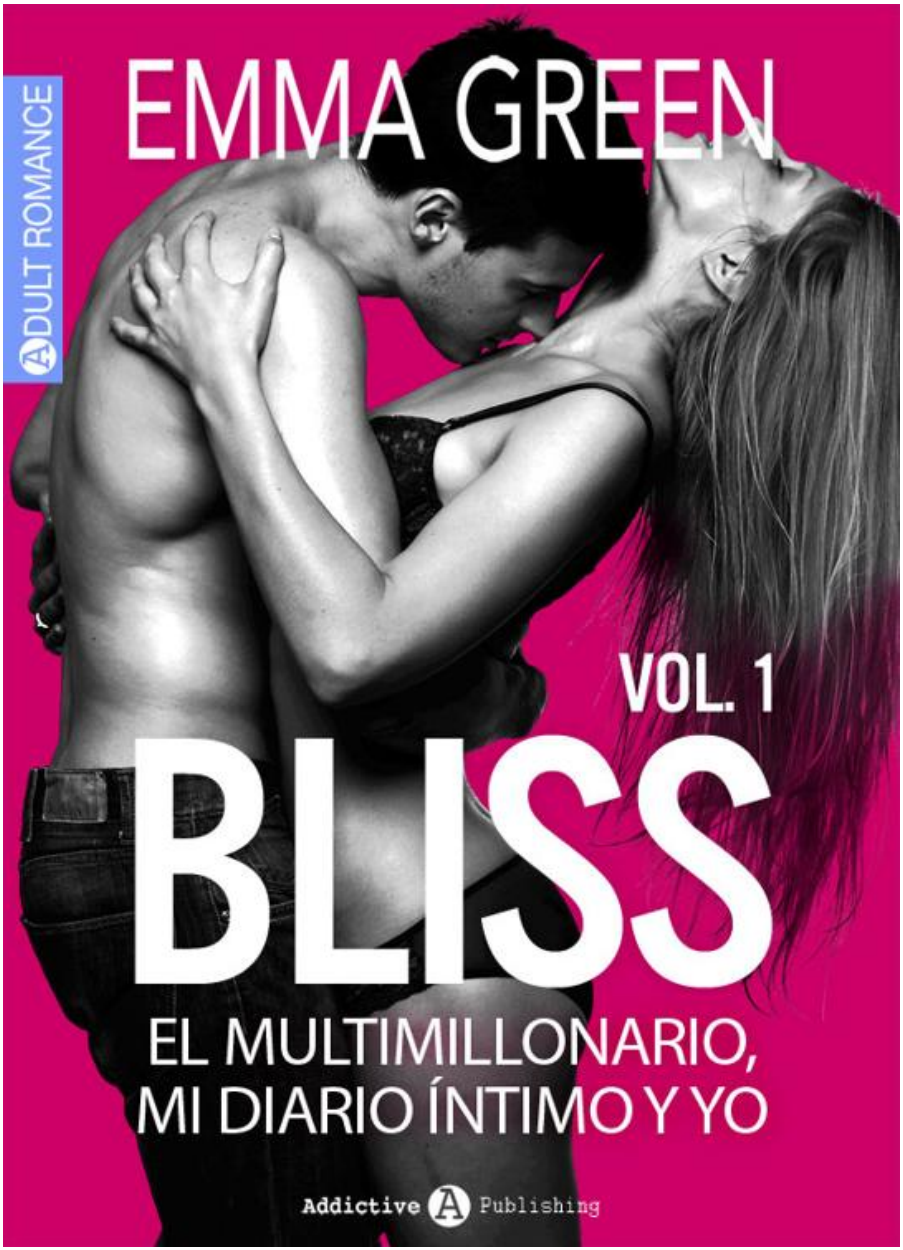
Juegos
insolentes
1
EMMA M. GREEN
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto… Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

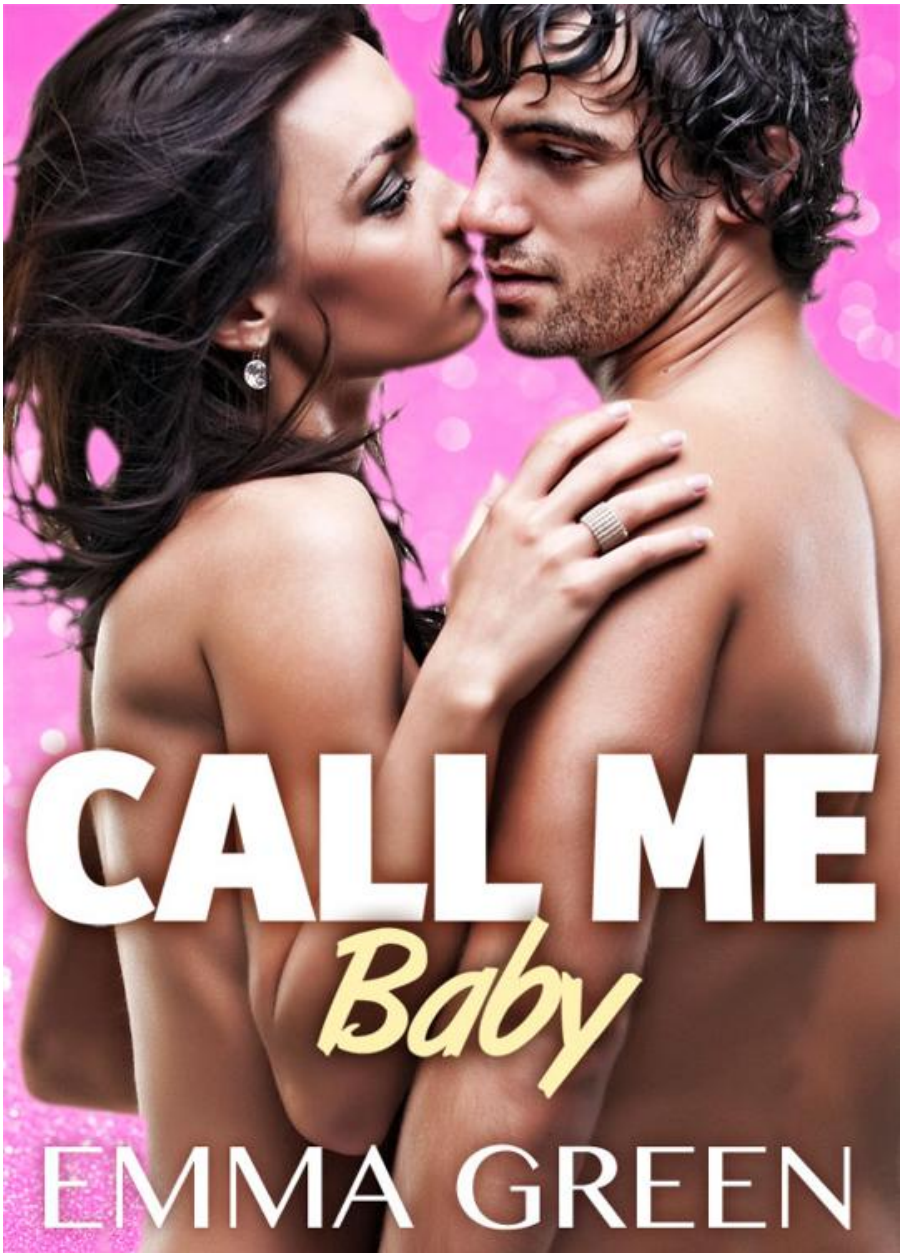

ADULT ROMANCE
EMMA GREEN
VOL. 1
BLISS
EL MULTIMILLONARIO, MI DIARIO ÍNTIMO Y YO
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Call me Baby - Volumen 1

¡Emma Green golpea de nuevo! ***”Multimillonario busca niñera.”*** Al llegar a Londres con su hermana gemela, Sidonie esperaba cualquier cosa menos convertirse en la niñera de Birdie, la pequeña hija caprichosa del riquísimo Emmett Rochester. La joven francesa acaba de perder a su madre, su nuevo jefe llora a su mujer, desaparecida dos años antes en un violento incendio. Maltrechos por la vida, estos dos corazones marchitos se han endurecido. Su credo: para ya no sufrir más, es suficiente con no sentir nada. Pero entre ellos la atracción es fatal y la cohabitación se anuncia… explosiva. Objetivo número uno: no ser el primero en ceder. Objetivo número dos: no enamorarse. ¿Cuál de los dos flaqueará primero?

Pulsa para conseguir un muestra gratis


CALL ME
Baby
EMMA GREEN

En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño… aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo… o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán… aunque no quieran.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

ROSE M. BECKER

EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO

Addictive Publishing

En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

Pulsa para conseguir un muestra gratis

Nina Marx

Pretty escort

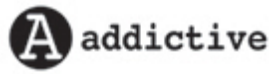
1

Addictive A Publishing

Emma M. Green

Corazones indomables

Volumen 5



1. Prisioneros

El beso de más.

– ¡Dante! ¡Sube! ¡Y arranca! ¡¡Rápido!!

Veo los ojos de mi tenebroso colocándose por un instante en mi objetivo - los padres de Preston en la acera de enfrente, y luego ya no veo nada. Abro la portezuela de Mi SUV insultando a la lluvia y me refugio en el interior con eficiencia casi militar, para escapar de sus miradas crueles y asesinas. Mi Fénix se toma su tiempo. Rodea lentamente el auto, con su andar indolente, y luego se acomoda detrás del volante sin siquiera encender el motor.

Qué ganas de asesinarlo.

– ¿Qué estás esperando? - exclamo pataleando sobre mi asiento, de espaldas a mi ventanilla para protegerme de los Camden.
– Tutu… - resopla.
– ¿Eso es lo que quieres? ¿Que nos descubran?
– Tutu - gruñe con una voz más grave.
– Después de todo, eso le serviría a tu hermano, ¿no?

De pronto, su gran mano viene a aplacarse sobre mi boca y s u bello rostro se planta a algunos centímetros del mío.

– Ahora, te vas a callar y me vas a escuchar... - me regaña el tatuado.

Asiento moviendo lentamente la cabeza.

–*Jamás* vuelvas a poner en duda mi lealtad, ¿entendido? - silba con una voz ronca.

Ceño fruncido. Mordida apretada. Dante Salinger en todo su esplendor.

– ¿Entendido?

– ¡No me dejas hablar! - respondo con una voz ahogada, contra su palma.
– Pestañea una vez para decir que sí. Dos para no.

Una sonrisa insolente se dibuja sobre sus labios e intento retroceder para escapar de su control.

– Deja de hacer eso - gruñe de nuevo.

Pestañeo una vez, para rendirme.

– Cuando te dejas llevar por tus emociones, llegas demasiado lejos, Solveig - me explica. - Y algunas palabras no se olvidan tan fácilmente, se quedan grabadas, ¿sabes?

Mis párpados le indican que «sí, lo sé».

– No nos vieron, Tutu.

Levanto las cejas, no lo puedo creer.

– Ya estarían aquí, acosándonos - continúa mi tenebroso quitando su mano de mi boca. - Míralos, no se han movido.

Me volteo hacia mi ventanilla y les lanzo una mirada, primero dudosa. Y luego los miro realmente. Una pareja perfectamente artificial y triste, sobre esa acera de Seattle, cerca del tribunal donde pronto será juzgado el hombre que mató a su único hijo. Volver a verlos me tensa, pero me doy cuenta de que Dante tiene razón. Si me hubieran visto besando a otro hombre, ya estarían aquí, invadiendo mi espacio personal lanzándome todos los insultos posibles.

– Nos besamos... - murmuro. - A algunos metros de ellos. Hubiera jurado que estaban mirando hacia nosotros.
– Nos vieron - confirma el castaño a mi izquierda. Pero sin vernos realmente.
– No me reconocieron - respondo por fin pasándome la mano por el cabello.

Más cortos y mucho más claros que antes.

– Mi melena me acaba de salvar la vida... - me doy cuenta en voz alta.

Busco la mirada de Dante, pero no logro captarla. Mi tenebroso está sumergido en sus pensamientos, con los ojos clavados en el

camino frente a él. Estudio por un instante su perfil sublime, intento grabarlo en mi mente, consciente de que nuestro tiempo juntos está contado.

De pronto siento como si esto fuera un mal sueño. De esos que te hacen darte cuenta dolorosamente de las decisiones que debes tomar. Patsy y Russell en la acera de enfrente, representando mi pasado. Sin alegría, sin vida. Este hombre atormentado, tan cerca de mí, sus labios suaves, su piel tatuada, es mi presente. Mi futuro. Y debo protegerlo a toda costa.

– Dante, no iremos.
– ¿Qué?
– ¡Vamos a olvidar este juicio! Pueden destrozarse perfectamente sin nosotros, ¿no?
– Tutu…
– Lo más importante somos tú y yo - murmuro, casi desesperada.

Veo a mi Fénix tensarse, su rostro mirar hacia abajo y su mirada intensa escapándose de mí. Dante está atrapado. Destrozado. Aprisionado.

Incapaz de elegir entre Andrea y yo.

– Olvídalo - resoplo suavemente. - Fue una idea tonta.

Discretamente, salgo del auto, saco mi maleta de la cajuela y avanzo hasta la ventanilla del conductor. Dante no se ha movido ni un centímetro. Sus manos están crispadas sobre el volante, los músculos de sus brazos están tensos y su mirada está clavada en un punto invisible frente a él.

– Ya no nos conocemos, ¿cierto? - murmuro para despedirme, poniendo la mano sobre mi pendiente grabado.

Él asiente, sin mirarme, sin emitir ni un sonido.

– Espero que esto te duela menos a ti que a mí... - agrego antes de lanzarle una última mirada.

Doy media vuelta y, con el alma hecha pedazos, me dirijo hacia el hotel, a tan solo algunas decenas de metros de ahí.

– Esto me está matando, Solveig - resuena la voz profunda detrás de mí.

Me volteo y me cruzo con su mirada negra.

– Dejarte atrás, negar todo lo que hemos vivido, es la peor tortura que haya vivido jamás - declara sombríamente antes de acelerar.

La SUV arranca a toda velocidad, dejando un olor a llantas quemadas detrás.

Mi Fénix ha tomado vuelo definitivamente.

***

Me tardé una hora eligiendo mi atuendo.. para llegar a *esto*.

Frente a un espejo en mi habitación de hotel, observo mi reflejo dando vueltas lentamente. Nada especial: pantalón negro, camisa blanca, saco gris y cabello peinado en una micro cola de caballo. Dormí terriblemente mal anoche y eso es muy evidente.

No puedo dormir sin él.

Sabiendo que está en el mismo hotel, tan cerca y a la vez tan lejos. Esta vez, nada de habitaciones contiguas. Nada de desayunos compartidos. Nada de miradas de amor, ni de encuentros salvajes. Solo la nada. El vacío.

Y la ausencia.

El juicio comienza hoy, el jurado debe haber sido seleccionado en la mañana. Por más que intenté escapar de esta laboriosa y aburrida etapa, mi abogada me metió al orden. Para dar una buena imagen - y para sacar el máximo de dinero - no debo perderme *nada* de todo este juicio. El jurado se sensibilizará con mi presencia diaria, con mis ojos tristes y mi cara de viuda devastada.

Y tengo la desagradable sensación de estar actuando...

De camino al tribunal, hago todo lo posible para no pensar en nada. Pongo un pie frente al otro, sin desacelerar jamás, llevada por el deseo que todo esto termine. Sigue siendo temprano, todavía falta una hora para que la audiencia comience, pero Annette me citó a esta hora tranquila para ponernos de acuerdo.

O darme una mala noticia.

– ¡Solveig, ahí estás! ¡Te ves muy bien! - me recibe sin saludarme, metiendo su teléfono en mi bolso atiborrado. - Bueno, acabo de hablar con el procurador...

Vuelvo a ver por primera vez desde hace mucho tiempo a esta pequeña mujer, tan desastrosa como apasionada, con quien pasé tantas horas al teléfono. Annette Ewing no es muy bonita, pero tiene un encanto increíble. Es pequeña - más que yo, un poco redonda, pero lo arregla sin problemas, subida en sus inmensos tacones y con su cabello negro crespo peinado en un moño afro profesional. Su piel color caramelo le queda muy bien y su sonrisa es contagiosa.

– Al parecer, la defensa del acusado ya logró imponer el desorden entre el jurado y la juez está fuera de sí - me explica la abogada. - ¡En fin, no habrá jurado sino hasta mañana!

Me tardo un segundo en entender, frente a la increíble velocidad del discurso de mi abogada.

– ¿Entonces qué va a pasar hoy? - pegunto por fin.
– Absolutamente nada.

Un día más esperando a que esta tortura termine: esta idea me desespera.

– Me arreglé para nada... - suspiro cerrándome el saco.
– Tendrás que armarte de paciencia. Esta no es la última sorpresa que nos tiene reservada este juicio...
– ¿Siempre es así? - le pregunto.
– Sí. Es por eso que me gusta mi profesión - dice sonriendo llena de felicidad. - Cada día es un nuevo comienzo...
– Suena magnífico - gruño estudiando la fachada del tribunal.

Ella coloca gentilmente su mano sobre mi hombro, yo le sonrío como puedo y estrecho su mano antes de dejar el lugar.

– ¿Solveig? - dice, detrás de mí.
– ¿Sí?
– En vista de la reputación de mis tres colegas de la defensa, Andrea L. podría salir antes de lo previsto...

Parece incómoda de decírmelo, y este detalle me desestabiliza. En todo el tiempo que llevo de conocerla - casi desde la muerte de Preston, hace dos años - a Annette nunca le ha incomodado nada.

– No te preocupes, eso ya no importa.

Con estas palabras, me dirijo de regreso al hotel. A mi habitación. A mi vacío.

***

Con la mirada perdida en el techo blanco, dudo por un instante en abandonar todo. En huir. Fugarme. Después de secuestrar a mi castaño tenebroso.

Dos problemas. Uno: no tengo forma de organizar una huida así. Solo tengo un par de dólares en el bolsillo, nada de ahorros y cero experiencia en robar bancos. Dos: Dante es demasiado pesado como para cargarlo. Pensé en somníferos y cloroformo, pero no soy una psicópata.

Entonces continúo mirando ese techo sin ningún matiz ni atractivo, esperando a que algo pase. Que el tiempo pase más rápido. Que por fin el sueño me gane. Ya que no he dormido en toda la noche, ¿tal vez por la mañana sí pueda?

No me hago muchas ilusiones con esto. Sobre todo cuando mi teléfono se pone a vibrar, haciendo que mi cerebro y mi corazón se emocionen, pensando que es Dante tratando de comunicarse conmigo.

No.

[Creo que empieza hoy.
Tu ficus y yo estamos contigo de corazón.]

[Gracias Ali. Pospusieron la audiencia para mañana.
Los extraño.]

[Ya sabes que si decides no regresar,
no lo voy a dejar solo.]

Este último SMS está acompañado de una foto en la cual reconozco a mi amiga besando las hojas de mi querida planta seca. Debería de sonreír, pero no lo logro.

[Sí voy a regresar, Alicia.]

[No si tu apuesto tenebroso
te lleva de nuevo a la carretera...]

[Dudo que siga queriendo hacerlo,
después de todo esto.]

[¿Y tú?]

[¿Yo? Tengo miedo de
poder sonreír sin él...]

[No hay mal que el tiempo no cure, Sol.]

[No creo que eso aplique con él.]

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, decido que esta conversación ya duró lo suficiente y le envió una selfie mía lanzando un beso a Ali. Me acomodo en posición fetal sobre la cama, con mis manos aprisionando mi pendiente.

Y por fin recupero el sueño.

Los golpes en mi puerta me despiertan, varias horas más tarde. Salgo con dificultad de mi cama, me escondo detrás de una gran bata para estar más o menos presentable y entreabro la puerta. Sin tener mucho tiempo para comprender lo que está pasando, Dante entra en mi habitación, cerrando rápidamente la puerta tras de mí.

Su familia se aloja en este hotel. Los Camden también. Todos los abogados de la defensa. De más está decir que ambos estamos corriendo un riesgo enorme.

Suelto mi bata.

– Nadie me vio, Tutu - me tranquiliza inmediatamente el Fénix sentándose sobre mi cama.

Miro su camisa blanca y sus jeans negros. El imponente reloj que brilla en su muñeca. Su larga silueta frente a mí. Durante todo este tiempo, bajo su ceño fruncido, sus ojos me observan detalladamente también, de los pies a la cabeza. Me doy cuenta de que solo llevo puesta una blusa blanca y unas bragas rosas. Y que el tenebroso me devora con la mirada.

– Tal vez deberías vestirte... - termina por decirme, aclarándose la garganta.
– ¿Para qué?
– Te voy a llevar a un lugar.
– ¿A dónde?

– Ya verás - me responde su voz ronca.
– Ya tuve una mala sorpresa esta mañana, no quiero tener otra...

Nuestras miradas se imantan, se desafían. Él es demasiado apuesto, obscuro, decidido, y claramente está de un humor de perros.

– ¿Qué estás haciendo aquí, Dante? - insisto poniéndome un pantalón.
– Acabo de decírtelo. Nos están esperando.

Se pasa la mano por la barba naciente mirando sus zapatos. Y vuelvo a ver al salvaje de antes. Al Fénix indomable, que se negaba a ser capturado.

– No me gustan las adivinanzas - resoplo.
– ¡Y yo ya no sé dormir sin ti, mierda! - gruñe mirándome. - ¡¿Vienes o no?!

Mi corazón se acelera dentro de mi pecho. Sin resistir más, tomo un saco negro, lo abotono, me peino y me lavo los dientes. Él deja mi habitación citándome en el estacionamiento y yo llego unos minutos más tarde.

Conducimos en silencio durante diecisiete minutos. Cuando la SUV atraviesa un inmenso portón eléctrico y un primer puesto de vigilancia, comprendo. Frente a nosotros, una pancarta anuncia en blanco y negro:

«Centro de Detención Federal»

– ¿Qué estás haciendo, Dante? - murmuro, en shock.
– Necesito que lo conozcas. Y que *él* te conozca a ti.

A esto le sigue un largo silencio, estoy perpleja, confundida. Ignoro si debería estar enojada. Todo se mezcla y ya no siento nada. Dante nos conduce hasta un gran estacionamiento y aparca en el primer lugar libre. Una vez que apaga el motor, se voltea hacia mí y su voz grave y prudente me llega:

– No estás obligada a nada, Solveig.

Me muerdo la mejilla, sintiendo como las emociones crecen en mí.

– Te traje aquí por muchas razones. Por mí, por ti, por él. Para que te des cuenta de que fue una *persona* quien mató a tu marido. Alguien como tú y como yo. Para que mañana lo veas de otra forma, y no

como un simple acusado mañana...

– ¿Porque te parece mucho mejor que lo vea como un prisionero tras las rejas? - respondo.

– Lo vas a ver vulnerable... - resopla. - Como yo siempre lo he visto.

Inhalo profundamente, teniendo la repentina sensación de estarme ahogando. Salgo bruscamente del auto y me pongo a dar vueltas en el estacionamiento. Dante me observa, recargado contra la SUV.

– Puedes negarte a hacerlo, Sol. Podemos regresar al hotel cuando quieras.

– ¡Cállate, estoy pensando!

Sigo caminando por unos diez minutos más, pensando en los pros y los contras, evaluando qué me parece peor: traicionar un poco más a Preston dándole «una oportunidad» a Andrea, o negarme a esta entrevista y regresar a mi vacío.

– ¡Mi duelo! - decido de pronto, - Iré para terminar con mi duelo. Nada más.

– ¿Estás segura?

– ¡Te recuerdo que fuiste tú quien me trajo aquí! - murmuro. - ¿Y ahora me quieres hacer cambiar de opinión?

– Solo quiero asegurarme de que...

– ¡Vamos!

Pataleo cuando el guardia me pide mi identificación. Y luego cuando me registra rápidamente. Cuando me pasan por el detector de metal. Y cuando nos guían hasta una gran pieza abierta totalmente vacía, donde se encuentra una decena de mesas redondas.

– Tienen treinta minutos - nos informa el guardia. - Después de eso, las visitas normales empiezan y no podrán quedarse.

El lugar no es muy acogedor, pero es un poco menos lúgubre de lo que me imaginaba. Me siento, veo una máquina de bebidas y comida chatarra y me levanto de inmediato. No tengo monedas, pero Dante siempre piensa en todo y me da unas cuantas. Las acepto, las meto en la hendidura y le digo:

– ¿Si entendí bien, esta visita no es «normal»?

La bolsa de dulces se car, la recojo mientras el tenebroso se decide a responderme.

– Digamos que los abogados de Andrea son muy influyentes... Solo estaremos nosotros tres. No quería correr el riesgo de que alguien nos viera.

Decido no volver a enderezarme, consciente de que es muy tarde para dar marcha atrás. Regreso a sentarme masticando un dulce rosa, el castaño me sigue y se sienta a mi derecha.

No le doy ningún dulce. Faltaba más.

– Nos iremos cuando quieras, Tutu - me dice al oído.

Demasiado tarde. Un timbre resuena y una gran puerta de barrotes se abre, frente a nosotros. Un joven con uniforme naranja aparece. Andrea. Con el corazón a mil por hora, pongo toda mi atención en el guardia que lo acompaña. El hombre musculoso se coloca a la derecha de la puerta, con los brazos cruzados sobre el torso y mira al prisionero avanzar hacia nosotros y luego sentarse en nuestra mesa.

Ahora está sentado frente a mí. El conductor ebrio. El hombre que mató a Preston. El hermano de Dante. Y todavía no logro mirarlo a los ojos.

– Soy Andrea - pronuncia su voz suave.

Lo miro por fin. Es apuesto, pero particular. Extremadamente elegante, casi demasiado. Más fino que su hermano. Menos viril. Tiene el cabello largo y rizado, como un niño, pero sus ojos son muy negros, carentes de luz. Su actitud es dura.

Este hombre ha conocido el infierno.

– Yo soy Solveig - me presento someramente.

La mano de Dante se coloca sobre mi rodilla, delicadamente. Y la voz de mi Fénix resuena.

– Solveig era la mujer de Preston Camden.

Los ojos de Andrea se desorbitan y luego se entrecierran. Y me doy cuenta de que no sabía quién era yo. Que su hermano no le advirtió.

– ¿Qué estás haciendo, Dante? - gruñe el joven.
– Asume tus responsabilidades, Andy.
– ¿Qué? ¿Cuáles responsabilidades?

Su malestar es evidente, incluso cuando su hermano pone una

mano protectora sobre su hombro. Sus brazos se agitan, lo rechaza, se vuelve a peinar, juega con sus manos como un niño hiperactivo.

– Haber matado a mi marido... - resoplo.

Andrea me observa, pareciendo tan confundido como yo.

– Yo... Lo lamento tanto...

Y comprendo lo que estoy haciendo aquí. Veo la desesperación en sus ojos negros. Veo al hombre detrás del crimen. Al niño detrás del padre diabólico. Y decido dejar el pasado donde pertenece.

Atrás.

– Buena suerte en el juicio... - declaro levantándome.

Dante se levanta también, pero su hermano lo retiene.

– ¿Me vas a dejar? ¿Ya te vas? ¿Con ella?
– Debo regresarla... - le explica el tenebroso.
– ¿Qué? ¿Ustedes están... juntos?

Dante no dice nada, pero sus ojos hablan por él. Andrea comprende instantáneamente. Y no lo acepta. Para nada.

– Eres un traidor... - silba levantándose de un brinco.

El guardia se acerca a él y le ordena sentarse, pero Andrea lo ignora, con la mirada clavada en su hermano.

– ¡Nunca debiste dejarme tomar el volante! - grita de pronto.

Esta vez, el guardia interviene y le ordena fríamente que lo siga para regresar a su celda.

– ¡Tú también estabas ahí! - continúa el prisionero.
– ¡Andrea, haz lo que te están diciendo, maldita sea! - le lanza mi Fénix. - ¿Quieres quedarte en la cárcel por siempre?

El menor de los Lazzari termina por obedecer, después de mirarme por última vez. Cuando sus ojos se fijan en mí, expresan un inmenso remordimiento, una pena evidente, pero no obtienen nada de regreso.

No esta vez. No ahora que vi la forma en la que torturaba a su hermano.

Dejo la prisión siguiendo a Dante, hasta subir a la SUV. Y luego rompo el silencio:

– Dante, no eres...
– No ahora, Tutu.
– Dante, yo…
– Por favor…

Me callo. Porque tal vez él no esté tras las rejas, pero también es prisionero. Porque si no me equivoco, eso que lo escucho reprimir es llanto. Y retengo mis manos que sueñan con abrazarlo, porque eso solo logrará agravar su pena.

Dante necesita aire. Espacio. Entonces le doy un poco de ambos, perdiéndome entre el paisaje.

Y fantaseando con el *road trip* infinito que podría ser nuestra vida.

2. La frente en alto

Tomo el ascensor del hotel para llegar a mi habitación y Dante toma las escaleras. De incógnito.

Una vez que la puerta se cierra detrás de nosotros, estoy decidida a hacerlo hablar. A hacerlo reaccionar. Como un ser humano. Lo cual ya no es desde que dejamos la prisión. Recargado contra la pared, el Fénix silencioso y ausente me observa mientras que saco dos pequeñas botellas del minibar.

– ¿Ron o vodka?
– Whiskey - gruñe su voz.

Tomo su alcohol favorito y se lo lanzo. Él lo atrapa, abre la botella y se la toma de un trago.

– Ya recuperaste tu voz... - comento, vengándome con el vodka.
– ¿Por qué tomas?
– ¿Qué?
– No te provocó nada el verlo...

Su mirada intensa y tenaz no me suelta ni un segundo. Me siento en la orilla de la cama e intento comprender.

– ¿Cómo puedes decir eso? - respondo.
– Te leo la mente.
– Muy chistoso.
– No flaqueaste, Solveig - murmura. - Te quedaste igual. Bajo control.

Escucho cada una de sus palabras y me doy cuenta de algo crucial.

– No lo odio - confieso de pronto. - No como antes.
– ¿Qué?
– Cometió un error... fatal. Imperdonable. Y sin embargo, lo perdoné.
– ¿Por qué?

– Porque no tendría sentido de otra forma. Porque Preston está muerto. Tu hermano ya sufrió bastante. Y tú también.
– ¿Y yo que tengo que ver en todo esto?
– Tienes que perdonarlo, Dante. Para perdonarte a ti mismo.

Sus ojos se entrecierran más, señal de que el tenebroso no aprecia lo que escucha.

– No estoy de humor, Tutu...
– Me alegra, porque yo tampoco.
– Entonces, mejor dejémoslo así.
– No.
– Volvemos a empezar... - murmura mirando el suelo.
– Tú no eres el responsable, Dante.
– Ya he escuchado eso antes - responde con una sonrisa triste.
– Porque es la verdad.
– La verdad es una noción subjetiva.
– Deja de jugar con las palabras - gruño.
– Cambia de tema.

Suspiro profundamente, lo miro acercarse a la ventana, observar la transitada calle de Seattle. Su perfil está iluminado por la luz del ocaso. Es bello... devastador... pero lo acosa esa obscuridad que tanto me asusta.

– No es tu culpa - repito mientras que él se niega a mirarme de frente. - No es tu culpa que tu padre haya sido un tirano que golpeaba a sus hijos.
– Sol…
– Déjame hablar.

Él se ríe en voz baja y me contempla. Nuestras miradas se buscan y se encuentran. Por fin.

– Tampoco es tu culpa que tus hermanos sean infelices. Sus debilidades. Sus cicatrices. Sus secuelas. Ya tienes suficiente con las tuyas.

Dante se pasa la mano por la barba naciente y se recarga de nuevo contra la pared, como si su propio equilibrio vacilara.

– Hiciste lo que pudiste - continúo. - Estás cargando el peso del mundo sobre los hombros, tú también eres prisionero. Esto tiene que parar. Tienes que liberarte. O...
– ¿O…? - resopla.
– O terminarás por hundirte.

Una sonrisa atraviesa de nuevo sus labios. Y el Fénix agrega:

– Hace tiempo ya que me hundí, Tutu... Pero contigo siento como si resurgiera.

Nos miramos por un instante, como si el tiempo se suspendiera de un hilo. Uno solo. Fino. Frágil. Tan preciado.

Y después su gran cuerpo se lanza hacia mí, el mío se levanta y nuestras bocas se encuentran, ávidas, intrépidas, insumisas. Dante me besa ferozmente, yo le arranco la camisa, desabotona mi pantalón, me ocupo del suyo y tomo el pequeño empaque que coloca sobre mi palma. Mi tenebroso me aplaca contra la pared, salvajemente, bruscamente, apasionadamente. Nuestros alientos se mezclan, nuestras respiraciones se enloquecen y nuestras pieles se fusionan.

Y rezo para que esta no sea la última vez.

***

Cuando me desperté, en la madrugada, el Fénix ya había tomado vuelo. Tomé una ducha interminable, me preparé un café asqueroso, comí algo y evité llorar.

Y luego, cuando llegó la hora, me puse mi disfraz del día anterior, me peiné, me maquillé ligeramente los ojos y dejé mi habitación de hotel.

En dirección hacia el tribunal.

Annette está allí, afuera del edificio. Y ella no es la única. Una grupo de periodistas y camarógrafos están reunidos, con micrófonos y bloc de notas en la mano, al acecho. Ellos me ven acercarme y me interrogan, sin tener la menor idea de quién soy:

– ¿Usted va al juicio de Andrea Lazzari?

Me quedo inmóvil, incapaz de responder nada. Lo único que comprendo es que la información se filtró. Los Lazzari no pudieron mantenerlo en secreto.

Finalmente, Vito no es todopoderoso.

– ¿Puede confirmarnos que efectivamente él se encuentra en el

banquillo de los acusados? - me aborda una rubia alta con demasiado maquillaje.

Otra periodista me dice al oído:

– Quinientos dólares si me lo confirma...

Entonces mi abogada interviene, con un tono que no deja lugar a debate:

– Lo que están haciendo es despreciable. ¡E ilegal!

Su mano se enreda alrededor de la mía y subo los escalones de dos en dos, siguiéndola como puedo.

– No hables con nadie que no sea yo, ¿entendido?

Asiento, obnubilada por lo sucedido.

– Vamos, solo es un trago amargo - me sonríe mi abogada, lista para la pelea. - Mantén la cabeza en alto, es todo lo que tienes que hacer.

Al momento de entrar en el tribunal de Seattle, siento mi pequeña existencia de ciudadana americana tambaleándose. Antes, solo era tristemente banal. Huérfana y viuda a muy temprana edad. Mujer engañada, como tantas otras. Pobre, pero no en quiebra. Sola, casi por decisión propia. Y enamorada del chico equivocado. Pero el día de hoy comienzan las cosas serias. Entro en una corte de justicia por primera vez en mi vida. Y tengo la dolorosa impresión de que esta nunca volverá a ser la misma.

Antes de entrar en la sala de audiencia, todos esperamos en un largo pasillo donde se están llevando a cabo miles de juicios. Me quedo en una esquina, casi de cuclillas, medio escondida por mi abogada quien me susurra entre dientes:

– ¡Levanta la cabeza, Solveig! Tú no eres la acusada.

Sin embargo, a algunos metros de allí, Russell y Patsy Camden clavan sus miradas obscuras en mí. En dos años sin verlos, casi había olvidado que representan sus sesenta años de la misma manera en la que viven la vida: con la frente llena de orgullo y el mentón al aire, para asegurarse de mirar a los demás desde lo alto. En todos los sentidos. Su elegancia me impresiona como siempre. Los pesados aretes de ella, su peinado sofisticado; los lentes escamados de él, sus

gemelos y su bello cabello gris, tan bien cepillado como el de su esposa. Pero ni el tiempo ni el dolor los han perdonado. Sus rostros me parecen esqueléticos, hundidos, como si todos sus rasgos hubieran envejecido diez años. Demasiado rápido y con demasiada fuerza.

Sin duda eso es lo que sucede cuando uno va a identificar el cadáver de su hijo en la morgue.

– Tal vez debería ir a saludarlos - le murmuro vacilante a mi abogada.

– ¡Oh, claro que no!

– Pero estamos en el mismo equipo, ¿no?

– Aquí no hay equipos, Solveig. Nadie se va a dar palmadas en el hombro. Cada quien ve por sus intereses propios. Tú peleas por ti misma y por nadie más. Yo estoy aquí para asegurarme de que salgas de este tribunal con lo que te corresponde.

– Odian mi nuevo color de cabello... - digo para mis adentros.

– ¿Sí me escuchaste?

– Sí... Bueno, no realmente. Annette, ¿puedes moverte un poco hacia un lado...? No, hacia el otro... Listo, ahí me tapas mejor.

Las miradas altaneras y llenas de odio de mis ex suegros desaparecen. Puedo respirar de nuevo. Pero por encima de la hombrera izquierda de mi abogada, es el otro campo de batalla lo que aparece frente a mis ojos. Los Lazzari forman un círculo estrecho, sólido, que me oprime más que todo lo demás. Tres abogados que parecen perfectamente seguros de sí mismos, aun cuando estén de espaldas a mí. Calliopé, a quien veo a medias, alisándose su corto flequillo castaño con la mano, como si fuera un tic nervioso. Además de su habitual maquillaje carbonoso, veo que no ha olvidado su boca roja, como para agregar un poco de color a este clan vestido enteramente de negro. Al lado de ella, me parece reconocer a su madre, una mujer de unos cincuenta años con la belleza marchita. Su tono es pálido y sus rizos castaños rodean su rostro fatigado, iluminado por los únicos ojos azules deslavados en medio de todas las miradas obscuras. «Mi madre es la luz», me decía Dante cuando todavía podía hablarme. Me imagino por un segundo a esta mujer bajo los golpes y la influencia de su marido. Y creo que más bien se parece a la flama vacilante de una vela casi consumida. La Sra. Lazzari, anteriormente Salinger, debió haber sido sublime. Pero ahora solo es la sombra de ella misma.

Uno de los abogados del clan italiano se aleja para hacer una llamada y abre una nueva ventana en mi campo de visión. Mi castaño tenebroso aparece, de perfil. Mi respiración se bloquea de nuevo. No

lo miro solamente con los ojos, sino con todos los recuerdos que danzan bajo mis párpados. Parece ser que uno solo puede ver bien con el corazón. Eso es exactamente lo que estoy haciendo ahora. Incluso de lejos, puedo distinguir el tormento en se ceño fruncido, la longitud de sus pestañas negras y rizadas, la línea recta y elegante de su nariz, lo aterciopelado de sus labios carnosos, cada detalle de su rostro que tanto extraño. Casi hasta puedo sentir el calor de su aliento pesado, el olor mentolado de su cuello, el sabor dulce de su boca. Sin embargo, Dante me parece diferente. Lejano. Se rasuró. Escondió sus tatuajes, sus músculos y su piel bronceada bajo un traje negro muy elegante. Me recuerda a la vez en la que descubrí a mi *dark stranger* bien vestido, en su exposición en Chicago. Su belleza arrasó conmigo. Su carisma me petrificó. Y tuve la impresión de ser la única que conocía un poco al hombre, al animal herido, bajo ese disfraz de fotógrafo encantador, exitoso, tan codiciado. Todavía no me pertenecía. Pero tenía la extraña sensación de que nos estábamos conectando. Que todo podía e iba a estar bien.

Solo que el día de hoy, Dante Salinger ya no me pertenece realmente.

El castaño apuesto aprieta la mordida, puedo ver su mandíbula contraerse bajo su piel imberbe, Luego cruza los brazos sobre el torso, se cierra para no dejar que nadie se acerque. Conozco sus gestos de memoria. Justo cuando me pregunto en qué momento se va a pasar la mano por la mejilla y el mentón, para sentir su barba desaparecida que le da la sensación de estar desnudo, lo hace. Sonrío sola. Y ese es el instante en que su mirada negra se cruza con la mía. Mi corazón se detiene. Dante no responde a mi sonrisa. Se conforma con entrecerrar los ojos, en mi dirección. Su mano deja su rostro y continúa con su gesto deslizando dos dedos entre los botones de su camisa, bajo su corbata. Imagino la suavidad de su piel bajo mis manos, la dureza de su torso musculoso y por fin comprendo. El pendiente que me regaló. La placa grabada que se pasea bajo mi blusa. El fénix con las alas desplegadas y las palabras del hombre que amo, en secreto pegado a mi corazón.

Para Tutu,
mi Sol,
mi Insumisa.

Busco a tientas mi larga cadena dorada y la dejo correr entre mis dedos. Dante me sonríe por fin. Con una ínfima sonrisa que solo yo puedo ver. Una ola de calor y de amor me invade. No estoy sola. El insumiso no ha cambiado.

– Nada de contacto visual con los adversarios - me interrumpe Annette poniendo su mano caramelo sobre mi brazo. - No te dejes enternecer por esa gente. Saben bien cómo hacerlo.

– Si supieras lo bien que lo sé... - murmuro para mis adentros.

– ¿Perdón?

– No, nada. Estaba buscando a mi hermano. Me había dicho que vendría.

– Durante todo este juicio, solo puedes contar contigo misma, Solveig. Y conmigo, por supuesto. Ya va a comenzar, sígueme.

Ella da una media vuelta fantástica, sus tacones resuenan y clavo mi mirada en su alto moño afro, mi salvavidas en medio de esta multitud hostil, esta ola que nos arrastra.

Las puertas dobles se abren y todos entramos en una de las salas del tribunal. No se parece para nada a lo que he visto en las películas. Los tres abogados del clan Lazzari toman su lugar detrás de una gran mesa, a la izquierda. Otro dúo se instala en la mesa de la derecha, el procurador general y su adjunta, según me explica mi abogada en voz baja. Ellos representan al Estado, a la sociedad, a quienes acusan a Andrea L. y quieren obtener la máxima pena posible convenciendo al jurado de que es una criminal peligroso. Todos los demás participantes en este juicio se sientan sobre los largos banquillos reservados al público, un poco más atrás. Dante, Calliopé y su madre del lado del acusado. Los malos. Los Camden y yo del lado de los buenos. Como si fuera tan simple. Ignoro quiénes son todas las demás personas y no intento averiguarlo. Daría lo que fuera por salir corriendo de aquí, saltar en una SUV que huela a nuevo y regresar a la carretera con cierto Fénix.

En vez de eso, la juez entra y sube a su estrado, frente a todos nosotros. Mi abogada levanta un pulgar hacia mí, al parecer es algo bueno para nosotros que una mujer haya sido elegida para este caso. Como si un hombre fuera a perdonar que otro haya conducido borracho y matado a un inocente de paso. Es en momentos como este que odio a la humanidad.

– A partir de ahora, ya no debemos susurrar - me murmura Annette conteniendo una risa. Te hablaré por medio de este bloc y tú podrás responderme de la misma manera.

Ella me ofrece el bloc de hojas amarillas y un lápiz, muy orgullosa de haber pensado en todo para poder comunicarnos en silencio. Luego Andrea aparece por una puerta lateral. Lleva puesto un traje gris e intentó disciplinar su cabello rizado demasiado largo.

«¡Ay! ¡Los Lazzari lograron que pudiera ponerse ropa de civil! ¡En lugar de su atuendo de prisión! ¡Eso no es bueno para nosotros!» - me garabatea rápidamente Annette.

Siento que su lápiz que golpea el papel con cada punto de exclamación hace mucho más ruido que si murmuráramos. Russell Camden se voltea hacia nosotras con una mueca de desaprobación, como un viejo pidiéndole a dos niñas que se callen en el cine.

Después de eso, la mañana pasa muy lentamente. Cada minuto me parece una hora. Cada hora una eternidad. Ambas partes seleccionan al jurado, rechazando a algunos, para llegar a doce, mientras que mi abogada intenta explicarme por escrito cosas que no tienen ningún sentido para mí. Ni me interesan.

«¡¡¡No me importa!!!» termino por escribirle marcando varias veces los signos de exclamación, solo por el gusto de molestar a mi ex suegro.

Gano cuando se voltea de nuevo poniendo los ojos en blanco y Annette debe reprimir nuevamente una risa aparentando una tos repentina. Me pongo a borrar cuidadosamente lo que acabo de escribir con la otra punta del lápiz cuando Dante, al otro lado del ala central, se inclina hacia el frente, pone los codos sobre sus rodillas, cruza las manos entre las piernas y se mordisquea el labio inferior pareciendo preocupado. ¿Cómo le hace para ser tan sexy hasta en una situación así?

Es extraño, estamos en la misma posición que cuando él estaba al volante, sentado a mi derecha, concentrado, y yo sin poder quedarme quieta en el asiento del copiloto. Extraño no es la palabra para describirlo. Es fascinante. Muero de ganas por poder sacar la cabeza por la ventana para tomar una bocanada de aire fresco. De libertad. Pero sigo observando a mi antiguo copiloto, mi bello castaño tatuado, como hipnotizada. Annette me da un ligero codazo y me obliga a cerrar la boca con un dedo bajo mi mentón.

Después de una pausa en la cual no pude comer nada, regresamos a nuestros lugares en nuestros respectivos banquillos. Me quedo sentada en la orilla, como si quisiera ser libre de irme en cualquier momento. O no formar parte de los buenos ni de los malos. Cuando Dante regresa con su familia, un poco después de los demás, deja caer algo cerca de mí. Siento su mano ardiente rozando mi nuca y dándome escalofríos. Y descubro un Snickers medio abierto que acaba de aterrizar sobre mis rodillas. Al reverso del empaque, garabateado

en negro sobre el papel blanco brillante:

Come, es una orden.

Este detalle me llena el corazón y me hace sonreír a mi pesar. Miles de recuerdos fluyen, tan suaves como dolorosos. Muerdo el chocolate sintiendo los ojos negros devorándome con la mirada. Luego un hombre con uniforme se acerca a mí, con un bote de basura en la mano y me lanza con una voz autoritaria.

– No puede comer aquí.

– Demasiado tarde... - refunfuño antes de lanzar mi barra de chocolate a la basura.

Y el otro insumiso sonríe por su parte.

3. En el estrado

Una camiseta blanca amarillenta aparece de pronto en mi campo de visión y Jonas surge. Mi hermano se disculpa por llegar tarde y viene a sentarse a mi lado empujándose para hacerse un lugar sobre el banquillo. Luego me da un golpecillo en el muslo murmurándome al oído:

– ¡Te dije que vendría a apoyarte, hermanita!
– Pudiste haberte puesto un traje, Jo. O tal vez un saco. Y peinarte.
– ¿Para qué?
– Ignóralo... - resopla mi abogada cerca de mi oído derecho. - No sirve para el caso.

Eso no es nada nuevo...

De todas formas le sonrío a mi hermano, dándome cuenta de todos los kilómetros que recorrió para estar aquí, a mi lado. La juez aparece. Para mi gran alivio, todo queda en silencio. Ella recuerda con una voz solemne todos los cargos que se le imputan a Andrea, en una jerga casi incomprensible para mí y luego ambas partes se dirigen al jurado para relatar dos versiones diametralmente opuestas de los hechos. Uno de los abogados Lazzari habla de un error terrible y humano, que cualquiera de nosotros podría haber cometido después de un mal día. Eso me parece sobrio y particularmente convincente.

El poder del dinero...

El procurador general se remite por su parte a la noche del accidente, casi minuto a minuto, insistiendo en la embriaguez, la imprudencia y el egoísmo del conductor que cobraron la vida de un inocente, un prestigioso doctor que dedicó su vida a ayudar a los demás, un verdadero héroe americano, dejando a unos padres sin hijo y a una viuda devastada que no tuvo tiempo de disfrutar su vida de recién casada. Muy repugnante. Los padres Camden sollozan ruidosamente tomados de la mano. Yo no puedo soltar una lágrima ni hacer ninguna expresión, a pesar de que las doce miradas del jurado

parecen esperar un torbellino de emociones de mi parte. Me siento culpable de no sentir ni aparentar nada.

« ¡Tristeza! » me sugiere discretamente Annette en su bloc.

Volteo la mirada hacia mis zapatos y me parece que eso bastará. La adjunta del procurador continúa con la lista de pruebas y de documentos; los reportes toxicológicos del acusado y diversos reportes de los servicios de emergencia que intervinieron la noche del accidente. Un policía, el primero en llegar al lugar, acaba de relatar lo que vio hace dos años. Terrible.

Y vuelvo a pensar en Preston. Tan sonriente. Tan vivo.

La primera vez que mis lágrimas corren desde que inició este juicio.

Luego un médico forense ocupa su puesto y lee la lista de heridas infligidas a Preston, pareciendo tomar un placer mórbido al describir la violencia del choque. Es agobiante. Y muy difícil de escuchar para mí. Ahora Patsy Camden es interrogada para describir un retrato sublime de su hijo único, el mejor que cualquiera pudiera desear. Conmovedor. Y luego es mi turno de subir al estrado para declarar a favor de Preston.

«¡Respuestas cortas, precisas, sin digresiones!» me recuerda rápidamente mi abogada sobre su bloc.

«¡¡¡Sin bromas!!!» insiste en el momento en que me levanto temblando.

Me instalo en una especie de caja de madera en la cual debería sentirme protegida. Pero más bien me siento como una condenada a muerte subiendo a la horca. Todas las miradas se clavan en mí. La juez me observa con cierta compasión, no muy lejos de la lástima. Los doce jurados me observan y debo parecerles demasiado joven, demasiado rubia, demasiado inmadura para ser la viuda del Dr. Camden. Del lado de los Lazzari, los abogados parecen ni siquiera preocuparse por mí, susurrando entre ellos como si no existiera. Calliopé me lanza una sonrisa triste cuando nuestras miradas se cruzan. Andrea desvía la suya. Su madre me observa, seguramente preguntándose si mi suerte es peor que la suya, si no hubiera preferido perder a su marido diez días después de su unión en vez de vivir treinta años con él.

Imagino mil cosas sobre lo que piensan unos y otros, notando finalmente la ausencia de Vito Lazzari, como si tuviera algo mejor que

hacer que estar aquí. Y mis ojos llegan a Dante. Al fondo de su mirada profunda que me acecha.

«No busco un amigo ni un amante, mucho menos un amor.»

Esa es una de las primeras frases que pronuncié frente a él, al principio de nuestro *road trip*. Antes de saber en qué se convertiría ese desconocido para mí. El día de hoy, él ya no es nada de eso. Solo mi enemigo. Y todas las palabras que salgan de mi boca a partir de ahora hundirán cada vez más a su hermano, a su clan, a la otra parte.

Estoy por defender al hombre con quien me casé, que me traicionó, contra aquel a quien amo, el que cambió toda mi vida. Y sumergida en el abismo obscuro y misterioso de sus ojos, ni siquiera escucho la pregunta del procurador. Quien la repite por tercera vez.

– ¿Srita. Camden? ¿Nos puede hablar de su marido? Todos podemos imaginar el dolor que la invade en este momento, pero el jurado aquí presente necesita escuchar lo que tiene que decir.

El alto moño de mi abogada se agita y me regresa a la realidad.

– Era un buen... médico - comienzo con una voz vacilante.

– Lamento tener que insistir se disculpa el procurador dejando su mesa para acercarse a mí. - ¿Puede decirnos qué significaba Preston Camden para usted, en el plano personal?

– Preston amaba... mucho la vida - improviso, a falta de algo mejor. - ¿Tiene una pregunta precisa?

Algunas risas ahogadas se escuchan en la asistencia. Todos deben imaginar que es el dolor, en el mejor de los casos, o los antidepresivos, en el peor, lo que me vuelve incapaz de pensar. Siento de nuevo las miradas fijas en mí, al fondo de la sala. La de Jonas, un poco vacía. Las de los Camden, llenas de reproches. La de Annette, quien intenta animarme abriendo grandes los ojos. La carbonosa de Callie, que emana empatía. Y finalmente esas pupilas negras, de nuevo, que borran todas las demás y parecen decirme tantas cosas.

– ¿Tal vez podría hablarnos de él como conductor, por ejemplo? - vuelve a empezar el procurador molesto.

– Ah… Él conducía... bien. Respetaba las reglas... en general. A Preston le encantaba ser el mejor en todo lo que hacía.

– ¿Tomaba a menudo?

– Sí, se hidrataba - digo sin pensarlo, sintiendo que esquivo la pregunta. - Pero alcohol, casi nunca. Decía que tenía que permanecer funcional. Por si lo llamaban del hospital. Cuando tenían demasiadas

urgencias o necesitaban doctores. Pero de vez en cuando...

A lo lejos, mi abogada me hace una señal de detenerme. Creo. Su mano se corta el cuello varias veces, creo que más bien es la señal universal para «¡Cállate!».

– ¿Diría que era un hombre comprometido, dedicado a su profesión, a los demás? - me pregunta el procurador empezando a odiarme.

Uno de los abogados Lazzari salta para emitir una objeción. Me sobresalto. A la juez también le parece que estas preguntas están ligeramente orientadas para encaminar mi testimonio. Ya no sé si debo responder. El procurador reformula su pregunta pero ya estoy pensando en las cualidades de mi marido muerto. En sus numerosos amantes. Y en todas de las que probablemente todavía no me he enterado.

– Amaba… *muchísimo* a los demás, sí - termino por farfullar. - Porque le encantaba el amor correspondido.

La adjunta me interrumpe en mi nueva digresión, los abogados adversarios anuncian que ya no tienen más preguntas y rápidamente me invitan a regresar a mi asiento. Ligeramente incómoda. Enormemente aliviada.

«*¿Tan mal estuve?*» garabateo sobre mi bloc para Annette.

Ella me responde únicamente con un signo de exclamación que casi atraviesa toda la hoja. Y la punta de su lápiz se rompe, bajo el impacto del punto final.

Justo después de mí, el procurador general llama a Dante al estrado. Creí que sería hasta mañana que declararía a favor de su hermano. Todo el mundo parece igual de sorprendido que yo. Mi castaño de traje toma su lugar en el banquillo, sin temblar, y lucho con todas mis fuerzas para no decir ni dejar ver nada.

– Sr. Salinger, ¿es así que debemos llamarlo? - comienza el procurador con un tono que me exaspera un poco.

– Sí.

– ¿Por qué no utiliza el mismo apellido que el resto de su familia?

– Elección personal - responde sobriamente la voz grave.

– Perfecto... Puedo pasar a mi pregunta siguiente, más interesante. ¿Dónde estaba usted la noche del accidente?

– Seattle.

– Permítame ser un poco más preciso, Sr. Salinger. ¿Estaba en el auto que causó el accidente fatal, por culpa de su hermano?

El clan Lazzari se queda helado. Yo me paralizo. Dante logra mantener su rostro duro y cerrado, sin ninguna expresión. ¿Quién más podría conocer la verdad aparte de mí? Durante lo que me parece un segundo interminable, me pregunto si el Fénix va a mentir para protegerse. Para llegar hasta el final de su misión, hacer caer a su padre, liberar a toda su familia de las garras de Vito. Pero ya conozco la respuesta. No es capaz de una mentira así.

– Sí - resopla, antes de pasarse la mano por su mandíbula desnuda.
– ¿Huyó del lugar del accidente antes de que llegara la policía, esa noche?
– Sí - reitera el castaño con una voz más ronca.

Los ojos del jurado se desorbitan, los abogados de los Lazzari se agitan y gruñen en voz baja, la madre de Dante coloca la cabeza entre las manos mientras que una Calliopé llena de pánico intenta calmarla. Los padres Camden gritan escandalizados y la juez reclama severamente calma amenazando con evacuar la sala. Finalmente, el procurador general retoma la palabra y se pone a enlistar las pruebas de la presencia de Dante. Los testigos que dicen haber visto a los hermanos irse juntos en el auto de un restaurante de Seattle. Una foto que los muestra a ambos en el auto perteneciente a Finn McNeil, obtenida por una cámara de seguridad en la esquina de una calle.

«¡Eso es muy bueno para nosotros!» escribe ansiosamente Annette sobre una nueva hoja amarilla que me pone enfrente.

Contengo las lágrimas que fluyen al ver a Dante acorralado y a todas esas personas que se regocijan con esta nueva revelación. Como si este caso necesitara cobrar nuevas víctimas.

– ¿Por qué omitir contarle ese detalle a los investigadores? - interroga de nuevo el procurador.
– Por razones personales. Y que no tienen nada que ver con este juicio - responde tranquilamente mi tenebroso.
– Qué práctico... - comenta el procurador con ironía.
– No le pido que me crea. Pero estoy diciendo la verdad.
– ¿Estaba alcoholizado, Sr. Salinger?
– Sí. Es por eso que no tomé el volante esa noche. Pero jamás habría dejado a Andrea conducir. Y debí haberme quedado en lugar de huir. Para enfrentar mis responsabilidades... y proteger a mi hermano..

Los insultos estallan de nuevo en el tribunal. «¡Criminal!», «¡Bola de mentirosos!», «¡Divas que creen que todo les está permitido!», «¡Familia de alcohólicos!», se escucha por parte de los *buenos* quienes al parecer olvidaron serlo. Los *malos* se defienden a base de gritos de «¡Complot!», «¡Conspiración!», «¡Increíble!», «¡Difamación!» y la juez decide suspender inmediatamente la audiencia. El tribunal es evacuado en medio de un desorden inaudito que ni siquiera me da tiempo de clavar por última vez mi mirada en la de mi castaño tenebroso.

¿Por qué me duele tanto cuando alguien lo hiere?

4. Frente al abismo

Contemplar el vacío tiene algo vertiginoso.

Salí corriendo a refugiarme en mi habitación de hotel, tal como me lo recomendó mi abogada, con la consigna de no salir de ahí antes de mañana por la mañana. Y de no hablar con nadie. Pero, si bien debería sentirme refugiada en mi soledad, no logro despegar mi espalda de la puerta. No puedo retroceder más. Pero si doy un solo paso hacia el frente, caeré. Frente a mí hay un abismo. ¿Por dentro? Un volcán. Me es imposible sacarme de la cabeza estas ideas que chocan entre sí:

– Debería hacer algo por Dante - digo, pensando en voz alta, a toda velocidad. - Ir a buscarlo. Hablar con él. Proponerle de nuevo que huyamos, solo nosotros dos. No, ya me dijo que no. Entonces, solo protegerlo, como él siempre hace conmigo. Sí, debería hacer eso. ¿Pero cómo? ¡Tal vez podría empezar por dejar de hablar sola!

Me pego las dos manos a la boca. Sigo observando esta habitación vacía, obscura, de la cual ni siquiera he encendido la luz. Afuera ya casi es de noche. Solo las luces de la avenida de Seattle iluminan el interior. Y me asfixio. Este no es mi lugar. Mis pensamientos se siguen agolpando, igual que las palabras que salen de mis labios.

– Mi lugar está con él, contra su torso, entre sus brazos. O sobre el asiento de copiloto, con Dante instalado en el asiento de conductor. Para llevarlo lejos de aquí. ¡A una isla! ¡A orillas de un río! ¡A un rancho perdido en medio de la nada! ¡O a algún lugar en las Montañas Rocosas de Montana! No importa dónde, siempre y cuando no nos encuentren.

Me callo y vuelvo a pensar en su terrible confesión, durante el juicio. En las terribles consecuencias que esta podría acarrear. Con el corazón en un hilo, casi sin aliento y la espalda recargada contra la puerta, imagino a mi Fénix como un león enjaulado, dando vueltas en su habitación, sin poder abrir las alas. Debe estar gruñendo, hirviendo

por dentro, apretando la mordida, los puños, frunciendo el ceño. Tal vez su padre le llamó, urgentemente, para recordarle que es un bueno para nada. Para llamarlo «hijo», con todo el desprecio y la perfidia que pueden caber en una sola palabra. Tal vez la peor de todas. O si no, Dante está con su madre y su hermana, intentando tranquilizarlas, calmarlas, prometerles que todo irá bien. Aun cuando sea todo lo contrario. Y que sin duda, ellas acaban de perder a dos hijos, dos hermanos.

Bum

Como un golpe en la puerta. A menos que sea mi corazón golpeando en mi pecho...

Bum

No, hay alguien afuera. ¿Un periodista que logró entrar? ¿Que cree que puede sacarme información, una reacción en caliente? ¿Un abogado del clan Lazzari que quiere asustarme? ¿El de los Camden intentando unir fuerzas? Entro en pánico.

– Tutu, abre o tiro la puerta.

Apenas si tengo tiempo de girar la perilla. Una presión del otro lado y mi castaño tenebroso entra en mi habitación de hotel. Con la gracia de un felino. La pasión de una fiera.

– ¿Nadie te vio?
– No.
– Mierda, Dante, ¡¿qué diablos hiciste?!
– Tranquila...
– ¡¿Quieres ir a prisión?!
– Cálmate...
– ¿Quieres hacerle compañía a tu hermano?
– Sol…
– ¿Crees poder protegerlo ahí adentro?
– Solveig…
– ¿Te sientes tan culpable que quieres sacrificarte por él?
– SOLVEIG.

Su voz grave en mis oídos. Su mano cálida sobre mi boca. Su mirada negra clavada en la mía.

– Sabía que eso terminaría por salir - me explica Dante con un tono perfectamente calmado. - Hay cámaras por todas partes. La gente habla. Aun cuando uno cree poder escaparse, la verdad siempre sale a

la luz. No llores, por favor...

Contengo las lágrimas pero sé bien que él puede descifrar mis ojos húmedos.

– Huir es de cobardes. Y puedo ser muchas cosas, pero nunca un cobarde. Ya lo fui una vez... No más.

Su aliento recorre mi rostro. Lo cuestiono con la mirada, sin siquiera intentar quitar su palma de mis labios. Esta me hace bien, me calienta, me conforta.

– Me protegí - me anuncia su voz profunda. Al aceptar entregar a mi padre al FBI, obtuve inmunidad. Por si algo salía mal. No sería inculpado. No van a encerrarme, Tutu.

Mi corazón se tranquiliza poco a poco. Mi pecho sigue levantándose, pero un poco menos y más lento. Cuando por fin me siente bajo control. la mano de Dante deja mi boca lentamente y se va a recorrer la pared, hasta encontrar el interruptor.

– ¿Por qué enciendes la luz? - farfullo entrecerrando los ojos para acostumbrarme a la luz.
– Quiero verte.

Habla cada vez más bajo y me hace estremecer.

– De acuerdo... - digo temblando.
– ¿No tienes nada más que decir, que preguntarme?

Sus ojos se vuelven juguetones, su mano que se había quedado suspendida regresa a colocarse cerca de mi cabeza, sobre la pared detrás de mí.

– ¿Estás loco...? - murmuro sin pensar en una pregunta más importante.
– Tal vez un poco.
– ¿Me amas?
– Tal vez demasiado... - resopla muy cerca de mi boca.
– ¿Quieres hacerme callar?
– Ya sabes la respuesta.

Y sus labios encierran los míos en un torbellino sensual, húmedo, apasionado. El vacío se ha ido. En este cuarto de hotel obscuro, se hace la luz y la vida llena todo. Caigo en otro abismo: el del amor, del deseo. Ese donde es tan bueno abandonarse. Porque siempre hay un

par de brazos para atraparte. Otra boca para ayudarte a respirar. Un cuerpo sólido, poderoso, invencible para apoyarte.

No es sino hasta este instante que me doy cuenta de que mi castaño tenebroso sigue llevando puesto su traje elegante. Ese disfraz que esconde sus tatuajes, sus músculos, su alma insumisa. Pero el salvaje hubiera tenido que deshacerse de su corbata que se cae, un poco deshecha, hacia un lado.

– ¿No te estás ahogando? - le susurro.
– No si me besas - responde.

Nuestros labios se juntan de nuevo en un beso profundo, apasionado. Pero libero a mi Fénix aprisionado. Mis dedos febriles se deslizan cerca de su cuello para deshacer el nudo de su corbata. La tela satinada se desliza por el cuello de su camisa con un ruido que me parece increíblemente erótico. Justo en el momento en que pienso dejar correr la corbata entre mis dedos, Dante la toma y acaricia mi mejilla con ella.

– Sería una lástima no hacer nada, ¿no?

Una flama se enciende al fondo de sus ojos negros. Una sonrisa se dibuja sobre sus labios carnosos. Y sé que ya perdí. Mi amante hará lo que quiera conmigo, esta noche. Soy toda suya.

Dante rodea cuidadosamente mi boca con su corbata negra, la anuda suavemente detrás de mi cabeza y me hace una mordaza. Podría liberarme con un gesto, pero no me muevo.

– A partir de ahora, ya no dirás nada - me ordena su voz suave. - Solo me escucharás.

Asiento lentamente sonriendo con los ojos.

– Desvístete. Y tómate tu tiempo.

Mi tenebroso da un paso hacia atrás para disfrutar del espectáculo. Entiendo también un poco mejor por qué encendió la luz. Con esa mirada brillante que tiene, no le gusta tanto la obscuridad.

Petrificada por el deseo, dejo correr mi saco gris por mis brazos. Nunca he hecho un strip-tease para ningún hombre. Nadie me lo había pedido nunca. Y la idea nunca me habría venido a la mente. Cuando una es transparente por naturaleza, prefiere quedarse así. Pero Dante me lanza una mirada de avidez, tranquilizante y a la vez locamente

excitante. Que me hace existir. Que me da ganas de brillar, de mostrarme. Que me hace sentir bella y audaz. El Fénix me comparte un poco de sus alas.

Me quito los tacones sin agacharme y los lanzo un poco más lejos en la habitación. Pierdo siete centímetros en un segundo y Dante me domina un poco más. Debo levantar un poco la cabeza pero sigo sosteniendo su mirada ardiente. Él me sonríe, solo para desafiarme y yo me derrito.

Luego me desabrocho el pantalón y lo dejo caer sobre mis pies descalzos, mientras que mi amante sigue su camino con los ojos. Envío a volar el pantalón negro hacia un lado mientras que el incendio nace entre mis muslos desnudos. Mi camisa blanca me cubre todavía hasta las caderas, escondiendo mi lencería. Comienzo a abrir los botones, uno por uno, preguntándome quién de los dos está apreciando más este strip-tease improvisado. Todo mi cuerpo vibra ante la idea de desvestirme para él. De estar desnuda frente a él. A su merced. Y de ser otra, por primera vez. Amordazada. Observada. El objeto de su deseo. Su fantasía.

– No lo pienses... - dice la voz ronca y suave cerca de mí. Y sobre todo, sobre todo... no te detengas.

Escondo mi sonrisa bajo la corbata satinada y abro al fin mi camisa desabotonada. Dante descubre mi sostén de encaje color carne y mi tanga que combina, lo cual parece gustarle. Sus pupilas negras se pierden entre los bordados para intentar ver lo que hay debajo. Luego, estos se detienen en el pendiente que me regaló, atrapado entre mis senos. El salvaje se muerde el labio y luego hunde su rostro en mi escote.

Su boca saborea mi piel, sus manos rodean mi cintura y acarician todo lo que se encuentra a su paso. Las flechas del deseo me atraviesan de lado a lado. Él me lame, me masajea, arranca mi mordaza y viene a besarme con pasión. Lo dejo cambiar las reglas del juego gimiendo entre sus labios. Saboreando el nuevo partido que comienza.

– Ahora es mi turno - suelto con un suspiro.

Las manos expertas e impacientes de mi amantes desabrochan mi sostén en mi espalda, hacen sonar los tirantes y desaparecer el encaje. Luego, estas se deslizan más abajo y destrozan mi pobre tanga con un solo gesto. Me estremezco. Totalmente desnuda, bajo sus manos,

languidezco pensando en el momento en que por fin me toque. No está muy lejos. Y mi intimidad lo espera, vacía, hambrienta por él, empapada por él.

Pero el salvaje da otro paso hacia atrás y se escapa de mí. Sus ojos obscuros se entrecierran, sus labios húmedos se entreabren.

– El cabello también - decreta, perfectamente seguro de sí mismo.

Jalo la banda elástica que detiene mi micro cola de caballo y dejo que mi corte cuadrado caiga a cada lado de mi rostro, sin duda completamente despeinado. Dante asiente varias veces, pareciendo satisfecho por lo que ve. Luego se acerca lentamente a mí, recupera la corbata que sigue anudad alrededor de mi cuello, la levanta frente a mi rostro y la amarra alrededor de mis ojos cerrados.

La obscuridad regresa a la habitación, solo para mí. Intento calmar mi pulso enloquecido, pero contra toda expectativa, la perdida de la vista es más difícil de aceptar que la de la voz. Pienso en rebelarme. Pero él me lo impide de inmediato.

– No me vas a ver desvestirme - murmura mi tenebroso muy cerca de mi oído.
– ¿Por qué? - resoplo impotente.
– Para que puedas escucharme mejor. Sentirme...

Me someto al insumiso. Un poco a mi pesar. Y me concentro en su olor, el sonido de sus gestos sensuales, de su ropa que se desliza sobre su piel sedosa. El saco es lo primero en desaparecer. Escucho el cinturón, el cierre, el pantalón que se escapa. Tal vez los zapatos, los calcetines, pero no estoy segura. El cuerpo viril y cálido se acerca a mí. De eso no tengo ninguna duda. Todos mis sentidos se ven invadidos por su presencia.

Luego Dante toma suavemente mis manos y las coloca sobre su torso. Guía mis dedos hacia su camisa entreabierta. Me hace cerrar los puños alrededor de la tela. Y la jala con un golpe seco. Me sobresalto. Sus manos sobre las mías acaban de hacer saltar todos los botones. Él termina de quitarse la camisa mientras que yo me encuentro con su piel, acaricio sus amplios pectorales, sigo los bultos de sus abdominales, llego hasta el elástico de su bóxer. Me quedo sin aliento, aun cuando no puedo hacer nada. Solo sentirlo bajo mis dedos. Sufrir con su sex appeal.

Mi salvaje, definitivamente con un humor jovial, toma mis manos y las pega contra la pared de la habitación, sobre mi cabeza.

– No dije que pudieras tocar - gruñe.

Y me mata el no poder leer la expresión tan intensa en su rostro. La decisión en su mirada profunda. La ínfima sonrisa provocadora en su boca demoniaca. Dante está aquí, frente a mí, y lo extraño. Solo él puede provocar ese sentimiento en mí.

– ¿Tengo que atártelas? - me pregunta con una sonrisa en la voz.

Digo que no con la cabeza y mantengo las manos donde las quiere. Lejos de él. Tan lejos. Intento nuevamente concentrarme en los ruidos y los aromas de su cuerpo. Siento que se está inclinando. Se sigue desvistiendo. Hurga en un bolsillo. Regresa a plantarse frente a mí. De pronto, su muslo se abre camino entre los míos. Su rodilla autoritaria me hace separar las piernas. Su piel ardiente se aplaca contra mi intimidad. Gimo, tanto de sorpresa como de placer. Mi clítoris en fuego se calma contra alguna parte del cuerpo de mi amante, sensual, firme, entre lo aterciopelado de su piel y la dureza de sus músculos. Tal vez sea lo alto de su muslo. Es extraño no saberlo. Me vuelve completamente loca. Pero siento todos mis sentidos despertándose. Y eso me encanta.

El hombre que se ha convertido en mi desconocido, detrás de mi vendaje de satín, se escapa de nuevo. Abandona mi sexo en fuego. Y viene a provocar un incendio en otra parte. Su torso se acerca hasta rozar mis senos. Mis pezones se endurecen ante el ínfimo contacto de sus pectorales. Él los sigue estimulando, presionando un poco más fuerte. Y es su boca la que ahora roza la mía. Extiendo los labios para recibir un beso. Él desliza su lengua adentro sin besarme. Más abajo, mis otros labios reciben también una visita tenue, casi imperceptible, simplemente inolvidable. Juraría que se deslizó ahí. Vuelve a comenzar. Creo reconocer la piel suave y tensa de su sexo que se divierte cosquilleando el mío. Respiro un poco más fuerte. El visitante regresa. Puedo sentir un poco más claramente su erección buscándome. Encontrándome. Su glande besa mi clítoris y pierdo el piso. Gimo demasiado fuerte. Lo reclamo. Me agito y bajo las manos, las cuales había mantenido obedientemente sobre mi cabeza.

Dante emite una pequeña risa gutural y terriblemente sexy. Luego pone en mi palma el empaque del preservativo que conozco muy bien. Lo abro sin perder ni un segundo. Encuentro su sexo a tientas para cubrirlo. Me aferro a sus nalgas musculosas que tanto extrañé. Le clavo las uñas, como un última amenaza.

– Ya no puedo esperar más - declaro jadeando.

– Qué bueno, porque te deseo - decide su voz implacable.

Y mi amante hunde su lengua entre mis labios y su sexo entre mis muslos. Me toma salvajemente aplacándome contra la puerta de la habitación. Me levanta y me posee. Todo mi cuerpo le pertenece. Rodeo sus caderas con mis piernas, hundo mis dedos en su cabello. Y lo dejo llenarme, colmarme, percutirme, hacerme olvidar todo. Sus puñaladas poderosas me queman por dentro, como me gusta. Y su corazón insumiso golpea contra el mío. Como loco.

De repente, su mano arranca la venda de mis ojos. Mi bello castaño aparece, primero borroso. Su cuerpo se queda fijo, imbricado en el mío, hasta el fondo. Y los rasgos de su rostro sublime, habitado, se revelan ante mí.

– Mírame, Sol.

Me ahogo en sus pupilas obscuras, iluminadas por un extraño brillo, como si librara una lucha interna.

– Te quiero en la luz. No dejaré que mi obscuridad te contamine. Te mereces todo lo contrario.
– Lo único que quiero es a ti, Fénix.

Él coloca su frente ardiente contra la mía. Su aliento entrecortado corre entre mis labios. Y su boca pronuncia un «te amo» en silencio.

En secreto.

Su cuerpo poderoso vuelve a moverse en el mío. Separo un poco los muslos para recibirlo dentro de mí. Me enredo con un poco más de fuerza, como una liana viviente, una planta carnívora. Quisiera fundirme con él. Me aprieto contra Dante y lo abrazo, pensando que realmente somos un solo ser. Y no me importa que esta fusión sea efímera. A mí me parece eterna.

Sus tatuajes negros bailan sobre sus músculos que se desencadenan. Su piel golpea contra la mía. Nuestro encuentro cuerpo a cuerpo tamborilea contra la puerta. Mientras que nuestros corazones martillean más fuerte por dentro. Mis gritos vuelan hacia el techo blanco. El fénix despliega sus alas que destruyen todo a su paso. Los techos, las paredes, las puertas de las habitaciones demasiado vacías y demasiado grandes.

Mi amante tenebroso se abandona con un gruñido animal. Lo alcanzo en el séptimo cielo. Esta noche, todo un hotel escuchó una

pareja amándose. Y que necesitaba anunciárselo al mundo.

En secreto.

5. Mentiras obscuras

8 :02 a.m. Con un café amargo en el estómago, llego al tribunal a toda prisa. Si llego lo suficientemente temprano, evitaré las multitudes, el gentío la prensa y no tendré que cruzarme con ciertos rostros hostiles. A pesar de que este juicio apenas empieza, ya me está haciendo perder la cordura. Ya no estoy tan segura de odiar a Preston. Ni de querer que Andrea tenga que pagar su crimen durante 20 años. Y mi secreto me preocupa cada vez más. Mi futuro. Dante y yo.

Al pie de las escaleras del tribunal de Seattle, veo tres siluetas. Inclusive de lejos, no me cuesta ninguna dificultad reconocer la más grande, que también es la más obscura. Mi Fénix. Me acerco y estudio a los que lo rodean. A su derecha, un hombre muy apuesto con anteojos y un elegante abrigo sobre un traje azul marino. Él le da un golpecillo de afecto en el hombro a Dante y es entonces que me doy cuenta que se trata de su amigo y conocido escritor... Finn McNeil. A su izquierda, una linda morena con cabello ondulado le sonríe. La esposa de McNeil. Thelma algo, creo. Su rostro me regresa de inmediato a la memoria. Fue ella a quien agredí verbalmente el día que Preston murió.

Mis tacones golpean sobre el asfalto y ella es la primera en notarme. En sonreírme. De verdad. Esa chica no sabe mentir.

Los ojos intensos de Dante ahora se posan sobre mí. Hago todo lo posible para ignorarlo. No cambio de trayectoria, camino recto, con la frente en alto, preparándome para subir los primeros escalones. Pero una mano envuelve mi brazo y me detiene con suavidad. Me volteo y mi mirada se cruza con la de la chica de ojos negros. Es realmente hermosa. Hay algo en ella salvaje y tierno a la vez. El día y la noche. Como mi tenebroso.

– Yo soy Thelma...
– Lo sé... - digo tranquilamente. - Lo recuerdo.
– Él te ama, Solveig.

Entrecierro los ojos, recupero lentamente mi brazo y la miro como tonta.

– No te rindas – susurra de nuevo. - Algún día podrán dejar todo esto atrás... Créeme, soy experta en amores imposibles.

Finn McNeil se acerca a nosotras, pareciendo profundamente benévolo, y rodea los hombros de su esposa con su brazo. Ambos poseen una belleza inaudita. Su amor es muy evidente y hace que mi corazón se estruje. Intento mirar hacia mi Fénix…

Error. En tan solo un instante, me ahogo en su obscuridad.

– Deberías comenzar a andar, Tutu... - murmura su voz ronca.
– No me llames así.

Subo los escalones después de haber soltado esas palabras banales, idiotas, sin emociones. Mientras que mi corazón palpita, se desespera, grita. Afortunadamente para mí, Annette ya está allí, parada en la entrada del tribunal, y recupero el control de inmediato.

Mi futuro se decide el día de hoy, como ella dice.

***

Los murmullos se escuchan por todas partes cuando el famoso escritor y presentador televisivo es llamado a declarar. Las mujeres se desfallecen, los hombres enderezan los hombros y todas las miradas se clavan en el hombre con ojos azules y penetrantes.

Inclusive Andrea, desde su banquillo de acusado, parece recuperar un poco de vigor. De esperanza.

– ¡Un poco de silencio, por favor! - recuerda la juez mirando a la sala de audiencia.

Ella hizo bien en negarse a que la prensa irrumpiera en su territorio y asistiera al juicio. Los flashes ya nos habrían vuelto ciegos. Me siento bien derecha y le doy un golpecillo en la rodilla a Jonas para que deje de golpear con la pierna.

– ¿Qué? - refunfuña.
– Estás haciendo temblar todo – le susurro.
– Mierda, ahora puedo decir que conozco a Finn McNeil. ¡En

persona!

Suspiro, Annette nos hace una señal con los ojos y una voz atraviesa el aire.

– Sr. McNeil, ¿podría explicarnos qué hacía el acusado al volante de su auto la noche del accidente?

El tono del procurador estaba lleno de reproches, como si el escritor tuviera la culpa de lo que sucedió, y todos lo pudimos sentir. Sin embargo, Finn McNeil ya pagó suficiente por un crimen que no cometió. Varios días tras las rejas, figurar en los titulares de la prensa, ver su reputación cuestionada. Esta pesadilla tampoco lo perdonó a él.

– Andrea estaba al volante de mi auto porque se lo presté, aquel día - explica simplemente el escritor.
– Está mintiendo, ¿cierto?
– ¿Perdón?
– Le recuerdo que está bajo juramento.
– Lo sé muy bien - gruñe la celebridad.
– ¡Entonces diga la verdad! No le prestó su Mercedes a Andrea Lazzari, ¿o sí?

El escritor se quita los anteojos y los guarda en el bolsillo interior de su saco, tomándose su tiempo. Su belleza es insolente.

– Le presté mi vehículo a Dante Salinger – reconoce. - Precisándole que su hermano y él lo podían utilizar como quisieran. Por lo tanto, le presté mi vehículo a ambos hermanos, sin distinción.
– Podían utilizarlo como quisieran... - retoma el procurador provocando escalofríos en la audiencia. - ¡Matando a un inocente, por ejemplo?

La juez no aprecia este comentario, y los abogados de la defensa mucho menos.

– ¡Objeción! - rugen.
– Concedida.

El procurador asiente para mantener las apariencias y se aclara la garganta, nuevamente listo para pasar al ataque:

– ¿Cómo describiría usted el carácter de Andrea Lazzari, Sr. McNeil?

Pregunta complicada, que pone al escritor en apuros. Y a todo el

clan italiano. Imagino el corazón de Dante latiendo a toda velocidad, sus puños y sus mandíbulas apretándose. Y sufro con él.

– Andrea es frágil - afirma suavemente McNeil. - Eso no lo convierte en un criminal.

– No. Pero conducir en estado de embriaguez sí - comenta de nuevo el magistrado.

Nueva objeción. Nueva pregunta.

– ¿Usted piensa que es la mejor persona para prestarle su vehículo?

– Usted es quien debería juzgar eso, no yo – responde el interrogado.

– Responda a mis preguntas.

– Dante Salinger es el hombre más recto y respetable que conozco - comenta el autor con una voz poderosa. - Siempre ha hecho todo para proteger a su hermano menor. Desde su infancia hasta el día de hoy...

Me tenso sobre mi banquillo, sin atreverme a imaginar el estado de nervios de mi Fénix, de su hermana y de su madre.

– No me preocupa en lo más mínimo prestarle mi vehículo - concluye cruzando su mirada con la de su amigo.

De mi tenebroso.

– Usted mismo lo dijo – repite el procurador con ínfulas. - Dante Salinger es recto, respetable, digno de confianza. Pero no su hermano, quien se encuentra el día de hoy sobre el banquillo de acusados.

– ¡Objeción!

La sesión de tortura del gran escritor termina unos veinte minutos más tarde y este regresa a su lugar con su mujer bajo las miradas de admiración de la asamblea. Los dedos de Thelma rodean inmediatamente los suyos, le susurra algo al oído él parece relajarse por fin. Observo por un instante a la pareja, dándome cuenta de que eso es exactamente lo que quiero. Ya no estar más sola. Enfrentar todo con alguien a mi lado.

Y sé perfectamente con quién.

Durante el receso, escucho a mi hermano con un oído, a mi abogado con el otro, muerdo sin mucha convicción mi sándwich y tiro la mitad de mi soda sobre mi saco. No estoy aquí. En la tierra. Floto, sin saber muy bien qué es lo que hago aquí.

– ¡Solveig, regresa con nosotros! - me sacude Annette chasqueando los dedos.

– ¿Para qué? - suspiro.

– ¡Mantén tu objetivo en mente! - exclama la pequeña castaña entusiasta.

– *Money, money, money*… - canturrea el cretino de mi hermano.

– ¿Y si el dinero no compra la felicidad?

Ambos me miran como si fuera necesario internarme. luego Jonas deja nuestra mesa para ir a fumar afuera y mi abogada regresa al ataque.

–Esta tarde va a ser delicada, Solveig. Vas a escuchar cosas que no te van a gustar...

– ¿Sobre Preston? - adivino.

– Sí. Es su turno de ser disecado... Bueno... Perdón por el término, pero es la imagen más cercana a lo que va a suceder.

– Voy a ser fuerte - la tranquilizo.

– Vas a necesitar más que eso... - suspira levantándose. - Vamos, la sesión retomará en quince minutos.

La imito, frotando rápidamente mi mancha con una servilleta de papel.

– ¿Annette?

– ¿Sí?

– ¿Realmente te gusta mucho tu profesión?

– Sí.

– ¿A veces no sueñas con ser otra cosa?

– ¿Como qué?

– No lo sé. ¿Ir a vivir a una isla desierta? ¿Dar la vuelta al mundo? ¿Criar cabras en Montana?

– Solveig, ¿necesitas que llame a un médico? - se preocupa la abogada.

– No - río en voz baja. - Estoy bien, no te preocupes.

***

Annette me lo advirtió... pero no esperaba esto. No una violencia así. Esta vez, Andrea ya no es el hombre a vencer. Ahora es el turno de Preston.

Un hombre fallecido. Que ya no puede defenderse. ¡¿Soy la única a la

que esto le molesta?!

Los abogados del clan Lazzari son unos verdaderos tiburones. No, pensándolos bien, la comparación es un insulto para los animales. Son peor que eso. No tienen corazón. Ni escrúpulos. Ni moral. Intentan manchar la reputación de mi difunto marido, cueste lo que cueste. Atacarlo de todos los frentes. Ponen en duda su sobriedad llamando como testigo a un técnico del médico forense, que no es realmente su asistente, pero casi.

– Durante la autopsia, usted recuerda haber escuchado hablar de rastros de alcoholemia en la sangre de la víctima, ¿cierto?

– Sí - confirma el hombre en el estrado.

– Y aun así, no hay nada de eso en el reporte... - insiste el abogado.

– La morgue era un verdadero caos esa noche - explica el interrogado. - Demasiadas llegadas y no había suficiente personal. Creo que la autopsia del Sr. Camden fue expedida demasiado rápido...

– Así que, según usted, ¿Preston Camden había tomado antes de conducir? - aclara el abogado.

– Esa es mi opinión - confirma el supuesto experto.

Dos filas más adelante de mí, Patsy Camden se levanta y hace un escándalo. Su marido la obliga suavemente a sentarse frente a la mirada autoritaria de la juez. Casi siento pena por ellos. Y siento esa extraña necesidad de defender a quien me traicionó y a quienes me acusaron de ser lo peor. De pronto, las fronteras se dibujan de nuevo. Ellos contra nosotros. Los Lazzari contra los Camden. Y odio eso. Me masajeo la frente, perturbada, y lanzo un vistazo al otro lado de la sala de audiencia. Veo a mi Fénix vestido todo de negro, con la cabeza aprisionada entres sus dos manos y la mirada clavada en el piso. Sin orgullo. Probablemente consciente de que todo esto no es más que una inmensa caza de brujas.

A mi lado, Jonas se duerme a medias, mientras que Annette está en ebullición.

«¡¡¡Seguramente ese mitómano recibió una buena recompensa!!!» me garabatea mi abogada.

Asiento y escribo por mi parte:

«Vitto Lazzari es capaz de todo...»

Ella patalea, arranca la página y la destroza ruidosamente. No es muy discreta.

El técnico de la morgue es seguido por un colega de Preston, un eminente cirujano. El hombre afirma que mi marido bebía demasiado para su gusto, incluso durante sus rondas en el hospital. Una enfermera viene a confirmar esta teoría, manchando un poco más la imagen perfecta del héroe americano. Eso es totalmente falso. Preston no era alcohólico, jamás bebía a escondidas, pero el jurado parece creerlo.

«Las adicciones nunca fallan. No hay pruebas reales, pero el jurado reacciona por instinto y se conforma con testimonios inventados. Eso no es bueno para nosotros...» garabatea de nuevo Annette.

La rabia me carcome un poco más, Jonas me hace notar que ahora soy yo quien golpea con la pierna.

– Así que tu marido no era tan santo como aparentaba... - susurra.
– No seas idiota, Jo, y piensa antes de hablar. No creas todo lo que escuchas – respondo fríamente.

Mi respuesta no fue tierna, pero sigo sin comprender qué está haciendo mi hermano aquí. Su apoyo es inexistente. Su concentración mediocre. Sus comentarios no me ayudan en lo absoluto a mantener la cabeza fría. Y cuando llega el turno de las amantes de mi marido de pasar al estrado, sus silbidos de aprobación me dan ganas de matarlo.

«Llegó el momento crítico...» me escribe Annette.

Mis lágrimas corren. No de tristeza. Ni de decepción. De rabia. Una rabia fría, sorda, inmensa. Ya acepté que Preston me haya engañado. Me enamoré de alguien más, así es la vida. Pero que utilicen eso en su contra... en la mía... No.

Mi mirada se cruza con la de Calliopé, llena de empatía. Luego con la del hombre que amo, obscura y atormentada. Por primera vez, desvío la mirada. Ya no tengo fuerzas para mirar al frente. Ya no quiero aparentar. Pretender que este juicio no cambiará nada.

Ya no estoy destrozada por dentro. Estoy en pedazos. Con esta horrible sensación de que mi antigua vida no era más que una obscura y lúgubre mentira. Y que ahora soy el hazmerreír de todos.

– Preston no era el hombre perfecto que todo el mundo imagina - insiste la amante número tres desde su banquillo.

Meredith Butler. La que podría causar más daño.

– Coqueteaba con todo lo que se movía, estaba enfermo, no podía evitarlo. Caí en su trampa y quedé embarazada – agrega. - Y murió antes de verlo nacer...

Sus lágrimas de cocodrilo conmueven al jurado y la asamblea, pero no a mí. Esa mujer solo está buscando una cosa: su parte de la herencia.

– Comprendemos su pena, señorita Butler. ¿Pero Preston Camden pretendía reconocer a ese niño? - la interroga la abogada de Andrea.

– No. Hasta me propuso una gran suma de dinero para que abortara...

Esta vez, es el turno de Russell Camden de gritarle que es una mentirosa. La juez le ordena sentarse, pero el padre de Preston prefiere dejar la sala en vez de escuchar cómo linchan a su hijo.

– ¡Mi hijo merecía tener un padre y se lo han quitado! - reclama Meredith. - ¡Lo mínimo que podría pedir es que lo reconozcan como su heredero!

– Ese no es el asunto de este juicio, señorita Butler – le recuerda la juez. - Y si piensa obtener eso, necesitará una prueba de ADN.

Después de esta formidable conclusión, la sesión se termina y este segundo día de juicio llega a su fin. En pocas horas, Preston fue manchado, denigrado e insultado de todas las formas posibles.

Alcohólico. Infiel. Perverso. Irresponsable. Egoísta.

Y lloro en el camino de regreso, recordando al hombre con quien creía haberme casado. Mi puerta se quedó cerrada esta noche. Dante viene a visitarme, con su voz suave y ronca a la vez, pero no le abro. Intenta llamarme pero apago mi teléfono.

Quiero quedarme con mis recuerdos esta noche. Los que me calientan cuando tengo frío. Nuestro *road trip*. Su fénix y mis arabescos.

Nuestro amor secreto, libre e intocable.

¿Perdido?

***

Tengo un aspecto terrible al día siguiente. Annette me lo hace notar con su legendario tacto, luego me ofrece una brocha llena de rubor que saca de su bolso lleno. Francamente, no tenemos el mismo color de piel, pero aun así mi abogada insiste.

– Es mucho mejor. ¡Dijimos que la frente en alto! - me sonríe examinando mis pómulos rosados.

La sigo por el pasillo del tribunal que lleva a la sala de audiencia, agotada ante la simple idea de sufrir este tercer día de juicio. Y es entonces que lo veo. Parado cerca de la gran puerta, recargado contra la pared, con su mirada intensa clavada en la mía.

Mi *dark stranger*.

Annette habla sola mientras avanza y yo me pierdo en sus pupilas negras. Un suave calor corre por mis venas y, sin preocuparme por lo que nos rodea, esbozo una sonrisa poniendo la mano sobre mi pendiente escondido en en mi pecho. Dante suelta un suspiro profundo y luego sonríe también, con el ceño fruncido.

– Insumiso... - me resopla su voz profunda cuando paso por donde está él.
– Siempre insumiso – repito en voz baja.

Regreso a mi banquillo, a mi abogada, a mi hermano que decidió llegar antes... y ponerse un traje. No lo puedo creer, sonrío despeinándolo y me siento a su lado mientras que él se reacomoda cuidadosamente la melena.

La esperanza está de regreso. Tal vez este día sea menos difícil que ayer.

***

La mañana transcurre sin gran sorpresa. Un lado ataca, el otro se defiende y viceversa. Me escapo durante el receso, como un par de galletas en un parque mientras estudio a los transeúntes.

La audiencia se reanuda a las catorce horas con fuerza. Mucha fuerza.

– Tenemos un tercer testigo para interrogar, Su Señoría - anuncia el procurador.

– ¿La defensa está al tanto? - se sorprende la juez.
– Sí - confirma el abogado de los Lazzari. - No hay ninguna objeción.

«Extraño...» escribe mi abogada antes de agregar:

«¡Si es un testigo de último momento, debería desestabilizar al clan Lazzari! »

No sé mucho de todos estos juegos de abogados, de jueces y de procuradores. No entiendo todo lo que sucede, pero de pronto siento un profundo malestar. Algo me dice que todo va a cambiar.

Y que no para bien.

– Quisiera llamar a Jonas Stone al estrado.

La voz del procurador me deja estupefacta. Mi hermano se levanta, frente a mi mirada de incredulidad, y avanza hasta tomar su lugar en el banquillo de madera.

Su traje. Su puntualidad. Ahora entiendo todo.

Y ya no entiendo nada...

– Sr. Stone, usted sabe algo que la mayoría de nosotros ignora, ¿cierto?
– Sí, Señor Procurador - responde mi hermano con una voz débil.
– Díganos de qué se trata, por favor.

Mi sangre se hiela, mis músculos se tensan, mi corazón se detiene. Veo venir el golpe fatal. Lo espero.

– No fue un accidente – resopla Jonas.

Una corriente eléctrica recorre a todos los presentes. Los abogados de Andrea se levantan y acusan al procurador de error de procedimiento - y otros términos que no comprendo. Al parecer, no esperaban que Jonas tuviera algo que revelar. O en todo caso, nada que pudiera hundir más a su cliente.

– ¡Orden! - reclama la juez, fuera de sí.
– Continúe, Sr. Stone – insiste el procurador.
– Mi hermana no amaba a su marido – retoma.

Mis lágrimas corren, sin que pueda controlarlas. Y cada una de sus mentiras me duelen terriblemente. Él las pronuncia sin ninguna

emoción, nada. Un robot. Como si recitara algo que se aprendió de memoria.

– Ella se casó con él para escapar de su destino mediocre. Por el dinero. La gloria.
– ¿Fue ella quien se lo confesó a usted?
– Sí. Un millón de veces.
– No es cierto – murmuro, con el corazón hecho trizas.
– Solveig… - intenta calmarme Annette.
– ¡Eso es FALSO! - repito gritando. - ¿Los Camden te pagaron para decir esas mentiras, Jonas?

La juez debe intervenir de nuevo, amenazándome con sacarme del juicio con su voz autoritaria.

– Sr. Stone - se dirige a él, claramente exasperada. - ¿Tiene alguna prueba de esto que dice?
– Solo mi palabra, Su Señoría.
– Entonces permítame ponerla seriamente en duda – resopla. - Y pedirle que abandone esta sala.
– ¡Sé algo más! - se defiende lamentablemente mi hermano.
– Sr. Stone… - suspira la juez.
– ¡Ella se está acostando con el hermano del asesino! ¿Y eso no le molesta a nadie?

Silencio mortal. Luego los murmullos, silbidos y comentarios en la asistencia. Primero creo que están dirigidos a mí. Pero me parece que más bien son para Jonas. Las personas simplemente no le creen. No pueden ni imaginarse que esté con Dante. Busco a mi Fénix con la mirada, él está en plena conversación con los abogados de su hermano.

Yo observo al mío. Sin reconocerlo. Sin sentir algo que no sea asco por él.

Tengo dos opciones. Ignorarlo. O ahorcarlo ahora mismo. No hago ninguna de las dos cosas, puesto que mi abogada me detiene con una mano de acero.

– No te muevas ni un ápice, Solveig... - me amenaza en voz baja. - Y no pronuncies *ni una sola* palabra.

La juez se encarga de deshacerse del traidor con el que crecí. Ella hace una señal para que los policías escolten a Jonas fuera del tribunal y expresa, de una vez por todas, con una voz que hace temblar las paredes:

– Cualquier otra digresión o invención de cualquiera de ambas partes llevará a la anulación y aplazamiento de este juicio. ¡Con todo y las sanciones penales que van de la mano! ¡Este tipo de manipulación es intolerable! ¡Hagan honor a la justicia que pretenden querer! ¡Le recuerdo a ambos que estamos aquí para juzgar un accidente de auto que causó la muerte de un hombre, no un homicidio voluntario, premeditado o cualquier otra teoría loca! No van a ridiculizar mi Corte. Y no me van a hacer perder mi tiempo. Le pido a los miembros del jurado que no tomen en cuenta el testimonio grotesco del Sr. Stone. ¡Y aplazo la audiencia a mañana!

Con este monólogo autoritario, la mujer con ojos de fuego le hace una señal al procurador y a los abogados Lazzari para que la sigan a su oficina.

– Habrá problemas... - comenta Annette levantándose.

Yo también dejo mi banquillo y observo a los padres Camden huyendo, nada orgullosos de su treta.

– ¡Si querían hacerme daño, debieron encontrar a alguien más inteligente y convincente que mi hermano! - les reprocho.
– Puedes demandarlos, ¿sabes?
– No vale la pena... - suspiro saliendo.

Me prohíbo a mí misma lanzar aunque sea una mirada hacia los Lazzari. Me cuesta trabajo, pero lo logro. Una vez afuera, al abrigo de cualquier oído indiscreto, Annette se atreve a hacerme la pregunta que le está quemando los labios:

– ¿Lo tuyo con Dante Salinger es cierto?

La contemplo por un instante, su tono acaramelado, su alto moño afro que la hace ver tan elegante, su sonrisa amable y su mirada benévola. Esta mujer siempre me ha inspirado simpatía. Y un poco de admiración también. Y confío en ella sin siquiera saber si es una buena idea.

– Jonas no mintió exactamente – suspiro. - Creo que realmente nunca amé a Preston. No como amo a Dante...

Primera vez en mi vida que veo a Annette Ewing sin palabras. Mi abogada pestañea varias veces, luego me mira partir, sin intentar detenerme.

***

Esa noche, cuando el Fénix toca a mi puerta, le abro. Necesito sus brazos, su piel, su aroma.

Dormir con él.

No decimos ni una palabra. Nuestros cuerpos hablan solos. Y cuando el sueño por fin me lleva, intento borrar los rostros y las mentiras de todos los que quieren impedir nuestro amor.

6. En medio de la noche

Su respiración es regular.

Observo el torso de Dante apenas iluminado por las luces de la calle subir y bajar, siempre al mismo ritmo. Como un metrónomo. De carne, hueso y piel ambarina.

Hipnotizador.

Todavía no son ni las cinco de la mañana pero una vez más, el sueño me ha abandonado. Intenté de todo. Ponerme en posición fetal. Acurrucarme contra mi amor dormido. Enviarle un SMS a Ali. Mirar el techo. Pensar en mi ficus. Contar las llamas de su fénix. Imaginar todos los instrumentos de tortura que podría utilizar con Jonas. O con Meredith Butler.

Finalmente, pensar en todo esto me pone tan nerviosa que el simple hecho de dormir me parece irrisorio. Salgo de la cama, discretamente, sobre la punta de mis pies, llego al baño y me paro frente al espejo.

– ¡Mira, un panda rubio! Eso es algo nuevo.

Ordeno un poco mi melena, me limpio el rostro, intento hacer desaparecer los rastros dejados por la mascara del día anterior y me cepillo los dientes. Cuando regreso a la habitación, son las 5 :03. No me sorprende mucho: el tiempo juega en mi contra, se divierte torturándome. Este parece pasar en cámara lenta desde nuestra llegada a Seattle, desde el principio de este juicio. Y el camino, el asfalto, la libertad nunca me habían hecho tanta falta.

Siento que nuestro road trip terminó hace mil años…

A paso de lobo, regreso al gran sillón de terciopelo horrible pero cómodo pegado a la ventana y me siento sobre él con las piernas replegadas. La rodilla me duele un poco, pero me aguanto. Fantaseo observando el paisaje urbano y las luces de la noche, pero mis

pensamientos negativos regresan a torturarme.

Siempre los mismos. Jonas. Los Camden. Las amantes de Preston. La descripción de su cuerpo destrozado, en el lugar del accidente.

Sacudo la cabeza, esperando ingenuamente que con eso logre deshacerme de todas esas imágenes dolorosas, hasta que mi mirada se fija en la mesa redonda frente a mí. Encima de esta, un libro mortalmente aburrido que encontramos en un paradero, el resto de un panecillo y… el teléfono de Dante.

– ¡Bingo! – murmuro.

Tomo el celular, doy clic sobre la imagen de «fotos» y por fin logro distraerme. Revivo nuestro *road trip* en imágenes. Recorro los Estados, con la mente llena de recuerdos. Dejo esta triste noche morir y regreso a la carretera, riendo en silencio. Recuerdo los aromas, las sensaciones, nos vuelvo a ver juntos. Yo sonriendo, enojada, conduciendo, intentando dar algunos pasos de danza a orillas del camino. Dante observando el horizonte, nadando en un lago, Bacalao apestando, durmiendo, corriendo con tres patas, yo comiendo por cuatro, riendo demasiado, mi tenebroso sonriendo muy a su pesar. Reviso un centenar de fotos. Todas fueron capturadas en el momento, por el ojo atento de mi Fénix, o por mis dedos torpes. No importa quién las tome, si la exposición es buena y el ángulo correcto. Son magníficas. Conmovedoras.

Y me parece que somos hermosos. Libres. Insumisos.

Hacemos tan buena pareja…

Le lanzo una mirada discreta a mi tenebroso. Sigue durmiendo pacíficamente, con el rostro relajado y el cuerpo tranquilo. Es una visión sublime. No puedo quitarle la mirada de encima.

Una ligera vibración me regresa a la tierra y en la pantalla del teléfono aparece *«Nuevo mail de Duncan PD»*.

¿Un detective privado?

Dante nunca lo había mencionado. Y una alarma suena dentro de mí. Estridente. Asfixiante. Mi dedo roza el ícono de los mails y el mensaje se abre. Dudo por un instante si debería leer su contenido o dar marcha atrás. Sé que estoy haciendo algo malo. Que estoy traicionando al hombre que amo. Contemplo de nuevo su silueta inmóvil, su fuerza tranquila y llena de paz. Y por un instante, me veo

tentada a despertarlo, a preguntarle qué está tramando a mis espaldas. Pero mi intuición me incita a descubrirlo por mí misma. Y la sigo…

Me hundo en este misterioso mail, vasto y complicado, lleno de archivos adjuntos, reportes y documentos que datan del 2008, de los cuales no entiendo gran cosa. Nada, de hecho. Lo único que retengo, es que Dante no estaba al tanto de un evento crucial en el pasado de su hermano.

«Sr. Salinger,

Seguramente hubiera preferido no enterarse, esto sucedió durante los años en que estuvieron separados, pero esta es la información que acabo de descubrir…»

Aun por escrito, el tono del detective me da frío en la espalda.

Para tener más claras las cosas y tener una idea más amplia, analizo el historial de los mails y descubro toda la conversación entre Dante y el famoso Duncan, desde su primera interacción. Me entero que desde hace meses, mi Fénix hace trabajar a este hombre y gasta una fortuna preparando la defensa de su hermano. Tratando de encontrar elementos que pudieran aligerar su pena. Incluso exonerarlo. Entiendo su actitud de hermano protector, la respeto, pero mi corazón se estruja. Me hubiera gustado que me lo dijera.

Finalmente, leyendo una vez más el mail recibido esta mañana, comprendo mejor. Todo. Y me doy cuenta de que el elemento del que habla no sirve para la defensa de Andrea, sino todo lo contrario… la complica. Terriblemente. Dante quería prevenir los ataques de los adversarios y él acaba de darle armas. De *darme* armas.

Descubro lo que sucedió hace casi diez años, cómo, por qué, y aprieto la mordida.

Dejo el teléfono sobre la mesa, me levanto, me pongo unos jeans, un sweater espeso y mis tenis. Dejo la habitación como una ladrona y voy a dar un paseo en medio de la noche. Me pierdo en las calles desiertas de Seattle, en el gris, el negro, el frío, el vacío. Siempresola está de regreso. Después de una hora, mi rodilla empieza a flaquear pero sigo caminando. Eso es lo único que puedo hacer. No encontré nada mejor. Aparte de gritar. Y llorar.

Porque esa información es una verdadera bomba. Porque esa bomba se encuentra ahora entre mis manos. Porque tengo que tomar una decisión extrema, crucial y atroz. Porque nuevamente me

encuentro dividida entre mi difunto marido y el hombre de mi vida.

Maldita curiosidad, intuición e insomnio… ¡Maldita tonta!

¡¿No podías ponerte a contar ovejas como todo el mundo?!

***

Cuando regreso a mi habitación, está vacía. Dante me dejó un mensaje sobre la almohada, lo leo distraídamente y lo dejo donde estaba. Sus palabras dulces me hacen sonreír esta mañana. Aunque no me alegran realmente. Y cuando el salvaje me llama tres veces, rechazo sus llamadas.

Es mejor así.

Decidí no utilizar la información que le robé. No mandar al diablo mi historia para ganar un juicio que ya no significa tanto para mí. Pero el cerebro humano está diseñado de tal forma que algunas imágenes no se olvidan nunca. Y jamás podré borrar de mi memoria lo que descubrí en ese mail privado.

Me meto a la ducha, masajeo mi rodilla adolorida y me pongo un enésimo traje ridículo. Una falda negra y una blusa rosa pálido. Si de mí dependiera, llegaría al tribunal con jeans y tenis, pero Annette me mataría.

A las 8 :30, mi abogada me espera ya en el largo pasillo que lleva a la sala de audiencia. Con el teléfono pegado a su oído, ella le dicta algunas cosas con su jerga judicial a alguien, mientras se aplica el labial. Al verme, cuelga, agita su moño, me sonríe y luego entrecierra los ojos haciendo una mueca.

– Algo te preocupa – adivina ella. – Algo grave.
– Este juicio – resoplo alzando los hombros. – No le veo el final.
– No, es algo más que eso. ¿Qué me estás escondiendo, Solveig?
– ¡Nada en absoluto! Vamos a sentarnos.

Ella me sigue, trotando con sus tacones, sin creer mi mentira, y regresamos a ese maldito banquillo sobre el cual pronto dejaremos la marca de nuestras nalgas para siempre.

– Si puede servir para nuestra causa, deberías decírmelo – intenta de nuevo mi abogada.

– ¿Nuestra «causa»? – repito.

– Sabes lo que quiero decir…

– Estamos aquí por *dinero*, Annette, no para salvar a un país de la hambruna.

– No tienes por qué enojarte, Solveig.

– Preston ya está muerto, no hay nadie más a quien salvar.

Un poco molesta, ella regresa a sus documentos, mientras que yo observo la sala cobrando vida poco a poco. Los Camden, acompañados por su abogado siniestro, se sientan en la última fila, probablemente avergonzados por su jugarreta de ayer. Los banquillos se llenan. Reconozco algunos rostros, otros no. Recibo algunas sonrisas de compasión, y también algunas miradas acusatorias.

No me importa. Esas personas no significan nada para mí.

Calliopé hace su entrada, del otro lado del pasillo central. Se ve particularmente hermosa con su vestido de satín azul, sus ojos maquillados de negro observando a la multitud de curiosos sin pestañear. A pesar del pasado tormentoso de esta chica, emana una fuerza increíble. Cuando me doy cuenta de que es seguida por el Fénix, mi corazón se detiene. Y vuelve a latir. Nuestras miradas se cruzan de inmediato. Él se aferra a la mía con esa intensidad que me desarma, y le huyo.

No logro mirarlo de frente por mucho tiempo. No después de lo que hice. No con lo que sé ahora.

– Mantén la mirada hacia acá – me susurra Annette al oído. Las personas no le creyeron a tu hermano ayer, así que mejor no hay que convencerlos hoy de que estás perdidamente enamorada de Dante Salinger… No todos son partidarios de los amores prohibidos.

Las pesadas puertas se cierran al fondo de la sala. El acusado es escoltado hasta la mesa de sus abogados donde toma asiento, después de haber intercambiado algunas miradas con su familia, colocada justo detrás de él entre el público. Los doce jurados hacen su entrada, en línea y con mucha disciplina, y finalmente es el turno de la juez para venir a tomar asiento. La audiencia puede comenzar. Los testimonios continúan, al igual que los discursos, espectáculos y parodias interminables de unos y otros. Estoy harta. Agotada. Muero por que ya termine todo esto.

– ¡Hazle una señal o algo! – se enfada Annete, a mi lado. - ¡Que deje de comerte con la mirada!

Mi abogada, fuera de sí, ya no garabatea sobre su cuaderno, sino que susurra con una voz exasperada.

– ¿Perdón?

– Dante Salinger – gruñe, escondiéndose la boca detrás de la mano. - ¡No ha dejado de verte durante una hora!

Me volteo hacia mi castaño tenebroso y me hundo en sus pupilas negras. La emoción me sumerge pero intento no ser tan obvia. Es inútil; Dante me conoce demasiado bien. Imagina que algo sucede, se pregunta qué es, se preocupa. Con el ceño fruncido y pareciendo perturbado, se coloca lentamente la mano entre sus dos pectorales. Y me hace una señal para que haga lo mismo.

– Mi pendiente… - me murmuro a mí misma.

– ¿Tu qué?

– Nada – me sobresalto cruzándome con la mirada irritada de mi abogada.

– Concéntrate, Solveig.

– Eso intento… - gruño, sintiendo una mirada negra e intensa sobre mí.

Cuando mi nombre es pronunciado por la defensa, diez minutos más tarde, se me hiela toda la sangre. Soy llamada nuevamente al estrado. Le lanzo una mirada desesperada a mi abogada, quien parece tener el mismo pánico que yo. Como un buen soldado obediente, me levanto con las piernas temblando, llego hasta el pequeño banquillo de madera reservado para los testigos y enfrento a la juez, más impresionante que nunca.

Hago mi juramento de nuevo, luego debo responder a las preguntas insistentes de los abogados del clan Lazzari. Mi interrogatorio dura una eternidad, siento como si repitiera lo mismo cien veces, diera vueltas y no llegar a ningún lugar. Y finalmente, la pregunta fatídica llega:

– Señorita Stone, ¿cree que su marido pudiera querer terminar con su vida?

– ¿Qué? Yo… ¡¿Es una broma?!

No. La gran eminencia que me mira con su actitud de superioridad no está bromeando para nada.

– Señorita Stone, piénselo bien – me recomienda. – Su marido estaba acechado por las adicciones. Al alcohol. Al sexo. Una de sus amantes estaba embarazada de su hijo ilegítimo. Una vergüenza en su

medio. Para su familia. Preston Camden estaba atrapado. ¡Contra la pared!

– Preston no era alcohólico – respondo con una voz glacial. – Y mucho menos suicida.

– No conocía tan bien a su marido…

– ¡Solo está tratando de exonerar a su cliente! – me enfado. - ¡Pero, hasta que se demuestre lo contrario, fue Andrea Lazzari quien golpeó el auto de mi marido! ¡No al contrario!

– En este punto, los expertos no tiene una opinión unánime, Señorita Stone.

– ¡Porque ustedes les pagaron! ¡Los manipularon! ¡Porque todo este juicio es una inmensa broma! Porque el dinero de los Lazzari les permite…

La voz de la juez se eleva, fría, cortante. La autoridad suprema me pide calmarme. Obedezco.

– Mi respuesta es no – insisto más tranquila. – Preston no quería terminar con su vida.

– Y nunca la habría engañado, ¿cierto? – sonríe el bastardo mirándome de soslayo.

La bomba estalla dentro de mí. Demasiado tarde para arrepentirse, el mal está hecho… y sale de mi boca:

– No es la primera «hazaña» de Andrea, ¿sabía?

Los murmullos estallan en la sala, el abogado se crispa, la juez inclina la cabeza hacia mí, claramente interesada. Y miro al vacío para protegerme. Ignoro la presencia del acusado, a algunos metros de mí, y evito la mirada de Dante… pero la siento clavada en mis labios.

– ¡Objeción! – intenta el abogado, repentinamente desequilibrado.

– Continúe, señorita Stone – me incita la juez ignorándolo.

– ¡Su Señoría!

– Licenciado Lannister, ¡ya escuché suficiente de usted! – gruñe ella.

Inhalo profundamente y revelo lo que descubrí esta misma mañana, en el mail de «Duncan PD».

– No es la primera vez que Andrea provoca un accidente – afirmo.

Murmullos en la asamblea.

– Sucedió hace ya nueve años – continúo. – Hirió a dos personas al

tomar el volante bajo el influjo de no sé qué productos.

Mi voz empieza a temblar, mis ojos se llenan de lágrimas, lucho por continuar.

– Y para librarse, simplemente compró el silencio de las víctimas… Cinco mil dólares para que todo desapareciera y que el apellido «Lazzari» no fuera manchado…

Mi testimonio no es más que un suspiro. Apenas pronuncio estas palabras y me arrepiento de inmediato. E imagino el daño que le estoy haciendo al hombre que amo. A su familia. Que ha sufrido tanto ya.

Los abogados de la defensa piden un receso, la juez se los niega. Es el caos por parte de los italianos y cuando la calma por fin regresa, la pregunta es directamente para el primer afectado. Andrea.

A quien acabo de hundir hasta el fondo…

– Sr. Lazzari, ¿usted confirma esta información?

Andrea le lanza una mirada enloquecida a sus abogados, a su hermano, y luego a mí. Casi por primera vez desde el principio del juicio. Y los sollozos se escapan de mi garganta.

– No estaba alcoholizado ni drogado – se defiende el hermano menor de Dante.
– ¿Qué sucedió ese día? – insiste la juez.
– Estaba saliendo de una sesión de quimioterapia. Estaba luchando contra la enfermedad de Hodgkin. El tratamiento me agotó, me dormí al volante…

Mis lágrimas corren por mis mejillas cuando me entero de la verdad. Andrea no era responsable. No realmente. Y la vergüenza se apodera de mí, los remordimientos me estrujan.

– Las heridas de las víctimas fueron superficiales y llegamos a un acuerdo amigable, Su Señoría – interviene el abogado. – Dentro de los marcos legales.

La sonrisa malvada que me lanza el abogado termina conmigo. Me invitan a regresar a mi lugar y corro hacia mi asiento, con las ganas inmensas de desaparecer. De no volver a tener que mirar a nadie a los ojos.

De no tener que mirarlo a *él* a los ojos.

Los ojos atormentados de Dante, tan obscuros. Bajo su ceño fruncido solo hay sombras, sin ninguna chispa. Ya no veo su luz.

Y me encuentro nuevamente sola, en medio de la noche.

7. Volar a otra parte

Tres días. Hace tres días que traicioné al hombre que amo. Tres días que se niega a abrirme su puerta por la noche. Ignora mis decenas de llamadas, mis centenas de mensajes. Tres días que se volvió a convertir en mi *dark stranger*, el apuesto desconocido que conocí en Nueva York. El misterioso tatuado que mira hacia el otro lado por su ventana. Encerrado en su burbuja.

Durante los dos días de pausa impuestos por la juez, él simplemente desapareció. Mi Fénix tomó vuelo. Ayer, cuando el juicio continuó para los alegatos finales de ambas partes, él reapareció con su traje negro, sin corbata, como para borrar todo rastro mío. Y su mirada no buscó la mía ni una sola vez. Ni intentó rozar mi brazo al pasar. No me susurró nada mientras que nadie más escuchaba. Sentado sobre su banquillo, del lado del acusado, no se inclinó hacia el frente para poner sus codos sobre sus rodillas y dejarme ver su perfil perfecto. Ni siquiera pestañeó cuando los abogados pronunciaron mi nombre. El que tanto le gusta deformar y cambiar por Tutu. No se pasó ni una sola vez la mano por la barba naciente, la cual parece ser que está dejando crecer. Creo qe este es el final. Tanto para este juicio como para nuestra historia. Y el aroma del adiós me da náuseas.

Al cuarto día, que sin duda será el último, dejé mi traje grotesco en el armario. Me puse un pantalón y una sudadera negros encima de mis tacones. Para que combinara con la obscuridad de mi humor. Y saqué mi pendiente dorado, el cual ya no quiero esconder en mi pecho. Frente al tribunal, en la mañana, mientras camine cerca de los grupos de periodistas, espero que todo el mundo lo vea. Que el sol de la mañana se refleje en él para cegar a esa pobre multitud.

Dante llega por su parte y continúa ignorándome. ¿Lo entiendo? Sí. ¿Lo apoyo? Imposible. Pulso se acelera. Mi garganta se cierra. Doy vueltas sobre mí misma frente a mi abogada que se está comiendo la uña del pulgar intentando sonreír. Y me lanzo. Sin pensarlo. Sin que nadie pueda detenerme. Corro directo hacia él y mi paso firme lo

obliga a retroceder. Lo llevo un poco lejos, solo lo suficiente para que nadie pueda oírnos. Él se deja pero con un movimiento sutil logra que mi mano suelte su brazo. Y desliza las manos en sus bolsillos para tomar esa actitud indolente y no preocupar a nadie. Siempre piensa en todo. Y yo ni siquiera pienso antes de hablar, como siempre.

– Por milésima vez, perdón - murmuro. - Puedo vivir con tu enojo, pero no con tu indiferencia. Háblame, Fénix.

– No hay nada que decir - responde su voz grave y calmada.

– ¡Al contrario, hay mucho que decir! Durante ese *road trip*, me enseñaste miles de cosas. Sobre los hombres, sobre mí, sobre la vida. Pero no a callarme. Eso no podrías hacerlo nunca.

– Lo sé muy bien... - gruñe amargamente, mirando hacia otra parte, a lo lejos.

Me desplazo algunos centímetros para clavar mis ojos en los suyos.

– Me equivoqué. Cometí el error de dejar que este juicio se interpusiera entre nosotros, Dante. No hagas lo mismo, te lo suplico.

Él inhala profundamente, entreabre los labios... y finalmente se calla. Mi corazón se detiene por un instante cuando su boca carnosa se cierra.

– Lo nuestro era irreal – intento de nuevo. - No fue un error. Y es el único pedazo de felicidad que pudo resultar de toda esta desgracia. Si todavía lo quieres...

Esta vez, el castaño tenebroso reacciona un poco. Él apenas si frunce el ceño. Saca una mano de su bolsillo, la desliza por su mandíbula y luego la pone sobre mi hombro. Solo por un segundo. Solo para hacerme a un lado.

– Es el último día, no puedo llegar tarde - suelta antes de regresar al tribunal y desaparecer al interior.

En su voz, al fondo de su mirada color ébano, no se siente la más mínima emoción. Ilegible, impenetrable, como el día que lo conocí. Ya no soy bienvenida en su burbuja. Bajo su piel. Y la mía me arde.

***

Después de algunos minutos de un barullo que ni siquiera escucho, la juez explica que la prueba de ADN ordenada por la corte resultó ser

negativa. El hijo de Meredith Butler no es de Preston. LA amante no puede reclamar ninguna herencia. Los Camden no tienen ningún nieto secreto. Y los escucho lanzar suspiros de alivio al lado de mí, sobre el banquillo de los *buenos*. La enfermera de moral distraída deja la sala de audiencia sollozando, como si ella también se estuviera enterando de la noticia. Yo debería sentirme aliviada pero nada me entusiasma. Ni el dinero que ya no tendré que compartir. Ni el niño que ilegítimo que salió de mi matrimonio. Ni la nota de ánimo que me garabatea Annette en su bloc amarillo. Me siento vacía. Desnuda. Como si hubiera sufrido un *black-out* por dentro. La obscuridad total.

La juez molesta vuelve a pedir silencio para anunciar el final de la audiencia. Ella invita al jurado a salir para deliberar y a la asamblea a dejar la sala para esperar el veredicto. Sigo a la multitud como un robot. Me encuentro en ese pasillo frío donde cada clan regresa a su esquina. A una buena distancia los unos de los otros. Mi abogada y yo por un lado, ya que no tengo a nadie más. Por el otro, mis suegros con actitud altanera pero el rostro abatido. Más lejos, los italianos unidos, con su ejército de abogados ruidosos y relajados. Dante me da la espalda, como para privarme de sus bellos ojos obscuros y de su alma torturada. Y Vittorio Lazzari aparece en este momento.

Vitto Todopoderoso...

Escondida a medias detrás de Annette, reconozco inmediatamente la figura del padre. Su estatura en su traje de marca gris obscuro. Su largo cabello ondulado, lleno de goma y peinado hacia atrás. Ese tinte negro que no engaña a nadie. Esa falsa sonrisa inmensa mientras que sus ojos sin brillo delatan su crueldad. Dante se congela cuando recibe un golpecillo paternal en el hombro. Se voltea un poco hacia un lado para escapar de él y puedo ver su mandíbula amenazando con rasgar su piel ambarina. Las dos mujeres de la familia se acercan y anudan sus brazos, como para hacerle frente juntas a la amenaza. Vitto se pone a quejarse en voz alta de los fotógrafos que lo recibieron afuera.

– Corrieron hacia mí como aves de rapiña. ¡Son una bola de salvajes que no tienen educación! Me pregunto dónde fueron criados. ¿Y se atreven a tratar a mi hijo como un perro?

El sesentón suelta una risa de maldad que me atraviesa la piel. Y las náuseas regresan. Casi al mismo tiempo que la audiencia se reanuda.

Un hombre con uniforme nos anuncia que el jurado ha terminado de deliberar y que debemos regresar a la sala para escuchar el

veredicto. En medio de la multitud, mi hombro golpea con el de Vitto y nuestras miradas se cruzan por un instante.

– ¿Tú qué haces aquí? - me silba con una sonrisa que me hiela la sangre.

Me doy cuenta de que me reconoce y busco algo que responder cuando mi abogada me lleva hacia la derecha para tomar nuestros lugares. Los Lazzari regresan a los suyos.

– Ya casi termina, Solveig - me resopla suavemente Annette al oído. - Sin importar lo que quieras hacer o decir, no vayas a arruinar todo. Después de esto, tienes toda una vida por delante.

Intento por un segundo imaginarme qué será de mi vida y tengo mareo. Me obligo a no pensar, me aferro a mi pendiente sin siquiera darme cuenta. Y escucho a la juez leer el veredicto del jurado. Andrea L. es hallado «inocente» por la mayoría. Solo será castigado por manejar en estado de ebriedad. Recibirá una pena de cinco años de prisión. Los abogados de los Lazzari se felicitan sobriamente, Calliopé abraza a su madre y Vittorio se levanta y avanza ignorando las reglas para darle un golpecillo en la nuca a su hijo menor, en señal de victoria. Veo a Andrea bajar la cabeza, por reflejo. Y eso me destroza un poco más por dentro. Dante permanece inmóvil, con los brazos cruzados sobre el torso, la mirada dura y el rostro contraído. Solo. Lejos. Tan lejos de mí.

Los abogados de ambas partes son llamados a la oficina de la juez para arreglar los acuerdos financieros.

– ¡Es mi turno de jugar! - declara Annette acomodándose el moño afro antes de dejarme.

Algunos minutos más tarde, me encuentro con ella en el pasillo, mostrando una gran sonrisa de felicidad.

– Los Lazzari fueron más que generosos - me susurra. - Los Camden recibieron un millón por daños e intereses. Para ti obtuve dos. Sin contar la herencia que te corresponde y el seguro de vida de tu marido. Las cuentas han sido inmediatamente descongeladas. ¡Puedes empezar con tu nueva vida ahora!

– Gracias... creo – farfullo sin lograr alegrarme.

– ¡Siempre has sido más comunicativa! - comenta Annette llevándome hacia la salida. - ¡Es normal, ya se pasará el shock!

Afuera, frente al tribunal, los clanes se dispersan. Los abogados se

reúnen para conversar entre colegas, como si las partes adversarias ya no existieran. Las familias se dislocan, como si ya no necesitaran aparentar. Vittorio Lazzari abandona la suya y se mete a un auto negro con chofer. Calliopé y su madre se relajan, para ir a hablar con los demás. Dante se queda solo, como yo. Lo miro de lejos, quitándose el saco, abriendo el cuello de su camisa, arremangándose para mostrar sus antebrazos tatuados. Volviendo a convertirse en mi apuesto desconocido obscuro y sexy. Muero de ganas por ir a tocarlo, besarlo, llegar hasta su torso y acurrucarme en él. Pero no me muevo.

El tiempo parece congelarse. Nadie está obligado a hacerlo, pero todo el mundo se queda. Parece como si nadie quisiera irse. Como si la caída hubiera sido demasiado brutal. Casi demasiado fácil. Entre la investigación y el juicio, este asunto ha durado dos años. Ocupó todas nuestras vidas. Y ni yo ni todos los demás parecemos saber qué hacer con ellas ahora.

Russell y Patsy se acercan lentamente a mí y casi hasta tengo ganas de abrazarlos. De decirles adiós, de una manera u otra. De perdonarlos, por todo de lo que me acusaron. Y de pronunciar unas últimas palabras para Preston, su hijo a quien amé.

– ¿Obtuviste lo que querías? - me pregunta mi suegra con una voz amarga.

– ¿Perdón?

– Hasta tu hermano era un interesado - interviene mi suegro. - Bastaron un par de billetes para hacerlo decir lo que queríamos.

– Así que fueron ustedes... - suspiro, a falta de algo mejor.

– ¡Parece que los Stone lo llevan en la sangre!

– ¡Disfruten del infierno con todo su dinero! - comenta Patsy.

Luego mis ex suegros se dan media vuelta y me dejan, incrédula, después de insultarme. Soy demasiado ingenua. Esperaba algo mejor de ellos, una disculpa, un intento de reconciliación, o aunque fuera una forma torpe de finalmente compartir nuestras penas. No obtendré nada. Nada más que su desprecio y sus miradas altaneras.

Pueden tratarme como basura, finalmente me siento peor que eso.

Miro al piso y me muerdo las mejillas para contener las lágrimas. No lo logro. Con los ojos empapados y clavados en el asfalto, cuento en mi mente las personas que me han abandonado. Mis padres y mi marido, que tuvieron la genial idea de morirse demasiado pronto. Mi hermano, que olvidó su lealtad al fondo de su billetera vacía. Mi familia política que jamás quiso serlo. Y mi copiloto que ahora quiere

continuar con su camino por su parte. Me fui sola y así es como me quedaré.

– Odio verte llorar - me gruñe una voz ronca al oído.

Dante clava sus ojos negros en los míos como puñales. Me cuesta trabajo respirar.

– Podría irme sin decir nada - continúa con gravedad. - Pero tú también me enseñaste algo. A hablar.

Sonrío con tristeza y no respondo nada, esperando a que sus palabras fluyan, colgada entre sus labios carnosos.

– No tengo nada que reprocharte. Te mentí... Tú me traicionaste... Así es esto. Creo que así es la vida. Todos cometemos errores. Todos nos convertimos en monstruos en cualquier momento. Todos tenemos nuestro lado obscuro.
– Y de luz – comento.
– Tal vez. Pero no creo que podamos borrar todo esto. Reparar algo.
– Ah.
– Tuvimos un viaje hermoso tú y yo.
– Sí... - murmuro llena de dolor.
– Pero creo que ha llegado a su fin, Solveig.

Pronunció mi nombre completo. Ni Sol ni Tutu. Solveig. Nos hemos convertido en extraños de nuevo. Y cada vez me cuesta más trabajo respirar.

– De acuerdo – respondo con una voz ahogada.
– ¿No tienes nada más que decir esta vez? - me pregunta Dante frunciendo el ceño con una mirada obscura.
– No lo creo.

No pienso en nada. Todo me duele. Soy incapaz de pensar, de actuar, de pelear para conservarlo. Siento que mi *dark stranger* se me escapa. El Fénix vuela de nuevo hacia otro lado. Y no tengo el corazón para detenerlo. Prefiero que sea feliz sin mí, si eso es lo que necesita para sobrevivir esta vez.

El sol se brilla sobre nuestras cabezas, más alto que los edificios de Seattle, casi en el cénit. Como si todavía no hubiera decidido de qué lado de la montaña quiere iluminar. A cuál de nosotros dos dejará en la obscuridad.

En silencio, vuelvo a pensar en Martha, la solterona de Montana, y su tarot que me prometió un futuro radiante. Se equivocó, igual que yo. Pienso en Bacalao, que vive feliz sin nosotros en Chicago, y que probablemente no recuerda nada. Pienso en Hell, nuestra chica en fuga gótica, a quien logramos alegrar un poco y quitarle un poco de su soledad, durante un pedazo de camino en Pensilvania. Pero a quien no le cambiamos la vida. Pienso en ese mecánico libidinoso, que debe desquitarse con las pobres conductoras perdidas que se topan con él. Pienso en el sublime *Lago de los Cisnes* en la ópera de Minneapolis. En todos esos horribles moteles que me parecían palacios en mi locura. Y me pregunto cómo pude creer por un instante que nuestro *road trip* terminaría bien.

Por más que huyamos, atravesemos todo el país, disfrutemos un poco de la felicidad, nos dejemos arrullar por el viento, engañar por el amor, la realidad siempre regresa. Fue mi castaño tenebroso quien lo dijo.

– Entonces adiós, Fénix - intento concluir antes de derrumbarme.

– No te estoy abandonando - pronuncia su voz profunda e implacable. - Pero lo elegiste a él. Al pasado. A Preston. Es así de simple.

– No, no lo es... - murmuro para mis adentros.

– No dejes de bailar nunca, Tutu.

Y Dante da media vuelta, se aleja con su andar indolente, con sus tatuajes que ondulan sobre su piel bronceada. Y su pequeña bailarina escondida en el hueco de su bíceps.

Veo todo en blanco y negro, la cabeza me da vueltas, mi corazón estalla, lloro desenfrenadamente y estoy por derrumbarme. Es Calliopé quien me atrapa al vuelo. Me abraza durante algunos segundos. Me ayuda a detenerme. Me susurra que resista, que me aferre. Como ella.

Y ahora el lindo cisne negro vuela, como un ángel efímero.

Continuará...
¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

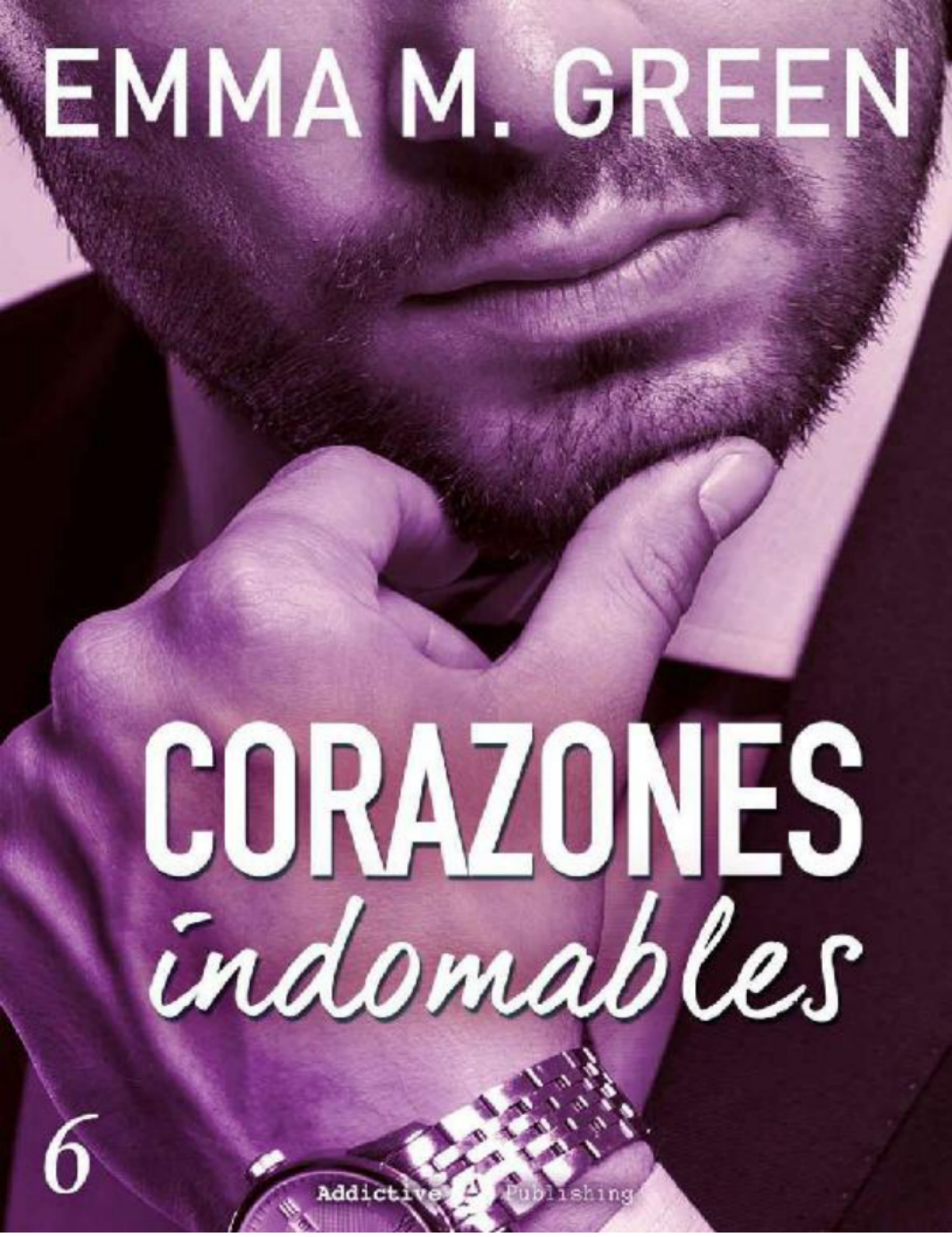
Pulsa para conseguir un muestra gratis

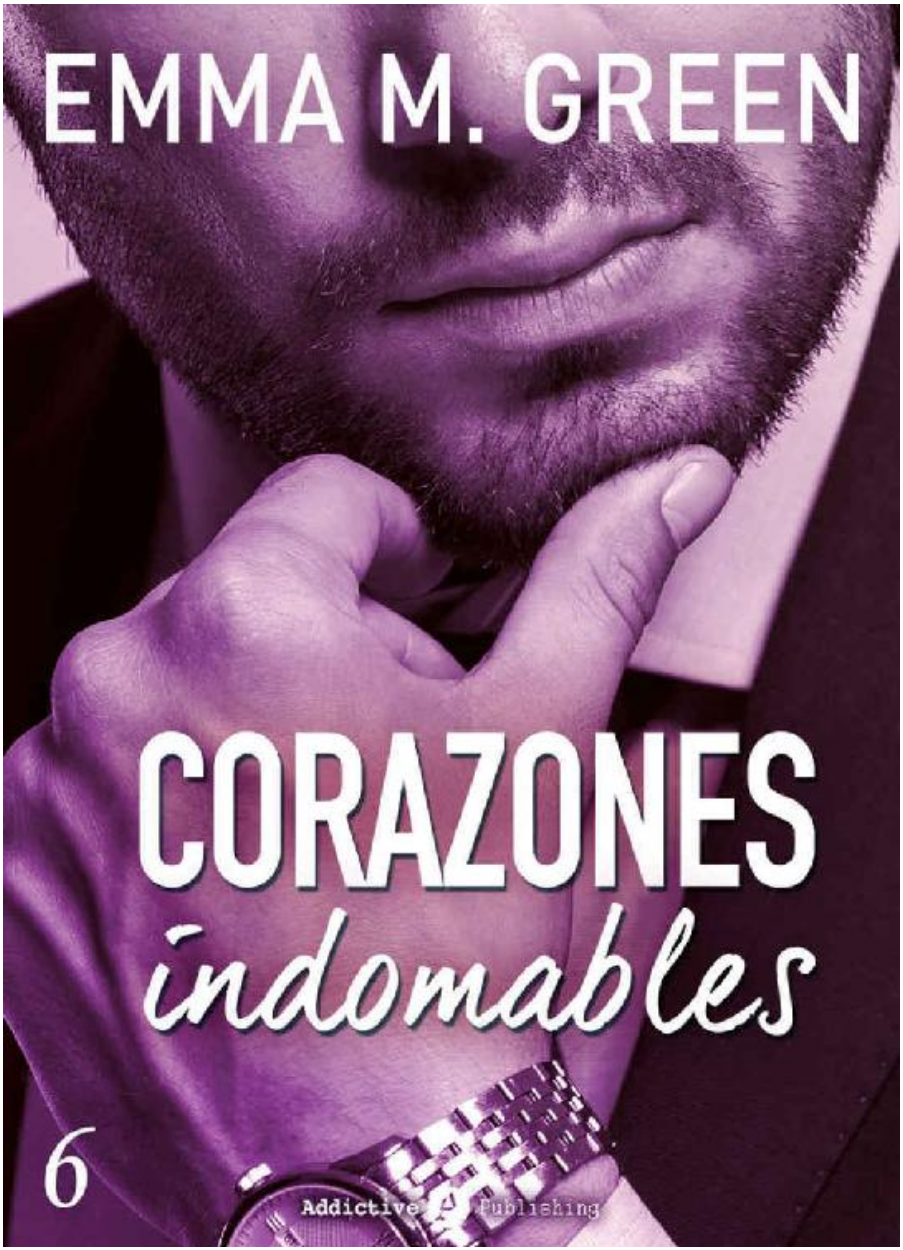
© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris

May 2017

ISBN 9791025737767

ZDAN 005


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
6
Addictive Publishing


EMMA M. GREEN
CORAZONES
indomables
6
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

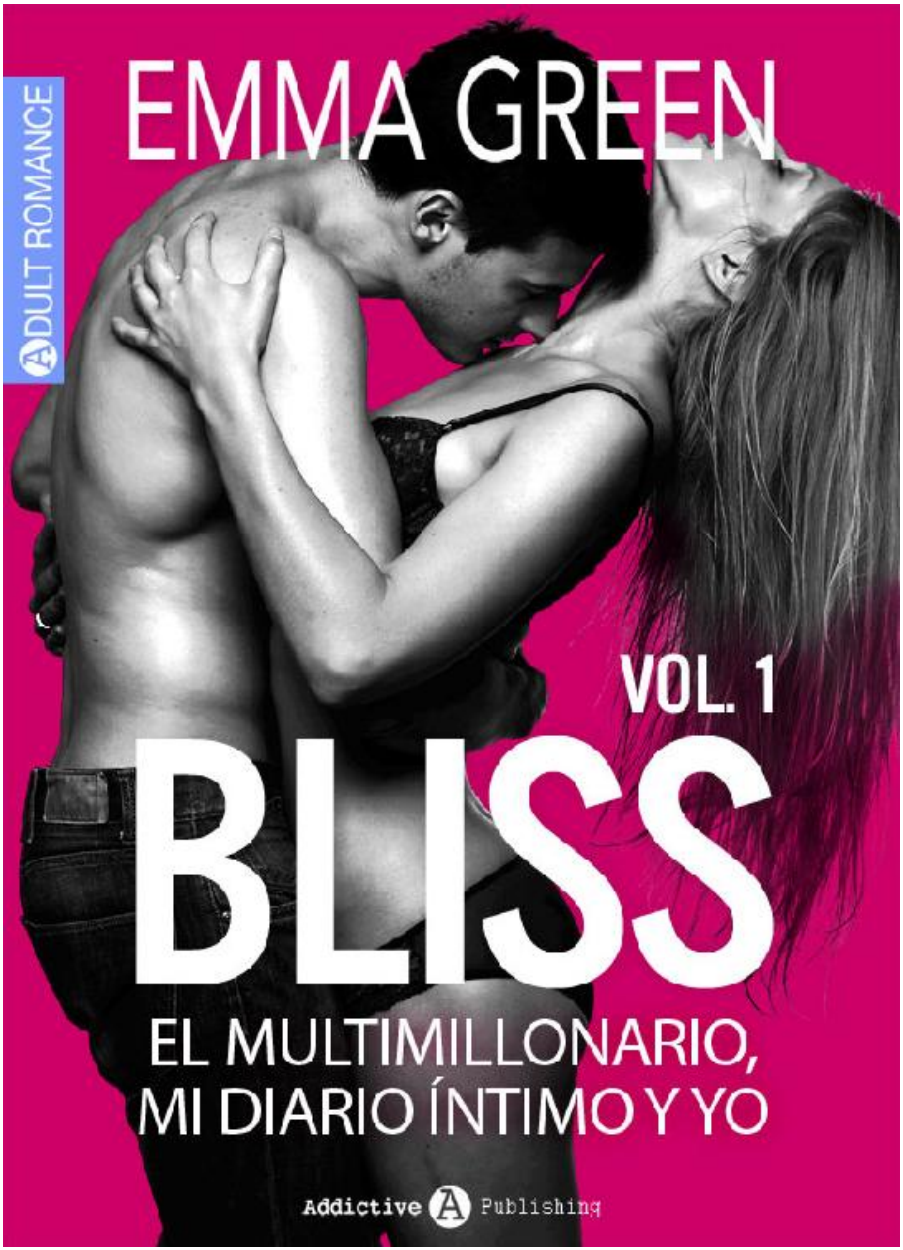
Juegos
insolentes
1
EMMA M. GREEN
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto… Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

Pulsa para conseguir un muestra gratis


ADULT ROMANCE
EMMA GREEN
VOL. 1
BLISS
EL MULTIMILLONARIO, MI DIARIO ÍNTIMO Y YO
Addictive Publishing

En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño… aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.
Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo… o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán… aunque no quieran.

Pulsa para conseguir un muestra gratis

ROSE M. BECKER

EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO

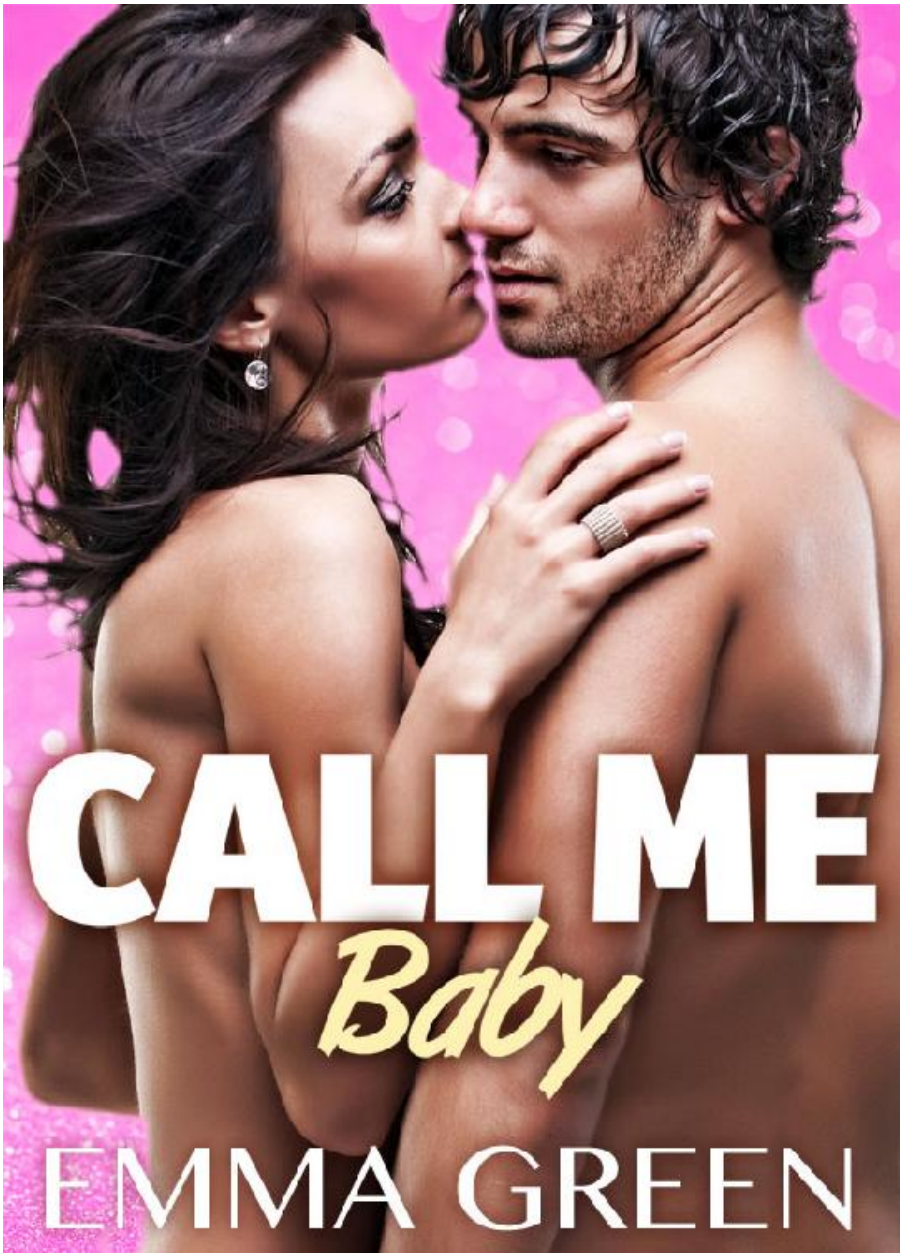
Addictive Publishing

En la biblioteca:

Call me Baby - Volumen 1

¡Emma Green golpea de nuevo! ***”Multimillonario busca niñera.”*** Al llegar a Londres con su hermana gemela, Sidonie esperaba cualquier cosa menos convertirse en la niñera de Birdie, la pequeña hija caprichosa del riquísimo Emmett Rochester. La joven francesa acaba de perder a su madre, su nuevo jefe llora a su mujer, desaparecida dos años antes en un violento incendio. Maltrechos por la vida, estos dos corazones marchitos se han endurecido. Su credo: para ya no sufrir más, es suficiente con no sentir nada. Pero entre ellos la atracción es fatal y la cohabitación se anuncia… explosiva. Objetivo número uno: no ser el primero en ceder. Objetivo número dos: no enamorarse. ¿Cuál de los dos flaqueará primero?

Pulsa para conseguir un muestra gratis


CALL ME
Baby
EMMA GREEN

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

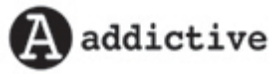
Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

Pulsa para conseguir un muestra gratis

Emma M. Green

Corazones indomables

Volume 6



1. Su ausencia

– ¡Aleluya! – grito, con los brazos al aire, irrumpiendo en la cocina.

– ¿Alelu qué?

– Navidad y Año Nuevo ya pasaron, ya no tenemos que aparentar que nos queremos.

– Gracias…

– Ali, sabes que eres mi segunda persona favorita en el mundo.

– Y el número uno es…

Mi coinquilina imita (muy mal) un redoble de tambores en la orilla de la mesa y espera, con la boca abierta, el nombre del gran ganador.

– ¡Fifi mi ficus, *of course*!

– ¡Sabía que tenía que dejarlo morir! – murmura, falsamente celosa. - ¿Sigues sin tener noticias de…?

– ¡Shht! – la interrumpo. – No pronuncies su nombre, lo prometiste.

– ¡Iba a decir «Pepe el Fénix»! Eso sí lo puedo decir, ¿no?

Meto mi pendiente dentro de la camisa que utilizo como pijama y siento el vacío habitual formándose en mi corazón. Casi me he acostumbrado a la sensación. Aprieto la mordida en lo que pasa. El tiempo suficiente para servirme un *cafe lungo*, que se detiene a medio camino en mi taza.

– ¡Estúpida máquina defectuosa! Con lo que cuesta, ¿no debería recargarse sola?

– Ya van tres meses, Sol…

– ¿Desde que echo pestes contra este aparato?

– Desde que regresaste a Nueva York. Desde que dices groserías en cada frase. Desde que haces esa cara cada vez que hablamos de… él.

– Ali… Mi cuenta bancaria está llena. Nuestro nuevo apartamento es genial. Nuestra planta está viva. ¿De qué nos quejamos? ¿Qué más podríamos pedir?

Le sonrío tristemente y me muerdo las mejillas para evitar que las lágrimas fluyan. Me he vuelto una experta en eso.

– No lo sé – suspira. - ¿Un café bien hecho?
– ¡Exactamente!

Lleno la reserva de agua y me preparo otro *lungo* sobre la mitad del anterior. El resultado es asqueroso. Pero aun así me llevo mi taza y tomo asiento en la mesa de la cocina frente a mi amiga.

– ¿Crees que algún día dejemos de hacerlo?
– ¿Hacer preguntas sin terminar? – se burla mi compañera.
– Tener reflejos de pobre cuando ya no lo somos. No querer arruinar un maldito café.
– Justamente, Sol… Quería preguntarte si podemos abrir un nuevo paquete de gel de ducha o si tenemos que terminar la semana con los restos que siguen saliendo del frasco…

Río y extiendo mis piernas desnudas frente a mí, con los pies puestos sobre la silla vacía frente a mí. La cicatriz en mi rodilla me sonríe amargamente. Le respondo imitando su mueca. Me está haciendo sufrir de nuevo, desde que paso las tardes de pie.

Muchas cosas han cambiado en tres meses. Tomé un avión para regresar. Tenía suficiente dinero para pagarme un billete. Luego dejé mi apartamento asqueroso para rentar uno grande, hermoso, que no oliera a podrido y no matara mis plantas. Pude haber comprado uno, pero no estoy segura de poder quedarme mucho tiempo en el mismo lugar. Después de haber pasado tantas semanas en la carretera, no puedo quedarme quieta en un lugar. Y tengo unas ganas insoportables de irme otra vez. El único problema es que no sé a dónde ir.

Y con quién.

También podría haber vivido sola. Pero cuando uno comparte tanto con alguien que parece su alma gemela, vivir sin él es un infierno. Desde Dante, ya no soporto la soledad. Solveig Siempresola Stone ha sido rebautizada como Sol «Llena vacíos o se muere». Es un poco largo para usarlo de segundo nombre.

Pero muy cierto.

Sin darme cuenta, terminé viviendo con Alicia. Ella me hace reír y poner los pies sobre la tierra cuando floto demasiado alto, hundida en mis pensamientos, ahí donde casi nada puede afectarme. También viene a buscarme cuando cavo demasiado profundo, cuando quiero

desaparecer debajo de la tierra, recostarme y no volver a levantarme nunca. Cuando Preston murió, creí tocar fondo. Pero la pena de esa época me parece poca cosa comparada con lo que estoy sintiendo en este momento. Dante no está muerto, solo vive lejos de mí. Por elección.

Y eso duele todavía más.

Así que tuve que llenar más vacíos. Que colmar mi vida para no ceder ante este deseo de saltar al abismo. En vez de un loft de millones, preferí comprarme un café. No una miserable taza con líquido adentro. No, un lugar que fuera mío, lleno de luces, de ruido y de gente. Mi banquero me dijo que debía invertir todo ese dinero en alguna parte. Desde que descongelaron mis cuentas, estas han crecido. Gracias al seguro de vida de Preston, mi herencia de viuda y las compensaciones e intereses que gané en el juicio. Ignoro cuánto dinero tengo, pero estoy segura de que es una suma indecente.

Y Dante tenía razón: «Tenerlo todo no cambia nada».

Sí, eso me permite quedarme hasta tarde en cama todas las mañanas. Comprar cafeteras que te digan *¡Buenos días!* aunque sea mediodía. Encender la calefacción lo suficiente como para poder pasear en shorts en pleno mes de enero.

– ¡Qué lejos he llegado! – comento con ironía en voz alta.
– ¡¿Qué?!
– ¡Espero que estén orgullosos, mamá y papá! – lanzo poniendo los ojos en blanco.
– ¿Me perdí el inicio de esto o siempre estuvo en tu cabeza?
– ¡Mierda, Ali! ¡Haz un esfuerzo esta vez! ¡No es tan complicado leerme la mente!

Ella ríe y se pone de pie, lleva nuestras tazas a la cocina y anuncia que el día ha comenzado.

– ¡Andando, a trabajar! Ya estoy harta de verte deambular en pijama con esa cola de rata y esos ojos de panda.
– Francamente, ¿qué caso tiene desmaquillarme por la noche si me voy a volver a maquillar en la mañana?

¿Y por qué me dejaría crecer el cabello si a él le gustaba corto?

¿Y por qué me molestaría en peinarme cuando a él le gustaba despeinada?

¿Y por qué sigo haciendo cosas para un hombre que no las ve?

Muy simple: porque así lo siento un poco menos lejos de mí.

– ¡Sol! – grita Ali chasqueando los dedos frente a mi rostro. - ¡Toma una ducha, péinate, maquíllate y vámonos!

Sigo a mi guía y siento el corazón un poco más ligero.

***

Una hora más tarde, hago que mi amiga suba a mi nuevo Chevy. Bueno, es nuevo en mi vida pero es de segunda mano, casi el mismo que antes, sin el olor y con un aire acondicionado y una radio que sí funcionan. Hasta puse una manta roja en el asiento trasero por si algún día me encuentro un perro abandonado que necesite ser salvado. O uno perdido que tenga frío.

Hay costumbres que nunca se pierden.

– ¿Podemos poner la calefacción o te gusta esa brisa glaciar de dos grados bajo cero que llega desde afuera? – resopla Alicia intentando calentarse los dedos.
– Lo siento, todavía no sé cómo encenderla.

Ali se pone a probar todos los botones del tablero mientras que yo conduzco, bien abrigada, hacia Williamsburg. Una colonia un poco deteriorada de Nueva York que se está poniendo de moda. Un enclave de Brooklyn a orillas del East River. Tenía ganas de agua. Y de autenticidad. Ahí es donde se encuentra mi pequeño café. Entre una barbería para *hipsters* y un restaurante vegetariano. Todavía no tiene buena cara. La cortina de hierro cerrada está llena de graffitis coloridos pero no muy lindos y posters arrancados que sin duda nunca lograré arrancar completamente. Pero me gustan esas marcas del tiempo y de la gente que ha pasado por aquí. Decidí no cambiar nada. Solo el nombre.

– ¿Estás segura de querer llamarlo así? – me pregunta Ali cuando nos estacionamos enfrente.
– Podemos regresar a *Chez Tutu* si así lo prefieres.
– No, eso suena a una estética veterinaria.
– ¿*El lugar donde nunca dejan de bailar* ?
– Demasiado largo. Y suena a un burdel.
– ¿El *Nuncasola* ?

– ¡Auxilio! ¡Es demasiado triste! ¡Mejor llámalo *Café S.O.S.*!
– ¡Entonces ya ves que el nombre es perfecto!

Sonrío levantando la mirada hacia la fachada negra con letras doradas que instalamos recientemente. *Not that simple*. «No es tan simple». Porque sé mejor que nadie que las apariencias pueden ser engañosas. Como un café feo y banal que puede esconder tesoros de calor y humanidad. Como basta un poco de luz tenue en un lugar para encontrar su alma.

Acomodé mi café como si fuera la sala de una casa. En lugar de taburetes de bar y mesas bistró, hay grandes y profundos sillones de frente a algunas mesas bajas. En vez de una barra, hay viejas encimeras que restauré y alineé para que los cajones pudieran ser utilizados por todo el mundo. Adentro de estos, las tazas, los cubiertos, los platos y las servilletas están a disposición de los clientes. Sobre los mostradores, hay fuentes de té, de café y de chocolate caliente para que puedan servirse «libremente», donas, galletas y panqués. Y por supuesto, también hay una pirámide de barras de chocolate. Varios refrigeradores guardan agua, sodas y smoothies frescos, ensaladas de frutas en platos de plástico y hasta yogurt. Solo las bebidas alcohólicas están guardadas al otro lado del bar. Solo Ali y yo tenemos acceso ahí. En la pared, instalamos una pantalla plana sin sonido, como cuando uno la deja prendida en su casa sin realmente verla. Tuve que decidir el precio de todo esto. Pero como todo el tiempo estoy cambiando de opinión, los escribí en unas pizarras negras colocadas por todas partes. De todas formas, como cada quien se sirve lo suyo, no estoy segura de que todo el mundo pague lo que se sirvió. Casi hasta estoy segura de lo contrario. Este lugar nunca será «un negocio rentable», pero esa no es mi intención. Quería un café donde las personas pudieran pasar el día, donde se sintieran tan cómodos en los sofás que no quisieran volver a levantarse.

Y creo que por primera vez, lo he logrado.

Por las noches, mi pequeño salón «como en casa» se transforma en un piano-bar. Alicia la hace de mesera mientras que yo hago como si atendiera la caja. También contraté a una chica que cantaba en la calle y a un tipo que solo toca jazz, para tener un ambiente musical distinto cada noche. No estoy segura de que sean muy buenos. Pero quiero hacerles un favor. Y creo que los clientes no ponen mucha atención de todas formas. Ni modo. Lo que importa es que haya ruido de fondo. Que tengan la impresión de estar un poco menos solos, de tener un poco menos de frío, en un pequeño lugar íntimo en el corazón de la Gran Manzana. Haber creado un lugar así en tres meses

es mi más grande orgullo. Y no puedo decir que tenga muchos. Pero al fin me puedo ver orgullosamente en el espejo cuando me seco las lágrimas bajo mis ojos de panda.

Como todos los días, preparo los litros de té y de café mientras que Ali instala las montañas de galletas y postres que nos reparte cada mañana un repostero neoyorkino. Podría dejar de trabajar. Contratar a más gente. Pero necesito mantenerme ocupada.

– Un tipo con perforaciones en todo el cuerpo acaba de preguntarme si podía instalar un salón de tatuajes al fondo de tu bar – se burla Alicia regresando de afuera.

– Es una buena idea… - respondo distraídamente.

– ¡¿Qué?! ¡Lo mandé al diablo! ¡Tenía picos de metal en lugar de cejas, Sol!

– Así no tiene que depilarse – agrego alzando los hombros.

– ¿Quieres que lo llame?

– No…

Los fénix y las bailarinas tatuados bailan en mi mente como mosquitas que uno no logra apartar de su campo de visión. Me acomodo sobre uno de los sillones para despejar mi mente, con una computadora portátil sobre las piernas. Mi ritual de todos los días puede comenzar. Intercambio mails con mi contadora, mi banquero, mi abogada (con quien nunca rompí el contacto). Luego le envío tonterías a Phoebe, quien está preparando su boda y se pregunta si puede casarse con su bombero usando un pantalón y una camiseta blancos. Le digo que sí.

Activo mi búsqueda en Google, como casi todos los días desde hace casi tres meses. *Dante Salinger*. Acecho la menor señal de vida suya. Una nueva exposición de fotos. Una campaña publicitaria para la marca Lazzari. Un artículo en la prensa sobre su famosa familia. Nada. Si su objetivo era desaparecer de la faz de la tierra, no lo podría haber hecho mejor.

También lo busco en la calle. Creo reconocerlo en cada tipo con ojos negros, con brazos tatuados, con barba naciente o el ceño fruncido. A veces me abalanzo sobre este desconocido y le lanzo una flota de palabras sin sentido, teatrales, apasionadas. Antes de darme cuenta de que no es *él*. Que parezco una idiota. Una loca. Una perdida.

Y me gusta pensar que eso lo haría sonreír. Aunque sea un poco.

2. No es tan simple

Not that simple nunca abre a la misma hora. En general, dejo una nota en la fachada cada tarde, para decir a qué hora levantaremos la cortina de hierro al día siguiente. Según mi estado de ánimo, mi fatiga o mi humor del día. Se ha convertido en una manía, una costumbre que los clientes regulares aprecian. Los demás solo encuentran las puertas cerradas y se van.

El día de hoy, los clientes comienzan a llegar al café a principios de la tarde. Cerca de las cuatro, los sillones se llenan al igual que las copas. Junto con Ali, siempre imagino su vida, la razón de su presencia aquí. Algunos desempleados que ya no aguantan estar encerrados en su casa viendo los mismos programas de concursos que sus abuelos. Trabajadores nocturnos que solo vienen para despertarse, toman su desayuno aquí antes de comenzar su jornada de mesero, enfermera, strip-teaser, bombero… A veces es difícil distinguirlos. Y además, como estamos en una colonia de moda, también hay artistas sin inspiración que se han estado rascando la cabeza todo el día, terminaron por lanzar sus pinceles y salieron corriendo de sus talleres, decidiendo súbitamente «¡Ya estoy harto, me voy de aquí!». Así fue como llegaron aquí para degustar un café único de dos dólares hasta que anochece. Fue por ellos que creé la oferta de «a voluntad». Uno se siente un poco menos miserable con una taza llena enfrente.

Conozco bien esa sensación.

Cerca de las seis, llega la horda de empleados recién salidos de sus oficinas. Y Ali y yo seguimos preguntándonos qué es lo que les impide regresar a sus casas de inmediato. Un trabajo terrible que los obliga a liberar tensiones. Un colega con el cual no debieron coquetear. Un jefe al que alguien debería azotarle la puerta en la nariz. Regaños que deben repasar en sus mentes. Reuniones que deben revivir para saber si de verdad estuvo tan mal. Entrevistas en las cuales les hubiera gustado decir muchas cosas más, o menos. Es increíble la cantidad de personas solas que mueven los labios como si hablaran con alguien. Mientras que los dúos o tríos se hablan muy poco. Ya lo estuvieron

haciendo todo el día: aquí, solo necesitan tomar un trago, respirar un poco, mirar a los demás y asegurarse de que hay personas a quienes les va peor que a ellos.

Esa también es una de mis actividades preferidas.

Cerca de las ocho llegan los suertudos de la noche. Los que se permitieron una velada libre entre semana. Quienes dejaron a sus hijos con sus cónyuges, le enviaron un mensaje a sus escasos amigos que no ven lo suficiente: «Vamos a danzar hasta el final de la noche como cuando teníamos veinte años y no nos importaba el mañana». El amigo fatigado respondió «De acuerdo pero no muy tarde. Ni muy lejos. Y si es posible, no muy ruidoso.» Finalmente, más que una noche desenfrenada en el club, será una simple cerveza en el café de la esquina, el mío, e ir a la cama antes de medianoche. Y al regresar, pensarán lo mucho que les gusta regresar a su nido.

Yo no tengo ningún polluelo ni fénix que me espere en casa…

Cerca de las nueve, Ali me dice que ya casi no tenemos vino blanco. Y que nadie quiere tinto. Todavía no manejo muy bien las provisiones. Entonces ofrezco una ronda de «lo que quieran» a los quince clientes sentados en mis sillones. Y estos me sonríen como niños que acaban de ganar una vuelta más en el carrusel. Aun cuando ya están un poco mareados. Me acerco hasta el pianista de jazz y le digo:

– Toca menos fuerte, que es jueves. Todos tienen migraña.

Amo a esta gente. Me hace bien cuidarlos más que a mí misma. No los conozco pero los amo desde el momento en que toman asiento. Y aun así, tengo la impresión de conocerlos un poco. Porque todos somos un poco parecidos en el fondo. Atrapados en nuestras vidas que nos gustan lo suficiente, aun cuando soñemos con las de los demás. Dar la vuelta al mundo en barco. Comprar un boleto sin regreso a la Patagonia. Un *road trip* que no termine nunca. Una probadita de libertad y locura.

Los amo y los admiro. Porque siempre logran regresar a casa. Amar la vida que llevan, los trabajos que tienen, las personas a las que eligieron o los humanitos que fabricaron. Pensar que eso es la felicidad y nada más. Que no necesitan buscarla más lejos. Me pongo celosa, con un nudo en el corazón y un vacío en el estómago. Estoy mortalmente triste. Podría llorar aquí y ahora.

***

Cerca de las diez de la noche, creo escuchar la horrible melodía de *Titanic*. Y hasta una voz que retoma «My heart will go on». Debo estar alucinando. O alguien debe estarla escuchando en su celular. Un minuto más tarde, es la sinfonía de Beethoven lo que resuena en mi café. Reconozco las famosas primeras notas, las que el perro ladra en la película. Y ahora sí perdí la cabeza. Me pregunto quién le puso droga a mi trago. Sí, tomo mientras trabajo. No, no debería. Pero no es como que vaya a conducir.

– ¿Qué le sucede a tu pianista? – me pregunta Alicia cerca de la caja.

– No lo sé, tal vez no sabe qué tocar…

– ¡Pues mejor que lo averigüe pronto! – comenta mi amiga con una mueca.

Me decido a levantar la cabeza hacia el piano al fondo del bar cuando escucho una jovial melodía de Freddy Mercury. Mis ojos encuentran a Calliopé Lazzari riendo, sentada sobre el taburete de mi pianista. Ella toca *Bohemian Rhapsody* tarareando la letra y martilleando las teclas como toda una estrella. Todos mis clientes dejan de hablar para escucharla y se ponen a cantar el éxito de Queen. Y mi pequeño café de Williamsburg se transforma de pronto en una sala de conciertos. Mi corazón y mi vientre se llenan de sonrisas, de sorpresas, de preguntas y de innumerables sensaciones que burbujean dentro de mí.

La linda castaña suspende sus manos sobre las teclas y le hace una señal a mi pianista para que siga, a media canción. Ella deja su taburete respirando con dificultad y apartándose el flequillo de la frente. Y, vestida con un mini vestido rojo con unas *moon boots* de piel negras, llega hasta mí.

– ¡Es muy agradable tu bar! Tan extraño como tú – me dice en forma de saludo.

– Tomaré eso como un cumplido… - farfullo con una sonrisa de vacilación.

– Me hubiera gustado darme una vuelta para abrazarte, pero la última vez que hice eso, estabas llorando mucho. Y no soy muy buena para consolar a las personas.

– No sabes cuánto bien me hizo tu abrazo… - respondo en voz baja, recordando nuestra despedida frente al tribunal de Seattle.

– Fue hace una eternidad, ¿cierto?

– Pero parece que fue ayer… - respondo llena de emoción.

– Bueno, Tutu, ¿tomamos algo o nos seguimos sintiendo incómodas? – me propone Calliopé con su energía habitual.

Río y nos sirvo una generosa copa de vino tinto. Recuerdo que a ella le gusta, como a mí y a Dante, como la noche en que cenamos los tres en la mansión de Kenilworth. Fue al principio de nuestro *road trip*. Hace como un siglo de eso ya.

– ¿Qué estás haciendo aquí, Callie? – le pregunto después de brindar. – Y no me digas que el mundo es muy pequeño.

– No, solo que investigué un poco. Quería verte.

– ¿Para…?

– Verificar que el dinero no te haya cambiado. Que sigas siendo humilde – dice poniendo los ojos en blanco.

– ¿Y…?

– Y hablas menos que antes. ¡Pero todo lo demás parece en orden! – declara observando mi pequeño café fuera de lo ordinario.

– Tenía ganas de crear un lugar especial – explico. – Donde uno pudiera sentirse como en casa. O mejor que eso, cuando uno tiene un apartamento horrible, familia que no merece ese título, pocos amigos, nada de amor en su vida… Y cuando una no tiene ganas de adoptar un perro o de terminar solterona con miles de gatos, pero que de todas formas se siente sola…

– Estás delirando de nuevo.

Y Calliopé suelta una carcajada como solo ella sabe hacer, lo cual hace mover su *bun* de cabello negro en la cima de su cabeza.

– ¿Por qué te ríes? – pregunto entrecerrando los ojos.

– Acabo de imaginar a miles de gatos de todos los colores, acostados unos sobre otros, formando un lindo montón.

– Yo pensaba más bien en un montón gigante.

La castaña ríe más fuerte.

– ¡Eso me da ganas de crear un abrigo de invierno! – exclama sacando un cuaderno y un lápiz. Una especie de plumón multicolor con pelos. – Estará compuesto por cuerpos de gatos. Y los botones podrían ser ojos de felinos un poco espeluznantes.

– Está bien, ahora tengo ganas de vomitar… - digo mirando el dibujo.

La diseñadora se pone a garabatear. *Not that simple* en un arco alrededor de su capucha y eleva finalmente la mirada hacia mí.

– ¿Por qué llamaste así a tu bar?

Mi garganta se cierra. Dudo por un instante, pero no me siento capaz de mentirle. Y ni siquiera quiero hacerlo.

– Una de las últimas frases que me dijo…
– ¿Mi hermano?
– Justo antes de partir, ese día, en Seattle… - continúo, asintiendo.
– ¿Qué frase?
– «Tú lo elegiste, así de simple»… - repito, sintiendo el cuchillo hundiéndose un poco más en mi herida.
– Nunca es tan simple como uno cree – murmura Callie. – Ni como uno dice.

Su linda voz quebrada me llega como una caricia al corazón.

– Dante lleva tres meses sin estar bien. Si quieres saberlo…
– No sé si quiero – la interrumpo por reflejo.
– De todas formas te lo voy a decir, porque esa es una e las razones por las que estoy aquí. Él tampoco te ha superado a ti.

Su hermanita me mira con sus lindos ojos color almendra. Y por un segundo, bajo el maquillaje carbonoso, creo ver la mirada del Fénix. Dura, suave. Tierna, atormentada. Verdadera. Una mirada profunda que dice más que mil palabras. Una mirada que pagaría por volver a ver. Y poder clavarme en ella.

– Creo que se sumerge en el trabajo para no tener que pensar – continúa Calliopé. – Sigue con sus fotos. Pero también regresó a trabajar para mi padre.
– No lo puedo creer… - murmuro para mis adentros.
– Lo sé. Yo también creí que lo habíamos perdido. Pero me explicó lo que estaba haciendo. Me dijo que tú eras la única que lo sabía. La investigación. El FBI. Las pruebas necesarias… Sigue queriendo derrotar a Vito. Y lo peor, es que creo que lo va a lograr.

Suelto un largo suspiro de alivio. Y Calliopé vuelve a reír, muy fuerte. Me tomo mi copa de un solo trago para evitar reírme. Pero su carcajada es contagiosa. Y río hasta llorar sin siquiera darme cuenta. Puede ser que llore un poco, pero aun así estoy riendo. Y hacía una eternidad que no me sucedía. Tal vez parecemos locas. Pero me hace mucho bien ya no ser la única.

– No sé cuál de las dos tiene un admirador secreto, pero deberían echar un vistazo – nos dice Ali antes de traernos dos cervezas llenas hasta el tope.

Un inmenso tipo está parado en la entrada del *Not that simple*, con la mano bloqueando la luz como si estuviera buscando a alguien (a pesar de que no hay nada de sol afuera y la iluminación es muy tenue adentro). Lleva puestos unos tenis verde fosforescente, un pantalón de yoga con diseño étnico y un saco negro muy chic sobre una silueta regordeta. Es una mezcla de estilos improbable, a la cual se agrega una gorra amarilla mostaza. Aquí estamos acostumbrados al look exótico de los hipsters, pero no a ese grado.

– ¡Gus, aquí estoy! – grita Calliopé agitando una mano sobre su cabeza.

– Ah, entonces lo conoces – me burlo. – Debí imaginarlo.

– Es mi mejor amigo en las buenas y en las malas – precisa la castaña. – No estamos enamorados ni somos amantes tampoco.

Ella me lanza un guiño de complicidad como si formáramos parte de un club secreto de solteronas.

– ¿Por qué? – le pregunto mientras esperamos a que el famoso Gus llegue.

– Sé hacer muchas cosas, Tutu. Diseñar ropa, tocar lo que sea en el piano, hacer bromas tontas y encontrar a cualquier persona en Nueva York… ¿Pero tener novio? Nunca lo he hecho. ¡Ni lo haré!

No tengo tiempo de preguntarle si solo es un decir. Si está exagerando o no. Y qué le pudo haber hecho su padre para estropearla tanto. El mejor amigo llega y le da un fuerte abrazo, haciéndola despegar del suelo.

– ¡Fue casi imposible encontrar tu café! ¡Y odio a todas estas personas con un look tan moderno haciéndome sombra! – comenta con ironía, mirando a mis clientes.

– Las cejas metálicas – anuncio. - *Esa* es la gran moda ahora.

– Lo pensaré – asiente riendo.

– Gus, te presento a Tutu – interviene Callie. – La chica que traicionó a mi hermano aunque está enamorada de él… y que se esconde aquí esperando que venga a buscarla.

– Muy buen resumen – me obligo a confirmar.

– ¡Hola! – se presenta él por su parte. – Yo soy Gus, puedo parecer gay, pero no lo soy para nada. E insoportable, cuando es todo lo contrario.

– Nunca es tan simple – comento, divertida.

– ¡Pero más que nada, estoy *hiper* mal estacionado! – agrega el chico haciendo gestos de preocupación.

– ¡OK, nos vamos! – decide la castaña. – De todas formas, tengo

que conseguir un montón de gatos. ¡Pero tenemos que volver a vernos, Sol, te extrañé mucho!

Ella anota su número con lápiz al lado del abrigo que diseñó, arranca la página de su cuaderno y me la da. Luego se inclina completamente sobre el mostrador para darme un fuerte abrazo desde el otro lado. Mientras ella me abraza, siento que mi corazón se tranquiliza un poco. Y regresa a tener forma humana, solo por un instante.

– ¡Ciao, esperpento! – le lanzo a Callie sin pensarlo, solo para parecer divertida y simpática.

Me sonrojo de inmediato ante la idea de que el mejor amigo haya creído que era para él. Me muerdo las mejillas de vergüenza pero ambos estallan de risa.

– ¡Adiós, esperpento en tutú!

Y el ángel negro desaparece de nuevo. Tarareando las notas de Beethoven. Y haciendo sus mejores pasos de baile hasta la salida.

3. Enjaulada

Al día siguiente, mi pequeño café a orillas del East River está repleto. Están los clientes habituales, pero también algunas caras nuevas, turistas un poco perdidos, los que nada más vienen a ocupar un sillón… y una decena de chicas con abrigos y coronas de flores, que seguramente vinieron a celebrar una despedida de soltera.

– ¡Mi hermana está embarazada! – me explica la dama de honor muy poco tacto. – Es por eso que se están casando en pleno invierno… ¡Y que estamos teniendo una fiesta sin alcohol!

– ¿Quieres más té? – le propongo con una sonrisa forzada.

– ¿De casualidad no tienes escondida una botella de vodka en estos cajones?

Levanto el dedo hacia la pared, para orientar su mirada hacia la pizarra, que enlista todas las bebidas alcohólicos.

– Mataría por un bloody mary. Pero no puedo, ella me dejaría de hablar por tres semanas… - murmura la chica con las margaritas mirando hacia su hermana embarazada. ¿Y sabes qué es lo peor?

– ¿Hmm? – pregunto distraídamente.

– Mi hermana se llama Mary…

– ¿Cómo la virgen María? – se burla Ali, apareciendo a mi lado.

– Sí, suspira la dama de honor. - Mis padres sí que lo pensaron…

Nuestros tres pares de ojos se voltean hacia el vientre muy abultado de la futura novia y reímos discretamente. Me lanzo a preparar un shot a la bloody mary y se lo doy a la Srita. Margaritas murmurando:

– Será nuestro secreto…

La chica me ofrece una sonrisa devastadora, se toma el líquido de un trago y se aleja para regresar con su pequeño grupo. Y de paso, me gané una corona de flores.

– Te queda muy bien ese popurrí en la cabeza – se burla Ali limpiando el mostrador.

– Yo conozco a alguien que se hubiera reído mucho con eso… - murmuro pensando en mi Fénix.

Mi mejor amiga/coinquilina/empleada me abraza por un instante y luego lanza un estruendoso «¡maldita sea!» mirando la pantalla plana detrás de mí. Me volteo bruscamente, con el corazón a mil por hora, y estoy a punto de desmayarme. A la izquierda de la pantalla dividida en dos, una periodista rubia y con buena figura balbucea algo. A la derecha, una foto reciente de Vittorio Lazzari. Y más abajo, una banda donde se lee: *Al magnate de la moda fue detenido, podría ser condenado a cadena perpetua.* .

– ¡Sube el volumen! – le digo a Ali.

– ¿Ese es el padre de…?

– Sí.

– ¿Tú sabías que…?

– Sí – digo suspirando. – Pero no sabía cuándo saldría a la luz pública.

– Tú…

– ¡Sube el volumen, Ali!

De pronto, la voz de la periodista me llega claramente, a pesar del barullo de los clientes que se ocupan o se indignan detrás de nosotros. La joven habla de «shock», de «catástrofe», y de «escándalo». Ella explica que el Director General del imperio Lazzari está siendo interrogado en este mismo momento por el FBI, que pronto será presentado ante un juez y que podría ser procesado por varios cargos, entre ellos «fraude fiscal», «lavado de dinero», «esclavitud moderna», «trabajo encubierto» y también «violencia familiar y maltrato». Los nombres de Dante, Andrea y Calliopé son citados. Luego una nueva foto invade la pantalla: el rostro entumido de Lynette Lazzari, su madre, lleno de moretones, heridas rojas y bultos de todos los colores. Como un cuadro inmundo. Como en una mala película de terror.

– La obra de su marido – pienso en voz alta. – Tal vez la última, la que estuvo de más… La que lo enviará a prisión por el resto de sus días.

Uno puede creer en los milagros, ¿no?

– ¡¿Él fue quien hizo eso?! – se llena de rabia Alicia. - ¡Pero si se suponía que ese tipo era un santo! ¿Y golpeaba a sus hijos? ¿Explotaba niños en China? ¡¿Se robaba el dinero de otros como si le hiciera

falta?!
– Déjalo, Ali, ya le tocará pagar – digo sonriendo tristemente.
– ¿Golpeaba a Dante? . pregunta ella de pronto.

Por toda respuesta, le lanzo una mirada llena de lágrimas. Mi amiga apaga el sonido, hace volar la corona de mi cabeza, me toma la mano y me lleva algunos metros más lejos.

– ¡Elige tu veneno! – me ordena.
– Whisky. Puro.
– ¡Pero odias el whisky!
– Lo tomaré en honor a alguien… - resoplo.
– A tu tenebroso – adivina.
– A mi héroe.

El líquido corre por mi garganta, quemando todo a su paso. Igual que mi amor por él, que me hiere tanto como me eleva.

Dante lo hizo, logró enterrar a ese padre que hizo sufrir a todos los que él amaba. Venció al gigante, el intocable, el Todopoderoso. Mi Fénix lo hizo enfrentando a sus propios demonios. Asumiendo su pasado, todas esas imágenes, esos recuerdos que duelen, que aterran, que humillan. Dante es un niño golpeado. El día de hoy, lo afirmo a lo alto, sin vergüenza ni miedo.

Y lo amo a morir.

– ¡Otro! – digo extendiéndole mi copa vacía a Alicia.
– ¿Estás segura?
– ¿Te parece que estoy dudando?

***

Seré honesta: bebí demasiado. Y los zapatos de mi coinquilina lo recuerdan bien. Alicia me obligó rápidamente a subir a un Uber y, mientras que yo cantaba *I will survive* a todo volumen contando los faroles con mi chofer – muy contento – ella se ocupó de cerrar el café.

Al llegar a mi casa, no resistí. Saqué mi teléfono y escribí las pocas palabras que llevaban demasiado tiempo dando vueltas en mi cabeza.

[Eres libre, Fénix.
Sabía que podrías hacerlo…]

Miro mi pantalla durante una eternidad, acechando los puntos parpadeantes que indiquen una presencia al otro lado de la línea. Pero nada sucede y, muerta por dentro, me arrastro hasta mi cama y me duermo vestida, con el rímel corrido y el pelo enredado.

Después de todo, no hay nadie aquí para verme en este lamentable estado.

Absolutamente nadie

Una vibración me despierta, algunas horas más tarde. Y, con los ojos entrecerrados por el sueño y una resaca enorme, leo el mensaje que aparece unas cien veces:

[Gracias Tutu.]

«Gracias». «Tutu». Punto. Y ya. Analizo durante toda una hora los aspectos positivos y negativos de este mensaje tan corto. No es frío, para prueba está el «Tutu». Aunque tampoco es muy cálido. Más bien es diligente. Por no decir cortante. El punto parece final. No llama a ninguna respuesta de mi parte. Nada del tipo «Te extraño». «Te amo». O «Ven, regresemos al camino, esta vez será por siempre.»

Escribo esta última locura que se me viene a la mente y estoy por enviarla. Pero mi dedo se resiste. Como si estuviera dirigido por mi instinto, que me dicta que sea paciente. Que no haga nada brusco.

– Ven a buscarme, Fénix… - murmuro soltando mi teléfono. – Ven, te estoy esperando.

Y me vuelvo a dormir en estas sábanas suaves, que no huelen a él. En este bello apartamento neoyorkino que él nunca ha pisado. En mi jaula de oro, tan vacía sin él.

***

Me tardé dos días en reponerme de la resaca. Y en dejar de mirar la pantalla de mi teléfono todo el tiempo, esperando una «continuación» de su mensaje.

Esta mañana estoy más fresca. Más jovial. Soy más yo. Decidí salir de mi jaula. Vivir por fin.

– Busqué el amor. Lo encontré. Lo perdí. Ya no lo busco más.

– Sol, estás hablando sola – se preocupa Ali, frente a su plato de cereal.

Le robo su cuchara con todo y la granola que hay en ella.

– Lo sé – comento alzando los hombros. – Es una de mis *particularidades* que tanto te gustan, ¿no?

– ¿No te gustaría buscar ayuda profesional? – me pregunta prudentemente.

– ¿Un psicólogo? ¿Para qué? Te tengo a ti – respondo sonriendo.

– A menudo miras al vacío…

– Es una pena de amor, Ali. Cientos de miles de humanos la han sufrido antes que yo.

– Ya llevas tres meses…

– Lo voy a amar igual dentro de treinta años.

Al decirlo, me doy cuenta de que es cierto. Dante Salinger se ha metido en mi piel. Y por más que lo intente todo, que pasen los días, los meses y los años, nada podrá sacarlo de mí.

– ¿Estás segura de que es normal? – murmura mi coinquilina.

– La «normalidad», es muy molesta. Así que prefiero sufrir, si eso quiere decir que nunca estaré aburrida. ¡Me siento viva!

Ella suspira, yo le sonrío regresándole su cuchara, salto de mi taburete, doy media vuelta y entro a mi vestidor para cambiarme. Veinte minutos más tarde, entro en mi Chevy y conduzco hasta Williamsburgh apenas evitando un stand de hot dogs, un pastor alemán en fuga y una carriola abandonada por una niñera exhausta. Abro mi café, preparo litros y litros de bebidas calientes, saludo y le sirvo a los primeros que llegan, recibo el envío de dulces – me como uno aunque no sea lo más profesional – y enciendo la radio para menearme.

Solo que lo que suena son las noticias. Y la periodista pronuncia ese maldito nombre que me acecha – y se deshace de mi buen humor.

– Actualización del caso Lazzari: el millonario no solamente negó categóricamente todos los cargos en su contra, sino que ya pudo pagar su fianza de dos millones de dólares para salir de prisión. El ex director general ahora sido asignado a una nueva residencia, se le prohibió entrar en contacto con los miembros de su familia y se quedará bajo vigilancia hasta su juicio…

Apago el radio y me volteo hacia mis clientes, impacientes por ser atendidos.

– Lo lamento – me disculpo con el castaño alto que tamborilea sobre la barra.

– No hay problema, yo también estaba escuchando. Tomé un *latte* grande para llevar – me indica mostrándome su vaso. – Y todo eso son mentiras…

– ¿Perdón?

– Si quieres mi opinión, Lazzari es inocente. Su hijo simplemente quiere tomar su lugar. *«Tu quoque, mi fili»*, ¿sí te das cuenta?

Me quedo perpleja frente a su aplomo. Y me doy cuenta de que él no debe ser el único que piensa así.

– Vittorio Lazzari no es nada como Julio César. Y Dante Salinger no es nada como Brutus… - gruño sacando su ticket. – Evitemos generalizar sin saber.

Tomo el billete de cinco dólares que me da y paso a la persona siguiente. Una linda pelirroja de unos cuarenta años, que tiene un panqué en la mano y pone de su parte:

– Claro que es culpable, ¡¿ya vieron la foto de su esposa?!

Le doy su cambio intentando no formar parte del debate, pero el tipo detrás de ella se mete.

– Él es multimillonario, no le teme a nada – suspira. – Así es como funciona el mundo…

– ¡Pues su otro hijo se llevó cinco años de todas formas! – responde el primero, que sigue ahí.

– ¡Debió haberse llevado veinte! – responde la pelirroja. – Todos son unos corruptos…

Les sirvo todo lo que piden, cobro y corro a la bodega, Necesito urgentemente hacer un pseudo inventario. Y alejarme de todo esto.

O más bien, sacar de nuevo mi teléfono. Pero esta vez para marcar otro número.

– ¡Calliopé al habla! Si es un periodista buscando una «entrevista exclusiva», favor de comunicarse con: ¡mi trasero! Pero últimamente este está muy ocupado, así que tendrá que esperar…

Sonrío al escuchar la voz quebrada e insolente de la castaña, pero digo antes de que cuelgue:

– ¡Callie, soy yo!

– ¿Quién yo? – pregunta sin confiar.

– ¡Solveig!

– ¡Tutu! Lo siento, no tenía guardado tu número. ¡Lo voy a guardar!

– ¿Tienes dos minutos?

– Más que eso. Voy contigo, estoy cerca.

– ¡Estoy en el café!

– Lo sé. *Siempre* estás en el café, Tutu – ríe la italiana antes de colgar.

No sé muy bien cómo tomarlo, pero decido contar los paquetes de café – por país y por variedad – en vez de darle vueltas a la cuestión. Interrumpo mi inventario dos veces para ir a ayudar a mis clientes que no han comprendido muy bien el principio de «autoservicio», luego veo llegar a la diseñadora… con un flequillo rojo escondiendo sus ojos a medias.

Calliopé Lazzari se quita su abrigo con diferentes tonos de gris y descubro lo que lleva puesto abajo. Un conjunto con cuello de tortuga y completamente negro, ceñido en la cintura por un cinturón de cuero y encaje. Sus zapatos con tacones plateados resuenan en el piso con ligereza, mientras que ella llega hasta mí detrás del mostrador.

– ¿Pelirroja? – pregunto saludándola.

– Es una peluca – susurra. – Así no me reconocen en cada lugar al que voy…

– Sus fotos salieron en las noticias – adivino.

– Evidentemente. Estúpidos periodistas. Dinero. Justicia. Mi padre fue liberado bajo fianza y somos nosotros quienes pagan la cuenta… ¡Nos acosan noche y día! – suspira triturando su bolso de mano multicolor – tan moderno como el resto de su atuendo.

– Lamento mucho que tengan que estar viviendo todo esto… - declaro sinceramente.

– Gracias Tutu.

«Gracias». «Tutu».

– ¿Sabes cómo está *él*? – pregunto en voz baja.

Calliopé se sirve un café, le agrega una tonelada de azúcar y se lo lleva a los labios. Luego se recarga en el mostrador observándome con sus bellos ojos negros. Me estremezco, por lo mucho que estos se parecen a los de su hermano.

– Le duele.

Me cuesta trabajo pasar saliva, pero logro preguntar:

– ¿No está demasiado… solo?
– Yo lo estoy cuidando – me sonríe dulcemente. – Bueno, ya lo conoces. Más bien es él quien me cuida a mí. A mamá. Al mundo entero. Pero la prensa no nos deja en paz. Es humillante llevar la etiqueta de «niño golpeado» en la frente. Y además… te extraña. Creo. No, lo sé.

Una lágrima se escapa y marca su camino a lo largo de mi mejilla. Callie la recupera con la punta de su dedo y le sopla. La interrogo con la mirada.

– Es para que la infelicidad se vaya. Fue Dante quien inventó eso, cuando éramos pequeños. Eso nos ayudaba, a Andy y a mí.

Suspiro, me seco las lágrimas y me paso las manos por el cabello soltando un grito ronco.

– ¿Tú cómo estás, Solveig?
– De maravilla, ¿no se nota? – río con tristeza.
– Creo que ese juicio no perdonó a nadie…
– Yo gané mucho dinero… y perdí todo lo demás.
– ¿A Dante? ¿Y… a tu hermano?
– ¿Jonas? Ese ya no es mi hermano.
– Eso dices, pero serás la primera en darle la mano el día en que te necesite…

Alzo los hombros, cansada de pensar en el hombre con quien crecí y que me traicionó, y voy a cobrarle a dos nuevos clientes. Cuando les deseo un buen día, Calliopé está parada a diez centímetros de la caja.

– ¿Y tus excelentes suegros? – me pregunta con un tono sarcástico.
– ¿Los Camden? Nunca más volveré a escuchar de ellos.
– ¿Cómo puedes estar tan segura?
– Dos palabras mágicas: «falso» y «testimonio». Están demasiado avergonzados como para correr atrás de mí. Igual que su amante mitómana.
– Qué bueno – resopla la pelirroja mordiendo una dona.

Sonrío viéndola fingir un orgasmo y agrego:

– Tu hermano me lo había advertido.
– ¿De qué hablas?
– Me dijo que vivías la vida al máximo…

Ella ríe.

– Me conoce bien – confirma.
– Creo que tiene un don para eso.
– ¿Un don?
– Sabe leer directamente del alma de las personas – murmuro. – Desbarata los secretos, hace salir la verdad. Para que el dolor nos deje y nuestro corazón se vuelva más ligero. Tu hermano es un ángel, de hecho. Un ángel obscuro, tenebroso, pero un ángel al fin.
– Yo también lo creo – sonríe. – Es la única persona que conozco que sepa hacer eso…
– Y lo alejé.
– Tal vez regrese.
– Ese es mi problema, Callie. No estoy segura de que los ángeles den segundas oportunidades…

Ali llega al mediodía en punto para empezar con su turno y nos encuentra en el piano, sobre el mismo asiento. Calliopé intenta enseñarme la melodía de *No woman no cry*, sin lograr mucho.

– Sería mejor que la dejaras tomar un poco de aire… - se burla mi coinquilina saludando a la virtuosa que su puso otra vez a tocar.
– Lo estoy pensando seriamente. O huir. Sin regresar. Sacrificando mis tacones, que tendré que abandonar para correr rápido.

La pelirroja estalla de risa, imitada por la traidora castaña – quien su pone su delantal de mesera.

– Muy chistosa. No soy tan mala… - lanzo intentando hacer una demostración.

Intento tocar la canción, me aplico, le pongo toda mi buena voluntad, pero soy incapaz de recordar la tercera nota. Y ni se hable de las siguientes. Ali se ríe, Callie suspira, le lanzo una mirada a los clientes que probablemente esperan a que esta carnicería se acabe.

– ¿Crees que paso demasiado tiempo en este café? – le pregunto a la italiana.
– Ligero eufemismo…
– Ella tiene razón – confirma Alicia.
– ¡Entonces llévame! – decido levantándome de pronto.

Calliopé se levanta también, cierra el piano y dice con una voz incómoda:

– ¿Llevarte? ¿Pero dónde? Tengo demasiadas cosas que hacer.

Tengo que ver a varias personas.

– ¡Me quedaré callada! – exclamo. - ¡Ni notarás que estoy allí! ¡Ya verás que sé muy bien cómo hacerlo!

– Tutu…

– Callie, ¡decidí que este día será diferente!

– ¿Y?

– ¡Y gracias a ti lo va a ser!

4. Blanco y negro

Quince minutos más tarde, al volante de su auto con los espejos retrovisores personalizados, Calliopé nos hace atravesar el puente que cruza el East River y lleva a Rikers Island. La pequeña isla del Bronx que alberga la prisión más famosa de Nueva York. No hay que ser adivino para comprender.

– Olvidé preguntarte... - digo de pronto, viendo el paisaje desfilar.
– ¿Sí?
– ¿A que penitenciaría fue transferido Andrea?
– Nueva York – me responde ella sin dejar de ver el camino.

Sonrío, muy a mi pesar.

– Yo sola me metí en esta situación, ¿cierto? - resoplo.
– Se puede decir – asiente la traviesa.
– ¿Callie?
– ¿Sí?
– ¿A dónde vamos exactamente?
– Ya lo sabes, ¿no? - responde, fingiendo inocencia.

Inhalo profundamente, y luego suelto lo que estoy pensando:

– Vamos a ver a Andrea a la cárcel...
– *Yo* voy a ver a Andrea a la cárcel - me corrige. - Y tú eres bienvenida si me quieres acompañar.

Un silencio incómodo se instala en el auto, hasta que la hermana de Dante estaciona su auto en un primer puesto de control.

– ¿Traes tu identificación? - me pregunta.
– Sí.
– ¿Entonces? ¿Me acompañas o no?

Observo al hombre en uniforme que nos mira con desconfianza y suspiro:

– Tu hermano ya me hizo esa jugarreta.
– Esta vez es diferente. Tú insististe en venir conmigo.
– ¡No sabía que vendríamos aquí!
– El destino...

Ella me sonríe sin malicia, solo con benevolencia, y no sé si debo entrar o no en esa maldita prisión.

– ¿De qué serviría? - pregunto.
– Eso podría ayudarte...
– ¿A qué?
– Para pelear por él. O mejor darle vuelta a la página.
– ¿Qué tiene que ver Andrea con mi historia con Dante?
– Mucho más de lo que crees... - murmura. - Andy es el único que ha vivido lo mismo que Dante. Y además, Dante lo ha protegido varias veces, a pesar de tener que lidiar con la policía.
– Me estás hablando del pasado, Callie. A mí lo que me interesa es el futuro. Y creo que a ellos también.
– Todo está ligado, Tutu.

Sus bellos ojos negros almendrados me interrogan de nuevo y, sin pensarlo más, asiento. Si encontrarme con él puede ayudarme a regresar con mi Fénix, estoy dispuesta a intentarlo todo.

En Rikers Island se toman muy en serio las medidas de seguridad. Nos tardamos casi una hora en acceder a la sala de visitas, y esperamos la llegada del detenido Lazzari durante quince minutos más. Esta vez, un vidrio nos separa de Andrea y a Callie la destroza el no poder abrazar a su hermano.

Cuando me ve y me reconoce, el castaño me sonríe tomando asiento. Le cortaron sus rizos desordenados, tiene el cabello al ras y me parece particularmente delgado. Más pálido también. No es como lo recuerdo.

– ¿Te están dando de comer? ¿Tu celda tiene suficiente luz? - se preocupa de inmediato su hermana.
– Gracias por venir a verme, hermanita. Y Solveig... - agrega lanzándome una mirada dulce. - Vivo en una jaula, como un animal, pero las visitas me ayudan a aguantar.
– No tenía previsto venir – farfullo a medias. - Pero quería...
– ¿Puedo hablar primero? - me pregunta.

Asiento con la cabeza y le hago una señal para que empiece.

– Estoy en paz. Merezco estar aquí, lo sé. Pronto saldré y seré un

hombre nuevo. Mi padre ya no puede lastimarme. Mi familia está segura. Y quisiera disculparme nuevamente por todo el mal que te causé...

– Te extrañamos mucho – le dice Callie con una voz llena de dolor.

Él la mira conmovido, más tierno que nunca y luego me ve a mí de nuevo.

– Yo también me disculpo... - farfullo. - Por haber utilizado tu pasado. Por haber traicionado a Dante. Por haber dificultado más ese juicio, para todo el mundo.

– Ya está olvidado. Ahora solo hay una cosa que me impide dormir en la noche.

– ¿Cuál? - murmuro.

– Algo bueno salió de todo este drama – retoma al otro lado del vidrio. - Una sola. Dante y tú. Si sus caminos se cruzaron, fue por mi culpa... O más bien gracias a mí.

Sonrío, dándome cuenta de que es cierto. Paradójico, difícil de creer, casi chocante, pero cierto. Que de la peor tragedia haya nacido el más grande amor de mi vida.

– No pueden arruinarlo todo – insiste el detenido.

– Andy…

– No, Callie. Lo vi ayer. Está desapareciendo... Está cayendo de nuevo en la obscuridad.

Mi corazón se apaga, por un instante, antes de volver a comenzar.

– ¿Desaparecer? ¿A qué te refieres?

– No vayas tan lejos, Andrea... - gruñe su hermana.

– ¡Tiene que saberlo! Tú eres su libertad, Solveig. Su sol. Solo tú puedes curarlo de esa amargura que lo carcome por dentro. De ese pasado terrible que lo acecha y lo martiriza, día tras día. Siempre ha dicho que mamá es su luz. Pero esta vez, ya no lo enciende. Esta vez, te necesita a ti.

Seco las lágrimas que corren torrencialmente por mis mejillas, para no desconcentrarme.

– ¿Curarlo? ¿Pero cómo?

– Ten menos orgullo que él, Solveig. Tienes que ser más testaruda. Pelea por Dante. Ve por él.

– ¡No me quiere! - exclamo.

– ¡Es todo lo contrario, se está muriendo sin ti! - insiste Andrea.

– Tiene miedo de contaminarte... - murmura Callie. - Teme que su

amargura crezca en ti. Es por eso que se mantiene alejado.

– ¡¡Pero eso es exactamente lo que quiero!!

Que con mi blanco y su negro hagamos un gris. El más bello, conmovedor y vivo gris.

Algo es seguro: nunca nadie habrá salido tan rápido de esta prisión de máxima seguridad. Nadie.

***

Salir de la prisión como rayo es una cosa. Entrar en un auto de lujo sin tener la llave es otra. En una palabra: imposible. Entonces me recargo en el maldito vehículo y espero a que Calliopé llegue. Pataleo. Intento calmarme haciendo algunos pasos de baile y extensiones.

Normal.

– ¿Puedo llevarla a alguna parte, señorita? - me sonríe un cincuentón sin dientes, al volante de su pick-up vieja.

El hombre está por dejar Rikers Island para regresar a la civilización y si quisiera suicidarme, aceptaría su propuesta para salir de aquí lo más pronto posible. Pero no. Quiero seguir viva.

– No gracias, estoy esperando a alguien – le sonrío tímidamente.

– ¡Anda, veo que tienes prisa por irte! Te dejo donde quieras – insiste pesadamente. - Confía en mí, soy más noble que un cordero...

El hombre asqueroso no me ha tocado, pero toda mi piel se tensa cuando me mira con sus ojos libidinosos. Puedo adivinar que está por abrir su portezuela y no sé cómo salir de esta. Miro a todos lados, pero no hay ningún guardia a la vista.

Tampoco está Dante...

Unos tacones resuenan y respiro de nuevo. Cuando me volteo, me encuentro frente a una Calliopé con mirada asesina. Ella mira al «cordero con dos dientes» y le lanza:

– ¡Andando, ovejita, ya te dijo que no le interesa!

El conductor suelta un silbido entre sus labios asquerosos al verla y luego responde con una voz glacial:

– Ustedes dos deberían tener mejores modales...

– Y a usted más le vale irse de inmediato o saco el taser que está en mi bolsillo.

El chimuelo la observa por un instante más, como para asegurarse de que no está bromeando. Luego vuelve a encender su montón de chatarra y deja el estacionamiento contaminando nuestro aire. Por fin me relajo. Y le agradezco a mi ángel guardián.

– Evitaste que terminara descuartizada – le digo a la falsa pelirroja.

– Y yo también...

– ¿De qué hablas?

– ¡Si algo te pasara en mi presencia, Dante me mataría! - gime abriendo el auto.

Me instalo sobre el asiento de cuero – con calefacción - y observo a la más hermosa italiana pensando que con solamente 22 años, tiene mucho valor... El auto enciende, Calliopé conduce con seguridad y termina por rendirse:

– No debería decirte esto. Dónde nos encontramos. Dante quería más tiempo. Para él, pero sobre todo para ti, para que «te encontraras a ti misma».

– Estoy perdida sin él... - respondo admirando los reflejos que acarician la superficie del East River.

– Lo sé. Y Andy me convenció... No quiero que mi hermano se hunda en la obscuridad. Quiero que regrese a la luz. A tu luz – murmura con una voz conmovida.

En un alto, nuestras miradas se cruzan y nos vemos con ternura.

– Te quiero mucho, Solveig. Y eso no sucede muy a menudo.

– Igualmente.

– Entonces te diré a dónde tienes que ir esta noche. Si quieres volverlo a ver.

Inhalo lentamente, sintiendo mi corazón latiendo a toda velocidad bajo mi pendiente grabado.

– ¡Pero primero tenemos que encontrar algo mejor que ponerte! - se ríe la diseñadora.

– ¡¿Qué?!

– Esos jeans *boyfriend* son demasiado grandes y nada halagadores. Esa sudadera es demasiado aburrida. ¿Y ya hablamos de tus botas horribles?

– ¡Así me ama! - comento riendo. - Mal vestida, natural, con el

cabello suelto.

Ella sonríe, mientras que yo observo su perfil perfecto esperando haberla convencido.

– Lo sé - admite con su voz entrecortada. - Pero nada me impide divertirme...

Al salir de la tercera tienda, ya no puedo más. Calliopé me hace siempre lo mismo: ella elige una prenda en cada boutique, me obliga a probármela, a tomarme un montón de descansos para estudiarla mejor y luego decide acompañarla con accesorios que *jamás* me atrevería a ponerme fuera de una fiesta de disfraces. Un enorme broche de encaje, un gran cinturón de imitación de piel, grandes lentes sin micas, un anillo gigantesco que recorre cuatro dedos...

Todo a la medida.

Después de dos horas en esta plaza extravagante, la fashionista y yo llegamos finalmente a un acuerdo: un vestido negro ceñido que muestra mis hombros, medias con reflejos plateados y tacones negros con los que apenas si puedo caminar. Sin contar las medias (pero es necesario un toque de luz), el atuendo es bastante sobrio. Femenino, sexy, elegante, pero sobrio.

– Te ves increíble - sonríe Calliopé estudiando el resultado. - Ahora, el peinado...
– No. Mi cabello se va a quedar suelto.
– Tu…
– No es negociable, Callie - gruño.
– ¡OK! ¡Entonces solo un *smoky eye* y estamos listas!
– Tampoco.
– Pero…
– Natural – repito. - Así le gusto.

Ella pone los ojos en blanco, se mete dos dedos a la boca con un gesto muy elegante y se ríe tomando un pañuelo. Sobre la tela negra, con tonos azules... un fénix.

– OK - agrego sonriendo. - Eso es una señal.
– Ya es hora... - murmura la pelirroja.
– Ya es hora – asiento.

5. La bailarina y el fénix

La hermana de Dante detiene su auto frente a un lindo inmueble de Manhattan a las 19 :00. A través de la ventanilla, estoy al acecho de cualquier gesto suyo, una silueta viril contra una ventana, un transeúnte con ojos negros hipnotizantes, el flash de una cámara. Nada. Tengo el corazón revuelto. Los zapatos me lastiman los pies. Este vestido es demasiado elegante para mí. Tengo calor. Frío.

¿Cómo me llamo?

Volteándome hacia Calliopé, estoy por llenarla de preguntas, pero la linda castaña pone su índice sobre mi boca y me explica con su voz ronca:

– Entra en ese edificio. El código es AA009. Atraviesa el pasillo y pasa la puerta, llega hasta el fondo. Estarás en el vestíbulo. Al final a la derecha, entrarás en el inmueble siguiente. Quédate en la planta baja y atraviesa la gran puerta doble que debe estar abierta. Entonces entenderás.

Intento acordarme de todo y luego me doy cuenta de algo:

– ¿Por qué no entro directamente en el edificio?
– Porque eso sería demasiado simple – me sonríe la italiana insolente. - Y sobre todo, porque no estás en la lista de invitados...
– ¿Está esperando verme?
– No.
– Qué bueno – digo triturando mi pendiente a través de la tela de mi vestido.

Calliopé me da un beso en la mejilla y me hace una señal para que salga del auto. Cuando estoy por cerrar la portezuela, mi cómplice me dice:

– Ten cuidado con el hielo. Y no olvides nada de esta noche. De su reencuentro. Lo recordarás toda la vida...

– Callie, tú también deberías darte una oportunidad. Es obvio que crees en el amor.

– Para los demás, sí. Para mí no.

– ¿Por qué?

– Porque renuncié a él hace cinco años - explica tranquilamente.

– ¿A los 17 años? Es un poco temprano para prohibirse amar, ¿no?

Me inclino para contemplar mejor su rostro, repentinamente ensombrecido, lleno de tristeza. Y cuando intento insistir, la salvaje me interrumpe haciendo rugir su motor y alisando su flequillo rojo con los dedos:

– Debo irme. ¡Ve a rencontrarte con tu insumiso, Tutu!

Observo el auto negro alejarse, llevándose a mi divertido ángel guardián lejos de mí. Y mi corazón se acelera de nuevo, cuando me doy cuenta de por qué estoy aquí. Lo que me espera. Sus ojos negros. Sus labios suaves. Su piel ambarina. Su fénix deslumbrante.

No he visto a Dante desde hace tres meses. No he sentido sus brazos alrededor de mí durante todo ese tiempo. No he escuchado su corazón latiendo contra el mío.

Y esta ausencia, esta falta, ha durado bastante.

– Fénix, aquí voy... - gruño tecleando el código del primer edificio.

Encaramada en mis tacones demasiado altos, sigo cuidadosamente el mapa que dibujé en mi mente, y accedo al segundo inmueble. Apenas entré, un agradable barullo, mezcla de voces, pasos y música me llega.

Me acerco a la puerta doble de la que habló Calliopé, la atravieso y camino ahora sobre la duela de un inmenso loft con paredes inmaculadas, iluminadas por un millón de focos y lleno de gente. Hace calor, ya puedo sentir cómo me pongo roja. No sé muy bien qué hacer. Ignoro por qué me encuentro aquí, rodeada de todos estos desconocidos. Me acomodo en un rincón, me quito el abrigo, los deslizo sobre mi brazo y me cruzo con algunas miradas de curiosidad, a veces insistentes. Me ofrecen una copa de champagne, la rechazo amablemente, luego cambio de opinión y corro detrás del mesero para tomarla.

Me la tomo de un trago. Como un shot de valentía.

Otras miradas se voltean hacia mí, algunas bocas me sonríen.

Ahora me observan de todas partes. Los susurros estallan de todos lados. O estoy teniendo una crisis de paranoia, o algo está pasando. Cuando un hombre se separa de la pared más cercana, entiendo todo.

Una foto mía. De mi rostro. Un retrato tomado en Montana. Por Dante.

Me quedo inmóvil, petrificada, frente a esa chica con el cabello platinado y la mirada risueña. Frente a esa alegría, esa fuerza de vida que emite. Esa chica soy yo... y no lo puedo creer.

Siguiente pared. Estoy intentando dar un paso de baile a orillas de la carretera. En esa foto no se ve mi rostro. Estoy de espaldas, con la pierna derecha anclada en el piso y la izquierda intentando hacer un plié. Al lado de esa bailarina de carretera, mi Chevy. Está tan arruinado y maravilloso como lo recuerdo.

– Ese *road trip*… - suspiro llena de nostalgia.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos. Mis tacones me hacen sufrir. Entonces me quito los zapatos para ver mejor. Para que ya nada me desconcentre, ni estos malditos tacones, ni las miradas que se multiplican, ni los murmullos que ahora cubren la música. Con mis zapatos en la mano y mi vestido elegante, deambulo por este gran loft, mirando hacia todas partes.

En la foto siguiente, mi perfil contrasta con la luz rosa del final del día. Eso fue en nuestra primera parada, en Luzerne. Dante me había dicho que era fotogénica, ese día. Ingenuamente, le pregunté si era un cumplido.

Sí lo era, pero él era demasiado orgulloso para admitirlo.

Y creo que ya lo amaba desde entonces. Simplemente no estaba lista.

– Debí imaginarlo... - me resopla una voz ronca al oído. Eres demasiado testaruda.

Por primera vez, no me sobresalto. Porque llevo meses preparándome para escuchar esa voz suave, hechizante. Me volteo, con los ojos húmedos, y por fin cruzo mi mirada con la del hombre que amo. Obscuro, luminosos, tierno, casi sonriente. Pero no realmente.

– ¿Te gustan estas fotos, Tutu? - me pregunta.

Me es imposible responderle. Estoy demasiado ocupada comiéndomelo con la mirada. Se ve muy apuesto con su traje negro. Tiene una barba de algunos días y muero de ganas por tocarla antes de besarlo vorazmente. Pero me contengo e intento concentrarme.

– ¿Todas son... mías?

Él asiente, con una sonrisa insolente en los labios.

– ¿Y mis derechos de imagen? - pregunto sonriendo.

El salvaje ríe, ignorando también las decenas de miradas clavadas en nosotros.

– Todas las ganancias irán a una asociación de mujeres golpeadas – me explica el tenebroso.
– Eso me gusta más.
– Te extrañé - resopla.

Sus ojos se obscurecen, su ceño se frunce y el dolor le gana de nuevo.

– Ya no me extrañarás, Dante – murmuro.
– ¿Por qué?
– Porque ya no volveré a dejar que me dejes.

Creo que el Fénix nunca me había mirado tan intensamente. Se muerde el labio, cruza los brazos sobre su torso y se aclara la garganta. Una mujer intenta felicitarlo por esta «formidable colección de fotos», él le sonríe educadamente y me toma del brazo. Suavemente, me jala detrás de él, hasta una pieza vacía, lejos de la multitud.

Un estudio fotográfico que parece más un boudoir, con sus paredes obscuras, su sillón retro y su alfombra suave en el piso.

– ¿Regresaste a las fotos encantadoras?

Él sonríe y se recarga a la pared color ciruela.

– No trabajo aquí, simplemente expongo.

Me acerco a él, pero retrocede algunos pasos.

– ¿Te estoy molestando? - pregunto con curiosidad. - ¿No deberías ir a hablar con todos tus admiradores?
– Pueden esperar.

Su pequeño juego del gato y el ratón continúa.

– Deja de huir de mí, Dante – murmuro.
– No deberías estar aquí.
– ¿Por qué?
– No estás lista.
– Porque me lees la mente, cierto... - digo con ironía sin dejar de verlo.

El fénix se ríe, se pasa la mano por la barba naciente y suelta un largo suspiro.

– No todos los días sin ti fueron fáciles - reconoce.

Tal vez no lo parezca, pero esas palabras fueron de amor. Tomo mi pendiente, le muestro que nunca me rendí.

– El juicio terminó. Vitto ya no puede hacerles daño. Somos libres, Dante... Nunca dejé de creer en ti y en mí.
– Nos mentimos y nos traicionamos mucho – dice su voz grave.
– Todo eso se terminó. Borrón y cuenta nueva, volvemos a comenzar.
– Te ves muy feliz en tu nueva vida.
– Yo… ¿Qué? Tú...
– Me moría estando lejos – murmura acercándose finalmente a mí. - Así que algunos días te observaba. Afuera de tu nuevo edificio. Cerca de tu café.
– No es «tan simple», Dante.

Las palabras que pronunció afuera del tribunal, al dejarme. Me siguen destrozando por dentro.

– Lo sé - resopla. - Y ya lo sabía en ese entonces. Solo necesitaba...
– ¿Lastimarme?
– Un poco – suspira. - Y verificar que me seguías amando, meses después, a pesar de todo...

Con los ojos llenos de lágrimas, le murmuro que lo amo. Dante me abraza, me acurruco contra su torso y escucho los latidos de su corazón. Tan insumiso como siempre.

Lo escucho latir al máximo. Como las alas de un fénix que toma vuelo. Y yo vuelo con él.

– Moriría sin ti... - gimo.
– Entonces moriremos juntos.

Sus labios me dan un delicado beso. Luego, llena de lujuria, deslizo mi mano bajo su camisa negra y su lengua suave y cálida entra en mi boca arrancándome un suspiro.

Por su parte, su palma acaricia mi hombro desnudo y sube a lo largo de mi nuca, levantando mi cabello. Ahí, el salvaje se detiene en seco.

– Tutu…
– Lo hice para ti…
– ¿Es… una bailarina?

Dante me voltea de espaldas a él y contempla mi tatuaje. Una locura que me hice grabar en la piel al día siguiente de nuestra ruptura. Porque necesitaba sentir dolor. Para sentir algo. Y porque quería darle ese regalo, aunque nunca lo fuera a ver con sus propios ojos.

– Me inspiré en el retrato de la joven bailarina… Ya sabes, el de la exposición en Chicago…

Me volteo y clavo mi mirada en la suya.

– Es muy bello - gruñe su voz ronca. - Pero no necesitaba eso para quererte por siempre…
– Yo sí lo necesitaba – resoplo tiernamente. - Y tengo otra cosa…

Dante no se mueve ni un milímetro pero observa cada uno de mis movimientos. Tomo mi abrigo, puesto sobre el sillón, meto la mano en un bolsillo y saco un estuche de cuero negro. Se lo doy al tenebroso, quien frunce de nuevo el ceño.

– ¿Qué es…
– Ábrelo y cállate.

Después de lanzarme una mirada de desafío, Dante termina por obedecer. Dentro del estuche, descubre en reloj de plata maciza. Al centro de la pantalla, rodeado de cifras, un fénix negro desplegando sus alas.

– Tú estás en el centro – explico mientras que él lo coloca en su muñeca. - Yo soy las manecillas. Sobre todo el segundero. Porque siempre te burlas de mis pasos pequeños. Y de mis pies pequeños. De mis trenzados.
– Tutu, es hermoso…
– Es para simbolizar todo el tiempo que hemos perdido – resoplo. -

Y todo el tiempo que va a pasar sin que nos dejemos ya. Nunca. Tú y yo regresaremos al camino. Lo quieras...

No tengo tiempo de terminar mi frase. El tenebroso me lanza una sonrisa resplandeciente y me toma de la cintura. Me aprisiona contra su cuerpo musculoso, ardiente, tenso. Sus labios ávidos se aplacan sobre los míos, su lengua entra de nuevo en esta danza sensual, indecente, y gimo contra su boca.

– Tenemos que recuperar mucho tiempo perdido, Tutu - gruñe su voz viril. - Y vamos a empezar de inmediato...

Tiene el diablo en el cuerpo.

Después de aplacarme contra la pared, Dante deja apenas un centímetro entre nuestros corazones acelerados y se quita el saco con un gesto nervioso. El tenebroso desabrocha después las mangas de su camisa para levantarlas sobre sus brazos tatuados con los músculos tensos. Es una visión viril, erótica, excitante a morir.

– Tres meses, maldita sea... - resopla su voz ronca.

Su mirada llena de desafío se clava en la mía, acaricia mis hombros desnudos, mis senos colmados de deseo bajo la tela, los contornos de mi cintura perfectamente marcada por la tela negra.

– Extrañé tu cuerpo todos los días, Solveig - continúa el salvaje.

Es muy sombrío, inmenso y frente a él, a su animalidad, su carisma y su deseo, mis entrañas se abrasan, mis muslos se calientan y cada célula de mi cuerpo está en ebullición. En espera de él.

Llevo tres meses esperando esto.

Abriendo lentamente el cierre de mi vestido, murmura:

– Nuestras pieles se pertenecen ahora. Sin ti, estoy perdido...

La fiesta está en su clímax, pero apenas si escuchamos los ruidos de la multitud. Mi vestido cae a nuestros pies, revelando el pendiente que jamás me quité y la lencería fina que llevo debajo. Un sostén sin tirantes enteramente hecho de encaje negro, que está nada más de adorno pues no cubre realmente nada. Su boca se entreabre con una sonrisa insolente, luego se coloca sobre cada uno de mis pezones. Dante los roza, los besa, los aspira. Desabrocha el pedazo de encaje, lo lanza al piso. Suelto una letanía de groserías, en un respiro. Me aferro

a su cabello rebelde, me retuerzo bajo sus caricias demoniacas mientras que se ensaña con mis costados.

– Desvístete - me ordena su voz ronca.

Deslizo mis medias a lo largo de mis piernas, con la mayor sensualidad posible. Entonces Dante descubre mis bragas, un pedazo de encaje rojo minúsculo que debería cubrir mi intimidad.

– Quédatelas puestas... - suspira antes de tomarlas con ambas manos.

Suelto un grito y me lanzo sobre sus labios. Beso a mi Fénix como si estuviera hambrienta, gimo contra su boca mientras que él me acaricia... abajo. Separo un muslo, me arqueo, para recibir mejor sus dedos.

De pronto, un golpe en la puerta. Me sobresalto, dejo de respirar, pero el Fénix vuela ya hasta el cerrojo y le da vuelta. Justo a tiempo...

– El hombre del momento – comento, sin aliento, contra mi pared.

Pupilas negras. Sonrisa retorcida. Mi castaño tenebroso me come con la mirada. Revisa todo, nada se le escapa: mis ojos febriles, mis pezones erguidos, mi pecho levantándose, mis bragas casi inexistentes y mis piernas jadeantes. Este espectáculo parece gustarle. Mucho.

Su bulto me lo hace saber.

– ¿Me deseas, Fénix? - lo provoco colocando las manos sobre mis caderas.
– Deseo jugar primero... - susurra yendo a buscar una cámara fotográfica.

Lo observo con curiosidad, casi desnuda, dócil, recargada al concreto pintado de ciruela. Cuando el artista apunta su lente hacia mí, río, un poco avergonzada y escondo mis senos por reflejo:

– No estoy segura de que mis bragas sean muy fotogénicas. Tan rojas y tan pequeñas...
– Eres sublime, Tutu. Tus curvas son perfectas. Tu piel atrae la luz. Y lo más bello, es que no tienes ni idea de eso... - responde el fotógrafo inmortalizándome por primera vez.

Dejo caer mis brazos, con mis pezones apuntando orgullosamente hacia el cielo.

– Entonces captúrame - resoplo. - Captúrame de verdad. Muéstrame cómo me ves.

El desafío contenido en mi voz no se le escapa. Dante me lanza una sonrisa, casi orgullosa y su ceño se frunce bajo sus bellos ojos negros. La sesión dura varios minutos largos y excitantes. Le muestro mi andar más felino. Me arqueo para ofrecerle indecentemente mi trasero a su mirada experta. Cuando menos se lo espera, tomo poses lascivas, sexys, indecentes. Su sonrisa se amplía... y su bulto crece. Me desinhibo, tomo libertades, me rebelo.

Me siento bella bajo su mirada.

Terriblemente bella, deseable, insumisa.

– Toma mi cuerpo, sin mi rostro – le pido de pronto. - Ese sí tendrás derecho a exponerlo.

Dante se inmoviliza y me mira intensamente. Me estremezco. Su virilidad es insoportable. Su poderío. Su obscuridad. Su cámara se estrella bruscamente contra el sillón y el salvaje salta para llegar hasta mí en tres grandes pasos.

– Jamás en la vida - gruñe aplacando su mano contra mi cuello.
– ¿Por qué?
– No te voy a exponer. Y no te compartiré nunca, Tutu.
– Es arte – murmuro.
– Nunca – se obstina su voz autoritaria.

Sus brazos me levantan y me llevan con él. El Fénix me besa, su lengua hurga en mí, sus labios me acarician, gimo, jadeo, hasta que ambos estemos sin aliento. Me lanza sobre el sillón, sin dejar de verme y se desviste. Su camisa es lo primero en desaparecer. Su pantalón y sus zapatos italianos le siguen. Luego es el turno de su bóxer negro.

Y al fin lo veo. Recto. Duro. Erecto. Inmenso.

Me enderezo, me siento y tomo su virilidad. Primero suavemente, retenida por una repentina timidez debida a la falta. A esos tres meses que estuvimos lejos del otro. Pero mis temores se evaporan al ritmo de sus gruñidos. Acaricio su sexo con la punta de los dedos, lo mimo, como si fuera un animal salvaje capaz de huir en cualquier momento. Luego lo beso, mientras que mi tenebroso se tensa y suelta un largo suspiro. De éxtasis.

Lo succiono con avidez, desde la base hasta el glande, sintiendo mi

propia excitación aumentando. Lo tomo con la boca, comienzo a marcar idas y venidas bajo su mirada de fuego. Dante pasa amorosamente sus dedos por mi cabello, me acompaña con su pelvis. Desde mi posición, puedo admirar cada curva y cada valle de su torso tan bien marcado, cada uno de sus músculos tensos y sedosos.

La obra de arte es él.

– Tutu, me vuelves loco... - suspira mientras que lo sigo degustando.

Sigo cosquilleándolo con la punta de mi lengua, clavando mis uñas en sus nalgas abombadas, saboreándolo una y otra vez. Quiero más, nunca tengo suficiente, la bola de calor se expande deliciosamente en mi vientre, pero mi Fénix se retira de mi boca y viene a colocarse encima de mí, sobre el sillón.

– Tu boca es deliciosa... pero si crees que me voy a conformar con eso... - sonríe besando mis senos.

Su gran cuerpo retrocede y, sin darme tiempo de reaccionar, sus labios aventureros se colocan sobre mi feminidad ardiente. Mis nalgas se despegan del sofá, pero con una mano firme, Dante me obliga a quedarme ahí. Su lengua lame el interior de mi muslo derecho, luego el izquierdo, siguiendo milímetro a milímetro su irresistible ascensión hacia mi sexo.

– ¡Dante! - exclamo, impaciente e insaciable.

Lo deseo como nunca. Estuve privada de su cuerpo, de su suavidad, de su pasión, de su dureza durante tres interminables meses. No tengo fuerzas para jugar ni para esperar. Lo deseo con tantas fuerzas que me duele.

De pronto, la lengua ardiente de mi amante separa mi sexo en dos. Gimo, suspiro, grito de felicidad y me aferro a su cabello. Es milagroso. Divino. Mi sexo nunca había sentido un alivio así. Su lengua hábil se introduce en mí, me penetra, luego sube regularmente hacia mi botón inflamado. Sus labios me cosquillean, me acarician volviéndome loca. Varios relámpagos me atraviesan el vientre como choques eléctricos. Mi clítoris lanza miles de descargas seguidas y todos los músculos de mi cuerpo se paralizan.

Ya no soy más que una pobre cosa que lo necesita. Que está a su merced.

– Me extrañaste, por lo que veo - gruñe el Fénix escuchándome chillar.

No me contengo más. Me volteo hacia mi abrigo y meto dos dedos en el bolsillo interior. El paquete plateado aterriza en mi boca, lo abro con los dientes y le doy el preservativo a mi tenebroso. Quien suelta una risa viril antes de ponérselo.

Dante y yo nos observamos por un instante, luego, de un salto, me enderezo y lo empujo hacia atrás. El salvaje no se resiste, se sienta y me deja instalarme a horcajadas sobre él. ¿La única barrera entre nosotros? Ese sexo tenso, erguido, palpitante, que me llama. Entonces me posiciono y lo cabalgo lentamente. Mi carne se abre para recibirlo, las sensaciones son infernales, divinas, celestes. Todo a la vez. Me siento yo misma de nuevo. Entera. Suya.

– Es tan delicioso... y hacía tanto tiempo... - suspiro con la cabeza volteada hacia el cielo.

El Fénix toma mi rostro y me obliga a mirarlo directo a los ojos, a admirar nuestro cuerpo a cuerpo, nuestro bello encuentro, nuestra fusión tan perfecta. El ritmo de sus puñaladas aumenta, hace correr mis pezones entre sus dedos, el placer crece en mí, debo luchar para no perder la cabeza, para no hundirme en sus pupilas negras.

– Quédate conmigo – me resopla mi amante.
– Siempre... - gimo.

Él roza mi pendiente y yo rozo su reloj. Luego toma mi nuca y me aferro a sus bíceps. Nuestras pieles se encuentran y se dejan golpeando una contra la otra, creando una música erótica, hechizante. Subo y bajo un poco más rápido sobre su virilidad, guiada por la bola de fuego que arrasa con todo mi cuerpo. Cuando me debilito, Dante toma el mando, colocando sus manos bajo mis nalgas para levantarme. Y poseyéndome integralmente.

Él también está al borde del orgasmo. Puedo leerlo en sus ojos perturbados, en su piel cálida y brillante. Lo beso vorazmente, le muerdo el labio inferior, él gruñe y hace lo mismo. Me doy rienda suelta sobre él cuando besa mis senos, los empuña, los masajea, los excita. Mis gritos son cada vez más roncos, sus gruñidos cada vez más profundos.

Totalmente embriagada por mi placer, me dejo empujar suavemente hacia atrás. El Fénix aprovecha para retomar el control, recostarse sobre mí y dominarme con toda su altura. Separando mis

muslos, me toma entera, con puñaladas bruscas y mágicas, diciéndome palabras sucias al oído.

Es perfectamente indecente. Y no podría soñar con algo mejor.

Este hombre es un dios del sexo.

La bailarina está a la merced del fénix. Dante entra en mí y vuelve a salir casi por completo, sin cansarse jamás. Tengo una vista sublime de su mandíbula apretada, su manzana de Adán, su abdomen de titanio, su piel ambarina y su suntuoso fénix. Entre más me parece bello, poderoso y excitante, más se contrae mi sexo alrededor del suyo.

Puedo sentir el orgasmo cerca. El ruido de chapoteo invade toda la pieza. Su pubis golpea contra mí, más rápido, más fuerte. Las sensaciones se vuelven confusas. Estoy a punto irme, de encenderme. Acurruco mi rostro en su cuello, con las manos colgadas de sus hombros cuadrados. Me aferro, lista para despegar.

– Me haces revivir, Dante - me sofoco. - No te detengas nunca, por piedad…

Termino mi frase con un gruido lleno de amor y todo el cuerpo conmocionado. Acabo de venirme. Él también.

Dante se deja caer a mi lado y me rodea con sus brazos. Mi tenebroso suspira con su voz ronca y sin aliento:

– Es insensato lo mucho que te amo, Tutu. Y jamás podría capturarte. No realmente. Eres demasiado libre. Eso es lo que más amo en ti…

6. Y si

– ¿Y si solo fue cosa de una noche?
– No eres la amiga con derechos de Dante, Sol.
– ¿Y si cambió de opinión?
– Te lo habría dicho...
– ¿Y si no sabe cómo decirlo?
– Te lo habría escrito.
– Justamente, me envía mensajes con tres palabras nada más... Es muy raro.
– No, es Dante. ¿Esperabas una novela?

En mi Chevy, me balanceo de adelante hacia atrás sobre el asiento del conductor, esperando a que el semáforo cambie a verde. Y que el aire acondicionado empiece a calentar. Del lado del copiloto, mi amiga-coinquilina-colega parece tan exasperada por el frío como por mí.

– Ali, ¿crees que haya cambiado de opinión?
– No, Solveig, por décima vez. ¡Te dedicó toda una sesión de fotos! Creo que podemos decir que el tipo está obsesionado contigo.
– ¿Entonces por qué no nos vemos?
– Tal vez necesita tiempo para...
– ¡Lleva cuatro días!
– ¡Oh que insufrible! Pareces una adolescente después de su primera cita.
– Claro que no...
– Bueno, entonces una fan de Justin Bieber sin Justin Bieber.
– Mucho menos... - me enfado.
– Estuvieron separados por más de tres meses. Tal vez cuatro días no sea tan grave.
– Sí, lo siento pero es muy grave – decreto volteándome hacia mi pasajera. ¡Hasta puedo decir que es gravísimo! ¡Es al menos la fase cuatro de grave! Le regalé un reloj justo por eso, como símbolo del tiempo que pasa, de la eternidad que sufrí sin él, todo el resto de mi vida que quiero pasar con él. ¡Cuando el hombre de tu vida te deja y regresa, no se da a desear, maldita sea! ¡Eso no está en ninguna

película de amor! Debería querer pasar cada segundo conmigo. Dormir conmigo. Desayunar conmigo. Suplicarme que no me vaya a trabajar en la mañana. Retenerme empujándome a la cama y recostarse sobre mí. Luego dejarme ir soltando gruñidos Y correr detrás de mí por la calle para besarme otra vez...

– OK - me interrumpe. - Ya entendimos. Y creo que tú también estás *ligeramente* obsesionada con él.

– ¿Por qué me está tocando tanto el claxon el idiota de atrás?

– ¿Tal vez porque el semáforo está en verde?

– ¡Mierda! ¿Por qué está rojo otra vez?

– ¿Tal vez porque llevas dos minutos hablando sin pararte para respirar o mirar el camino?

– ¡Qué idiotas! ¿No pueden poner una señal sonora para indicar el cambio de colores en el semáforo?

– Le escribiremos a la alcaldía de Nueva York, esto es un escándalo - suspira Ali, contenta de pasar a otro tema.

– Pero si Dante cambió de opinión...

– ¡Sol!

– OK, me callaré.

Dos interminables minutos pasan, durante los cuales observo el semáforo, todavía en rojo, terriblemente inmóvil y silencioso. Un minuto durante el cual escribo en mi mente la petición para que pongan un nuevo sistema sonoro con las luces. Y otro minuto para escribirle une nueva carta de adiós a Dante.

– No me dejó de nuevo, ¿o sí?

– No, Solveig - me responde Ali agotada. - ¿Pero te digo la verdad?

– ¿Sí?

– Creo que debería hacerlo.

– ¡Traidora! - le reclamo, estallando de risa.

– ¿Cómo te aguanta? - se burla.

– Me ama, es todo. Y solo soy molesta durante los primeros kilómetros. Después me controlo sola.

– ¡Pues empieza a controlarte!

Por fin la luz cambia a verde y conduzco hasta Williamsburg para llegar a mi pequeño café adorado. Logro quedarme callada hasta que nos estacionamos a orillas del East River y abrimos el *Not that simple*. Y después regreso al ataque.

– ¿Sabías que le propuse que regresáramos al camino?

– ¿Hmm…? - me escucha distraídamente Ali preparándose para comenzar a trabajar.

– Y me sonrío.

– Genial…
– Una sonrisa es como un sí, ¿no?
– Una sonrisa es como una sonrisa. Lo que sería como un sí sería un sí.
– ¿Qué quieres decir con eso? - pregunto con una mueca inquieta.
– No tengo idea. Le hago como tú. Hablo sin pensar.

Me detengo en seco, entrecierro los ojos de rabia y examino la idea de lanzarle un panqué a la cara. Pero mi amiga me sonríe, así que cambio de estrategia.

– ¡Muero de ganas por despedirte, Alicia Perez! ¿Sabes que podría hacerlo?
– ¿Y a quién vas a hartar con tus monólogos después?
– OK… Puedes quedarte. ¡Pero ten cuidado!
– ¿Puedo ir a tener cuidado a la bodega?
– Sí. Pero ten mucho cuidado.
– ¿Siempre tienes que tener la última palabra?
– Por supuesto.
– Lo supuse.
– Lo sé.
– Sol, ¿podemos dejar de hacer esto?
– Sí.
– OK.
– Siempre y cuando tenga la última palabra.

Ali lanza un «Arrrg» de frustración y reímos de nuevo. Como adolescentes esperando el concierto de Justin Bieber. O la llamada que nos invite a una primera cita. O el regreso del Fénix. Cualquiera de esas.

Me paso toda la mañana ocupándome de los mails, de mis proveedores, de mi contadora y de los problemas vestimentarios de Phoebe, mientras que Alicia se ocupa de los clientes y las provisiones. Cerca de las once, mi mesera me llama a la entrada del café. Llego hasta ella lentamente, preguntándome qué artista callejero se habrá instalado en el piso para hacer sus dibujos o tocar percusiones con cubetas de plástico. Pero el espectáculo de este día es muy diferente.

Una especie de autobús enorme blanco y negro con carrocería brillante acaba de estacionarse frente al*Not that simple*.

– ¡No puede quedarse allí, señor! - comienzo a gritar haciendo grandes gestos.
– No me estoy quedando – me responde el chofer saltando del

vehículo.

Dante aparece, con una sonrisa en los labios, unos pantalones negros, camiseta blanca y camisa de mezclilla arremangada. Una copia exacta del atuendo que llevaba el día que nos conocimos. El día que comenzamos nuestro primer *road trip*. Mi corazón se acelera al máximo. Duda entre salirse de mi pecho o gotear de amor adentro.

OK. Va a gotear.

– Debes tener frío... -resoplo por toda reacción.

Mi Fénix con los brazos desnudos y tatuados se acerca a mí soltando una risa gutural.

– ¿Cómo podría tener frío con un Sol así?

Su sonrisa me congela y sus palabras me hacen estremecer. Me da un beso en el cuello, desliza su mano en la mía y me lleva hacia el nuevo y flamante autobús. No me atrevo a comprender lo que creo comprender. Entonces lo sigo sin decir nada, conteniendo el aliento.

– Pensé que si íbamos a regresar al camino, necesitaríamos un transporte que sea como nosotros – me anuncia su voz grave.
– ¿Gigantesco? - pregunto riendo nerviosamente.
– Un poco negro y un poco blanco. Con mucho espacio.
– Mucho... - farfullo siguiendo con la mirada el autobús de diez metros de largo.

Tal vez hasta doce. O quince. No tengo idea. Y mi cerebro se niega a cooperar.

– Hay una habitación y un baño real adentro. Por si no encontramos un motel que nos guste...
– ¿Ah sí? - balbuceo incrédula.
– Y un pequeño estudio fotográfico para poder revelar las tomas sin que tengamos que detenernos.
– Buena idea…
– Y podemos estacionar un auto en la parte trasera – me informa.
– ¿Para mi Chevy?
– Imagine que seguramente no querrías abandonarlo.
– Dante… - comienzo a ceder.
– Aquí estoy, Tutu.
– Creí que no regresarías - digo abrazándolo.
– Llevo semanas montando este motor-home hecho a medida.
– ¿Este qué?

– Motor-home - sonríe. - Como un camping-car pero un poco mejor.

– ¡¿Un poco?!

– De acuerdo, es una caravana de lujo. Una verdadera casa sobre ruedas. Sin duda la cosa más loca y kitsch que haya sido puesta sobre ruedas.

– ¿Por qué no me dijiste nada?

– Porque los actos me gustan más que las palabras.

– ¡Tú eres el que está completamente loco! - suelto con un sollozo de alegría.

– Completamente - gruñe el travieso antes de levantarme del piso y besarme.

Me abandono a este furioso y tierno beso, antes de percibir los silbidos detrás de mí. Todos los clientes del *Not that simple* están reunidos afuera, cerca de la fachada. No logro encontrar a Ali en medio de todos esos rostros sonrientes. Y ya no sé para dónde mirar, dónde sonreír, dónde voltear.

– Espera – murmura Dante secando las lágrimas de mi rostro. - Tengo más sorpresas. ¿Quieres verlas?

Él me lleca hacia el autobús blanco y negro, me abre la gran puerta lateral y me hace subir los tres escalones que llevan al interior.

– ¡Hola! - me saluda Calliopé en medio de una pieza.

Qua podría ser una sala, con ventanas, un inmenso sillón acomodado en una esquina y una cocina abierta al lado opuesto, con muebles grises laqueados incrustados en las paredes. En fin, en las paredes del vehículo. Me cuesta trabajo creer lo que veo. Con todo este espacio, esta altura, el confort y la modernidad del lugar, uno nunca se imaginaría que está sobre ruedas. Y la italiana me hace una presentación exagerada, con los brazos abiertos y la sonrisa fija, como una edecán silenciosa del canal de compras.

– Yo fui quien pensó en toda la decoración - me cuenta ella. - Me pareció que querrías gris, ¡así que exploté todos los tonos! Gris perla, gris ratón, antracita. Acero, concreto pulido, un poco de arcilla e inoxidable. Creí que sería demasiado gris para todo el asfalto que van a encontrar. Pero Dante me obligó a que todo fuera sobrio. Así que solo agregué unos toques de blanco y de negro para hacer contraste.

– Es magnífico, Callie.

– Puedo agregarte frufrús de colores cuando quieras – murmura entre dientes.

– No, gracias, ahora es cuando debes irte – le sonríe su hermano arrastrandola hacia afuera.

– ¡Taraaa! - exclama Ali, recostada en una bañera oval (y vacía).

Abro los ojos como platos en este lujoso baño increíblemente blanco, del piso al techo. Hasta hay una pequeña ventanilla que se abre hacia el exterior, dejando entrar la luz del día.

– ¿Viste que estaba aquí o prefieres hablar con los muebles? - refunfuña mi amiga.

– ¡Ni siquiera te vi subir a bordo!

– Estabas demasiado ocupada besando al tipo que al parecer no ha cambiado de opinión sobre el hecho de soportarte varias semanas más, si no es que meses.

– ¡Años! - rectifico con una voz falsamente autoritaria.

– Probablemente – confirma él sonriendo.

– Ali, ¿tú estabas al tanto de todo esto?

– Casi no – me miente.

– Ya veo…

– Pero si insistes, estoy de acuerdo en subarrendarte de nuevo tu apartamento de ensueño mientras que estés en la carretera.

– No tienes que pagarme – le respondo de inmediato.

– Bueno, como quieras. Entonces me ocuparé de tu café a cambio. No tienes que darme un salario, tomaré lo que quiera de la caja.

– ¡Definitivamente entiendes muy bien cómo funcionan los negocios, Alicia Perez!

– Ya me contrató como pianista sustituta – interviene Callie que acaba de llegar con nosotros.

– Realmente pensaron en todo, ¿cierto? - pregunto sorprendida.

– Espera, una última cosa, muy pequeña – me resopla Dante.

Me guía hacia el fondo del motor-home.

– «Muy pequeña» no es la palabra que yo hubiera elegido...

– «Cosa» tampoco – susurran los dos castaños a mis espaldas.

Mi castaño tenebroso abre la puerta de lo que descubro es nuestra habitación, pero no tengo tiempo de admirar la decoración antes de que una enorme bestia se pare sobre sus patas traseras y me lama la cara. Reconozco el olor antes que cualquier otra cosa. Un aroma a bacalao tenaz disfrazado bajo un shampoo de durazno.

– ¡¿Bacalao?! - exclamo descubriendo a la emocionada perra.

Esta debe de haber engordado unos diez kilos desde la última vez

que la vi en Chicago. Su pelo negro sigue estando medio largo, medio corto y despeinado. Pero su pata sin yeso parece estar ya curada, a juzgar por los saltos que da mientras da vueltas sobre su propio eje.

– ¿Wanda ya no la quiso? - le pregunto a Dante pensando en la viuda millonaria que la había recibido.

– Sí, pero yo la quería de regreso. Fui a buscarla al refugio. Creí que necesitaríamos un compañero de camino... Para evitar matarnos el uno al otro si nos quedamos solos.

Me lanzo a sus brazos mientras que la perra se mete cien veces entre nuestras piernas como si estuviera en un reto de *agility*. Pierdo el equilibrio y mi tatuado me detiene, me besa, me abraza.

– ¿Entonces nos vamos? - murmuro temblando.

– Cuando quieras, Tutu.

– Estoy lista, Fénix. ¡Pero te advierto que yo voy a manejar!

7. Toda una eternidad por delante

Tres horas más tarde, tiempo suficiente para guardar mis cosas, poner mis papeles en orden, decirle adiós a mis dos amigas y estacionar mi coche en la rampa trasera, subo a bordo del bus. Con los ojos llenos de lágrimas y el estómago lleno de alas de fénix. Sin olvidar la gran perra negra y olorosa hecha bola a mis pies.

Mi chofer se quitó la camisa de mezclilla y encendió la calefacción en la cabina. El clima es como de una canícula en pleno mes de enero. Primero me instalo en el asiento de pasajero hasta la orilla derecha. Luego desabrocho mi cinturón para sentarme en el lugar de en medio.

– Me encanta tener la opción - río abrochándolo de nuevo.

«Adoro poder mirar, tocar, besar a mi apuesto castaño y prefiero mantenerlo al alcance de mi mano» sería más bien la verdad.

– Me llamo Solveig Stone, mi segundo nombre es «Tutu», tengo 25, pronto 26 – digo como para presentarme por primera vez.

Él me sonríe.

– Eso me recuerda algo... - responde suavemente.
– ¡Te toca!
– Yo me llamo Dante...
– Hola, hermoso desconocido.
– …y no me gusta mucho hablar.
– Eso es lo que tú crees.
– Tampoco me gusta mucho que me contradigan – sigue provocándome.
– Eras menos molesto cuando estabas callado.
– Bueno, ¿nos vamos?
– ¡Yo te estaba esperando a ti!

Él me sonríe de nuevo, pareciendo exasperado y a la vez enternecido.

– Estabas mucho menos sonriente la primera vez.

– Y tú estabas exactamente igual de loca.

– Bueno, entonces te puedo recordar las reglas de este *road trip* para que las cosas estén claras. Tal vez seas tú quien conduce, pero soy yo quien controla la radio y la calefacción, y quien decide dónde vamos a hacer paradas.

– Si eso quieres creer...

– Y no lo he precisado, pero no estoy buscando un amigo ni un amante, mucho menos un novio.

– ¿Ah no? - gruñe su voz ronca.

– No, ya dije todo lo necesario.

Y me pego al cuerpo caliente de mi piloto, recargo mi cabeza sobre su hombro, mi brazo pálido sobre el suyo, ennegrecido por los tatuajes.

– ¿Ya nos podemos ir? - finge impacientarse.

– ¡No, cambié de opinión!

– ¿Ahora qué, Tutu?

– Quiero que me enseñes a conducir esta máquina. No hay razón para que seas el único que maneja.

– Te enseñaré...

– ¿Seguro?

– Seguro.

– ¡Y tenemos que detenernos para abastecernos de Snickers!

– Mira en la guantera.

Cuando abro el enorme cofre frente a mí, una montaña de barras de chocolate cae sobre Bacalao quien chilla de felicidad. Después de haber olfateado los empaques uno por uno, ella decide saltar sobre el asiento de la derecha y acomodarse bien, con la cabeza contra la portezuela y un belfo pegado al vidrio.

– No estoy segura de que podamos soportar su aliento... - le susurro a Dante con un poco de asco en la voz.

– ¿Sí sabes que no puede entender lo que dices?

– ¿Y tú qué sabes?

– En cualquier caso, la querías, la tienes.

– OK, pero detente en la primera estación de servicio.

– ¡Todavía ni siquiera arrancamos! - suspira.

– Tenemos que comprar aromatizantes para auto. Unos cien. Con aroma a «aliento fresco».

– Este *road trip* va a ser muy cansado... - dice cerrando los ojos.

– Todavía ni siquiera dejamos Nueva York.

– ¿Después de cuántos kilómetros te vas a dormir?

– Arranca y ya lo verás.

Dante enciende el motor sin poder evitar sonreír y lanzo gritos de emoción al sentir el rugido bajo mis pies. En este motor-home gigantesco con pintura blanca y negra brillante, me siento como si fuera la reina del universo, la patrona de las carreteras, la presidenta del club de viajeros sin destino. Más alta y más imponente que los demás autos. Más feliz que cualquier otro pasajero en el mundo.

¿Transparente, yo? ¡Para nada!

Mi tatuado se inclina hacia atrás, hurga en su bolsa de tela y saca su cámara. Me desliza la correa alrededor del cuello y quita la tapa del lente.

– Tú serás la encargada de esto por el momento. Mientras yo conduzco.
– Si crees que no sé lo que estás haciendo...
– ¿Qué? - me pregunta el inocente.
– ¡Intentas mantenerme ocupada para que no te hable!
– Solo digo que, si quieres, puedes hacer comentarios en tu mente, mientras que tomas fotografías.

Clic. Inmortalizo su bello rostro burlándose de mí. La malicia que se dibuja sobre sus labios carnosos. La ternura en su gesto relajado. El amor que sale desde el fondo de su mirada. Y creo que nunca he visto un negro tan suave. Tan lleno de luz.

– Adiós a la obscuridad – comento hundiéndome en mi asiento. - ¡Nos vemos!
– Sol, ¿a quién le hablas?
– A nadie. ¡Conduce!

El motor acelera por fin y aprieto todos los botones para terminar por bajar nuestras ventanillas. Y dejar que el viento glacial de enero nos embriague. Mi cabello vuela en todas las direcciones. Los párpados de Dante se entrecierran. Y nadie sabrá nunca a qué se deben las lágrimas que corren por nuestras sienes.

Al frío. A la velocidad. A todo lo demás.

***

Conducimos durante una hora en total silencio. Con nuestros

dedos entrelazados, sobre su muslo. El tiempo suficiente para habituarme a este vertiginoso sentimiento de libertad. A este gran amor que ha regresado. Suficiente para pellizcarme y darme cuenta de que efectivamente es real. Y para repasar en mi mente todo el camino que tuvimos que recorrer para llegar hasta aquí. Los obstáculos que superamos. El juicio. Todas las mentiras y las verdades que tuvimos que escuchar. Todas las personas que conocimos. Los miedos ignorados. Las evidencias aceptadas. Me da mareo. Un sublime torbellino me lleva, sin siquiera saber a dónde.

– De hecho, ¿a dónde vamos?

– ¡Una hora! ¡Aguantaste una hora, Sol!

– Confiesa que me extrañaste - respondo con una sonrisa, ignorando sus sarcasmos.

– Casi – admite.

– Estabas esperando a que rompiera el silencio.

– No lo creo.

– Bueno, ¿sabes a dónde vamos?

– Creo que sí. A Luzerne, Cleveland, Chicago... ¿no? Las mismas etapas que la primera vez.

– No quiero ver a mi hermano.

– Lo sé. Estaba pensando más bien en visitar a Hell.

– ¿La chica gótica?

– Quiero volver a ver a todas esas personas que nos encontramos el año pasado. Intentar retomar el contacto. Saber qué fue de ellas.

– Me encantaría contradecirte, solo por gusto, Dante Salinger...

– ¿Pero?

– Pero me gusta mucho esa idea.

El insolente sonríe de nuevo, sin dejar de ver el camino. Y me doy cuenta de que hay dos cosas en él a las cuales todavía no me acostumbro. A las cuales seguramente nunca me acostumbraré. Su belleza, esa especie de carisma natural, desbordante de sex appeal. Y al hecho de que siempre tiene la razón.

– ¿Cuántos kilómetros antes de la próxima parada? - pregunto como si nada.

– Casi doscientos hasta el pueblo perdido donde dejamos a Hell.

– Así que quedan poco más de dos horas de camino.

– ¿Por qué? - comienza a preocuparse.

– ¡Es la duración ideal para conocernos! - exclamo.

– Ni pensarlo.

– Vas a responder con sí o no, ¿de acuerdo?

– No.

– ¿Qué? Espera, todavía no comienzo.

– Dije que no quiero jugar.

– ¡Como si tuvieras opción!

– Ya te conozco muy bien - insiste el rebelde. - Te llamas Solveig, que quiere decir algo en noruego pero no sabes realmente qué y tus padres tampoco sabían. De todas formas, todo el mundo te llama Sol. Pero el apodo que más te gusta es Tutu. Tienes 25 años, sigues siendo huérfana y viuda pero ya no estás desvalida. Tu ficus renació de sus cenizas como mi fénix. Te alimentas exclusivamente de azúcar. Conduces autos chatarra y usas pantalones demasiado grandes. Hablas sola, incluso cuando hay gente que te escucha. Dices groserías cuando te enojas. Ya no bailas, solo cuando te lo piden amablemente. O cuando estás en las orillas de la carretera, pensando que nadie te ve. Antes de mí, no sabías que te gustaban los tatuajes, las exposiciones y los chicos que no se rasuran. Desde que llegué a tu vida, siempre tienes el pelo suelto. Quieres tener el poder pero te encanta cuando yo lo tomo...

– ¡Y *detesto* ese resumen! - me quejo, haciéndome una rápida cola de caballo con mi cabello corto.

– ¿Ya ves que este juego es horrible?

– ¡Es solo que no sabes jugar!

– No, es solo que tú perdiste y yo gané.

– Salinger, *realmente* me gustaba más cuando no hablabas para nada.

– ¿Ya ves? Siempre terminamos por ponernos de acuerdo.

Su media sonrisa me da ganas de asesinarlo. Y me hace desearlo mucho más. La eterna paradoja. El hombre de mi vida es un dilema por sí solo. Odiarlo o adorarlo. Matarlo o desearlo. Solo que ahora, tengo toda una vida para pensarlo.

***

Durante los días y semanas siguientes, recorremos los Estados Unidos de este a oeste, atravesamos los Estados, cambiamos de decoración casi todos los días, descubrimos nuevas áreas de carretera sin alma, visitamos nuevas aldeas llenas de encanto. Nuestro vehículo blanco y negro por fuera, gris por dentro, nos lleva a lugares familiares, a rostros sonrientes. Conducimos hasta Hell, quien no ha cambiado de look pero ahora vive con sus abuelos. Hasta Wanda en Chicago, cuyo refugio para animales sigue igual de repleto... y quien se deja lamer el rostro por Bacalao. Hasta la ópera de Minneapolis donde vemos un nuevo ballet conmovedor... del cual Dante se pierde la mitad por estarme viendo. Hasta Martha, la solterona de Wolf

Creek, quien nos lee las cartas antes de darnos un enorme desayuno y nos promete un futuro radiante... entrecortado por huracanes. Obviamente. Y sonreímos al escuchar la locura que nos espera en la vida.

Conduciendo con una mano, Dante acaricia a menudo la bailarina tatuada en mi nuca. Miro el sol reflejándose en la pantalla de su reloj. Y ya no pienso en el tiempo que pasa. En el tiempo que perdimos, en el tiempo que nos tomamos. Los días y las noches toman otro sentido cuando no hay ninguna presión. Cuando nada tiene importancia. Solo él, yo y el asfalto hacia el horizonte. La eternidad frente a nosotros.

Varias veces, durante nuestra aventura, hacemos una parada en las propiedades de los Lazzari, en la cual ya no se aparece ni la sombra de Vitto. En la mansión de Kenilworth, nos metemos en la piscina y después comemos una suntuosa cena italiana. Luego hacemos el amor durante toda la noche. En el rancho de Great Falls, damos un paseo en caballo, saboreando el delicioso silencio y los grandiosos paisajes a lo largo del río Missouri, antes de regresar inmediatamente para huir del frío y lanzarnos al calor del spa. Casi no hablamos de la sala de torturas, al fondo del pasillo, cuya puerta ha sido sellada por el FBI. Mi bello silencioso se hunde en la obscuridad a veces. Lo dejo tranquilo, en su burbuja negra, hasta que me llama murmurando «¿Sol?».

Después de un mes, llegamos a Seattle. Y decidimos ni siquiera detenernos. Ese día, soy yo quien conduce. Lanzando gritos de emoción y de miedo mezclados, doy la media vuelta más embriagante de toda mi existencia, a bordo de mi autobús imparable. Regresamos al camino en el otro sentido, sin destino. Solo para comenzar un nuevo *road trip*.

Nuestra única etapa obligatoria: la boda de Phoebe en primavera, en Chicago. Dante propuso prestarle su linda mansión a los futuros esposos y sus invitados. Y parece que «más me vale que no esté viendo los cuerpos de los bomberos». Mi copiloto frunció el ceño. Pero, bajo el huracán, sus bellos ojos negros sonreían.

8. Los indomables

Vamos tarde. *Muy* tarde.

No sé por qué insistí tanto en ir a nadar al lago Michigan. Tenía ganas de ver el agua. El azul extendiéndose hacia el horizonte, para cambiar del gris. Pero estamos a finales de marzo. La temperatura apenas está comenzando a normalizarse al norte del país. Al parecer no lo suficiente para darse un chapuzón. Y las zonas de nado están cerradas en esta época del año. Sí, Dante me lo había advertido. Sí, de todas formas insistí. Y no, finalmente no nadé. Hacía *demasiado* frío. En lo que encontramos dónde estacionar el motor-home e íbamos a verificar que yo me equivocaba y Dante tenía razón, perdimos al menos una hora. Y él regresó al volante.

– Hay una piscina con calefacción en la mansión - gruñe mi chofer enojado.
– No es lo mismo.
– Te dije que estaría demasiado frío.
– ¡Pero tenía que estar segura!
– No teníamos tiempo de desviarnos.
– ¡Siempre hay tiempo para todo! Fuiste tú quien me lo dijo.
– ¡Hoy no! - gruñe apretando la mordida.
– ¿Dante?
– ¿Hmm?
– Prométeme que nunca te casarás conmigo.
– Con gusto – me responde de inmediato. - ¿Y por qué?
– Porque ya parecemos una pareja de años - me río sobre el asiento del copiloto.

Él frena. Todavía estamos a cinco minutos de Kenilworth, la ceremonia debe haber terminado ya y la fiesta comenzado. Pero el castaño aprieta el freno y se voltea hacia mí.

– Escúchame bien, Tutu Stone. Me casaré contigo si tengo ganas de casarme contigo. O sea, tal vez nunca. O tal vez algún día. Pero tú y yo nunca seremos un matrimonio molesto, ¿de acuerdo? Nos lo

prohíbo. Nosotros somos libres. Libres de pelearnos si así lo queremos. Libres de avanzar o detenernos. Así que iremos a la boda de tu amiga, le sonreiremos a todas esas personas exageradamente felices y regresaremos al camino muy rápidamente. Tú, mi mala fe y yo. ¿Está claro?

– ¡Claro! ¿Y también nos llevamos a tu mal humor? ¿O no?

– Por supuesto que sí - gruñe sonriendo.

– ¡Entonces arranca, Salinger! Siempre haces que lleguemos tarde con tus grandes discursos.

Él suelta un grito de bestia salvaje y enciende el motor monstruoso. Ocho minutos y seis semáforos en rojo más tarde, dejamos el bus frente a la reja de la propiedad de los Lazzari. Saltamos al Chevy para seguir el resto del camino en el lindo sendero empedrado. Los céspedes perfectamente cuidados y las pancartas con flechas que anuncian la «Boda de Dan & Phoebe» nos muestran el camino hasta la mansión. Nos estacionamos frente a un árbol, al lado de decenas de coches y Bacalao se sale corriendo sin siquiera esperarnos. Dante se cambia rápidamente los pantalones de mezclilla y los Converse por un traje azul marino y una camisa blanca para después intentar amarrarse - gruñendo - su corbata de moño amarilla. El *Dress code* lo obliga.

– Recuérdame enojarme con mi hermana – murmura mi castaño tenebroso.

Sin lograr hacerse el nudo, decide dejarlo colgando hacia un lado y se dirige hacia la gran puerta con vitrales. Corro hasta él, con una sonrisa burlona en los labios, sin decirle lo sexy que me parece, en este atuendo entre elegante y rebelde. Como él.

Por fin entramos en la mansión hermosamente decorada con los colores de moda. El tema denota jovialmente la opulencia antigua del lugar, los pilares, chimeneas, suelos de mármol y muebles de madera laqueada. Llegamos corriendo a la sala de recepción y encontramos a una centena de bomberos con uniforme: espesas chaquetas ignífugas y largos pantalones azul marino con bandas amarillo fosforescente con cascos en la cabeza. Es difícil ver a los demás invitados en esta marea humana, uniforme y ruidosa. Dante entrecierra los ojos, se pasa la mano por la barba naciente y decide abandonarme. Un beso en mi cuello más tarde, me desea «buena suerte» y se aleja de la multitud para llegar al bar.

– ¿Por qué mi hermano el amargado huyó? - me pregunta una voz ronca a mis espaldas.

Me volteo para caer entre los brazos de Calliopé, con un hermoso vestido amarillo fosforescente y *platform shoes* azul marino. Obviamente yo opté por lo contrario: vestido azul marino muy sobrio y tacones amarillos.

– Hiciste bien en ponerme en contacto con Phoebe, ¡adoré el tema de bomberos! - me grita la diseñadora por encima de la música.

De repente, veo a la novia siendo lanzada por los aires por un grupo de hombres en traje. Después de una decena de saltos forzados, Phoebe termina por aterrizar y corre hacia mí, toda despeinada. En ese momento descubro su atuendo de novia diseñado por una Callie muy inspirada: un traje sastre azul obscuro muy elegante, con orillas amarillas y una larga cola de tul amarillo que sale de una diadema casi invisible. En vez de tiara en la punta de la cabeza de Phoebe, una minúscula réplica de un casco de bombero plateado.

– ¡No podría haber soñado con algo mejor, Sol! - se desgañita la novia. - Le agradeces a Dante por la mansión. ¡Y por la decoración, los trajes, adoro todo! ¡Calliopé es mágica!

– Te ves magnífica, Phoebs. ¡Felicidades! Y lamento haberme perdido la ceremonia. Fue mi culpa...

– ¡No importa! - me interrumpe ella. - ¡Lo que importa es la fiesta!

La gran atleta rubia es llevada nuevamente por una horda de bomberos emocionados que decidieron que era el momento para un concurso de abdominales y flexiones entre ella y su nuevo marido.

– ¿Solo tienes amigas igual de locas que tú? - ríe la italiana.

– Tengo muy pocas... pero las escojo bien – le sonrío en respuesta.

– ¿Y a ti cuándo te voy a crear un tutú de novia? - se emociona.

– Cuando tu hermano acepte ponérselo...

– ¡OK, puedo cambiar de carrera inmediatamente!

Phoebe regresa, con la frente llena de sudor y una sonrisa radiante hasta las orejas. Nos presenta a dos amigos de Nueva York, Abraham Lawson y Jazmin Rasgotra: un mestizo apuesto con ojos rasgados y una silueta atlètica, y una linda india con cabellera brillante que le llega hasta las nalgas. La deportista hace bolas su cola de tul y nos grita:

– ¡Ellos tampoco conocen a casi nadie! ¡Diviértanse todos juntos!

Luego se va a enfrentar a Dan, en la segunda vuelta de su competencia conyugal.

– ¿Era una orden o una sugerencia? - pregunto, divertida.

– Creo que estamos obligados. Yo me llamo Jazz – se presenta ella primero.

– Y yo soy Abe.

– Sol - respondo, un poco incómoda.

– ¡Mierda, yo no tengo un apodo super corto y super cool! Calliopé o Callie, lo siento – declara la castaña.

– Pero tienes el vestido más genial de toda la boda – se admira la otra chica.

– Ustedes tampoco están tan mal – comento observando a la pareja. - ¿Están casados?

– ¡Oh no, para nada! - ríe el musculoso. - Estábamos en Columbia con Phoebe. Vivíamos los tres juntos y después con Thelma.

– Yo estoy casada con Owen Lamar, un basketbolista de los New Yotk Knicks – presume un poco la india. - Tenemos dos niñas pequeñas.

– ¡Deben ser hermosas! - respondo con sinceridad.

– Tan bellas como traviesas – confirma su madre.

– Y yo soy un eterno soltero, demasiado absorbido por mi trabajo de periodista como para pensar en casarme... Pero nunca he estado en contra de conocer nuevas personas – anuncia Abraham mirando a Callie.

La italiana se aclara la garganta como si nunca le hubieran coqueteado en la vida y no le gustara la idea. Ella me da un codazo discreto para que salga de ahí.

– Podría decirles que somos lesbianas pero mi novio se esconde en algún lugar por aquí - lanzo espontáneamente.

– Y tiende a ver todo negro, deberíamos ir a buscarlo antes de que se ahogue en la piscina – decreta Calliopé yéndose.

– ¡Fue un gusto conocerlos! - le grito a los dos neoyorkinos alejándome. - ¿Volvemos a hablar más tarde?

Después de algunos minutos de búsqueda en la mansión, encontramos a Dante afuera, sobre la gran terraza de piedras blancas que bordea la piscina. Con una sonrisa en los labios, una mirada luminosa y una copa de champagne en cada mano, no está ahogado ni obscurecido, sino hablando con alguien. Reconozco a su amigo Finn McNeil, el famoso escritor con lentes sexys, quien sabe usar una corbata de moño mejor que nadie. También está su mujer Thelma Bellamy, con un smoking muy femenino, quien lleva de la mano a una pequeña asiática de dos o tres años, con un vestido azul con lunares amarillos. Un adorable retrato familiar.

Por alguna razón, las hormonas me invaden…

– Thelma, Finn, ¿recuerdan a Solveig? - pregunta Dante ofreciéndome una copa.

– Por supuesto – dicen en coro.

Saludo a todos sonriendo y me tomo la mitad de mi champagne para controlarme.

– Ella es Scarlett – me anuncia la joven acariciando el cabello lacio y negro de su hija.

– ¿Cómo en la película *Lo que el viento se llevó*? - pregunto.

– No, como en la novela – precisa el escritor riendo.

– Mi madre nos puso nombres de películas, a mis hermanos y a mí - me explica Thelma. - A nosotros nos gustó más la idea de un nombre literario para nuestra hija.

– Ya veo… - digo sonrojándome. - Normalmente soy más culta… Ahora solo es para no hacerlos quedar mal.

–Yo soy Calliopé, ¡no es que no nos conozcamos ya, pero me quería presentar! - dice la castaña bromeando a mi derecha.

–Y mi hermanita es la responsable de todo esto – agrega Dante con un suspiro.

Él jala la corbata de moño que cuelga de su cuello y la mete en el bolsillo trasero de su pantalón. Luego se quita el saco y la pone sobre mis hombros llenos de carne de gallina.

– Me alegra verlos juntos – nos sonríe Finn. - Después de todo lo que han sufrido.

– Desde que te vimos en el hospital, la noche del accidente… y luego en el tribunal durante el juicio… hemos pensado mucho en ti – resopla Thelma. - En ustedes dos. Deseábamos que por fin fueran felices.

– No somos los mejores especialistas en eso – bromeo. - Pero eso intentamos.

– ¡Y les va bien!

– Hay encuentros fortuitos que parecen planeados - sonríe el escritor. - La vida hizo todo lo posible para cruzar sus caminos… Pero es evidente que ustedes dos debían conocerse.

– ¿Ustedes no creen en el destino? - pregunto riendo, para esconder mi emoción.

– Solamente cuando hace maravillas – responde la linda escritora.

Me dejo arrullar por sus palabras, sus deseos de felicidad, embriagar por las burbujas del champagne y calentar por el saco del

Fénix sobre mi piel. Su pendiente contra mi corazón. Su mano suavemente colocada sobre mi nuca, manteniendo en secreto mi tatuaje. Dante y Finn se ponen a hablar de trabajo, del cine y la fotografía. Calliopé y yo intentamos hacer sonreír a la pequeña Scarlett con muecas y ruidos de animales.

Pero son los verdaderos ladridos de perros lo que interrumpe la conversación de nuestro pequeño grupo. Un poco más lejos, sobre el césped, Bacalao salta por todas partes y mueve frenéticamente la cola esperando comunicarse con otro congénere, aparentemente dormido. Me parece que es un perro, pero con su enorme cabeza, su gran nariz rosa y sus grandes manchas blancas sobre su espeso cuerpo café claro, bien podría ser un venado. El animal permanece recostado sin rechistar, abriendo apenas un ojo cuando nuestro Bacalao viene a olfatearle la oreja.

– Creo que le está diciendo cosas sucias para hacerlo reaccionar – improviso.

Las risas estallan.

– Espero que sea tenaz – me advierte Thelma. - ¡Se necesita mucho para convencer a Forrest de cualquier cosa!

– ¿Cómo en *Forrest Gump*?

– Sí. Porque nunca obedeció el «¡Corre, Forrest, corre!» en toda su vida, a pesar de las súplicas de mis hermanos.

– Nunca leí ese libro – bromeo otra vez.

– Creo que es una película - me susurra Callie.

– Creo que era sarcasmo – le explica su hermano con un tono burlón.

– Creo que tendré que ahogarte con una corbata de moño - lo amenaza antes de lanzarse sobre él.

Los hermanos se pelean como niños mientras que Bacalao intenta una nueva danza nupcial con Forrest, el perro estatua.

– ¿Entonces cómo se llaman tus hermanos? - le pregunto con curiosidad a la linda castaña.

– El más grande es Neo. Pronto cumplirá 18 y está pasando su primer fin de semana en casa de su novia. Mi madre está furiosa por eso. Los dos siguientes son Anakin y Sparrow, están poro allá, cerca de los perros. El pelirrojo alto y el mestizo pequeño.

Descubro a dos adolescentes tan diferentes como dos hermanos pueden ser. El primero es más bien musculoso, pálido y su linda cara

regordeta está cubierta de pecas. El segundo tiene la piel café claro, piernas flacas y un par de anteojos azules que lo hacen parecer muy serio. Él lee un libro, sentado en el césped, como si fuera la actividad más natural en una boda. Mientras tanto su hermano intenta acercarse a Bacalao, quien termina por notar su presencia y saltarle encima. Esta le pinta el rostro con su lengua llena de saliva y el pelirrojo de 14 ó 15 años ríe como si fuera el día más feliz de su vida.

– Espero que le guste el pescado – comento.

– ¿Cómo? - me preguntan los demás en coro.

– No, nada.

– Mi madre es la que está llegando – nos susurra Thelma. - Por si se lo preguntaban, no se comió todo el buffet, está embarazada. A sus más de 44 años. Fue un accidente, pero lo va a tener. Tiene el mismo padre que Sparrow y es la primera vez que mi madre tiene dos niños seguidos del mismo hombre, así que podemos considerarlo como un logro. ¡Pero si otra vez es niño, mataré a alguien!

– Wow - exclamo. - Respondiste absolutamente todas las preguntas que tenía en mente y que no pensaba hacer. ¿Quieres casarte conmigo?

– Lo siento, te ganaron – dice con una mueca la castaña.

– A ti también - interviene mi tatuado dándome un abrazo por detrás.

– ¡Hola, yo soy Jill! - anuncia la madre de Thelma, con al menos seis meses de embarazo.

¡Calmen todas sus hormonas!

– ¿Cómo van a llamar a este hijo? - pregunto sin pensar. - ¿Nemo? ¿Dory?

– Más bien Alien – me responde ella con una mueca de agotamiento.

– ¡Me encanta la idea! ¡Y felicidades por el bebé!

La futura mamá me agradece y acaricia el bulto que deforma su vientre redondo, mientras mira con deseos nuestras copas de champagne vacías.

– Pronto terminará, mamá... - la anima Thelma.

– ¡Es abuela! - la contradice la pequeña Scarlett cuya voz por fin escucho.

Y me doy cuenta de que esta mujer pronto tendrá un hijo más joven que su nieta adoptiva.

– Entonces va a ser su tío o tía - pienso en voz alta.

– Todo el mundo te está escuchando, Tutu – murmura Dante a mi oído.

– ¡El bebé ya tendrá una sobrina cuando nazca! - continúo de todas formas.

– Discúlpenla, no lo puede evitar - se burla Calliopé.

– ¡Vamos a ver a los novios! - propone mi castaño llevándome de la mano.

– ¿No te das cuenta?

– Sí, Sol.

– ¡Nemo será mitad africano, tendrá una madre que ya es abuela y una sobrina asiática más grande que él!

– Todo el mundo hizo las cuentas en su cabeza, Solveig.

– Perdón, ¿te avergüenzo? - me doy cuenta de repente, con una carcajada.

– Después de pasar tanto tiempo conmigo en ese autobús, creo que ya no sabes cómo comportarte en sociedad... - gruñe.

– Tienes que elegir, ¿insumiso o aguafiestas? - le lanzo como si fuera un slogan.

– Me cansas – resopla sin poder evitar sonreír. - ¡Lo peor de todo es que no has tomado ni una sola copa!

– ¡No, lo peor es que me amas! - exclamo saltándole al cuello.

– Tú eres la insumisa... - murmura como si fuera el más dulce de los insultos.

***

Se suponía que nos iríamos al día siguiente. Finalmente, pasamos toda la semana en la mansión con Finn, Thelma y la pequeña Scarlett, que necesitaban tomarse algunos días lejos de la locura neoyorkina, de sus carreras y de los «tres Terribles».

Durante los largos paseos, los días sin hacer nada y las grandes cenas, aprendí a conocer al renombrado escritor, a su mujer igual de talentosa y a su hija, tan encantadora como precoz. Vi lo mucho que mi tatuado quiere a su amigo de siempre. Lo mucho que necesita su presencia en su vida, su equilibrio.

Dante ha pasado su vida protegiendo a los demás. Finn McNeil no lo necesita para eso, y esta relación entre iguales le hace mucho bien a mi tenebroso... quien lo es un poco menos en presencia de una linda castaña con ojos juguetones. Y de un metro de alto.

– Quiero uno así... - le resoplo una noche, al momento de irnos a acostar.

– ¡Te lo hago! - exclama el Fénix llevándome hasta la cama.

Me rio, saboreo de nuevo su piel, sin saciarme nunca de él y luego termino por dormirme entre sus brazos.

Mi nueva vida. Perfecta. De novela. Casi demasiado bella para ser verdad.

Dejamos la residencia de Kenilworth y regresamos al camino. Libres de nuevo. Dejamos el tanque detrás por esta vez y subimos al Chevy, con los humanos al frente y Bacalao atrás. Como su cobija roja no aguantó mucho tiempo sin hoyos ni manchas dudosas, ya la remplacé por otra, de rayas blancas y negras.

Dante toma fotos de la Interestatal en dirección a Nueva York mientras yo intento mantener los ojos en el camino.

– ¿Puedes explicármelo?

– Sí puedo. Solo tengo que saber qué.

Río suavemente y agrego:

– Todo está feo en esta carretera. ¿Qué estás fotografiando?

– La fealdad – me sonríe el tenebroso.

– Yo. No. Entender.

– El asfalto. Un bache. Una línea blanca. Todo lo que a nadie le interesa.

– Las fealdades dejadas atrás - agrego, como si hubiera comprendido.

– La luz transforma todo, Tutu. Embellece lo que originalmente no era lindo. Cuando revele estas fotos lo comprenderás.

Le sonrío, extiendo el cuello hacia él para que deslice su mano en este.

– Un poco como tú y yo – le digo entonces. - Estábamos perdidos. Solos. Un poco dejados atrás. Llenos de baches. Y nos iluminamos el uno al otro.

Su mirada se posa sobre mi rostro, desciende hacia mi boca y luego observa el horizonte.

– Exactamente como tú y yo.

Su voz grave sigue resonando en mí cuando sube el volumen de la radio. Desde que Vito fue inculpado, Dante escucha las noticias varias veces al día. Y siempre termina frunciendo el ceño.

Le periodista habla con una voz soporífera de un nuevo atentado que no parece afectarle en nada, luego su colega presenta las cifras de la bolsa. Chino para mis oídos. Tomo un trago de la botella abierta que me ofrece, luego mi copiloto la vuelve a tomar y sube el volumen cuando un flash informativo es repentinamente anunciado.

– Esta información nos acaba de llegar: ¡Vittorio Lazzari fue encontrado herido gravemente en su casa! Después de haber sido llevado al hospital, el hombre a quien se le imputan diez cargos penales se encuentra actualmente entre la vida y la muerte. ¿Se trata de un suicidio, un ajuste de cuentas o un accidente? Todavía no conocemos los detalles de este drama...

Después de los largos segundos de apnea, me doy cuenta de que ya no estoy respirando. Me volteo bruscamente hacia mi *dark stranger*, observo su perfil inmóvil, sin emociones.

– ¿Dante? - pregunto tímidamente.
– Ese bastardo nunca terminará de arruinarnos la vida – resopla el tenebroso.

Un timbre suena de pronto, en la cabina del Chevy. Bacalao ladra en la parte trasera – invadiéndonos con su aliento – cuando el Fénix contesta accionando el altavoz.

– ¿Calliopé? ¿Ya te enteraste?
– Dante - solloza su hermana con la voz entrecortada.
– Todo estará bien, cálmate.

Más sollozos, seguidos de un largo silencio. Un silencio que nos congela la sangre. Y la italiana lo rompe por fin anunciándonos con una voz neutra:

– Creo que cometí una estupidez...

FIN.

En la biblioteca:

Mis deseos, mi multimillonario y yo 1

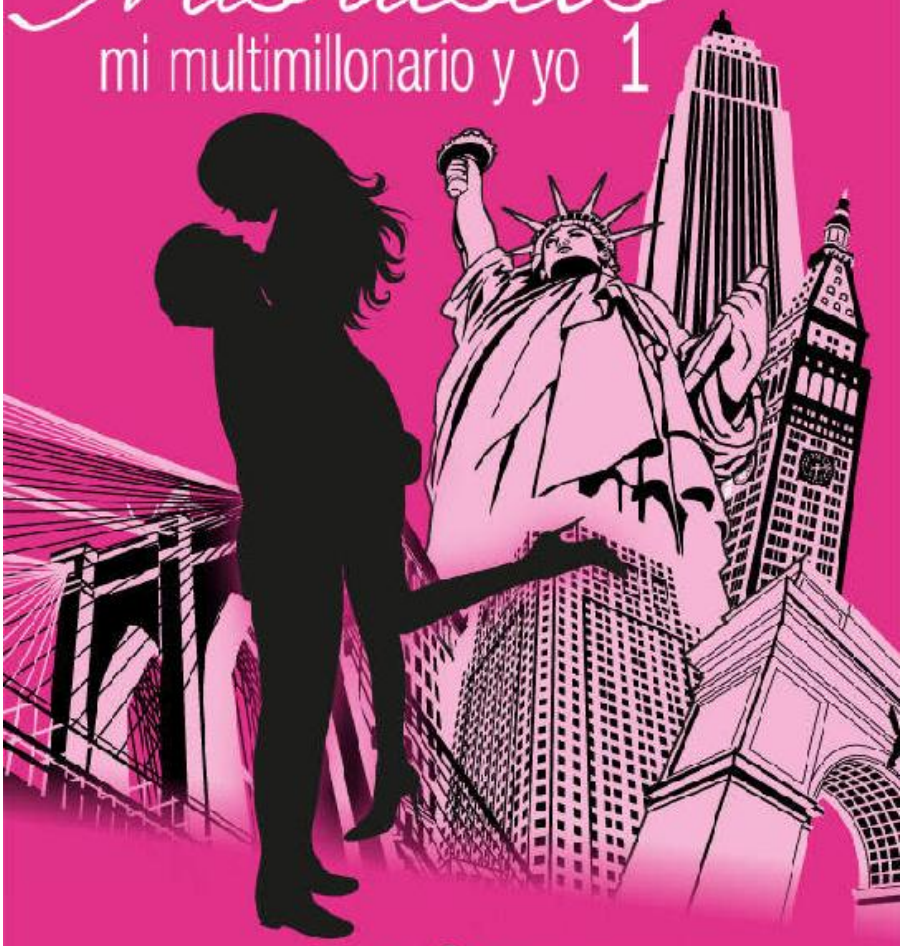
Una historia de amor erótica y misteriosa... Ser echada de la galería de arte donde quiero exponer: ¡listo! Encontrarme en sostén a media cena de gala: ¡listo! Conocer a un apuesto desconocido, medio desnuda, en los vestidores de hombres: ¡listo! Sobrevivir a la vergüenza: pendiente. Todo eso en un solo día... ¿Pueden creerlo?

Pulsa para conseguir un muestra gratis

ROSE M. BECKER

Mis deseos

mi multimillonario y yo 1



Addictive Publishing

© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris

May 2017

ISBN 9791025737873

ZDAN_006